Mónica G. Prieto
Javier Espinosa

La semilla del odio

De la invasión de Irak al surgimiento del ISIS



Lectulandia

La invasión ilegal de Bagdad en 2003 y el desgobierno posterior levantó a la población de Irak en armas, pero también resucitó el odio sectario que había permanecido enterrado durante la dictadura de Sadam Hussein. El ascenso al poder de la mayoría chií, reprimida por la minoría suní durante décadas, y la impunidad de los ocupantes alimentó la aparición de una insurgencia nacionalista que en su lucha contra las fuerzas extranjeras se alió con los yihadistas, más proclives a sembrar el terror con atentados suicidas y secuestros que a combatir los soldados de la alianza liderada por EEUU, en la que participó España.

El auge de los radicales liderados por el jordano Abu Musab al Zarqaui terminó así por imponer un califato del terror en amplias regiones del país, exportando su agenda a todo Oriente Próximo.

En La Semilla del Odio, *Mónica G. Prieto y Javier Espinosa realizan un exhaustivo repaso a una década de vivencias en una de las zonas más convulsa del mundo y reconstruyen, mediante palpitantes y estremecedores reportajes, los pasos que llevaron a una región a quedar secuestrada por el Estado Islámico de Irak, origen del ISIS.*

Javier Espinosa Robles & Mónica García Prieto

La semilla del odio

De la invasión de Irak al surgimiento del ISIS

ePub r1.0
Titivillus 26-01-2021

Javier Espinosa Robles & Mónica García Prieto, 2017

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

Cubierta
La semilla del odio
Cita
Prólogo
1. La vida en Sadamistán
2. Mártires a su pesar: Irak se prepara para la invasión
3. La invasión
4. Una nación de Alí Babás
5. La historia en llamas, arde la Biblioteca Nacional
6. Irak desentierra el horror de la dictadura
7. Incubando a la bestia: la criminalización del Irak suní
8. Las prisiones, universidades del odio
9. Muqtada hereda la leyenda del clan Sadr
10. El despertar de los desposeídos del islam
11. La misión española, entre la ficción de Madrid y la realidad de Irak
12 .Muqtada toma el control del Irak chií
13. Guerra en el valle de la paz
14. La insurgencia suní se consolida
15. El Irak de los coches bomba
16. Faluya, la Gernika de Irak
17. La psicosis de los secuestros
18. El inicio de la guerra civil
19. Un país devorado por sus demonios
20. La batalla de Bagdad
21. Pescando cadáveres en el Tigris
22. Muros para sellar la división sectaria
23. Marcados para morir
24. Bailando en el infierno
25. El éxodo de las minorías
26. Aurora y ocaso del «despertar» suní
27. Viaje por el antiguo califato de Irak
28. El nuevo Irak, un país bajo trauma
29. Irak a ojos de sus ocupantes
30. La Siria de Bashar, retaguardia de la insurgencia iraquí
31. El gran sueño del Kurdistán
Epílogo
Bibliografía
Mapas

Notas
Sobre los autores

A Yeray y a Nur.

A nuestros padres.

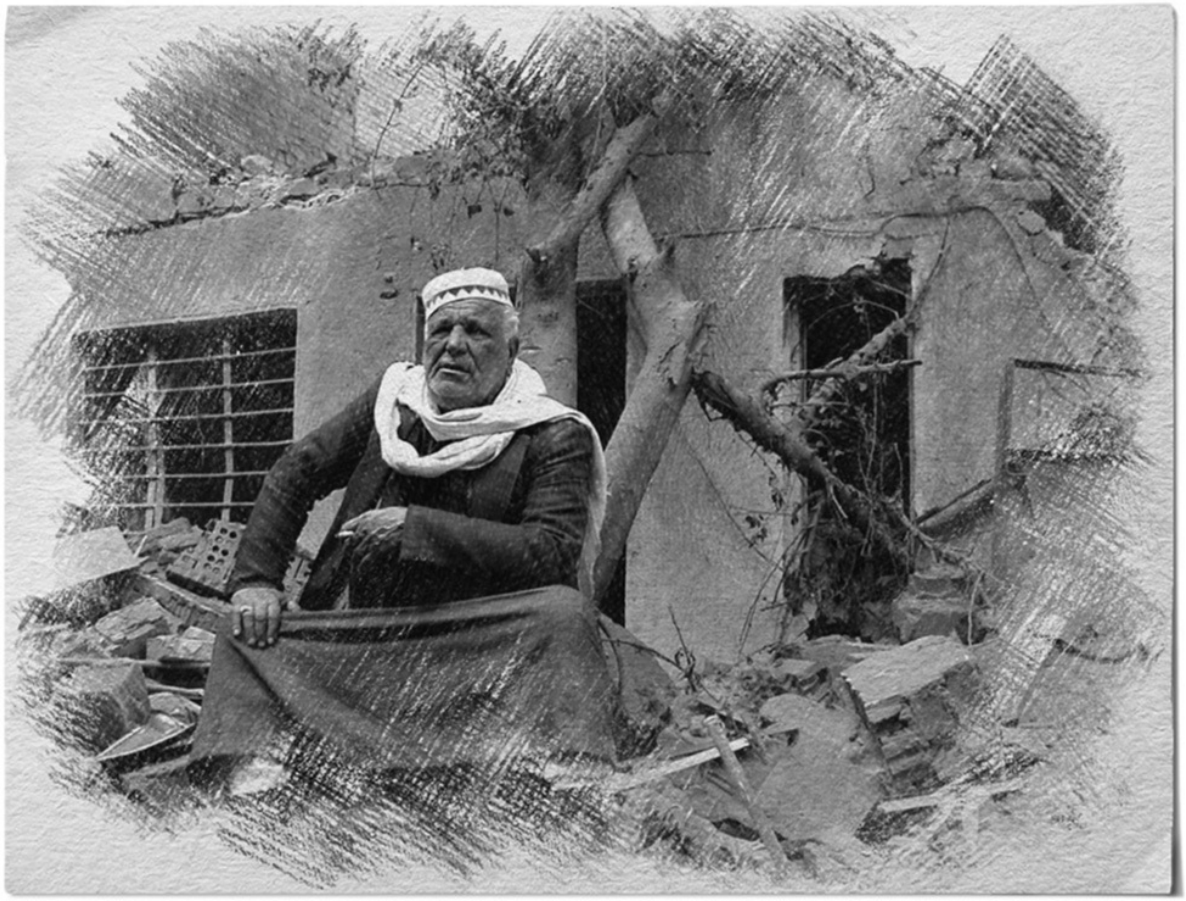
Es un ciclo tan antiguo como el tribalismo. Todo comienza con la ignorancia. La ignorancia genera miedo. El miedo genera odio, y el odio genera violencia. La violencia provoca más violencia hasta que la única ley viene dictada por la voluntad del más fuerte.

DAVID MITCHELL, *El atlas de las nubes*

Las religiones, como las luciérnagas, necesitan oscuridad para brillar.

ARTHUR SCHOPENHAUER

Prólogo



Bagdad/Madrid, agosto de 2004

La llamada de Yaroub me sobrecogió por la ansiedad que denotaba su voz, habitualmente pausada y reflexiva. «Aún me cuesta creer lo que me ha pasado —comenzó, con tono confuso, buscando las palabras exactas para explicarse —. Tengo mi propio informe de la Mujabarat entre las manos», prosiguió, arrastrando su peculiar español, marcado por un fuerte acento árabe, al que tan habituada estaba.

Al principio no comprendí lo que mi amigo quería decir, sobre todo dado el momento histórico en el que nos encontrábamos: un año después de la invasión de Irak, el país se hallaba inmerso en un torbellino de acontecimientos difíciles de asimilar y a menudo imposibles de descifrar. Cada día ocurrían eventos que lo empujaban un poco más al abismo, y ni los iraquíes ni los extranjeros que habíamos asistido en primera persona al cambio de régimen y al tormentoso periodo posterior nos sentíamos autorizados a desentrañar todos aquellos sucesos, esperados o inesperados, que retorcían, deformaban, estrujaban la normalidad hasta convertirla en jirones, configurando un futuro cada vez más oscuro y complejo. Decisiones políticas destinadas a confrontaciones, insurgencias, castigos colectivos, atentados, saqueos, criminalidad rampante y tolerada, criminalización del antiguo sistema, detenciones masivas, yihadismo, limpieza sectaria… Comprendíamos el potencial desestabilizador de aquel cambio de régimen violento, abrupto e improvisado, pero no sabíamos ni podíamos calcular las consecuencias que tendría para todo el mundo.

Había regresado de Bagdad semanas atrás, después de tres meses de cobertura en los que Yaroub y nuestro conductor y amigo Jalil habían sido mi sombra, mis protectores y mi guía, como ocurría desde principios de 2003, cuando comenzamos a trabajar juntos. La confianza que nos unía era sólida, en honor a todo lo que habíamos vivido. Nuestra complicidad permitía comunicarnos en las ocasiones más complicadas con simples miradas y gestos, pero a través de la línea telefónica no supe cómo interpretar lo que me contaba. No alcanzaba a entender quién ni por qué habría tenido el interés necesario para escarbar en los archivos de la Mujabarat para encontrar su dossier y le pedí que comenzase por el principio, formulándole las preguntas obvias. «Verás, alguien me llamó en julio, pocos días antes viajar a Europa — prosiguió, buscando un hilo del que tirar—. Al principio, pensé que era de los servicios de inteligencia de Sadam Husein, porque ¿quién más iba a tener mi número? El caso es que mi interlocutor empleó pocas palabras. Solo me dijo que tenía algo para mí, que necesitaba verme unos minutos. Le contesté que

podía venir a mi casa cuando quisiera. Le di mi dirección y quedamos al día siguiente en mi domicilio.»

En aquellos meses, los atentados con coche bomba se extendían por todo el país, como lo hacía la propia insurgencia contra los invasores estadounidenses y sus aliados. Los primeros secuestros, perpetrados por criminales comunes liberados durante las amnistías de Sadam que precedieron a la ocupación, enturbiaban el ambiente y minaban la confianza, pero Yaroub, un hombre íntegro, valiente y profundamente religioso, no temía a otros iraquíes: solo temía a Alá. Al día siguiente, a la hora acordada, se levantó a abrir la puerta de su vivienda, una amplia edificación con jardín en el acomodado barrio de Al Adel, a un joven de veintipocos años al que nunca había visto. «Parecía un campesino ataviado con un traje elegante en el que no se sentía cómodo. Le saludé y él me tendió una carpeta azul. "Esto es para ti", me dijo. Miré la primera página y supe inmediatamente que se trataba de la carpeta que contenía todos los documentos que los servicios de inteligencia habían acumulado sobre mí. Le respondí que no me interesaba, pero él se dio la vuelta y se marchó. Me dio la impresión de que alguien le había encargado que me llevase el fichero, pero me quedé con las ganas de saber quién. En aquellas fechas, la gente de Ahmed Chalabi[1] había tomado el cuartel general de la Mujabarat en el barrio de Mansour, y me imaginé que era cosa de ellos, aunque nunca tuvo sentido. Cuanto más tiempo pasa, menos me cuadra que me dieran los documentos.»

La situación se antojaba tan surreal como todo lo que envolvía al Irak invadido, pero Yaroub decidió posponer la apertura del legajo. «Dejé la carpeta encima del armario y me olvidé del asunto hasta que regresé de mi viaje. Entonces, me acordé y la recuperé. Contenía unas cuatrocientas páginas con toda mi actividad laboral desde los años noventa. Todos los informes que yo mismo elaboraba y los que elaboraron sobre mí, en folios oficiales con el escudo del Jihaz al Mujabarat [Directorio de Inteligencia]. Sabía que tenían su mirada sobre mí, pero no podía imaginar hasta qué punto se registraba cada paso que daba.»

Ante sus ojos, gracias a la maquinaria de espionaje interno de Sadam, Yaroub tenía una copia en papel de su propia vida reciente. El volumen del legajo se explicaba porque este hombre culto, con un remarcable don de gentes y gran facilidad para los idiomas, era uno de los pocos iraquíes que había trabajado para empresas extranjeras en los años de las sanciones, cuando el paranoico régimen supervisaba con minuciosidad a sus visitantes. Entre 1990 y 1998 Yaroub, una amable persona de estatura media, compacta

constitución militar, grandes bolsas bajo los ojos y tibias arrugas que terminarían cuarteando su rostro de forma prematura, había ejercido como guía turístico, actividad en la que se veía acompañado de forma permanente por un espía del Gobierno en busca de potenciales disidentes o comentarios contrarios al gobierno. «Solían ser muy obvios, no sabían disimular. Se notaba que su misión era vigilarnos y se mostraban celosos cuando los turistas nos daban una propina a los guías y conductores, mientras que ellos no recibían nada. La tensión terminó en denuncia y me llamaron de los servicios de inteligencia para investigarme: terminaron prohibiéndome trabajar con extranjeros, pero el director de la compañía turística les convenció para levantarme el veto», explicaba. Resultaba previsible que su innato don de gentes le granjease enemigos: su abrumadora amabilidad y sinceridad cristalina le convertían en un individuo poco común, abierto y tolerante, un entusiasta del trabajo bien hecho, siempre dispuesto a ayudar y con un sólido sentido del deber hacia los demás. La envidia de los mediocres.

Su labor con los turistas terminó en 1999, cuando cambió de empleo. «Comencé a trabajar para una compañía de importación y exportación china, que gracias al acuerdo "Petróleo por alimentos" vendía material a los ministerios de Transportes, Comercio y Defensa. Eso me llevó a familiarizarme con el concepto de corrupción, del que tanto me había hablado mi padre cuando era un niño sin que yo alcanzase a comprenderlo, porque entonces Irak no era un país corrupto. Incluso en la última era de Sadam, la corrupción era relativa, pero a veces había que pagar unos dinares para lograr acelerar las cosas.»

El trabajo con extranjeros había convertido a Yaroub en un privilegiado entre los iraquíes. «Tenía un sueldo de 250 dólares al mes, un lujo para aquella época.» En 2003, los tambores de guerra que sonaban desde Washington ampliaron, a su pesar, su perspectiva profesional. Bagdad se llenó de periodistas de todas las nacionalidades, y el régimen, tan obsesionado con el control de la información, carecía de suficientes espías dotados de idiomas para supervisar a los reporteros: así se abrió la puerta a voluntarios iraquíes dispuestos a trabajar. Yo llevaba semanas trabajando con traductores oficiales, agentes de la Mujabarat caprichosos, despóticos y malencarados, obsesionados por ocultar y manipular a la prensa, y buscaba a alguien más independiente con quien seguir mi labor. Cuando se lo comenté a nuestro amigo común Walid, no dudó ni un segundo en presentarnos. Acostumbrada al maltrato en el centro de prensa, la presencia respetuosa, curiosa, amable y tolerante de Yaroub me resultó un soplo de aire fresco en el opresivo Irak.

Enseguida congeniamos. Una semana después de comenzar a trabajar juntos, los responsables del centro de prensa le llamaron a capítulo. «Me llamaron la atención por no avisarles de que estaba trabajando contigo, pero me hice el loco. Expliqué que desconocía que debía informarles, y ellos me contestaron que solo podría acompañarte si elaboraba informes diarios sobre nuestros movimientos, nuestros horarios, sobre las personas con las que hablábamos y el contenido de nuestras conversaciones. Querían saber qué hacíamos en cada momento. Así que cuando acabábamos nuestra jornada, escribía un folio escueto con horarios y lugares y lo entregaba en el centro antes de regresar a casa. Pero dos días antes de la invasión, volvieron a llamarme al despacho del responsable. Me acusaron de no saber con quién estaba jugando y me prohibieron volver a verte.» Recordé la conversación telefónica con la que, aquella misma tarde de marzo de 2003, me anunció que no podría acudir al trabajo al día siguiente: yo también había sido convocada horas antes por las autoridades, que me acusaban de desplazarme por Irak sin permiso del régimen y me conminaban a abandonar el país apenas 48 horas antes del principio de la operación «Conmoción y espanto» tras haber logrado mantenerme en Bagdad dos meses seguidos: tuve que activar todos mis contactos y pagar una fuerte cantidad para calmar los ánimos y permanecer en la ciudad. A Yaroub no le volvería a ver hasta el bombardeo del restaurante de la calle Mansour, donde se creía que estaban Sadam y sus hijos, cuando emergió entre el polvo y los cascotes como una aparición fantasmal. Ya no volveríamos a separarnos en mis viajes a Irak, hasta que los demonios surgidos de la invasión se infiltraron en su vida y se viese obligado a abandonar físicamente su país en 2006, aunque mentalmente permanezca allí, terco y orgulloso, con la esperanza de que aún quede algo por salvar. Fue el final de una etapa y el principio de otra, que nos llevaría a vernos y trabajar juntos ocasionalmente en Jordania, Siria, Turquía o el Líbano, pero en 2004 apenas podíamos ver más allá de las cenizas del régimen iraquí y las brasas que comenzaban a incendiar no solo la antigua Mesopotamia, sino todo Oriente Próximo.

El legajo, de color azul oscuro, representaba súbitamente toda una era, el inquietante legado de una dictadura con la que pocos iraquíes simpatizarían hasta que el sistema político que la sustituyó se reveló como más defectuoso, podrido y corrupto que el anterior. En aquel entonces, desconocía que el propio Yaroub terminaría encarnando, como tantos otros miles de iraquíes suníes, el fracaso de la invasión en muchas de sus múltiples formas. Semanas

después de aquella conversación telefónica volví a llamarlo para coordinar mi siguiente visita a Irak, y su tono era más lúgubre que nunca.

—¿Quieres que te lleve algo de España? —inquirí de forma automática, antes de colgar.

—Seguridad —respondió automáticamente, dejándome noqueada por unos segundos—. Es lo único que necesitamos, y lo único que añoramos: sentirnos seguros. Ahora, nadie ni nada está a salvo —dijo con voz quebrada.

Sus palabras me atormentarían meses después, cuando de regreso en Madrid, tras una conversación nocturna, perdí el contacto durante semanas. Dejó de responder al teléfono. Cuando por fin llamó, me comunicó que acababa de ser puesto en libertad tras ser secuestrado en un puesto de control y torturado por milicias chiíes durante casi un mes. Su hermano mellizo, Jamal, tendría que pasar casi un año en las prisiones de Bagdad, acusado de pertenencia a banda armada, antes de ver la libertad. El nuevo Irak, abonado cuidadosamente por la invasión y el odio sectario, se consagraba como el terreno idóneo para el crecimiento del extremismo y la locura, y nadie, ni los iraquíes más tolerantes, cultos y razonables, estaban exentos de contagio.

1

La vida en Sadamistán



Bagdad, mayo-septiembre de 2002

Muchos de sus compatriotas consideraban a Salam Abid un afortunado, uno de esos contados y dichosos seres tocados por la gracia del único dios que existía en Irak; pero no fue esa la impresión que me transmitió aquel hombre encorvado, apurado y huidizo que examinaba con inquietud cada rincón de su oficina como si buscase ojos al acecho, orejas invisibles a la espera de un renuncio en el que sorprenderle.

Acodado en el ajado escritorio de su despacho, apenas veinte metros cuadrados de crudo cemento salpicado por muebles desconchados, el pintor y su oficina encarnaban un perfecto microcosmos del Irak de Sadam Husein. Una sucia mesa de conglomerado, sofás revestidos de pegajoso material sintético con mordiscos visibles en la gomaespuma, bombillas desnudas, tupidas cortinas acartonadas por un polvo tangible y una cortinilla de baño que, a falta de puerta, separaba la estancia de la habitación colindante, encarnaban los doce años de sanciones económicas que habían sumergido al país en la miseria. En su chaqueta ocre de los años sesenta, remendada con hilo de diferentes colores, y en su mentón recién afeitado se atisban la dignidad de una generación que llegó a estar en la cima gracias al petróleo, antes que los delirios de la dictadura le empujase al abismo del tercer mundo.

A través de su tosco inglés, aprendido a fuerza de ver las escasas películas que emitía la televisión del régimen, hablaban las ganas de huir del aislamiento, pero de su trabajo solo emergía una imagen, la misma que presidía las vidas de cada uno de los iraquíes: el omnipresente rostro de Sadam Husein.

Salam Abid era uno de sus más destacados retratistas y, gracias a ello, sobrevivía con cierta dignidad. Cuando era niño soñaba con ser futbolista, pero su madre le arrebató la fantasía a golpes de realidad. «No paraba de repetir que el deporte no hacía millonarios en Irak», recordaba aquel hombre grisáceo, clavando de forma tímida su mirada cargada de miedos y dudas sobre la periodista que le había puesto en el brete de relatar su historia.

Salam tenía la suerte de haber nacido con un talento que equivalía a una oportunidad entre un millón: sus manos eran capaces de retratar con fidelidad, casi con autonomía, cualquier cosa que concibiera su imaginación. La magia estaba en sus dedos, y desarrollarla le relajaba en los momentos de tensión. Su don era la única vía de escape de una realidad que le afligía, pero al mismo tiempo le condenaba a una posición que podía resultar tan tentadora como aterradora.

Cuando fue movilizado durante la guerra contra Irán[2], uno de los

oficiales se fijó en sus bocetos y le pidió un retrato del presidente Sadam Husein, que terminaría presidiendo el cuartel militar de Basora. «La gente empezó a preguntar quién era el autor. De esa forma, me labré cierta fama», murmuró con ojos entornados, refiriéndose a un pasado que, en el caso de la antigua Mesopotamia, siempre fue mejor. Cuando terminó aquella contienda, Salam tuvo la osadía de enviarle una de sus más afamadas obras al mismísimo Sadam. «Fue en 1989. Devolvió el regalo recibiéndome en persona, junto a otros tres pintores. Me citaron en palacio y, tras horas de seguridad y esperas, nos invitaron a pasar a una sala. Cuando entré en su estudio, le encontré leyendo —rememoró antes de hacer una estudiada pausa con la que aumentar la intriga—. Era más alto, fuerte y apuesto de lo que le imaginaba —prosiguió con tono reverencial—. Nos miró y solo nos dijo una frase: "Quiero que me veáis en persona para que me reflejéis bien en vuestro trabajo".»

Así fue como el *raís* cambió para siempre el futuro de Salam Abid. En Irak, la posibilidad de contrariar el más remoto atisbo de deseo del único líder, el hombre que llevaba 23 años dirigiendo el país, era simplemente inexistente o implicaba desaparecer para siempre en las entrañas de una prisión, y a Salam, además, le había comprado con 2.500 dinares de la época, el equivalente a 7.000 euros, una fortuna en la Europa de los años ochenta y noventa. Salam enterró sus ambiciones deportivas y se convirtió en una suerte de pintor de cámara de un dictador tan obsesionado con su megalomanía como con la persistencia de su régimen.

Salam voló a la par que Sadam. Ascendió con los años de gloria del *raís*, cuando el petróleo y las buenas relaciones de Bagdad con Occidente dispararon su riqueza y su influencia, y cayó en picado con los tiempos oscuros cuando, tras ocho años de guerra con Irán, el escarnio internacional derivado de la invasión de Kuwait[3] empujó al país a las sanciones. Cuando le conocí, a finales del verano de 2012, Abid elaboraba unos diez retratos al mes, la mitad por encargo de instituciones oficiales, y la otra mitad de particulares adinerados: algo comprensible en un país donde resultaba obligatorio tener una imagen del presidente en cada casa, en cada edificio, en cada pared del más recóndito de los agujeros. Consciente del papel que le había reservado el azar, Salam presumía de su «alto nivel social», de los trescientos mil dinares que podía llegar a cobrar en sus mejores momentos, de las cuatrocientas imágenes del *raís* que habían creado sus manos —Sadam a caballo, Sadam de uniforme, Sadam de civil, Sadam acercándose a los niños, Sadam visitando a los enfermos, con una cámara fotográfica en mano,

blandiendo un fusil de asalto…— y de las fiestas del Sindicato de Artistas que había frecuentado consagrándose como miembro vip de la sociedad iraquí.

Eran otros tiempos. Desde que se impusieron las sanciones, Salam, como el resto de artistas que compartían el deslucido estudio de la calle Saadoun, alimentaba su ego de recuerdos. Cada mes recogía, como el resto de la población, la ayuda alimentaria que correspondía a cada familia y sin la cual no podría alimentar a los suyos, porque la inflación había disparado los precios y los sueldos resultaban cada vez más endebles. Y luego estaban las sanciones, pretendidamente aliviadas por el programa «Petróleo por alimentos», un maquiavélico invento de la ONU que el propio secretario general de la época, Kofi Annan, admitía que no llegaba a cubrir las necesidades del 20 por ciento de los veinticinco millones de iraquíes pero facilitaba, eso sí, crudo a bajo precio al mismo Occidente que dictaba las reglas a la dictadura.

Llegué al país con el encargo de tomar contacto con la dictadura en previsión de una posible operación militar tras las amenazas directas del presidente George W. Bush después de los ataques del 11-S. El régimen iraquí, consciente del daño potencial que podía sufrir, abrió tibiamente su política de visados a contados periodistas —sin experiencia previa en el país — para comenzar a lanzar su propia guerra propagandística. Así logré entrar por primera vez en la antigua Mesopotamia, en mayo de 2002, para someterme a lo que se antojaba un experimento poco común: vivir durante algunas semanas en una de las dictaduras más férreas del planeta y tratar de constatar qué había de realidad y de ficción en las noticias que se difundían de ella en Occidente.

Fue fácil comprobar que ambas cosas se mezclaban intrínsecamente en el reino de Sadam, donde tras bajar del avión de Iraqi Airways, en la misma pasarela, resultaba inevitable pisar una consigna cuidadosamente trazada en el suelo, de forma que ningún pasajero pudiera esquivarla: «Abajo Estados Unidos». Las pertenencias de los contados viajeros occidentales que aterrizábamos en el Aeropuerto Internacional Sadam eran meticulosamente escudriñadas por agentes de civil, vestidos con trajes de paño de los años sesenta, que recibían con expectación a los visitantes antes de tomarse su tiempo para abrir cada cremallera y cada bolsillo de cada pieza de equipaje y, con una paciencia solo explicada por el más profundo aburrimiento y cierta curiosidad, procedían a depositar cada objeto en una mesa de madera. Muchos de ellos eran escrutados como si no los hubiesen visto antes. Era la única mujer de la fila —un amago de cola, dado que no éramos más de cuatro o

cinco extranjeros en aquel vuelo que tomé en 2002— y mis pertenencias suscitaban un interés aún mayor. Cuando llegó mi turno, me resigné a la espera sabiendo lo que implicaría la apertura de mi mochila de trabajo. La cámara, los cargadores, la grabadora y el ordenador fueron inspeccionados desde cada ángulo antes de proceder a encenderlos y apagarlos. Cada batería y cada cable fueron minuciosamente revisados antes de regresar, en perfecto desorden, a la bolsa.

Cuando llegó el turno a la pequeña maleta con ropa y libros suspiré de alivio, pensando que sería cuestión de minutos. Olvidaba la pequeña caja de tampones que guardaba en el neceser, y que agudizó la expresión de perplejidad del rechoncho individuo a cargo del registro. Su mohín de desaprobación me llevó a intervenir. «No hace falta que lo abra, es algo personal», le expliqué con un expresivo ademán que ejerció el efecto contrario. Sus manazas rompieron el envase y procedieron a colocar algunas unidades sobre la mesa. Con los ojos como platos llamó a un compañero que se sumó al examen ocular de los tampones, antes de proceder a rasgar el papel que envolvía uno de ellos y pasar a diseccionar entre los dedos el tubo de tejido absorbente con el cordón que pendía del extremo. Un súbito calor se apoderó de mis mejillas. Las personas que aguardaban su turno tras de mí comenzaron a desesperarse, hasta que uno de ellos, que decía ser empresario y hablaba árabe, oyó la palabra «munición» e intervino. «¡No, no! Son cosas de mujeres, dejen ya de jugar con eso», dijo con tono de exasperación. Los rostros de los agentes adquirieron una tonalidad púrpura sospechando su utilidad y soltaron los tampones como si evitaran un contagio. En el Irak de las sanciones, lo más parecido a un tampón era una bala. Me tomé mi tiempo en recoger mis cosas, con media sonrisa en los labios y una íntima satisfacción, una vez que constaté que aquellos individuos no estaban por la labor de recomponer mi maleta. Cuando me giré hacia ellos por si deseaban algo más, movieron la mano con aspavientos en dirección a la salida sin mirarme a los ojos.

Irak era una suerte de parque temático dedicado a Sadam Husein. Calles, colegios, universidades, teatros, cines, hospitales, jardines e incluso barrios llevaban su nombre, y su rostro, en forma de pinturas, fotografías o estatuas, era omnipresente en cada rincón del país, como solía ocurrir con otras dictaduras árabes como la siria, la libia, la egipcia, la jordana o la saudí. Muchas veces me preguntaba cómo podría orientarse la población a la hora de localizar direcciones, dado que la mayor parte de edificios oficiales llevaban el nombre del dictador.

Magníficas infraestructuras salpicaban Bagdad. Muchos contaban cómo su reconstrucción fue la prioridad de la dictadura tras la invasión de Kuwait y la operación «Tormenta del desierto», prólogo de la ocupación estadounidense de 2003. A ellas se sumaban monumentos que alimentaban la megalomanía del dictador, que iban desde pretenciosas mezquitas con minaretes en forma de misil Scud o de Kalashnikov hasta el delirante Arco de la Victoria, compuesto por dos espadas cruzadas empuñadas por una reproducción a enorme escala de las mismísimas manos de Sadam. Se decía que las cimitarras son una réplica de las empleadas por Saad Ibn Abi Waqas, el general árabe que derrotó a los persas en el siglo VII. De cada arco pendía una enorme red de metal que contenía los cascos, a menudo agujereados, de los soldados iraníes que perecieron en la contienda. Algunos iraquíes decían que el proyecto original incluía las calaveras de los enemigos persas, pero resultaba imposible discernir si era uno de tantos rumores o si las autoridades habían sopesado realmente semejante posibilidad. El efecto, en cualquier caso, no habría cambiado mucho: la visión logra ser horripilante y chabacana al mismo tiempo.

Irak llevaba una larga década anclado en el pasado. Faltaban productos considerados por algunos «de lujo» pero también básicos como medicamentos, minerales o abonos catalogados como de doble uso, es decir, susceptibles de ser empleados tanto en la industria civil como en la militar. Eso explicaba la carencia de objetos tan simples como lápices: el grafito contenido en las minas estaba prohibido por las sanciones internacionales. Pero, sobre todo y por encima de todo, faltaba dinero para consumir.

Los concurridos mercados callejeros, tapados con toldos agujereados para repeler el calor del desierto, representaban un colorido repaso a la producción agrícola nacional y a las importaciones de los países que no participaban del embargo, pero la abundancia no se traducía en consumo. Muchos se acercaban, inspeccionaban, preguntaban precios y se alejaban con las manos vacías o con apenas un puñado de productos. Pocos transeúntes cargaban con bolsas. Años más tarde, un buen amigo iraquí relataba que algunos niños de provincias, la primera vez que accedieron a un cargamento de plátanos, les hincaron el diente sin pelarlos porque no sabían cómo se comían. «¡Nunca en sus vidas habían visto un plátano!», carcajeó, mirándonos de hito en hito en espera de nuestra reacción. Su risotada fue la única que se oyó en la mesa: los demás, árabes y occidentales, nos quedamos mudos, reparando en el daño que las sanciones hicieron a toda una generación.

La ayuda alimentaria distribuida por el régimen mediante cupones (aceite, arroz, sal, azúcar, legumbres, cereales y té dispensados en los comercios oficiales) era la base de la dieta del pueblo de Sadam para la clase alta y la clase baja, igualada —con excepción de la élite, un puñado de familiares y adeptos— en la represión y en la miseria. El desempleo rozaba el 65 por ciento tras el cierre de las industrias locales, arruinadas por la falta de importaciones, y la huida espantada de las empresas internacionales.

Acudí a los expertos locales en busca de datos que me ayudaran a retratar el país, sabiendo que en el reino de Sadam solo cabía la crítica hacia las políticas internacionales. El empobrecimiento derivado del embargo era un hecho indiscutible e injustificable. «El pueblo habría rozado la hambruna si no fuera por el racionamiento de los productos básicos», me explicó el profesor de economía Humam al Shamun, tan digno y empobrecido como el resto de profesionales iraquíes, desde su despacho de la Universidad de Bagdad. «Cuando se impuso el embargo, la disminución de la venta de petróleo y la paralización del sector industrial y agrícola redujo en cien veces el PIB. La producción se congeló, los precios se dispararon y los sueldos se redujeron a la mínima expresión.»

Los iraquíes se vieron así en la penosa tesitura de pasar de ser ricos a pobres de necesidad. Atrás quedaron los gloriosos años setenta y ochenta, cuando el petróleo y las buenas relaciones del régimen con Occidente permitían que la población fuera la envidia internacional. Los traductores de español que solían trabajar con la prensa, asignados por el régimen, presumían de sus visitas a España como estudiantes en aquellos años. «El Gobierno nos daba una ayuda de mil dinares mensuales, entonces unos tres mil quinientos dólares», me contaba Yaroub cada vez que rememoraba sus días como alumno en Salamanca, en 1981. «Hasta la invasión de Kuwait y el embargo, la vida en Irak era muy cómoda. Mi padre construyó nuestra casa del barrio de Al Adel en 1975 con cuatro mil dinares, unos catorce mil dólares, gracias a un crédito que le concedió el banco estatal sin intereses. Ese era el sistema entonces. Con el embargo, llegó la devaluación: tres mil dinares pasaron a equivaler tres dólares. Teníamos una casa alquilada en Adhamiyah desde los años ochenta por cien dinares al mes [unos trescientos euros]; en el año 91, con esos cien dinares solo se podía comprar una docena de huevos.»

La economía de subsistencia se había implantado en Irak. En la Federación de Mujeres Iraquíes, organización «no gubernamental, popular y progresista», según su responsable, Amisa Shafji, se ofrecían cursos a decenas de miles de mujeres para que pudieran «coser las ropas de sus familiares,

nociones de agricultura para que cada una pudiera instalarse su propio huerto en casa y, para aquellas con más recursos, cursos de apicultura, informática o de técnicas empresariales, para ayudarles a emprender sus propios negocios».

La masiva presencia de mujeres en todas las esferas profesionales iraquíes contrastaba con su ausencia en muchos otros países del entorno. Féminas seguras y confiadas pululaban por los pasillos de instituciones oficiales, hospitales, colegios y comercios. Era frecuente ver mujeres sin velo, vestidas al estilo occidental y con una gruesa capa de maquillaje a cargo de empresas y oficinas, con subordinados varones. El más de millón y cuarto de afiliadas a la citada organización ponía de manifiesto el grado de independencia del que gozaba la mujer iraquí, incluso cuando la bigamia era una realidad en el país árabe. Las féminas eran respetadas y alentadas a trabajar y prosperar. Resultaba común ver a mujeres conducir sus propios coches y gestionar sus propios negocios, y también mantener a solas sus hogares ante la ausencia de los varones: muchas eran viudas de soldados que murieron en la guerra contra Irán o en la guerra del Golfo, otras acudían periódicamente a las prisiones para tratar de localizar a sus maridos, desaparecidos en las fauces del régimen.

El recuerdo del conflicto contra Irán ensombrecía el alma iraquí. Fueron ocho años de horror concentrado, espeso y sangrante, que se quedó alojado para siempre en la generación que lo padeció: niños reclutados por sus dirigentes para hacer accionar minas terrestres con la promesa de ir directos al paraíso; armas químicas que gaseaban a propios y extraños; hombres que morían —más de un millón, se repetía en Irak como un siniestro mantra— como reses, sin saber a quién defendían ni por qué entregaban sus vidas, en una decisión política que enterró para siempre cualquier atisbo de popularidad de Sadam. El daño económico de la campaña fue ingente: tres mil millones de dólares. Toda la modernización de los años setenta quedó devorada por los delirios de grandeza del dictador baazista que se creyó capaz de doblegar a los safávidas.

Cada casa, cada familia, cada iraquí había perdido en aquel absurdo conflicto, lo cual llevaría a muchos varones a desertar cuando, en 1991, tres años después del final de aquella guerra, el régimen les volvió a movilizar para invadir Kuwait. Sadam fingía preocuparse por sus «héroes de guerra», aunque solo un selecto puñado de los decenas de miles de mutilados se beneficiaban de su magnificencia. Visité por aquellos días las instalaciones deportivas del club de baloncesto Wadi Wissam al Mejd «Escudo de gloria», destinadas a oficiales amputados que se rehabilitaban mediante el deporte.

Administradas por el Ministerio de Defensa y dirigidas por el Comité Olímpico Iraquí, presidido por Uday Husein, me recibió el coronel Karim Zhora, vicedirector del club. «El centro fue creado en 1984, durante la guerra contra Irán, y fue el primero de muchos —señalaba el paracaidista mientras fijaba su vista en los muchachos, una decena de mutilados de guerra impulsando con rapidez de vértigo las ruedas de sus sillas en busca de la pelota—. El deporte es la mejor forma de recuperarlos física y psicológicamente, y también les permite reconciliarse con la vida y hacer que sus familias acepten su nueva situación», proseguía el militar mientras los observaba en la cancha.

Según su testimonio, existían veintitrés centros parecidos en todo Irak, como existían dos barrios exclusivamente destinados para sus amputados de guerra vip dotados con todos los servicios de una ciudad. Ali Rida, de treinta años, aseguraba vivir en una de esas reservadas urbanizaciones, llamada la «Ciudad de la Gloria» desde que la primera guerra del Golfo le dejase sin piernas. «Apenas llevaba tres meses cumpliendo el servicio militar cuando comenzó el conflicto y fui destinado a la frontera con Arabia Saudí. Estando en mi trinchera, un misil estadounidense estalló cerca de mi posición. Pasé catorce días inconsciente —explicaba el orondo iraquí, sudando a mares en una pausa del entrenamiento—. Cuando desperté estaba en el hospital de Basora y tenía el cuerpo completamente quemado. Temía por mi cara, pero mis padres me dijeron que me recuperaría. Palpé mi cuerpo y descubrí que mis piernas ya no estaban ahí.»

En el Escudo de gloria unos noventa minusválidos, supervivientes de los conflictos a los que Sadam arrastraba a su pueblo, aspiraban a competir en los Juegos Paralímpicos. Cada uno desgranaba su historia, hablaba de sus éxitos y describía sus medallas y evocaba con sincera ilusión las competiciones deportivas que les habían sacado, aunque fuera por algunas semanas, de Irak. Nadie mencionaba a la dirección ni evocaba las torturas infringidas por el propio Uday contra los deportistas de élite que perdían competiciones o anunciaban su deseo de retirarse. El miedo envolvía cada mínima esfera de la cotidianidad en Irak y aquellos mutilados, con sus rústicas sillas de ruedas de veinte kilos de peso, eran afortunados en un entorno de carencias y restricciones que deformaba cualquier atisbo de normalidad.

Las sanciones habían creado un mundo paralelo en Irak donde los oficios convencionales no gozaban del recorrido que pueden tener en cualquier otro país. Irak se había llenado de obligados taxistas. Académicos, cirujanos, científicos u obreros, cualquiera que pudiese permitirse un coche tenía en sus

manos la única salida profesional que le podía asegurar un extra en forma de proteínas en su magro menú mensual. En el colegio Al Quds de Aleshqan, los profesores admitían abiertamente que ganarían más transportando a gente que dedicando diez horas diarias a las aulas. «Mire, yo gano ciento cincuenta euros y antes de las sanciones ganaba el equivalente a mil quinientos. Pero alguien tendrá que velar por esta generación», admitía la directora, Hula Abas, señalando vagamente con la mano a la larga docena de chavales, con ropas roídas, que copiaban de pie en sus desgastados pupitres la lección del profesor con una disciplina casi marcial.

«Lo vemos en los niños. Tras la guerra del Golfo, comenzaron a abandonar las aulas para ayudar a sus familias. Les ocurre mucho a partir de los diez años: creen que no hay futuro y prefieren ganar dinero antes que estudiar», proseguía Abas, con un rostro prematuramente surcado de arrugas que hacían de su edad un misterio. En otro centro, el colegio Al Qaram, su director Abdel al Zhigouri confesaba avergonzado que su sueldo era menor del que podían percibir chavales sin escolarizar como Mohamed, de trece años, a quien encontré afanado en el taller mecánico donde sus diestras y diminutas manos cotizaban a la alza, con el rostro ennegrecido por una densa capa de grasa y humo.

«Trabajo aquí desde los diez años. Soy el mayor de seis hermanos y necesito ayudar a mi familia», confesaba limpiándose la húmeda nariz con el puño de la camisa, con cierto destello de orgullo en sus inquietos ojos de crío. Muchos de sus colegas adultos le miraban con una envidia poco disimulada. El adolescente no corría el riesgo de ser despedido: a su habilidad y su facilidad para aprender el oficio se sumaba su escasa ambición económica, lo cual convertía a los niños obreros en piezas codiciadas de muchos negocios. Los adultos no tenían tanta suerte. Para sobrevivir en el Irak de Sadam era necesario ser funcionario y, precisamente por eso, nadie culpaba abiertamente al régimen de la situación de penuria en la que se encontraba el país: oficialmente, Estados Unidos encarnaba al mal absoluto y aglutinaba el grueso de las maldiciones para evitar que, en caso contrario, uno de los muchos delatores con los que contaba el Gobierno denunciase al crítico por traición y este terminase desapareciendo en cualquiera de los agujeros negros del sistema opresor del Baaz.

A Manar la conocí en la boda de su prima, una sencilla ceremonia con zumos, bocadillos, organillo y flores de plástico celebrada en el oscuro patio de un sindicato local que alimentaba sus arcas alquilando el recinto para los enlaces de la clase obrera. La presencia de una extranjera, algo tan infrecuente

en el Irak de Sadam, revistió súbitamente de interés la ceremonia y la joven, cubierta de maquillaje barato, se sirvió de su escaso inglés y su desbordante simpatía para atraerme a su mesa. Horas de conversación, risas y canciones más tarde me hizo comprender que allí no podía hablar con libertad pero me invitó a su casa, días después, para compartir más horas de charla. La única condición era acudir a la cita sola, lo cual implicaba librarse de la presencia del *mainder,* en la jerga oficial, aquel que acompañaba a cada informador como una sombra y que, aquella noche, me había dejado en la ceremonia confiado en que nadie podría comunicarse con una extranjera. Por puro aburrimiento y frustración, había solicitado que me permitiesen visitar algunas bodas para atisbar los lujos que podía permitirse una familia de clase media y otra de clase alta en una situación tan inusitada como el embargo económico, y las autoridades aceptaron por primera vez con entusiasmo, convencidas de la inocencia de la petición.

Era parte del juego impuesto por el régimen a los contados periodistas autorizados para adentrarse en el reino de Sadam. Debíamos pedir permiso para cada entrevista, cada visita, cada salida del hotel, una forma de censura de la que se aprovechaban las autoridades. Muchas, la mayoría de las propuestas que planteábamos en aquellas tediosas y cínicas reuniones con los responsables del Ministerio de Información, recibían un no como respuesta. Forzando mucho las sonrisas, la adulación y las promesas sí era posible recibir autorizaciones para visitar el Bagdad que Sadam y los suyos querían mostrar: desde el Palacio del Líder Triunfal, museo épico de las hazañas del presidente donde se exhibían fotografías y obsequios de Estado, hasta el hipódromo, pasando por colegios, hospitales bien aleccionados sobre las visitas de extranjeros o celebraciones como el enlace en el que conocí a Manar.

El reportero era acompañado por un oficial del régimen encargado de la traducción —siempre libre, a juzgar por las interminables parrafadas que solían elaborar los entrevistados para ser interpretadas con un lacónico y uniforme «Sadam es nuestro líder y daremos nuestra sangre por él»—, de ilustrar la visita con propaganda, de ahuyentar a cualquiera que se atreviese a salirse del guión y, al final de la jornada, de elaborar el minucioso informe del que dependía la renovación del permiso de estancia. Resultaba complicado librarse del agente pero no imposible: el día señalado, caída la noche, bajé discretamente de mi habitación del hotel Rashid y deslicé la nota con la dirección de Manar a Ahmed, mi conductor, que dormitaba al volante de su Mustang ocre en el desierto aparcamiento. El joven suní, deportista, baazista

de clase acomodada y con una única aspiración en la vida —casarse con una extranjera que lo sacase de Irak— negó con la cabeza. «Esto no está bien. ¿Dónde está tu escolta? Es peligroso irnos solos.» Una alusión a mi confianza ciega en su valor y a la incontestable seguridad que proporcionaba el régimen le impulsaron a tragarse sus recelos, introducir la llave en el volante y poner rumbo a Ciudad Sadam, el suburbio chií negado y abandonado por las autoridades, donde la completa ausencia de alumbrado público, la basura putrefacta abandonada y las calles sin asfalto contrastaban con el Irak autorizado al público que me permitían ver las autoridades.

Manar vivía con su familia en un tétrico edificio con olor a orina. Ante la falta de suministro eléctrico, la familia compartía en ocasiones especiales —y aquella lo era— un generador con la potencia justa para alimentar dos bombillas que pendían de sendos cables pelados sobre nuestras cabezas. Grandes manchas de humedad enturbiaban las paredes, y varios candiles proyectaban sombras extrañas en el hogar de la familia, donde un grupo de mujeres vestía sus mejores galas y esperaban sentadas alrededor de una larga mesa salpicada con platillos de ensaladas, encurtidos, *hummus*, crema de berenjenas y pan de pita. Lo primero que llamaba la atención era la ausencia de hombres, y la pregunta sobre ellos oscureció aún más el ambiente. «Están en el ejército», adujeron. Durante horas charlamos en defectuoso inglés sobre la vida en Occidente, el cine, los viajes, la moda y las libertades. Fue entonces cuando la conversación versó sobre Irak. Confesaron que el cabeza de familia y los dos hermanos estaban en prisión, acusados de traición por disentir con el régimen, y el rencor siguió ensombreciendo aquella estancia en tinieblas donde se mascaban más pesares que alimentos. Manar venció el miedo con una violencia inusitada ante la estupefacción de sus familiares. «Sadam nos está matando —silabeó consciente de las potenciales consecuencias de sus palabras—. Todos le odiamos, aunque no podamos decirlo en voz alta porque algo así nos costaría la vida. Pero créeme, en esto, todos los iraquíes estamos unidos: odiamos su régimen y a su familia, que solo han traído la ruina a Irak.»

Semanas después de nuestro encuentro, y arrinconado por la presión internacional, el dictador amnistió a todos los reos iraquíes, criminales y disidentes, en un desesperado gesto destinado a granjearse la simpatía de un pueblo que no estaba dispuesto a defenderle. Con mi visado expirado, vi sobrecogida las imágenes por televisión: miles de personas se congregaban ante las prisiones iraquíes en busca de sus seres queridos, empujando las enormes verjas metálicas custodiadas por guardias de uniforme ocre

incapaces de contener aquella marea humana y confiados en que el miedo que seguía inspirando el sistema mantuviese a raya aquella desesperada multitud. Los presos fueron liberados de quinientos en quinientos para minimizar escenas de anarquía, y la tensión del exterior adoptaba múltiples formas pero ninguna parecía amenazar al régimen. «Sadam es el mejor hombre del mundo», atinaba a decir un reo en perfecto inglés, con su cuidado bigote al estilo baazista y su *dishdasha* blanca, antes de abrazarse a sus hermanos. Había pasado un año en Abu Ghraib, decía. Poco después la cámara enfocaba a un anciano encorvado de mirada digna y cabello níveo, que se apoyaba en un preso más joven para caminar: «Me encarcelaron por espiar para Arabia Saudí —contaba ante las cámaras—. He pasado dieciséis años en prisión», añadió, como si fuera una mera anécdota en su vida.

Los reos surgían en manada, con la incredulidad pintada en sus rostros, cargados con bolsas cargadas de las pertenencias acumuladas entre rejas: mantas, colchones, ropa… Ninguno se atrevió ante las cámaras a censurar el sistema que les había destrozado la vida: en aquel momento, no había críticas, solo loas al mismo tirano que los encarceló.

El miedo cimentaba la base del sistema político de Irak, y ahí radicaba el poder de la figura de la Mujabarat, omnipresente hacedora de vidas, que podía lanzar o arruinar una carrera en base a su humor, su celo o su interés. Algunos eran convencidos defensores del régimen; la mayoría, sin embargo, destilaban cierto oportunismo conformista y aprovechaban el trato con extranjeros para tratar de extorsionarlos con diferentes y enrevesados planes, como el que terminó llevándonos al hospital. Uno de los responsables del centro de prensa me propuso una visita a las afueras de Bagdad para asistir a un desfile en apoyo a Sadam, un acto que solía estar destinado exclusivamente a la televisión iraquí. Insistió en elegir al chófer; descartó a Ahmed, y se presentó personalmente a la hora indicada junto a quien ejercía en aquellos días como mi traductor, un hispanista rechoncho y desmotivado que solo sonreía cuando se aproximaba la hora de la comida, antes de elegir el restaurante más caro de la zona para ser convidado por su jefa a un opíparo almuerzo.

Montamos en un Chevrolet Mustang blanco, antiguo pero bien cuidado, conducido por un tipo grueso ataviado con *dishdasha*. Cuando ya habíamos abandonado la capital y ganábamos velocidad en la autopista, me percaté de la peligrosa forma de conducir que súbitamente había adoptado el conductor: se aproximaba en exceso al coche que nos precedía en la autopista y solo frenaba, con un suave volantazo, cuando parecía que estábamos a punto de estrellarnos. Tanteé hasta encontrar el asidero de la puerta y murmuré una

queja antes de ver, casi a cámara lenta, cómo su último frenazo se producía demasiado tarde: al rozar el vehículo delantero, nuestro coche se sacudió violentamente hacia un lado para chocar con otros vehículos y terminar frenando en seco, atravesado en el arcén. Pese a un par de impactos en la cabeza contra la ventanilla y una abrasión en el brazo, estaba ilesa: mis compañeros se quejaban pero todos estaban conscientes y no había sangre. El responsable del centro de prensa salió renqueante y se sentó en el arcén; minutos después, alguien nos condujo a un centro médico de Bagdad, donde fuimos atendidos con tanta amabilidad y dedicación como falta de medios.

Días después, el conductor reapareció en el centro de prensa exigiéndome que pagase los daños de su coche para toparse con mi más férrea oposición; una semana más tarde, mi traductor acudió al centro —llevaba de baja desde el accidente— con un brazo entablillado y actitud doliente, lamentándose por su suerte; me llevó a un aparte para exigirme una indemnización. Comprendí que todo era una estratagema para embolsarse un ingreso extra y le despedí, amenazando con denunciarle por extorsión al responsable del centro, el malencarado Odei al Taiee, que solía presumir de la integridad del régimen frente a la decadente corrupción occidental. Se fue malhumorado, entre amenazas; nunca más nos dirigimos la palabra salvo cuando la invasión era inminente y trató de reconciliarse, seguramente en busca de amistades occidentales en las que apoyarse si había un cambio de régimen.

La penuria económica era acuciante. El sueldo de los soldados no pasaba de los treinta mil dinares de la época, el equivalente a diez dólares. Del Irak de la miseria habían surgido empleos que décadas atrás se habían extinguido, fruto de la necesidad, la imaginación y el espíritu de supervivencia de una población sin recursos: desde reparadores de mecheros —nada se tiraba en tiempos de sanciones— hasta buscadores de oro u homeópatas que recorrían el país en busca de plantas milagrosas, una evolución natural en un país donde apenas había medicamentos.

En el Hospital Sadam Husein de Basora, principal puerto y tercera ciudad del país, las mujeres no tenían miedo al parto, sino al momento de ver por primera vez a sus hijos recién nacidos. Eran tantos los casos de malformaciones congénitas que los doctores admitían que, tras dar a luz, muchas veces arrebataban los bebés a las madres antes de que adivinasen el rostro de las anómalas criaturas, que apenas sobrevivían horas. «Preferimos decirles que han nacido muertos», explicaba el doctor Amer Izza, director del centro, mientras vagábamos por unos tétricos pasillos en penumbra para aliviar las altas temperaturas. Aquellos niños eran consecuencia del uso de

uranio empobrecido en la guerra del Golfo, negado por Washington pero confirmado por las investigaciones de la ONU y por los archivos de Izza, entre otros muchos médicos iraquíes. Tras saludarme educadamente en la puerta del centro, el médico me acompañó a su despacho y sacó de un cajón de su escritorio un pavoroso álbum fotográfico antes siquiera de comenzar a hablar. «Estas son las fotos del mes pasado. Juzgue usted misma», dijo antes de abrirlo y darle la vuelta, de forma que quedase a mi vista.

A medida que pasaba las páginas, se secó mi garganta. Las monstruosas imágenes de recién nacidos con graves deformaciones recordaban poderosamente a los nacimientos que sucedieron a las explosiones en Hiroshima y Nagasaki. Algunos habían desarrollado órganos vitales como pulmones o riñones fuera de sus pequeños cuerpos, como si un hábil y maquiavélico cirujano hubiera intervenido hábilmente cuando aún eran fetos. Otros habían nacido sin ano, o con mutaciones extremas en los órganos sexuales.

«Desde 1991, los casos de malformaciones en recién nacidos han aumentado entre seis y siete veces con una gravedad que nunca habíamos visto», explicó en tono monocorde. Mientras hablaba, me observaba pasar una página tras otra, enfrentándome a la visión de un bebé sin rostro con la de otro cuya nariz surgía de la frente, entre los ojos. «La gravedad de las malformaciones no tiene precedentes: tenemos muchos casos que ni siquiera estaban registrados en la literatura médica. Mueren horas después de nacer, o a lo sumo, al día siguiente», añadía en tono distante, casi conmiserativo, ante mi expresión de horror.

Según los datos de Izza, solo en su hospital morían unos veinte niños menores de un año por semana. El 90 por ciento de los bebés a los que asistía en el parto pesaban menos de un kilogramo al nacer. Su colega, el doctor Ahmad Abdul Fatal, se mostraba más visceral en su denuncia. «Cada mes ingresamos entre ochenta y doscientos niños con enfermedades directamente relacionadas con el uso de uranio empobrecido. Sobrevive solo el 10 por ciento, pero si las condiciones de Irak fueran similares a las de España, el cien por cien lo superaría», decía en tono de reproche.

Me acompañaron por las habitaciones del departamento de Pediatría y después me adentraron en los pasillos de Oncología, donde decenas de críos se consumían bajo un calor asfixiante. Salma, de once años, mantenía su menudo cuerpo encogido bajo una manta roja: en su rostro, una mueca de dolor que dibujaba arrugas en el entrecejo, para congoja de cualquier visitante que reparase en su bello e inocente rostro. La temperatura en Basora

sobrepasaba los 42 grados centígrados y los ventiladores apenas lograban aliviar el calor, pero la pequeña seguía temblando ante el consternado semblante de sus padres, consumidos por la pena y el miedo. «Hace cuatro años supimos que sufría leucemia. Se le administró un tratamiento, pero un año y medio después empeoró. La fuerza de su enfermedad ha aumentado, y el embargo impide que lleguen a tiempo los medicamentos que podrían salvarla», me explicó el doctor Fares Abas, jefe de residentes, en un susurro destinado a no herir los sentimientos de la niña y sus familiares, que en cualquier caso no hablaban inglés.

«Para nosotros, su cáncer se ha convertido en algo imposible de curar —proseguía Fares con cierta desesperación—. Si hubiera más medicinas, sobreviviría. Es otra de las consecuencias de la guerra del Golfo, a causa del uso de uranio empobrecido», incidía el médico mientras recorríamos los tétricos pasillos poblados por familias aniquiladas, velando en vida a sus propios hijos. Los datos que manejaba el hospital indicaban un aumento del 220 por ciento en los casos de cáncer en Basora. «El cáncer ha afectado a familias enteras que carecían de antecedentes. Aparecen cánceres simultáneos en una misma persona o casos tan raros como el de una niña de tres años que desarrolló cáncer de útero. No sobrevivió —proseguía el médico—. Este injusto embargo y el programa «Petróleo por alimentos», que solo cubre el 20 por ciento de las necesidades mínimas, nos está matando. Deja a los hospitales sin tratamientos básicos como la quimioterapia, así que el 90 por ciento de los pacientes de cáncer muere». Estábamos dialogando frente a la cama de Karab, de once años y una delgadez extrema, perdida en su túnica de color ocre y con un dolor rabioso reflejado en sus ojos. «Necesitaríamos antibióticos, transfusiones, quimioterapia… y no tenemos nada. Lo único que puede hacer su familia es preparar su funeral», dijo el doctor, antes de encaminarse a otro pabellón.

Irak se antojaba un polvoriento universo maldito por el abandono y el castigo internacional, un cortijo familiar salpicado de episodios contradictorios que resaltaban aún más las diferencias retorciendo el estómago de sus ciudadanos. Ocurría cada vez que un reluciente deportivo destellaba a toda velocidad por las grandes avenidas, ignorando peatones, semáforos o cualquier atisbo de señalización de tráfico sin que los agentes osasen siquiera levantar la mirada. «Es Uday Husein», contestaba con monotonía el conductor zanjando de raíz cualquier conversación antes de que comenzase.

La diversión más conocida de los hijos de Sadam, Uday y Qusay, consistía en pasar largas veladas en su club hípico privado, el lugar donde los

empresarios locales y extranjeros acudían a hacer negocios y a codearse con la élite. Alcohol, drogas y música abundaban en un lujoso pabellón fuera del alcance del común de los mortales pero situado en el recinto del hipódromo, donde los iraquíes aficionados a la hípica —uno de los pocos vicios permitidos en Irak y uno de los más antiguos: el primer club fue inaugurado en 1920— dilapidaban sus escasos fondos en la adrenalina de la apuesta los miércoles, viernes y domingos. Nada que ver con el club que frecuentaba la élite, que hacía las veces de discoteca y de centro de negocios. Una noche, un buen amigo árabe con conexiones con la familia Husein me pidió que le acompañase al exclusivo recinto para que pudiese echar un vistazo a una de las más exclusivas reuniones que pudieran concebirse en el Irak de Sadam. El personal apostado en la puerta le reconoció y saludó efusivamente, preguntando por la extranjera. Así comenzó una larga conversación en árabe tras la cual mi amigo reconsideró su propuesta. «No es seguro que me acompañes. Si Uday se encaprichase, la situación se me escaparía de las manos», adujo. Le esperé en el exterior, donde podía oírse nítidamente la música *techno* que amenizaba la velada del hijo del tirano, mientras contemplaba el Tigris. Desde allí, Bagdad yacía enterrada en la penumbra y la miseria mientras Uday y sus amigos se bebían la noche.

Con el hipódromo y los escasos hoteles de lujo reservados para la élite, los restaurantes del Tigris eran uno de los pocos reductos elegantes al alcance de los escasos iraquíes que todavía disponían de recursos suficientes para costearse un banquete. En una ocasión, el responsable de visados del centro de prensa, Mohsen al Tarfa, me invitó a almorzar para presumir de compañía femenina extranjera, algo insólito en el Bagdad del aislamiento. La ocasión implicaba una charla informal con un *insider* y también sopesar las posibilidades de ampliar mi trabajo en Bagdad más allá de las limitaciones que imponía el régimen, pero no tardé en descubrir que no había posibilidades de algo así. Al Tarfa me condujo a uno de los restaurantes del Tigris, donde las carpas eran empaladas y asadas lentamente en fogatas distribuidas por el suelo y alimentadas con leña. El baazista regó la opípara comida con *arak*, el licor tradicional de anís: el alcohol rebajó sus defensas hasta el punto de entablar una conversación política que, de haber sido publicada, le habría costado el puesto. El rubicundo oficial admitió la represión y reconoció la carencia de libertades, pero incidía en la responsabilidad de Occidente en el drama de Irak en una conversación inusual. Mencioné los deseos de venganza estadounidenses por el 11-S y la exposición de su país al odio revanchista de Bush hijo y su rostro se volvió granate. «Bush, Bush… De tal palo, tal

astilla… ¿Qué tenemos que ver con el 11-S? ¿Qué tenemos que ver con Bin Laden? Y además, Estados Unidos ha sido atacado, sí, pero ¿cuántas veces ha atacado a los árabes?»

De regreso al centro de prensa, aproveché la ausencia de la Mujabarat para caminar por la calle Rashid, elegante, digna y decadente avenida comercial donde perderse entre cafés tradicionales, antiguas mezquitas y mercados resultaban una delicia. Tomé una calle lateral y una grotesca montaña de basura asaltó mi vista. El recorrido autorizado por el régimen no exponía las miserias iraquíes de aquella manera. Levanté mi cámara fotográfica pero un vecino salió de la nada, en bata y zapatillas, gritando «Soura mamnua» —prohibido hacer fotos, la primera expresión que aprendí en árabe— con sincera consternación. En pocos segundos, se percató de que estaba gritando a una extranjera y desapareció como una ráfaga.

Su arrebato de dignidad me recordó a Salam Abid y a su empeño por maquillar la realidad en aquel ambiente asfixiante. Evoqué su amabilidad extrema, forzada e irreal, el peso que vencía los hombros del pintor y el recelo en su mirada. El miedo en el que vivía Abid era común al de sus conciudadanos, pero había fisuras en el telón de acero impuesto por el régimen, por el trauma de las guerras vividas y por la necesidad. Cuando atardecía, de regreso al hotel, una joven vestida con *hiyab* y *abaya* negros que deambulaba como si no tuviera rumbo fijo posó su nostálgica mirada en mí, y un brillo de dignidad y orgullo le cruzó la cara. Me quedé observándola, a la espera de que completase el mensaje en clave que intentaba lanzarme, y segundos después se volvió de nuevo, con una amplia y confiada sonrisa. Con ambas manos se abrió el sobretodo, mostrándome la ropa que llevaba debajo: una chaqueta de color anaranjado y falda azul celeste. Era su reivindicación de su derecho a vivir en Technicolor, su íntima protesta ante un universo que parecía condenar a sus habitantes al blanco y negro.

2

Mártires a su pesar: Irak se prepara para la invasión



Bagdad/Mosul/Kerbala/Tikrit/Babel/Tesifonte,
febrero-marzo de 2003

Vestido con camisola y pantalón grises, Ali me precedía con gesto huraño mientras bajaba las empinadas escaleras en medio de la oscuridad. «No sé si debería hacer esto —murmuraba mientras hacía sonar un herrumbroso manojo de llaves—. Se supone que no debería mostrárselo, pero ¿de qué debemos avergonzarnos? ¿De que nuestro Gobierno nos protege?», se justificaba, animándose a mantener la palabra que me había dado, junto a otros vecinos, en la larga entrevista que acabábamos de mantener en su residencia de Bagdad.

Tras atinar con la llave correcta, Ali se dispuso a abrir la estancia situada en el subsuelo de su lujoso edificio ayudándose de ambos brazos en un esfuerzo descomunal. A primera vista, la sensación de seguridad que daba aquel búnker era, sencillamente, plena. Pesadas puertas metálicas que crujían en sus goznes como pequeños gatos desperezándose tras un sueño de años, peladas bombillas que arrojaban luz suficiente para apreciar la solidez de aquella magnífica obra de ingeniería occidental y varias habitaciones de hormigón desnudas que hablaban a gritos de su amplitud y sus eventuales prestaciones. Una sala de ochenta metros cuadrados albergaba el cuadro eléctrico que controlaba el suministro de aire; un intrincado juego de válvulas, sin interpretación posible salvo por los planos enmarcados que cuelgan en las paredes a modo de criptogramas —para muchos vecinos, verdaderamente encriptados, dado que figuraban escritos en inglés— prometía lo más ansiado en el Bagdad de los días previos a la invasión: un refugio donde guarecerse de la lluvia de fuego y metralla que estaba por devorar la ciudad. Y Ali se henchía de orgullo.

«Pues aquí lo tiene. Ya se lo dijimos. El régimen nos protege, no nos va a dejar expuestos a las bombas americanas. Y por eso estamos dispuestos a dar nuestra vida por él», rugía con desconfianza y ahínco, como si hablase directamente al enemigo, mientras recorría la estancia y señalaba los interruptores de *peace time* y *war time* que decidían el nivel de amenaza que se cernía sobre el país. Cuando le apercibí sobre la ausencia de extintores de incendios —podía ver los ganchos habilitados pero no había rastro de los matafuegos— o de la despensa vacía hizo un gesto desenfadado con las manos. «Eso mañana, mañana…», dijo antes de dejar vagar la mirada por el lugar. Tras unos segundos de reflexión, su ira se transformó en ansiedad y volvió su rostro hacia el mío. «¿Es cierto que nos van a bombardear? ¿No hay forma de evitar el ataque?», me preguntó con una sincera angustia.

Ya no había vuelta atrás. El secretario de Estado estadounidense, Colin Powell, había dado una rueda de prensa televisada donde falseaba impúdicamente las pruebas que pretendían demostrar la existencia de armas de destrucción masiva y que justificaban, a su juicio, una agresión militar. El socio británico y los aspirantes a aliados, el español José María Aznar y el portugués José Manuel Durão Barroso, se sumaron con entusiasmo a la idea de invadir Irak pese al rechazo de las instituciones internacionales a legitimar semejante iniciativa y pese a la oposición, masiva y activa, de sus propias poblaciones.

El régimen, empecinado en resistirse a conceder ante Occidente, no sabía cómo evitar una invasión que sabía a ciencia cierta que iba a producirse. Meses atrás, en septiembre de 2002, había tenido ocasión de asistir a una comparecencia del ex inspector jefe de la ONU en Irak, Scott Ritter, ante una delegación del Parlamento iraquí. Era la única periodista extranjera acreditada en el acto y Ritter, un ciudadano que «a título personal» viajaba a Bagdad para rogar, en tono dramático, que se aceptase el «retorno incondicional» de la Misión de la ONU para la Inspección y Verificación del Desarme en Irak (UNSCOM) y evitar así «que el país sea destruido por Estados Unidos». «Mi país está a punto de emprender un acto criminal contra Irak, y he venido aquí para evitarlo», imploraba un cariacontecido Ritter ante la mirada de cincuenta parlamentarios títeres, sin poder real ni siquiera para consultar con sus autoridades. «¿Por qué debería ser incondicional? —se quejaban los presentes —. ¿De qué provocaciones hablan?» Y Ritter se desgañitaba en explicaciones, cada vez más vehementes. «La administración Bush ha construido una serie de mentiras para acusar a Irak. Está invirtiendo mucho capital político en ello. Ayuden a Irak y a la democracia americana mostrando cuál es la verdad —dijo ante un creciente murmullo de protestas que llevó a Ritter a elevar notablemente la voz para hacerse oír—. Por favor. Les estoy hablando de la destrucción de Irak. Llevo cuatro años oponiéndome a la guerra pero ellos están dispuestos a bombardear. Ayúdenme, a mí y a la minoría que represento, a evitar la destrucción de Irak.»

Cuando terminó su discurso, ambos coincidimos en el ascensor del hotel Rashid, donde el régimen alojaba a los extranjeros: las habitaciones estaban equipadas con cámaras y micrófonos destinados a espiar nuestros movimientos y comunicaciones, como tuve ocasión de comprobar. Ritter estaba cabizbajo y sonaba cansado y pesimista: daba la impresión de que sabía haber perdido de antemano su apuesta por la vía pacífica. «Tras la guerra del Golfo, temimos que Irak almacenase armas de destrucción masiva,

pero esa sospecha se disolvió con las primeras misiones de los inspectores —explicaba, encogiéndose de hombros—. Todo es una gran mentira. Rumsfeld miente sobre la existencia de armas. Washington está creando circunstancias para atacar.»

Los iraquíes asistían asombrados al doble rasero de Occidente, que tras una década de sanciones les remataba ahora con bombas arguyendo defender las libertades y los derechos humanos. «Cuando un americano o un británico muere en Occidente, todo el mundo se lamenta. ¿Por qué? ¿Son más seres humanos que nosotros? ¿Acaso venimos de planetas diferentes?», me preguntaba Shuja, una funcionaria de veinticinco años días antes de la invasión, verbalizando el sentimiento que atenazaba a toda una nación.

Apenas quedaban días para que comenzase la segunda guerra del Golfo y lo cierto es que Ali y sus vecinos eran verdaderos afortunados. Si hubiesen querido hacer uso del lugar habilitado por la dictadura para proteger a su élite podrían haber gozado de una aparente sensación de invulnerabilidad pero, en el Irak de Sadam, el recorrido por el refugio antiaéreo estaba lleno de dudas razonables.

En primer lugar, los vecinos del inmueble de la calle Mansour que habían accedido, a regañadientes, a mostrar su subterráneo para presumir de seguridad eran unos privilegiados. Altos oficiales del partido, baazistas de pro, disidentes sirios y palestinos protegidos por la dictadura, gente selecta que justificaba al mismo Gobierno que les abocaba al conflicto. En segundo lugar, aquellos refugios eran una excepción en un océano de pobreza y precariedad: solo algunos edificios y algunos barrios disponían de lugares similares, y la capacidad era más que limitada. Pero lo más importante era el precedente de 1991 que corrompía la sensación de protección hasta convertirla en un profundo desasosiego.

La bofetada de realidad se llamaba Amiriya, yacía unos kilómetros más allá y fue el refugio antinuclear donde perecieron más de cuatrocientos civiles quemados vivos por dos bombas de profundidad estadounidenses, demostrando a los iraquíes que ni la mejor inversión ni el más costoso de los búnqueres les podía poner a salvo de la ira de Washington. Amiriya era una tumba colectiva, una herida abierta mantenida por el régimen como museo del horror en memoria de las víctimas, que incidía en el envilecimiento del enemigo norteamericano, autor de una de tantas masacres por las que nadie pagará. Ventajas de la victoria y paradojas de la historia: hay asesinos que nunca responden por sus crímenes y que son capaces de denunciar a quien les recuerda sus tropelías dando hábilmente la vuelta a la realidad.

En Amiriya solo había una realidad, tozuda y demoledora, y Mohamed Husein la encarnaba a la perfección. De corta estatura, tez morena y constitución generosa, el joven superviviente, de entonces veintiocho años, era el vivo retrato del trauma que dejó en los iraquíes aquella tragedia. Nos encontramos en un billar vecino al refugio, donde jugaba con sus amigos mientras bebía Zamzam, una versión local de Pepsi que sabe a agua con sacarina. La experiencia vivida años atrás le había dejado marcado, y no solo psicológicamente: tras las pertinentes presentaciones y sin apenas mediar otra palabra, se remangó la camisa mostrando dos cicatrices marcadas a fuego en sus brazos. En una podía leerse, con un poco de imaginación, su propio nombre en árabe. En la otra, las caprichosas huellas del fuego trazaban con algo más de claridad la *shahada*, o declaración de fe islámica: *La Illaha illa Allah* («No hay más Dios que Alá»).

Mohamed parecía siempre al borde de las lágrimas. De pelo cortado al estilo militar, perilla y bigote baazista que pretendían darle una autoridad de la que carecía su rostro de niño, accedió a bajar el refugio conmigo, mientras desgranaba su historia. Daba la impresión de que el régimen le había encomendado mantener vivo el recuerdo.

Todo sucedió el 13 de febrero de 1991, en plena operación «Tormenta del desierto», cuando las bombas estadounidenses se abatían con saña sobre todo el país. El crío acompañó a su hermana Sheima, de dieciocho años, para pasar en el refugio del barrio una nueva noche de bombardeos norteamericanos. Sus padres se quedaron en casa, situada frente al búnker, donde en 2003 las ventanas orientadas a Amiriya habían sido selladas con madera, cegando para siempre la vista a la tumba de la hija. «Sheima tenía miedo y prefería acudir con sus amigas al refugio, pero no quería ir sin un familiar», explicaba mientras bajaba las tenebrosas escaleras que horadaban la tierra y saludaba a Emtesar Ahmed, responsable de la preservación del refugio, con la confianza de quien está hermanado por la tragedia. El joven comenzó a mostrarme el lugar como si de un destino turístico se tratase: 1.500 metros cuadrados de cemento ennegrecido y desconchado, con restos de lámparas y cableado colgando del techo como si acabase de sufrir la sacudida de años atrás. En una de las estancias interiores, un enorme boquete arrojaba luz natural y revelaba la naturaleza de la explosión que mató a 408 personas, entre ellas 300 mujeres, 43 menores de cinco años de los cuales 12 eran bebés y 57 niños de menos de 18 años.

«Las mujeres dormían allá, los hombres cerca de la entrada principal, pero desde mi posición podía ver a mi hermana, que dormía en lo alto de una litera.

Aquella noche yo estaba nervioso, me costaba conciliar el sueño. Sobre las 2.30 me despedí de ella con la mano y me quedé dormido», detallaba con gesto torcido mientras señalaba con sus gruesos brazos los rincones de su propia tragedia personal. Aquella noche, el sueño de Mohamed fue tormentoso: soñó con Ezrael, el ángel de la muerte, quien en sus pesadillas intentaba ahogarle. «Me sujetaba con una fuerza descomunal, sobrenatural. No podía moverme aunque lo intentaba. Yo gritaba, pedía auxilio, pero él me empujaba contra la cama impidiéndome escapar.»

Mohamed desconocía que el demonio sí había entrado en la estancia en forma de proyectil. No eran las manos del ángel de la muerte las que apretaban su cuello e inmovilizaban su tórax sino una puerta que, con la fuerza de la explosión, había volado hacia su cama: sobre ella, dos cadáveres calcinados anticipaban la magnitud del suceso.

La bomba, de dos toneladas de peso, había impactado sobre el área que ocupaban mujeres y niños generando una bola de fuego que calcinó todo a su paso, y la puerta que no mató a Mohamed le protegió de morir quemado. Cuatro minutos después, un segundo artefacto similar impactaba sobre la misma posición, recreando en Amiriya el infierno de Dante. Pero el joven tuvo la suerte de que su cama estaba situada en una esquina, y la llamarada pasó de largo salvaguardando justamente la zona donde la peor de las pesadillas le apresaba bajo una puerta.

«Cuando logré zafarme, vi un incendio inmenso a seis metros de mí. Pensé en correr pero no sabía en qué dirección. El humo lo llenaba todo, nublándome la vista. Ni siquiera podía respirar —proseguía Mohamed, pausado, mientras recorría con la mirada cada centímetro de aquellos muros evocando el día en que volvió a nacer—. Solo recuerdo oscuridad, gritos y fuego. Entonces vi a dos niños, a dos metros de mí. Tenían entre tres y cuatro años. Sus rostros parecían de carbón pero gritaban y se movían. O eso creí ver yo.» En los recuerdos del joven se mezclaba ficción y realidad. Aseguraba que se lanzó a rescatar a los críos con la idea de llevarlos a la esquina que había preservado su vida. «Sabía que estaba caminando sobre restos humanos pero solo pensaba en salvarlos a ellos y a mí mismo», rememoraba con lentitud. Dado que no sabía hacia dónde escapar, intentó tantear los muros con la mano, pero las altas temperaturas le abrasaron la palma: «Fue justo aquí, ¿puede verlo? —dijo, señalando la marca de una mano adolescente, grabada en blanco en la pared ennegrecida—. El calor me la abrasó», continuó, apoyando su mano de adulto sobre la huella.

Mohamed tardó meses en recuperarse de quemaduras de primer grado, que requirieron una larga hospitalización en Alemania de casi un año. Sheima pereció en el acto: nunca se halló ni rastro de su cadáver, para trauma de la familia, que se vio obligada a vivir para siempre frente al refugio que, irónicamente, costó la vida a su hija. Su rostro colgaba, junto con cientos de fotografías de mujeres y niños, enmarcados en los muros calcinados del refugio en recuerdo de las víctimas. Comprendí por qué los bagdadíes no eran entusiastas de los refugios, como explicaba Emtesar. «Ya no confiamos en los búnkeres. Si tenemos que morir, preferimos que sea en nuestro hogar.»

El fatalismo iraquí estaba rodeado de dignidad y de patriotismo. Nadie se creía las charadas del régimen. Los desfiles militares con oficiales y «voluntarios», ataviados con uniformes de otra era y con equipamiento militar que recordaba a la Segunda Guerra Mundial —en Mosul, los motocarros exhibidos parecían piezas de coleccionista que, probablemente, habrían cotizado en Europa—, eran una cita obligatoria para la población, aleccionada mediante panfletos o instrucciones verbales de los oficiales del Baaz en sus empresas, instituciones, lugares de trabajo, barrios o mezquitas. No se trataba de invitaciones sino de órdenes acompañadas de amenazas y advertencias, y los agotados iraquíes acudían arrastrando los pies, con tan poca convicción como fuerzas para resistirse, pero cuando atisbaban la presencia de prensa extranjera, el orgullo nacional les iluminaba la mirada: convertía sus rostros en muecas desafiantes y sus voces en roncos coros contra la invasión.

A Ahmed, veintidós inocentes años de sanciones y represión, le conocí durante un desfile militar en Bagdad. Fue de los primeros iraquíes que, en plena dictadura, osaron quebrar el discurso oficial, puede que como signo de disidencia o por puro descuido. «Estoy dispuesto a convertirme en mártir por Alá, no por el presidente», me dijo en un alto del desfile donde participaba, junto a otros sesenta agentes de policía como él, vestidos con sudarios blancos: decían conformar la primera unidad de fedayín de la policía iraquí y haber preparado cargas explosivas para «infiltrarme entre los enemigos y volarme por los aires, como hacen en Palestina». Los candidatos a mártir formaban parte de una marcha de cinco mil agentes del Ministerio de Interior, desde policías de tráfico hasta bomberos, cualquier cosa capaz de vestir un uniforme, sostener un arma y aguantar el sofocante calor de Bagdad. La fachada de religiosidad de la que se servía el régimen para aglutinar apoyo dentro y fuera de sus fronteras entre los islamistas era perceptible en aquellos desfiles. El momento culminante llegó cuando Ahmed leyó un juramento «escrito con sangre» por el cual juraba que actuaría «como un mártir para

defender a mi país, y que seré la espada en manos del presidente Sadam Husein en su lucha contra los enemigos que ambicionan nuestra tierra».

El ministro de Interior, Diad al Ahmad, presidía la marcha en la tribuna cuadrándose al paso de los candidatos a mártir, que coreaban una consigna poco politizada: «Allahu akbar», en un gesto expreso del régimen para aglutinar simpatías más allá de la obediencia debida. El régimen laico de Sadam Husein sabía instrumentalizar la religión —lo llevaba haciendo a conciencia desde hacía una década, aprovechando el rebrote de religiosidad que «islamizó» las sociedades árabes en los años ochenta— para sacarle provecho. En los años setenta, el islam era cosa de viejos, me solía contar Yaroub. «No había jóvenes en las mezquitas, eran la minoría. La sociedad estaba muy politizada: en los años sesenta, se dividía entre comunistas y nacionalistas. Pero a finales de los ochenta, eso cambió radicalmente, seguramente a consecuencia de la guerra contra Irán. En tiempos de crisis la gente se refugia en la religión, y a principios de los noventa ya había más jóvenes que ancianos en las mezquitas. Y Sadam, que necesitaba el respaldo social, promovió la «campaña de fe», llevando a conocidos baazistas, desde generales hasta ministros, a las mezquitas. Incluso aprobó leyes para eximir de impuestos a los comerciantes que construyesen mezquitas, y levantó templos gigantescos como Um al Marek, «la madre de todas las batallas», la principal mezquita de Irak.»

Sadam se sumó a la moda del islam incluyendo la *shahada* en la bandera iraquí y dejándose ver mientras rezaba o participaba en celebraciones religiosas. La «islamización» de la sociedad había permitido ciertas concesiones inimaginables años atrás, como la reanudación en 2002 del turismo religioso iraní a Kerbala, ciudad santa para los chiíes,[4] pero las principales celebraciones religiosas estaban prohibidas y los clérigos vistos como una amenaza por el régimen solían ser asesinados o detenidos. El propio Yaroub, que me acompañaba aquellos días de tensa espera ejerciendo de paciente guía y matando el tiempo con inestimables comentarios y explicaciones acerca de la historia reciente de Irak, había sido víctima de una redada en 1979 contra un grupo salafista al que pertenecía. «Éramos salafistas y nos oponíamos al régimen, y eso llevó al Gobierno a desarticular nuestro grupo. Nos delataron los vecinos y fueron detenidos entre treinta y cuarenta miembros de la organización, que entonces se hacía llamar Jamaat al Muyahidin [“Grupo de monoteístas”]», explicaba con su tono pausado y amable, como si fuera una anécdota más en una vida plagada de minucias políticas que te podían costar la libertad o la vida. «Casi todos terminaron en

Abu Ghraib y algunos fueron ejecutados. Yo logré escapar a tiempo, pero me escondí en otro barrio para evitar seguir los pasos de mis compañeros. Algunos fueron ejecutados, otros fueron amnistiados por Sadam antes de la invasión.» La lista de amistades represaliadas de mi traductor incluía nombres que terminarían jugando un papel en el nuevo Irak, pero en bandos completamente opuestos al suyo.[5] Yaroub, sus hermanos y su madre se beneficiaron de la amnistía de 2002, dado que estaban perseguidos por pertenecer a un grupo religioso. «Sadam atacaba a cualquiera que le pareciese una amenaza para su régimen. Por ejemplo, militar en los Hermanos Musulmanes implicaba prisión inmediata, pero al mismo tiempo acogía a los miembros de los Hermanos Musulmanes sirios que escapaban de la represión de Hama. No distinguía entre suníes, chiíes o kurdos, no era un líder sectario: para él, todos podían ser potenciales enemigos. Era una cuestión de supervivencia.»

Acudí a las tumbas del imam Husein y del imam Abas de Kerbala para constatar el fervor religioso de la mayoría chií, y terminé comprobando el estricto control de la religión en Irak. «En cada rezo llamo a la yihad contra los estadounidenses», aducía el jeque Mehdi Fadhel al Gharabi, máxima autoridad religiosa del templo dedicado a Abas, hijo de Ali y uno de los imames sagrados del chiísmo. El jeque me recibió en un suntuoso salón de suelos de mármol y techo de cristal donde el aire acondicionado aliviaba las infernales temperaturas del exterior. En las paredes, enormes fotografías donde Al Gharabi posaba orgulloso con Sadam y su hijo Uday constataban la estrecha relación entre islam y política. «Para los musulmanes es una obligación luchar contra el agresor, y Estados Unidos lleva atacando a Irak desde hace demasiado tiempo. Todo el mundo musulmán debe solidarizarse con Irak. Suelo decir a mis fieles que Irak es la primera parada del camino hacia el paraíso.»

De Mosul a Basora, los desfiles y la retórica belicista, altanera y bravucona, contrastaban con los preparativos de la población para su enésimo conflicto. Agotados por la guerra del Golfo desatada tras la invasión de Kuwait y la guerra contra Irán, los iraquíes habían desarrollado experiencia en las guerras: los vecinos excavaron pozos en los patios de sus viviendas en busca de aguas freáticas, recogieron los sacos extra de ayuda humanitaria distribuida por el régimen y, aquellos que podían permitírselo, hicieron acopio de gasolina. Por primera vez pude observar colas pacientes, pesimistas y reflexivas en las estaciones de servicio. Nadie tenía prisa. El tiempo se había parado a la espera del principio del fin.

Cada tarde, tras las ruedas de prensa cargadas de dialéctica y vacías de contenido, los denostados esfuerzos por obtener permisos o las interminables entrevistas para ampliar el visado y evitar la expulsión, me perdía por el centro de Bagdad en busca de imágenes, historias y vida. En la calle Rashid olía a especias. Los desvencijados cafés que salpicaban la arteria comercial, aromatizados por el té, el café con cardamomo y el humo de las narguiles de frutas que fumaban los parroquianos, servían de punto de encuentro para una generación que conocía demasiado bien las consecuencias de los conflictos. Abdul Munim, de sesenta y ocho años, jugaba al *taoli* con sus amigos Mustafa, de cincuenta y cuatro, y Hasan, de sesenta. Los tres jubilados solían complementar su pensión trabajando por las mañanas en el zoco.

«Mi mujer ya ha comprado arroz, azúcar y harina suficiente para tres meses —reconocía Abdul, abriendo una espita en la resistencia natural de los iraquíes a admitir la proximidad del desastre—. Nosotros hemos comprado gasolina y tenemos los botiquines distribuidos por el Gobierno. Si nuestros vecinos comienzan a comprar comida, haremos lo mismo», apuntaba Hasan. A pocos metros de allá, en una callejuela, varios negocios de mecánica eran atendidos por hombres en edad militar. Hasan, de treinta años, era el propietario de uno de ellos, pero solo acudía por la tarde: por las mañanas daba clase de lengua árabe en la universidad a cambio de quince euros al mes. «Yo solo quiero escapar de aquí. A Siria, o a Yemen, a cualquier sitio donde haya esperanza. Aquí no hay futuro. La gente se contenta con tener un sitio donde vivir y un coche, pero yo soy más ambicioso. Que vengan los americanos. Puede que así cambien por fin las cosas.» Uno de sus empleados, Zaak, de veinticinco años, se revolvió ante las palabras de su jefe mientras manejaba el torno. Le pregunté qué haría él en el caso de que la invasión se consumara y se levantó la camiseta, dejando ver el arma semiautomática encajada en la cintura del pantalón. «Que vengan. Yo estoy preparado para recibirlos», dijo con un brillo de demencia en la mirada.

La carrera contrarreloj desarmó a los más valientes. Las posiciones «militares» en cuarteles, grandes avenidas y edificios públicos, ocupadas por hombres cansados con uniformes desgastados y sin armas a la vista, muchos sentados en sillas de cámping tras las trincheras de sacos terreros, se fueron vaciando a medida que el día D se acercaba. Los escasos hombres visibles asomaban cariacontecidos, como el capitán Ghanam. «Dios está con nosotros y no con ellos, porque a Dios no le importa el petróleo —decía alzando el mentón—. Estos días estoy rezando más que nunca en mi vida. Le pido a Dios que proteja a mi familia y que evite que la guerra destroce a mi pueblo.»

A sus treinta y cuatro años, Ghanam parecía haber envejecido una década en los últimos días. Años después comprendí que todos los árabes aparentaban más edad de la que tienen. «Lucharé contra los estadounidenses porque su objetivo es matar a iraquíes y quedarse con nuestro petróleo. Es una guerra por el petróleo. ¿Qué pretenden hacer con él? ¿Bebérselo?», señalaba entre aspavientos.

Además de las trincheras y los soldados, una nueva presencia extraña enrarecía aún más el ambiente en la ciudad: los escudos humanos, llegados desde todo el mundo, que pretendían aportar su granito de arena para evitar un conflicto que solo auguraba un enorme volumen de destrucción. Españoles, chinos, rusos, japoneses… Voluntarios de treinta nacionalidades llegaban en viajes facilitados por la dictadura, en un intento desesperado de frenar lo inevitable, y eran alojados en hostales y hoteles del país antes de ser asignados a diferentes localizaciones. Los problemas surgieron cuando la dictadura les asignó cinco posiciones a defender cuanto menos cuestionables: la central eléctrica Al Masbath, un almacén supuestamente alimenticio en Taiji, la depuradora de aguas de Jaizert, la refinería del barrio de Dora y la planta eléctrica de Dora.

Muchos activistas se rebelaron, exigiendo ser distribuidos en hospitales y colegios. «No podemos cuadrarnos ante el régimen», se indignaba un voluntario argentino en la pequeña habitación que compartía con otros compañeros latinos, que no dudaban en calificar la iniciativa del régimen de «intento de militarización» de la iniciativa pacifista. El exdiplomático baazista Abdulrahman al Hashimi, responsable de la Asociación de la Amistad, Paz y Solidaridad, encargada de la captación de voluntarios pacifistas, mantuvo una reunión con los «escudos humanos» dos semanas antes de la invasión en la que les recordó que era el Gobierno iraquí el que pagaba los gastos de su viaje y manutención y les exigía tomar posiciones donde el régimen decidiera, para decepción de los voluntarios. Visité a un grupo de cuarenta estadounidenses, austríacos e italianos que decidieron tomar posiciones en la planta de tratamiento de agua, que abastecía a la mitad de la población de Bagdad: cuando llegaron, descubrieron que no estaba habilitada para albergar a más de veinte personas. Parte del grupo regresó a Bagdad a la espera de un nuevo destino. En la refinería, un grupo de voluntarios había colocado una gigantesca pancarta con la frase «No a la guerra por petróleo».

Un nutrido grupo de españoles intentaron gestionar con las autoridades la instalación de tiendas de campaña frente el Hospital Infantil Sadam Husein,

situado cerca de varios ministerios y puentes estratégicos para la caída de la ciudad, pero el régimen descartó la idea alegando que «molestarían más de lo que ayudarían». La tensa espera, un mes en algunos casos, y el gran número de extranjeros que se había establecido en Bagdad hizo que el régimen perdiera el control de muchos de ellos: dos se terminaron encadenando a sendas palmeras de la calle Abu Nawas, ataviados con túnicas. La primera vez que los vi, el día antes de la invasión, gritaban «No a la guerra» cada vez que se apercibían de la presencia de periodistas extranjeros. La segunda vez, esa misma tarde, estaban cabizbajos y aburridos, con actitud cansada. Al día siguiente, no había ni rastro de ellos.

La inminencia de la guerra había acelerado y estrujado el tedioso ritmo de Bagdad hasta hacerlo irreconocible. El mercado de animales, clásica cita de los fines de semana para las familias iraquíes, cerró parte de sus puestos para hacer frente a la nueva demanda: el producto estrella pasaron a ser los pájaros, cuyo precio se multiplicó en cuestión de horas. La causa no tenía nada que ver con el amor por las aves: en caso de ataque con armas químicas, estos animales son los primeros en caer fulminados. Pocos confiaban en el sentido común del régimen a la hora de emplear sus armas —al fin y al cabo, gaseó a su población kurda en Halabja años atrás— y se ignoraba si las amenazas de Sadam eran pura pose o si el régimen disponía aún de armamento prohibido.

Las visitas de los inspectores de la ONU, a quienes había tenido oportunidad de seguir —en sus últimas jornadas en Bagdad, la Comisión de Inspección, Verificación y Vigilancia de la ONU (UNMOVIC) prefería hacerse acompañar de la prensa para incidir en la colaboración de última hora desarrollada por el régimen— no habían dado resultados pero, en el caso de que el régimen hubiera escondido armas prohibidas, era casi imposible que fueran halladas en aquellas inspecciones. La dictadura solo mostraba lo que quería y siempre con limitaciones tan perturbadoras que alimentaban sospechas.

Tuve ocasión de comprobarlo meses atrás, en septiembre de 2002, cuando las autoridades llevaron a los escasos periodistas acreditados en Bagdad a la base Al Tuwaitha, dependiente de la Comisión de la Energía Atómica iraquí y situada a treinta kilómetros de Bagdad. Días atrás, Washington había mostrado fotografías captadas vía satélite, supuestamente por la Organización Internacional para la Energía Atómica (OIEA), de las instalaciones que según el Gobierno de George W. Bush demostraban de forma incuestionable la intención del régimen de reanudar su programa nuclear.

El portavoz de la OIEA desmintió que su organización hubiera captado tales imágenes[6] y afirmó que las fotografías no suscitaban preocupación alguna en la agencia, pero su voz apenas se oyó, amortiguada por los tambores de guerra. El régimen decidió organizar una visita encabezada por el exrepresentante de Irak ante la ONU, Said Husein al Musawi, donde los periodistas pudimos comprobar la ampliación de las instalaciones aunque, como cabía esperar, no había nada que indicara que estas pudieran ser destinadas a uso militar. «Estamos aquí para demostrar que se trata de instalaciones dedicadas a la investigación civil, muy alejadas de las mentiras de los americanos», dijo Al Musawi, vestido con traje de chaqueta y acompañado del responsable del centro, Fares Beareas. En las imágenes se podían apreciar dos tipos de construcciones: tres edificios calificados por los estadounidenses de «instalaciones clandestinas destruidas» y otros cuatro inmuebles que aparecían en las fotos con el epígrafe «instalaciones clandestinas activas». Lo que más rechinaba era precisamente el empeño en la «clandestinidad» del lugar. «Desde 1991, este complejo es un objetivo militar. Es un centro de investigación que lleva muchos años en activo y que no dispone de material nuclear por imposición de la Organización Internacional de la Energía Atómica», explicó Fares durante el recorrido ofrecido a la prensa.

Los edificios destruidos durante la primera guerra del Golfo habían sido reactores nucleares dedicados, según el régimen, a la industria civil. Según el director, los inspectores de la ONU desplegados entre 1991 y 1998 solían visitar con frecuencia el complejo. Sin embargo, las edificaciones nuevas fueron visitadas con prisas, limitaciones y un espíritu de secretismo que llamaba poderosamente la atención. En una de ellas, una nave semivacía, los operarios trabajaban con tornos y recipientes para tubos de laboratorio: cuatro contenedores amarillos con el símbolo de la energía atómica captaron la atención de las cámaras, aunque Fares se precipitó a explicar que se trataba de material para uso médico e industrial. En el segundo edificio había un laboratorio aparentemente destinado a la investigación y producción de medicamentos —los responsables nos hablaron de radioterapia, aunque los médicos iraquíes habían sido explícitos a la hora de denunciar las carencias que padecían a la hora de enfrentarse a casos de cáncer—, mientras que el tercero decían que estaba destinado a la creación de diseños de ingeniería, aunque se nos prohibió visitar más allá de las dos primeras salas. El último de los edificios destacaba por lo surrealista de la situación: unas cuantas literas sin somier cubiertas con bolsas de basura servían de semilleros para

champiñones, destinados según los responsables a experimentos agrícolas. El precario nivel de las instalaciones parecía lejos de reflejar la inminencia con la que, según Washington y Londres, podría el régimen desarrollar armas nucleares, y que entonces se estimaba «en cuestión de meses», para generar el apoyo internacional necesario que justificase la invasión.

El 8 de febrero, cuando los inspectores de la UNMOVIC regresaron a Irak en un último intento de verificar la presencia de armas de destrucción masiva, las condiciones de Estados Unidos para abortar la potencial invasión ya habían excedido a la misión de la ONU. Entonces, Washington exigía además a Bagdad que permitiese el sobrevuelo de aviones espía U-2 en su espacio aéreo y que las entrevistas previstas con científicos iraquíes fueran privadas, y el régimen accedió a ambas condiciones con tal de salvar el trono. Pero nada era suficiente. Mohamed al Baradei, responsable de la Organización Internacional para la Energía Atómica, y Hans Blix, jefe de la UNMOVIC, visitaron Irak la segunda semana de febrero para tratar de desactivar la crisis: Baradei, respetado diplomático egipcio, propuso al régimen prohibir las armas de destrucción masiva y, en la desesperación por evitar el ataque, Sadam Husein sorprendió a todos firmando de su puño y letra un decreto, el 15 de febrero, mediante el cual prohibía a cualquier ciudadano o empresa iraquí importar todo elemento que pudiese ser potencialmente destinado a crear armas nucleares, químicas o biológicas. «Todos los ministerios recibieron la orden de aplicar esta medida y de castigar a quienes la violen», se leía en la resolución presidencial. Para los despachos occidentales, era papel mojado: la decisión de invadir ya estaba tomada y los iraquíes lo sabían. Uno de los diputados títeres del régimen me lo confesó tras la sesión extraordinaria en la que el Parlamento refrendó el decreto de Sadam. «Estados Unidos quiere la guerra. Solo deben saber que estamos preparados, y que ellos también la sufrirán.»

Mientras se decidía su destino en lujosos despachos y medios de comunicación, la paranoia se apoderaba de Irak. Los comerciantes comenzaron a vaciar sus negocios para evitar que sus mercancías fueran robadas o dañadas, salvo en el caso de los puestos de generadores eléctricos, que hacían entonces su agosto. En el barrio de los artesanos, los días previos al ataque también se vivió una actividad frenética: muchos acudieron con maletines para forrarlos con láminas de cobre porque se había extendido el rumor de que cierto armamento que planeaba usar Washington destruía los aparatos electrónicos. Cámaras de fotografía y vídeo y ordenadores o discos duros eran susceptibles de caer víctimas de la segunda guerra del Golfo.

Aquellos que no podían permitirse el trabajo de los artesanos recurrieron a la compra masiva de papel de aluminio provocando escenas tragicómicas.

Poco a poco, la fisonomía de Bagdad se transformó. Las ventanas de la ciudad se cubrían de estrellas dibujadas con cinta adhesiva, el recurso más eficaz y barato para impedir una lluvia de cristales por las ondas expansivas. El barrio diplomático estaba completamente desierto, y la prensa fue congregada en dos de los hoteles de la capital para facilitar su control. En cuanto a los últimos observadores de Naciones Unidas, abandonaron Bagdad poco antes de la invasión. La noche antes de su evacuación les sorprendí en uno de los contados restaurantes que servían abiertamente alcohol en Bagdad, acompañados de diplomáticos, bailando desaforadamente y batiendo palmas al compás de música árabe en obvio estado de embriaguez. Solo el centro de prensa, instalado en el Ministerio de Información, parecía ser frecuentado por un número cada vez mayor de gente. Más de trescientos periodistas extranjeros permanecíamos en el país cuando la inminencia de la invasión desató una corriente de llamadas telefónicas desde las redacciones centrales de los países atacantes, Estados Unidos y el Reino Unido en especial, para instar a sus reporteros a abandonar el país por órdenes de sus gobiernos. Casi un centenar se vieron en la penosa obligación de cumplir órdenes que contravenían su deber profesional, mientras que el resto ultimábamos los escasos preparativos que podían realizarse antes de un acontecimiento tan imprevisible.

Alberto Martínez, jovial y sonriente, me recogió una de aquellas tardes en su coche. Había conocido al responsable de los servicios de inteligencia en Bagdad en mi primer viaje, en mayo de 2002, cuando era la única española no residente en el país árabe y mi presencia era una novedad que divertía y rompía la monotonía que rodeaba la vida de los diplomáticos y su entorno. Con Alberto, la sintonía fue inmediata: alto, de andares marciales, pronunciadas entradas, gafas y bigote al estilo Sadam, su marcado sentido del humor y una bondad ilimitada le permitían empatizar con cualquiera, y no fui una excepción. A veces, su actitud destilaba cierto paternalismo, pero no detectaba el tufo machista que envolvía a muchos de mis colegas varones y, en especial, a los funcionarios del Ministerio de Información, que tendían a tratar a las reporteras que viajábamos solas como si necesitásemos a un hombre que tomase las decisiones por nosotras, para exasperación profesional y personal. Además, con el tiempo adquirimos suficiente confianza para criticar la ocasional indulgencia de Alberto. «¿Y qué quieres que haga? Eres

española, me caes bien, tengo formación militar. Mi instinto me lleva a protegerte», me decía cada vez que me revolvía ante sus recelos.

En nuestro último encuentro antes de la invasión, me comunicó que le habían ordenado salir de Irak y me pidió que memorizase la ruta que íbamos a realizar: conducía a su domicilio en Bagdad, en un céntrico barrio que, calculé, sería de los últimos en caer dada su situación geográfica. Alberto había elegido a conciencia su casa pensando en un eventual conflicto. Una vez allí, me mostró las estancias, una despensa repleta de productos no perecederos y el funcionamiento de su generador eléctrico, antes de presentarme a sus vecinos, con quienes intercambió unas palabras en árabe. «Ellos tendrán las llaves de mi casa y les he explicado que eres mi protegida. Si se ponen las cosas feas, ven a esconderte aquí. Tendrás comida y electricidad suficiente para unas semanas, y nadie sabrá dónde estás.» Cenamos frugalmente, sentados sobre la alfombra que cubría el suelo del salón, y hablamos de su familia, de la vida en Bagdad y de la guerra. Repasamos todos los escenarios posibles: desde una rápida caída del régimen a un lento proceso de descomposición donde se recurriese a la guerra sucia. «Sadam tiene arsenales escondidos, de eso no cabe duda, y no sabemos qué contienen. Sospechamos que hay depósitos con todo tipo de armas en Bagdad, bajo tierra, en lugares catalogados seguros como hospitales, colegios, el zoo o el hipódromo.» De nuevo, la especulación reemplazaba a la información.

Me preguntó si tenía máscara antigás y le conté que ya había visitado la embajada de España, evacuada semanas atrás pero a cargo de un colaborador iraquí, para recoger una máscara. «Allí, en el sótano, hay raciones de combate para situaciones de emergencia. No dudes en ir a buscarlas si es necesario.» No podía confesar su irrefrenable deseo de permanecer en la ciudad, pero resultaba obvio que aquellos preparativos eran en realidad sus propios preparativos para sobrevivir a una invasión. Cuando me acompañó de vuelta a mi hotel, me señaló algunos objetivos potenciales de los que me pidió que me mantuviese alejada, ante las sospechas de que pudiesen almacenar armas sucias. En Abu Nawas, cerca del hotel Palestina, aparcó el coche y bajamos: nos dimos un abrazo corto e intenso, que no sonaba a despedida sino a interludio hasta el próximo encuentro. «Recuerda mi dirección, y mantente viva», me dijo antes de regresar al todoterreno y poner en marcha el motor.

Pensé mucho en aquellos supuestos objetivos militares y en el nivel de exposición de toda la población de Bagdad, foránea o invitada, pero intenté rebajar la inquietud que me generaba la idea para no caer en la psicosis que ya afectaba a muchos de mis colegas. Ante el monopolio de la información a

manos del régimen, que mantenía censurado internet y controlaba con contenidos de exaltación nacionalista los espacios televisivos, la rumorología se instaló en todo el país con la fuerza de las verdades absolutas. De la negación del miedo se pasó al pánico que generaba la idea de otra invasión, un siniestro presagio que recorría el país como un escalofrío instalándose en los huesos.

«No vamos a dejar que entren a matarnos, ¿verdad, mamá?», preguntaba la pequeña Rajma agarrada a un peluche delante del televisor, que escupía imágenes de preparativos bélicos. En la humilde casa del barrio de Adhamiyah donde vivía con su madre, Emtesar, su padre Yusef y sus siete hermanos solo había un fusil de asalto, como en cada hogar iraquí del Baaz, cedido por el régimen para la autodefensa en la guerra de 1991. No había municiones, pero sí una firme voluntad de defenderse de la agresión que abarcaba incluso a las mujeres. «Todas las madres del barrio nos defenderemos. El Partido nos armará, nos enseñará cómo usar las armas, y si no lo hace ya buscaremos cómo proteger a nuestros hijos. En la revolución de 1920, los iraquíes luchábamos con lanzas, con cuchillos o tablas de madera. Ahora haremos lo mismo, defendernos hasta la última gota de sangre», me contó Emtesar, de profundas ojeras, mientras terminaba de adecentar la cocina. A la dulce Rajma la idea no le cautivaba. «A mí me da miedo todo esto —me decía exhibiendo una triste sonrisa salpicada de mellas—. ¿De verdad van a venir los americanos, mamá? ¿Por qué nos van a atacar? ¿Qué haremos si entran en casa?», disparaba la niña, siete cándidos años a años luz de la última guerra, mientras se abrazaba a su oso de peluche, al que había bautizado None: era casi tan grande como ella. Su madre tenía siempre respuestas a mano destinadas a tranquilizar a su hija, la menor de ocho hermanos. «No entrarán en casa, cariño. Solo quieren nuestro petróleo, no matar a los iraquíes.» Y Rajma volvía a apretar con sus uñas teñidas de *henna* el peluche mientras volvía su rostro a la televisión, cuyo canal único emitía sucias y borrosas imágenes de archivo del ejército estadounidense. De vez en cuando se recostaba en la alfombra que guarecía el salón con un bolígrafo de cuatro colores, lo más parecido que tenía a un estuche de pinturas, y garabateaba en folios manuscritos. Otras veces, volvía la cara hacia el monitor en blanco y negro, colocado sobre una estantería decorada con flores de plástico, y se quedaba ensimismada intentando descifrar las imágenes.

Le pregunté qué quería ser de mayor. «Médico. Lo decidí cuando mi amiga Mariam enfermó y acompañé a su mamá al hospital. Ahora quiero ser doctora, para ayudar a los niños que sufren». Me conmovía su vulnerabilidad,

como la del resto de una población cautiva de los intereses de propios y extraños a la que habían arrebatado su propio destino. Inquirí a Rajma si sabía quién era George W. Bush.

—Sí, Bush es un hombre malo que mata a la gente. En la tele dicen que es un criminal americano.

—Entonces, ¿sabes quiénes son los americanos? —rebatí.

—Sí, son Israel. La gente que va cubierta con máscaras —respondió, en referencia a las máscaras de gas que los soldados lucían en las imágenes que escupía el televisor—. Son malos y nos quieren matar a todos, eso dicen en la tele. Tengo miedo de que hagan daño a mamá o papá, a mis hermanos, pero no vamos a dejarles entrar en casa. ¿Verdad, mamá?

La siguiente vez que volví a ver a la pequeña Rajma era huérfana, y había perdido el brillo de la inocencia en su mirada aunque conservaba su inquieta sonrisa y su ternura. Unos meses después, en el tercer y último encuentro, el pelo de Rajma estaba envuelto por un velo que, a mis ojos, le arrebató para siempre la candidez de antaño.

3

La invasión



Bagdad, marzo-abril de 2003

Los cuatro carros blindados estadounidenses se perfilaban nítidamente desde la esquina donde permanecíamos agazapados. Despuntaban al fondo de la autopista que conectaba Bagdad con Hillah bajo un paso elevado, entre la bruma irreal del alba y el *turab*, el polvo anaranjado que enrarece el aire del desierto. Mantenían dos cañones apuntando a nuestra dirección.

«¿Los ves? Te lo dije. Los americanos ya están en Bagdad», susurró Abdel Karim, nuestro traductor, con sus grandes ojos negros fijos en la visión que surgía, espectral, tras el muro donde nos escondíamos, en el cruce entre el barrio universitario de Al Jadriya y el distrito de Al Saidiya. Su mirada estaba cargada de curiosidad y desafío, y su tono destilaba cierto entusiasmo generado por la explosión de adrenalina que recorría nuestros organismos. Acuclillado, la postura no restaba un ápice de marcialidad al valeroso iraquí que nos acompañaba desde hacía dos semanas, demostrando un arrojo fuera de lo común.

«Vayamos a hablar con ellos», dije, intentando convencerme de mi propio aplomo, echando mano de la camiseta blanca que teníamos preparada y buscando la aprobación de Bruno Stevens, el fotógrafo belga con quien llevaba trabajando desde dos meses atrás, quien asintió sin dudarlo. «Ni hablar. Yo no voy. Están disparando contra todo lo que se mueve. Lo siento, pero me quedo aquí», musitó un Abdel Karim inusitadamente terco que, sin separar la vista de la carretera, parecía haber perdido el aplomo casi suicida que tan bien se complementaba con nuestro trabajo.

Desde que había conocido a Abdel Karim, un elegante iraquí de sonrisa franca y excelente nivel de francés que se había acercado al hotel Palestina para tratar de trabajar con periodistas en plena ocupación, nunca había dado muestras de la más mínima cobardía. Era un valiente, pero no tan estúpido como para acercar su bigote baazista a las posiciones enemigas.

Apenas oímos sus quejas. Para aquel entonces, ya habíamos comenzado a marchar, con tanta delicadeza como resolución, en dirección a los uniformados, con nuestros ojos fijos en los vehículos, a la espera de una señal que nos obligara a lanzarnos cuerpo a tierra. Eran unos quinientos metros, recorrido más que suficiente para ganarnos el derecho a la duda sobre nuestra peligrosidad pero también para convertirnos en el blanco fácil de un disparo legítimo. «¡Prensa, prensa!», comenzamos a gritar cuando estuvimos a una distancia razonable para hacernos oír, aunque había poco lugar a dudas: una española en vaqueros y camiseta con el pelo, sucio y desmadejado, al viento, aferrada a un bloc de notas y ondeando un trapo blanco y acompañada de otro

europeo con las cámaras bien visibles, ambos con las manos en alto, en medio de una desértica carretera iraquí solo podían ser periodistas.

En mi cerebro no existían más que aquellos soldados en posición de combate, apuntando sus fusiles de asalto en todas las direcciones, y sus mastodónticos vehículos: cuatro Abrams y un transporte de tropas Bradley dispuestos de tal forma que protegían con su blindaje a la unidad. Mi nivel de concentración era tal que el resto de Bagdad se desvaneció. Seguramente el agotamiento producto de la falta de sueño, fruto de tres semanas de intensos bombardeos y de la tensión de dos meses en continuo pulso con el régimen no me permitía apercibirme de más.

Tras darnos el alto un par de ocasiones y examinarnos cuidadosamente con sus prismáticos, el oficial al mando, el coronel Stephen Twitty, nos hizo un gesto invitándonos a aproximarnos. Parecía tan asombrado por nuestra aparición como nosotros por la suya. «Necesito ver vuestras acreditaciones. ¿De dónde salís? ¿Con qué columna habéis llegado?», nos preguntó estupefacto. «¿Cómo? No venimos empotrados, estamos destacados en Bagdad», respondimos mientras le mostraba el tarjetón amarillo plastificado que colgaba de mi cuello, con el águila dorada del escudo del Baaz, con el que el régimen me identificaba como reportera. En inglés solo figuraba la expresión «El Mundo Newspaper» y «Spain». «Esto está en árabe… ¿Trabajáis en Bagdad? ¿Quieres decir que estáis acreditados por la dictadura?» Su estupor iba en aumento y se hizo un ominoso silencio roto por uno de los jóvenes uniformados. «Eh, señor… ¿De dónde salen estos? ¿Esto es Bagdad?», inquirió, mientras el coronel echaba mano de un gastado mapa militar en el interior de uno de los vehículos y lo extendía sobre el blindaje, animándome a ayudarle. «No solo en Bagdad, en pleno centro de la ciudad», contesté mientras buscaba nuestra posición en el plano y la señalaba con mi índice, para profunda y contenida satisfacción de los sudorosos militares. Twitty asintió, sonriendo con disimulado orgullo, como si acabase de ser consciente de la diferencia entre las frías coordenadas dictadas por una sucia frecuencia de radio y las distancias reales que les separaban del final de una fase bélica que, para muchos de sus hombres, se traduciría en el regreso a casa. Suspiró aliviado antes de proceder a darme un parte bélico. «Hace dos días que adoptamos esta posición, y ahora estamos a la espera de órdenes para avanzar. Hemos recibido fuego enemigo desde tres direcciones, se han resistido y hemos respondido», explicó Twitty con calma. Le pregunté si había habido muchas víctimas y asintió. «Cientos de iraquíes han muerto en

los combates, y dos de nuestros soldados han perdido la vida —puntualizó—. Esto no es un juego.»

A medida que se animaba el coronel lo hicieron sus hombres, agotados pero espídicos, intoxicados por su propia adrenalina, y nos comenzaron a preguntar sobre las fuerzas que seguían defendiendo al régimen o las defensas del centro de la capital. Twitty confiaba en que la caída de Bagdad fuera cuestión «de días o semanas», pero se equivocaba: había comenzado esa misma mañana, cuando las fuerzas del régimen se evaporaron dando carta blanca a los invasores. Aquel luminoso 9 de abril las trincheras habían amanecido vacías. Las pocas furgonetas de la Guardia Republicana que osaban circular lo hacían ahora sin matrícula, y en las calles podían verse uniformes e insignias abandonados y pisoteados. Seis años después, un general iraquí me confesaría que la noche previa, los altos mandos acordaron dar órdenes de dispersión a sus hombres. Pocos querían morir por el dictador, aunque muchos sí lo harían por el país.

Cuando abandoné la posición estadounidense de Al Saidiya por la misma polvorienta carretera que había atravesado una hora antes, ciega de concentración, mis ojos repararon en el escenario donde me encontraba. Restos humanos cubiertos de moscas salpicaban algunos sectores de un pavimento jaspeado por restos de proyectiles, cristales rotos, cráteres y escombros de todo tamaño. Decenas de cadáveres adoptaban posiciones imposibles, retorcidas y agarrotadas, en la cuneta, muchos junto a coches calcinados con sus ocupantes dentro. Buena parte de los restos estaban completamente carbonizados. Otros cuerpos yacían en el viscoso y fétido charco dejado por su propia putrefacción, con los intestinos hinchados: el olor hacía pensar que llevaban un par de días yaciendo bajo el implacable sol iraquí. Algunos automóviles habían sido reventados con proyectiles de artillería pesada, otros habían sido ametrallados permitiendo a sus ocupantes intentar escapar en vano, para perecer por los mismos disparos medio metro más allá. Un pie, ennegrecido y limpiamente amputado a la altura del tobillo, reposaba olvidado en un margen de la carretera. Miré a mi alrededor pero no atisbé el cuerpo despedazado de su dueño.

En aquel momento, oí una furiosa marcha metálica que se avecinaba con gran estruendo. Una columna de blindados pasó a toda velocidad con jóvenes soldados estadounidenses asomados por todo orificio que les permitiera ver, con el más sincero asombro pintado en sus caras. Algunos vecinos vencieron el miedo para acudir corriendo al paso de los vehículos de guerra, ondeando telas blancas, esquivando los cadáveres para ser los primeros en ovacionar a

los invasores, en una salvaje e irreverente carrera de obstáculos que no respetaba a los muertos.

La escena se me antojó de una violencia casi obscena, pese a que era de las menos sangrientas que veía en las últimas semanas. Simbolizaba las oportunidades que se prestaban a ser despilfarradas con la inmoralidad que suele acompañar la arrogancia y la irresponsabilidad. La invasión estaba a punto de consumarse tras sembrar de muerte un país entero, una masacre disfrazada de «intervención» orquestada para satisfacer los cálculos de George W. Bush y sus cómplices, pero la población iraquí, aliviada por el final de una brutal campaña de bombardeos y esperanzada con la idea de que la «guerra humanitaria» les librase de la tiranía, daba la bienvenida a los invasores en un gesto de efímero alivio y desesperación.

Era la reacción más humana al final de diecinueve días de bombardeos bautizados por los dirigentes de Washington como operación «Conmoción y espanto», fiel descripción de la devastadora tormenta de fuego y metralla que se abatió sobre los habitantes de la antigua Mesopotamia. En las horas sucesivas, los carros de combate estadounidenses atravesaron las grandes avenidas de Bagdad encontrando poca resistencia a su paso: en el centro de la ciudad, algunos vecinos se aventuraban a salir de sus viviendas con botellas de agua y termos de té para ofrecérselas a los ocupantes y mostrar su euforia pateando ostentosamente los pósteres con la imagen de Sadam Husein, omnipresentes en la ciudad. Para ellos terminaba la tercera guerra que vivían en los últimos treinta años y la dictadura baazista que controló sus vidas durante más de cuatro décadas: muchos iraquíes habían nacido y muerto bajo el único y brutal sistema de gobierno que conocían. El precio a pagar, que había sido alto, no era siquiera comparable a lo que el país tendría que desembolsar en el futuro.

La operación militar había comenzado el 19 de marzo[7] con cierta tibieza en Bagdad. La lluvia de fuego que todos, iraquíes y periodistas extranjeros destacados en la capital, esperábamos se había limitado a una hora de sonoras explosiones que retumbaban en las afueras. Era imposible no fantasear sobre los objetivos y sobre el número de víctimas que podrían estar cobrándose, pero no había forma de confirmarlo dado que la cobertura desde Bagdad tenía estrictas normas impuestas por el régimen, y entre ellas figuraba la ausencia de libertad de movimientos. Recorrer la ciudad sin permiso del Ministerio de Información era una garantía de expulsión —muchos colegas serían proscritos por haberlo intentado o por la denuncia malintencionada de algún agente del

régimen— y era obligatorio seguir trabajando con los siniestros *mainder* que, al fragor de las bombas, comenzaron a desvanecerse.

La paranoia de las autoridades iraquíes fue en aumento y se cebaba con los informadores, únicos representantes del enemigo y eslabón más débil de la cadena. Cualquier sospecha de espionaje o atisbo de indisciplina suponía la deportación. El régimen nos manejaba como a su población, con arrogante prepotencia e imponiéndonos su particular visión de los hechos como realidad. Obviamente, en el universo Sadam, el régimen estaba ganando la guerra. Los heroicos iraquíes derribaban helicópteros Apache con fusiles de la Segunda Guerra Mundial, los soldados invasores caían como moscas y la valiente resistencia árabe impedía la caída de ciudades en manos de los invasores. La población no sufría: con su sangre, con sus almas, estaban dispuestos a defender a Sadam.

La certeza de estar siendo engañados —todos escuchábamos la BBC mediante receptores de radio de onda corta— y la falsa sensación de seguridad que reinaba en Bagdad nos hacía vulnerables a la rumorología, hasta que «Conmoción y espanto» se reveló exactamente como lo que era: una espantosa operación diseñada para la conmoción. Sucedió la tercera noche, cuando se dispararon las alarmas antiaéreas iraquíes como ensordecedora apertura de unos sucesos estremecedores: el cielo se transformó en una suerte de pizarra donde trazadoras blancas y rojas multiplicaban arcos de diferentes ángulos y longitudes, una suerte de siniestro planetario donde una mente psicópata redibuja la bóveda celeste con constelaciones de munición en lugar de estrellas.

La visión desde mi habitación del hotel Palestina, situada frente a la «ciudad prohibida», el complejo de palacios presidenciales y edificios gubernamentales situado frente al Tigris, equivalía a una butaca en platea de un espectáculo bélico turbador. Frente a mis ojos los palacios y sedes oficiales, objeto de gigantescas explosiones, reventaban devorados por enormes bolas de fuego, arrojando lluvias de escombros en una especie de delirante sinfonía visual y acústica perfectamente orquestada. Enormes llamaradas se alzaban en el Consejo de Ministros, un edificio con forma de *zigurat*, en el sobrio Ministerio de Urbanismo y en otras edificaciones próximas, iluminando la noche cerrada con fogonazos anaranjados y despidiendo densas humaredas que ocultaban, a modo de velo, la mitad misma de la ciudad.

Fueron dos horas de tremendismo, y un simple preludio del resto de la operación militar. Las baterías antiaéreas iraquíes se sumaron en vano a la

orgía bélica lanzando salvas de misiles incapaces de amenazar siquiera a los B-52 del ejército estadounidense, mientras los temidos Tomahawk incendiaban metódicamente sus objetivos. A los rugidos de los misiles y las sonoras explosiones se terminaron sumando el sonido de los cristales rotos, las alarmas de los automóviles y finalmente, cuando amainó el ataque, el rugido de las ambulancias que aprovechaban la pausa para recoger víctimas. Durante el primer receso de aquella primera noche, de apenas cuarenta y cinco minutos, el canto del imam de la mezquita situada en la plaza Firdos, próxima al Palestina, se expandió turbio y sobrecogedor.

Bagdad ya nunca sería la misma. Aquella dantesca jornada de explosiones era solo el inicio. Suponía una sobrecogedora demostración de fuerza y una declaración de intenciones: la templanza de los dos primeros días no era la norma sino la excepción de una guerra cuyo objetivo era descabezar al régimen representado en la magnificiencia de los palacios del Tigris, erigidos sobre una ciudad empobrecida por las sanciones, la tiranía y la corrupción. La actitud, entre resignada y orgullosa, que habían mantenido los iraquíes en las primeras cuarenta y ocho horas se desvaneció ante la constatación del horror. Como aún funcionaban los teléfonos llamé a Karima, una joven estudiante de inglés con la que había pasado no pocas horas fumando narguile en la calle Abu Nawas, en las semanas previas, para comprobar si estaba bien. «Ninguno está bien, aunque las bombas no hayan caído sobre nosotros. Cada vez que oigo una explosión, no puedo evitar sentir una íntima alegría por no ser yo, ni mi familia, la que ha perecido. Segundos después, el remordimiento me devora. En el fondo, me alegro por la muerte de otras personas y ni eso ni la guerra me dejan dormir.»

Fue el inicio de días y noches de bombardeos masivos, explosiones aterradoras que no podían distinguir entre objetivos civiles y militares, una exhibición de fuerza casi pornográfica inscrita en la guerra propagandística que se burlaba del principio de proporcionalidad,[8] humillaba a los iraquíes y evidenciaba la debilidad de una dictadura aislada y tambaleante. También tuvo su reverso: levantar a una población hasta entonces en trance. El día después de la primera jornada de «Conmoción y espanto», un revuelo, súbito y mayúsculo, nos sorprendió en la calle Abu Nawas, vecina a los hoteles donde se nos alojaba de forma obligada. Hombres de toda clase y condición, curiosos y exaltados, algunos con un punto de violencia demente en los ojos, corrían desaforadamente desde todas las direcciones hasta las orillas del Tigris, situadas frente al complejo de palacios presidenciales en una carrera desesperada que al principio carecía de sentido. Me acerqué con incredulidad,

tras constatar cómo incluso los conductores aparcaban sus coches para asistir al espectáculo. La extraña calma no había sido rota por ninguna explosión así que me intrigaba saber qué podían estar buscando con tanto afán.

«¡Por ahí! ¡Ha caído por ahí!», gritaba desaforado un adolescente con los ojos muy abiertos señalando un difuso punto del río. El rumor de que un paracaidista británico había caído sobre el Tigris se había extendido como la pólvora y comenzaba a adoptar diferentes versiones que explicaban tan singular hecho: para algunos, la coalición enemiga había comenzado a lanzar paracaidistas sobre Bagdad y el británico formaba parte de la avanzadilla; para otros, se trataba de un uniformado a quien el viento había desviado de su objetivo, pero en mi cerebro solo cabía una hipótesis: que su aparato hubiera tenido un percance en vuelo y se hubiera visto obligado a eyectar. Pero ni yo ni mis compañeros habíamos visto nada parecido a un paracaídas cayendo del cielo en un momento en el que, además, la ciudad estaba sometida a una calma queda, desconcertante, teniendo en cuenta que llevaba tres días bajo ataque. El estruendo de los B-52 que llevaban días retumbando en los alrededores y sacudiendo ocasionalmente la capital había cesado horas atrás. Fue la pausa, sumada a la desesperación de una población atacada desde el aire y la rumorología propia de un país bajo dictadura, la que instigó a cientos de personas a buscar venganza contra aquel fantasma, el supuesto uniformado británico que súbitamente encarnaba a los dirigentes que trataban de invadir su país.

El régimen dominaba con maestría el juego de la manipulación. Solo teníamos autorización —salvo excepciones— para desplazarnos en los autobuses oficiales, y los agentes del Ministerio de Información, que habían trasladado su sede al hotel Palestina[9] en busca de seguridad física, elegían cuidadosamente los destinos a mostrar. Uno de los primeros días nos llevaron al hospital de Mustansirya para visitar a heridos por las explosiones, niños cubiertos de quemaduras o amputados que yacían respirando con dificultad, mientras sus ojerosas madres les abanicaban en un vano intento de aliviar su dolor. Cuando estábamos en su interior se presentó el ministro de Sanidad, acaparando la atención del personal médico, que comenzó a lanzar hurras a Sadam. Comprendí que eso era lo que las autoridades iraquíes pretendían que escribiésemos: el apoyo social al dictador —en realidad, el miedo— seguía intacto. Más tarde, se nos llevó en uno de los autobuses del Ministerio a Al Aras Tourist Island, un complejo turístico situado a orillas del Tigris parcialmente destruido en los bombardeos de la noche anterior, donde los trabajadores recibieron a la prensa con pancartas de Sadam y «vivas» a la

dictadura en otra obvia campaña propagandística del régimen. Los daños en el lugar eran evidentes: los edificios habían quedado reducidos a escombros y el paraje, que se adivinaba idílico días atrás, componía un escenario de árboles arrancados de cuajo, chapas metálicas deformadas, bancos y mesas de piedra despedazados y montañas de cascotes. «Este agujero era mi oficina —se lamentaba Raad Abdulatif al Najali, director del centro, cabizbajo y desolado —. Nos lanzaron tres misiles Tomahawk. ¿Por qué? Aquí no había armas. ¿Este es el trabajo de los americanos, destruir centros turísticos?»

La especialidad del Ministerio de Información consistía en convocar ruedas de prensa de obligada asistencia, una estrategia que presentaba innumerables ventajas para una institución especializada en la censura: facilitaba tener a toda la prensa en un mismo lugar lo bastante ocupada para no pensar en eludir el cerco y salir a buscar noticias, y además las «razones de seguridad» justificaban esperas que a menudo implicaban largas y tediosas horas. Habitualmente el protagonista era el ridículo responsable de la institución, Mohamed Said al Shahaf, un experto en declaraciones altisonantes de victoria y en ridiculizar con insultos al enemigo —le apodábamos Ali el Cómico—**[10]**, pero en ocasiones constituían una oportunidad única para comprobar la moral del régimen y de sus más destacados dirigentes. También eran una forma de descartar muchos de los rumores que recorrían la ciudad, como el que aseguraba que el vice primer ministro Tareq Aziz y el vicepresidente Taha Yasin Ramadan habían sido arrestados cuando huían por carretera rumbo a Jordania. Tanto uno como otro terminaron compareciendo ante la prensa en uno de los salones de actos del Palestina, donde nos encerraban hasta que el ministro involucrado tenía a buenas comparecer. No podíamos salir hasta que el encuentro terminaba y el compareciente había abandonado el hotel: se trataba de que no supiéramos por dónde llegaba o por dónde se marchaba, una de las paranoias que rodeaban a la vida de los más destacados miembros del régimen.

La cacería del piloto invisible terminó siendo uno de aquellos muchos rumores que se propagaban por Bagdad con la virulencia de los bombardeos y que conseguía levantar, al menos temporalmente, la moral de un pueblo resignado a su fatalidad. Pero la realidad, aplastante y siniestra, terminó relegando los bulos a su papel de mero entretenimiento para momentos de escasez informativa. Tres días más tarde, los funcionarios del Ministerio de Información nos espolearon como si fuéramos ganado: «A los autobuses, os vamos a enseñar algo importante», gritaban con desdén, como si se apiadaran de los informadores occidentales.

El *turab*, la consistente tormenta de arena, enrojecía la luz del día y hacía masticable el aire enrareciendo aún más la jornada. Los buses recorrieron parte de la ciudad con premura, con las cortinas oscuras cerradas. De pronto, el jaleo en el exterior creció en forma de caos acústico y entreabrí la tela en busca de respuestas: costaba identificar en la calle cubierta por despojos humanos, escombros y restos humeantes el frecuentado mercado de Sha'ab, una de las barriadas más pobres de Bagdad. Las láminas metálicas que tapiaban los negocios habían volado, agujereadas por la metralla, y las mercancías se desparramaban entre cascotes, automóviles ardiendo y vidrios rotos. Las fachadas estaban picadas por los proyectiles y ennegrecidas por el fuego. Dos misiles estadounidenses habían impactado en el lugar, matando a dieciséis personas y causando heridas a una treintena. Mujeres cubiertas por *abayas* negras aullaban entre lágrimas los nombres de sus familiares, mientras varios hombres se restregaban la cara con los ojos empañados.

Un joven estaba sentado en cuclillas, con las lágrimas surcándole los pómulos, indiferente a quienes le rodeábamos. Me identifiqué y le di el pésame, animándole a hablar. «Cuando el misil explotó en este lado de la calle, seis de mis amigos caminaban en la acera. Me han dicho que todos están muertos», se lamentaba. Se identificó como Hareth Hasem, un maestro de veintidós años vecino del barrio. En su rostro se podía leer una mezcla de dolor e incredulidad ante el atroz espectáculo que acontecía frente a él. «Yo estaba a quinientos metros, y al ver la explosión volví corriendo. Pero solo encontré cadáveres, entre ellos el de mi amigo Sarmed —proseguía el joven, en evidente estado de shock—. ¿Cómo puede haber gente que haga cosas así? ¿Están locos?», exclamó, envalentonándose con su propio discurso. Se incorporó de un salto y sacó con destreza un revólver que llevaba bajo el pantalón vaquero, apuntando al vacío. «Yo mismo les mataré si se atreven a entrar en Bagdad», escupió con ira, mientras algunos vecinos se acercaban y le calmaban frotándole la espalda y besándole las mejillas. Cuando me alejé, el joven Hareth se desmoronaba en llanto sobre el hombro de uno de sus vecinos. A mi alrededor, la luz anaranjada iluminaba de forma extraña la sangre sobre el asfalto. En un tenderete, un corrillo de fotógrafos se esmeraba en tomar una imagen: una mano cercenada por debajo de los nudillos que yacía delicadamente sobre una chapa azul, como si su dueño la hubiera olvidado.

Acompañé al hermano de Sarmed, Ahmed, a la morgue del Hospital al Kindi. El traductor que me acompañaba, conmocionado por el suceso, asintió mudo cuando le sugerí que nos desviásemos del trayecto oficial para ir al

centro médico. Cuando Ahmed reconoció el cadáver en la cámara frigorífica, tras examinar cuidadosamente otros cinco cuerpos, se desmoronó en un llanto incontenible e infinito. «Solo tenía veintiséis años», murmuraba con la voz rota, torciendo su gesto adusto en una mueca de dolor que le desfiguraba. La emoción le estrangulaba la voz. «¿Por qué tienen que bombardear una calle comercial? No hay edificios del ejército ni sedes oficiales. Mucha gente está muriendo por la estupidez de Bush», se desahogaba mientras tres de sus familiares llegaban al centro en una furgoneta con un ataúd de pino donde habían escrito el nombre de Sarmed Draudi. Ahmed ayudó a introducir el cadáver, envuelto en una manta, en la caja manchando esta de sangre mientras su madre irrumpía en el patio del hospital entre terribles alaridos, arañándose la cara de puro dolor. «¿Por qué? ¿Por qué?», se desgarraba la mujer envuelta en ropas negras, arrancando lágrimas a todos los presentes. Comenzó a llover cuando la furgoneta que se llevaba el ataúd se alejaba de la calle, con un Ahmed ausente sentado junto al féretro. La lluvia esparció la sangre, roja y viscosa, que resbalaba del ataúd enturbiando la cuidada caligrafía.

Las masacres eran las únicas ocasiones en las que los funcionarios del régimen parecían perder el control. Dos días después del bombardeo de Sha'ab, el traductor de Robert Collier, el reportero del *San Francisco Chronicle*, llegó a bordo de su propio coche al hotel Palestina, donde entró haciendo aspavientos. «He oído que ha habido una matanza en Shoala —dijo entre jadeos—. ¡Vamos, vamos!», gritó. Robert y yo, que conversábamos en el vestíbulo, nos miramos atónitos. «¿Nos puedes llevar, sin permiso?», preguntamos, a lo que el iraquí contestó con un ademán de hastío y suficiencia, como si fuera bastante con su propia autorización. Dado que todos los traductores eran asignados por el Ministerio de Información, era difícil discernir si eran agentes de inteligencia o simpatizantes —por convicción u obligación— del régimen. Tras avisar al fotógrafo que solía acompañarme, nos introdujimos en su coche y salimos disparados hacia Shoala, una depauperada barriada al noroeste de Bagdad. La noche era tenebrosa y los bombardeos sacudían las proximidades, lanzando ráfagas de luz y bolas de fuego que, al entrar en contacto con la tierra, hacían temblar la carretera. El conductor tomó la calle que cruzaba el puente 14 de julio, perpendicular al Tigris, a una velocidad demencial que me hizo temer por nuestras vidas. «No tiene sentido morir por un accidente de carretera en medio de una invasión militar», dije en tono pausado, rompiendo el sepulcral silencio que reinaba en el coche. Mis compañeros me refrendaron pero el

traductor, que sudaba copiosamente, con el volante a escasos centímetros de su voluminosa barriga, hizo un ademán altivo y no aminoró la velocidad.

Cuando llegamos, la oscuridad y el humo dificultaban la visión del escenario del ataque. Se trataba de otro abigarrado mercado en un barrio empobrecido. Decenas de civiles gritaban, aullaban y rugían su ira hacia el cielo, impotentes y desesperados. Las mujeres ululaban estrepitosamente, y su sonoro duelo se entremezclaba con el ruido de los cristales de quienes desescombraban en busca de supervivientes. Cuando nuestros ojos se acostumbraron a la penumbra, ayudados por pequeñas linternas de mano, distinguí las montañas de piedras, yeso, cristales y despojos a los lados de lo que parecía ser el cráter dejado por el proyectil. Los puestos que estaban a pie de calle habían quedado arrasados. Un vehículo de color rojo fuego yacía destrozado bajo una farola partida que parpadeaba tenuemente, y me acerqué a mirar su interior: el asiento trasero estaba forrado de masa encefálica. Di dos pasos hacia atrás instintivamente: cuando miré hacia mis pies estaba en un charco de sangre con restos que no pude ni quise identificar.

El horror era mayúsculo. Me acerqué a un adolescente en estado de shock, que ya había comenzado a ser entrevistado por mis colegas. «Todas las tiendas estaban abiertas cuando estalló el proyectil —se atropellaba el muchacho, con los ojos abiertos como platos—. Cuando llegué vi una cabeza cortada. En cada puesto ha muerto gente», proseguía conmocionado. A su lado, un joven con la cabeza envuelta en una *kefiya* gritaba con voz desgarrada: «¡Hay decenas de niños muertos!». Otro joven, que se identificó como Saba Said, un estudiante de veinticuatro años, miraba a su alrededor sin ver, sin comprender que aún seguía con vida, en evidente estado de shock. Me aproximé a él. «Paseaba con mi amigo Ahmad cuando ocurrió la explosión —comenzó a hablar inexpresivamente, mirando hacia algún punto situado en la infinita negrura de la noche—. Una piedra le dio en la cabeza. Vi cómo parte de su cerebro salía disparado. Ahora Ahmad está muerto.»

En el cielo, la artillería iraquí disparaba a los cazas estadounidenses que seguían bombardeando Bagdad en lo que se antojaba una respuesta desesperada e ilusoria. En la calle principal, cinco féretros recorrían las manos de los vecinos en dirección a diferentes domicilios. Uno de ellos hacía un trayecto inverso y decidimos seguirlo: sus familiares lo llevaban a la mezquita de Musa Jadum, donde centenares de hombres ya participaban en otros funerales: frente al templo, entre tinieblas, varios féretros simbolizaban la magnitud de la tragedia. Los ataúdes flotaban sobre las masas en una procesión siniestra y comedida, donde nadie recurría a la violencia ni a los

aspavientos, donde el dolor se velaba con una entereza inimaginable en medio de la matanza. Entramos en la mezquita, que había sido habilitada como velatorio: allí conté quince ataúdes rodeados de personas destrozadas que solo encontraban consuelo en el contacto físico. Seis féretros, cubiertos por mantas, acogían los cadáveres de una mujer y cinco niños. Un poco más allá, el cuerpo desventrado de Karrah Husein, un niño pelirrojo de nueve años, era velado por su demudado gemelo, que miraba de reojo a su hermano. El tormento era inaceptable: Robert y yo, estadounidense y española, nos sentíamos cómplices involuntarios de aquella matanza y nuestras lágrimas se escapaban en silencio, inmersos en un dolor sincero y profundo: en ello reparó un hombre inconsolable, orondo y con barba de pocos días, envuelto en un abrigo de paño, que vomitaba su dolor en forma de llanto. Se llamaba Mayeh Saba y acababa de perder a tres de sus hijos. Al vernos, se aproximó a Robert y se fundió con él en un largo abrazo. Mi colega se vino abajo. «Lo siento, lo siento… Soy norteamericano y me avergüenzo de lo que está haciendo mi Gobierno, y como yo, lo hacen millones de americanos», le dijo, roto por el dolor. Y el hombre asentía, generoso y paciente en su consuelo, palmeándole afectuosamente la espalda, como si Robert fuera la víctima a quien confortar.

Acudimos al Hospital al Nur, donde habían sido ingresados la mayor parte de supervivientes. Tres médicos lloraban descompuestos en uno de los pasillos, con las batas teñidas de sangre. A las puertas de la morgue, varios familiares depositaban un cadáver en un barato féretro de pino. Cuando terminaron, uno de ellos se percató de que parte del cerebro había quedado pegado a la manta donde había sido envuelto. Con gesto de profundo disgusto, lo cogió con la palma de su mano y lo depositó en el interior del ataúd. Controlé una súbita arcada. Solo con aquel proyectil lanzado contra el paupérrimo barrio chií, perdieron la vida sesenta y dos civiles que muy probablemente nunca habían apoyado a Sadam Husein.

En muchas ocasiones los objetivos, como Shoala, no parecían tener sentido. En otras era posible, con mucha suerte, atisbar qué podría haber llevado a bombardear uno u otro punto de la capital, como el día que en una de las desesperadas carreras a bordo del autobús del Ministerio de Información atiné a ver, segundos antes de llegar al escenario del bombardeo, una escena muy poco usual: ante mis ojos, una lanzadera de misiles con un Scud en reposo taponaba una estrecha callejuela mientras varios soldados iraquíes con el rostro desencajado por la tensión instaban al conductor, gesticulando ostentosamente, a abandonar la zona. Cerré la cortina con el rostro lívido,

pero el resto de mis colegas estaban demasiado concentrados en el otro extremo de la calle, donde se nos presentaba la enésima masacre, para percatarse de qué dejábamos atrás.

Otras veces, sin embargo, el objetivo cobraba un siniestro sentido, como el día en que los cazas lanzaron un proyectil contra el centro de comunicaciones de Alwiya que desactivó las comunicaciones telefónicas de la capital; el ataque contra la televisión estatal, que liberó al país de la propaganda baazista y lo sumió en las tinieblas de la información, o el que padeció el barrio de Mansour cuando cuatro bombas antibúnker borraron de la faz de la tierra cuatro bloques de viviendas, tragándoselos por completo y dejando en su lugar un gigantesco cráter que desconcertó totalmente a quienes acudimos: veinticinco metros de diámetro y quince de profundidad. Las dimensiones eran tan colosales que los reporteros y vecinos deambulábamos confusos por los escombros: el impacto de la munición lanzada por un bombardero estratégico B-1 Lancer fue tal que elevó varios metros el nivel de la calle. Los servicios de rescate removían con dos excavadoras los cascotes sin saber bien por dónde empezar, mientras varios fuegos seguían ardiendo bajo toneladas de escombros. Barandillas de escaleras se retorcían mezcladas con enseres domésticos y juguetes infantiles, restos de vigas, sofás hechos trizas y jirones de ropa. Algunos coches habían quedado enterrados. En medio de la confusión, gente cubierta de polvo vagaba aturdida en busca de sus familias.

Al menos veinte personas murieron en aquel ataque destinado a acabar con las vidas de Sadam Husein y sus dos hijos, Qusay y Uday, a quienes una conversación telefónica interceptada en las inmediaciones situaban en una de las casas atacadas. El bombardeo del elegante barrio residencial se produjo a pocos metros del restaurante Al Sa’ah, propiedad de unos egipcios conocidos por sus buenas relaciones con Sadam y sus hijos. Según contaban los vecinos, testigos del ataque, Qusay había sido atisbado en las inmediaciones poco antes del bombardeo, pero escapó con vida veinte minutos antes de la explosión.

La creciente potencia de fuego y las masacres habían provocado cambios notables en Bagdad. La ciudad se había transformado en un páramo deshabitado, una zona fantasma donde las trincheras surgían de las esquinas y donde las columnas de humo oscuro y denso, depósitos de petróleo quemados por el régimen con la vana esperanza de que obstaculizase la visión de los pilotos, teñían de negro el cielo habitualmente azul. Los cráteres a sortear en las carreteras y los edificios humeantes definían ahora un mapa diferente de la

capital: incluso en mi caso, que llevaba dos meses residiendo en una ciudad que había visitado en el pasado, me costaba identificar las calles comerciales; eran muchos los negocios que habían visto tapiadas puertas y ventanas para evitar saqueos. La población parecía marcada por la clandestinidad, como si esconderse pudiera ahuyentar a la muerte, y en cierta forma los periodistas nos veíamos arrastrados por esa tendencia furtiva: cuando menos llamásemos la atención de los cada vez más irritables funcionarios iraquíes, más sencillo sería trabajar.

Días antes del inicio de la invasión, los periodistas nos habíamos creado un entorno que nos garantizara el envío del material y minimizara los riesgos en nuestras habitaciones del Palestina: a la cinta aislante pegada en las ventanas para evitar una lluvia de cristales, en mi caso, se sumaba un generador eléctrico. También había almacenado combustible suficiente para alimentar durante un par de meses el ordenador y los cargadores de batería de teléfonos y cámaras, algo necesario una vez que la corriente se redujo a su mínima expresión, días después del inicio de los bombardeos, cuando un apagón global sumió a Bagdad en las tinieblas.[11] El flujo de agua era también irregular, algo que resolví con un gigantesco bidón plástico encajado en el baño, que rellenaba de agua cada vez que regresaba a las cañerías del hotel. La dieta de guerra del Palestina era repetitiva y miserable, pero muchos días encontraba pan durante las salidas por la ciudad, lo cual me ayudaba junto a los frutos secos, de los que había hecho acopio en grandes cantidades, a mantener el estómago ocupado. En una ocasión no pude evitar añorar los *mezze* árabes en voz alta, delante de varios traductores, en una charla informal: las deliciosas ensaladas y entrantes que solían preceder cada comida en Irak eran un manjar. Al día siguiente, cuando llegué por la tarde al hotel me esperaba, frente a mi cuarto, un plato de *hummus* congelado que procedí a comer con devoción: nunca supe quién lo había dejado ante mi puerta, pero el gesto me emocionó.

El desafío no era la logística, sino evadir el control de las autoridades. El uso de teléfonos satélite, imprescindible para retransmitir las crónicas al exterior dado que no funcionaban las comunicaciones en Bagdad, estaba estrictamente regulado por el Ministerio, que cobraba un canon diario exageradamente alto por su uso, una de sus múltiples formas de extorsión al periodista extranjero. Los Thuraya, los móviles de esta compañía que ofrece telefonía por satélite, estaban prohibidos, como también el uso, fuera del radio de los funcionarios, de los módems con antena satélite en un intento de controlar los contenidos. Eso no implicaba que nos sometiéramos a su

censura: casi todos los periodistas manteníamos ocultos los aparatos: en mi caso, había logrado colar un Thuraya de forma clandestina que escondía en el conducto de ventilación del hotel: cada día desatornillaba la rejilla de ventilación para poder confirmar la recepción de la crónica en el periódico antes de volver a esconderlo, cuidadosamente envuelto en plástico negro. En un momento dado, los funcionarios del régimen llegaron a hacer redadas en las habitaciones en busca de teléfonos, lo cual nos obligaba a retransmitir de noche, colocando las antenas en los balcones. Aprendimos a cubrirlas con telas negras para hacerlas invisibles en la oscuridad cuando algunos colegas fueron denunciados por oteadores del régimen que solían apostarse con prismáticos en los balcones del Sheraton, situado justo enfrente del Palestina.

A la tensión que generaba la invasión había que sumar, en nuestro caso, la guerra de nervios declarada por el régimen. Éramos una fuente de ingresos tan evidente que, ya avanzada la invasión, cuando el Ministerio ya se había trasladado al Palestina, el responsable de la prensa decidió cambiar las normas y, de paso, distribuir nuevos pases de prensa necesarios para ser aceptados a bordo de los autobuses. Para obtenerlos había que saldar las cuentas pendientes con el régimen, que nos cobraba una cantidad diaria en concepto de traducción y asistencia, o lo que es lo mismo, a cambio de ser vigilados y a menudo hostigados por sus espías. A algunos colegas nunca les renovaron las tarjetas y les deportaron: eso hizo que el resto pagásemos de forma diligente las enormes sumas que nos exigían. El funcionario encargado de contar el dinero —que nos veíamos obligados a transportar en bolsas, dado que el beneficioso cambio con el dólar arrojaba fajos y fajos de billetes azules de dinares iraquíes con el rostro de Sadam— lo hacía ensalivando ligeramente la yema de su dedo índice en un ejercicio que podía llevar horas, dependiendo de los días de deudas por saldar. Me fascinaba el proceso, porque al hombre, rubio, espigado y de ojos claros, le habían arrancado las uñas y sus dedos eran zarpas irregulares que evocaban mucho dolor. Siempre fue amable conmigo, incluso un punto paternalista, y un día le pregunté cómo le había ocurrido. «Eso pasó hace mucho tiempo, en la guerra», respondió con la mirada triste, rechazando entrar en más detalles. Me quedé con la curiosidad de saber si sus manos eran producto de torturas iraquíes o iraníes, aunque siempre pensé que, de haber sido el último caso, no habría salido vivo para contarlo.

Una de las medidas novedosas del Ministerio de Información fue permitir a la prensa alojarnos también en el hotel Sheraton, situado frente al Palestina, fácilmente controlable: de esa forma pretendían aligerar nuestro atestado hotel y de paso beneficiarse ellos mismos de nuevas habitaciones limpias y de agua

caliente, algo inexistente en el Palestina durante la invasión. Era principios de abril y el avance estadounidense era inexorable: los rumores indicaban que Kerbala ya había caído y que las tropas se aproximaban desde Hillah. Hablé con Julio Anguita Parrado, mi colega de *El Mundo* empotrado con el ejército estadounidense, mediante el teléfono satélite. «Esto no puede durar mucho, va muy rápido. Y en cuanto llegue cuelgo el uniforme, así que búscame habitación en Bagdad porque estoy deseando librarme de la disciplina militar y poder escribir sobre qué les está pasando a los iraquíes», me dijo con el ánimo alto. Era una gran excusa para reservar un cuarto en la planta trece del Sheraton con un largo balcón que se extendía sobre el Tigris, regalando una envidiable vista a los palacios en llamas, donde aprovechaba para asearme y para librarme por unas horas del opresivo ambiente del estrecho y sucio cuarto del Palestina.

Efectivamente, los acontecimientos se precipitaban en Bagdad a un ritmo trepidante. El 5 de abril, la ciudad había amanecido aterrada, tras una nueva noche donde las explosiones se sucedían sin tregua, con más ferocidad si cabe que en jornadas anteriores. Los proyectiles caían en todas direcciones, solapándose unos a otros, siguiendo un patrón que no alcanzaba a entender. El edificio del hotel temblaba con cada sacudida. Aquella noche me sentía demasiado agotada para subir a la terraza a mirar el horizonte, así que encendí el enésimo cigarrillo y me acodé en el balcón a ver cómo el complejo presidencial volvía a reventar ante mis ojos entre explosiones sordas y roncas que devoraban todo a su paso. Súbitamente, distinguí un proyectil que, pensé, se dirigía a mi dirección. Mi corazón se sobrecogió. Mi intuición me decía que iba a estallar exactamente en mi posición, en aquella anónima habitación del hotel Palestina, y mi cuerpo hizo ademán de echar a correr. «¿A dónde?», razoné. No había escapatoria, estallaría en segundos y necesitaba minutos para abandonar mi cuarto. El sonoro silbido de la munición crecía a medida que se aproximaba, generándome una sensación de pánico, hasta transformarse en un rugido metálico que cortó el aire a tan escasa distancia de mi cuerpo que noté como me temblaban las entrañas. Una extraña sensación de succión desapareció con la luz del proyectil, que probablemente acababa de atravesar el pasillo aéreo entre el Palestina y el Sheraton para impactar en uno de los edificios situados tras la plaza Firdus. Luego supe que se trataba del Ministerio de la Fuerza Aérea, adonde horas después acudí para examinar los daños: centenares de máscaras antigás yacían dispersas en el pasillo entre escombros y vidrieras: pensé en la absurda inversión que no había servido para proteger vidas.

A la mañana siguiente, el trayecto por Bagdad que nos brindó el Ministerio tras muchas presiones se limitó a menos de media hora, como si hubiesen perdido el control de parte de la ciudad. Evitaban a toda costa la carretera del aeropuerto, donde se estaban produciendo fuertes combates, y se negaban a darnos más información. «Decenas de cadáveres de soldados estadounidenses pavimentan el aeropuerto —me dijo furioso uno de los altos cargos del Ministerio cuando le pregunté por los acontecimientos allá—. Eso es todo lo que debes saber.» Cuando le propuse que nos autorizase a acercarnos, respondió que no era recomendable por nuestra seguridad: «Estamos usando todo tipo de armas para defendernos», dijo en tono sospechoso. Decidimos acudir al Hospital al Kindi, uno de los más grandes de la capital. En un pequeño pabellón descansaba el doctor Safaa al Hashimi, con gesto concentrado, calvo y con profuso bigote: consumía uno de esos turnos que nunca terminan en tiempos de guerra, cuando parte del personal sanitario ni siquiera podía llegar a su centro de trabajo. Le había conocido en jornadas anteriores, pero aquel día estaba inusitadamente callado y preocupado. Le pedí revisar las cifras de cadáveres y heridos que habían ingresado hasta el momento y accedió, incorporándose de forma trabajosa. Entrábamos en el pabellón de urgencias cuando un hombre mayor, con los ojos acuosos y su enorme volumen corporal temblando como gelatina, penetró en la sala sin enfocar la mirada. Paró a un metro de nosotros y boqueó sin que las palabras le salieran de la boca antes de que su cuerpo se desvaneciera, cuan grande era, en el pasillo: conseguimos sostenerle antes de que se estrellase contra el suelo. «Sé quién es. Acaba de perder a su hijo, es el chaval que llegó muerto hace unos minutos», me dijo el doctor.

Habíamos visto el cadáver del niño de trece años un cuarto de hora antes, con media cara arrancada y un boquete mortal en la boca del estómago. La irrupción de aquel padre roto por la pérdida desencadenó dos horas de espanto en la sala de urgencias que se añadían al agotamiento de Hashimi y también a la frustración del personal médico: muchos de los cadáveres y heridos que inundaban el hospital tenían balas alojadas en su cuerpo. Ya no se trataba solo de la metralla de las bombas sino de combates cuerpo a cuerpo que afectaban tanto a civiles como a militares. Los estadounidenses combatían en Bagdad aunque el régimen nos negase su visión.

En la puerta del hospital, coches civiles vomitaban niños ensangrentados, muchos de ellos bebés: una camioneta frenó rabiosamente con dos preciosas niñas de menos de diez años en su interior, pelo largo, negro y liso, con las piernas cubiertas de sangre. No querían bajar porque no querían abandonar a

su padre: su cadáver yacía atravesado en la parte trasera. Una de ellas fue cogida en volandas por el doctor Safaa: un impacto de bala la estaba desangrando. Me asignaron que acompañase a su hermana, muda de horror, al interior en busca de una cama: solo encontré un hueco frente a otro niño de seis años, rodeado de médicos: había perdido parte del cráneo y la oreja derecha. No le daban más de setenta y dos horas de vida. Decenas de niños y mujeres desbordaban las instalaciones mientras los médicos y enfermeras se multiplicaban, algunos con los brazos completamente cubiertos de sangre. Los vecinos que acompañaban a las víctimas, noventa heridos y veinte cadáveres en solo dos horas, explicaban que eran víctimas de los combates en el barrio de Obeidi y denunciaban que en las calles había unos ciento cincuenta cadáveres que no podían rescatar. «No hay coches suficientes para traerlos a todos», gritaba horrorizado uno de los conductores, poniendo rumbo al barrio.

En el exterior del hospital un estudiante de veintiún años gritaba colérico en inglés, mientras le consumían las lágrimas. «Fuck you, America! Fuck you!». Se llamaba Mohamed al Falah, y había acompañado al hospital el cadáver de su hermano Husein, de solo diez años. Me acerqué en un intento de consolarle, y el hombre, con la camiseta blanca empapada de sangre, se hundió abandonándose al llanto. «¿Cómo se lo voy a decir a mi madre? ¿Cómo? Se volverá loca, lo sé.» En ese momento, uno de los médicos salió por una puerta lateral al exterior, rumbo a la morgue. Caminaba desolado, como si el tiempo se hubiese parado, sosteniendo delicadamente en sus brazos un cuerpo inerte, diminuto, cubierto por una sábana: correspondía al pequeño Ali, de dos años, quien había fallecido en la mesa de operaciones con el cráneo destrozado. La presencia del doctor con el pequeño cadáver impuso el silencio pesado y opresivo, repleto de hastío, que aplastó por unos segundos los gritos de dolor y las exclamaciones de odio.

Tras una nueva noche de demenciales bombardeos y sonido de artillería por todo Bagdad, el 6 de abril nos autorizaron a viajar en nuestros propios coches —seguramente no se fiaban de que el autobús oficial, un blanco seguro, no fuera bombardeado— acompañados por los traductores hasta un barrio del sur, situado en la carretera del aeropuerto. Un carro de combate estadounidense yacía desventrado y ennegrecido cerca de un gigantesco cráter, vigilado de cerca por soldados del régimen. Nos animaron a tomar fotografías mientras señalaban el blindaje destruido, como si fuera prueba de la feroz resistencia del ejército iraquí, pero de pronto dos cazas sobrevolaron a baja altitud por encima de nuestras cabezas: todos, los iraquíes a la cabeza,

huyeron frenéticamente, entre gritos. Yo también salí a la carrera, pensando que los aviones tenían como objetivo inutilizar el blindado.[12] Los cazas no atacaron pero regresaron minutos después generando un pavor general: los agentes de Sadam, demudados, nos instaron a abandonar la zona. Cuando el coche en el que viajaba arrancó, vi a un soldado iraquí introduciendo un obús en una pieza de artillería pesada: cuando se giraba para detonarlo, su cuerpo se elevó un metro del suelo y explotó en el aire en medio de una humareda. Me pareció verlo a cámara lenta. Nunca supe si fue alcanzado por un proyectil o le reventó la munición que se aprestaba a disparar.

Aquella noche pernocté en el Sheraton. Cada vez se hacía más difícil dormir por la intensidad de los ataques y la tensión que generaba la inminencia del desenlace, pero el agotamiento era tal que incluso durante las fases más virulentas nos vencía el sueño. A primeras horas del alba, los combates de artillería se agravaron en los alrededores del Tigris y cuando desperté, aturdida como cada mañana, y me asomé al balcón no podía creer lo que veían mis ojos. Unos cuarenta soldados abandonaban a la carrera las posiciones defensivas del complejo presidencial. Algunos lo hacían con paso cauteloso y otros llevados por la histeria, los menos se zambullían en las frías aguas del río en su huida desesperada de cuatro carros de combate situados al principio de la calle Haifa, que disparaban contra las posiciones iraquíes que protegían los castigados palacios de Sadam. Las bombas caían por doquier desde el inicio del complejo hasta el hotel Rashid y el Palacio de Congresos, a unos dos kilómetros de distancia. La artillería iraquí descargaba su fuego a toda potencia sin hacer mella en las fuerzas ocupantes, que mantenían sus posiciones con desdén.

La confusión era total, los rumores hablaban de que el hotel Rashid y el Ministerio de Información ya estaba en manos del ejército de Estados Unidos, pero las autoridades iraquíes mantenían con apabullante aplomo su ficción de victoria. Un cámara de televisión decidió bajar al margen del Tigris para grabar la batalla que se libraba a apenas cuatrocientos cincuenta metros: fue seguido y zarandeado por los funcionarios del régimen, que violentamente le obligaron a regresar al Palestina. El ministro de Información compareció dos horas después con su uniforme verde oliva y su boina calada y, en una de sus inauditas muestras de hipocresía, nos acompañó a un grupo de reporteros a la terraza del Palestina, donde aseguró que «todo Bagdad» estaba bajo el control del régimen y que «los valientes civiles y soldados iraquíes» habían repelido a los ocupantes, quienes «se suicidaban en masa» aterrorizados por la mera presencia el ejército iraquí. «No hay tanques americanos en Bagdad», decía

abriendo los brazos, mientras detrás de él se podían ver, velados por la tormenta de arena y el humo de las explosiones, varios carros de combate estadounidenses encaminándose hacia los palacios presidenciales. Conocíamos a Al Sahaf, pero su nivel de infamia estaba alcanzando límites delirantes en aquella comparecencia. «Pero ministro, vuélvase, por favor —le instábamos—. Mire hacia allá, aquello son tanques.» «Les digo que no los hay», zanjó la conversación antes de escabullirse por la escalera del hotel, dejándonos estupefactos.

Aquel día se nos exigió que utilizásemos el chaleco blindado y el casco para abordar el autobús en un recorrido más breve que nunca: apenas diez minutos de acelerado trayecto por la calle Saadoun que nos permitió atisbar la sede del Ministerio de Información, protegida por un numeroso grupo de milicianos con morteros, lanzagranadas y fusiles de asalto en posición de alerta. Un funcionario del régimen me miró altivo al verme de semejante guisa. «¿Dónde está tu arma?», me preguntó en tono chulesco, pretendiendo ser ingenioso. Sin pestañear saqué el bolígrafo que siempre llevo enganchado en la pechera. «Aquí», respondí con gesto desafiante. Chasqueó los dientes y se marchó.

Cuando regresamos al hotel, a primera hora de la tarde, los blindados estadounidenses eran perfectamente visibles. Llamé al periódico para contactar, mediante las secretarias, con Julio Anguita y saber exactamente dónde se encontraba su unidad, animada al saber que nos encontraríamos muy pronto. Con extremada delicadeza, me dijeron que no podían comunicar con Julio desde aquella mañana y que podría haber malas noticias. Horas después, me confirmaban que su posición había sido alcanzada por un impacto iraquí que acabó con su vida y la de su compañero, el reportero alemán del semanario *Focus* Christian Liebig, así como de dos soldados norteamericanos.

La noticia se extendió rápido entre los colegas, como ocurría con cada percance de un periodista. Fue una larga tarde de pésames, duelo y lágrimas. Los compañeros me visitaban en mi cuarto del Palestina cargados de apoyo y buenas intenciones. No recuerdo por qué motivo salí de mi cuarto: me encontré en el pasillo a José Couso, cámara de Telecinco, que venía a visitarme con pan y queso para animarme a comer en un receso de sus retransmisiones. Se lo agradecí con una sonrisa pero rechacé los alimentos: no podía ingerir nada y los víveres eran extremadamente escasos en aquella etapa de la guerra.

Durante la noche, los bombardeos y los combates que se vivían en torno al hotel se entrometieron en mis sueños. Despertaba sintiendo calambres en

los músculos, entre vívidas pesadillas donde me veía sepultada o donde veía a Julio sepultado entre escombros, turbios sueños de regusto metálico y olor a muerte que me cansaban más de lo que me permitían reposar. Los violentos despertares me desvelaban hasta que el agotamiento me cerraba los ojos. Al día siguiente, decidí cambiarme a la habitación del Sheraton para ducharme e intentar descansar. Conseguí dormir un par de horas cuando una sonora explosión hizo retumbar el edificio. Desperté costosamente para oír gritos en el pasillo: colegas histéricos hablaban de un disparo contra el hotel Palestina. Llamé al periódico para comunicar que me encontraba bien antes de bajar corriendo al hotel, donde me encontré a varios compañeros manchados de sangre, desolados y conmocionados, en la puerta. «Le han dado a Couso». Otros colegas de Reuters también habían sido alcanzados por la metralla.

Tras un indefinido periodo de aturdimiento inicial, logré despejarme lo suficiente para preguntar por el centro donde había sido ingresado y encontrar un conductor dispuesto a llevarme hasta la clínica: una vez allí nos comunicaron que carecían del equipo necesario para tratar heridas de su gravedad y que habían remitido a José al Hospital Ibn al Nafis. El recorrido por aquel Bagdad de la anarquía era esclarecedor: grupos de fedayin —fuerzas especiales del régimen— y de muyahidin, probablemente el cacareado ejército de voluntarios árabes del que tanto hablaba el régimen,[13] se deslizaban entre las calles en pequeños comandos, armados con fusiles de asalto y RPG (lanzacohetes antitanques), buscando objetivos a emboscar. Muchas calles habían sido bloqueadas por los vecinos con muebles y troncos en un vano intento de evitar el paso de los tanques, los combatientes o previendo los saqueos que se avecinaban.

En el Ibn al Nafis otros colegas españoles esperaban angustiados en la entrada: Couso estaba siendo intervenido en ese momento. Me contaron que la metralla le había seccionado la arteria femoral y le habían amputado una pierna a la altura de la ingle tras una costosa operación de dos horas. Éramos conscientes de que su caso había atraído todos los recursos del hospital y a su mejor personal médico, hasta el punto de que los doctores y enfermeras habían donado su propia sangre: intentaban salvar la vida del invitado extranjero a toda costa en un gesto de generosidad que nos conmovía.

Cuando salió de quirófano nos permitieron verlo. José me pareció mucho más alto de lo que le recordaba, con su pierna seccionada: estaba lívido y agonizaba. El aparatoso vendaje en la cara que tapaba el corte que la metralla le había hecho en la mandíbula le impedía hablar. Le agarré la mano y traté de tranquilizarle, pero nada parecía aliviar su angustia. Los médicos dijeron que

tenía posibilidades de sobrevivir aunque había perdido mucha sangre, y que las siguientes veinticuatro horas serían críticas. Regresé al Palestina. Horas después nos comunicaron que había muerto, como también había fallecido Taras Protsyuk, cámara ucraniano de Reuters, quien filmaba en el balcón de la habitación 1503, situado exactamente encima del lugar donde filmaba José. En otro ataque norteamericano, aquel mismo día, el periodista de Al Jazeera Tareq Ayub también había perdido la vida. La ofensiva nos descolocó: desde el primer día, la prensa estadounidense había proporcionado al Pentágono las coordenadas exactas del hotel Palestina, donde además colgaban banderas europeas de las ventanas y sábanas blancas que nos identificaban como blanco civil. Los responsables de Al Jazeera también habían comunicado su situación a las autoridades de Washington, como habían hecho en noviembre de 2001, sin evitar con ello el bombardeo de su oficina en Kabul (Afganistán).

Esa misma noche, los periodistas velamos a nuestros muertos con una vigilia de candelas encendidas en el jardín del Palestina mientras arreciaban las bombas, en un surrealista ambiente de dolor y desafío. Varios iraquíes se aproximaron para recriminarnos que no hubiéramos encendido velas por los incontables muertos que se había cobrado la invasión. Me enjuagué las lágrimas y agaché la cabeza avergonzada por aquel hecho incontestable. Fue una de las lecciones más duras que aprendí en esa guerra. El fantasma de la doble moral me acompaña desde entonces, ensombreciendo cada cobertura de zona de conflicto donde el percance profesional de un periodista extranjero copa páginas y portadas mientras la muerte de civiles no encuentra espacio entre los breves. Nuestra doble moral, nuestra insoportable hipocresía combinada con la obligación de poner voz a unas víctimas que sin nosotros no podrían expresarse, atormentan muchas coberturas.

Bagdad cambió radicalmente en la mañana del 9 de abril. Los espías iraquíes que habitualmente seguían los movimientos de la prensa se evaporaron, presagiando que los acontecimientos se habían precipitado a lo largo de la noche. Las calles estaban plagadas de más señales. Las furgonetas que transportaban a los fedayin atravesaban a toda velocidad la ciudad sin signos de las ametralladoras pesadas que solían ir instaladas en el cajón trasero; en algunas calles, decenas de uniformes iraquíes con las insignias rojas de las fuerzas especiales yacían arrojados por sus dueños en su apresurada conversión al mundo civil. «Somos libres, somos libres», lloraba un vecino de la calle Nidal mientras observaba a los uniformados de la Tercera División de Infantería, la misma con la que viajaba Julio Anguita, tomar posiciones en el barrio.

Los uniformados recibieron instrucciones de terminar en la plaza Firdos, situada entre el Sheraton y el Palestina, justo donde enfocaban las cámaras de todos los reporteros instalados en Bagdad. Querían asegurarse de transmitir al mundo la imagen de la conquista cuando pusieron una soga y una cadena al cuello de la estatua de Sadam Husein que presidía la plaza: cometieron el error de taparle la cara con una bandera de Estados Unidos en un gesto recibido con estupor y rechazo por las decenas de vecinos enardecidos que se sumaron a los invasores, con mazas y cuerdas, lanzando zapatos y piedras contra el símbolo de la dictadura. De la nada, tras una corta espera surgió una enseña iraquí con la que sustituyeron a las barras y estrellas. La operación que terminó con el derribo de la estatua de bronce en la cual Sadam saludaba a las masas, resumida en pocos segundos por las televisiones, fue una costosa y en ocasiones frustrante tarea de horas, y el número de espectadores fue magnificado por las cámaras: en realidad era un centenar de vecinos que entonaban de forma diferente la consigna más gastada del régimen baazista. «Bil ruh, bil dam, nafdik ya Sadam» cambió súbitamente el nombre del dictador por el nombre del país por el que el pueblo sí estaba dispuesto a morir: «Con nuestra sangre y nuestra alma te defenderemos, oh Irak». El castigado país comenzaba así una nueva fase de su historia impuesta por el fuego de los líderes occidentales, que dispararon su ocupación sin saber que la fuerza de retroceso se dejaría sentir en todo el mundo, alcanzándoles allá donde estuvieran.

En el centro de Bagdad, el grueso de la resistencia se había desvanecido. Sin embargo, en reductos suníes históricamente favorecidos por el régimen como Adhamiyah o Ghazaliya, e incluso en la calle Rashid, era posible ver comandos de jóvenes fibrosos y sudorosos lanzando granadas y abriendo fuego de fusil contra los estadounidenses. Se organizaban en grupos de cuatro o cinco hombres y se distribuían en pocos segundos en la posición de tiro elegida, por lo general al paso de un despistado blindado norteamericano: uno de ellos disparaba su RPG, el ligero lanzacohetes antitanque capaz de ser manejado sobre el hombro, mientras el resto le cubría abriendo fuego con sus Kalashnikov. Los chicos desaparecían entonces entre las callejuelas a bordo de furgonetas antes de que los invasores pudieran responder al fuego, atrapando en los combates a la población civil que se aventuraba para abastecerse de agua y alimentos. Entre los voluntarios árabes había desde yemeníes a palestinos, sirios o libaneses: en un hospital tuve ocasión de entrevistar a un joven miembro de Hizbulá que había sobrevivido, de milagro pero con graves amputaciones, al bombardeo aéreo del autobús que le

transportaba junto con un nutrido grupo de milicianos del Partido de Dios chií libanés desde la vecina Siria. «No somos chiíes ni suníes, somos musulmanes contra los ocupantes», me dijo orgulloso cuando le pregunté, presa de mis propios prejuicios, por qué combatía en nombre de un régimen suní.

Un día después de la caída de Bagdad intentamos aproximarnos al aeropuerto, pero las tropas estadounidenses repelían con disparos a todo aquel que se acercara. Al norte quedaba la prisión de Abu Ghraib, infame en tiempos de Sadam, cuya situación estratégica —en una región puramente suní y a pocos kilómetros de Bagdad— la habían convertido en un jalón necesario para las tropas norteamericanas. Para entrar en el edificio había que pisar los uniformes e insignias de la Guardia Republicana arrojadas al suelo por los protectores del penal antes de su huida. Las huellas del asalto eran visibles: explosivos sin detonar colgaban de las puertas de algunas celdas, aunque por el miserable ventanal se podía observar su interior vacío. Otras habían sido reventadas con goma amarilla conectada a un rudimentario detonador. Dentro, en las oficinas, se pudrían un par de cadáveres. La amnistía de Sadam había vaciado Abu Ghraib meses antes del inicio de la invasión, dejando en libertad a miles de criminales comunes, disidentes y opositores políticos que habían sobrevivido a sus condenas. De regreso a Bagdad, en plena autopista, atisbamos un tanque norteamericano parado en la cuneta. En los alrededores podían verse piezas de artillería iraquíes abandonadas, muchas de ellas desventradas.

Me empeñé en visitar el Ministerio de Información en el que tantas horas y sinsabores había pasado: no pude evitar la tentación de entrar en el suntuoso despacho de Al Shahaf, donde todo permanecía en el mismo sitio. En el baño de Ali el Cómico encontré tinte negro para el pelo y sus características gafas metálicas. Junto al retrete, apiñado en el suelo, yacía su uniforme verde oliva y la boina: imaginé sus prisas a la hora de vestirse de civil.

En la mesa de su despacho encontré una caja de Viagra donde faltaba una pastilla. Parecía original, e imaginé que se la había encargado a alguno de sus múltiples visitantes extranjeros. Detrás de mí podía oír al ejército de saqueadores que ya se había apoderado de Bagdad y decidí marcharme. En las cercanías, una multitud de explosiones se impuso al barullo humano: se trataba de un nuevo depósito de armamento que estaba siendo detonado por las fuerzas extranjeras. Días después, en una visita a Ciudad Sadr, como enseguida se renombró al suburbio chií de Ciudad Sadam, la explosión accidental de otro arsenal escondido en una vivienda civil dejaba decenas de heridos y una parte del barrio convertida en escenario bélico: un grupo de

niños asaltó la casa abandonada para convertirla en su particular patio de recreo y encendió una pequeña hoguera desencadenando un incendio. Cuando abandoné el lugar, tras horas asistiendo al espantoso incendio, se desconocía el número de muertos: ni los bomberos se atrevían a aproximarse al edificio, desde donde volaba todo tipo de munición que impactaba en las casas cercanas. Un anciano salía de una de las viviendas bañado en lágrimas, con un bebé en brazos protegido por una almohada. «Las cuatro casas estaban llenas de munición. Los americanos deberían haberla recogido, era muy peligrosa.» De otros domicilios salían civiles despavoridos cubiertos con toallas, muchas de ellas empapadas en sangre. «Los americanos no quieren la paz, sino el petróleo. Están en contra de la paz, y si se quedan nos convertiremos todos en fedayin contra América», se desgañitaba Hasan Jalid, un parado de veintiocho años. A su lado, un tendero se sumó a la conversación. «Queremos un nuevo gobierno iraquí. Bush prometió que cuando cayera el régimen sus soldados se irían y pondrían un gobierno iraquí. ¿A qué esperan? Queremos orden, queremos un gobierno», rugía Amir Jabar ante el asentimiento general, callado y oscuro, de sus vecinos.

Damasco, 2009

Al principio justificó su empeño en utilizar su apodo, Abu Ali, porque se sabía perseguido por los estadounidenses, pero Jdair al Meshadani terminó la entrevista confesándome su nombre completo, como si eso completase su desahogo.

El exdiplomático y exresponsable de Seguridad iraquí no se había confiado con tal honestidad en muchos años, probablemente en toda su vida, y los secretos que atesoraba desde que compartiera los últimos días del régimen junto a Sadam Husein llevaban años quemándole por dentro. «No le excuso. Solo digo que sirvió a Irak en un periodo en que Irak le necesitaba.» Su lealtad hacia el viejo dictador no se había resquebrajado seis años después de que se desmoronase el régimen, como tampoco el tiempo había hecho mella en sus recuerdos. «Creo que todo se exageró para demonizarle. Sus crímenes, su vigilancia de la población, su sistema de control. Recuerdo un inocente que pasó seis meses en prisión: Sadam ordenó, de su puño y letra, que el oficial responsable pasase el mismo tiempo en una celda.» Pero tampoco le eximía de su obsesión por el control. «Todo lo importante pasaba por Sadam. Ni siquiera su hijo Uday podía verle cuando quería. Uday era un demonio, pero no tenía la influencia que le atribuyó luego la máquina de

propaganda occidental. Quien sí la tenía era Qusay, más tranquilo y discreto, apreciado por los iraquíes.»

Abu Ali presumía de haber pasado las semanas de la invasión en permanente contacto con Sadam. «Le vi en tres ocasiones aquellos días, y estuve varias veces en la sala de operaciones donde se decidía la defensa de Bagdad. Pero Sadam no siempre acudía. Vivía como un nómada, pernoctando cada noche en una casa. Tenía varias casas alquiladas en toda la ciudad y desde ellas dirigía la guerra, en alguna ocasión con veinte personas, en otras muchas con solo tres personas más. Solo Qusay estaba siempre en aquellos encuentros.» Le pregunté por el ataque de Mansour. «Era mentira que fuera un lugar de reunión. Vieron un convoy presidencial y creyeron que era Sadam, pero nunca viajó en aquellos coches. En aquel tiempo había muchos espías con teléfonos Thuraya», respondió cruzando los brazos.

Abu Ali atribuía la caída fulminante de Bagdad al «uso de armas prohibidas por parte de los estadounidenses cerca de Kut, donde doblegaron a una división militar iraquí al completo», y a la derrota de la batalla del aeropuerto, dirigida según su versión por el propio Sadam. «La primera batalla fue sangrienta para los ocupantes y muchos huyeron. Yo mismo vi a muchos fedayin en [el barrio de] Shorta con cabezas de soldados norteamericanos en el interior de sus coches. Y lo lograron con trampas básicas de agua y electricidad, nada sofisticadas: los paracaidistas americanos caían en aquellas trampas y los que sobrevivían eran abatidos por uniformados iraquíes ocultos. En la segunda batalla, solo cuarenta y ocho horas después, los americanos quemaron todo a su paso desde el aire. Lanzaron bombas que secaban los cuerpos de nuestros combatientes, dejaban sus cadáveres convertidos en momias. Eso hundió la moral de nuestro ejército y comenzaron las deserciones. Aquello fue entre el 6 y el 7 de abril.»

La última vez que vio a Sadam fue precisamente en aquellos días. «Estaba en una mezquita cuando apareció a unos 150 metros un tanque norteamericano. Hizo ademán de buscar el RPG de uno de sus hombres, pero el ministro de Defensa y otros asesores le obligaron a buscar refugio.» «Sadam sabía lo que iba a ocurrir a continuación, por eso había distribuido armas en todo el país. Cuando cayó Bagdad y desapareció, inició contactos con grupos de fuerzas especiales para activar la resistencia. Su estrategia era lanzar una guerrilla urbana.» Le pregunté por su último encuentro con el dictador. «Me sorprendió que estuviera tan íntegro como siempre. Iba de traje y llevaba corbata. Me pidió café y, en medio de la conversación, me mostró su pistola y me dijo que estaba dispuesto a usarla si trataban de detenerle.

Sucedió en Adhamiyah. Me pidió siete cinturones explosivos y que le explicase cómo usarlos. No sé si eran para él, pero estoy seguro de que estaba dispuesto a usarlos.»

Su nombre figuraba en una lista negra con los de más de doscientos altos oficiales baazistas, lo cual le obligaba a una vida nómada llena de negaciones y silencios. «Por eso no me conceden la residencia en Siria. Soy ciudadano de ningún sitio», decía sin el más mínimo atisbo de arrepentimiento. Cuando acabamos nuestro encuentro, le pedí que me describiese al Sadam Husein más personal, al hombre y no al presidente. Reflexionó unos minutos, atusándose el bigote baazista, antes de hablar. «Era un personaje único, irrepetible. A veces humano como un niño, a veces duro y cruel. Ilimitadamente cruel, pero extraordinariamente valiente. Era un hombre generoso y en muchas cosas sencillo», me dijo con la mirada puesta en un punto fijo de la sala, como si ignorase mi presencia. «Le gustaba cocinar y cuidar de su jardín, pero al mismo tiempo era frugal para sí mismo y generoso con los demás. Recuerdo dos Ramadanes en los que ordenó a sus hombres recoger pobres por las calles: aquellos infelices creían que iban a ser ejecutados y no podían dar crédito cuando, horas después, rompían el ayuno en un palacio junto a Sadam Husein», evocó, perdido en sus recuerdos.

Se sonrió y bajó la cabeza, cruzando su mirada con la mía.

—¿Y las matanzas? ¿Las desapariciones de sus opositores, las torturas, las armas químicas contra los kurdos? —le pregunté sin rencor.

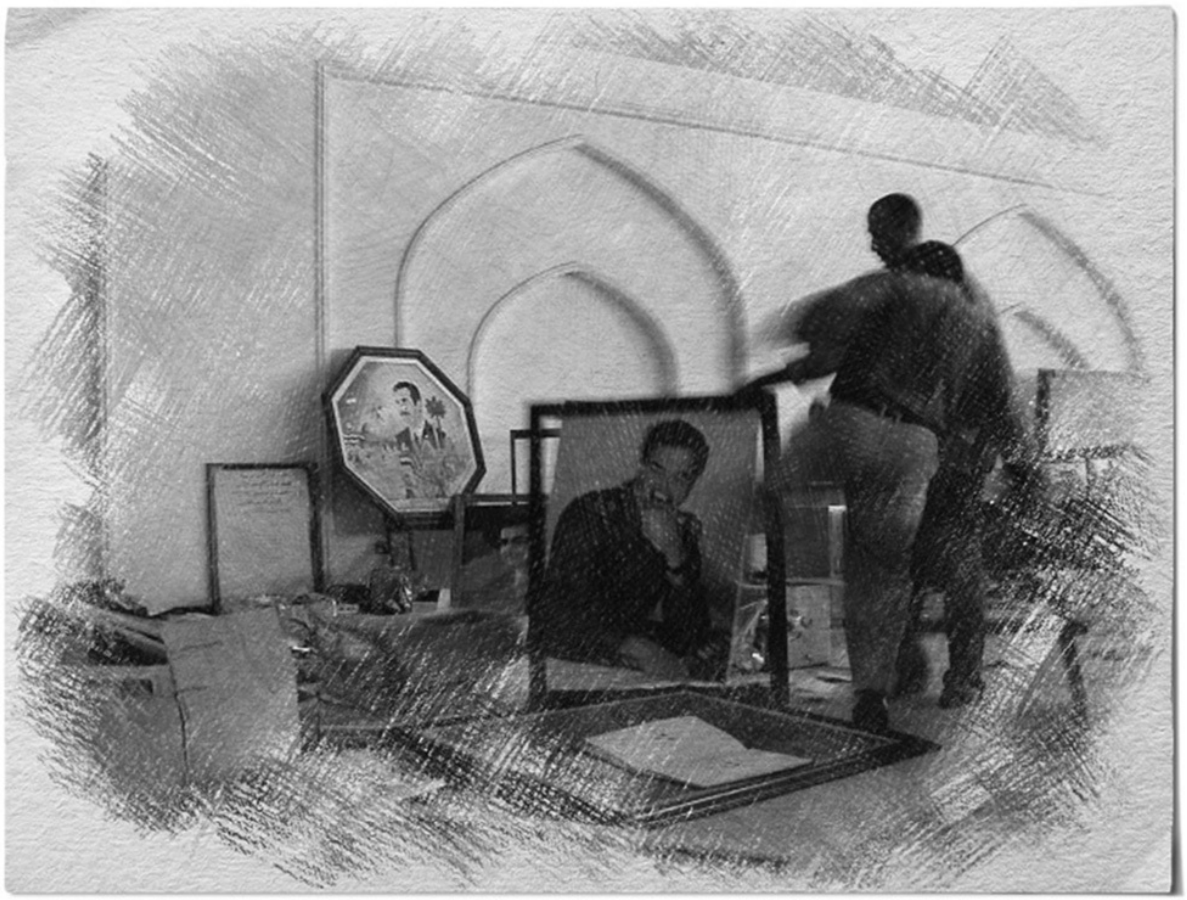
Su mueca divertida se amargó.

—No hay presidente sin defectos —musitó costosamente—. Irak necesitaba un líder como Sadam. A veces pienso que estaba más cerca de la locura que de la razón, pero en el fondo sé que estaba muy cuerdo. Solo le importaba lo que escribirá la historia de él. Y será la historia la única que le juzgue.

Abu Ali se equivocaba. Sadam fue juzgado por tribunales, por occidentales y por iraquíes, antes y después de muerto, como si fuera un común saco de boxeo en el que desatar la ira contenida. Y en 2003, Irak tan solo asistía a los inicios de uno de los periodos más lúgubres de su historia.

4

Una nación de Alí Babás



Bagdad, 10-15 de abril de 2003

«Tuc tuc, tuc tuc, tuc tuc.» Día 1 del año cero. Por primera vez en casi un mes de conflicto, no fueron los bombardeos ni el habitual temblor de las explosiones lo que me despertó. Confusa y agotada, mis párpados se despegaron tras creer oír cascos de caballo repiqueteando por la calle Abu Nawas, algo tan absurdo como, de ser cierto, noticioso.

Me incorporé trabajosamente para salir al balcón: una vez que mis ojos se acostumbraron al deslumbrante sol iraquí, observé cómo corrían, al galope y con expresión frenética, tres jóvenes a caballo. Me froté los ojos y miré alrededor. Los animales y sus jinetes parecían ser el único signo de vida de la capital, donde reinaba un sordo silencio que simbolizaba, mejor que nada, la incertidumbre. Entonces oí un motor que se acercaba a toda velocidad desde el distrito de Karada: un flamante todoterreno con las siglas UNMOVIC atravesaba la calle con dos ocupantes en su interior. Por un instante, me pregunté cómo demonios había regresado la ONU tan rápidamente a Bagdad. Me reí de mí misma, me vestí en segundos y bajé a toda velocidad a Abu Nawas a buscar a los nuevos reyezuelos de la capital iraquí: los saqueadores.

No fue difícil encontrarlos, porque presumían de botín cerca del edificio que acogía a la prensa extranjera. Allí estaba Taha, escuálido y de piel oscura, ojos hundidos, pelo azabache y una singular expresión de satisfacción en el rostro. Acariciaba la crin del caballo purasangre, negro como el ébano, que había llegado a ser el animal favorito de Uday Husein. De nombre Assad (león), el animal había ganado carreras año tras año, había sido la criatura mimada del niño mimado, y no era difícil adivinar que había recibido mucho mejor trato que toda la población iraquí asfixiada. Ahora relinchaba desaforadamente, como si deseara rebelarse ante la posibilidad de que aquel joven enjuto, que probablemente terminaría sacrificándolo, fuera su nuevo dueño. «Míralo, era el animal favorito de Uday, y me lo llevo a casa —clamaba el joven, con una sonrisa borracha de impunidad que mostraba sus ennegrecidos dientes—. ¡Voy a ser como Uday!»

Taha se sentía orgulloso de su ocurrencia: aquella mañana, convenció a sus hermanos para acudir al club hípico de Al Jadriya y poner a prueba la autoridad de los nuevos gobernantes del Irak ocupado, intuyendo que no tendría problemas en entrar en un recinto prohibido durante una década para los iraquíes de a pie. Y no estaba equivocado. «Nadie nos ha parado. No solo hemos podido entrar, ¡nos los hemos traído! —gritaba Taha rodeado de sus eufóricos familiares, haciéndose oír entre los relinchos de los animales,

extrañados en medio del asfalto—. Ahora puedo sentirme como el propio Uday. Llámame Alí Babá», me dijo con un guiño.

El joven podía haber tomado la iniciativa antes que el resto, pero no fue precisamente el único que tuvo la idea de lanzarse al saqueo de las riquezas de la dictadura. A medida que avanzaba el día, hordas de personas a pie y de vehículos particulares tomaban las calles con destino a los edificios oficiales. Ministerios, compañías estatales, embajadas, palacios presidenciales, residencias de altos cargos del régimen…, nada se libraba de aquella plaga dispuesta a aprovechar la anarquía para acaparar bienes. Todo era susceptible de ser robado, examinado, revisado, manoseado y violado por manos ajenas, temblorosas por la impunidad y borrachas de libertad. Tras años de represión, las primeras luces de anarquía que implicaba la desaparición de la Mujabarat degeneraba abiertamente en violento caos.

De una sede local del Ministerio de Educación salían decenas de personas con mochilas escolares —obsequio de Sadam Husein— y expresión enfervorecida; de una ventana de un doceavo piso, varios jóvenes arrojaban material lectivo, mapas y cuadernos, mientras que de los pisos inferiores salían desde ventiladores hasta cortinas pasando por colchones que hasta hace unas horas eran empleados por los guardias de seguridad. La euforia era contagiosa. «Sadam, halas! Sadam, halas! (¡Se acabó Sadam! ¡Se acabó Sadam!»), danzaban unos y otros, mientras subían las escaleras con las manos vacías para bajarlas poco después con los brazos llenos. Los abrazos entre desconocidos, impensables unas horas atrás, unían a una nación arrastrada a una oleada de vandalismo que empleaba los medios de transporte más insólitos para llevarse su botín, desde carromatos tirados por burros a sillas de ruedas.

La caída de Bagdad derribaba un muro invisible que confería otra fisonomía a la ciudad. Ahora todos sabían dónde se encontraban los apartamentos de los oficiales de la Guardia Republicana y dónde residían los miembros más destacados de cada sector amparado por el Baaz y todos señalaban con reproche, revanchismo y extremada precisión cada uno de los palacios de la cohorte de Sadam Husein. Todos habían sabido y callado, y ahora muchos delataban en un signo del rencor que amalgamaba a todas las comunidades.

Me acerqué al complejo de palacios presidenciales, presintiendo las dimensiones del saqueo que se estaba consumando en su interior. En la confusión, los primeros «Alí Babás» comenzaban a llegar. Los edificios de más fácil acceso fueron los primeros en caer, y el palacio de Watban, uno de

los hermanastros de Sadam, estaba entre ellos. Acostumbrada a rústicas viviendas mal terminadas, de muebles desvencijados y básica decoración de plástico, la opulencia del edificio resultaba ofensiva. Varios hombres arrancaban espejos de marco dorado, brillantes inodoros, enrevesadas lámparas, puertas de madera noble y los delicados tapices que revestían las paredes con furia casi criminal. En un despacho, arrasado por la horda de «Alí Babás», un busto de hierro con la cabeza de Sadam yacía, ennegrecido por las llamas, tirado en el suelo. Ante la visión de una cámara, otro individuo tuvo una ocurrencia. Se desabrochó el cinturón y se bajó los pantalones. «Mire lo que hago con Sadam», dijo, mientras fingía defecar sobre el rostro del *raís* iraquí. Algo más allá, un tipo ataviado con una sucia *dishdasha* color ocre ojeaba un álbum de fotos donde podía verse a Watban con su familia disfrutando de barbacoas y viajes en barco. «Así es como vivían», murmuraba cabeceando mientras pasaba las páginas, chasqueando los dientes en tono de indignación.

Los ojos de Haifa, de veintitrés años, miraban con recelo mientras empujaba una silla de oficina cargada con dos colchones enrollados. «Este es el verdadero Irak, el que está ante sus ojos —me dijo siseando, acercando en extremo su rostro al mío, como si sufriera un desorden mental transitorio detonado por la anarquía—. Olvídese de todo lo que viera antes. No éramos nosotros. Nunca quisimos a esta banda de criminales pero nos reprimían, nos obligaban a mantenernos callados, nos amenazaban si no les obedecíamos…»

Yasim, alto y desgarbado, ataviado con un pantalón de paño oscuro y camisa clara desgastada, aspiraba a mucho más que los despojos del palacio de Watban o de los edificios oficiales, algunos de los cuales comenzaban a ser devorados por las llamas. El hombre, en su cuarentena, se había encaramado al muro que separaba la carretera principal de la magnífica mansión, donde una espléndida puerta enrejada por donde podía entrar un carro de combate sin rozar los marcos permanecía cerrada a cal y canto. Hipnotizado por la visión, se volvió y me miró. «Tiene que ver esto. Es digno de admiración.» Me tendió una mano para ayudarme a subir y me dejé impulsar hacia arriba. El suntuoso edificio que había servido como residencia al vicepresidente iraquí, Izzat Ibrahim al Duri, se erguía en un gigantesco terreno ajardinado, cuidadosamente mantenido por manos expertas: una visión extraordinaria en el desierto iraquí, donde solo tristes palmeras rompían la árida visión del horizonte. Obviamente, el inmueble seguía virgen pero no por mucho tiempo: en otros puntos del elevado muro, otros saqueadores como Yasim, ataviados

con sudaderas, camisetas de tirantes y *dishdashas*, hacían cálculos mentales sobre cómo acceder a su interior.

Fue el asalto más burdo jamás urdido. No tardaron en derribar el cercado metálico con los coches: adoquines y piedras fueron suficientes para destrozar los cristales de la primera planta, y una escalera aparecida de la nada fue el medio empleado por todos ellos para infiltrarse en la casa. «Venga, venga», me instó Yasim, que a esas alturas había decidido proteger a la reportera europea, una rareza en Irak. Pisando los vidrios recién apedreados me adentré en el lujo que rodeaba la vida de Izzat Ibrahim, un universo paralelo al Irak de las sanciones. Salones de cientos de metros cuadrados alicatados en un mármol níveo, tan inmaculado que hacía daño a la vista, habían sido delicadamente cubiertos con las más finas alfombras de seda.

De techos tan altos que generaban cierto cosquilleo en el estómago colgaban complejas lámparas de araña, y las estancias estaban apenas decoradas con sofás y sillones de los materiales más sublimes. Impersonales, aquellas parecían ser las habitaciones destinadas a las visitas. Vastas escaleras del mismo material unían la planta principal con la superior, dedicada a las habitaciones personales del vicepresidente, caracterizado por su peculiar tono pelirrojo y sus facciones de roedor: en su despacho habían sido abandonados documentos oficiales, con el membrete dorado de la presidencia iraquí, firmados por el mismísimo Sadam. El documento de identidad de Al Duri generó una oleada de asombro entre los atónitos saqueadores, aún demasiado noqueados por el lujo para saber por dónde empezar a robar. Emitido en 1996, el documento tenía el número uno. Tras un periodo inicial de tiempo destinado a pasear por las estancias como quien recorre un museo, o tal vez a convencerse de no estar viviendo un sueño, los saqueadores comenzaron a repartirse el botín.

Había para todos, y un sentimiento de solidaridad criminal se generó entre ellos: unos a otros se ayudaron a arrancar desde las cortinas hasta la grifería de oro que decoraba un jacuzzi que les dejó estupefactos: pensaron que era una pequeña piscina. Los micrófonos de la sala destinada al consejo de ministros parecían ser tan deseados como las sábanas de seda que vestían la gigantesca cama de Al Duri. Los palacios eran un parque temático para una población sedienta de venganza, que por primera vez en sus vidas tenía un pase «todo incluido» para disfrutar a su antojo.

La primera jornada de saqueos se antojaba espontánea, fruto del agotamiento de décadas de opresión, del miedo de los bombardeos y de la incertidumbre por el futuro del país. Quienes no participaban lo veían con la

resignación de lo inevitable, pero el recelo enturbiaba las miradas: sabían que encerraba algo oscuro e inabarcable, un sentimiento de impunidad que no tardaría en derivar en pura criminalidad organizada. No solo eran iraquíes empobrecidos y reprimidos que buscaban venganza, sino también todos los delincuentes, aficionados o expertos, que habían sido excarcelados meses antes por Sadam Husein, quién sabe si preparando el terreno para que altercados como aquellos ensombrecieran su caída.

Aquella noche, los asaltos pasaron de las dependencias oficiales a los comercios privados, y de ahí a los domicilios particulares y a los centros hospitalarios o los hoteles. Y la nueva autoridad, las potencias ocupantes, representadas por estupefactos soldados atrincherados en sus vehículos blindados, dejaban hacer para indignación de los residentes, que comenzaban a intuir la magnitud del desastre. En la calle de acceso al Hospital al Kindi, los antiguos guardias armados con fusiles Kalashnikov, gestionaban un puesto de control improvisado con una camilla que obstaculizaba el paso de vehículos. «Esto es una locura, nos roban hasta los goteros», denunciaba uno de ellos con el rostro bañado en sudor y una tensa mueca cincelada por la angustia. Llevaba repeliendo asaltos desde la noche anterior, tras una oleada de robos que les dejó sin los escasos recursos que les quedaban. Sillas de ruedas, camillas, muletas, monitores, incubadoras… Hasta los estetoscopios volaron ante la mirada impotente de los médicos, que terminarían empuñando las armas para disuadir a los ladrones de seguir robando. A pocos metros, dos tanquetas blindadas norteamericanas asistían a los acontecimientos sin tomar parte, para desolación del personal del hospital.

La masiva presencia de tropas invasoras contrastaba con la creciente anarquía. Los llamamientos de Cruz Roja, que ya el día después de la caída de Bagdad exigió a Estados Unidos que restableciera el orden en el país —una de sus obligaciones como potencia ocupante— no serían escuchados hasta varios días después. Solo los ministerios de Petróleo y de Interior fueron protegidos por soldados internacionales, mientras que el resto de la capital sucumbía a las ansias criminales ante la mirada estupefacta de uniformados armados que no movieron un dedo para evitarlo.

«No tenemos órdenes», me decía a gritos uno de los oficiales norteamericanos alzando las palmas hacia el cielo, desplazado con su unidad frente al Ministerio de Información, en pleno saqueo. No solo el edificio que un día albergó a la prensa estaba siendo robado e incendiado: también lo fue el hotel Mansour o los vecinos estudios de cinematografía Rashid. Cuando entré en uno de sus archivos, pedazos de película y cajas redondas metálicas,

huérfanas de cintas, forraban el suelo en una desoladora visión de destrucción gratuita e ignorante. El valor de aquellas cintas para Irak se me antojaba incalculable. En el puente del 14 de julio, varios vehículos civiles con sus ocupantes calcinados en su interior emitían un persistente olor a muerte. No había medios, voluntad ni capacidad para rescatar ni a seres humanos ni a pedazos de historia.

A medida que recorría Bagdad, la confusión y la violencia se multiplicaban. En la histórica calle de Bab al Sharqi, una decena de médicos identificados con sucias batas —un día fueron blancas, pero en aquella jornada tenían un color indefinido— erraban en triste procesión, con el rostro envuelto en pañuelos, empujando dos camillas. En ellas cargaban cadáveres, muchos de ellos muertos varios días atrás en los enfrentamientos que precedieron a la caída de Bagdad, para luego conducirlos a una furgoneta con la parte trasera descubierta conducida por otro sanitario. El vehículo cargaba una pila de más de una docena de cuerpos ennegrecidos e hinchados, la mayor parte varones. El olor a muerte y a basura fermentada era nauseabundo, pero la única preocupación de los médicos era esquivar a los grupos de saqueadores que circulaban a toda velocidad. Varios doctores llevaban un Kalashnikov en la espalda, «por si intentan robarnos las camillas», me explicó uno con expresión perturbada.

Ante la indefensión frente a la anarquía, la autodefensa se imponía como norma. Las explosiones norteamericanas habían sido reemplazadas por tiroteos aquí y allá, los menos, obra de insurgentes que acometían acciones rápidas contra los invasores; los más, ladrones armados repelidos a tiro limpio por los vecinos que habían decidido tomar el fusil de asalto para defender a sus familias. Muchos vecinos instalaron puestos de control propios en sus barrios con troncos de palmera, adoquines, restos de mobiliario y neumáticos. Solo en la calle Arbatash Ramadan pude contar cinco de estos *checkpoints*: en uno de ellos, el joven Abdel Hashim empleaba el arma de su padre en su turno de relevo. Accedió a charlar mientras se encendía un cigarro, en plena alerta, con la mirada fija en los accesos al barrio. Unos metros más allá, sus conciudadanos paraban a disparos dos coches de asaltantes que intentaban derribar los precarios obstáculos.

«Esto es muy simple: alguien tiene que defender el país —explicaba con una dureza inusitada—. Primero nos asaltaba el régimen, luego nos asaltaron los invasores, ahora nos asaltan los criminales que el propio Sadam sacó de las prisiones. Si los americanos no nos ayudan, tendremos que acabar nosotros mismos con el pillaje de Bagdad.» Sus compañeros de posición

asentían a su lado, con la misma tensión desfigurando sus rostros. «Cada ministro de este país, cada uno de sus funcionarios nos robó durante treinta años, y ahora los pobres se vengan. Y los americanos no hacen nada para ayudarnos porque, cuanto más desestabilicen el país, más provecho sacarán de él», intercedía Ali al Husein. La comisaría más cercana, abandonada por los agentes días antes de la caída de Bagdad, era empleada ahora como almacén para guardar las mercancías incautadas a aquellos ladrones que llegaban a ser detenidos por los vecinos. La mezquita también cumplía labores de prisión.

«Llevamos aquí tres días y ya hemos parado a decenas de saqueadores —intervenía Abdel Rashid con los ojos hinchados por la falta de sueño—. Pero no sé cuánto podemos aguantar sin ayuda.» Les pregunté si no esperaban asistencia de los norteamericanos. «Olvídate de que los invasores nos ayuden —rebatió rencoroso Fares, un comerciante de cuarenta y cinco años cuya tienda había sido saqueada en el barrio de Mansour y que ahora estaba implicado en la autodefensa—. No están disparando contra los soldados de Sadam sino contra nosotros, contra los civiles. ¿Ha visto todos esos cadáveres en las calles? Si se quedan aquí más de un año, Irak tendrá su propia *intifada* [“levantamiento”]», decía mientras se frotaba la cara, oteando el horizonte y tanteando su arma. Parecía que el asalto aún no había sido repelido aunque, finalmente, no tuvieron que actuar: los «Alí Babás» se dieron a la fuga ante la potencia de fuego.

Hundida en el caos, un miedo atávico se había apoderado de la ciudad. Pero el ejemplo superlativo de la impunidad del crimen desorganizado y la indiferencia de los invasores estaba no lejos de allí, en el Museo Arqueológico de Bagdad. Cuando llegué, alertada por los rumores de saqueos, un carro de combate norteamericano permanecía estacionado en los alrededores pero no había presencia internacional a pie que disuadiera a los asaltantes. La entrada parecía inusualmente desierta pero intuí presencia armada defendiéndola. «Sahafiya, sahafiya», me identifiqué a gritos como periodista, y un iraquí armado salió de una garita para asirme violentamente del brazo y empujarme al interior. «Rápido, rápido, los «Alí Babás» están cerca», me dijo con expresión paranoica antes de regresar a su puesto de observación. Los vidrios rotos hacían presagiar lo peor. La fabulosa colección de cinco mil años de antigüedad había volado de sus urnas y pedestales, aunque era difícil estimar cuánto había sido escondido por las autoridades y cuánto había sido rapiñado.

Las figuras más grandes habían sido reducidas a añicos. Pequeños pedazos de historia de la humanidad alfombraban el suelo, componiendo un siniestro mosaico de sinrazón y barbarie. Entre los pocos iraquíes que deambulaban destacaba Basa Abdul Malik, estudiante de Ingeniería, quien se identificó como un vecino. «Vine cuando supe que lo estaban asaltando —explicó con expresión desolada—. Los soldados estadounidenses estaban ahí, en ese carro de combate, y no movieron un dedo para evitarlo. La gente empezó a empujar las puertas y, en lugar de pararles, les dejaron entrar.» Según el joven, fue la ira de los asaltantes al comprobar que el museo había sido vaciado por la dirección del centro lo que les llevó a destrozar los sarcófagos de dos mil cuatrocientos años de antigüedad que ahora yacían, hechos añicos, en el suelo. Pérdidas irreparables que eran cuidadosamente examinadas por un puñado de funcionarios que deambulaba por los vastos pasillos que tantas veces había visitado el año anterior, cuando eran el símbolo de la grandeza de la antigua Mesopotamia: comprendí plenamente sus ojos llorosos, la genuina congoja que les llevaba a vagar con las manos en la cabeza, sobrecogidos por la inestimable magnitud del desastre.

Aún salían llamas de algunas de las oficinas, donde los archivos habían quedado reducidos a cenizas. Pero ¿se habría salvado la gran colección? En una de las salas encontré a Naser Hasam, uno de los vigilantes a quien había conocido en visitas anteriores, sentado en un pedestal, con la cabeza hundida entre los brazos. Le puse la mano en el hombro y le pregunté con delicadeza si había presenciado lo ocurrido. Tardó unos segundos en reaccionar, pero finalmente levantó la cabeza y me miró.

—No pararon hasta encontrarlo —murmuró.

—¿Encontrar qué? —le pregunté con la voz quebrada.

—El depósito —siseó.

Naser se incorporó costosamente y me condujo hacia un pasillo reservado donde una puerta blindada daba acceso al botín más deseado. El guardia, de cincuenta y seis años, que había dedicado tres décadas y media de su vida a custodiar la memoria de la antigua Mesopotamia, sacó por instinto un gran manojo de llaves de su bolsillo antes de volverlo a guardar, con expresión aturdida. La puerta había sido forzada.

«Semanas antes de la invasión, habíamos guardado en los depósitos el grueso de la colección, todo lo que nos cabía aquí», explicó mientras me cedía el paso, encendiendo un pulsador que activó unas tenues bombillas. Una enorme sucesión de altísimas estanterías, las más próximas semivacías, se sucedían hasta donde llegaba la vista. Algunas habían sido vencidas

derribando a la siguiente en efecto dominó: muy probablemente, los saqueadores se habían encaramado a los estantes superiores para hacerse con las piezas.

En el suelo, las etiquetas con fechas y nombres en árabe yacían pisoteadas y cubiertas de polvo de miles de años. Restos de pergaminos, pedazos de vasijas milenarias, minúsculos trozos de vidrios coloreados que una vez fueron dignos de estudio y admiración y que habían sido violados por los bárbaros de Bagdad ante la indiferencia de otros bárbaros, tan ignorantes como los primeros. «Aquí se guardaban ciento setenta mil piezas. No sé cuántas se han podido llevar, pero seguro que son más de diez mil. Se han llevado un trozo de nuestra historia, de nuestra propia vida. La historia es lo más valioso que tenemos en Irak y estos desalmados nos la han robado —proseguía Naser al borde de las lágrimas—. ¡Quiero armas! ¡Exijo que me den armas para proteger el museo!», continuó entre gritos, fuera de sí, alertando a uno de sus compañeros, que acudió para tranquilizarlo.

Era inútil. La tranquilidad no volvería jamás porque el resentimiento había sido inoculado en sus habitantes. La imagen de las tropas internacionales defendiendo el Banco Central y el Ministerio de Petróleo fueron concluyentes, tan inapelables como la pasividad con la que los soldados asistían a los saqueos del patrimonio histórico o de los hospitales. Cada gesto de indiferencia ante el delito, cada disparo contra un iraquí enardecía la teoría de que los invasores no pretendían liberar a los iraquíes sino robarles sus recursos, expoliarles y someterles a otro tipo de régimen tan cruento como el anterior.

En el barrio de Adhamiyah, me acerqué a un grupo de niños y adolescentes apiñados en torno a un camión: el vehículo, abandonado, contenía dos misiles tierra-tierra. A una decena de metros, una escuela yacía expuesta a los avatares de la guerra: dos cráteres violaban la inocencia del patio de recreo. La abundancia de material militar abandonado hacía pensar en la proximidad de algún depósito de armas del régimen, y también hablaba de la virulencia de los combates en este distrito suní de Bagdad. Decenas de granadas de mano y proyectiles de mortero regaban el solar anexo al colegio; a unos metros de distancia, en un parque infantil precariamente vallado por el ayuntamiento, un misil seguía en su lanzadera, preparado para ser disparado.

Los vecinos, indiferentes al riesgo del lugar, paseaban entre los restos entre aturdidos y asombrados; los niños manipulaban aquel ingente arsenal, susceptible de caer en manos de saqueadores, ante la indiferente mirada de un convoy de Hummers del ejército estadounidense que patrullaba el área.

Ningún soldado hizo ademán de parar. En un ejemplo de la falta de planificación de la postinvasión iraquí, la protección de los civiles no era una prioridad para Washington, como tampoco lo era hacerse cargo del material militar que sería usado precisamente para atacar a las fuerzas ocupantes. Un oficial me contó, años después, que los aviones que integraban la Fuerza Aérea iraquí habían sido desmantelados, trozo a trozo de fuselaje, por los saqueadores.

La escena se repetía en muchos barrios. Vagábamos en el coche de Abdel Karim sin rumbo fijo, a la espera de una nueva imagen que suscitara nuestro interés. En la carretera de Abu Ghraib atisbamos dos carros de combate norteamericanos y un vehículo ligero con una ametralladora pesada. Antes de que supiésemos por qué, una ráfaga impactó contra el asfalto; una de las balas se incrustó en la carrocería. Salimos más indignados que asustados, gesticulando hacia los uniformados. «¿Qué os pasa? ¿No habéis visto las iniciales «TV»? ¿Disparáis a todo coche que se aproxima?», vociferé colérica. Abdel Karim profería todo tipo de insultos en árabe mientras sopesaba los daños. El militar al mando me instó a aproximarme y mostrarle mi acreditación: chasqueó cuando vio la credencial en árabe y mi país de origen. «Primero disparo y después pregunto: esas son mis reglas de guerra», dijo.

Irak se había convertido en un universo insólito. En las afueras de Bagdad, nos dieron el alto unos aldeanos al ver un coche identificado como prensa. Estaban en un terreno irregular con césped amarillento y descuidado situado a pie de carretera, que nos pidieron que fotografiásemos: brillantes esferas metálicas alfombraban el suelo hipnotizando con sus relucientes superficies, invitando a ser tocadas. Eran decenas, centenares. El contenedor de aquellas bombas de racimo que prometían cobrarse vidas infantiles yacía unos metros más allá, desventrado pero con varias de aquellas mortales huevas aún en sus entrañas.

Fueron muchos los civiles, expolicías, exmiembros del Baaz y profesionales de todo tipo los que acudieron al hotel Palestina, tomado por las tropas estadounidenses como centro de operaciones, para ofrecerse a patrullar y restaurar la seguridad. No fueron escuchados; fueron expulsados. Cuando, al final de la tarde, regresaba al hotel a pie adelantando carcasas de vehículos calcinados con cadáveres aún en su interior, Abdel Karim torció el gesto. «Cada hora que pasan sin mover un dedo va en contra suya», dijo mirando de reojo los cuerpos de una familia, aún sentados en el minibús ennegrecido donde habían muerto: presentaba un impacto de cohete en el lateral. Los gestos retorcidos de dos críos revelaban que habían muerto quemados vivos.

Abdel Karim me condujo a su casa, para descansar y comer algo tras una jornada que quitaba el apetito. Su perenne sonrisa estaba apagada incluso cuando la visión de su esposa iluminó sus ojos. Era la primera vez que visitaba su domicilio. Me invitó a sentarme mientras él acudía al baño para asearse y mis ojos repararon en las fotografías en blanco y negro que adornaban los muros: el retrato de Sadam brillaba, nunca mejor dicho, por su ausencia, pero algunas imágenes de sus parientes me resultaban extremadamente familiares, como si los hubiera visto en alguna parte. Abdel Karim me sorprendió mirando fijamente una de las fotografías, cuando entró secándose gotas de agua de su rostro con una pequeña toalla.

«La puse anoche, cuando cayó Bagdad —me dijo—. Era mi tío, el general Abdul Karim Qassem.» El militar, perteneciente al grupo de los «oficiales libres», dirigió la revolución que derrocó la monarquía el 14 de julio de 1958. Fue nombrado primer ministro pero terminaría siendo derrocado por el sector nacionalista de su formación, agrupado bajo el nombre de Partido Baaz, y ejecutado. «No solo acabaron con él, también con todos sus familiares varones. Todos, menos yo, que apenas tenía dos años, fueron ejecutados. Y no paró ahí: el Baaz me hizo la vida imposible.» Abdel Karim parecía liberarse de un secreto del peso de una losa. Me contó cómo pasó los ochos años de guerra contra Irán en una trinchera, en el peor de los frentes, sobreviviendo de casualidad y enterrando a sus colegas de armas. También contó cómo sobrevivió a la invasión de Kuwait, donde también combatió desde el primer al último día, y cómo se convirtió en un superviviente a su pesar y en una anomalía del sistema que le enviaba a morir. El régimen le había condenado en vida pero su destino, testarudo y excéntrico, se empeñaba en mantenerle con vida. No obstante, su aversión contra el Baaz no había despertado simpatías hacia los invasores.

«Una cosa es que no quisiéramos a Sadam y otra permitir que Irak sea violada —prosiguió mi amigo—. Si los invasores no ponen un gobierno iraquí que restaure el orden y se marchan pronto, todos les combatiremos: yo el primero.»

5

La historia en llamas, arde la Biblioteca Nacional



Bagdad, abril de 2003

El primer libro en el que me fijé se titulaba *Guía sobre el cuidado de los archivos*. Reposaba sobre una pila de textos en la segunda planta del edificio. Parecía un sarcasmo en medio de tamaña vorágine.[*]

El saqueo de la Biblioteca Nacional había comenzado cuatro días antes, pero cuando llegué las llamas seguían arrasando el acervo escrito del país. Gruesas columnas de humo surgían de uno de los costados del habitáculo. A escasos metros, rufianes y residentes locales se enzarzaban en un violento tiroteo.

La orgullosa estatua de Sadam que presidía el acceso al inmueble permanecía arrumbada y descabezada en el asfalto. El interior del edificio era un amasijo de ruinas calcinadas por las que pululaban curiosos y otros personajes con intenciones menos contemplativas. Algunos nos miraban con recelo, aunque ello no impidió que continuaran afanados en su particular requisa. El calor del fuego había retorcido los archivadores metálicos que antes contenían miles de documentos, mapas y fotos. Ahora solo guardaban montañas de cenizas.

Kahtan Daisal caminaba junto a uno de los directivos de la biblioteca, que se identificó como Al Husein. Era la primera vez que regresaba a esas instalaciones desde el inicio de la invasión. «¡Es nuestra cultura, nuestra historia, la que se está quemando!», gritó indignado el primero.

Les acompañé en el recorrido a través de un escenario devastado. Al Husein nos alumbraba el ascenso por las escaleras ennegrecidas con la sola luz de un mechero. El suelo estaba alfombrado de documentos quemados y cintas de microfilmes. «Me avergüenzo de ser iraquí», musitó.

La biblioteca acogía cada día a unos cien estudiantes e investigadores, y Al Husein no podía esconder su disgusto al pisotear los rescoldos de su propia historia. Aseguró que habían desaparecido ejemplares antiguos del Corán y el primer periódico editado en Irak en 1869 en farsi.

«No conocíamos nada semejante desde la invasión de los mongoles. Hemos perdido setecientos años de historia», añadió.

El funcionario me explicó que la biblioteca —dirigida por Raad Bander, el poeta preferido de Sadam— almacenaba más de cuatrocientos libros, miles de periódicos de la era otomana, los archivos de la antigua monarquía y una exquisita colección de textos y manuscritos únicos. También los registros de la dictadura desde el ascenso del Baaz en 1963 y hasta una sección de libros «prohibidos».

Entremezclados con ascuas que seguían humeando se podían ver en el

suelo papeles apilados bajo la rúbrica *Servicio de información británico, oficina colonial*. En medio del calor generado por las brasas, un iraquí se acercó para mostrarnos un disco que acaba de rescatar: *W. A. Mozart. Sonata para piano.*

El incendio no había alcanzado todavía la hemeroteca del país, pero sí el afán irreflexivo de los salteadores. Varios visitantes abandonaron el enclave a la carrera cuando vieron que se reactivaba el fuego en la habitación que contenía las fotografías y documentos del archivo real (Irak fue una monarquía hasta la revolución de 1958). Mientras conducíamos hacia la biblioteca, nos habíamos cruzado con una manifestación de iraquíes que portaba una pancarta con un explícito mensaje. «Protegen el petróleo, pero se olvidan de las universidades, de los hospitales y las tiendas», rezaba.

«Ni los británicos se portaron así cuando nos invadieron [los ingleses controlaron Irak entre 1914 y 1932]. Los americanos están dejando que este país se hunda en la anarquía», protestaba Jalid Asfwan, otro de los iraquíes que se habían acercado a la biblioteca.

Tras varias horas en el inmueble, oímos una enorme algarabía en el exterior. Miré el reloj; eran las 14.15. Varios vehículos blindados del ejército de Estados Unidos habían aparcado frente al edificio, acelerando la estampida de los salteadores. Pero la operación de los marines no tenía nada que ver con los siglos de historia que se transformaban en humo.

Al verme, uno de los uniformados me conminó a seguirle. «¿Usted es periodista? Venga, venga, estas son las cosas que queremos que vean», dijo con cierta candidez.

La mezquita aneja a la biblioteca funcionaba también como una suerte de archivo, pero de muy diferente clase. Allí se veían apilados misiles AT-3 Saggel y RPG antitanque, cajas de granadas y munición de todo tipo. En el jardín del centro de culto había emplazados morteros, ametralladoras y se habían construido varios refugios subterráneos.

«¿Ve usted estas gorras rojas y negras? Son de la Guardia Republicana», aseguró otro de los militares que había accedido al templo.

El protector del habitáculo religioso, Abas Ali Hasan, nos explicó que al comenzar las hostilidades los militares del régimen se atrincheraron en ese mismo emplazamiento. «Estuvieron una semana y se marcharon. Quiero que se lleven todas esas cosas porque tengo siete hijos y se pasan el día jugando con las armas», precisó al tiempo que recuperaba un Kalashnikov escondido en la sala de rezos.

Conscientes de la presencia de un reportero, los norteamericanos repetían el guión que les habían enseñado. «No vamos a entrar en la mezquita. Solo nos llevaremos las armas», repetían una y otra vez ante el rostro absorto de Hasan, para el que el inglés no era más que un sonido ininteligible. Al concluir la requisa, los marines abandonaron el enclave. «¿Qué es ese edificio que está ardiendo?», preguntó uno antes de embarcar en su vehículo acorazado mirando hacia la biblioteca.

El Irak de Sadam, construido sobre un armazón de miedo y represión, se había desmoronado bajo la acometida de las tropas lideradas por Estados Unidos. Pero la liberación se había transmutado en puro caos en cuestión de días. El pillaje de la Biblioteca Nacional era solo una de las muchas imágenes emblemáticas que resumían la catástrofe que enfrentaba el país.

Kuwait, 2003

Tras semanas de espera en Kuwait, la caída de Bagdad el 9 de abril abrió finalmente el paso a los periodistas que permanecíamos instalados en el pequeño territorio vecino.

Alquilé un vehículo y en compañía de Javier Martín, un periodista de la agencia Efe, nos aventuramos por las carreteras que unían el sur de Irak y la capital.

Las rutas polvorientas eran un continuo trasiego de fugitivos, despojos militares del ejército vencido y aglomeraciones recurrentes de niños harapientos que se abalanzaban sobre nuestro vehículo para mendigar ayuda.

La única preocupación de las tropas invasoras era la custodia de campos de detención como el que habían erigido en Umm Qasr —a cuyas afueras se apelotonaban los familiares de los arrestados— o el desalojo de tanques y demás parafernalia bélica de las carreteras principales, un trabajo en el que se afanaban las grúas del ejército británico, encargado del sur del país.

La anarquía con la que después nos encontraríamos en Bagdad era también el escenario dominante en la segunda ciudad del país: Basora. Conforme nos acercamos a esta, se multiplicaban los signos de la rapiña. Uno tras otro, los antiguos cuarteles iraquíes aparecían desolados, como si hubieran sido arrasados por un ciclón. A veces estaban derruidos por los bombardeos, pero en la mayoría de los casos los estragos eran tan sistemáticos que quedaba claro que su origen había sido mero vandalismo. De muchos de ellos salían camiones repletos de muebles y enseres requisados por el populacho. Los salteadores estaban arrancando hasta las ventanas y las puertas de los edificios.

Dos enormes columnas de humo convertían la atmósfera de Basora en casi irrespirable. Una de ellas ascendía desde el emblemático hotel Sheraton, que ardía como una tea. Algunos saqueadores seguían empeñados en robar cuanto quedaba indemne.

No lejos de allí se encontraba la estructura calcinada del Museo Nacional de Historia. En realidad todo ese barrio, la zona de Ashar junto a lo que antaño era la coqueta zona de La Corniche, por la que cruzaba el río Shat al Arab, había sido asolada por los grupos de incontrolados.

Esa noche tuvimos que pernoctar en uno de los hospitales de la metrópoli, el único lugar protegido por su propia guardia de voluntarios y con electricidad abastecida por su generador. Allí, los conductores de las ambulancias me dijeron que habían transportado entre mil y tres mil cadáveres en las tres primeras semanas del conflicto. «La mayoría se han matado entre ellos. No hablamos de soldados caídos en combates», puntualizó el doctor Aduan al Asua, vicedirector del centro asistencial.

«Los ingleses se han instalado en el palacio de Sadam mientras la ciudad se sume en el caos. Tengo cuarenta empleados cuyas casas han sido asaltadas por hombres armados. Ayer fui a pedir ayuda porque cualquier día atacarán el hospital. Les dije: “¡Miren, ingleses, yo sé que ustedes se preocupan incluso por los perros, por favor, necesitamos ayuda, somos humanos!”. Me respondieron que no podían hacer nada. Sí, es cierto, queríamos libertad, pero no anarquía», concluyó.

Encaramado en la azotea del complejo sanitario, pude observar como el resplandor de los fuegos iluminaba la absoluta oscuridad que dominaba la villa. Mohamed Naji, un enfermero del recinto, se encontraba a mi lado.

«Los británicos no hacen nada. Solo miran. ¿Por qué no desarman a los “Alí Babás”?», me preguntó. Ese fue el interrogante sin respuesta que resquebrajó cualquier posible aproximación entre las tropas de ocupación y los iraquíes. Lejos de las imágenes de locales lanzando arroz y flores que anticipaba Washington, el desgobierno en el que se sumió la nación árabe tras la derrota de la dictadura ante la indiferencia de los soldados extranjeros alentó ya desde los primeros días manifestaciones hostiles. Pocos meses después se convertirían en movilizaciones masivas.

La devastación provocada por el latrocinio popular se había extendido por todo el territorio nacional. Nuestro recorrido a través del sur fue un viaje por poblaciones que habían pasado en cuestión de días del control más férreo a la pura acracia.

Al pasar por Babilonia pude apercibirme de las turbas que lo mismo robaban en el museo del rey Hammurabi —habían abierto un agujero en el muro erigido por los responsables para bloquear la entrada— que prendían fuego al teatro donde se celebraba cada año el famoso Festival de Teatro. Tirado en el suelo de este último recinto se encontraba un cartel que decía: «De Nabucodonosor a Sadam Husein, Babilonia renace de sus cenizas».

El principal contingente de la turba se había trasladado hasta el cercano palacio presidencial del depuesto autócrata. Arramblaban con muebles, ventanas, estatuas…

Allí me encontré con Said Kadam, un exsoldado de treinta y cinco años, que dijo haber desertado hacía dos semanas. Intentaba arrancar con un palo una de las enormes lámparas de fino cristal del techo, ignorando que en su intento por descolgarla a las bravas iba a terminar destrozada al chocar contra la superficie de mármol.

«Quiero venderla. No tengo dinero y tengo que mantener a nueve hijos», intentó justificarse.

La inacción de los americanos ante esta oleada de rapiña era tan evidente como la pasividad de la patrulla de la 18 División de las tropas británicas que permanecía detenida justo frente a la entrada principal del complejo presidencial.

«Estamos esperando a que vengan a ayudarnos. Hemos pinchado una rueda», me explicó el teniente Robertson.

Los asaltos, el caos y los robos no menguaron hasta que el gran ayatola Ali al Sistani, la principal autoridad religiosa chií, no dictó una fetua (edicto religioso) en mayo exigiendo que se pusiera fin al desbarajuste generalizado.

La vorágine de confusión alcanzó su clímax el 26 de abril, cuando un depósito de municiones estalló en Bagdad provocando una lluvia de proyectiles que se abatieron sobre la metrópoli. Misiles y obuses comenzaron a impactar en el centro de la ciudad azuzando el pánico generalizado. Cuando llegué hasta el barrio sureño de Zaafaraniya, cientos de residentes locales lanzaban gritos contra los americanos, a quienes terminaron apedreando cuando las primeras patrullas se acercaron a indagar.

«¿Esta es la libertad, la democracia que nos prometían?»

Samir Sabur se agarraba la cabeza sentado sobre los escombros de lo que había sido la casa de su hermano, Kalaal Sabur Hasun. Con la camisa manchada de sangre y los ojos rojos, el iraquí miraba todavía anonadado el agujero repleto de agua, pedruscos y alambres donde hasta esa mañana se alzaba un domicilio.

Una veintena de mujeres intentaba apaciguar a Sahar, la hija de Kalaal, en una casa cercana. La muchacha se revolvía como una posesa. «¿Dónde está mi padre?», chillaba. Las féminas entonaban una cantinela fúnebre entrecortada por sus propias lágrimas. «¡Mi padre! ¡Mi padre!», reiteraba la joven clamando al cielo.

Decenas de residentes extraían los pedruscos con palas y una excavadora de las tropas estadounidenses. La deflagración inicial destruyó cuatro viviendas, aunque la de Sabur recibió un impacto directo. Los voluntarios habían rescatado seis cadáveres. Al final superarían la docena.

Ali Naama Mohamed me enseñó una bandeja con huevos fritos y pan aplastada por los cascotes antes de empezar a relatar lo ocurrido.

«Eran las ocho de la mañana. De repente, comenzaron las explosiones. Parecía un terremoto. La casa se vino abajo. Los americanos llevan semanas haciendo explotar bombas ahí al lado. Les habíamos dicho que era peligroso, pero no les importa la gente, solo se preocupan por el petróleo», precisó el vecino del difunto Kalaal.

Nuestra conversación se producía mientras a escasa distancia seguían las detonaciones. El polvorín improvisado estaba ubicado en una escuela cuyos muros habían sido derruidos. La carretera adyacente había quedado repleta de todo tipo de bombas y proyectiles que no llegaron a estallar. Otras explotaban a intervalos y se elevaban al cielo como si fueran fuegos artificiales.

«¿Cómo se les ocurre provocar explosiones a pocos metros de casas habitadas?», se preguntaba Shihab Shaia, de treinta y un años, que mostraba el enorme cohete que había aterrizado sobre su peluquería.

Los habitantes de Zafaraniya nos condujeron hasta el hospital cercano, dominado también por el pandemónium. Varios doctores intentaban suturar las heridas de docenas de personas en la sala de urgencia. En una de las habitaciones estaban los hermanos Ali y Ahmed, hijos de Kalaal. El primero reposaba sobre la cama con la barriga abierta por la metralla, un suero enganchado a la nariz y una gasa que no impedía la presencia de las moscas. El aspecto de Ahmed era todavía peor. Con la espalda rasgada por las heridas y el brazo ensangrentado, reposaba ladeado en un colchón cubierto por una manta. «¡Me duele, me duele!», se quejaba con tono lastimero.

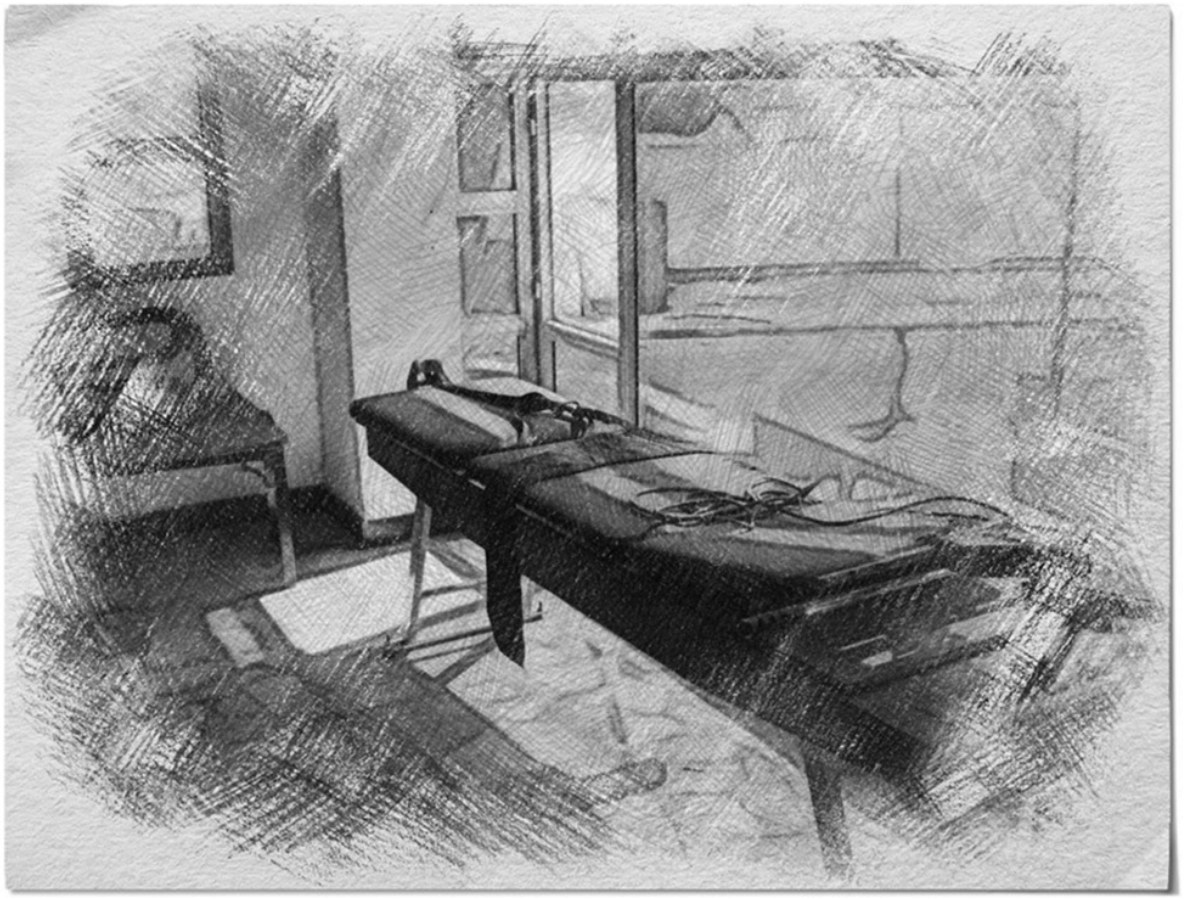
Habíamos tenido que llegar al arrabal en un taxi, dejando nuestro coche aparcado junto al control que habían colocado los estadounidenses. Al regresar, los soldados se habían marchado y nuestro automóvil —un todoterreno que traía desde Kuwait— también había desaparecido.

Al cabo de unos minutos volvimos a encontrarlo. Un grupo de salteadores había contratado a una grúa que lo arrastraba hacia unas callejuelas contiguas. Saltamos del taxi y comenzamos a gritar a los ladrones. Uno de ellos estaba armado con una pistola pero la presencia de un occidental que se acercaba a la carrera, lanzando exabruptos en un idioma incomprensible, le desconcertó. Se abalanzaron hacia su coche y aceleraron para huir.

Quien seguía allí era el dueño de la grúa, que no se inmutó ante nuestra llegada. «¿Y a mí quién me paga?», nos preguntó.

6

Irak desentierra el horror de la dictadura



Abu Ghraib/Bagdad/Basora, abril de 2003

En el cementerio de Al Karj, en la localidad de Abu Ghraib, se estableció desde 1985 una zona acotada, separada por muros de ladrillos. Un área a la que estaba prohibido acceder, de la que no se podía hablar. «So pena de muerte», recordaba Mohamed Muslim Mohamed.

Como parte de la truculenta aureola que se tejió en torno a este emplazamiento, fueron muy pocas —menos de una veintena de cientos de ellas— las tumbas que quedaron identificadas con nombres. Los despojos humanos eran enterrados con números. Los últimos, dos semanas antes de que comenzara la guerra, recibieron los guarismos 992 y 993.

A los ojos de cualquier visitante, se trataba de un descampado polvoriento y desangelado, repleto de montículos y rastrojos. Pero la profusión de rótulos amarillos colocados sobre simples palos de madera que marcan la ubicación de cada sepultura permitía intuir que aquel lugar escondía un siniestro pasado.

Mohamed siempre fue consciente del terrible origen de los restos que cada semana traía la famosa camioneta blanca procedente de la cercana prisión de Abu Ghraib, un emplazamiento construido en los años cincuenta al oeste de Bagdad y cuyo nombre se había asociado en Irak al puro horror.

«La mayoría venía con la lengua hinchada, deforme. Se les salía de la boca y les llegaba al pecho. Y con una gran marca en el cuello. Los habían colgado. Otros tenían un tiro en la cabeza o en el pecho. Algunos olían terriblemente mal, como si llevaran días muertos», me explicó el chaval de veintiún años, que lleva seis trabajando como sepulturero.

Cuando el chico comenzó a bregar en Al Karj, el espacio delimitado para este emplazamiento tan solo ocupaba la mitad del solar. Pero Abu Ghraib no cesaba de generar cadáveres. Cuando me acerqué a visitar la temida prisión —a las pocas semanas de la caída de la dictadura— el terreno era ya una sucesión interminable de montículos marcados con los consabidos números.

«A veces traían cinco, otras diez y en ocasiones quince. Uno encima de otro, apilados en la camioneta. Por cada ocho cadáveres que enterrábamos nos pagaban entre seis mil y diez mil dinares [tres euros]», añadió el chaval caminando entre las hileras de sepulturas.

Desde hacía días, Al Karj asistía a un proceso a la inversa. Recibía la visita ininterrumpida de decenas de familias que acudían al camposanto semiclandestino para desenterrar a sus deudos. «Hoy se han llevado uno y ayer tres», precisó Sufian Ali Yabar, compañero de Mohamed.

Mientras recorríamos las hileras de fosas se nos acercó un recién llegado. Dijo que se llamaba Ali Mohamed Abud. No contó que su hermano Sharif, de

cuarenta y nueve años, había sido arrestado en 1981 acusado de pertenecer al movimiento islamista Al Dawa. Nunca más supieron de él. «Dejó una mujer y tres hijos. Tan solo queremos saber dónde está su cuerpo para poder llorar por él», aclaró.

Mohamed le explicó que Al Karj solo era destino para los ejecutados a partir de 1985. «A los que murieron antes de esa fecha tenéis que ir a buscarlos a Mohamed Shakran [otro cementerio]», le conminó.

Los tabúes y silencios que habían aprendido a interiorizar los iraquíes se habían quebrado con el final de la dictadura y ahora la población intentaba recuperar la memoria de décadas de represión sangrienta. Un periodo atroz en el que Human Right Watch estimaba que el régimen había asesinado o hecho «desaparecer» al menos a doscientas cincuenta mil personas entre 1979 y 2003.

Desde los primeros días de la invasión, decenas de miles de personas se abalanzaron sobre los edificios más emblemáticos del régimen, muchos de ellos, como Abud, guiados por el deseo de conocer el paradero de sus familiares, y otros con la intención de recuperar los documentos redactados por la maquinaria asesina que probaban el alcance de sus atrocidades. Una imagen que se repetía a lo largo del país.

Al pasar por Basora cuando me dirigía hacia Bagdad me topé con una multitud que se congregaba en el interior del antaño cuartel general de los Servicios de Seguridad.

Lo apodaban el «León Blanco». Lo llamaban así por su color y su proximidad a los leones de yeso que adornaban el centro de la ciudad. Lo regentaba un tal general Mehdi, pero los iraquíes me relataron que era solo el gestor de un sistema basado en la represión y el miedo que lideraba Ali Hasan al Mayid, más conocido por su apodo: Alí el Químico. Se ganó ese sobrenombre cuando dirigió la operación «Al Anfal», en la que murieron más de cien mil kurdos. Tan solo en Halabja fueron exterminados cinco mil. Destrozados por el gas mostaza.

«Había edificios como el León Blanco o la sede de la Mujabarat a los que no nos acercábamos porque sabíamos que quien entraba allí no solía salir. Los cortaban en pedazos y los trozos los echaban al río. Para alimentar a los peces», relató Naif Abad, uno de los muchos que recorrían el complejo, semiderruido por los bombardeos.

Cuando llegué, la muchedumbre se arremolinaba en uno de los patios. Había muchos que se afanaban en escudriñar el terreno, convencidos de que

podían oír los «lamentos» de unos supuestos presos enterrados en unos sótanos que nadie sabía situar.

La psicosis llegó a tal extremo que alguien se agenció una enorme excavadora y comenzó a cavar un gran agujero para «rescatarlos». «Mister, mister!», me gritaban, instándome a apoyar la oreja en el pavimento para oír los inexistentes gritos que procedían del subsuelo.

«¡Sí, hay un sótano, lo que pasa es que lo anegaron antes de marcharse!», clamaba desesperado Kalil Abud, que ocupó durante seis meses una de las celdas del recinto. Su hermano Mayif Abud le había precedido en 1992. Lo único que sabía de él desde esa fecha es que un día la policía llegó a su casa y les devolvió su tarjeta de identidad.

«Esto era el terror», afirmó Kalil, al tiempo que me servía de guía a través del habitáculo. «Esto se llamaba "la plaza de las torturas". Esto era "la jaula" [era, efectivamente, un espacio rodeado de barrotes]. Y en estas habitaciones tan pequeñas [poco más de un metro cuadrado] llegaban a meter a seis o siete hombres. Tenían que defecar encima unos de otros, porque no les dejaban salir», añadió.

En una de las estancias todavía se veían las argollas enterradas en el cemento del suelo a las que ataban los pies de los reos. Sobre el muro permanecían grabados los lemas elegidos por la dictadura: «El trabajo es lo mejor», «Hay que hablar poco».

Sajud Sadun había permanecido encerrado en la celda número siete. El muchacho de veintisiete años se avino a acompañarme y relatarme su experiencia. Le detuvieron —dijo— por algo tan simple como «rezar». «Me acusaron de fundamentalista.»

Sadun tenía que compartir el calabozo con setenta y un prisioneros. Había tan poco espacio que solo se podían colocar en cuclillas. Los menos afortunados debían situarse justo encima de la letrina «que rebosaba de mierda», rememoraba el chaval.

Durante seis meses le aplicaron el trato habitual que caracterizaba a la penitenciaría del general Mehdi. «Me conectaban dos cables a los testículos y entonces daban vuelta a un aparato con una manivela. Parecía como si la corriente eléctrica fuera a destrozarme el pene.» A veces, puntualizaba, los carceleros preferían usar la picana enganchada a los lóbulos de las orejas. Pero lo que inspiraba pavor a Sajud era el «avión». El chico pidió la asistencia de varios iraquíes y comenzó a recrear el método de tortura. Le agarraron los brazos, se los ataron a la espalda y le colgaron de los pies, boca abajo. Todavía mostraba dos estremecedoras cicatrices en ambos tobillos. El

«avión» permitía una variación: mantener suspendido al reo de las manos colocadas tras la espalda. Ambas opciones iban acompañadas de una monumental paliza.

«Conté cuántas veces me hicieron lo de los brazos: trece. Al final no podía usarlos. Mis compañeros me tenían que dar de comer.»

Mi presencia había alentado a toda una cohorte de exinquilinos del León Blanco que querían narrar los sufrimientos ante el visitante. «Es que aquí fue donde conocimos lo que significa el horror», apostilló Sajud.

«Violaban a las mujeres delante de sus maridos, les sacaban las uñas. Cuando alguien se resistía, el propio general Mehdi llegaba y le rompía las piernas y los brazos», recordaba Ozman Atia. El iraquí exhibía otra terrible sutura en la barriga y varias más en las piernas. Tuvieron que extraerle medio estómago, reventado por los golpes. Las extremidades se las «marcaron con cuchillos», me contó.

Los totalitarismos devotos de la represión más bestial parecen compartir también una especial dedicación por recopilar con detalle sus propios desmanes. Los que se habían cometido en Abu Ghraib reposaban en decenas y decenas de archivadores de metal, que habían sido rescatados por el principal responsable del cementerio de Al Karj, Jalid Rasul Alaani, y la asociación popular que crearon el 13 de abril.

Días después, cuando me encontré con él en un habitáculo que habían ocupado en un barrio capitalino, cientos de personas hacían fila en las inmediaciones a la espera de que la agrupación difundiera nuevas listas con los nombres de los difuntos que habían identificado.

«Mire, cuando comencé en este trabajo tenía todo el pelo negro y ahora ya ve, blanco como la leche. Esto fue el terror más absoluto y por eso tenemos que documentarlo, demostrar lo que pasó y permitir que las familias recuperen a sus muertos», indicó Jalid.

Sobre los muros de las improvisadas oficinas alguien había colgado pancartas con lemas como «¿Dónde están nuestros hijos, hermanos o padres prisioneros?», o «Necesitamos ayuda para encontrar a nuestros prisioneros».

Las paredes también albergaban decenas de listas —conté más de treinta —, donde aparecían las víctimas cuyo triste final había sido confirmado. Se leía un nombre, una fecha de defunción y el camposanto al que los familiares podían ir a recuperar sus restos.

Un chaval se asomaba a la ventana y recitaba más nombres frente al gentío. A su lado, una decena de mujeres ataviadas con el tradicional *chador* negro lloraban en cuclillas agrupadas en una esquina.

La asociación contaba con la tutela espiritual del ayatola Imad Adin Alaualdi, que también había pasado siete años en las cárceles de Sadam por «reclamar justicia y libertad». «Nos organizamos a nuestra manera. Solo queremos ayudar a las familias y aliviar su pena», mencionó bajo la atenta mirada de dos guardaespaldas con Kalashnikovs que le protegían.

Jalid me acompañó a recorrer las dependencias y me permitió ojear los legados oficiales. En todos se repetía el mismo vocablo: «ejecutado», «ejecutado», «ejecutado».

Los integrantes de la asociación decían que la mayor parte de los papeles pertenecían a los ficheros de los servicios de inteligencia, descubiertos en un supermercado y trasladados hasta aquí. Jalid también contribuyó con listados que elaboró mientras permanecía en Al Karj.

«Antes de que llegara ya había allí enterrados 250 cuerpos. Yo contabilicé 993. De 150 nunca pude averiguar su identidad. Ni nombre ni nada», precisó.

En ocasiones, los sicarios de Sadam eran precisos y detallistas, explicando de manera minuciosa el motivo de la muerte. «Fusilado por escapar durante tres días de su unidad [militar]», rezaba el texto que probaba el trágico paradero del hermano de Adeil Obeid, de treinta y nueve años. A Adeil, uno de los ayudantes de Jalid, no le sorprendió el hallazgo. Siempre supo que Imad —su hermano— había fallecido en 1984. «Nos hicieron pagar por las balas con las que le mataron: trece dinares.» En aquel entonces, un dinar equivalía a tres dólares de Estados Unidos, toda una fortuna para la economía local.

Gran parte de los integrantes de este colectivo habían sufrido en sus carnes los suplicios aplicados por los uniformados del autócrata. Saad Husein, de treinta y nueve años, me enseñó las huellas indelebles que le dejó la electricidad en la cadera, al tiempo que recordaba que una de las prácticas preferidas de sus verdugos era intentar introducirle botellas de Pepsi-Cola por el ano. «Así durante cuatro años», asintió, rebajando el tono de voz como si se avergonzara de su sufrimiento.

Durante meses, Irak asistió al descubrimiento casi ininterrumpido de instalaciones de tortura, prisiones secretas y más de doscientas fosas comunes que confirmaron el alcance de los crímenes contra la humanidad de los que era responsable Sadam y su camarilla.

El clímax de este proceso de recuperación de la memoria histórica llegaría con el hallazgo de las ingentes sepulturas de Al Hilla y Al Mahawil en mayo de 2003, donde habían sido enterradas miles de víctimas. Las imágenes de un sinnúmero de calaveras, osamentas y despojos humanos esparcidos por el

terreno desértico y de los deudos llorando ante los posibles restos de sus allegados resumía la catarsis que experimentaba el pueblo iraquí.

La espeluznante exhibición que realizó el Comité Olímpico iraquí de la colección de objetos de tortura que usaba su antiguo presidente, Uday Husein, para castigar a los deportistas sirvió para adivinar el sadismo que caracterizó a la saga del dictador. Aquello era un catálogo propio de la era de la Inquisición, con toda clase de látigos, cadenas, máscaras de metal y hasta un cajón de púas.

«Uday quería resultados y quería ganadores. No le gustaba el segundo lugar. Castigaba a los atletas y a sus entrenadores. Encadenaba a los futbolistas y les hacía dar patadas a bolas de cemento», me explicó Talib Mutan, miembro del nuevo Comité Olímpico.

Otra jornada, mi traductor consiguió contactar con Basim Sadik Saleh. El iraquí vivía en una vivienda medio derruida y rodeada de aguas fecales, en el barrio de Al Marabaa, uno de los reductos más inmundos de Bagdad pese a encontrarse en pleno centro de la metrópoli.

Sadik no había olvidado la fecha en la que comenzó su infortunio. Fue el 23 de marzo de 1994. Para ese entonces ya había pasado trece jornadas en una celda del puesto de policía de su barrio, en Bagdad. Entonces solo tenía diecinueve años y llevaba dieciocho meses destinado en una unidad militar del norte del país, cerca de Mosul. Decidió «ausentarse» de su puesto —esa fue su expresión— durante unos días para regresar a ver a su familia en la capital.

«No pensaba desertar sino recoger algo de dinero y regresar al cuartel», relató. Los responsables del Baaz no aceptaron esa justificación y le arrestaron en su domicilio.

«Ese día [el 24 de marzo] juntaron a trece chicos. Todos nos habíamos marchados sin permiso. Nos sacaron de la prisión y nos llevaron al Hospital al Kindi. Nos metieron en el quirófano en grupos de tres. La sala estaba rodeada por al menos diez personas armadas para evitar que escapáramos. Nos tendieron sobre unas camas y nos anestesiaron.»

Cuando se despertó tenía un vendaje en la cabeza y un agudo dolor en una de sus orejas. Se la habían mutilado.

Saleh fue uno de los numerosos iraquíes que padecieron una de las prácticas más salvajes de la dictadura, que el propio Sadam Husein decidió elevar al rango de norma legal al publicar la temida Ley 109 de agosto de 1994.

La decisión generó tanta polémica que muchos médicos fueron encarcelados al rehusar participar en esas amputaciones, aunque se les amenazaba con un castigo similar y al final se acabó por postergar su uso. Pero entre 1994 y 1995, los ortodoxos de la filosofía baazista llegaron a desarrollar toda una técnica en torno a un castigo que se aplicaba a desertores y ladrones de coches, y pretendía ser ejemplar.

«Te podían cortar la derecha o la izquierda. Si te agarraba la gente del Baaz era la derecha, si te capturan los militares era la izquierda. A los reincidentes le amputaban las dos. Pero, además, los doctores decidían qué parte te cortaban: la superior, la punta externa, el lóbulo, o un pedazo del interior», describió Sadik.

Tras escuchar al iraquí nos dirigimos al Hospital al Kindi para corroborar su narración. El doctor Amir Selman, de treinta y cinco años, ratificó la veracidad de la memoria del exsoldado.

«Era algo que se hacía en todo el país, no solo aquí. Yo estaba en 1995 en el Hospital al Numan (también en Bagdad) y en cuestión de dos semanas vi como les amputaban las orejas a cerca de veinte desertores. Los traían con los ojos vendados, se les dormía y cuando se despertaban no sabían ni lo que les había pasado. Algunos sufrieron infecciones y hubo un caso de un chaval que se volvió loco.»

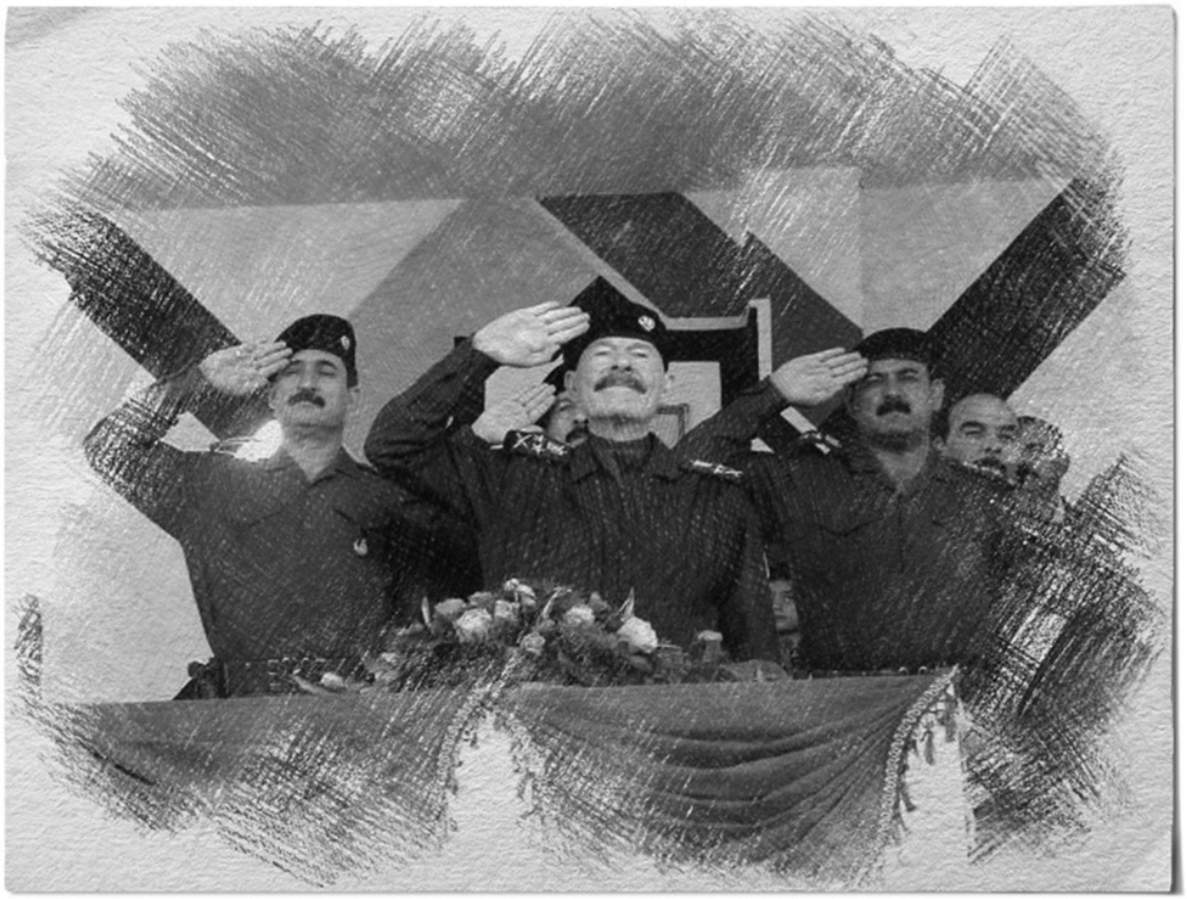
La punición marcó la vida de Sadik para siempre. En su tarjeta de identidad le obligaron a incluir como rasgo distintivo de su apariencia física el hecho de que se le había «amputado una parte de la oreja derecha». Los iraquíes entendían perfectamente el significado de aquel corte. «Cuando me veían se ponían a llorar», dijo. Las mujeres rechazaban sus propuestas de matrimonio. Cuando me encontré con él todavía seguía soltero. «Me trataron como a un traidor y me destrozaron la vida», añadió antes de que abandonáramos su chabola.

«Ustedes los cristianos hablan del infierno como algo fuera de la tierra, pero aquí, en Irak, nosotros ya sabemos de lo que se trata. Sadam no era un ser humano, era algo diabólico», me había espetado Bashir Aidan Ali, miembro de la misma agrupación de Jalid Rasul Alaani.

El antiguo preso de Abu Ghraib —estuvo encerrado allí toda una década — tenía razón. Irak había sido un infierno durante el régimen de Sadam. Lo que no sabía es que la evocación de ese averno quedaría eclipsada muy pronto por una nueva oleada de horrores.

7

Incubando a la bestia: la criminalización del Irak suní



Bagdad/Triángulo Suní,
septiembre-noviembre de 2003

El retraso excedía más de lo meramente soportable incluso para el Irak invadido, pero Rahim Meziad seguía haciéndose esperar. Su secretario nos servía un té tras otro sin molestarse en buscar excusas o inventar disculpas, dado que ya no había horarios de entrada o salida en la redacción del diario *Al Mashriq* («Donde sale el sol»), especialmente para periodistas tan marcados como Meziad.

El antiguo informador del canal de televisión Al Shabab, dirigida por Uday Husein, y actual responsable del *Al Mashriq* se había acostumbrado a vivir en la clandestinidad: nadie sabía a qué hora entraría en su oficina ni cuándo la abandonaría, y había días en los que nunca se marchaba. Cuando la seguridad no recomendaba aventurarse en la oscuridad o le llegaban rumores amenazantes, dormitaba en el gastado sofá de su despacho donde ahora esperábamos. Se había acostumbrado a modificar sus rutas para evitar posibles ajustes de cuentas, a cambiar horarios, a vivir una vida que no era la suya para pasar desapercibido.

Cuando llegó, lo hizo sonriente aunque apesadumbrado, como si no trajese más retraso que el habitual en una ciudad donde los incontables puestos militares de control estadounidenses hacían de cada trayecto una travesía agónica. «Siento mucho toda esta situación —se disculpó tras comenzar a sorber su cargada taza de café— pero hoy en día toda precaución es poca», continuó, mirando de reojo las portadas de los periódicos que tapizaban su mesa antes de concentrar su mirada en la visitante extranjera.

Los asesinatos de antiguos afiliados al Baaz se multiplicaban en Bagdad cuatro meses después de la caída del régimen, y me había citado con Meziad y con uno de sus redactores, Liqa Maki al Azawi, profesor de Periodismo y antiguo militante baazista para comprender las ramificaciones del decreto número uno firmado el 15 de mayo de 2003 por el procónsul estadounidense Paul Bremer, jefe de la Autoridad Provisional de la Coalición,**[14]** que prohibía al Baaz y vetaba a sus afiliados. La medida se sumaría al decreto número dos, que disolvía el ejército iraquí (cuatrocientos mil miembros) por su colaboración necesaria con el régimen de terror impuesto por Sadam. Los decretos se traducían en la expulsión de militares y afiliados al partido único de cualquier estamento profesional y los vetaba en el sector público. Médicos, profesores, periodistas, intelectuales…, todos quedaban expuestos a la caza de brujas desatada por Bremer, usada por históricos enemigos para rendir viejas cuentas con sangre.

«Mi nombre figura en las listas negras y no es seguro para mí presentarme a tiempo a mis citas, por si hay filtraciones», se justificó Meziad en su pequeño y desvencijado despacho mientras se acomodaba en su silla. «Estados Unidos debería saber que estigmatizar a iraquíes, aunque sean baazistas, va a traer problemas a largo plazo. Los americanos, y aquellos que trajeron en sus tanques para dirigir el país, se han creado ahora enemigos como yo, que antes no defendíamos al partido pero sí éramos destacados profesionales. Ahora nos han convertido en enemigos, en personas no gratas en el nuevo Irak», lamentaba Meziad antes de deslizar la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacar un paquete de tabaco. La primera bocanada de humo inundó la polvorienta estancia, de paredes desconchadas y con un persistente olor a antigua hemeroteca: una mezcla de espacio cerrado y humedad cebándose en papel de prensa. El periodista se tomó su tiempo antes de continuar.

«La desbaazificación no solo nos deja sin empleo: nos está matando. En los primeros siete meses sin el régimen, ya han sido asesinados un millar de antiguos miembros del Baaz. Millones han quedado sin trabajo y en peligro. Bremer nos ha puesto en el punto de mira», denunciaba con la mirada endurecida mientras abría un cajón y se disponía a repasar recortes de prensa hasta seleccionar un artículo, que puso delante de mis ojos señalando en nombre en el titular. «Hace unos días fue asesinado en su clínica Mohamed al Rawi, doctor y profesor de la Universidad de Medicina de Bagdad. Era un hombre lúcido y le hemos perdido para el país. Sospechamos de la gente de Hakim,[15] pero no hay manera de saber quién disparó ni por qué», se lamentó el director del rotativo.

A su lado se sentaba distraído Liqa Maki al Azawi, rubicundo y con un enorme bigote castaño claro enmarcando su tibia sonrisa. Le habían expulsado semanas atrás de la universidad donde había ejercido tres años como director de su departamento y había encontrado trabajo en el rotativo de Meziad, propiedad de una conocida familia sufí. Desde entonces, se sabía amenazado. «Las listas negras llevan redactadas muchos años —comenzó a explicar—, mucho antes de que cayese el régimen. Era la venganza que algunos preparaban contra profesionales que consideraban que se beneficiaban del sistema. Pero ahora, el decreto de Bremer les señala como colaboradores del régimen y eso equivale a dar luz verde a sus asesinatos», prosiguió Liqa.

Durante la larga dictadura de Sadam, millones de personas se afiliaron al partido único en busca de protección y seguridad laboral. La militancia podía

responder a cuatro motivos, según el profesor: convicción política, necesidad de trabajo, ambición personal o para escapar de eventuales problemas con las fuerzas de seguridad. «Los civiles no tenían poder en la vida política. Desde los años ochenta, la supervivencia del régimen dependía de la férrea seguridad: se olvidaron los principios que sostenían al partido y el régimen se militarizó», desglosaba Liqa con actitud resignada. En su caso, creía en el Baaz como ideología política pero aseguraba no haber comulgado nunca con la dictadura, como explicaban tantos iraquíes que habían guardado el carnet del partido en la cartera, junto a su cédula de identidad, desde que tuvieron edad para enrolarse.

Sobre aquellos militantes, convencidos o interesados, cayeron las perversas consecuencias del decreto firmado por el procónsul de Washington en Bagdad, apenas diez días después de llegar al cargo. Debatimos durante unos minutos si la decisión respondía a la irresponsabilidad de los nuevos gobernantes, a la incompetencia o si guardaba una doble y siniestra intención que incidiera en la división sectaria, durante años sometida por la bota baazista. «No creo que fuera una decisión contra los baazistas, sino un intento americano de destruir la seguridad del país. Pretendían renovar el sistema para rehacerlo según sus intereses, y la desmovilización era la forma más rápida pero también la más injusta e irresponsable. Pero se les está volviendo en contra. Se ha convertido en un castigo colectivo contra la sociedad, y el hecho de que no se hayan presentado cargos contra los militares detenidos solo altera los ánimos —detallaba el académico despedido junto a cientos de profesores por pertenencia al Baaz—. Solo en mi facultad fueron expulsados cuarenta profesores», puntualizaba para desolación de su jefe.

«Se han perdido muchas oportunidades —negaba con la cabeza el responsable del *Al Mashriq*—. Cuando llegaron Irak era un país centralizado con un pueblo temeroso del poder. Ahora el pueblo no tiene miedo ni de la autoridad militar ni del poder, porque este no existe, y por eso ha alzado sus armas contra los americanos. Y es muy difícil convencer a un joven de veinte años de que deje su arma en casa y empiece a colaborar —se lamentaba el periodista—. Yo, y como yo mi generación, solo hemos conocido el Baaz. No sufrí presiones para inscribirme en el partido, en mi época era parte esencial de la sociedad y del Estado. Se estimaba que había siete millones de afiliados, muchos de ellos profesionales importantes. Y la decisión de Bremer les ha dejado sin futuro. ¿Cómo van a alimentar a sus familias? Y lo que es peor, ¿quién va a defenderles?»

El cisma entre suníes y chiíes se consumaba apenas unas semanas después de la caída del régimen con el inestimable apoyo del decreto de Bremer que dejaba, además, al país sumido en la anarquía ante la ausencia de fuerzas de seguridad, la pasividad de los uniformados extranjeros cuya única prioridad era defenderse y la legión de criminales excarcelados por la dictadura que ahora campaba a sus anchas.

«Los que llegaron en los tanques no son iraquíes, son espías de la CIA que se marcharon de Irak hace años en lugar de luchar aquí por mejorar la situación. Todos los políticos que llegan a bordo de un blindado están en contra de Irak. Aconsejan combatir y matar a los baazistas para justificar sus críticas anteriores. Son traidores», rugía Meziad desde su despacho, visiblemente enfadado. Para él sí existían alternativas en el interior de Irak, y todas ellas estaban dispuestas a trabajar en la reconstrucción del país tras décadas de sanciones, embargo y dictadura. «Estados Unidos podría haber encontrado gente muy cualificada para dirigir el país sin traer traidores de fuera. Solo tenía que haber dejado Irak tras la invasión, haber dejado el proceso democrático en manos de la ONU y se habrían ahorrado mucha sangre norteamericana», se desahogaba.

Al salir del despacho de Meziad, en la redacción del *Al Mashriq* los colegas iraquíes derrochaban hospitalidad. Uno de ellos me contó un chiste que, de realista, me sonó amargo: «¿Cuántos trabajos hay en el nuevo Irak? Cuatro: espía, insurgente, policía o ladrón», se respondió a sí mismo antes de estallar en una carcajada que encontró un inmediato eco en sus compañeros. Yo apenas sonreí. Me marché apesadumbrada, con la sensación de que la chanza retrataba Irak de forma certera.

Cuatro meses después de consumarse la invasión, había otros cambios notables en la sociedad iraquí. Con la caída del régimen cayeron las máscaras. La población antes anodina, uniformada en su discurso leal y patriota en su afán de hacerse invisible a ojos del régimen y evitar así la represión, pasó a tener una religión de la que sentirse orgullosa, una identidad étnica y un pasado habitualmente tormentoso del que, súbitamente, todos quería hablar. Las trágicas experiencias de la guerra contra Irán o la invasión de Kuwait eran ahora compartidas de forma vehemente, como lo eran los traumas dejados por décadas de torturas y desapariciones a manos de la Mujabarat.

La creación del Consejo de Gobierno iraquí, el mes de julio anterior, con trece miembros chiíes y solo cinco suníes alimentaba la sensación de que el poder estaba siendo entregado a la mayoría chií, que representaba al 65 por ciento de la población. La política de desbaazificación, que afectaba

principalmente —aunque no exclusivamente— a la comunidad suní protegida por Sadam no era el único factor de división llegado a bordo de tanques norteamericanos: los ataques de los fedayin y los muyahidin contra las tropas invasoras atrajeron una feroz respuesta armada en los barrios y localidades suníes que pagaron el precio de la entonces incipiente insurgencia contra la ocupación.

En la carretera de acceso a Gortan, situada cinco kilómetros al norte de Jalidiyah y setenta al oeste de Bagdad, podían observarse los restos de los combates del día anterior. Socavones, palmeras calcinadas partidas sobre el tendido eléctrico y restos de vehículos perforados y ennegrecidos por el fuego adelantaban la magnitud de la primera batalla campal que se vivía en Irak desde que semanas antes, el 1 de mayo, un victorioso Bush anunciase el final de la guerra con su famoso «Misión cumplida». En aquel villorio del «triángulo suní»,[16] las casas bombardeadas presagiaban el principio de un conflicto, no el final de una guerra.

Fawas Hasan, guardafronteras y comerciante iraquí de cuarenta años, había accedido a recibirme no sin muchas reticencias en aquella casa aislada, puro cemento crudo, con varios impactos de artillería pesada. Se sentaba en una gastada silla de plástico junto a tres de sus hermanos, Ahmad, Saqr y Saleh, en lo que parecía un salón aún en obras. Los tres tenían aspecto de no haber abandonado su aldea natal más que en contadas ocasiones y por motivos de extrema necesidad. Gente convencional y conservadora que no deseaba ver sus hábitos modificados, y que desconfiaba de los forasteros. *Dishdasha* gris oscura, *kefiya* tocada con el típico *agal* negro y un gesto adusto y circunspecto que no daba pie a confidencias. Entre aquellos muros, de la tradicional hospitalidad iraquí hacia los occidentales no quedaba ni el más remoto de los recuerdos.

Los cuatro varones me observaban en silencio. Yo sorbía el té que me habían ofrecido y trataba de resistirme al vaso de agua, con aspecto de no haber sido lavado en mucho tiempo, mientras Yaroub y Jalil, respetados miembros de la comunidad suní y con una labia envidiable, se deshacían en explicaciones sobre mi visita y sobre la conveniencia de que el relato de los testigos del ataque saliese a la luz. Accedieron por una cuestión de dignidad. «Verá, a mí me da igual que hayan destruido mi casa. Ayer gané algo que no se paga con dinero: el orgullo que sentí por mis compatriotas», dijo Fawas mientras se acomodaba en la silla y se disponía a arrancar su relato, que vendría a corroborar lo que me habían contado otros vecinos esa misma mañana.

«Nosotros lo vimos todo desde nuestras casas, nosotros y otros treinta miembros de nuestra familia, como el resto del pueblo —explicó Fawas—. Todo comenzó sobre las nueve de la mañana. Nos despertó un bombazo en la carretera, una bomba detonada por control remoto: la hicieron explotar al paso de un convoy de cuatro blindados estadounidenses y destrozó el último coche», se soltó el jefe del clan, señalando el punto indefinido de la carretera donde había comenzado el hostigamiento a las tropas invasoras: el lugar del ataque era visible desde la ventana.

Si en los primeros cinco meses de invasión las operaciones de la insurgencia eran puntuales, Gortan suponía un punto de inflexión porque, por primera vez, los rebeldes habían mantenido el fuego contra los ocupantes durante horas. Los norteamericanos disparaban desde sus vehículos sin saber hacia dónde apuntar cuando una segunda explosión causó daños al primer blindado revelando cierta estrategia militar, hasta entonces ausente en la guerrilla iraquí. «Entonces alguien lanzó una granada con un RPG y otro vehículo quedó en llamas», apuntaba el hermano del jefe, Ahmed, con obvia satisfacción.

Los vecinos afirmaban que la mayor parte de los militares resultaron muertos y que los supervivientes pidieron refuerzos mientras descargaban sus armas contra el enemigo invisible, escondido entre la abundante vegetación. Aquel formidable contendiente se limitaba, según los testimonios, a cinco tipos armados con RPG y fusiles de asalto, vecinos del pueblo que lograron mantener sus posiciones desde la mañana hasta el anochecer —ocho horas según los informes militares y el relato de los vecinos— confundidos entre los árboles y arbustos que rodean la zona. Solo tuvieron que aprovechar las pausas para cambiar de posición y reabastecerse de munición, enloqueciendo a los ocupantes.

La llegada de refuerzos convirtió la emboscada en una operación de envergadura: carros de combate M1A2, helicópteros artillados y aviones de combate A-10 Thunderbolt participaron en la batalla mientras F-15 sobrevolaban el área dispuestos a intervenir. Los Hasan recordaban la emboscada, que provocó daños en cuatro casas de la familia, y se reían entre dientes, mostrando una pésima dentadura ennegrecida, mientras se intercambiaban miradas cómplices. «Sí, sí… Por tierra y por aire, pero no podían con ellos», se reía Fawas. «Poco después, un tanque disparó su cañón contra nosotros», prosiguió el vecino. Los residentes corrieron hacia los palmerales en busca de refugio. Solo tres hombres, armados con Kalashnikovs, se quedaron en las casas para «protegerlas» de un eventual

saqueo, según los Hasan. «En cuestión de media hora, entre seis y ocho helicópteros de combate empezaron a disparar contra nuestras casas», prosiguió con el dedo índice erecto, como si impartiese doctrina. Lograron provocar cuantiosos daños materiales, pero ni un iraquí murió, decían al unísono. Finalmente, los rebeldes se retiraron incapaces de mantener el fuego.

Según un portavoz militar estadounidense, solo un soldado norteamericano había perdido la vida en Gortan, pero la familia Hasan juraba y perjuraba haber visto entre diez y quince cuerpos de soldados tendidos en la carretera. Otros vecinos corroboraban el relato de los Hasan pero reducían la cifra de muertos a ocho uniformados. «Las ambulancias no podían con todos los cuerpos», proseguía el hombre, como quien cuenta una vieja leyenda de héroes amplificada y mejorada cada vez que se repetía el relato. Los helicópteros ayudaron en la evacuación de cadáveres y heridos mientras un nutrido grupo de soldados entraba en las casas en busca de insurgentes. Los soldados dispararon contra los coches, forzaron puertas y arrestaron a los tres «vigilantes», uno de ellos de quince años.

Les pregunté por qué sus vecinos habían organizado la emboscada y reaccionaron como si hubiese abierto una caja de pandora. «Mire, los americanos tienen sus tradiciones y nosotros tenemos las nuestras. Pero resulta que estamos en Irak, y aquí mandan las costumbres de Irak. Pues bien, nuestra tradición dice que a las mujeres no se las toca. Y ellos no paran de molestar a nuestras mujeres en los puestos de control. Las registran como si fueran vulgares criminales, les hacen levantarse la ropa y las cachean. En nuestra tradición, a los ancianos se les debe un respeto. Pues ellos obligan a arrodillarse a nuestros ancianos con las manos en alto en los puestos de control. ¿Qué se han creído? Son invitados de los iraquíes, no los dueños del país», se lanzó Fawas con un hondo resentimiento.

«Hace unos días, a Mohamed Duleimi, un alto cargo en Jaldiya, le hicieron tirarse cuerpo a tierra en un control. Otro día mataron a una abuela, y otro dispararon contra una vaca. Ya no podemos salir a la calle por la noche sin temor a que nos disparen», denunciaba con voz ronca, como si estuviese hablando con sus enemigos. Miré alrededor: los rostros circunspectos de sus hermanos revelaban en su silencio más que ninguna palabra. «Esto no tiene nada que ver con los muyahidin, esto tiene que ver con los iraquíes», reflexionó su hermano Saleh. «¿Dónde se ha visto que un país sea gobernado por veinticinco personas llegadas a bordo de un tanque norteamericano? No se trata de defender a Sadam, nos limitamos a defender a nuestro país», prosiguió antes de que otro de los hermanos, envalentonado, alzase la voz.

«Aquila al Hashimi[17] es solo la primera. Acabaremos con los otros veinticuatro». Le miré con sorpresa y se encogió de hombros, como si no tuviese más importancia amenazar de muerte a todos los integrantes del Consejo de Gobierno iraquí instituido por Paul Bremer. «El islam dice que el traidor debe morir», siseó, despacio, con un tono que sonaba a convicción.

Comprendí que la resistencia no era un fenómeno aislado sino una convicción social y una obligación moral en el «triángulo suní». Quien no participaba activamente, simpatizaba con ella. De los tres hombres arrestados por las tropas ocupantes solo regresó uno, el joven Luai, de quince años. El resto desapareció en la maquinaria militar estadounidense. Sin embargo, todo lo padecido parecía merecer la pena para aquellos hombres. «Si hemos logrado que envíen aviones y helicópteros, ya hemos ganado», decía Saleh.

Los hermanos Hasan aseguraban que los soldados norteamericanos habían saqueado las casas antes de retirarse. «Se han llevado el oro y el dinero. Pero no me preocupa. Tengo dinero suficiente para reconstruir mi casa, pero hemos hecho historia y eso no tiene precio», rebatía orgulloso Fawas con la animadversión dibujada en sus ojos. Tras aquella larga conversación, albergaba serias dudas sobre la no participación de los varones que me acompañaban en la emboscada. Demasiados detalles, demasiado entusiasmo, demasiado rencor. Y demasiadas armas, ya fueran entregadas por Sadam en sus múltiples guerras o compradas por aquellos lugareños de gatillo fácil y tradiciones mancilladas por los ocupantes.

«¿De qué nacionalidad dice que es usted?», preguntó súbitamente Fawas, descolocándome por unos segundos. Solía identificarme como europea para ganar el beneficio de la duda, pero prefería no mentir para no acumular problemas. «Española», respondí con una sonrisa tranquilizadora que no era tal. Comenzaron los cuchicheos en árabe, una larga conversación marcada por silencios que mis acompañantes manejaron con destreza y terminó con una súbita despedida. De vuelta al coche, pregunté qué había pasado en los últimos minutos. «Hablaban de secuestrarte», me dijo Yaroub con calma, sin separar la vista del automóvil: Jalil nos había adelantado y ya había encendido el motor, deseoso de abandonar Gortan. Fawas y sus hermanos salieron a la puerta de la vivienda, taciturnos, para comprobar nuestra partida. «Decían que podrías ser una espía. No sé si hablaban en serio, pero es mejor marcharnos de esta zona cuanto antes.»

Las tribus iraquíes eran la columna vertebral de la sociedad iraquí. Sadam compró su fidelidad otorgando a los clanes suníes beneficios en las redes

patrocinadas por el Estado mediante la figura del vicepresidente Izzat Ibrahim al Duri, a través de los cuales gestionaban desde el mercado negro —vital en época de sanciones— hasta las vías de contrabando. En cambio, los ocupantes despreciaban a las tribus y a sus líderes en una ofensa que pocos pasaban por alto.

A ello se sumaban los crímenes cometidos en nombre de la seguridad de los ocupantes. El miedo de las tropas invasoras y sus aliados iraquíes no distinguía entre sectas ni tampoco entre víctimas, y cada vez eran más frecuentes los episodios de fuego indiscriminado ante la más mínima sospecha de posible ataque.

Ocurría en puestos de control, donde familias enteras morían bajo fuego estadounidense, en accesos a edificios oficiales y en las comisarías donde se procedieron a apresurados reclutamientos masivos para reconstituir las fuerzas de seguridad disueltas de un plumazo por la coalición. Cuando llegué a la central de policía de la calle Saadoun, en pleno corazón de Bagdad, a principios de octubre, dos coches patrulla ardían ante centenares de exaltados jóvenes sudorosos que lanzaban piedras contra las ventanas del edificio y trataban de forzar la verja metálica que daba acceso a la calle con varas de hierro. Pregunté a uno de ellos qué estaba ocurriendo. «Llevamos meses matriculados, esperando a que nos enrolen en la policía. Hoy nos habían convocado para saber si nos habían admitido. Hemos llegado a las siete de la mañana y ahora nos piden cien dólares para contratarnos… ¿De dónde los voy a sacar? He tenido que pedir dinero prestado para el taxi», gritaba con los ojos fuera de sí mientras muchos de sus compañeros lanzaban loas a Sadam Husein. De pronto, una ráfaga de metralla proveniente de la comisaría generó el pánico y dispersó a los manifestantes, que buscaron temporalmente refugio de las balas para, minutos después, tomar de nuevo la calle. Uno de ellos exhibía orgulloso el mechero con el que decía haber prendido fuego a los coches, otro gritaba «La policía iraquí es una panda de ladrones». Los ánimos estaban encendidos entre los candidatos a defender a la población. «Sadam nos torturaba, pero no nos humillaba como estos», escupía uno mientras por la calle principal se aproximaba una columna de blindados que disuadía a los manifestantes de su intención de asaltar la comisaría.

La política de gatillo fácil, aplicada por Estados Unidos y por las decenas de miles de mercenarios que ejercían de soldados de fortuna a cambio de sueldos astronómicos y amparados por una completa impunidad, fue directamente proporcional a la expansión de la insurgencia. Cuantos más ataques padecían las tropas estadounidenses y sus mercenarios, más

disparaban de forma indiscriminada y cada una de sus víctimas multiplicaba el rencor social contra los ocupantes. Los castigos colectivos contra barrios completos que habían sido escenario de ataques dejaban una estela de inquina añadida.

Cuando llegué al barrio de Yazira, cuatro horas después del enésimo ataque contra un convoy norteamericano, el asfalto estaba levantado y ennegrecido por el fuego de la explosión y un grupo de adolescentes rebuscaban trozos de hierro retorcido y gomas, a modo de macabra distracción. A solo treinta metros se erigía la vivienda de Ali Hadi Yasin, exgeneral del ejército iraquí y testigo de los acontecimientos: casualidades de la vida, había trabajado durante años como agregado militar en la embajada iraquí en Madrid y estaba encantado de recibir a la periodista.

«Solo ha sido un disparo, ya ve», decía con cierta resignación e indisimulada satisfacción mientras me animaba a entrar en su casa donde su esposa, Emtesar, me saludó profusamente antes de desaparecer por la puerta de la cocina, dispuesta a preparar té. «Un hombre disparó su RPG desde el palmeral, a pocas decenas de metros de la carretera, oculto entre los árboles. Dicen que le esperaba un coche, puede que con un compinche dentro, para salir corriendo —explicaba Ali—, pero eso no lo vi. Cuando me asomé, un vehículo estaba en llamas. Yo vi dos cuerpos quemados, aunque algunos vecinos dicen que solo uno de los soldados murió —proseguía el general, pasado obligatoriamente al retiro por la ocupación—. Pero ningún iraquí resultó herido —añadió puntilloso, antes de amargar la sonrisa que había dibujado en los labios—. Y entonces pasó lo de siempre. Los americanos acordonaron la zona. Salieron corriendo los soldados de los otros dos Humvees para asistir a los heridos y llevárselos. En menos de una hora, habían retirado los restos del vehículo. Lo hacen siempre para que no haya imágenes, para que nadie sepa lo que ocurre en Bagdad.»

El general chasqueó la lengua con fastidio, mientras su esposa entraba en la estancia con una brillante bandeja de plata labrada que sostenía tres delicados vasos de cristal con té humeante y un azucarero. Me sonrió mientras me acercaba la bandeja: la hospitalidad iraquí deja en manos del invitado el privilegio de la primera taza. «El caso es que ya nos han cortado la luz», intervino Emtesar, devolviendo a su marido la bandeja con los vasos que tintineaban al contacto con sus frágiles platillos. «Siempre lo hacen en el barrio donde suceden los ataques, como medida de castigo. Lo malo es que con la luz también se va el agua —prosiguió la mujer en tono experimentado —. El apagón durará, como siempre, unas seis horas. Pero con este calor, y

sin ventiladores…», añadió, dejando la frase abierta para evitarse adjetivos que describieran la asfixiante temperatura en Bagdad.

Los castigos colectivos solo empeoraban una situación complicada para la población del Irak de posguerra, donde la rampante inseguridad impulsaba cada vez más a los civiles a permanecer en sus casas por miedo a los acontecimientos. La falta de suministro eléctrico, ausente en Bagdad desde la misma invasión con excepción de un puñado de horas diarias, y de agua corriente multiplicaba el tedio y la incertidumbre de las esperas. Y la carencia de distracciones como televisión o internet alimentaba la frustración y daba fuelle a los rumores. «Las tropas estadounidenses campan a sus anchas, pero solo protegen el petróleo. La mayor parte del tiempo no tenemos luz ni agua, hay dificultades para comprar medicinas, criminalidad común, problemas para cobrar salarios… ¿A qué han venido? ¿A proteger el petróleo?», se preguntaba Emtesar.

La familia de Ali no podía ser acusada precisamente de simpatizar con Sadam: todo eran críticas al dictador. «En el ejército, todos detestábamos a Sadam», explicaba el general, que antes de ser criminalizado por los ocupantes por pertenecer al ejército ya había sufrido las iras del Baaz: fue incluido en una lista negra del régimen porque, en una ocasión, contó un chiste en Madrid sobre el tirano. Al general le relevaron y enviaron de vuelta a Bagdad a un despacho donde era vigilado de cerca por los servicios de inteligencia. «Sadam solo nos metió en guerras que no tenían nada que ver con nosotros: Irán, Kuwait… La dictadura solo empleaba el dinero en sus aventuras militares y no en la población —proseguía—. Por eso, cuando empezó la guerra en marzo, huí con toda la familia a Nayaf, mi localidad natal. Vinieron a buscarme, por supuesto, pero no me encontraron. Y le aseguro que la mayor parte de la tropa y los oficiales hicieron lo mismo. Por eso Bagdad nunca fue defendida más que por la Guardia Republicana. Si no, no hubiera sido tan fácil para Estados Unidos.» Emtesar servía una nueva ronda de té cuando suspiró. «Pero al menos con Sadam teníamos agua y luz —dijo mirando de reojo a su marido, buscando su aprobación—. Teníamos orden, seguridad y podíamos salir sin miedo», refunfuñaba ante el pesado silencio de Ali, que se resistía a reconocer alguna bondad al régimen que había arrastrado Irak a los abismos.

Cinco meses después de la ocupación, los castigos colectivos y las detenciones arbitrarias comenzaban a corroer a los suníes criminalizados por Bremer, condenados al desempleo y objeto de venganzas históricas de la comunidad chií que se percibía como vencedora: un factor sobrecogedor

habida cuenta de que los estigmatizados eran exmiembros de la seguridad iraquí, nacionalistas declarados, con la formación y el conocimiento militar para hacer de la transición un proceso extremadamente complicado y con los medios para ello. Se sentían legitimados para combatir contra la ocupación militar y animados por la presencia de voluntarios extranjeros de toda clase y condición llegados al loor de la «guerra santa». El país se convertía en un nuevo Afganistán donde luchar contra la inmoralidad occidental y cabían todas las batallas, políticas, religiosas y personales. En el diario *Al Meshraq*, su director lo formulaba de una forma certera: «Irak se ha convertido en una central del terrorismo de todo tipo para cualquiera que quiera vengarse de los americanos. Y los iraquíes pagamos el precio».

Probablemente se subestimaron las consecuencias de la desbaazificación. El coronel Derek Harvey, a cargo de la inteligencia militar norteamericana en Irak, estimaba entre 65.000 y 95.000 los miembros de unidades especiales de Sadam como los fedayin, la Mujabarat o la Guardia Republicana Especial, dotados de una red de casas seguras y depósitos militares distribuidos a lo largo y ancho de Irak. Un buen ejemplo de ese potencial fue Samir Abd Mohamed al Jlifawi, antiguo coronel de la base aérea de Habaniya, situada a pocos kilómetros de la aldea de Gortan, donde los Hasan fantaseaban con secuestros y se regodeaban con emboscadas.

Según el periodista iraquí Hisham al Hashimi,[18] que le describía como «extremadamente inteligente, firme y excelente estratega», el coronel Samir, «amargado y desempleado» tras la disolución del ejército, puso todas sus energías y su tiempo en diseñar su propia lucha, sibilina y calculada, contra la ocupación. Convencido de que la fe, bien explotada, puede ayudar a lograr la victoria, terminaría asociándose con uno de los voluntarios árabes más sanguinarios, Abu Musab al Zarqawi, aquel exdelincuente jordano que se redimió de un pasado de alcohol y abusos sexuales refugiándose en la religión y en Al Qaeda, si bien Bin Laden nunca le tuvo demasiadas simpatías por su carácter pendenciero hasta que su actuación en Faluya le convirtió en héroe de los muyahidin y emir de Al Qaeda en Irak. El coronel Samir sí comprendió el potencial de Zarqawi y se alió a él; el sectario Zarqawi, por su parte, no mostró demasiados remilgos a la hora de trabajar con baazistas laicos, a quienes repudiaba en público, unido por el interés común.

«Era un nacionalista, no un islamista», describía Hashimi al coronel Samir. Su inquina hacia los ocupantes solo creció tras ser encarcelado en Camp Bucca y su peligrosidad aumentó al descubrir el potencial del descontento que albergaban los extremistas islámicos. Así fue como el

coronel Samir se convirtió en Haji Baqr, el estratega del ISIS, el oscuro exoficial iraquí que dirigía a los fanáticos sin postrarse nunca a rezar, de quien se decía que era laico y bebía alcohol, el que aunaba a los repudiados suníes en torno a la organización salafista unidos por la causa común, y quien manipulaba a los más religiosos con el único objetivo de recuperar el poder perdido.

Terminarían siendo sus manos, junto a las de otros oficiales baazistas igualmente apartados por Bremer de sus posiciones, las que moverían los hilos del Estado Islámico de Irak hasta el punto de designar al autodenominado califa Abu Baqr al Baghdadi, nombrado emir del grupo tras la muerte de su predecesor en el cargo, Abu Omar al Qurashi al Baghdadi. Lo que comenzó siendo una colaboración entre baazistas y radicales se tornó en una fusión inspirada por un objetivo común: el poder. Líderes como Haji Baqr, como el turcomano Fadel Ahmed Abdula al Hiyali (Haji Mutaz), ex teniente coronel de la Istijbarat[19] y exoficial de la Guardia Republicana que terminaría dirigiendo el ISIS en Irak, su homólogo en Siria, el exgeneral baazista Abu Ali al Anbari o el jefe militar del ISIS, el capitán de infantería baazista Abdulrahman al Bilawi, fueron quienes concibieron el embrión del Estado Islámico de Irak, convirtiéndolo en la organización más siniestra, sangrienta y formidable de la antigua Mesopotamia.

8

Las prisiones, universidades del odio



Mohamed se frotaba su pelo prematuramente canoso, cortado a cepillo, en un gesto nervioso que podía implicar profunda reflexión o el inconfesable deseo de volverse invisible.

No estaba seguro de querer hablar. Le costaba dejarse convencer de la conveniencia de explicar sus ocho meses y medio en la prisión de Abu Ghraib. Por supuesto, comprendía que todo lo que había visto y oído era denunciable, sobre todo ahora que las insultantes fotografías de uniformados estadounidenses torturando y aterrorizando presos iraquíes daban la vuelta al mundo, pero temía sufrir represalias por hablar.

Le generaba pavor que, incluso amparado en el anonimato, sus captores le encontrasen de nuevo y le volvieran a humillar. «Pero tu testimonio ayudará a que no vuelva a pasar. Puede que ayude a que se vayan», le decía con suavidad, empujándole a hablar, mientras su empecinada mirada evitaba a la extranjera que aguardaba en su salón desde primera hora de la mañana. Yaroub, con su natural empatía y su infinita paciencia, traducía edulcorando mis palabras, impregnándolas de los matices que Mohamed quería oír. Porque Yaroub comprendía tan bien como cualquier otro iraquí la vejación que implicaban aquellas imágenes para su comunidad, pero también defendía su obligación de defenderse ante tamaña injusticia. Y la única forma de hacerlo, en aquel momento, era sacarlo a la luz.

Finalmente, tras una hora de argumentos, vasos de té humeante y muchos silencios, este hombre de corta estatura arrancó su relato con un sonoro suspiro. «La primera vez que me pusieron la bolsa, sentí terror. No me dieron explicaciones, se limitaron a meterme la cabeza en un saco. Me costaba respirar, no sé si por el miedo o por la falta de aire», desgranaba fijando por fin sus ojos en mi cara. Su rostro era anodino, casi vulgar, imposible de recordar. «Llevaba cinco días detenido por los estadounidenses en una base militar de Bagdad, no sabía de qué me acusaban y tampoco qué me esperaba. Así, maniatado y con el rostro tapado por el saco, me trasladaron a la prisión militar del aeropuerto. Una vez allí me dejaron en calzoncillos y me tomaron fotografías en todas las poses que pueda imaginar —dijo con las cuerdas vocales apretadas por la angustia, en un extraño timbre de voz—. Un mes después fui trasladado a Abu Ghraib y entonces pensé, por primera vez, que no sobreviviría», explicaba mientras pasaba obsesivamente las cuentas de su *tasbih* (una suerte de rosario musulmán), como si encontrase las fuerzas para hablar en el movimiento rítmico de sus dedos.

Con treinta y ocho años, Mohamed había tenido una vida suficientemente intensa: nacido en La Meca de padres iraquíes, trabajó en Chechenia con una ONG norteamericana durante años, experiencia de la que se llevó dos esposas con el potencial de un conflicto armado (una era rusa y otra chechena) y a sus tres hijos, el mayor entonces de ocho años, nacidos en Abiyán, Siria y Rusia. Mohamed regresó a su Bagdad natal acompañado de su estirpe años antes para ser sorprendido por una invasión militar que le puso en el punto de mira.

«Yo creo que me tomaron por un muyahid que fue a Chechenia para combatir —sopesaba—. Nunca me explicaron por qué me detuvieron ni por qué me liberaron. Ocurrió el 29 de julio. Los americanos llegaron a mi casa y me preguntaron qué armas guardaba. Les respondí que un fusil de asalto, lo normal y legal en Irak, pero decidieron registrar. Aunque solo encontraron el fusil, me pidieron que les acompañara. Me fui con lo puesto, vestido con *dishdasha*, pensando que sería cuestión de horas. Me llevaron a Ghazaliya, un campamento militar cercano a la mezquita de Umm al Marek, en Bagdad, y me pusieron una pulsera de plástico con un número de seis cifras, mi nombre a partir de entonces.»

En el umbral de la cocina, percibí dos rostros velados. Sus esposas me vigilaban, seguramente fascinadas por la extranjera que estaba logrando que su marido confesara aquello de lo que nunca quería hablar. Mohamed les miró y me sugirió que fuera con ellas, mientras él continuaba el relato ante Yaroub: le resultaba más fácil hablar de ciertas cosas con un hombre, pero mi amigo iraquí y yo nos sonreímos. «Eso no es posible —le dijo él con tono paternal —, es ella quien debe hacer las preguntas.»

Mohamed impregnaba el relato de mutismos, reservas y recelos. A cada pausa, Yaroub le palmeaba la pierna, empleaba referencias religiosas, le hacía comentarios que le animaban a continuar. Y él se dejaba guiar.

«Pasé tres días incomunicado; luego metieron a otros ocho detenidos en el cuarto. Se les acusaba de ser fedayin, la guardia pretoriana de Sadam. Dormíamos apiñados en el suelo y solo podíamos salir dos veces al día para ir al baño.» Su siguiente destino fue un centro de detención situado cerca del aeropuerto, Camp Vigilant. «Aún no habían reabierto Abu Ghraib, y por entonces todos los presos tenían pánico a Camp Bucca [el gigantesco campo de prisioneros cercano a Basora]. Cuando me quitaron la bolsa que me cubría el rostro, pude ver las dependencias del aeropuerto. Había diez tiendas de campaña, cada una de ellas con doscientos prisioneros. Al principio había una mezcla de presos políticos y delincuentes comunes, pero al final todos los criminales, ladrones y violadores fueron trasladados o liberados. En Camp

Vigilant podías encontrar desde ancianos de setenta años hasta críos de quince: allí estaban todos aquellos que jugaron un papel importante en el régimen salvo los cincuenta más buscados, que nunca supimos dónde estaban encerrados».[20]

El exreo describía unas condiciones de vida pésimas, pero lo peor siempre estaba por llegar. «A principios de septiembre me convocaron junto a otros ciento cuarenta presos. Nos dijeron que nos llevaban a la prisión de Abu Ghraib. Creía que nada podía ser peor que el aeropuerto, y casi me alegré. Había pasado treinta y dos días en Camp Vigilant, y estaba deseando perderlo de vista. Cuando llegamos a Abu Ghraib, lo primero que vi fue a un grupo de prisioneros de rodillas, esposados y con los ojos vendados. Entonces pensé que ese sería el lugar donde moriría. Fue la primera vez durante mi detención que sentí terror, y no sería la última.»

Mohamed se resistía a hablar de sus propias torturas: conseguía reconducir siempre la conversación para eludir el tema a sus compañeros de cautiverio. Decía haber padecido siete meses de «guerra psicológica», como lo describió en aquella larga conversación en su residencia bagdadí. «Había ocho campamentos con veinte o veintidós tiendas de campaña cada uno. En cada tienda dormíamos entre veinticinco y treinta y cinco presos, y como no cabíamos teníamos que dormir de lado, apretados unos contra otros […] Cuando aparecía un investigador en nuestra tienda, eso quería decir que alguien sería encapuchado y maniatado. Se lo llevaban a los edificios de Abu Ghraib, y de ahí o bien regresaban, semanas después y casi irreconocibles, o bien desaparecían. Supongo que los trasladaban de cárcel o los liberaban, pero me aterrorizaba la idea de que un día me tocara a mí.»

«Había presos ancianos, adolescentes, mujeres, hombres enfermos e incluso amputados de guerra. No había respeto por nada ni por nadie. Recuerdo a un hombre de setenta años que rogaba a los guardias que no le taparan la cabeza con una bolsa porque moriría de la impresión, suplicaba que no lo hicieran porque se ahogaría. No le escucharon, y se la pusieron. Así murió —dijo antes de servirse un vaso de agua de una jarra cercana—. Pero lo que más me impactó fue conocer a Qais Hatem. Era de un pueblecito cercano a Samarra y había sido miembro del Baaz. A sus sesenta años se conservaba bien: era rubio, de estatura media y complexión normal. Fue detenido junto a otros ochenta vecinos de su aldea, muchos de ellos parientes suyos. Poco después de llegar, un carcelero se presentó en la tienda para interrogarle. Estuvo desaparecido veinticinco días, y cuando regresó lo llevaban dos hombres en volandas; ya no podía andar. Estaba casi inconsciente. Los

primeros días lo tuvieron desnudo en una celda, con una bolsa en la cabeza. Lo interrogaba una mujer. Él, vergonzoso, se cubría los genitales con las manos, pero ella lo obligaba a descubrirse. Durante los veinticinco días estuvo encapuchado, y se quejaba de que le pegaban en la planta de los pies, aunque como no podía ver nada ignoraba con qué le torturaban. Otro día, un soldado llegó con una máquina de afeitar y entre risas le rasuró todo el pelo del cuerpo, cejas incluidas…»

Una hora después de que Mohamed comenzase a hablar, su relato se había convertido en una incontenible catarata de experiencias que confirmaban las imágenes filtradas de los episodios de torturas en Abu Ghraib. Era como si el desahogo inicial hubiera abierto las compuertas mentales de recuerdos que había decidido enterrar en un empecinado intento de que no volvieran a asaltarle. Mencioné las vejaciones que todos habíamos visto en las fotografías filtradas y se mesó los cabellos antes de contestar.

«Las fotografías publicadas no pueden sorprender a nadie que haya pasado por esa prisión. Cada vez que alguien era desplazado a los edificios para ser interrogado, regresaba con el rostro amoratado, casi azul, o con el cuerpo roto a golpes. A un preso le dejaron a solas toda la noche con un perro en una celda. A Qais Hatem también le azuzaban con los perros cuando le sacaban de la tienda.» Religioso conservador, el hombre prefería no dar detalles de los abusos sexuales: la conversación era tan agónica como persistente, un pulso de obstinaciones que ninguno deseaba perder, aunque ambos temíamos ganar. «Lo peor era la tortura mental. Mucha gente, incluso en las tiendas de campaña, pasaba varios días sin ropa. Un día se las quitaban en los interrogatorios y al regresar no tenían qué ponerse. A otros les ponían bragas y hasta compresas para que todos se rieran de ellos. Un preso me contó que, durante su interrogatorio, los guardias le dieron un consolador de plástico. Querían que se penetrase. El hombre, aterrorizado, lo intentó pero comenzó a llorar, no sabía si por el dolor, el miedo, la humillación o todo a la vez. Al final, los soldados desistieron.»

«La presión psicológica y física llevaba a algunos a autolesionarse. Cogían los botes vacíos de tabasco de las raciones militares que arrojaban los americanos al suelo, los pisaban y se cortaban el torso y los brazos con el plástico afilado. Muchas veces, a los presos los sacaban por la noche con una bolsa en la cabeza y las manos atadas y les decían que iban a ser enviados a Guantánamo. Cuando, aterrorizados, salían a las puertas de Abu Ghraib, les decían “sois libres”. Otras veces, presos del norte o del centro del país eran trasladados a Basora, como si fueran a ser internados en Camp Bucca, y una

vez allí les liberaban. Cada día llegaban más y más presos. Nunca vimos a un abogado. Nos acusaban de cualquier cosa, de haber militado en los fedayin, de haber trabajado para Uday Husein… En una ocasión, un preso denunció que llevaba retenido meses aunque en su ficha no había detallado ningún cargo. Un soldado le quitó el papel de mal humor y escribió lo primero que se le ocurrió. "Esto solo sirve para que Cruz Roja no se queje", le respondió.»

La siguiente vez que vi a Mohamed, tres años después, fue en Damasco. Ya militaba en la insurgencia iraquí, que usaba Siria como retaguardia para descansar y reorganizarse. Me contó que estaba de viaje «profesional y personal»: por un lado, acompañaba a una de sus mujeres, que necesitaba tratamiento médico, y por otro tenía «negocios» relacionados con la lucha contra Estados Unidos. Como él, miles de civiles iraquíes arbitrariamente detenidos por las tropas invasoras y objeto de abusos terminaron engrosando las listas de la insurgencia, confirmando una tendencia que llevaba décadas consagrándose en Oriente Próximo y que tendría especial utilidad para el Estado Islámico de Irak y Levante.

Las prisiones han ejercido como universidades del terror en toda la región y el Irak invadido no fue una excepción, aunque por primera vez la máxima responsabilidad de la gestión de los penales, y por tanto de sus torturas, no recaía sobre dictaduras inmunes a las críticas por las violaciones de los derechos humanos, sino sobre Estados Unidos.

Las células extremistas alimentan sus filas gracias a las torturas, a la impunidad de los captores y a la desesperación de reos abandonados a su suerte y sensibles a la manipulación, que encuentran un refugio y una misión en la religión, pertinentemente interpretada por unos pocos para justificar sus métodos y perseguir sus intereses.

Cuando el ex sargento instructor de la Guardia Republicana iraquí Jamal Ali fue detenido por las tropas estadounidenses en Bagdad, militaba en un grupo insurgente: era uno de los encargados de montar artefactos explosivos improvisados —las minas caseras que solían enterrarse al paso de los vehículos invasores— en la célula de su barrio, en Adhamiyah. Sin embargo, lo que al principio fue una experiencia aterradora no tardó en transformarse en algo, a su juicio, edificante. «Abu Ghraib era una especie de universidad para la guerrilla —nos explicaba este hombre alto, enjuto y de risa contagiosa en su refugio de Damasco, en 2007—. La cárcel no solo era una escuela donde compartir experiencias y conocimiento, también nos permitía intercambiar y comprar material bélico e incluso planear futuras

operaciones.» En algo más de un año, este suní pasó por cinco penales diferentes y de todos ellos sacó beneficios.

Su compañero Abu Baqr, también veterano de las fuerzas armadas iraquíes de cuarenta y nueve años, rostro picado de viruela con fino bigote oscuro, estuvo ingresado siete meses en Camp Bucca: su paso por prisión incluyó «preparación física y táctica» supervisada «por especialistas de Al Qaeda» ante las narices del ejército invasor. Los miembros de Al Qaeda les daban claves para poder mantener la forma física hasta el momento de la liberación. «Rellenábamos los monos que nos asignaban como uniformes con arena para levantar peso y salíamos a correr de dos en dos, por turnos, para no levantar sospechas», explicaba con un tácito orgullo. Otro veterano de la prisión de Bucca era Husein Sadoun, de treinta y un años, de corta estatura y semblante tranquilo cuya mirada atesoraba innumerables infiernos personales. «En Bucca nos formaban en lucha personal y artes marciales. Por la noche, de forma clandestina, dábamos clases para hacer explosivos o colocar minas sin ser vistos», relataba.

La formación religiosa era clave en los penales, y casi siempre recaía en manos de los más fanáticos. «En Abu Ghraib no teníamos tanta libertad como en Bucca, pero sí recibíamos clase sobre el islam. Eran lecciones sobre salafismo y monoteísmo y disponíamos incluso de libros de Ibn Taymiyya[21] que nos daban los soldados estadounidenses. Teníamos clases diarias salvo los viernes.» Jamal Ali recordaba incluso haber visto una pequeña biblioteca con textos salafistas en la prisión de Badush, situada en Mosul. «En la prisión de Amiriya, nuestra celda era conocida como la habitación de los muyahidin y era allí donde se daban dos horas diarias de clases centradas en el significado de la yihad.» Todo ello, sin que los oficiales de las prisiones sospechasen del potencial del monstruo que estaban alimentando.

Tras el escándalo de Abu Ghraib, la mayor parte de los presos fueron trasladados a Camp Bucca, un centro de internamiento situado en Umm Qasr, al sur de Basora: la prisión se convirtió en el Harvard de la radicalización iraquí y en la cuna del Estado Islámico de Irak y Levante. En Camp Bucca ingresó el propio Musab, mi interlocutor en el ISIS en 2014,[22] en el año 2004, para encontrarse compartiendo instalaciones con Abu Baqr al Baghdadi cuando este aún no era el líder de la organización.[23] «No habríamos podido tener reuniones como aquellas en Bagdad, o en cualquier otro lugar», confesaría a *The Guardian* otro alto cargo del ISIS, identificado como Abu Ahmed, que tuvo una experiencia similar. «Hubiera sido imposible y peligroso. Allí, sin embargo, no solo estábamos seguros: vivíamos a metros

de distancia de todos los dirigentes de Al Qaeda».[24] Mousab también presumía de lo rentable que salió aquella estancia en prisión: disponían de tiempo ilimitado para preparar su estrategia militar, dividirse funciones y definir prioridades. Como explicaba Abu Ahmed en el citado artículo, «de pronto, una nueva estrategia liderada por Abu Baqr al Baghdadi[25] estaba surgiendo bajo sus narices: la construcción del Estado Islámico. Si no hubiesen existido prisiones norteamericanas en Irak, hoy no habría ISIS. Bucca fue una fábrica. Nos hizo a todos nosotros. Construyó nuestra ideología.»

Según el analista Hisham al Hashimi, diecisiete de los veinticinco principales responsables del ISIS fueron internados y excarcelados de prisiones estadounidenses entre 2004 y 2011.[26] Solo por las instalaciones de Camp Bucca pasó la que terminaría siendo la cúpula: Haji Baqr, Haji Mutaz, Abdulrahman al Bilawi, el portavoz del ISIS, Abu Mohamed al Adnani[27] o Abu Wahib al Fahdawi al Dulaimi, que terminaría siendo responsable del ISIS en Anbar. Su caso es especialmente significativo dado que fue sentenciado a muerte y trasladado a la prisión de Salahadin, en Tikrit. En 2012, un asalto a la prisión por parte del ISIS facilitó la huida de ciento diez detenidos, entre ellos el propio Abu Wahib; tras su excarcelación pasó a liderar a la organización en su provincia natal, cargo para el que había sido preparado en prisión.

La organización demostró que no olvidaba a sus miembros: los asaltos contra penales iraquíes, a menudo coordinados con disturbios iniciados desde dentro por sus propios presos, han sido una constante en los últimos años: en 2013, las operaciones militares del ISIS contra los penales de Abu Ghraib y Taji derivaron en la fuga de centenares de presos,[28] entre ellos muchos experimentados líderes del Estado Islámico condenados a muerte. Solo en el asalto a Taji actuaron nueve suicidas y fueron empleados tres coches bomba: se lanzaron un centenar de proyectiles de mortero contra la instalación para no dejar a sus presos abandonados en las manos del enemigo.

Abu Ghraib y Bucca fueron los máximos ejemplos pero no las únicas fábricas de odio en Irak: las prisiones de las fuerzas de seguridad iraquíes, que pasaron a ser controladas por los chiíes, así como la red de prisiones secretas regentadas por las milicias chiíes donde se torturaba salvajemente a ciudadanos suníes colaboraban necesariamente en la radicalización. Mousab pasó por Al Jadraa, cerca de la plaza Nisour, en Bagdad, donde fue terriblemente golpeado y sufrió abusos: entonces prometido con una joven,

ultrajado y vejado hasta el extremo escribió a su novia instándole a buscar a otro hombre, creyendo que moriría en aquella mazmorra y que, de sobrevivir, nunca más sería un ser humano completo. En cierta forma, no se equivocaba.

Mientras los varones se radicalizaban en prisión, atrás quedaban las familias, huérfanas de hombres. Me entrevisté con Alia Hassin a finales de marzo de 2004: un espectro vestido de negro, con profundas bolsas enmarcando sus bellos ojos, incapaz de dormir desde que un día las tropas ocupantes entraran en su domicilio. «Sucedió a las seis de la mañana. Unos cincuenta soldados estadounidenses comenzaron una redada en Adhamiyah. Dijeron que buscaban armas y entraron en casa. Nos metieron a todos en una habitación. Nosotros nos quejábamos, pero es imposible discutir con los americanos. Al final arrestaron a los cinco, toda mi familia.» La última escena que Alia recordaba le martirizaba día y noche. «Les habían vendado los ojos, atado las manos y obligado a arrodillarse en la puerta de nuestra casa —contaba con la mirada perdida—. Luego los americanos les ordenaron subirse al camión. Y no les volvimos a ver.»

Alia permanecía impávida en la sala de espera del Centro de Información General de Mansour, uno de los diez distribuidos en la capital para servir de enlace entre las autoridades provisionales estadounidenses y sus castigados habitantes, donde decenas de ánimas errantes como ella agotaban las horas sin levantar la mirada. Me contaron que cada día ochenta personas acudían al edificio, fuertemente protegido para evitar ataques, en busca de seres queridos que un día desaparecieron a manos de las tropas norteamericanas y de los que no habían vuelto a saber nada. Si el ejemplo era extensible, unas ochocientas visitaban diariamente uno de estos centros solo en Bagdad para conseguir noticias de los suyos. «Las cosas están mejor ahora, antes venían entre ciento cincuenta y ciento ochenta personas al día —admitía la directora del centro, que prefería no identificarse—. En todo el país hay entre seis mil y diez mil prisioneros.» En la base de datos que manejaba la responsable, figuraban detenidos de once años. También de setenta y cinco.

«Hace veinte días los soldados llegaron a la casa de mi primo Naja —relataba Serba Sarmat, un comerciante de cuarenta años que esperaba su turno en el Centro de Información iraquí—. Venían en cuatro Humvees y dos todoterrenos, y metieron a toda la familia en una habitación. Preguntaron quién era Naja y cuando se identificó le pusieron una bolsa negra en la cabeza. No sabemos de qué le acusan ni a qué prisión se lo llevaron —continuaba mientras manejaba un cúmulo de papeles gastados—. Lo peor es que pasa muy a menudo: hace diez días, un amigo fue detenido en las mismas

circunstancias. Y fíjese que me gustan los americanos, sobre todo gracias a Naja, que vivió cinco años en Estados Unidos y habla maravillas de ellos, pero detesto la ocupación», decía el hombre frotándose el cráneo.

A su lado, Mohamed Husein, de veintisiete años, esperaba noticias de su padre, tres hermanos y un amigo de la familia, detenidos el 20 de diciembre. «Mi padre era un general iraquí que abandonó Irak para unirse a Estados Unidos hace cuatro años. Regresó al país con las tropas. Eran las dos de la mañana, y los soldados entraron en casa. Mi padre les mostró su identificación estadounidense y le respondieron que sería liberado al día siguiente. Todavía lo estamos esperando —decía con gesto apesadumbrado —. Confiamos en que lo liberen pronto porque no ha hecho nada. Lo más irónico es que esto ya lo vivíamos con Sadam: antes desaparecía gente, y ahora desaparece gente.»

Las mujeres y los niños no eran inmunes a las prisiones. Jamila Abas, una chií de rostro afable y maternal responsable de la Asociación de Mujeres Iraquíes en Kirkuk, se pasó medio año «rezando a Dios para que me enviara la muerte». Fue detenida por tropas estadounidenses junto a su hija Minal, su hijo y su sobrino una madrugada de enero de 2004. «Tal y como estábamos, en camisón, descalzas y sin velo. Nos pusieron sacos en la cabeza y nos ataron las manos con bridas. El traductor decía que yo financiaba a la resistencia, que guardaba cincuenta mil dólares para armas, pero solo encontraron quince mil dinares. De todas formas, nos llevaron a una base militar de Kirkuk.»

Jamila, viuda que en el momento de la entrevista contaba con cincuenta y dos años, hablaba tranquila, con infinita paciencia, desde la miserable casa de Damasco que había podido alquilar a cambio de una fortuna para escapar de su país.

Un raído sofá polvoriento y una mesa de madera componían todo el mobiliario, pero avisó a un vecino para que trajese algún juguete para mi hijo de corta edad, que me acompañaba en la entrevista. La presencia del bebé relajaba la tensión, pero su mirada volvía a endurecerse cada vez que regresaba mentalmente a su detención. «Dos días nos tuvieron tiradas en el asfalto de la base, con el rostro tapado, hasta que nos metieron en helicópteros y nos trajeron a Bagdad.» Ingresadas en una prisión americana, los interrogatorios comenzaron con golpes. «Me metieron en una sala donde me preguntaron por mis relaciones con grupos de resistencia. Cuando dije que no tenía ningún trato con ellos me dijeron: “¿Ves a estas dos mujeres? Te van a torturar”. Y me pasaron a una sala de seis por tres metros, donde una de ellas

me agarró del pelo y me estampó la cabeza contra la pared hasta que casi perdí el sentido. Cuando me desvanecía, me lanzaba agua helada. Llegó otro investigador americano. Les preguntó si había confesado, y al responder que no les dijo que me pegaran más fuerte. Me llevaron a otra celda, donde me agredieron aún más. Cuando dejaban de pegarme, me obligaban a estar de pie para que no durmiera.»

A Jamila la golpearon durante diecisiete jornadas, y recordaba los detalles de cada segundo transcurrido en ellas. «Usaba una sonda de plástico rellena, concentrándose en mis huesos, en el cuello y la espalda —decía mientras se acariciaba las vértebras de forma casi inconsciente—. El dolor era tal que mis muñecas rompieron la brida plástica y mi mano golpeó la pierna de la torturadora. Ella me pegó con tal violencia que me dejó el cuerpo hinchado.» Le arrancaron el cabello, pero lo peor era la tortura psicológica, cuando le amenazaban con ensañarse con los suyos si no confesaba. «En una de las habitaciones pude ver a mi sobrino, de veinticuatro años, completamente desnudo y con la cabeza ensangrentada.» Su principal angustia era su hija Minal, entonces de diecisiete años. «Estaba histérica pensando en que pudieran violarla», explica. No tardaría en verla. Cuando había perdido el sentido del tiempo, en medio de un interrogatorio, le llevaron a su hija. «Solo pude verla unos segundos. Vestía su camisón y le habían cortado el pelo. Cuando nos separaron, oí un disparo. Me dijeron que la habían matado.»

Minal apareció en el domicilio a lo largo de la tarde: pese a su semblante serio y cadavérico, no era un fantasma. Su simulacro de ejecución fue una estratagema para desmoronar a su madre. «Fue el momento más terrible —explicaba la joven de rostro tierno y sonrisa truncada, vestida de un negro riguroso—. Horas después, apareció un soldado mexicano. Me dijo que fuese al baño, pero temí que pretendiera violarme y me negué aunque, en aquel momento, me parecía una oferta extraordinaria. Entonces no nos permitían ir al baño, teníamos que hacer nuestras necesidades en la celda. Pero él insistió tanto que no tuve más remedio.» Todo fue una argucia del uniformado para acabar con la angustia de las dos mujeres: en el aseo estaba Jamila. «No me pude acercar mucho a ella, pero me bastó saber que seguía con vida», recuerda la viuda.

A Minal, obligada a oír los gritos de su madre mientras esta era torturada, la liberaron treinta y dos días después en Radawina, una zona semidesértica de Bagdad donde fue atendida por civiles habituados a encontrar reos recién liberados. A su madre aún le quedaban cinco meses de prisión. A finales de

junio de 2004, tras el escándalo de las torturas de Abu Ghraib, una comisión estadounidense estudió su caso y le consideró víctima en lugar de delincuente.

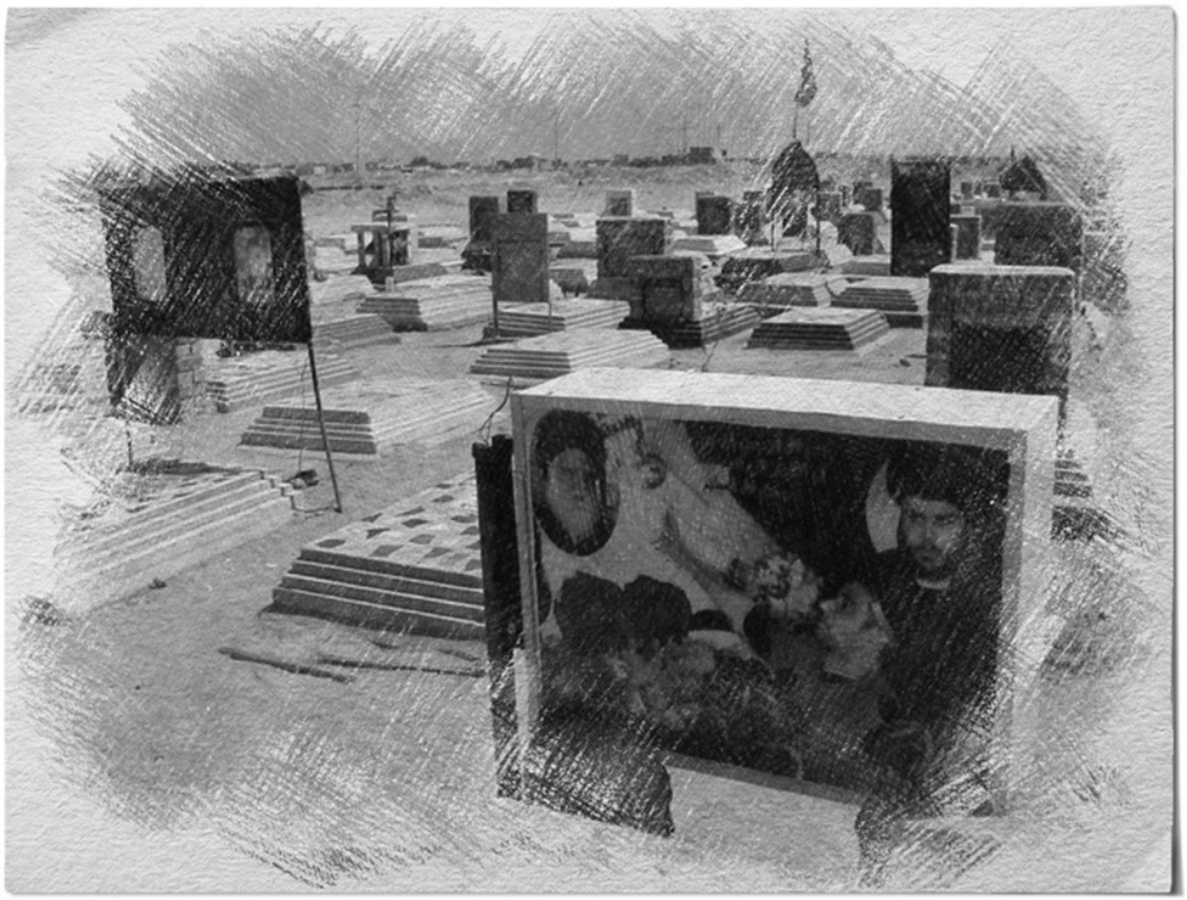
Jamila, que siempre había sido contraria a la presencia de Estados Unidos en Irak, salió dispuesta a combatir a los invasores. «Los golpes me convencieron de que estaba en lo cierto cuando criticaba la ocupación», razonaba en su modesta vivienda alquilada. La sonrisa de Minal, tímida y reservada al principio, se convirtió en una amplia mueca de ternura cuando descubrió la presencia del niño. Me pidió permiso para llevarlo a una habitación a jugar y, tras acceder, aproveché para preguntar con tibieza si sufrió abusos en prisión. Jamila hizo un gesto ambiguo, como si no fuera un tema del que hablar. Yaroub, mi fiel sombra, me pidió silencio con un gesto: luego me contaría que Minal se había comprometido con un hombre que no quería saber detalles sobre su pasado y que la familia al completo había pactado olvidar lo sucedido en aquella sórdida celda.

En el fondo, tenían suerte de poder olvidar. A otros, los terribles abusos que sufrieron durante su detención les condenaron para siempre. Abu Uais, de cuarenta y cuatro años, pasó cuatro meses en la cárcel de Kadhimiya: allí vio cómo dos policías violaban a su hijo Uais, de catorce años. Cuando fueron liberados y la familia optó por el exilio, el adolescente renunció a acompañarlos. «Uais se quedó en Irak. Me dijo que solo quería convertirse en suicida para recuperar su honor», le contaría su padre a Javier, destrozado por su recuerdo y consumido por el dolor.

Eran muchos los que compartían su decisión. Jamila contaba que, antes de 2003, nunca había simpatizado con el régimen: cuando la entrevisté en su casa del suburbio de Germania, en Damasco, cada cuarto era presidido por un retrato del dictador. Le pregunté a Minal qué sentía hacia el ejército que les arrestó y, tras una pausa, fijó una mirada acerada en el horizonte, desprovista de emociones, impropia de una joven de su edad. «Solo pienso en la venganza. Si hay una sola posibilidad de vengarme, lo haré.»

9

Muqtada hereda la leyenda del clan Sadr



Nayaf, abril de 2003

La leyenda de Mohamed Sadeq al Sadr entre la población chií de Irak se había forjado antes de 1999. Era un *marya*, la máxima categoría del clero de esa rama del islam y por tanto una «fuente de inspiración» para sus miles de seguidores. También había conseguido ser uno de los profesores más destacados de Al Hawza, la emblemática y milenaria escuela de teología instalada en la ciudad sureña de Nayaf.

El propio Sadam debió arrepentirse en numerosas ocasiones de haberle elegido como máximo líder de la comunidad chií en 1992 pensando que se trataba de un personaje maleable. Lejos de serlo, Mohamed se consolidó como un líder de masas adorado por los desposeídos, que eran legión en el sur del país.

El 19 de febrero de 1999, el clérigo añadió otro título —uno especialmente valorado en esta corriente religiosa— a su dilatado currículum: pasó a ser un *shahid* («mártir»). Esa jornada, cuando el anciano ayatola regresaba de rezar junto a dos de sus hijos, su vehículo fue interceptado por varios pistoleros no identificados.

«Los dos hijos murieron acribillados, pero los testigos vieron como Mohamed salía caminando del coche. Tenía un disparo en el hombro y otro en el costado. Cuando llegamos al hospital estaba repleto de gente del servicio secreto, de la policía, etc. Le dijeron a Muqtada que no se preocupara, que su padre tan solo estaba herido. Nos mandaron a casa y a las dos de la mañana volvieron a llamar: "ya pueden venir a por el cadáver", nos dijeron. El cuerpo tenía un disparo que le atravesaba la frente y le salía por la nuca. Nos hicieron enterrarlo de madrugada, casi en secreto.»

Escuchaba ensimismado el relato de Mustafa al Yacubi sentado junto al clérigo en el suelo del antiguo despacho de Sadeq al Sadr, un vetusto edificio situado al costado de la emblemática mezquita del imam Ali de Nayaf.

Pese a su legado histórico y su significado espiritual, muy pocos occidentales comprendían en abril de 2003 la crucial importancia de la ciudad de Nayaf en el entorno iraquí, y menos podían predecir que esta población estaba llamada a constituir uno de los ejes políticos del país durante los años subsiguientes, gracias a la autoridad que acumulaban muchos de sus inquilinos.

Había viajado a la villa atraído por su historia sabiendo que para los chiíes este era su propio Vaticano, y que aquí se había forjado la aureola intelectual de personajes tan connotados como el propio imam Ruhollah Jomeini —el líder de la revolución iraní—, que residió en ella durante trece años.

La localidad siempre estuvo apelotonada en torno al sacrosanto templo donde reposan los restos de Ali, el fundador del chiísmo, y el ingente cementerio ubicado a su vera, que acoge a más de cinco millones de difuntos.

Nayaf se encontraba custodiada en esos días por las fuerzas paramilitares organizadas por Al Hawza.[29] Decenas de personas se apiñaban en las estrechas callejuelas de la ciudad antigua —la que rodea la mezquita de Ali— y en especial en el callejón que daba acceso a la oficina de Ali al Sistani, el máximo dirigente del chiísmo.

La población no había conseguido evadir las sangrientas turbulencias que habían sacudido al país tras el colapso del régimen y apenas acertaba a recuperarse del asesinato de un conocido clérigo, Abdul Majid al Joei, el hijo del antecesor de Sistani, que había regresado del exilio junto a las tropas extranjeras y había sido linchado a manos de una turba de exaltados.

Conseguí adentrarme en las dependencias de Sistani, que se encontraban adornadas con sus últimos edictos religiosos. Uno de ellos se refería a los habituales saqueos que se propagaban por todo el territorio iraquí.

«Algunas personas se están apropiando de muebles de edificios gubernamentales como colegios y hospitales. ¿Está permitido?», inquiría el texto. A continuación se leía la respuesta del propio Sistani, firmada de su puño y letra. «No, no está permitido llevarse nada, ni vender ni comprar esas propiedades. Es pecado.»

Sistani no recibía a extranjeros pero su hijo Mohamed Reza, que actuaba como portavoz del anciano, me explicó que se encontraba «muy apenado por toda esta violencia».

Pese a vivir recluido en un habitáculo minúsculo y desprovisto de cualquier lujo —un evidente contraste con la ostentación de la que hacía gala Sadam y su cohorte—, Sistani se convertiría muy pronto en una referencia para el proceso de transición iraquí, pese a su conocida aversión hacia la política.

A sus setenta y tres años, el religioso encarnaba el ideario más académico y tradicional de una comunidad que había sufrido una brutal represión durante la égida de Sadam, y que por ello era receptiva a los alegatos más radicales del heredero espiritual de Mohamed Sadeq al Sadr: su hijo Muqtada. Yacubi no era otro que su principal asesor y un nombre que las fuerzas ocupantes también tendrían que incorporar a su particular «quién es quién» de Irak para entender el nuevo y complejo escenario político del país.

Amable y solícito ante la presencia del extranjero, Yacubi no escondía el objetivo final de Muqtada: «Sí, queremos instaurar un gobierno islámico

porque este es un país islámico. Un estado que se base en la *sharia*», me dijo.

También reconoció las divergencias «no esenciales» —incidió en este aspecto— que mantenía Muqtada con la filosofía más ortodoxa de Sistani. «Todos bebemos de la misma fuente, pero hay una Hawza clásica y otra popular. La segunda, la que encarnaba Mohamed Sadeq, se encontraba más cerca del pueblo, más implicada en la actividad social», puntualizó.

Con solo treinta años de edad, Muqtada era consciente de que su prestigio religioso no podía rivalizar con el que atesoraba Sistani o cualquiera de los otros tres *maryas* que vivían en Nayaf y por eso decidió aferrarse desde el primer instante a la devoción que todavía suscitaba la figura de su padre.

Consciente de la importancia de la simbología entre los miembros de su comunidad, el joven clérigo recuperó la iconografía de su progenitor, y hasta sus consignas políticas. Cuando decenas de miles de sus seguidores clamaban «¡Sí, sí al islam! ¡No, no a Israel! ¡No, no a América!», solo estaban parafraseando la consigna que gritaba Mohamed Sadeq al Sadr al iniciar su prédica de los viernes en la mezquita de Kufa —su feudo ideológico desde 1998—,[30] la misma en la que se instaló su hijo a los pocos días de la caída de Bagdad.

Era el quinto día del calendario semanal y el propio Yacubi me invitó a asistir al rezo que pensaba liderar Muqtada en el templo de Kufa. Los alrededores del edificio religioso estaban plagados de puestos callejeros con fotos de Mohamed Sadeq y de su hijo, y de sus escritos teológicos. Dentro había más de quince mil personas que acogieron la llegada del joven líder con un atronador «¡Sí, sí al islam!», «¡Sí, sí a Al Sadr!».

El sermón de Muqtada no dejó dudas sobre su orientación ideológica. «¡Alá destrozará a los enemigos del mundo islámico!», «¡Tenemos que luchar contra la ocupación!», «¡El gobierno tiene que ser del pueblo!», clamó ante el fervor de sus acólitos en la mejor tradición del chiísmo revolucionario que popularizó Jomeini.

Años más tarde, en 2006, volvería a visitar las mismas dependencias donde me había entrevistado con Yacubi en Nayaf, que para ese entonces habían sido transformadas en un museo dedicado a la memoria de Sadeq al Sadr. Los seguidores de su hijo habían instalado una enorme pancarta a las afueras donde se leía: «La sangre de los mártires abre el camino para la liberación».

Habían reproducido las antiguas instalaciones del viejo ayatola con todo esmero. En la primera habitación, la misma que ocupaba el difunto, permanecía el turbante que usaba el día que fue asesinado, sus gafas, el

estrado desde el que lanzaba sus arrebatadoras diatribas, una vieja radio y hasta la espada que exhibió en el último rezo del viernes que dirigió en Kufa, cuando ya se presentaba a sus simpatizantes ataviado con un manto blanco para hacerles comprender que su muerte era algo inminente. «Por eso le apodamos el León Blanco. Sabía que Sadam lo iba a matar pero nunca rehuyó el martirio», me había explicado Yacubi.

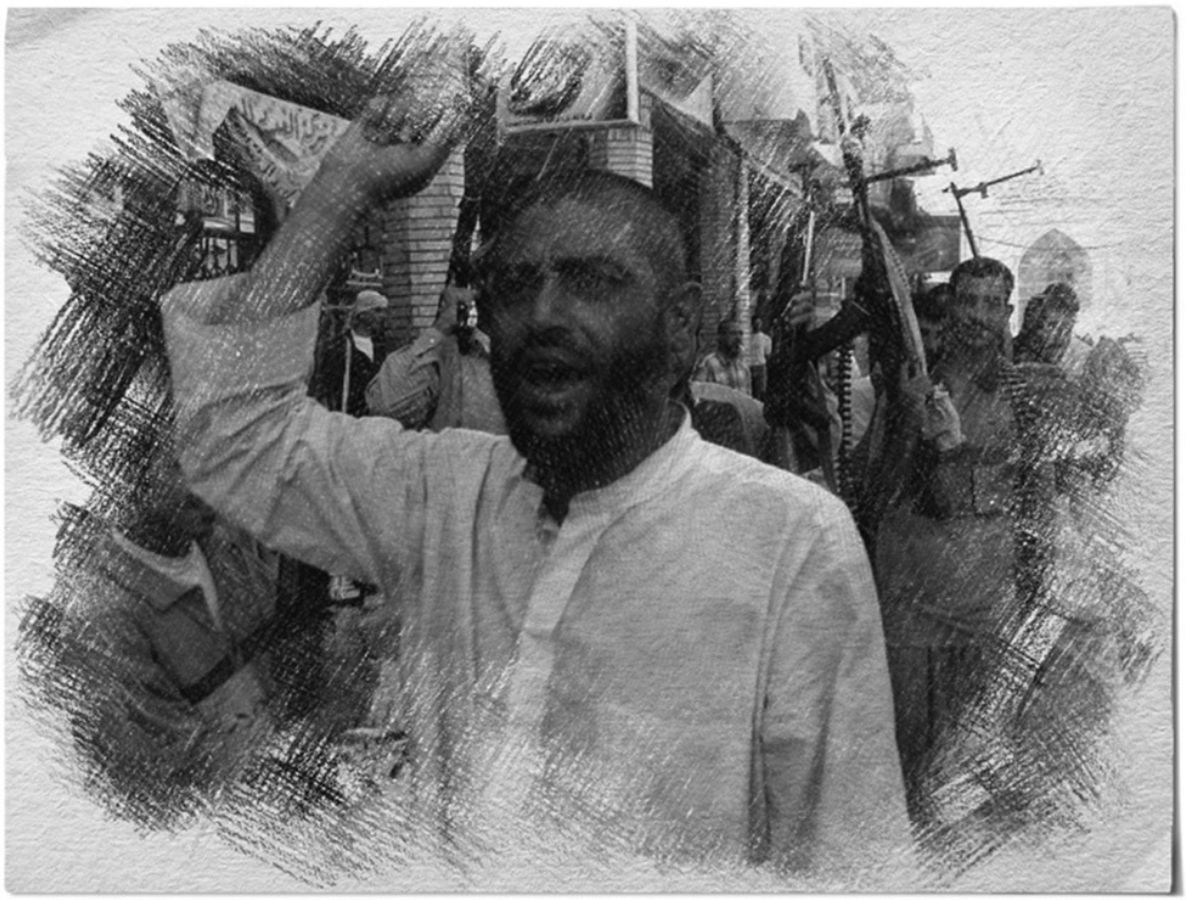
La segunda estancia del inmueble incidía en la posición «revolucionaria» de Sadeq al Sadr y su profunda animadversión hacia Estados Unidos e Israel, un reflejo exacto de la que asumiría Muqtada. «El señor Mohamed Sadeq al Sadr fue el primero en advertir que los americanos eran más peligrosos que Sadam», indicó Abu Mustafa, uno de los custodios del recinto, todos ellos vestidos con elegantes trajes al estilo iraní.

A décadas todavía de poder exhibir el título de *marya*, el movimiento sadrista —así comenzó a ser denominado— tuvo que arroparse bajo el manto teológico de otro renombrado clérigo chií, el ayatola iraní Jadem al Haeri, un excompañero de escuela de Mohamed Sadeq.

Yacubi se había apresurado a negar que su corriente pretendiera imitar el modelo iraní, pero sus seguidores le contradecían. «Tenemos que tener un guía como lo fue el ayatola Jomeini en Irán, un referente religioso. Esa es la democracia que buscamos», refirió Shakir al Hasan, otro de los sadristas presentes en Nayaf.

10

El despertar de los desposeídos del islam



Kerbala, abril de 2003

El estruendo seco, sobrecogedor, de miles de manos que se golpeaban de forma monocorde contra los pechos de los feligreses dominaba la procesión que se adentraba por la calle de Al Abas.

—¡Vamos a visitar a Husein en Kerbala!

—¡Creemos en ti porque eres el hijo de nuestro mensajero!

La turba humana alternaba el *latom* —así se llama la percusión rítmica de los pectorales, una práctica prohibida durante décadas por el régimen— con proclamas que resonaban hasta el infinito. Lo mismo que el sonido de la legión de zapatillas que se arrastraban por el suelo.

—¡Despierta, Husein, el pueblo te quiere!

La comitiva se disolvía en el horizonte en un cúmulo de masas. Estaba precedida por un tamborilero que marcaba el ritmo. «¡Pom! ¡Pom! ¡Pom! ¡Pom! ¡Pom!» Detrás marchaban los devotos capaces de lacerar su cuerpo con el *zenjil*, el látigo con nueve puntas de metal que también proscribió la dictadura. Se habían desgarrado las camisetas y mostraban el torso amoratado, saturado de hilos de sangre.

La muchedumbre que asistía absorta al desfile inacabable alcanzó el paroxismo ante la llegada de cientos de peregrinos ataviados con túnicas, camisolas y pantalones blancos cuyo color se iba transmutando a medida que se entremezclaba con la sangre que les brotaba de la cabeza. Se la habían abierto literalmente a golpes de espada.

En pleno frenesí, ajenos a los trazos sanguinolentos que les recorrían el rostro, blandían extasiados los sables al tiempo que proclamaban su fe.

Un coro al que se unieron cientos de miles de voces.

Las imágenes no podían ser más simbólicas. Muchos de los presentes asistían a la procesión encaramados en la fuente de la plaza Bab al Bagdad de Kerbala, donde antaño se erigía la consabida estatua de Sadam. Los despojos de lo que fue la representación en metal del dictador reposaban quebrados y pisoteados sobre el agua.

Más de un millón de chiíes habían acudido a Kerbala para conmemorar el Arbain, los cuarenta días que marcan el final del duelo por la muerte de Husein. La batalla final de este personaje histórico, nieto del profeta Mahoma, que se inmoló junto a sus últimos setenta y dos seguidores peleando contra las huestes del califa Yazid en el año 680, se convirtió desde entonces en el emblema más connotado de esta rama del islam.

La última vez que los iraquíes se habían reunido masivamente para asistir al Ashura —fecha exacta de la muerte de Husein—, en 1977, la jornada acabó

ahogada en sangre por los acólitos de quien ya se perfilaba como autócrata, que después declaró ilegal la convocatoria.

Mientras avanzaba rodeado por la muchedumbre, Ahmed Mahmud recordaba aquellos años de proscripción y miedo. «Los fedayin siempre estaban vigilando el Ashura y el Arbain. Si te veían golpearte el pecho te apaleaban y terminabas en la cárcel», explicaba.

Los ochenta kilómetros de carretera que unen Bagdad con Kerbala eran un continuo trasiego de grupos de peregrinos que avanzaban desde primeras horas de la mañana en dirección a la segunda. Un gentío que era asistido por decenas de jaimas y comedores populares instalados a lo largo del recorrido. Deambulaban por los laterales de la carretera enarbolando banderas negras, verdes, rojas y blancas, ignorando con displicencia los tanques destruidos y demás despojos militares que había dejado la derrota del ejército del dictador. Muchos caminaban descalzos. Otros cojeaban tras días de marcha o se desplomaban, incapaces de continuar. Sus compañeros los cargaban en una carretilla y continuaban el periplo. Las imágenes resumían el cambio estratégico que se gestaba en Oriente Próximo. Tenían un calado político que excedía el simbolismo de las explosiones que sacudieron Bagdad o el colapso de la estatua de Sadam Husein en la plaza Firdus de la capital iraquí.

Pero muy pocos entendieron el significado de la revolución social que se avecinaba. Una conmoción que se extendería por toda la región y que marcaría el resurgir de los que se autodenominaban «oprimidos» del islam, la minoría chií.

«Los americanos nunca entenderán lo que significa el poder. Ellos creen que su poder reside en las armas, en los tanques y en los aviones. Pero poder es esto —aseguraba Jalid Asr, uno de los caminantes, mientras señalaba a la aglomeración humana—. Nuestra fe es el poder absoluto. Los americanos tienen miedo a la muerte, pero nosotros aprendimos de Husein que la muerte solo es liberación», añadió.

Muy pocos occidentales habían oído hablar en aquel entonces del origen de esta confesión, surgida de la escisión del islam tras la disputa surgida en torno a la sucesión de Mahoma. Los chiíes optaron por la lealtad a Ali Ibn Abu Taleb, el mismo que se encuentra enterrado en la ciudad santa de Nayaf. Su hijo Husein acabó sepultado junto a su hermano Abas en la misma población donde encontraron la muerte. Los chiíes que se sublevaron en 1991, tras la primera guerra del Golfo, se atrincheraron en este mismo escenario confiando en que su trascendencia religiosa les protegería. Se equivocaron. «Los tanques y los helicópteros dispararon contra todo, mezquitas incluidas.

Después arrasaron con excavadoras las casas de alrededor hasta crear la explanada que existe ahora en torno a las dos templos [el de Husein y Abas]. Fue una gran masacre», subrayó Ahmed Mahmud.

Fue en aquellos días cuando los blindados de Sadam circulaban por las calles de Kerbala con pintadas que decían: «Desde hoy no hay más chiíes». La historia se mofaba ahora de esa aserción categórica.

Ali Husein Ali había retornado aquel día por primera vez a la ciudad iraquí desde que fue expulsado al vecino Irán junto a miles a finales de los años setenta. El régimen le confiscó en cuestión de horas su nacionalidad y todas sus posesiones. «Solo por ser chií. Nos quitaron la casa, el dinero… Decían que éramos iraníes, no iraquíes», me explicó al tiempo que seguía marchando hacia el recinto religioso.

Las inmediaciones de las mezquitas de Husein y Abas eran un conglomerado humano casi compacto. Miles de mujeres —todas vestidas con el *chador* negro— se hacinaban en uno de los sectores cercanos a los dos templos. Lloraban mientras se golpeaban el torso. Otra cuadrilla de chicos regaba con agua perfumada a los feligreses. Los organizadores habían colocado cantidades ingentes de ese líquido en todas las esquinas. No solo botellas, sino bañeras repletas.

La tradición dice que Husein murió sediento, que sus enemigos no le dejaron beber ni un último vaso. Los chiíes decían que eso nunca se repetirá.

«¡Con nuestra sangre, con nuestra alma, te defenderemos, Husein!», vociferaba el gentío. «La revolución de Husein fue un grito en la cara de los oprimidos», se leía en una enorme pancarta colgada de uno de los edificios.

El tropel se adentraba en el recinto de culto de Husein en oleadas. Los siguientes esperaban en las afueras recitando página tras página del Corán. Al entrar en la mezquita, algunos besaban la puerta o la acariciaban con mimo. El interior era un puro torbellino. Un amasijo humano que rezumaba sudor y fervor. Hileras interminables de devotos rezando arrodillados en el suelo. «¿Dónde estás ahora, Sadam?», gritaban algunos.

La jornada era también un claro indicio de que el apego que hubiera existido entre la mayoría chií del país —diecisiete de los veintisiete millones de habitantes— y las tropas que habían derrocado al autócrata se diluía por momentos. La retahíla de consignas e iconografía religiosa se alternaba con los gritos en contra de Washington y sus aliados regionales. «¡Abajo Estados Unidos! ¡Abajo Israel! ¡No a la ocupación!», se desgañitaban. Como las huestes de Sadam en 1991, el vicepresidente de Estados Unidos, Dick

Cheney, también había jugado a futurólogo con escasa fortuna. «Nos recibirán como liberadores», afirmó antes de iniciar la invasión.

En Kerbala, la muchedumbre mostraba fotografías de los nuevos referentes del país. Personajes ajenos a los uniformados occidentales pero cuyos nombres tendrían que aprenderse muy pronto: el gran ayatola Ali al Sistani; los desaparecidos Sadam Mohamed Baqir al Sadr —padre espiritual del grupo fundamentalista Al Dawa, que en 1980 elegiría como su líder al iraní Jomeini— y Mohamed Sadeq al Sadr, ambos asesinados por los sicarios de Sadam; y el líder del Consejo Supremo de la Revolución Islámica, Mohamed Baqir al Hakim —un estrecho aliado de Teherán—, que había pedido que la concentración sirviera como plataforma para rechazar la presencia estadounidense.

«Los americanos pensaban que iban a llegar con su Coca-Cola y sus hamburguesas y que nos iban a deslumbrar y no se dan cuenta de que esto es el principio de otra gran revolución islámica», opinaba Saad Abu al Hasan, un chaval de veintinueve años al que me encontré en las inmediaciones de las mezquitas y que decía llevar cuatro días caminando para llegar a Kerbala desde Nasiriya.

Eran las mismas opiniones que habíamos escuchado por la mañana antes de salir de Bagdad. Allí nos encontramos con otra manifestación en contra de los soldados occidentales. «Estamos contra la colonización y la ocupación. Hemos acabado con un régimen opresor y no queremos otro», resumió uno de los participantes en esa protesta.

El derrumbe del régimen en el sur chií del país ante el avance de las tropas estadounidenses procedentes de Kuwait había dejado un vacío de poder que fue recuperado de inmediato por los grupos paramilitares de esta comunidad, en su mayoría apoyados desde hacía décadas por Irán. Durante las jornadas que pasé de viaje entre la frontera kuwaití hasta llegar a Bagdad me percaté de la presencia de toda una plétora de grupúsculos armados chiíes que ejercían como el poder real en enclaves como Nayaf, Kerbala, Kut, Nasiriya o Amara y que compartían el desafecto hacia los militares extranjeros.

En Amara, quienes controlaban esta urbe eran los incondicionales de Karim Mahmud, otro patronímico irreconocible para Occidente pero que, en esta localidad cercana a la linde de Irán y en toda la región de pantanos del entorno —los famosos humedales donde la tradición bíblica sitúa el Jardín del Edén—, era una figura con rango de leyenda. Le apodan el «Príncipe de las marismas».

Los muros de la villa estaban repletos de carteles con las fotografías de los miles que fueron ejecutados en esta región por el régimen, simples fotocopias de los retratos a las que se habían añadido leyendas como la siguiente: «Nuri Yuad Abed al Azawi. Fue asesinado en 1985 por Sadam porque no quiso obedecer sus órdenes». «Hasan Hahia. Murió en la intifada de 1991», rezaba otro. «Majid Sadrid, muy cercano a Mohamed Baqir Al Sadr. Fue capturado el 23 de agosto de 1980. Nadie encontró su cadáver», añadía un tercero.

Karim me recibió en su despacho rodeado de toda una cohorte de guardaespaldas. Sus milicianos controlaban los accesos a la ciudad ante la mirada condescendiente de los soldados británicos, encargados del control de esta región sureña. Habían colgado una pancarta con un explícito lema junto al puesto de vigilancia: «No aceptamos a los dominadores».

Mahmud era un veterano de las cárceles de Sadam —pasó seis años en Abu Ghraib— y fue el fundador de Hizbula al Irak en 1986, una guerrilla con la que combatió a la dictadura durante décadas atrincherado en los interminables y recónditos meandros de las marismas.

Asistidos por los bombardeos estadounidenses, sus combatientes habían retornado de las ciénagas y capturaron Amara incluso antes de la toma de Bagdad el 9 de abril. «Esta región fue una de las más castigadas por la represión de Sadam. En el cementerio hay fosas comunes con veinte y treinta cadáveres amontonados. El dictador intentó secar las marismas. Decenas de miles tuvieron que huir a Irán», recordaba.

Grupos de sus seguidores, portando un brazalete donde habían escrito «Policía Civil Temporal», vigilaban las avenidas para evitar el desorden que se habían apoderado de otras regiones del país. «Fuimos nosotros los que conseguimos nuestra libertad. Nadie nos ayudó. ¿Por qué siguen aquí los ingleses? Esto es una ocupación y no la aceptaremos por mucho tiempo», afirmó uno de sus milicianos, Kadum Sabor, de treinta y dos años.

Karim era más comedido, aunque reconocía que «el pueblo iraquí no aceptará a los opositores que han venido subidos en los tanques americanos». Se refería a grupúsculos como las Fuerzas Libres de Irak (FLI), una entelequia respaldada por Washington, que comandaba el ex camaleónico banquero Ahmed Chalabi, un político exiliado llamado a jugar un papel clave en los años venideros.

Los encontramos al pasar por Nasiriya. Se habían instalado en un destartalado cuartel, que habían adornado con un estandarte con los colores amarillo, verde y azul, y donde anunciaban su nombre en inglés, una curiosa elección en un remoto paraje donde los locales que conocían ese idioma

debían ser una auténtica rareza. «¡Viva los cowboys!», se leía en la pintada con la que habían embadurnado una de las furgonetas que utilizaban. «¡Conduce como si la hubieras robado!», añadía otra.

Chalabi pretendía ignorar que se encontraba en una explanada desértica y polvorienta, y estaba concentrado en la enésima entrevista vía satélite con un canal de televisión estadounidense, embutido en un exquisito traje que le hacía parecer como una anomalía inesperada en ese escenario.

Varias decenas de integrantes de esta mesnada se encaramaron a cinco camiones repletos de comandos norteamericanos. Ellos mismos reconocían su dependencia. «Les ayudamos, pero todavía somos muy débiles. Por eso no nos dejaron participar en la guerra», me contó Ali Mal Ala. Este iraquí era otro de los que habían vuelto a su país tras casi doce años de exilio. Cuando el ejército de Estados Unidos replicó a la invasión iraquí de Kuwait atacando a las tropas de Sadam en 1991, Ali se despojó del uniforme oficial que portaba y se unió a la sublevación chií que se extendió por el sur. Llegaron a capturar Nasiriya, pero los estadounidenses interrumpieron su avance.

Entonces llegaron las fuerzas leales al dictador con Ali Hasan al Mayid, alias «el Químico», a la cabeza. Dos de los primos de Ali terminaron colgando de una soga. Él quedó marcado para siempre por una estremecedora cicatriz, legado de la metralla que casi le mata. Herido, tuvo que esconderse tres meses en un zulo que había horadado bajo el frigorífico de su casa, antes de escapar a Irán. «Espero que esta vez los americanos no nos dejen abandonados otra vez», comentó el miembro de las FLI sin gran convicción.

El mensaje de Chalabi podía tener mucha resonancia en Washington —después se descubrió que fue uno de los principales promotores del falso dossier de las armas de destrucción masiva que no tenía Sadam—, pero su nombre era un elemento tan exótico en Nasiriya como su atuendo. «Aquí nadie le conoce. Es un señor que se exilió en 1956», precisó horas más tarde el doctor Kundair Razar, cuando visitaba el hospital de esa misma localidad.

Los militantes que controlaban la villa de Kut tenían una postura todavía más hostil con el recién llegado. Las fotografías de sus líderes religiosos se alternaban en las paredes con las pintadas que decían «¡No, no a Chalabi!» o «A Chalabi le gusta Sadam». Cuando llegué a esta población, la sede del antiguo gobernador de la dictadura se encontraba ocupada por el jeque Said Abas Abu Reif, un caudillo local próximo al Consejo Supremo de la Revolución Islámica (CSRI) de Sadam Mohamed Baqir al Hakim.

Cientos de personas se acumulaban en el exterior del edificio, muchos de ellos sentados en jaimas a la espera de poder entrar en el habitáculo. El

profesor de cincuenta y dos años se encontraba reunido con decenas de líderes tribales, lo cual no impidió que rápidamente me hiciera un hueco. Entre té y té, Abas reconoció el desencuentro que ya se había gestado entre las fuerzas occidentales y los locales. «Defendemos la democracia, pero también el islam. Nos han impuesto a un gobernador militar americano. ¿Es esa la libertad que decían que nos iban a traer?», se preguntaba.

Los adeptos del CSRI se habían apoderado también de la antigua sede de la Al Aman, uno de los temidos servicios de inteligencia de Sadam. Ironías de la historia, ahora su custodio no era otro que un antiguo inquilino de sus celdas. Jaldun Abas, el expreso reconvertido en uno de los múltiples jefes de camarilla que se habían multiplicado en el sur del país, utilizaba ya un lenguaje que anticipaba una ocupación atribulada incluso en la región chií. «No estamos dispuestos a que nos cambien la cara de Sadam por la de Chalabi. Tan solo esperamos una fetua de Nayaf.**[31]** Si nos ordenan la yihad, comenzaremos a pelear. ¡Y les avisamos!: ganaron la guerra contra Sadam porque los iraquíes no querían luchar por el dictador, pero todavía no saben cómo combatimos cuando nos impulsa la fe», sentenció.

Kerbala, noviembre de 2003

El sol cegador revestía de un halo mortecino la ciudad de Kerbala. Días antes del inicio del primer Ramadán bajo ocupación, en la bella localidad sureña era imposible atisbar un uniforme extranjero, pero eso no significaba que no hubiera presencia armada. Centenares de hombres de rostro cetrino y desconfiado se apostaban por toda la villa, con vestimentas negras y fusiles Kalashnikov en posición de tiro, a la espera de cualquier rostro sospechoso que pudiera desafiar la autoridad de su líder, Muqtada al Sadr.

El Ejército del Mehdi había nacido semanas atrás en torno a este hijo de ayatola, joven irreflexivo y populista que había decidido desmarcarse de la Hawza declarando la guerra santa a los invasores. Miles de chiíes, en su mayoría de clase baja, se habían puesto al servicio del Mehdi, el imam desaparecido que según la tradición regresará el día del Juicio, para mayor gloria de su inmaduro líder terreno.

En aquellos días, Muqtada era tan enigmático como el propio Mehdi. Tras recorrer la cercana ciudad de Kufa en su búsqueda, decidimos preguntar en las oficinas del Ejército del Mehdi en Kerbala. La luz cegadora hacía aún más irreal la visita a aquel edificio, protegido por muchachos apenas mayores que sus armas y donde la presencia de un extranjero era algo inusual.

—Usted no va bien cubierta. Póngase bien el velo o márchese.

—Lo lamento —contesté casi avergonzada, atusando la tela que cubría mis cabellos y la piel del cuello—. No estoy acostumbrada. Antes no era necesario usar el velo en Irak.

—En Irak van a cambiar muchas cosas —me respondió el aspirante a guardia de seguridad, con expresión enigmática.

En el despacho se me invitó a marcharme, alegando al principio que Muqtada no estaba y más tarde que no recibía a extranjeros. Comenzamos a desandar nuestros pasos cuando una especie de lejano latido se infiltró en mis oídos. El ruido, un monocorde golpeteo, parecía seguir un ritmo preciso. Mis pies se desviaron del camino que trazaban Jalil y Yaroub para buscar su origen. A medida que cruzaba calles siguiendo ese extraño llamamiento, completamente perdida por el barrio de Al Sadia, el sonido iba creciendo en intensidad. Pronto lo haría también en musicalidad, gracias al coro que comenzó a acompañarle.

—¡Daremos nuestra sangre y nuestra vida por el islam!

El mantra procedía de Zain al Abidin, una calle custodiada por cuatro milicianos armados. Con un gesto de respeto, me franquearon el paso. Llegué a una pequeña husainía con la puerta entornada. Sin pensarlo dos veces, volví a estirar el velo sobre mi cabello antes de colarme en el interior. En el patio, unos trescientos hombres, la mayoría con el torso desnudo, golpeaban rítmicamente sus pechos con el puño derecho en un extraño e inesperado espectáculo.

—¡Escúchanos, Mehdi, ya hemos creado tu ejército! —vociferaban en tono feroz siguiendo el compás de sus golpes—. ¡No a los ocupantes, sí al islam! ¡Daremos nuestras vidas por el islam!

La presencia de la extranjera pasó desapercibida, pese a ser la única mujer del recinto. Tal era la abstracción de los participantes, armados con fusiles de asalto por estrenar, lanzagranadas RPG-7, pistolas relucientes e incluso cuchillos de carnicero, en su extraño ceremonial. Con aire trastornado, los milicianos corrían en círculo envalentonándose unos a otros con gestos y expresiones de aliento en algo que lejanamente insinuaba una marcha militar. El resultado era más parecido a un rito satánico que a un adiestramiento castrense.

—¿Eres musulmana? ¿Vienes para convertirte? —preguntó una voz.

Apenas me había apercibido de la presencia del hombre que se había colocado a mi lado. Se identificó como Ali, y dijo ser asistente del jeque Jalid al Kadum, el responsable de la husainía.

—Lo estoy pensando —respondí sin titubear.

Ali asintió, complacido. «Es una gran decisión», dijo, antes de acompañarme a las dependencias del jeque, representante de Muqtada al Sadr en Kerbala y único autorizado a hablar en nombre del grupo. Jalid al Kadum era un hombre de edad indefinida, barba canosa y talante desconfiado. Ataviado con un largo hábito negro y turbante blanco, nos recibió en sus dependencias en tono sombrío. En árabe, ordenó a Ali que pusiera fin al entrenamiento. Cuando lo supe, me quejé.

—Jeque, me gustaría hablar del Ejército del Mehdi y contemplar su adiestramiento.

Tras reflexionar unos segundos, cambió sus órdenes. Antes de que pudiera hablar, pidió silencio con un solo gesto.

—El entrenamiento no es lo más importante —murmuró—. Aquí los niños nacen con armas bajo el brazo. Por eso no es tan relevante cuántas armas tenemos, sino cuánta fe tenemos. Nosotros limpiamos los corazones corruptos y educamos a los soldados para emprender una guerra pacífica contra los americanos.

A medida que la entrevista avanzaba, el rugido proveniente del exterior se fue convirtiendo en un murmullo que se entremezclaba con las palabras de Kadum. La conversación versó sobre política y religión, pero todas las respuestas derivaban en la invasión.

—Hemos sido invadidos. Hay que dar a Estados Unidos un tiempo para marcharse; si no lo hace, tendremos que actuar. Somos diez mil en Kerbala y dos millones en todo Irak. Con la fuerza del Mehdi, venceremos a los invasores. Si quiere verlo, venga conmigo.

Lentamente, el jeque se incorporó y alisó sus ropajes. Dio algunas instrucciones a sus hombres antes de abandonar la estancia. En el exterior, los mismos hombres que antes batían sus pechos desnudos formaban ahora en varias filas, algunos con *dishdashas* blancas, otros con pantalón y camiseta negra. En estas podía verse la imagen de Mohamed Sadeq al Sadr, el padre de Muqtada. Las armas habían sido sustituidas por banderas religiosas verdes, amarillas y negras.

A un gesto del jeque, los milicianos comenzaron a lanzar consignas. Las destinadas a la prensa eran menos emotivas que las que habían guiado mis pasos.

—¡Sí, sí, al islam!

—¡Sí, sí, a la Hawza!

—¡Sí, sí, a nuestros imames!

El jeque Jalid al Kadum miró complacido a su coral de milicianos antes de lanzarme una mirada que daba por terminado nuestro encuentro.

—Dice la leyenda que el Mehdi regresará y necesita una fuerza para expandirse por el mundo —concluyó—. Nosotros somos esa fuerza. Hay que trabajar en espera de los líderes que limpiarán la tierra del mal.

11

La misión española, entre la ficción de Madrid y la realidad de Irak



Diwaniya/Kufa/Nayaf, abril de 2004

«¿Qué ocurrió ayer? ¿Es cierto que os atacaron?» Detrás de la tupida y enmarañada barba que le ocultaba media cara y las gafas amarillentas que protegían sus ojos del viento preñado de arena, el sargento Jaime Pinto se echó a reír con una mezcla de ternura y extremo cansancio. No pude evitar sonrojarme ante mi propia ingenuidad. «¿Que si nos dispararon? —respondió, clavando su sonrisa burlona en mi cara—. Ven conmigo, te lo voy a enseñar», añadió con un resuelto ademán mientras se incorporaba pesadamente, antes de caminar hacia los vehículos blindados que custodiaban los accesos al hospital de Nayaf, una construcción de siete plantas que emergía como un espectral oasis en medio de la nada más rotunda a corta distancia de las bases de la coalición.

El lugar estaba desierto. No había rastro de personal sanitario, de pacientes o familiares, solo el pelotón de uniformados españoles dispuestos en el perímetro de acceso en posición de combate. Las altas temperaturas arrancaban profusas gotas de sudor de los cráneos de los militares, pertrechados con pesados equipos de seguridad y estáticos en sus posiciones defensivas. De alguna forma era como si no estuvieran allí, invisibles para todo aquello que no constituyera un potencial elemento hostil, ajenos a todo lo que no fuera un blanco de tiro o, al menos, a todo lo que no estuviese relacionado con la misión asignada. Se habían mimetizado con un entorno que solo unas horas atrás les había expuesto a más munición que la recibida en todo el transcurso de la participación española en Irak. En las caras exhaustas de aquellos soldados estaba pintado el estado de alerta en su expresión más gráfica. Ahora que sabían a qué se enfrentaban y que tenían órdenes de encararlo con todos los medios a su alcance, su trabajo parecía simplificarse.

El único que no parecía sometido a semejante estrés era precisamente Pinto, ya fuera por la naturaleza de su carácter o por nuestro sorprendente encuentro acontecido un rato antes, cuando el coche de Jalil llegó con una facilidad imposible a la explanada del hospital, donde varios BMR[32] permanecían estacionados.

«¡Buenos días!», saludé jovial y a gritos, manteniendo la distancia de seguridad con los militares, para que reparasen en mi acento y tuviesen tiempo suficiente de examinarme, descartando que fuera un elemento hostil. «Soy la reportera de *El Mundo*, ¿cómo estáis?». Las caras de tensión comenzaron a mutar en sorpresa. Los uniformados no esperaban que nadie osara presentarse en el hospital de Nayaf, ahora territorio militar; mucho

menos una periodista española con dos acompañantes iraquíes. Pero la casualidad jugó a mi favor. Un oficial se aproximó con una expresión de asombro especialmente acusada. «¿Mónica? No me lo puedo creer… Pero ¿qué haces aquí?» Fijé la vista en las gafas de aquel tipo espigado y creí reconocer un rostro conocido, pero mi cerebro se negaba a facilitar nombres, fechas ni recuerdos. «¿No te acuerdas de mí?», insistió el sargento, en un tono de complicidad que me mantuvo años en jaque. Fingí que le recordaba vagamente, mentí para no perder la oportunidad de escuchar su relato, pero él sabía que no le reconocía y, sin embargo, se resistía a no aprovechar el encontronazo. «No estoy autorizado a hablar contigo, pero si te comprometes a no publicar nada en el periódico, te lo contaré.» Asentí y guardé mi cuaderno para convertirme en su sombra y aprovechar la oportunidad de examinar el escenario desde el que se puso en jaque a la base Al Andalus horas atrás.

El sargento andaba ligero, como si no fuera consciente del peso del equipo, el arma y la munición que portaba, o como si las circunstancias vividas la víspera, que acababa de repasarme omitiendo los detalles reservados para sus mandos, le hubieran hecho inmune a las debilidades mundanales que a cualquier otro estarían dejando sin aliento.

«Mira —dijo mientras comenzaba a repasar con los dedos los boquetes que horadaban el blindaje del BMR por diferentes puntos—. Aquí, aquí, también aquí y aquí. Y esto es solo uno de los vehículos. Los cuatro que usamos quedaron como coladeros. Tuvimos suerte, porque no solo nos atacaron con fusilería, también con RPG. Pero si nosotros recibimos, puedes hacerte una idea de cómo se lo devolvimos», matizó con aquella mirada risueña que tan familiar me resultaba.

El día anterior, los acontecimientos de Nayaf habían obligado a las tropas españolas a emplear sus armas a fondo abandonando el carácter humanitario del que tanto presumían los políticos de Madrid que habían autorizado la participación en la invasión. El 3 de abril, fuerzas especiales de la coalición habían arrestado en la ciudad santa chií al lugarteniente de Muqtada al Sadr, Mustafa al Yacubi, acusado de estar implicado en el asesinato de un ayatola[33] en abril de 2003, en un intento de mermar poder al furibundo clérigo, pero la reacción de sus seguidores, legión en el sur de Irak, fue tan inmediata como violenta: levantarse en armas contra las fuerzas de ocupación. El propio Sadr permanecía entonces oculto en una mezquita de Kufa, protegido por una cohorte de doscientos hombres armados.

Las protestas se originaron entre Kufa y Nayaf, cuando centenares de hombres se concentraron frente a la base Al Andalus para exigir la liberación cuando el clérigo ya había sido trasladado a Bagdad. La manifestación no tardó en derivar en un intento de asalto en toda regla. Algunos dijeron que los primeros disparos los efectuó la policía iraquí para dispersar a los congregados, que inicialmente apedrearon a los extranjeros; otros acusaron a los manifestantes, algunos de ellos armados, aunque también se dijo que fueron los mercenarios estadounidenses —con presencia en la base— quienes comenzaron a disparar. Fuera como fuese, el ataque llevó a las tropas —en su mayoría, unidades de apoyo al combate— a descargar toda la munición a su alcance, a desplegar sus vehículos en el perímetro y emplear a fondo las ametralladoras de los BMR durante duros tiroteos que se extendieron durante cuatro horas.

La misión más complicada consistió en evacuar a un grupo de soldados salvadoreños atrapados junto a las fuerzas iraquíes en un penal situado a dos kilómetros de la base y a la unidad de ese mismo país que había salido a pie, sin esperar órdenes, para asistir a sus colegas, obligando a cuatro vehículos blindados a realizar varios trayectos bajo intenso fuego de fusilería. El propio Jaime Pinto iba al frente del segundo pelotón de la sección implicada, pero evitó ofrecer una imagen romántica de lo ocurrido. «Tomaron posiciones en el tejado del hospital», explicaba mientras me conducía por los oscuros pasillos del centro médico, lúgubre y mudo, donde flotaba un olor a desinfectante y podían observarse algunos charcos de sangre seca. Camillas vacías hacían de barricada en alguna de las puertas interiores bloqueando cualquier acceso que no fuera el controlado por las tropas españolas. «De ahí que nos ordenaran tomarlo.»

A un francotirador apostado en la azotea se le atribuía la muerte de un mercenario estadounidense en la base Al Andalus. A medida que el sargento desgranaba detalles de los combates —que se habían librado calle por calle en el transcurso de aquellos dos eternos kilómetros de Nayaf con hombres armados apareciendo y desapareciendo como espectros, con emboscadas, combates cuerpo a cuerpo y disparos desde cada ventana y cada esquina— resultaba más increíble que no hubiera habido más bajas.[34] «Entre los iraquíes hubo muchas, créeme», dijo con un guiño que resucitó el aire familiar que me transmitía. Los primeros datos de los servicios médicos apuntaban a dieciocho víctimas mortales iraquíes; las cifras recabadas posteriormente por los militares españoles, reveladas años después, bordeaban los doscientos cincuenta muertos.[35] La intervención de dos helicópteros

norteamericanos Apache, a modo de apoyo, ayudó a desactivar la tensión aunque podrían haberla aumentado, de haber abierto fuego.

Poco antes de llegar al hospital de Nayaf, había dedicado parte de la mañana a escuchar a los médicos iraquíes que habían atendido a los heridos de la víspera y que habían sido expulsados del centro médico por las tropas del contingente español. «Los salvadoreños llegaron anoche y entraron en el hospital, tomaron posiciones en el tejado y dispararon a quienes se aproximaban —explicaba casi a gritos el estomatólogo Husein Mohamed al Mayali, uno de los facultativos que habían sido expulsados—. Pusieron a los médicos de rodillas y arrestaron hasta a los enfermos. Se llevaron a trece hombres heridos en la manifestación», continuaba atropelladamente, intentando transmitir su indignación.

«¿Esta es la democracia que nos traían? ¿Matar a la gente en los hospitales?», rugía en su oficina de Kufa Husein Abdulrahman, portavoz de Sadr en la localidad chií, cuya oficina compartía muros con la mezquita de Mizem al Tamar, plaza fuerte de Muqtada. «Arrestaron a los doctores y enfermeros, hasta a los heridos», continuaba vociferante, subrayando sus palabras con puños contraídos de pura ira. Abdulrahman descartaba cualquier agresión por parte de los iraquíes que hubiera llevado a los españoles a emplear las armas contra la protesta, pese a los lanzagranadas que podían verse apilados en su propia oficina. En el exterior, guardias ataviados con chalecos militares con granadas de mano colgando, a la espera de ser empleadas, custodiaban la entrada a la mezquita a pocos metros de la comisaría.

Los profundos cambios que habían surgido en el Irak chií en los últimos días afectaban incluso a los niños: críos armados se pavoneaban frente a la mezquita, pateando con desdén los troncos de palmera quemados que hacían las veces de barricada para impedir el acceso rodado a la comisaría vecina. «La gente está viniendo a hablar con Muqtada», confesaba fascinado Abdulrahman mientras observaba con orgullo la procesión de jóvenes, alrededor de un centenar, vestidos de riguroso negro y ondeando banderas verdes, rojas y blancas fijadas a rudimentarios palos que caminaban por la carretera que une Nayaf con la localidad de Babel. Algunos portaban cuchillos al cinto, otros llevaban pistolas, la mayoría enarbolaba pancartas con la fotografía de Muqtada. Incluso los coches de policía llevaban su rostro en las ventanas en lo que se asemejaba a un enorme set de rodaje. Nayaf era ahora incontestablemente territorio de Muqtada al Sadr.

Caminé con el sargento de regreso a mi vehículo, con la sensación de que los acontecimientos irreversibles de la víspera habían cambiado para siempre no solo el carácter de la participación española en la guerra de Irak, sino también el curso del país. La mera posibilidad de concebir a la mayoría chií, hasta entonces políticamente sosegada, casi apática, alzada en armas resultaba escalofriante. Hablamos del riesgo de una sublevación chií y de una eventual retirada de la misión anunciada desde Madrid con la que ningún uniformado simpatizaba, al menos de forma pública: comprendí que el peor insulto para un militar es obligarlo a abandonar una misión abierta. Los imponderables nos acechaban desde cada ángulo, siguiendo nuestros pasos con la constancia de quien disfruta inyectando suspicacia en pequeñas pero letales dosis.

Cuando nos despedimos, insistió en saber mis planes. «¿Cómo vas a salir de Nayaf? No es seguro circular por esta zona», aventuró con sincera preocupación. Le sonreí amable disipando sus temores y señalando a mis acompañantes a modo de garantía, y me devolvió la sonrisa con cierta decepción. «No me reconoces, ¿verdad?», insistió en tono amargo. Desde que nos encontramos, una hora atrás, en el acceso al hospital el oficial me había hablado con la confianza de un viejo amigo y yo era incapaz de ubicarle en mi memoria. Tardaría años en lograrlo, identificando a Jaime Pinto como un querido compañero de pupitre a quien había perdido la pista dos décadas atrás.

Aquella mañana, cuando me dirigí con Jalil y Yaroub hacia el sur, todo era diferente en Irak. Las declaraciones de Estados Unidos en contra de Muqtada al Sadr habían encendido a toda la comunidad chií, habitualmente amable con la ocupación, transformándola en completos desconocidos. De pronto, los extranjeros ya no éramos bienvenidos en el sur.

Habíamos llegado atravesando a toda velocidad la polvorienta carretera, de exasperante rectitud y luz cegadora, que conducía hasta el hospital de Nayaf con la incertidumbre instalada en las entrañas. Como ocurría en las zonas suníes, donde las milicias habían asumido el vacío de poder dejado por las fuerzas de seguridad baazistas, los chiíes comenzaron a arrogarse funciones de vigilancia ante la impotencia de las fuerzas extranjeras y del embrión de policía iraquí.

La presencia de hombres de negro que días atrás se habían apoderado de cada calle, esquina y callejón chií del país resultaba súbitamente amenazadora e imprevisible. Sus miradas buscaban enemigos con el recelo del oprimido y nadie, ni siquiera una mujer, estaba a salvo de sus sospechas.

A nuestro paso por el centro de Nayaf un nutrido grupo de hombres, con apariencia de peregrinos, nos dio el alto y rodeó el coche. Mis acompañantes recurrieron a su habitual desparpajo para intentar dialogar diligentemente, pero aquellos tipos, con los ojos oscurecidos por el odio y armas visibles al cinto, no tenían intención de conversar.

«Identifíquese», dijo uno de ellos. Eché mano de la credencial de *El Mundo* decidida a apostar todo a una mentira. «Soy venezolana. Trabajo para *El Mundo*, un periódico de Venezuela», dije con aplomo tendiendo la acreditación con la ansiosa esperanza de que ninguno de aquellos milicianos leyese el alfabeto latino. La tarjeta pasó de mano en mano, repasada por ojos ávidos que no distinguían caracteres ni comprendían su significado, frustrados por su ignorancia pero no lo bastante osados como para arriesgarse a equivocarse. Nadie fue capaz de leer el «Madrid, Spain» que figuraba en el reverso para nuestro más íntimo alivio. «De acuerdo. Pase», respondieron finalmente haciendo un gesto de desdén con la mano que invitaba a seguir el camino. Suspiramos al unísono cuando nos alejamos de ellos.

Nayaf y Qadisiya, las regiones asignadas a la misión española en Irak, ya no eran las mismas provincias tranquilas que habían acogido a las fuerzas ocupantes con pasividad e incluso agrado, en agradecimiento por la caída del régimen de Sadam Husein. Gracias a la detención de Yacubi, en el transcurso de apenas veinticuatro horas la brigada Plus Ultra había pasado de efectuar labores de cooperación a estar inmersa en una guerra abierta, incapaz de abstraerse a las acciones militares de la coalición en la que se integraba.

Estados Unidos había arrastrado a su guerra a los españoles mediante ese controvertido arresto, pero los oficiales que servían de enlace con la prensa insistían en mantener la ficción de «normalidad» que caracterizaba el discurso de Madrid, fueran cuales fueran las circunstancias. Y en Irak, las circunstancias de las últimas semanas eran preocupantes: el cierre de Al Hawza, el órgano de propaganda de Muqtada, la detención de sus lugartenientes y las amenazas de desarmar al Ejército de Mehdi habían levantado en armas a una comunidad que solo se debía a sus líderes. Si al principio se recibió a los españoles con optimismo y esperanza, ocho meses después se les veía con una abierta aversión que aunaba a los extranjeros en el único y monolítico bando de los invasores.

Nada recordaba a los primeros meses de misión de la brigada Plus Ultra, cuando los soldados comenzaron a rehabilitar, en agosto de 2003, las instalaciones de un destartalado cuartel militar iraquí en un descampado de Diwaniya[36] que terminaría siendo un acuartelamiento que, en algunos

aspectos, suscitaba la envidia de otros contingentes. Gimnasio, locutorios conectados a internet y veinticuatro cabinas que permitían a los soldados telefonear a casa al precio de una llamada local, televisión vía satélite y diferentes salas de ocio convirtieron el árido terreno, cuatro kilómetros cuadrados, en el nuevo hogar de los integrantes de la misión. La estrella de la misma era la cooperación cívico-militar, que canalizaba las ayudas a la cooperación y las materializaba en forma de mejoras en hospitales, escuelas, polideportivos, guarderías, asilos y otros centros sociales del decadente Irak. Desde granjas escuela hasta la mejora de la red de abastecimiento de agua pasando por el entrenamiento de las nuevas fuerzas de seguridad, todo era susceptible de ser mejorado en Qadisiya y Nayaf. Pero la seguridad de la misión era condición *sine qua non* para la cooperación, y tras el asalto a la base Al Andalus el principal soporte sobre el que se sustentaba la misión, la confianza mutua, se desmoronó.

El cambio fue inmediatamente perceptible a todos los niveles, dentro y fuera de los cuarteles internacionales. Durante los primeros meses de misión, acceder a la base España solo requería personarse en la entrada y mostrar alguna identificación española para que los uniformados telefoneasen a la oficina de prensa y algún oficial se hiciera cargo. A partir del 4 de abril, el acceso requería una llamada previa para solicitar autorización, lo cual no garantizaba que la unidad a cargo estuviera advertida de las visitas: mi presencia, en ocasiones vestida con *abaya* y *hiyab* negro para pasar desapercibida y minimizar el riesgo de secuestro, les intimidaba de tal forma que amenazaban con dispararme a gritos desde la garita hasta que me deshacía del sobretodo y me identificaba, en español y a gritos, dando el nombre y rango del oficial de enlace que en teoría me esperaba tras las pertinentes gestiones previas. «Lo siento, de verdad, pero no nos podemos arriesgar a un ataque suicida», se disculpó en una ocasión, avergonzado, uno de los uniformados a cargo de la entrada, ajeno a la turbación que me causaba provocarles semejante ansiedad.

El personal iraquí no tenía permitida la entrada en la base, lo cual obligaba a Yaroub y a Jalil a pasar muchas horas en el descampado de la entrada, a la espera de mi regreso, a menudo departiendo con los policías iraquíes a cargo de la vigilancia del perímetro del cuartel. Una noche, cuando abandoné la base España tras muchas horas de entrevistas, semanas antes de los acontecimientos de abril, Yaroub estaba agitado. «Estuvimos hablando con estos —dijo haciendo un ademán con la cabeza en dirección a los huraños custodios iraquíes, envueltos en la oscuridad—. Nos dijeron que ellos solo

obedecen a Muqtada, y que su misión es por el momento proteger la entrada, pero que si reciben órdenes de atacarla o de permitir la entrada a un coche bomba, lo harán con la misma diligencia».

Parecían ser esos mismos hombres quienes proporcionaban información en forma de coordenadas para atacar, durante la noche, las bases de la coalición. «Cada día corremos al búnker. Nos lanzan morteros y fuego de fusilería», me confesaría uno de los militares españoles desplegados ante un corrillo de compañeros que asentían con convicción. Bajo el anonimato y entre susurros, todos detallaban la lluvia de obuses que se abatía cada noche sobre la base España desde los acontecimientos del 4 de abril y hasta el mismo día en que se inició la retirada, algo que no podían confesar a sus familiares ni comentar ante la prensa. Antes de aquel episodio, solo se habían registrado ataques aislados pero la sublevación de los sadristas modificó la misión:[37] el 8 de abril, milicianos del Mehdi emboscaron una patrulla en Diwaniya en un ataque que causó heridas a tres militares de la brigada española. Un día antes, el propio secretario de Defensa de Estados Unidos Donald Rumsfeld decretaba que Nayaf había quedado fuera del control de las tropas de la coalición mientras desde la base España se seguía con la ficción de normalidad. En Basora, los sadristas atacaban a las tropas británicas, en Nasiriya arremetían contra el cuartel general de las fuerzas italianas, en Kut tomaban la base ucraniana. Todo Irak ardía mientras desde la oficina de prensa del destacamento español solo surgía una consigna de dos palabras: «absoluta normalidad».

Entre las muchas prohibiciones que afectaban a los periodistas —salvo excepciones autorizadas desde Madrid— se prohibía pernoctar en la base a cualquier persona ajena a la brigada, lo cual impedía medir el nivel de violencia a la que estaba expuesta la base España. A ello se sumaba que las entrevistas con los uniformados solían estar férreamente controladas por los mandos, presentes en los encuentros. Silencios, miradas en busca de aprobación, consignas aprendidas y recitadas casi de forma idéntica por diferentes soldados en diferentes conversaciones hacían pensar que no decían lo que querían sino lo que se esperaba que contasen. Oficialmente, la normalidad gobernaba el destacamento español, no existía hostilidad hacia las tropas ni problemas en los núcleos urbanos bajo su mando y la tranquilidad más exasperante reinaba en las dos provincias bajo su control, salvo pequeños y casi anecdóticos episodios. Pero las horas muertas, las esperas y las patrullas con los soldados sí daban lugar a confidencias en las que todos coincidían en una cosa: ya antes de la detención de Yacubi, se sentían en

territorio hostil y no en la zona «hortofrutícula» descrita por el entonces ministro de Defensa español, y se consideraban rehenes de las órdenes impartidas desde Madrid según las cuales había que preservar las vidas españolas al precio que fuera: incluido el de mirar al otro lado cuando había problemas, para profunda consternación de los militares.

Meses antes, cuando la postura hacia los periodistas era relativamente más laxa, me había sumado a una patrulla nocturna por las calles de Diwaniya con el teniente Alberto Gallego, al mando de dos pelotones de legionarios en sendos BMR. Gallego, sobrio y contenido, hacía esfuerzos sobrehumanos para que no me apercibiera del más mínimo atisbo de tensión, si bien durante los primeros meses la población de Diwaniya se guardaba mucho de provocar problemas a los uniformados extranjeros, sobre todo para no perder sus armas.

En el centro de la ciudad, la presencia de los blindados españoles llegaba a ser recibida con tibios aplausos y vítores por parte de algunos civiles. Sin embargo, los diez legionarios que componían la patrulla no devolvían las efusiones: el nivel de seguridad de aquellas semanas indicaba la posibilidad de ataque no inminente y las experiencias de los invasores en otros puntos de Irak, donde estaban siendo sometidos a un fuego creciente, hacía contraproducente confiar en su suerte.

«Hace poco, en un poblado llamado Al Hamza, uno de nuestros colegas fue tiroteado. Acudimos inmediatamente, y la policía iraquí se negó a cooperar para darnos información. Finalmente descubrimos que las armas se vendían en el zoco y me adentré con parte de mi pelotón en el lugar mientras los francotiradores cubrían las salidas. Allí sorprendimos a los que vendían las armas. Un hombre con un fusil y una ametralladora salió corriendo, pero cuando notó que le seguíamos montó el arma y nos apuntó. No di la orden de disparar de puro milagro. El tipo se volvió, y al ver a seis legionarios cerrándole el paso y a mí y a mi francotirador apuntándole, bajó el arma», relataba con voz queda Gallego mientras repasaba con sus prismáticos su ángulo de visión en el transcurso de la patrulla, que se alargaba nueve horas, hasta las primeras luces del alba.

La sombra de Gallego se llamaba José Artero, un cabo primero francotirador del primer vehículo, inseparable del fusil de precisión. Apoyado por un traductor, Gallego era la cara amable: preguntaba a los mercaderes si habían tenido algún percance, pedía licencia de armas a los hombres armados que escoltaban mansiones, se interesaba por el deficiente suministro eléctrico. Sin embargo, cuando una salva de disparos resonó en la ciudad, Gallego se

mostró reacio a interesarse. «¿Por qué no nos acercamos para ver qué está ocurriendo?», pregunté. El teniente se revolvía en el uniforme, dubitativo a la hora de contestar. «No estoy autorizado a explicártelo, lo siento», musitó antes de encorvarse delante de su radio y comunicarse con la base España, probablemente a la espera de instrucciones.

Una nueva salva rompió la quietud de la noche: podía tratarse de una celebración, de un ataque o de un enfrentamiento armado, imposible saberlo a semejante distancia. El teniente comenzó a sudar copiosamente mientras aguardaba órdenes. Finalmente, se incorporó y pidió al conductor que siguiera el trayecto marcado de antemano, y que debía conducirnos a la depuradora de agua. Un tiroteo no iba a estropear la imagen que sus mandos deseaban proyectar, aunque sí lo haría la mecánica: la avería en uno de los BMR que obligó a los dos pelotones a poner fin a la salida y regresar a la base antes de tiempo, remolcando el vehículo averiado. Los legionarios me terminarían explicando, amparados en el anonimato, que no habían acudido al tiroteo porque tenían órdenes expresas de alejarse de cualquier situación que implicase el riesgo de tener bajas. Madrid no deseaba ver ningún ataúd proveniente de Irak.

Con el paso de los meses y sobre todo el aumento de la tensión política hacia religiosos chiíes como Muqtada al Sadr, la labor «humanitaria» del ejército español dejó de satisfacer a la población de Diwaniya, aunque era difícil que nada colmase las enormes expectativas de una población castigada por su Gobierno central durante décadas y necesitada de los recursos más básicos. Percibían a los españoles como individuos más preocupados por su propia seguridad —solo una parte de la brigada patrullaba, dado que las labores de seguridad en teoría recaían en las fuerzas iraquíes que estaban siendo entrenadas por las fuerzas extranjeras— que en el bienestar de la población o en la reconstrucción, y aprovechaban el altavoz de la prensa para denunciar las carencias a las que se enfrentaban y las promesas incumplidas de los mandos españoles, atrapados entre la misión que habría deseado su Gobierno y la realidad sobre el terreno.

Dediqué una jornada a entrevistarme con representantes sociales de Diwaniya, desde médicos o enfermeros hasta periodistas, maestros, comerciantes o agentes de policía para conocer sus sentimientos hacia las fuerzas españolas, y el resultado fue desolador: nadie expresó ninguna simpatía ni ninguna confianza en su labor. «No tenemos ninguna conexión con ellos porque no se esfuerzan por lograrla», denunciaba un docente, Hasan Husein. La directora del centro Al Manahel manifestaba que «solo les

preocupa su propia seguridad, no vemos que trabajen por nosotros. ¿No podrían sustituirlos por japoneses o surcoreanos?», se interrogaba inocente la mujer, confiada en la rumorología que hablaba de inversiones económicas por parte de Seúl y Tokio. «Cuando hay protestas se van corriendo; se limitan a pasear por la ciudad con los tanques cuando las cosas están tranquilas», resoplaba airado un oficial en la comisaría. «La inseguridad crece cada día, hay violaciones y robos, pero los españoles solo se protegen a sí mismos. Sencillamente, preferimos que no estén aquí», añadía por su parte un periodista local, Haitham Hamza. Sus palabras me recordaron al apodo que los legionarios, protagonistas en solitario de las patrullas, solían dar al grueso del contingente, que permanecía acantonado sin pisar las calles: «los bebedores de agua».

«Ni siquiera nos dan un buen trato, están siempre aislados en la base. Los americanos organizaban fiestas, actos, pequeñas cosas que nos daban esperanzas, pero a los españoles nadie les echará de menos», lamentaba la doctora Shirin Ali. «Esperábamos grandes cosas, pero ni siquiera existe una comunicación directa entre las autoridades locales y las tropas españolas. ¿Para qué nos hacen promesas que nunca cumplen si ni siquiera saben qué necesita la gente?», se interrogaba Busra, madre de una alumna del colegio de Al Manahel. «Nos dijeron que nos darían seguridad, pero yo no me atrevo a salir sola a la calle», explicaba Sheima Basil, una enfermera del hospital general de Diwaniya, donde se apreciaba visiblemente la ayuda española en forma de aparatos de rayos e incubadoras.

En cierta forma, me apesadumbraba que todo el esfuerzo de miles de uniformados se diluyese en la nada, si bien era imposible abstraerse del contexto político. El malestar social que derivó en el intento de asalto a Al Andalus ya existía antes de la detención de Yacubi debido a los ataques estadounidenses contra objetivos religiosos, y el levantamiento sadrista solo fue la última expresión del mismo. No iba dirigido, sin embargo, hacia ninguna nacionalidad en concreto sino hacia la invasión misma, que más allá de acabar con la dictadura no proveía a la población de los servicios básicos que se esperan de cualquier autoridad, militar o civil. La cuenta atrás se precipitaba a medida que se agotaba la paciencia de la población y el contingente español era víctima de ella.

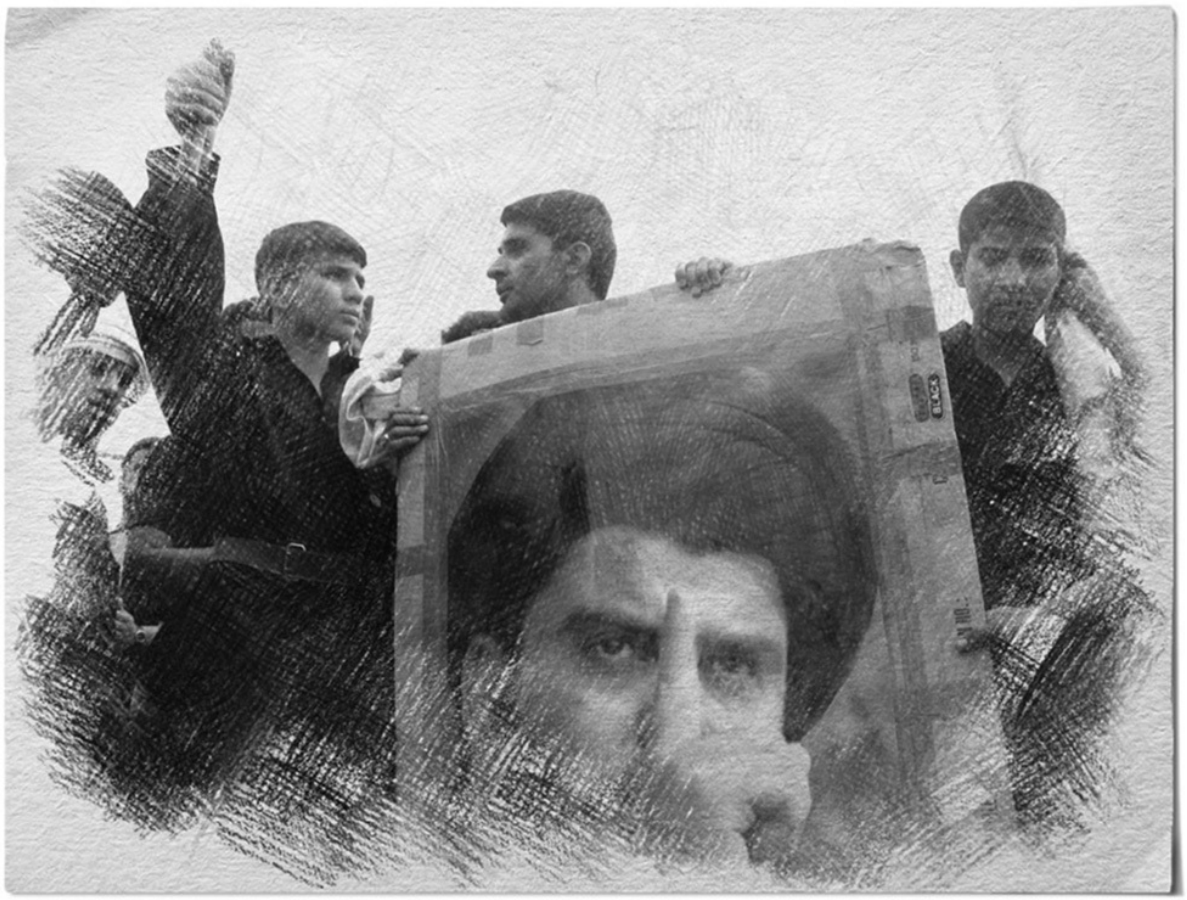
Me lo recordó otro lugarteniente de Muqtada, Sayed Hazem al Arayi, responsable sadrista en el barrio bagdadí de Adhamiyah cuando, días después, le entrevisté en la suntuosa mezquita. «Ah, los españoles —se deleitó cuando le expuse el motivo de mi llegada, juntando las yemas de sus dedos en actitud

dogmática, revelando una cuidada manicura—. Verá: la revuelta iraquí terminará solo cuando echemos a los ocupantes, y eso incluye a los españoles. Tienen una actitud muy negativa. Han matado a inocentes, como demostró la represión de la manifestación de Nayaf. Antes no teníamos problemas con ellos, pero ahora deben de estar recibiendo órdenes de los americanos porque han cambiado mucho su actitud», subrayó chasqueando la lengua, alzando levemente la profusa barba canosa que le caracterizaba.

«Por cierto, ¿por qué han llamado a su base Al Andalus? ¿Pretenden recordarnos la reconquista? —adujo con ojos maliciosos y una sonrisa burlona en los labios—. Porque las provocaciones tienen un precio», añadió en tono amenazante, borracho del poder que le otorgaba la súbita posición de fuerza que le concedía su fidelidad a Sadr. Días después, los estadounidenses le arrestaron durante cinco horas en el hotel Palestina de Bagdad: aquel día, perdió el brillo arrogante que solía tener en los ojos.

12

Muqtada toma el control del Irak chií



Kut, abril de 2004

Cuando entré en su despacho, una desvencijada y amplia habitación con una mesa de madera y una estantería cargada de papeles, Naama Sultan Bashaga tenía aspecto abatido. El gobernador de Kut, ciento sesenta kilómetros al sur de Bagdad, parecía más viejo de lo que era. Daba la impresión de ser rehén de unas circunstancias a las que se había visto arrastrado por ambición.

Pese a la pompa con la que anunciaba su cargo, Bashaga no controlaba ni el acceso a su oficina, un sobrio inmueble de aspecto militar situado a la entrada de la ciudad custodiado por policías iraquíes. Los agentes vigilaban sus pasos con desprecio. Ni siquiera llamaban a su puerta antes de irrumpir en su despacho para aprovisionarse de papel o agua. Bashaga era un títere a ojos de su pueblo. Él lo sabía, pero no estaba dispuesto a perder su antigua arrogancia frente a los inesperados visitantes. «Yo soy la única autoridad de Kut. Todos los hombres cumplen mis órdenes. Gracias a eso, mantenemos la seguridad de la ciudad», mintió sin pestañear. Los policías apostados junto a la puerta reprimieron una risa burlona. Por si había dudas de su filiación política, de las paredes de la Gobernación, poblada por decenas de policías pero ni un funcionario civil, colgaban posters del prófugo Muqtada al Sadr, a quien los estadounidenses habían prometido arrestar desatando una rebelión en el sur de Irak.

A Bashaga le desagradaba la tensión, pero sabía que adaptarse a las nuevas normas era la única forma de garantizar su supervivencia, y que sobrevivir volvía a ser, como ocurría durante el régimen, un reto harto complicado.

«Dados los graves acontecimientos, los responsables de la ciudad nos hemos reunido para llegar a un acuerdo.» Con pomposidad, sacó de un cajón un papel que alisó varias veces con la palma de la mano antes de leerlo. Un leve titubeo rompía su voz. «Este es un anuncio de acuerdo de la gente de Kut. El pueblo iraquí, de sur a norte, pide justicia y libertad, paz y bienestar. Por eso, sus responsables hemos decidido apoyar a la gente de Muqtada al Sadr. Así que será mejor que las fuerzas ucranianas no vuelvan. Ya les pedimos que se mantuvieran fuera, que no provocasen problemas…»

En su última frase había un deje de disculpa. El gobernador había comenzado a sudar copiosamente. No resultaba fácil ser el responsable de una de las ciudades chiíes que se habían levantado contra el ejército ocupante; mucho menos, serlo de la única que había logrado expulsar por las armas a las tropas extranjeras, en este caso ucranianas. Y la idea no había sido precisamente de Bashaga, un individuo acostumbrado a llevarse bien con

todos. El desafío había comenzado días atrás sin que él se apercibiera, cuando los milicianos del Ejército del Mehdi, levantados en armas por órdenes del joven clérigo, se habían enzarzado en combates contra las tropas ucranianas, encargadas de la seguridad de Kut.

En la primera batalla, dos ucranianos perdieron la vida. Los extranjeros se replegaron y prometieron quedarse en su base, situada a las afueras de la ciudad. Dos días después, condujeron sus blindados a las calles de Kut, donde fueron recibidos con ráfagas de disparos. En esta ocasión, cinco milicianos perdieron la vida según el gobernador, en una batalla que tuvo lugar frente a la sede de la Gobernación y que dejó veinte heridos iraquíes.

«Esa misma noche, los ucranianos recibieron apoyo aéreo de helicópteros norteamericanos. Dispararon cohetes y durante dos horas se enfrentaron con los resistentes. No pudieron con ellos: tuvieron que abandonar la ciudad», prosiguió el gobernador ante la atenta mirada de sus hombres. Sería el último intento ucraniano de recuperar Kut. Desde entonces, la ciudad de setecientos mil habitantes estaba en manos del Ejército del Mehdi, unos cinco mil hombres según sus líderes.

Horas antes de la entrevista con el gobernador, el mando conjunto de las tropas extranjeras había decidido afrontar el bochornoso golpe con una operación militar que devolviera la ciudad al control de los ocupantes. El primer anuncio del «inminente» asalto de Kut se había producido de madrugada y, en teoría, implicaba la clausura de los accesos a la ciudad. En la práctica, la autopista que enlaza Bagdad con la ciudad sureña estaba despejada, aunque un convoy de carros de combate estadounidense ralentizaba el paso. Sus conductores se aferraban al volante con una mueca nerviosa mientras soldados angustiados sacaban los cañones de sus fusiles por las ventanillas para repeler un eventual ataque en carretera. «Esta gente es peligrosa —dijo Jalil—. Cualquier cosa, hasta un pinchazo, puede hacerles disparar. Es mejor alejarse de aquí», se justificó mientras aceleraba. De un volantazo, desplazó el coche hasta el carril de adelantamiento, pese a que las normas no escritas de esta guerra desaconsejan las maniobras repentinas. En Irak, la proximidad a los ocupantes incrementaba exponencialmente el riesgo de perder la vida.

A las puertas de Kut, la policía local había erigido puestos de control para registrar los vehículos que entraban. En realidad, eran vigías en busca de estadounidenses. La nueva policía iraquí formada por la CPA estaba integrada, en buena parte, por milicianos del Mehdi. En la zona chií, el

porcentaje de milicianos en las fuerzas de seguridad podía llegar al cien por cien.

Las garitas y vehículos oficiales estaban decorados con posters de Muqtada. En un coche patrulla, dos ventanas laterales habían sido adornadas con un extraño mural: en una, un Muqtada amenazante elevaba el dedo índice como si fuera a iniciar una soflama; en la ventanilla contigua, un oso blanco de peluche sostenía dos rosas rojas con la frase «I love you» impresa en color negro.

Tras la visita al Palacio de Gobernación, del que fuimos amablemente invitados a salir «porque se va a producir un asalto y este será el primer sitio que intenten tomar los americanos», según palabras de un oficial, nos dispusimos a visitar la ciudad. El centro estaba semidesierto. Solo coches patrulla y vehículos cargados de hombres embozados en kefiyas ajedrezadas y aferrados a sus Kalashnikov recorrían la ciudad. Los candidatos a mártires miraban al cielo cada vez que los helicópteros Apache, siempre en pareja, sobrevolaban a baja cota sobrecogiendo con su estruendo.

Desde las diferentes mezquitas, los imames rezaban por los altavoces para dar ánimos a una población que se enterraba en sus casas a medida que escuchaban las advertencias de la megafonía de los coches. «Por su seguridad, regresen a sus hogares», repetía la voz en árabe. Era mediodía y en la radio volvía a sonar la declaración del general Ricardo Sánchez, máximo responsable militar estadounidenses: «El asalto contra Kut es inminente…».

Los únicos habitantes que no abandonaban las calles eran los milicianos, jóvenes de escasos recursos vestidos de negro y apostados con sus fusiles de asalto y sus lanzagranadas en cada esquina. Como ocurría en esos días con Kufa, Kerbala o Nayaf, Kut era una ciudad fantasma, controlada por una facción de desarrapados dirigida por «el primer líder lumpen islamista del mundo», como solía bromear el embajador Ignacio Rupérez. Décadas de pobreza, opresión y resentimiento daban especial sentido al alzamiento. Por primera vez, los chiíes plantaban cara. Su fuerza radicaba en su determinación: nada tenían que perder en la batalla.

Todos los edificios públicos, desde hospitales hasta colegios, estaban defendidos por los combatientes. En los tejados altos, hombres de negro con lanzagranadas al hombro seguían las oraciones murmurando una ininteligible letanía. Frente a las dependencias sadristas, una veintena de milicianos atisbaban la orilla del río Graf, desde donde se esperaba la ofensiva. En la lejanía, solo se movía el polvo del desierto. Nos hicieron pasar con cierta aprensión al interior de una oficina, tras un exhaustivo registro de nuestras

pertenencias. Buscaban explosivos. Dentro del edificio, una suerte de centro religioso vacío —había sido abandonado ante la previsión de que fuera uno de los primeros objetivos a bombardear—, nos dejaron en una sala fresca y amplia. Una hora después, el jeque Mohamed Husein, responsable de Muqtada en Kut, cruzó el umbral de la sala.

—Discúlpenme por el retraso. Todos hemos sido evacuados a lugares seguros. ¿Qué hacen aquí? Se supone que el asalto americano está a punto de comenzar.

—¿Y tienen medios para repelerlo?

—Resistiremos, con la ayuda de Dios. Todo Kut combatirá con nosotros. Todos rechazamos a los americanos, incluso las mujeres y los niños. Aguantaremos con todo lo que tenemos. Ellos son el diablo y nosotros esperamos ansiosos su llegada.

En ese momento, dos explosiones cercanas hicieron retumbar las paredes del edificio. El jeque inclinó su torso hacia sus rodillas cogiéndose la cabeza con las manos, un gesto instintivo. El desconcierto se apoderó de sus acompañantes.

—¡Son el diablo, pero venceremos! —repitió el clérigo con voz entrecortada antes de correr hacia el exterior. En la puerta, el religioso se quedó pegado al suelo. Su rostro impávido oteaba desesperado el otro margen del río en busca de invasores. Un coche cargado de milicianos enmascarados le esperaba en la entrada de la oficina: el jeque forcejeó para acomodarse en el asiento trasero mientras el coche aceleraba de forma teatral.

El asalto de Kut no empezaría hasta el día siguiente. Tras una tensa espera, decidimos volver a Bagdad, no sin antes despedirnos del gobernador para recabar novedades. En su palacio, uno de los policías se sorprendió al verme.

—¿Para qué vuelve?

—Me gustaría saludar a Bashaga antes de marchar.

—Se ha ido, pero no pierde usted nada. El gobernador no tiene ningún poder, está en manos del Ejército del Mehdi. En Kut, Muqtada es el único que manda.

Bagdad, abril de 2004

La voz del traductor estadounidense sonaba mecánica, frustrada y agotada a través de la megafonía del blindado.

«Les rogamos que permanezcan en sus hogares. Por su seguridad y para preservar sus vidas, se prohíbe asistir a las manifestaciones con armas y

subirse a los tejados. En la medida de lo posible, quédense en casa». El aviso no disuadía a los hombres armados, vestidos de negro, que mantenían sus posiciones frente a los Humvees estacionados en el barrio de Shoala, reducto chií de Sadr al oeste de Bagdad. No había miedo en sus rostros, más bien cierta mirada suicida.

Los milicianos del Ejército del Mehdi no estaban dispuestos a abandonar tras haber resistido doce horas de combates con las fuerzas estadounidenses. Ni siquiera los disparos de dos helicópteros artillados Apache que sobrevolaban el lugar a baja cota y que, horas antes, habían alcanzado el cuartel general de Al Sadr disuadían al medio centenar de chiíes apostados de abandonar el lugar.

Lo más impresionante de su presencia era que, un año atrás, los sadristas no existían. Su cabecilla era un clérigo inexperto hasta que Estados Unidos ordenó el arresto de Yacubi y le encumbró como líder. La respuesta en forma de incidentes contra los ocupantes se había extendido por todo el Irak chií y cuando comprobó la capacidad de combate de sus hombres, Estados Unidos decretó el arresto del propio Al Sadr consagrándole como mártir chií, como lo había sido su tío. Pero el nuevo caudillo disponía de una capacidad de convocatoria desconocida en el nuevo Irak invadido. En un solo día, sus fieles habían tomado Kerbala, Nayaf, Kufa, Basora, Nasiriya y Kut. Hasta que, por un solo día, Bagdad cayó en sus manos.

En la soleada mañana del 8 de abril, miles de hombres comenzaron a afluir, inesperadamente y en silencio, desde diferentes puntos de la capital. Vestían con ropa oscura, muchos de ellos camisetas negras con los rostros de Mohamed Baqr al Sadr y de su hijo Muqtada, y ondeaban pancartas contrarias a la ocupación y banderas verdes, rojas, amarillas y negras, relacionadas con la simbología islámica. Muchos eran adolescentes y llevaban machetes en una evocación del martirio de Ali, en una similitud que resultaba inquietante. Tímidamente, una consigna se impuso como un mantra. El sonido no resultaba agresivo; más bien recordaba a una declaración de intenciones: «Larga vida a Muqtada, larga vida a Muqtada».

Atisbé la marcha por la ventana del hotel. Uno de los puntos de concentración era la plaza Firdus, a los pies del hotel Palestina. Me cubrí con una *abaya* negra y un velo a juego y bajé precipitadamente para unirme a ellos. Uno de los clérigos que lideraban la marcha, Saadun Hassam, director de la oficina de Muqtada en el sector de Abu Ghraib, aceptó que les acompañase hasta su destino. Por el camino, me fue desgranando los motivos de su rebelión. «Es inaceptable. El arresto de Yacubi, el cierre de Al Hawza…

No nos respetan ni nos escuchan, se están equivocando mucho con nosotros. Los americanos se creen muy listos, pero somos nosotros quienes tenemos el poder. ¿Cómo se atreven a ordenar el arresto de Muqtada? ¿Cómo osan cercarle? La Hawza gobernará Irak en el futuro, no los americanos. Nosotros somos mayoría. Así funciona la democracia.»

El objetivo de la marcha se encontraba a un par de kilómetros: la Zona Verde, corazón de Bagdad y sede de las fuerzas invasoras. Cuando llegamos miles de hombres ya habían tomado la explanada frente al centro de convenciones. Habían levantado con asombrosa facilidad las alambradas de espino que rodeaban el enclave y despejado las entradas. Horas después ampliarían su zona de acción tomando calles adyacentes, hasta que el tráfico del centro de Bagdad fue impracticable.

Los milicianos establecieron puestos de control en los accesos a la Zona Verde para registrar a los asistentes, como si fueran guardias de seguridad. Cualquier otro día habrían sido detenidos, pero nadie osó cuestionarles. El jeque Ahmed Al Iudam, responsable sadrista en Dora, no podía esconder la satisfacción que le producía ver a sus hombres controlar las cercanías de la Zona Verde. «Hemos venido a demostrar el poder de Muqtada y a reclamar los derechos de los chiíes. Este enorme movimiento expresa nuestro deseo de que Yacubi sea liberado. También queremos dejar claro que la revista seguirá saliendo.**[38]** Al Hawza es la única voz de los chiíes. Será nuestro líder quien decida sobre su continuidad, no los americanos.»

El aspecto del jeque era extraño. A sus ropajes religiosos se sumaban unas gafas de sol de montura plateada y estilo occidental poco habitual. Un grupo de fieles escuchaba las palabras que dedicaba a la prensa. No solo sabía qué mensaje quería enviar: sabía cómo expresarlo. «Queremos que Paul Bremer nos pida disculpas personalmente y, por encima de todo, queremos el fin de la ocupación. Y si eso no ocurre, les echaremos por la fuerza. Alá nos ayudará, Alá está de nuestro lado. Nosotros luchamos por motivos sinceros y puros. Los americanos combaten sin motivos y por eso tienen miedo.» Sus hombres celebraron su invectiva con risotadas. A pocos metros, distinguí al jeque Hazem al Arayi, lugarteniente de Muqtada en Kadhimiya y uno de los líderes de la revuelta. Estaba sentado frente a una decena de seguidores que le rodeaban en círculo, como si trataran de protegerle. Me saludó con un movimiento de cabeza: habíamos mantenido varias entrevistas y nos quedaban muchas por celebrar. La próxima fue días después, con motivo de su arresto a manos estadounidenses, otra torpeza que aumentó la gloria de Muqtada.

De pronto, algunos hombres comenzaron a murmurar noticias que llegaban a través de pequeños aparatos de radio.

«En Shoala ha habido muertos —susurraban—. Los americanos están disparando en Ciudad Sadr.» Es probable que la presencia de periodistas disuadiera de una intervención en la Zona Verde pero, en otros sectores, Bagdad estaba en llamas.

Cuando llegamos al arrabal de Shoala, un Humvee yacía en llamas frente a la oficina sadrista. Cuatro blindados habían tomado posiciones en torno al vehículo humeante. Lo único que confirmaba que hubiese soldados en su interior era la voz que salía de los altavoces para repetir su advertencia: «Les rogamos que permanezcan en sus hogares. Es por su seguridad.»

Dos docenas de jóvenes sudorosos con RPG y fusiles de asalto se escondían tras las esquinas, esperando la ocasión de volver a atacar. Frente al edificio se podían ver restos quemados, cristales rotos y casquillos de varios tipos de munición, restos de una batalla que se terminaría cobrando varias víctimas iraquíes. Según los milicianos, los combates habían comenzado cuando cinco blindados estadounidenses trataron de desbloquear las rutas que daban acceso al inmueble, bloqueado por barricadas. El movimiento desató un combate a tiros. Un disparo de RPG dio de lleno en uno de los coches. «Los americanos tratan de tomar nuestra sede —explicó Ahmed, un joven de tez cetrina y rostro desencajado por la tensión. Su Kalashnikov le temblaba en sus manos y de su cinturón le colgaba una granada de mano—. Por ahora lo hemos impedido. Que Alá nos ayude.»

El estruendo de los helicópteros, que trataban de disuadir a los milicianos de acercarse al Humvee en llamas, no atemorizó al chaval lo suficiente para impedirle correr hacia otra esquina, más próxima a la sede. El joven se colgó su arma a la espalda y ayudó a acumular basura junto a unos neumáticos que acababan de incendiar. El humo dificultaría cualquier intento de asalto de un inmueble que había sido evacuado la noche anterior. Se trataba de impedir una caída meramente simbólica.

El responsable del movimiento sadrista en Shoala no dudó en dar más detalles sobre los combates desde la casa particular en la que se había refugiado.

«Sobre la una de la tarde disparamos contra el Humvee, pero los soldados lograron escapar a tiempo. Luego lo rociamos de gasolina y le prendimos fuego», añadió con evidente regocijo. El jeque Abed al Jaban Menjal al Jusai, responsable de la oficina bajo asedio, observaba los combates de sus hombres desde la ventana, pero eso no le restaba soberbia. «Ahora controlamos

Bagdad, Kufa, Kut, Khadimiya, Nayaf, Basora y Nasiriya —se jactaba—. Hemos pedido a los americanos que retiren sus armas y entonces estaremos dispuestos a negociar, pero mientras no lo hagan Shoala está bajo nuestro control. Por el momento, nuestro líder nos ha pedido que resistamos y eso haremos, hasta que nos diga que respondamos. Hablé con él hace dos horas y pide que mantengamos la calma», continuaba el jeque, mirando los tanques que cortaban a unos quinientos metros el acceso al barrio.

Los enfrentamientos en Shoala no eran nada, sin embargo, comparable a los que se estaban viviendo en Ciudad Sadr. Tras una noche de combates, que dejaron nueve estadounidenses y veintiocho iraquíes muertos, el barrio había amanecido tomado por blindados. Cuando llegamos, una decena de tanques, cuatro Humvees y varias ambulancias militares custodiaban el acceso a la mezquita de Al Radawi, próxima a las oficinas de Muqtada. Las calles secundarias estaban tomadas por hombres de negro parapetados en trincheras.

Ellos no eran el único elemento inquietante: los norteamericanos estaban rodeados por una agresiva multitud armada con piedras, palos y armas de fuego. Como en Shoala, ningún soldado asomaba la cabeza salvo el responsable de la ametralladora, al que apenas se le adivinaban los ojos tras el casco y la máscara. Ciudad Sadr estaba en manos de Muqtada. Un centenar de críos apedreaban los tanques emulando a sus hermanos palestinos en una visual evocación de la intifada. «No queremos combatir. Solo tenemos armas suficientes para defendernos —me explicó Hamzi al Mahmudi, representante del clérigo chií en Medinat al Sadr, desde una sede provisional—. Ellos comenzaron a provocarnos. Sus tanques y sus helicópteros enardecieron a la gente.»

A diferencia del religioso, los jóvenes que participaban en la revuelta sí querían pasar a la acción. Un grupo de chavales se encaramó a uno de los tanques, que comenzó a girar su tanqueta de forma desesperada. El más menudo se subió al cañón entre carcajadas, mientras sus compañeros le jaleaban.

Me acerqué a otro grupo para preguntarles sus motivos. Su reacción fue airada. «¿Quién es esta puta? ¿Eres americana? ¿Qué buscas, nos estás espiando?». Varios de los jóvenes que apedreaban a los estadounidenses concentraron su atención en la presencia de una extranjera y se dirigieron hacia nuestra posición. Cuando me quise dar cuenta, medio centenar de críos y adultos exaltados me rodeaba.

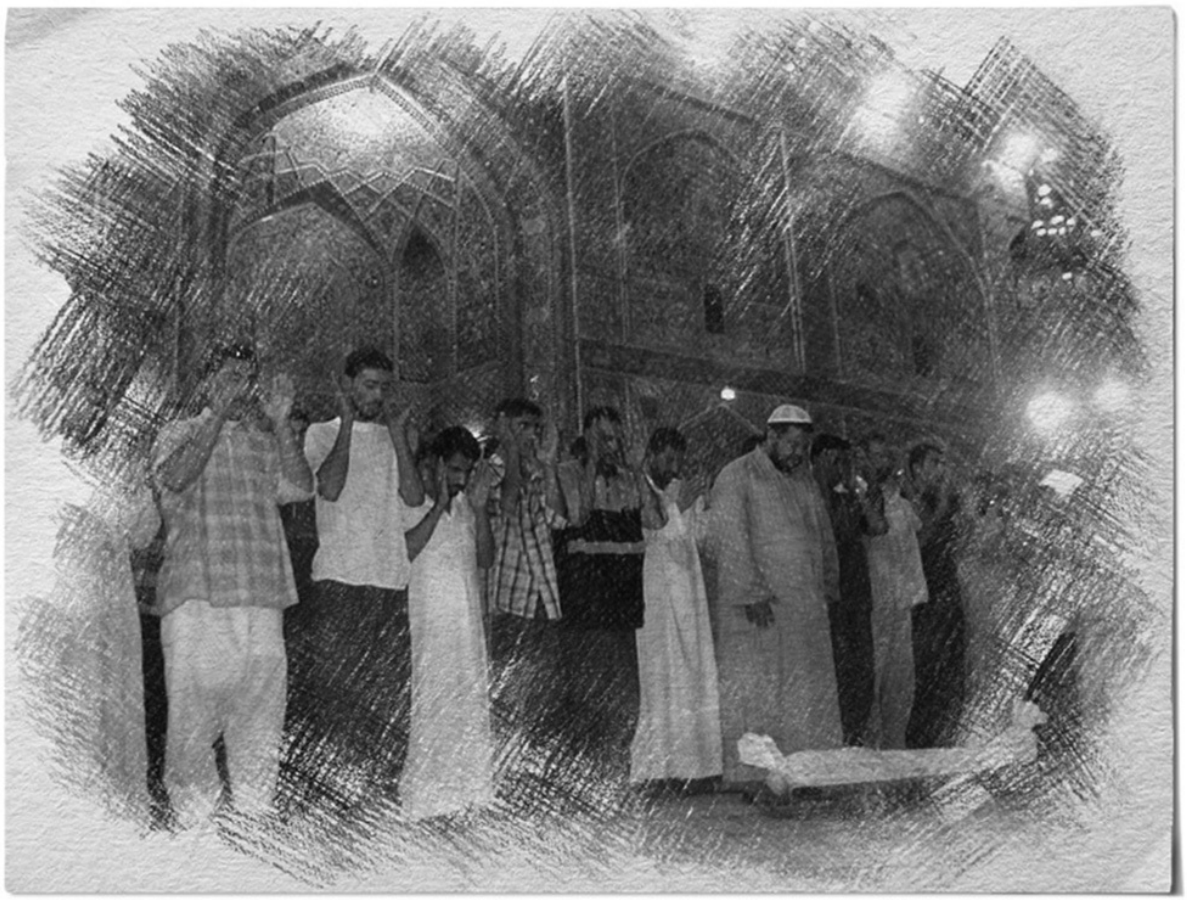
La primera pedrada me dio en la frente. La segunda, en una mejilla. Antes de que pudiera quejarme, una lluvia de piedras caía sobre mi cuerpo. Noté que

alguien me rodeaba la cabeza con una mano y me agarraba de la cintura con la otra. Jalil me sacó allí en volandas, gritando insultos en árabe. Recorrimos varios metros zarandeados por los chicos antes de que me empujara al asiento trasero de su coche y cerrara la puerta.

Jalil aceleró derrapando. Medio kilómetro más allá, notamos que dos ruedas estaban pinchadas. Nunca supe si las habían rajado o fue producto de la mala suerte. Mi conductor se limitó a parar ante un pequeño taller situado a las afueras de Ciudad Sadr para repararlas en un tiempo récord, juramentando para sus adentros. Cuando volvió al coche, solo dijo una frase. «Todo el mundo está enloqueciendo en Irak.»

13

Guerra en el valle de la paz



Nayaf, agosto de 2004

Los policías embozados se comportaban como posesos y apuntaban con sus armas a los vehículos que se aproximaban por la carretera que une Bagdad con Nayaf. «¡Largo de aquí! ¡Está prohibido el acceso!» Los exabruptos iban acompañados de ráfagas inconexas al aire.

Jalil decidió abandonar la autopista principal y dirigirse por una senda de tierra que atravesaba los sembrados. El paso de los coches generaba una ingente polvareda que nos servía como salvaguarda al ocultar en parte nuestro trayecto. Desde la ventanilla podía otear los helicópteros estadounidenses surcando de forma repetida el cielo de la ciudad.

Uno se forja estereotipos sobre la guerra y piensa que es un espectáculo saturado de explosiones y uniformados disparando sus fusiles. La escenografía creada por Hollywood tiene muy poco que ver con la realidad de un conflicto. Las conflagraciones armadas no siguen ninguna lógica y pueden combinar el tedio con el desvarío más delirante.

Eso es lo que pasaba en Nayaf. Los acólitos de Muqtada al Sadr resistían desde el 5 de agosto el asalto de las tropas norteamericanas apoyadas por unidades del ejército leal al primer ministro Iyad al Alawi[39] atrincherados en torno a la emblemática mezquita del imam Ali y el descomunal camposanto de Wadi al Salam («El valle de la paz»).

Los guerrilleros del Ejército del Mehdi luchaban escondidos en tumbas centenarias. Se agazapaban entre los nichos horadados en la tierra, confundidos en un laberinto de millones de sepulturas. Pero los barrios del extrarradio habían decidido ignorar la batalla. Allí, los jóvenes jugaban al billar, los mercados se encontraban repletos y hasta una brigada de empleados municipales recolectaba basura. Era un espejismo que se disipó al cabo de unos minutos, los que necesitamos para recuperar el desasosiego que acompaña a las calles casi desiertas. Los contados automóviles de civiles que cruzaban las travesías huían de la urbe intentando parapetarse bajo las banderas blancas que habían anudado a las antenas de la radio.

El eco de los tiroteos y las explosiones se incrementó al aproximarnos a la línea del frente. En una de las intersecciones nos topamos con un convoy de jeeps de las fuerzas de seguridad iraquíes tan desconfiadas de las lealtades locales que también se cubrían el rostro con capuchas, y nos instaron a ceder el paso gesticulando de forma amenazadora con sus ametralladoras.

Nuestro coche tuvo que detenerse bruscamente en el barrio de Al Yidaida. El camino estaba bloqueado con pedruscos y maderos. El arrabal se nos aparecía devastado. De lo que antaño era el concurrido mercado de la villa

solo quedaba un amasijo de hierros calcinados, todavía humeaban. Los impactos de los obuses habían derruido muchas de las viviendas adyacentes. Decidí seguir a pie junto a Basil Hadithi, mi traductor. Los integrantes del Mehdi se ocultaban en las esquinas. Qasem Qader surgió de forma imprevista detrás de una trinchera, una simple barrera de ladrillos y pedruscos.

—¡Alto! ¿Quiénes sois? —nos inquirió.

—¡Periodistas! —le gritamos para quebrar su reticencia inicial.

Nunca pude saber por qué un mecánico de veinticinco años había decidido alistarse en las filas del Ejército del Mehdi. Un tanque estadounidense se asomó a lo lejos del callejón y Qader intentó apuntar su cohete contra el blindado. «¡Dios está con nosotros!», vociferó mientras una potente explosión retumbó en las proximidades. La batalla de Nayaf estaba alcanzando su clímax.

«¡Corred, corred! ¡Hay francotiradores!», añadió instándonos a irnos. El último tramo del periplo se convirtió en una galopada desquiciada, con las manos en alto, para atravesar una calle batida por los militares norteamericanos y sus blindados.

Llegamos extenuados hasta las posiciones que controlaba el jeque Ali —nunca me quiso dar su apellido—, que peleaba justo a la entrada del casco antiguo junto con un puñado de seguidores, jóvenes que combinaban chancletas y camisetas desvaídas con los RPG y una fe inquebrantable. Estaban cercados por miles de soldados del primer ejército del mundo, pero Ali pensaba que hasta su presencia allí era un designio divino.

—Tenemos mucha suerte. ¿Sabe cómo se llama esta calle? —inquirió Ali —. Al Burak —respondió él mismo—. El nombre que tenía el caballo del profeta Mahoma.

Imbuido por esa misma convicción, Saadun Qaadun nunca supo que la vida se le acababa. También era cierto que la actitud de ese chaval de veintisiete años era proclive a tal desenlace. De hecho, parecía que en aquella cuadrilla todos buscaban un mismo final: el martirio. Como si fuera una premonición, otro de sus compañeros decidió aleccionarnos en voz alta. «En nombre de Dios, haremos pagar muy caro a los americanos. Muqtada nos ha pedido morir por la religión. Nunca seremos esclavos. Ni nos dejaremos capturar como prisioneros porque nos tirarían a un lago y no podríamos ir al cielo.»

Mientras escuchábamos la perorata vimos como Qaadun se deslizaba entre las ruinas con un cohete al hombro. Consiguió avanzar por la travesía repleta de escombros y se agazapó tras un muro. Entonces intentó asomar la

cabeza para apuntar el arma. Solo se oyó un disparo. Preciso. Eran las diez y media de la mañana.

Ali comprendió de inmediato lo que había ocurrido. «¡Saadun! ¡Saadun!» Pero el chaval no respondía. Dos de sus compañeros intentaron aproximarse al cuerpo y fueron recibidos por una ráfaga de proyectiles. Pasaron casi quince minutos hasta que consiguieron recuperar el cadáver. Saadun tenía la boca abierta, el rostro pálido y un enorme boquete a la altura del corazón. La puerta en la que lo transportaban a modo de camilla chorreaba sangre. Los chavales cargaron sus restos en una carretilla de madera de esas en las que en tiempos normales usaban para acarrear frutas y pescado. «¡Seamos fuertes!», clamó un muchacho. Otros lloraban desconsolados.

Dominado por la furia, Ali se colocó en el centro de la calle, disparando como un poseso e ignorando la presencia de los tiradores emboscados. Gritaba y les insultaba, al tiempo que descargaba la ristra de munición sin saber muy bien contra quién.

La normalidad era una quimera en Nayaf y en el resto de Irak desde hacía dos años. La ocupación liderada por Estados Unidos había conseguido que suníes y chiíes compartieran el desapego hacia las tropas extranjeras, y en el verano de 2004 los uniformados de la coalición debían enfrentarse por igual a insurgentes de ambas comunidades. La insurrección del Ejército del Mehdi la primavera pasada había concluido en mayo con un alto el fuego que se desintegró en agosto tras una sangrienta refriega entre estadounidenses y leales a Muqtada.

El nuevo gobierno iraquí liderado por Iyad al Alawi, que asumió el cargo el 28 de junio, secundaba la ofensiva azuzado por el inesperado viaje del gran ayatola Ali al Sistani, que dejó Nayaf para trasladarse a Londres en un gesto que se interpretó como un refrendo tácito al asalto contra las huestes del clérigo rebelde.

Las fuerzas del Mehdi no luchaban bajo la lógica militar. Era un ejército caótico. Jovenzuelos y abuelos entremezclados, que habían dejado sus empleos —los pocos que gozaban de tal privilegio— para acudir presurosos a Nayaf al oír el reclamo de Muqtada. Cientos de ellos venían desde Bagdad, Nasiriya o Basora. Muchos ni siquiera combatían. Vagaban por el lugar intentando ejercer de «escudos humanos». «Vinimos en un convoy desde Bagdad cuando oímos que Muqtada pedía ayuda para proteger la mequita del Imam Ali», indicó Sad Adnan, uno de los acólitos del religioso. Como Saadun, la mayoría solo aguardaba una cosa. «El turno de morir», adujo Saadk Lafta, un chií de treinta y dos años procedente de la capital. «Estamos

aquí para ser mártires», afirmó resoluto ese desempleado de Ciudad Sadr, principal bastión del movimiento. No lejos de la alfombra donde se recostaba, un chaval portaba una pancarta donde se leía: «¿Dónde está la bala que me concederá el martirio?». Esa era su fuerza. Una plétora de desarrapados capaces de desear la muerte sin vacilación.

Había hasta muchachos imberbes como Ahmed Nadum, que solo tenía trece años. Me lo encontré en las inmediaciones del templo principal de Nayaf. Decía que había venido solo desde la capital en autobús. «Vi los bombardeos de la mezquita del imam Ali en televisión y eso me hizo enfadar. Ahora mi única familia es el Ejército del Mehdi. No tengo miedo porque me siento protegido por el imam Ali.»

Los paramilitares nos condujeron hasta el interior del recinto religioso. El imponente edificio, coronado por su famosa cúpula y los dos minaretes que la secundan recubiertos de azulejos de oro, se había convertido en residencia de cientos de civiles que se hacinaban en las dependencias administrativas y en el patio interior de mármol que circunda el complejo de quince mil metros cuadrados. El recinto estaba adornado con grandes retratos de Muqtada y una singular colección de metralla y restos de los obuses que usaban los estadounidenses, alineados en las esquinas por los sadristas. Los no musulmanes no pueden traspasar los enormes portones de madera que clausuran los muros que rodean el templo, pero la normativa se había relajado al tiempo que se estrechaba el cerco. Los milicianos nos cedieron una de las habitaciones para que la utilizáramos como sala de prensa improvisada. Nos instalamos en la pequeña estancia, durmiendo sobre alfombras, como el resto.

«No sé por qué dicen que estamos tan mal. No nos falta ni el aire acondicionado ni el servicio de habitaciones», comentó con cierta sorna el reportero francés Gregoire Deniau. No mentía. La electricidad no se interrumpió ni siquiera un día y continuó impulsando un rudimentario aparato que generaba un aire gélido, ideal para lidiar con la sofocante temperatura veraniega. La alimentación también estaba asegurada. Un joven tan obeso como irreflexivo acudía cada día a la hora del almuerzo al interior de la mezquita portando una enorme olla de arroz. La acarreaba al trote entre balazos y bombas. Me parecía incomprensible que en un lugar trufado de francotiradores, todos erraran tamaña mole humana.

Los reporteros que informaban sobre la confrontación se alojaban en un hotel en la zona moderna de la metrópoli, lo que obligaba a cruzar a diario la línea de fuego. En las primeras jornadas del asedio solían acudir al templo por la mañana y volvían a su residencia al atardecer, pero aquel trayecto se tornó

cada vez más arriesgado conforme los soldados estadounidenses avanzaban calle por calle.

Junto a Basil, Gregoire y nuestros compañeros de AFP, Jean-Marc Mojon y Ammar Karim, decidí que era más apropiado permanecer alojado en la mezquita. Alawi anunciaba desde Bagdad un asalto definitivo en las próximas jornadas a menos que los paramilitares de Muqtada desalojaran el enclave y disolvieran su movimiento armado.

Muqtada, tan joven como hábil en la dialéctica, había comprendido el potencial desestabilizador que tenía denunciar un ataque contra uno de los lugares más significativos del islam por parte de soldados norteamericanos. Aunque llevaba jornadas escondido, el religioso dejó grabado un sermón que se leyó en la cercana localidad de Kufa en el que insistía en esta simbología, y advertía que bombardear la mezquita de Ali podía llevar a «un levantamiento en todo el mundo árabe». La causa del sagrado edificio constituía un elemento catalizador para todos los seguidores del islam en la nación árabe, como lo fue el primer asalto contra Faluya. Irak todavía vivía bajo la ilusión de una solidaridad intracomunitaria que permitía ver pancartas en el barrio suní de Adhamiyah —en Bagdad— donde se leía: «Nuestra bandera en Adhamiyah es la misma que en Khadamiya».

Los residentes del santuario me mostraron las bolsas de comida que les habían enviado los hermanos de Faluya y algunos, como Josaier Abas, de 26 años, seguían defendiendo que las divergencias que durante siglos separaron a las dos comunidades habían quedado relegadas «ante la invasión extranjera». Abas fue uno de los que nos mostró los daños que ya había sufrido la mezquita. Los muros exteriores habían sido alcanzados por varios impactos de proyectiles y una de las puertas estaba reventada. «Esta es una afrenta a todos los musulmanes, un insulto a nuestra religión. Es el lugar más sagrado de nuestra fe tras La Meca y Medina», aseveró el muchacho.

Tras conocer nuestra presencia en el interior de santuario, los dos dirigentes de la mesnada sadrista —Ahmad al Shaibani y Ali Sumeisim— nos recibieron para explicarnos sus demandas. La pugna por el control del lugar era el resultado de la lucha por el poder que se libraba en el seno de la comunidad chií —entre los dirigentes más conservadores y personajes más radicales como Muqtada—, la pelea contra la autoridad que pretendía imponer Estados Unidos y la cuasi anarquía en la que se había sumido Irak después de que los ocupantes desmantelaran sus estructuras más básicas. Shaibani y Sumeisim intentaban restar relieve a la creciente rivalidad entre Muqtada y Ali al Sistani, e insistieron en que sus huestes tan solo «defendían

un lugar sagrado». Lo segundo era cierto, pero también el hecho de que el control del enclave suponía manejar una vasta cantidad de fondos procedentes de las donaciones que los creyentes enviaban a esa mezquita, además del incalculable tesoro que se acumulaba en el sepulcro de Ali.

Al salir de nuevo del templo nos topamos con un singular cortejo. Trasladaban un cadáver envuelto en una mortaja blanca sobre una camilla colorada. Los sudarios de Nayaf gozan de un especial predicamento entre los chiíes por su acabado. La tela que envolvía a esta víctima estaba decorada con *suras* («capítulos») del Corán.

Resultó ser el cuerpo del joven Saadun Qaadun. El mismo que habían matado frente a nuestros ojos. No lo podían sepultar en el cementerio de Wadi al Salam por los virulentos combates que se libraban en ese emplazamiento. «Era un obrero y estaba casado. Tenía un gran corazón. Resistió hasta el final. Ese era el último proyectil que tenía para el RPG», nos aclaró uno de los muchachos.

Los diez chavales colocaron el cuerpo sobre un carromato de metal. La conflagración se había reactivado pero el grupo caminaba ajeno a la refriega. Aquello no tenía sentido alguno, seguir a una comitiva de iluminados entre edificios derruidos y bajo el fragor de una batalla mientras ellos respondían a cada explosión con una cantinela repetitiva: «La illa'a illa Allah! La illa'a illa Allah!» («¡No hay más dios que Alá! ¡No hay más dios que Alá!»). De vez en cuando se paraban y entonaban plegarias por el caído para reanudar de inmediato la marcha.

Durante el periplo nos encontramos con las ruinas de lo que antaño era la mezquita de Mohamed al Jaya. Estaba devastada por los impactos de la artillería. Había decenas de copias del Corán esparcidas por el suelo. Muchas de ellas quemadas. «¿Usted cree que los americanos dejarían que alguien destruyera una iglesia?», me preguntó uno de los chicos. No era momento para embarcarse en discusiones de tono filosófico. El séquito pretendía atravesar el frente a pie y con el cadáver para continuar hacia el mar de Nayaf, un desierto al costado de la villa que, decían, servía ahora como cementerio para sus caídos. En ese instante fue cuando decidimos que la disparatada jornada, la primera de muchas, había concluido. O al menos eso pensábamos. Al volver hacia nuestra improvisada oficina en la mezquita pasamos por la posición de una patrulla del Mehdi apostada en un callejón. Al apercibirse de la cámara de Gregoire abandonaron la posición de combate y comenzaron a bailar. Danzaban golpeando el suelo con sus alpargatas y

elevando los rifles. «Yala, yala Muqtada! Yala, yala Muqtada!» («¡Vamos, vamos, Muqtada! ¡Vamos, vamos, Muqtada!»).

Retornamos al templo con la oscuridad. Permanecía iluminado con cientos de bombillas verdes, rojas y amarillas. Cuando se aproximó la medianoche, el jeque Abdelsatar al Bajadili, procedente de Basora, se enzarzó en una interminable discusión religiosa con los fieles que se reunían frente a la venerada tumba que supuestamente acoge los restos de Ali, el fundador de la fe chií. Hasta los propios heridos acudieron a la disertación en sillas de ruedas. Otra singular iniciativa en medio de una noche que se iluminaba con llamaradas naranjas de las explosiones que sacudían Wadi al Salam.

A la mañana siguiente, los blindados estadounidenses permanecían estacionados a pocos kilómetros de allí, rodeando la parte antigua de la ciudad, pero sin atreverse a avanzar por un laberinto de callejas que me recordó a la palestina Gaza. Al igual que los palestinos, los sadristas habían saturado los estrechos pasajes con decenas de artefactos explosivos artesanales —simples obuses unidos a un detonador— que ocultaban entre las basuras, los coches abandonados o enterrados en agujeros excavados en los arcenes. Deambulando por las angostas callejuelas descubrimos que varios cientos de civiles habían decidido también ocultarse en el subsuelo, aprovechando los profundos sótanos con los que se construían hace siglos estas antiquísimas viviendas. Abud Salam Daud apareció repentinamente al oír nuestras voces. «¡Hola, vengan rápido, aquí estarán seguros!», y nos condujo al interior de su domicilio, una casa de más de ciento cincuenta años que fue propiedad del escritor Salej al Yaguaharchi, uno de los intelectuales chiíes más importantes del siglo XIX. Era una joya arquitectónica construida en torno a un patio interior rodeado de pequeños balcones de madera.

El valor artístico de la edificación no era lo que más apreciaba Daud en ese instante, sino el subterráneo donde se refugiaba junto a su familia. Tuvimos que acceder por una escalera que nos sumía poco a poco en la oscuridad más absoluta y en un calor sofocante. La luz de las linternas descubrió el pequeño mundo oculto que habían conseguido recrear los iraquíes. Se alumbraban con candelabros de aceite, que apagaban de forma intermitente para racionar el combustible. «No hay electricidad desde hace días», especificó Daud, de cuarenta y dos años. Disponían del agua que les suministraba un pozo horadado en una de las covachas y se habían agenciado una vetusta caldera que, conectada a una bombona de gas, hacía las veces de cocina. «Nos alimentamos de sopa y arroz. Es lo único que tenemos. Vivimos ocultos como los animales. Hay cientos de civiles atrapados en la ciudad

vieja. Por las noches la casa se estremece con los bombardeos. Pero no nos fuimos en 1991 [cuando Sadam Husein atacó Nayaf] y no lo haremos ahora tampoco», relató Daud. Las incursiones al exterior se habían reducido al mínimo ante la persistente acción de los tiradores ocultos. Los iraquíes me contaron que en las dos últimas jornadas sendos vecinos habían sido abatidos por balas certeras.

Iluminados ahora por una vela solitaria, a nuestro alrededor se había sentado toda una plétora de niños. En total eran dieciséis personas. Nur, la más pequeña, tenía solo seis años. El hijo de diez años de Abud Salam, Abas, se aferraba a un oso de peluche. La esposa de este último, Emtesar Naji, agarró a uno de los pequeños y lo mostró como si esperara que nosotros pudiéramos interceder por su suerte. «¿Qué vamos a hacer con los niños?», suplicó.

El diálogo nos permitió comprender que el entusiasmo que generaba Muqtada entre sus seguidores no era un sentimiento general. Abas criticaba por igual a los estadounidenses y al religioso, a cuyos hombres acusaba de haber «robado» y asesinado a varias personas. «Les cortaron las manos. Estamos deseando que se vayan de la mezquita y de Nayaf», añadió.

El anhelo de Abas tendría que esperar todavía varias jornadas más. Durante días, los guerrilleros del Ejército del Mehdi y los soldados estadounidenses e iraquíes mantuvieron un continuo cruce de proyectiles sin que las líneas de demarcación sufrieran movimientos significativos. La superioridad manifiesta de los militares extranjeros consiguió desalojar o matar a los milicianos apostados en el cementerio y a los pocos que resistían en los barrios adyacentes a la ciudad vieja, pero el núcleo central de la ciudad seguía en manos de los acólitos de Muqtada. El clérigo había doblado su desplante a las autoridades extendiendo su revuelta a Ciudad Sadr, su bastión en Bagdad, y otras localidades como Kufa.

Nayaf se instaló en la rutina bélica en la que las noches eran una continua sucesión de estampidos, que amainaban por las mañanas permitiendo escenas tan sorprendentes como la repetida visita de Kaed Abdel Sahara. Arrastrando al pollino cargado de bloques de hielo, el muchacho de veintiséis años cruzaba cada día la línea de frente ignorando la posibilidad de perder la vida para aprovechar que su precio se había duplicado. Antes del asedio se vendían a mil dinares y ahora valían dos mil (poco más de un euro). «He tenido que doblar el precio porque es muy peligroso llegar hasta aquí», me explicó. Su relato quedó interrumpido cuando las balas comenzaron a silbar en el callejón. El aluvión de proyectiles nos forzó a escondernos en un soportal

antes de regresar a la mezquita. Con el paso de los días, los recorridos en torno a la ciudad vieja se redujeron a cortos paseos por los callejones ante la intensificación de los bombardeos.

Una mañana nos encontramos con un chaval que nos saludó en un perfecto inglés. Decía llamarse Abu Laila. Nos mostró su pasaporte británico y nos dijo que había vivido doce años en aquel país. El joven de veintiséis años se avino a acompañarnos hasta la línea que defendía junto a otro grupo de militantes. Uno de sus compañeros, armado con un Kalashnikov, vigilaba una esquina al final de la callejuela. Se le ocurrió asomar la cabeza para atisbar qué ocurría del otro lado y un balazo le atravesó limpiamente el cerebro.

En una fracción de segundo oímos el silbido del proyectil, que terminó impactando contra un muro contiguo, y vimos cómo el cuerpo del joven caía a plomo sobre el suelo. Quedó tendido sobre el cemento con la boca abierta y un estremecedor agujero en la frente del que brotaba un hilo incesante de sangre. «¡Nurdin!». Abu Leila corrió los pocos metros que le separaban de su amigo, pero Nurdin ya no existía. El miliciano agarró el cadáver de un brazo y lo arrastró por el suelo dejando un enorme rastro rojo a su paso. Los insurgentes colocaron los restos mortales en una carretilla y se lo llevaron, mientras que Abu Leila retomaba su conversación como si la escena fuera una imagen habitual en el disparatado entorno que regía en Nayaf.

El joven llevaba dos semanas en la ciudad iraquí. Había pagado mil libras esterlinas dejando una vida placentera en Londres para regresar a Irak y «luchar por su país —decía—. Llegué directo a Nayaf. No tenía ni dinero para un arma pero los chicos fueron muy amables. Me regalaron este fusil ruso. No es una lucha justa. Nos combaten desde sus aviones y tanques, pero no se atreven a luchar a pie», comentó sentado en el interior de la vivienda donde se guarecía su patrulla. «Luchamos contra América pero no tenemos nada que ver con Bin Laden. Los dos hablamos del islam pero nosotros no creemos en volar coches entre civiles», añadió. El diálogo duró poco. La zona retumbaba bajo los impactos de los obuses, así que decidimos volver a la mezquita. Abu Leila se despidió con una sorprendente sonrisa a tenor del mensaje que nos lanzó: «Si mañana veis que los soldados americanos están cerca de la mezquita significará que todos los combatientes del Mehdi hemos muerto».

Al volver al templo comprendimos que la situación del grupo insurgente se había tornado crítica. Los altavoces del reducto solicitaban sangre a los civiles para la avalancha de heridos que se aglomeraban en la estancia donde habían dispuesto su «hospital de campaña». «¡Necesitamos sangre B+!»,

«¡No traigáis a los muertos al interior de la mezquita!», «¡Hay que proteger al imam Ali!», clamaban los altoparlantes.

Los activistas del Ejército del Mehdi habían establecido dos pequeños centros sanitarios en el interior del santuario. Uno era una habitación con cuatro camillas, dos doctores y un grupo de voluntarios que quedó desbordado ante la avalancha de víctimas. El segundo era una amplia sala abarrotada con más de una treintena de heridos tendidos sobre mantas extendidas en el mármol. Algunos, como Mohamed, agonizaban. Una esquirla le había cercenado las venas del cuello. El muchacho no podía hablar. Solo emitía un sonido gutural al tiempo que se agarraba la terrible herida y movía el dedo intentado simular la luz giratoria de una ambulancia.

El doctor Qadham Mohamed me reconoció que su situación era desesperada. «No tenemos sangre, ni cirujanos que puedan operarle. Hay muchos en la misma situación. Morirán si no se les atiende. Hemos llamado al jefe de la policía de Nayaf y a los americanos para que nos dejen enviar ambulancias a recogerlos, pero se niegan. ¡Por favor, necesitamos ayuda!», imploró desesperado. Segundos después rompió a llorar al observar como otro de sus pacientes —este, alcanzado en el cráneo por la metralla— lanzaba un último gemido antes de expirar. Al fondo de la estancia, un grupo de jóvenes se encargaba de lavar los cadáveres con una manguera. Después los envolvían en sábanas blancas. Como no había lugar donde enterrarlos, alguien decidió abrir un agujero en el suelo que rodeaba al panteón de Ali.

Un muchacho escribió con un rotulador negro el nombre de Naaser Husein sobre uno de los lienzos. También la identidad de la unidad en la que luchaba: «La tercera brigada de patriotas del Mehdi». «Es un afortunado. Lo enterramos a pocos metros de Ali. Le será más fácil llegar al paraíso», opinó.

Esa noche, los bombardeos comenzaron a arreciar justo cuando el muecín entonaba un melódico canto. Miré el reloj y eran las 22.45. Un enorme estruendo sacudió el edificio y varias esquirlas ardiendo cayeron al interior. Ni siquiera eso consiguió doblegar la fe de los acólitos de Muqtada. Sus seguidores respondieron a los estallidos con su habitual tono mesiánico y marcharon en torno a la tumba de Ali en medio de la neblina creada por la humareda y el sofocante olor a pólvora. «¡Sí, sí, a Muqtada! ¡Sí, sí, al islam! ¡No, no, a América!»

Al principio tan solo era una procesión, que se tornó en carrera conforme se intensificaban los estampidos cada vez más cercanos. «¡Esta es nuestra fuerza! ¡Esta es nuestra fuerza!», gritaba Abu Moamel, uno de los presentes. Al frente de la alocada comitiva marchaba el pequeño Ahmed Nadum. «Ya

Muqtada! Ya Ali! Ya Mohamed!» «¡Mehdi, Mehdi, Mehdi!», clamaban sin dejar de ondear sus banderas verdes y retratos del clérigo opositor.

La autosugestión no podía ocultar lo que horas después confirmaba un ministro del Gobierno de Bagdad en la BBC: la batalla de Nayaf entraba el 24 de agosto «en sus últimas horas». No habría necesitado tal indicación. Me bastó con asomarme al amanecer a la portezuela de la mezquita y ver cómo ardían las barricadas de madera que habían colocado allí los combatientes del Mehdi para comprender que aquello se acababa. Al caminar hasta la esquina del recinto pude observar el paso de dos tanques norteamericanos que circulaban ya por las inmediaciones del enclave y varias columnas de humo que surgían de los edificios cercanos.

Realizamos una última salida a la carrera para llegar hasta el Gran Zoco de la ciudad. Eran solo unos pocos metros, pero oímos el silbido inconfundible de las balas del francotirador que había errado su objetivo. Desde una esquina, un chaval del Mehdi disparó un mortero que desmontó de inmediato buscando refugio en los sótanos del área.

Uno se hubiera imaginado a Mahzen Aaluz ben al Sadr sentado en una mecedora, rodeado de nietos vociferantes que le alentaban a relatar una vez más otra de sus fábulas. Pero no. Ahí estaba. Custodiando con su Kalashnikov el acceso a la galería de comercios, impertérrito pese a la proximidad de los soldados norteamericanos. La barba blanquecina era el único color disonante con su atuendo negro. Lucía una foto de Muqtada en la solapa. Pese a que nos vio llegar al trote, nos instó a detenernos. «¿Tenéis permiso para estar aquí?», preguntó. Parecía una cuestión tan ilógica como inconveniente ante la cercanía de las explosiones. Lo cual no evitó que tuviéramos que enseñarle el precario permiso escrito a mano que nos habían redactado los responsables de la milicia sadrista.

A sus sesenta y cuatro años, con doce hijos y once nietos, Mahzen había abandonado su trabajo de obrero en Ciudad Sadr para enrolarse en las filas del Ejército del Mehdi. Llevaba seis meses atrincherado en Nayaf. «Ahora solo trabajo para Alá», puntualizó. Me enervó un poco su sonrisa plácida. Quizá porque contrastaba con la angustia que me generaba cada una de las detonaciones. «¿Pero no ve que los tanques están avanzando? ¿Cómo les va a detener con esa ametralladora?», le lancé como reproche. Sin inmutarse, el miliciano extrajo del bolsillo otro panfleto ilustrado con el rostro del religioso rebelde y comenzó a leer. «Estáis siguiendo las órdenes de Alá. Ellos tienen tanques y aviones pero nosotros tenemos a Alá. ¡O vencemos o alcanzamos el martirio!», agregó.

Era otro monólogo irracional que acabó de la misma forma: con uno de sus compañeros intentando alcanzar a un helicóptero que había aparecido en el cielo con un RPG antitanque al que erró por muchos metros y nos obligó a todos a escapar una vez más a la carrera. «¡Hay que buscar un refugio!», grité a Jean-Marc Mojon y Ammar Karim. Casi por instinto encontramos unas escaleras que nos conducían al subsuelo. Allí nos encontramos con tres guerrilleros que esperaban también a que amainara el bombardeo.

Uno de ellos, Imaad Fajar, un chaval que venía de Kirkuk, nos aclaró que además de combatir también era poeta y se avino a recitar una de sus creaciones, pese a que en ese instante nuestra preocupación andaba muy lejos de las musas. «¡Muqtada es el más fuerte, el mejor!», comenzó a declamar el muchacho. No le dejamos terminar. El estruendo de la artillería parecía cada vez más próximo. Por enésima vez salimos de estampida adentrándonos entre los restos del Gran Zoco. Muchas de las tiendas alineadas en la galería estaban destruidas y todas ellas abandonadas. El tejado del complejo también había sido acribillado.

Los seguidores de Al Sadr se habían mimetizado con las ruinas. Estaban agazapados entre los muros derribados y habían instalado su nueva línea de defensa al final de un corredor donde antes proliferaban los negocios de bisutería y literatura religiosa. Allí combatía un grupo de alzados, que manejaban una ametralladora pesada. Habían agujereado las paredes para descargar su munición en dirección a los blindados. Abas Fadel, un combatiente de veinticuatro años, admitió que no sabía por cuánto tiempo «podría resistir vivo». «Es la voluntad de Dios —dijo resignado—. Nos han disparado con todo tipo de armas, con aviones, tanques, helicópteros…»

La caminata había llegado a su fin. Era obvio que los miembros del Ejército del Mehdi estaban abocados a una derrota absoluta en cuestión de horas. Nosotros también estábamos atrapados, así que decidimos retomar el camino de la mezquita. Sin embargo, en ese mismo instante y sin que todavía nos hubiésemos enterado, la debacle inevitable del Ejército del Mehdi comenzaba a transmutarse en victoria política incuestionable gracias a un inesperado giro en la crisis.

El 25 de agosto, Sistani regresó apresuradamente a Irak y desde Basora anunció una marcha «pacífica» de civiles hacia la mezquita asediada para poner fin a la batalla. De inmediato, cientos de miles de personas comenzaron a marchar hacia Nayaf demostrando una vez más el poder de los religiosos en el nuevo Irak, frente a la impotencia del ejecutivo que dirigía Alawi y el propio ejército de Estados Unidos.

El amanecer del día 26 confirmó nuestros peores augurios. A media mañana, el goteo de heridos que llegaban hasta la mezquita era ya un reguero irrefrenable. Los traían recogidos en mantas, en camillas que chorreaban sangre o carretillas. «Hay muchos más que no podemos trasladar. Las calles están infestadas de francotiradores. Hay decenas de heridos escondidos en las casas», me contó Husein Ali, uno de los asistentes del centro. En ese instante los doctores intentaban reanimar a Haidar, un integrante del Mehdi, con un masaje cardiaco. Le tomaron el pulso y le miraron las pupilas. El sollozo de sus compañeros fue un signo claro del irremediable desenlace. «¡No lloréis, es un *shahid!*», clamó uno de ellos entre lágrimas.

Los militantes del Mehdi disparaban ya desde los torreones de la muralla y la misma cúpula dorada del imam Ali presentaba numerosos impactos de proyectiles. Los altavoces de la mezquita intentaban arengar a los paramilitares con proclamas religiosas y embustes destinados a consolidar su debilitada resistencia. «¡Hay cientos de soldados de la Guardia Nacional que han tirado las armas y se han pasado al Ejército del Mehdi!», se oía. «¡Este es vuestro día! ¡El día de la victoria!» «¡Los americanos encontrarán aquí su cementerio! ¡Pelead! ¡Pelead!», bramaba en pleno éxtasis el locutor.

Un seguidor de Muqtada permanecía en medio del patio portando una pancarta donde se leía: «Sé libre mientras vivas», uno de los dichos más famosos del imam Ali. Sin embargo, entre esas soflamas también pudimos confirmar lo que ya era un rumor entre todos los presentes. «¡Nos acaban de llamar por teléfono! ¡Hay miles de personas que llegan desde Basora! ¡Son un millón!», lanzó el megáfono. La primera prueba fue la aparición de media docena de manifestantes entre los que se encontraba Fahla Abdala. Venía herido, con la mano derecha reducida a un simple muñón. Afirmó que le había alcanzado la bala de una ametralladora de un tanque y se la arrancó de cuajo. Resultaba increíble, pero era capaz de mantener un diálogo fluido al tiempo que los médicos le suturaban la terrible herida. Tenía veintiséis años, y explicó que acudía junto a medio millar de civiles de Nayaf inspirados por el llamamiento de Sistani. «No querían que pasáramos y comenzaron a disparar. Hay miles en camino. Se detienen cuando les disparan y después siguen andando.»

A las 15.15 los altavoces comenzaron a tronar una vez más. «¡Alá os saluda! ¡La gente que venía a ayudar ha llegado! ¡Alá siempre otorga la victoria a quien tiene paciencia!» En ese instante oímos aporrear el gran portón de madera que los milicianos habían clausurado la jornada anterior, cuando se replegaron en masa hacia el edificio religiosos. Al abrirlo nos

sorprendió ver una marea humana que cubría los alrededores de la mezquita y que irrumpió en su interior de forma entusiasta.

En el gentío los chiquillos andaban de la mano de sus padres. «¡Ali, Ali!», sollozaba un anciano mientras intentaba abrazar la pared del templo. Otro muchacho de catorce años, Lith Esad, se desplomó a su lado sobrepasado por la emoción. «Lloro por haber llegado hasta aquí. No podíamos abandonar a Ali.»

La calle Al Sadq, que hasta horas antes era un lugar donde se peleaba esquina por esquina, se llenó de milicianos del Mehdi que establecieron una suerte de pasillo de honor para los recién llegados. Salían de los recovecos donde se habían escondido y les saludaban mostrando sus lanzagranadas y ametralladoras. La confusión era total, hasta el punto de que metros más allá me encontré con dos tanques norteamericanos bloqueados por la muchedumbre. «No tenemos ni idea de lo que está pasando», reconoció Johnson, el militar que sobresalía por una de las torretas. Grupos de iraquíes se detenían ante los Bradley y comenzaban a bailar en signo de desafío. Unos portaban retratos de Sistani. Otros de Muqtada. Y todos repetían los mismos mensajes: «¡No, no, a Alawi! ¡No, no, a América! ¡Sí, sí, al islam!».

Un religioso cercano a Sistani, Mohamed Bahr al Ulm, había asegurado que esta marcha «podía hacer historia». Tenía razón. La democracia secular que pretendía imponer Estados Unidos con sus aliados del exilio agonizaba igual que la credibilidad de Alawi, al que todos los manifestantes achacaban la represión. Después se supo que las fuerzas de la policía y la Guardia Nacional habían intentado frenar a tiros a los civiles matando a decenas de ellos.

La batalla de Nayaf concluyó con un pacto promovido por Sistani, que permitió que Muqtada retirara a sus milicias de la mezquita del imam Ali arrogándose el triunfo moral en la confrontación y preservara a sus combatientes para futuros desafíos.

También supuso un éxito absoluto del islam político y ratificó el poder que ostentaban los clérigos en la transición que enfrentaba el país. Lo que los iraquíes no habían comprendido es que la próxima fase del caos desencadenado por la invasión foránea iba a ser una lucha fratricida y atroz en el seno de esa misma religión.

14

La insurgencia suní se consolida



Bagdad/Triángulo suní, 2003-2004
Damasco, agosto de 2009

«Usted me debe odiar por haberlos matado.» Abu Abdulrahman pronunció la frase sin desviar sus ojos de los míos, en un pueril duelo de miradas que ambos manteníamos desde el inicio del encuentro. Nos sentíamos incómodos pero nos parecía necesario estar cara a cara, aunque por motivos distintos. Para él se trataba de cumplir con la palabra que le había dado a mi «padrino» cuando este le rogó que me recibiera, en aquel desvencijado apartamento de Qudsiya, un suburbio de Damasco que ya se había ganado el apodo del «pequeño Irak» por el número de refugiados que acogía. Para mí, se trataba de conocer la verdad sobre la emboscada que se cobró la vida de siete agentes del CNI, en noviembre de 2003, en Latifiya.

Hay historias abiertas, retazos de la realidad a las que el periodista se aproxima para no volver a saber nunca sobre su evolución. Suele ser lo habitual. Pero en ocasiones surgen otras a las que un golpe de suerte, la casualidad, o ambas cosas, facilita que el reportero pueda eventualmente ponerle un punto y final clausurando su particular archivo sobre la misma. Y esta es una de ellas.

Todo comenzó con una emboscada en la que perdieron la vida siete españoles, entre ellos Alberto Martínez, y con las imágenes de sus cadáveres siendo ultrajados por una masa enfervorecida. Siguió con un vídeo que llegó a mis manos en marzo de 2004, en una remesa de grabaciones de grupos insurgentes que algunos amigos iraquíes habían conseguido en sucesivas visitas a las mezquitas. El CD era tan anodino como el resto: un disco compacto sin etiquetar, con una palabra en árabe manuscrita con rotulador permanente. Comenzaba con las previsibles imágenes de protestas civiles reprimidas a tiros por las tropas ocupantes para pasar a exhibir el poder militar del grupo que lo había grabado —lanzaderas artesanales de misiles, lanzagranadas, fusiles— y sus acciones: quince tanques destruidos, treinta y seis Hummers calcinados, once transportes blindados arrasados, cuarenta y un helicópteros abatidos… Imposible distinguir entre realidad y propaganda. Pero tras la sucesión de explosiones, unas imágenes llamaron poderosamente mi atención. Varios civiles, entre ellos críos, pisoteaban unos cadáveres demasiado conocidos en plena noche, a pie de carretera.

«El 29 de noviembre de 2003, el escuadrón Al Hamza de la sección Al Tafira al Mansura, perteneciente a Ansar al Sunna, vigiló y persiguió a dos coches de la inteligencia española cuando regresaban de Hilla —recitaba una voz en árabe, con tono de parte militar—. Tendieron una trampa perfecta a la

altura de Latifiya y pudieron atacar a ambos coches. Dentro iban ocho personas, mataron a siete y al octavo le hirieron de gravedad. En el ataque decomisaron armas automáticas y cámaras. Todos los combatientes regresaron con vida.»

Ansar al Sunna, los Seguidores de la Tradición del Profeta, una agrupación armada suní que se perfilaba como una de las más poderosas y radicales del nuevo y caótico Irak, reivindicaba así las muertes de los siete agentes en el peor golpe sufrido por España durante su participación en la ocupación. Las imágenes de los cadáveres habían dado la vuelta al mundo, las había captado Sky News una hora después del ataque y no suponían prueba alguna de que la autoría correspondiera a Ansar al Sunna, como reclamaba el grupo. Pero el vídeo guardaba otra sorpresa: varias tarjetas de crédito españolas y tres documentos de identidad me provocaron un vuelco en el estómago. Uno era un carnet de conducir español, a nombre de Luis Ignacio Zanón Tarazona. Otra, una credencial expedida por la Coalición Provisional para Irak (CPI) a nombre de Luis Zanón. El último documento correspondía a Alberto Martínez González, el jefe de la misión. Eso sí constituía una evidencia. En España se había afirmado que los atacantes habían sido arrestados y que habían confesado su crimen y sus vínculos con el Baaz. Sin embargo, cuatro años después, el destino me conduciría al jefe del escuadrón de Ansar al Sunna que aseguraba haber ejecutado el ataque contra los agentes. Solo accedió a hablar por deferencia a mis «padrinos» iraquíes, pero el temor de enfrentarse a una trampa que derivase en su detención era evidente.

Cuando llegué a la destartalada vivienda que albergó nuestro encuentro, Abu Abdulrahman me aguardaba con resquemor. Estaba incómodo e impaciente por terminar. Su rostro despedía desconfianza, aunque también cierta curiosidad por la española que tanto insistía en verle. El encuentro había sido pactado tras interminables gestiones de una tercera persona, que respondía de mi integridad como periodista y con el suficiente carisma entre las redes de la insurgencia suní como para poder solicitar favores tan extraordinarios como el que estaba a punto de consumarse. Abu Abdulrahman había accedido tras semanas de dudas.

La obligada amabilidad árabe le llevó a invitarme a tomar asiento y ofrecerme té. Mientras volteaba la cucharilla y dejaba a mi traductor las formalidades de la presentación, aquel hombre —bigote canoso, ojos color avellana, bajo de estatura y constitución compacta, rozando el sobrepeso— dispuso del tiempo suficiente para observarme atentamente antes de pronunciar palabra. Pero no dio rodeos cuando comenzó a hablar. «Usted me

debe odiar por haberlos matado. Me dijeron que uno de los agentes era su amigo», lanzó pausadamente, esperando una reacción. Tragué saliva y le clavé los ojos. Esperaba algo similar porque la persona que había acordado la cita había sido sincero con ambos. Tenía la respuesta preparada desde hacía semanas, cuando supe que existía una posibilidad de encontrarnos. «Vengo como periodista. No estoy aquí para juzgarle, sino para conocer qué ocurrió y por qué ocurrió. Se han dicho muchas cosas en España y me gustaría saber la verdad.» Le sostuve la mirada, a la espera de que no lo interpretara como un desafío sino como un gesto de sinceridad. Reflexionó unos segundos antes de asentir, apesadumbrado.

Vestido con un chándal azul con rayas rojas de mala calidad, Abu Abdulrahman se arrellanó en el sofá. Su aspecto hacía pensar que no rebasaba los cuarenta años, pero las arrugas de su rostro le sumaban varios más. Parecía un individuo tosco, de escasa cultura pero profundas convicciones religiosas. Se definía como salafista, una de las corrientes más conservadoras del islam suní, lo que explicaba que en ningún momento me estrechase la mano ni mantuviese ningún tipo de contacto físico. Tras terminar el té y las formalidades, musitó una *sura* del Corán antes de iniciar un relato que se extendería casi dos horas.

«En aquel tiempo, controlábamos la zona en colaboración con otros grupos. Al mío le correspondía el tramo de la carretera que pasa por Latifiya, y al Ejército Islámico de Irak el tramo que atraviesa Mahmudiya. Mis hombres estaban apostados en tres puntos diferentes de la vía, divididos en tres grupos y separados por un centenar de metros, mientras que yo patrullaba con mi coche para controlar el paso de vehículos militares y extranjeros. Las órdenes eran darles el alto, y si no paraban, dispararles», comenzó a desgranar ante la atenta mirada, casi bovina, de dos combatientes jóvenes que le observaban absortos y admirados. «Cualquier coche conducido por extranjeros era objetivo. Aquel día no había mucho tráfico, y vi dos todoterreno blancos. Conducían muy rápido, y cuando se acercaban a zonas civiles aminoraban la velocidad. Eran un blanco fácil. Les perseguí seis o siete minutos, hasta que se acercaron al tramo donde estaban escondidos mis hombres», prosiguió. Le pedí que me hiciera un plano para comprender exactamente las distancias, la orientación y las posiciones. Asintió mientras me pedía, con una seña, una de las páginas de mi cuaderno y esbozaba un croquis de la carretera para especificar la posición de cada uno de sus combatientes.

Abu Abdulrahman parecía embebido en el relato, como si tuviera cierta necesidad de desembarazarse de ciertos recuerdos. Dibujaba pequeños monigotes representando a sus combatientes sin titubeos, así como la posición de los coches. «Cuando estuvieron a tiro, di la orden de que abrieran fuego. Los que estaban en la segunda posición dispararon con dos ametralladoras y varios Kalashnikov contra el primer coche», dijo, señalando con su gastado bolígrafo azul un equipo de monigotes y comenzando a trazar minúsculas rayas emulando una lluvia de balas. «El otro grupo abrió fuego contra el segundo vehículo. Entonces el primero derrapó y se quedó atravesado en la carretera. Ambos se detuvieron en lo que llamábamos "la zona de la muerte", un ángulo de tiro perfecto para todos mis hombres. Todos abrieron fuego al mismo tiempo, dispararon toda la munición que tenían. Creo que dispararon durante diez minutos. Los ocupantes del primer vehículo no tuvieron oportunidad de defenderse, no había en la carrocería ni un solo centímetro que no estuviese agujereado. Pero del segundo coche saltó un hombre con una ametralladora corta. Estaba herido en la pierna y quería escapar. Se refugió en una tienda cercana. Tres de mis hombres fueron a darle caza. Me dijeron que lo habían rematado.»

Abu Abdulrahman desconocía que José Manuel Sánchez Riera salvó la vida. Cuando se lo conté, sacudió la cara de puro asombro. «¿Sobrevivió? ¿Cómo?» Aduje que no tenía detalles, para eludir problemas. «Nos sorprendió mucho lo mal preparados que estaban. Los coches no estaban blindados. No recuerdo que nos devolvieran el fuego, y luego pudimos comprobar que no tenían armamento defensivo, solo armas cortas que no pueden medirse con un fusil Kalashnikov.» No pude evitar rememorar en voz alta una escena que podría explicar semejantes carencias. Meses antes de la emboscada, encontré a Alberto, aún jefe de la inteligencia española en Bagdad, con un mayúsculo enfado. «Me han detenido los estadounidenses, han registrado mi coche y me han requisado las armas salvo mi pistola de servicio. Dicen que no estoy autorizado a llevar armas largas. ¡Somos sus aliados! ¿Cómo nos pueden desarmar, sabiendo a qué nos exponemos?», me dijo entre aspavientos.

Tras escuchar la historia, el jefe del comando volvió a mostrarse abatido. Parecía que el conocimiento de las circunstancias pesaban en su conciencia. Decía tener la escena grabada a fuego. «Yo había observado toda la operación de pie. Cuando callaron las armas, observé al conductor del primer coche muerto, tendido sobre el asfalto. La persona que se sentaba detrás de él había muerto dentro del vehículo y un brazo le colgaba de la ventanilla. El copiloto tenía la mitad del cuerpo fuera del vehículo, y el cuarto cadáver estaba

tendido en el barro. El segundo coche estaba en llamas. Les quitamos todo: documentos, armas, ordenadores, botas… Apenas tardamos diez minutos por temor de que llegaran los americanos, que tenían nuestra zona bajo su responsabilidad. Nosotros nos fuimos cuando los vecinos se arremolinaron en torno al coche. Para ellos se trataba de espías extranjeros, y celebraron sus muertes bailando y pisoteándolos. Los cadáveres se quedaron allí durante horas, y nosotros nos marchamos a nuestras casas. Cuatro horas después, nos reunimos con el emir para examinar lo que les habíamos quitado y vimos sus documentos de identidad.»

Le pedí una pausa en el relato con la excusa de tomar notas. En realidad, me costaba digerir la situación. Cabía la posibilidad de que Abu Abdulrahman se hubiera inventado la historia, aunque resultaría sorprendente que pretendiese asumir la muerte de siete personas sin ser responsable. Su atisbo de remordimiento, más que por las víctimas por el hecho de entrevistarse con una compatriota de las mismas, me convencía de su autenticidad. El iraquí hubiera preferido no saber, no familiarizarse con sus muertos, no ponerles cara. Pero ahí estaba la casualidad para rememorar hasta el más ínfimo detalle de su acción de guerra.

Su voz ronca sonaba a disculpa. «Al acabar la euforia de la operación, me sentí mal. Dios no nos creó para matar, sino para vivir. Cuando vi los cuerpos me dio pena. Pensé en sus familias, en cómo habían sido engañados por su Gobierno para invadir nuestro país. Pensábamos que eran americanos, pero cuando descubrimos que eran españoles no hicimos diferencias.» Pensé con íntima satisfacción que todo crimen termina pesando en la conciencia, incluso en tiempos de guerra.

La prioridad tras la emboscada fue desembarazarse de los objetos personales. Abu Abdulrahman explicó que se los entregaron a miembros de Ansar al Sunna, organización hermana con una importante estructura propagandística, para dar publicidad a su éxito y desembarazarse de las pruebas. Así terminaron en el vídeo que vi años antes en Bagdad.

En total, según Abu Abdulrahman, veintiún hombres participaron en aquella emboscada. «Muchos fueron detenidos en el transcurso de ese año, pero ninguno en relación con aquel asunto», contaba mientras sus dos acompañantes asentían con la mirada. Les expliqué que el entonces ministro de Defensa español Federico Trillo afirmó que Sadam Husein había ordenado las muertes de los españoles y que el ataque fue una «emboscada minuciosamente ejecutada». Abu Abdulrahman me miró indignado. «Yo soy el jefe táctico de esa operación, y pongo a Dios por testigo de que Sadam no

tuvo nada que ver ni de lejos. Sadam era nuestro enemigo, nos perseguía desde 1985, cuando aparecieron los primeros grupos salafistas en Irak. La Mujabarat me investigaba. Los baazistas eran infieles, *kuffar*, y nunca tuvimos relación con ellos.»

Le expliqué que Trillo vinculó el ataque con el asesinato de otro agente del CNI, José Antonio Bernal, el 9 de octubre del mismo año en su casa de Bagdad. «Pero si la mayoría de los miembros de mi grupo ni siquiera conoce Bagdad», apostilló en tono cansino, encogiéndose de hombros. Entonces le comenté que José María Aznar anunció la detención de cuarenta y un baazistas responsables de la emboscada. El iraquí me miraba de hito en hito, como si no esperase que siete bajas mortales hubieran desatado una tormenta de declaraciones políticas en España. «En ese caso detuvieron a inocentes, y la mejor prueba es que estoy aquí», respondió con un leve puñetazo en la mesa. «Que yo sepa, arrestaron a cincuenta y siete campesinos de Latifiya y ninguno, créame, ninguno pertenecía a mi grupo. Decían que el jefe del comando era un tal Abu Abdala, y no conozco a ningún líder con ese nombre.» Volví a interrumpirle para contarle que un ciudadano chií, el bueno de Flayeh al Mayali, traductor y amigo personal de Alberto,[40] pasó once meses en las prisiones de Abu Ghraib y Umm Qasr en relación con los hechos. «¿Un chií atacando en el triángulo suní? —respondió reprimiendo una mueca cínica antes de adelantar el torso y adoptar un tono entre sarcástico y paternalista—. Lo siento, no trabajamos con *rafidain*.[41]»

La conversación comenzaba a parecerse a un partido de tenis. Le comenté que la prensa española publicó que los sospechosos confesaron durante los interrogatorios que los agentes del CNI seguían de cerca la pista del dictador, entonces en paradero desconocido, y que por eso fueron atacados. El rostro de Abu Abdulrahman se congestionó visiblemente: «Cuántas barbaridades se dicen en su país. Dígale a su expresidente y a sus ministros que son unos mentirosos —escupió asqueado—. El Baaz no nos empujó a combatir, fue Bush y su cruzada el que nos llevó a defendernos. Los más devotos entre los iraquíes, los hijos de las mezquitas, empezamos a organizarnos dos meses después de la invasión, cuando comprendimos que el enemigo no venía a ayudarnos sino a matar a nuestras mujeres e hijos. El mando político y militar de Sadam no despertó hasta un año después, al menos en mi área. —Su tono cambió de pronto al orgullo—. Fue la operación más importante que nunca se realizó contra una red de espionaje occidental. Y lo hicimos nosotros.»

Abu Abdulrahman respiró con dificultad unos minutos antes de calmarse. «Al principio, todos los ocupantes eran iguales: enemigos del islam. Cada

operación militar de Estados Unidos y sus aliados era un enorme crimen. Yo mismo fui testigo de cómo dispararon un tanque contra una casa de Yusufiya matando a toda la familia. Debe entender que estamos en guerra, y que en tiempos de guerra no se hacen excepciones. Pero de verdad que cuando vi los cadáveres de los españoles sentí un enorme pesar. Cuando oí que los españoles se retiraban de Irak, la noticia me hizo feliz. Si no se hubieran retirado, no me habría entrevistado con usted.»

Decidí cambiar de tema y preguntarle por los orígenes de su grupo, Al Taifa al Mansura. Sus explicaciones decepcionaban cualquier expectativa y desafiaban la definición misma de «emboscada minuciosamente ejecutada». «No éramos precisamente una organización potente», señaló Abu Abdulrahman con ironía mientras sus acompañantes, Abu Ali y Abu Abas, compartían codazos y cuchicheos. «No sabíamos ni usar el RPG, pero queríamos combatir, así que permití a mis hombres lanzar una operación militar contra los americanos. Fue un desastre, todo fueron equivocaciones, y antes de lo que me esperaba, mis hombres salieron corriendo. Así fue como empezamos a entrenar.»

No le resultó fácil encontrar veteranos del ejército iraquí deseosos de prestar su ayuda, entre ellos un oficial que había pasado nueve años dirigiendo una unidad de artillería en la guerra contra Irán. Durante meses, explicaba Abu Abdulrahman, Al Taifa al Mansura se entrenaba en los bosques y huertos de Latifiya en el uso de armas y en técnicas de combate irregular. «Medio año después, habíamos doblado el número y teníamos un buen nivel de combate. De mis hombres, cincuenta eran exoficiales del ejército iraquí y otros cincuenta profesionales, desde doctores hasta profesores universitarios. No teníamos el control de las ciudades pero sí de las carreteras, y nuestras operaciones cada vez estaban mejor organizadas. En septiembre ya fuimos capaces de atacar bases americanas con cohetes y cortar rutas vitales para sus comunicaciones.»

Insuficiente para afrontar un enemigo tan bien armado como el ejército invasor. Los insurgentes pronto entendieron que su fuerza estaba en la unión. Al Taifa al Mansura se unió con otros diez grupos para formar las llamadas brigadas Ali bin Ali Taleb, un frente salafista —«en nuestras filas no aceptamos a nadie que no sea un recto musulmán»— de unos dos mil hombres con cierto poder entonces en el sur de Bagdad. Además de ser responsable de Al Taifa al Mansura, Abu Abdulrahman fue nombrado responsable administrativo de las brigadas de Ali bin Ali Taleb: su nombre

pasó a engrosar las «listas negras» de la seguridad iraquí y de la coalición ocupante.

Según Abu Abdulrahman, la emboscada fue un blanco de oportunidad, una ocasión servida en bandeja para apuntarse un tanto contra los invasores. Me llevó más de media hora convencerle para tomarle una fotografía, con el rostro embozado para evitar ser reconocido. «Usted quiere que me detengan —respondía con recelo, sin el menor atisbo de sonrisa en sus labios—. Seguro que me pueden identificar por el iris de mis ojos.» Pensé en el daño que estaba haciendo la industria cinematográfica de Hollywood: si bien los soldados estadounidenses habían comenzado a «fichar» sospechosos captando el iris, era necesario un escáner especial para leer esa información. Y mi vieja cámara Nikon de segunda mano no tenía nada en común con aquellas sofisticadas máquinas que había visto en manos de los ocupantes. Tras mucho insistir, animado por los dos combatientes y por el traductor, Abu Abdulrahman finalmente accedió a tomarse una foto con el rostro tan cubierto por la *kefiya* que apenas podía adivinarse al ser humano tapado por aquel burdo vendaje campesino.

Finalizamos un encuentro de horas con más té, la obligada conversación sobre las respectivas familias y alguna promesa: se ofreció a recuperar los documentos de Alberto y sus hombres para demostrar así la veracidad de su relato, pero ambos sabíamos que no lo haría jamás. Eso le implicaría con pruebas fehacientes y el salafista no quería abrirse más frentes. Cuando me acompañaba hasta la puerta para despedirme me invitó a su casa de Latifiya la próxima vez que ambos coincidiéramos en Irak, una cortesía tan obligada entre árabes como irrealizable en aquellos tiempos, y antes de salir me retuvo unos segundos. «Por favor, transmita mi pésame a las familias», me dijo, en tono suplicante. Nunca lo hice. Meses después supe que Abu Abdulrahman había sido arrestado junto a uno de sus hombres en la frontera entre Siria e Irak cuando regresaba a su país natal. Fue condenado a una larga pena por terrorismo y pertenencia a banda armada: entre los cargos en su contra no figuraba la emboscada que costó la vida a los siete agentes del CNI.

En los orígenes la insurgencia suní era inconexa y tenía escasa preparación, pero la invasión y la omnipresencia de tropas extranjeras convertía a Irak en un enorme campo de entrenamiento donde cualquiera con voluntad de combatir encontraba fácilmente hueco y arma que empuñar. Instigada por las tropelías de las tropas invasoras, la abolición del Baaz y las fuerzas de seguridad del régimen y la percepción de que Washington estaba entregando el poder al histórico enemigo iraní, la insurgencia suní se ramificaba a un

ritmo vertiginoso. Creía tener legitimidad, sabía dónde se escondían los arsenales que había enterrado Sadam por todo el país y contaba con una cantera inagotable de voluntarios: una comunidad suní victimizada a la que Bremer había dejado en el paro. Y además tenían un regalo de los invasores, las nuevas tecnologías: antenas parabólicas, redes de telefonía móvil e internet que, prohibidas durante la dictadura, florecían ahora para calmar la sed de conocimiento de los iraquíes en todos los aspectos, incluido el militar.

Los discos compactos caseros se transformaron en una máquina de adoctrinamiento, formación técnica y propaganda para los insurgentes. Se distribuían en mercados, en mezquitas y se deslizaba en las bolsas de la población suní con disimulo pero sin reparos. En algunas grabaciones, un guerrillero con el rostro embozado daba clases prácticas sobre el montaje de detonadores rudimentarios y la reconversión de munición obsoleta en los llamados IED;[42] en otras, se mostraban los ataques contra tropas invasoras en una escalofriante exhibición de la eficacia de los grupos alzados.

La insurgencia suní no perdía el tiempo: en apenas dos meses, grupos como Ansar al Sunna, el Ejército Islámico de Irak y los Escuadrones de la Furia crearon un departamento de propaganda para darse publicidad y captar miembros. Los dos primeros también establecieron un liderazgo en una clara evolución desde los primitivos grupos vecinales organizados en torno a sus barrios, que atacaban cuando podían, no cuando querían, como le sucedió al comando de Latifiya. Los grupos iraquíes compartían conocimientos, métodos y objetivos: todo extranjero llegado al país con motivo de la invasión. Eso incluía a España.

La participación de las tropas españolas me perseguía en la cobertura iraquí. «España trata de proteger a Estados Unidos, y aunque preferimos cabezas estadounidenses y británicas, en un futuro muy próximo habrá bajas españolas.» Las palabras las pronunció Husein, uno de los combatientes del ejército de Ansar al Sunna con quienes me entrevisté apenas un mes antes de la emboscada en un siniestro presagio de lo que terminaría ocurriendo. «La historia no perdona a los colaboracionistas. Nos sentimos agraviados porque su país participa en este crimen. El hecho de que no haya habido hasta ahora bajas españolas no significa que no vaya a ser nuestro objetivo en un futuro muy cercano.»

El espigado iraquí, un exmiembro de las fuerzas armadas de tez oscura, picada de viruela, y ojos hundidos, hablaba sin resentimiento ante sus tres colegas en la anónima vivienda donde me recibieron, en alguna aldea entre Faluya y Abu Ghraib a la que llegué tras horas de confusa conducción con el

claro objetivo de que no pudiera identificar el área. Los componentes de Ansar al Sunna habían accedido a charlar con la periodista extranjera para tratar de explicar las razones y objetivos de la insurgencia suní. Había sido un encuentro trabajoso, de recomendaciones, permisos seguidos de repentinas negativas, desconfianza y miedos, que finalmente se celebró por lo que ellos definieron como una «necesidad de lanzar su mensaje». «Los medios de comunicación, incluso los iraquíes, presentan a los americanos como unos liberadores», explicaba uno de los insurgentes, que se identificaba como Abu Ali. Desde que el Gobierno provisional de Ahmad Chalabi —«ese ladrón que llegó subido en un tanque americano», lo definían— prohibiera semanas atrás en Irak las emisiones de Al Jazeera y Al Arabiya, los dos principales canales de información árabes, acusándolas de «colaborar con el terrorismo», la resistencia suní era invisible y muda. Tras mucho sopesar los riesgos, el comando de Ansar al Sunna decidió aprovechar la oferta de entrevista para recuperar su voz: su líder, sin embargo, solo se pronunció por carta.

Fueron cinco horas de encuentro marcado por los recelos iniciales, la confianza posterior y un acceso poco común a las interioridades de un movimiento armado que comenzaba a consolidarse. Qais, Husein, Abu Ali y Ahmed, pseudónimos elegidos para la ocasión, tenían en torno a los cuarenta años y disponían del entrenamiento militar que confiere la participación en dos guerras[43] común a todo varón iraquí de su generación. Ellos simbolizaban esa parte de la sociedad que se sentía «obligada» a luchar contra los ocupantes. «Decenas de miles de personas colaboran en todo el país aportando información sobre los movimientos de las tropas, buscando y escondiendo armas o municiones, alquilando casas seguras o automóviles y sirviendo de correo entre los diferentes comandos guerrilleros», explicaban satisfechos. En concreto, en Ansar al Sunna colaboraban fedayin, exmilitares, suníes apolíticos y salafistas. Dos de los presentes decían haber pasado por las cárceles de Sadam. El rencor por la figura del dictador, a quien consideraban responsable de la caída en desgracia de los suníes, era tangible. «Él nos trajo a los americanos. Esto es culpa suya —verbalizó Abu Ali—. ¿Por qué deberíamos luchar en su nombre?»

De tono dulce y pausado, casi didáctico, Abu Ali parecía revestido por cierta autoridad moral: su forma de expresarse y de razonar apuntaba a una formación académica superior a la de sus colegas. No parecía un hombre de acción sino un estratega, si bien no tardé en recordar que las apariencias engañan. «Yo no hago trabajo de campo: trabajo en la cocina —dijo Abu Ali, arrancando una sonrisa a sus colegas—. Cuando la familia duerme, bajo a la

cocina y saco mi material de “horneado”. Trabajo el explosivo como mi mujer trabaja la harina. Cinco kilogramos de TNT son suficientes para acabar con un Hummer, quince pueden acabar con un Abrams. Dos minas terrestres, o cualquier explosivo de potencia equivalente, destrozan un Bradley. En una buena noche de trabajo puedo montar hasta diez bombas», detalló orgulloso. Ahmed se encargaba de los detonadores y de algunas incursiones, amparado por la oscuridad de la noche, para colocar los explosivos a pie de carretera.

Ansar al Sunna representaba solo una parte del vasto conglomerado de grupos guerrilleros que se habían extendido por todo el país y que en los meses siguientes se escindirían, ampliarían y multiplicarían en una miríada inexpugnable, fuera del alcance de la prensa: apenas unos meses después, el secuestro fue adoptado como una práctica habitual de extorsión y financiación entre las guerrillas.

«La resistencia actual se puede dividir en dos partes: una está compuesta por quienes querían combatir, con o sin la bandera de Sadam, porque lo único que les importa era echar a los ocupantes; otros, con el permiso de nuestros líderes religiosos, comenzamos a robar armas y municiones pero aguardamos a la caída del régimen antes de actuar, para ver si los ocupantes se marchaban. Después de la ocupación, una vez desaparecido Sadam, todos tenemos un mismo objetivo: derrotar al enemigo común», añadía Abu Ali, entusiasmado con la expectación que generaba su relato. El dinero, decían, salía de las arcas de los suníes adinerados demasiado cómodos para empuñar las armas pero deseosos de contribuir a la causa; las armas no eran un problema. «Irak es un paraíso de armamento, el padre de todas las armas», apuntó Husein, parafraseando una de las célebres ocurrencias de Sadam.[44]

«Mientras los americanos se paseaban felices por la ciudad, creyendo haber conseguido tomar Bagdad, nosotros aprovechábamos la oscuridad para sacar en camiones miles de armas de fábricas abandonadas y de arsenales. Todos los iraquíes, especialmente los fedayin, saben dónde están. Al principio vigilamos los polvorines para anotar a qué horas patrullaban los enemigos. Luego fue fácil. Ahora tenemos misiles tierra-tierra y aire-tierra, baterías de cohetes, miles de detonadores a distancia, morteros, toneladas de explosivos TNT y suficientes RPG, fusiles de asalto y munición para combatirlos hasta que se vayan», explicaba Qais, el experto en logística de su comando.

«Los americanos cometieron muchos errores —intervenía Ahmed—. Dejaron por las calles toda la munición abandonada por las tropas iraquíes que desaparecieron sin plantar batalla. Así, recogimos morteros y municiones e incluso misiles tierra-aire.» Los cohetes permanecían escondidos en

diferentes puntos del mapa iraquí, casi siempre enterrados bajo huertas, y estaban reservados para las operaciones más ambiciosas.

Semanas después, casi por casualidad, tuve ocasión de comprobar cómo transportaban armamento los grupos insurgentes: las cajas iban ocultas en el fondo de una camioneta, enterradas por una tonelada de ajos. Al volante iba Abu Sajjad, un médico de treinta y cinco años antiguo comandante del ejército de Sadam, vestido como un campesino. Su tez tostada parecía confirmar que llevaba una vida entera cultivando, algo que jamás había ocurrido. Tras las presentaciones iniciales y la recomendación de los padrinos, Abu Sajjad se distendió. «Como combatiente, trabajo para las Brigadas de la Revolución del 20, pero distribuyo armas y munición a varios movimientos, según la demanda», me explicó confiado.

Abu Sajjad era un tipo jovial: su esposa y sus dos hijos pequeños residían con él en su vivienda del barrio Alam, al sur de Bagdad, cuando le conocí en la primavera de 2004. Había asumido una de las misiones más arriesgadas: localizar arsenales en zonas seguras y sacarlos sin ser detectado por las tropas ocupantes. «Sigue habiendo depósitos que ni nosotros mismos conocemos —me confiaba el médico—. Localizamos los arsenales gracias a los veteranos y vigilamos las rutas. Hacemos las incursiones de noche. En pocas horas, estamos capacitados para mover hasta una tonelada de armas. Luego dependemos de la suerte: muchas veces, los americanos nos sorprenden con un control, pero al vernos cargados de hortalizas nos hacen pasar, tomándonos por agricultores.» Abu Sajjad, durante once años médico militar, aseguraba que todo lo que encontraban en los arsenales era válido, aunque estuviera en mal estado. «Tenemos expertos que evalúan y modifican las cargas si es necesario», explicaba. Como al resto de insurgentes a los que entrevisté en aquellas fechas, le indignaba ser asociado con el Baaz de Sadam. «No somos ni sadamistas ni miembros de Al Qaeda. Somos iraquíes con el deber de defendernos. Cuando cayó Bagdad, al principio pensamos que desde un punto de vista islámico era reprobable robar armas, pero ante el temor de que cayeran en manos de nuestro enemigo, cambiamos de opinión», me contó en la consulta que mantenía en su casa.

Le pregunté cuántos de sus compañeros habían sido detenidos por las fuerzas de ocupación y reflexionó levemente antes de responder. «Creo que hemos tenido a un detenido cada cuatro meses, más o menos. No nos arriesgamos: preferimos perder una carga a perder un hombre. Pero la verdad es que hemos conseguido que los americanos liberen a todos los arrestados: nos ha costado mil dólares cada liberación, y a cambio se quedan las armas.»

Le pregunté más detalles, atónita ante su relato. «Los traductores del ejército ocupante ejercen de mediadores, les convencen de que son meros traficantes y al final, por un poco de dinero, los sueltan —prosiguió quitándole importancia —. Cuando hay mucha presencia militar y necesitamos transportar material, mi mujer o mi madre se ofrecen para conducir porque no suelen parar a las mujeres», añadió.

La fluidez del tránsito de armamento facilitaba los ataques de todos los grupos. «Si una operación requiere un lanzamisiles, lo podemos conseguir al día siguiente», comentaba satisfecho Abu Ali en la entrevista mantenida meses atrás con Ansar al Sunna. Según el insurgente, entre el material disponible había ametralladoras pesadas y misiles tierra-aire Sam-7 Strela, de fabricación soviética, que meses después tendría oportunidad de ver en Faluya en plena acción. «Lo más complicado es transportar lanzaderas, pero la estrecha colaboración de los grupos hace que todo sea rápido», intervenía Qais. «Incluso podemos construir nuestras propias lanzaderas, tenemos ingenieros en ello», añadía Husein.

Sentados en el suelo, sobre esterillas de mimbre, los guerrilleros comenzaron a animarse a hablar. «La única forma que tenemos de defendernos es la guerra de guerrillas —apuntaba Husein—. Los americanos nos superan en equipos y en número, pero nosotros conocemos el terreno, elegimos las circunstancias y las armas adecuadas y podemos hacerles daño. Ganaremos, porque tenemos la fe de nuestra parte.» Les pregunté por el resto de nacionalidades y Abu Ali bajó los ojos mientras Husein pensaba una respuesta. «Las tropas españolas son lo mismo que las americanas —dijo tras una pausa—. Todas son lo mismo. Nos sentíamos cerca de España y nos sentimos traicionados. No teníamos nada que ver con Al Qaeda, no había armas de destrucción masiva, pero nos bombardearon. Nos habéis invadido, y gobiernos como el vuestro mienten para justificar que las tropas sigan aquí.»

El discurso de los combatientes carecía de reproche y demostraba tener conocimiento de lo que estaba sucediendo en los países implicados en la invasión. Sabían que la población española, como tantas otras sociedades europeas, había expresado su rechazo a la invasión de forma mayoritaria en las calles y eso alimentaba su descrédito a una democracia que despojaba al pueblo del poder de evitar una agresión militar.

Aquellos cuatro hombres aseguraban tener firmes reservas hacia los atentados suicidas que ya se cobraban vidas de forma indiscriminada. «No trabajamos con combatientes extranjeros. No trabajamos con suicidas. Nos bastamos para echar a los ocupantes —puntualizó Husein antes de sacar unos

folios grapados que extendió en el suelo. Comenzar a leer—: Solo en mayo llevamos a cabo siete ataques. Casi nos estábamos entrenando. Murieron 13 americanos. En junio llevamos a cabo 16 operaciones, con más de 30 muertos. Un mes después fueron 25 ataques, con 137 muertos. En agosto las operaciones fueron 39 y mataron a 70 hombres. Entonces destrozamos un tanque. En septiembre hubo 31 ataques con 115 muertos», concluyó. Eso arrojaba un balance de 365 soldados muertos solo por parte de Ansar al Sunna, frente a los 85 que admitía el Centcom.[45] Les pregunté cómo podría confirmar esas cifras. «Grabamos todas las acciones en vídeo para mostrar al mundo que la guerrilla iraquí está actuando, pese a la versión americana de que aquí no hay resistencia, y también para dar confianza a todos aquellos que nos ayudan consiguiendo o financiando armamento», apostilló Abu Ali. «Otros grupos también lo hacen pero por el momento estamos descoordinados. Esperamos que aparezca un líder que nos una. Creemos que será mucho mejor tener una dirección militar y otra política —añadía Husein —. Pero nuestro objetivo no es tomar el poder, solo expulsar a los americanos.»

Abu Ali titubeó antes de sacar otro papel, doblado y guardado en su pantalón. Parecía que había dudado sobre el momento adecuado. «Este es un comunicado de nuestro líder para los responsables militares americanos», me dijo, ajustándose unas gafas en la punta de la nariz y procediendo a leer una declaración de intenciones escrita del puño de su máximo responsable.

20 de septiembre de 2003

En el nombre de Dios, el misericordioso y compasivo:

La yihad es algo obligatorio para todos los iraquíes porque sus ocupantes han invadido la tierra del islam. Desde ese día los suníes, monoteístas y salafistas han levantado la bandera islámica. Comenzamos formando grupos por barrios de forma casi natural, movidos todos por los preceptos coránicos y por las instrucciones del profeta Mahoma.

Nuestro objetivo es expulsar a los enemigos ocupantes y a los iraquíes que vengan a sueldo de los estadounidenses. Para ello, hemos creado este grupo, que incluye muyahidin, intelectuales con experiencia política y exmilitares con experiencia suficiente para dirigir nuestras acciones desde el norte hasta el sur de Irak y crear un inmenso ejército con una dirección que instaure un programa práctico,

que no sea importado y que obedezca a los preceptos islámicos, al Corán y a la tradición del Profeta. Por eso, nos llamamos Ejército de Ansar al Sunna. Queremos que nuestros hermanos nos acompañen en la yihad bajo la bandera de este ejército para materializar la esperanza de los musulmanes en un Estado islámico. Esperamos que este ejército sea la esperanza de la nación contra el enemigo. Estamos seguros de que los infieles y sus hipócritas ayudantes no podrán defenderse de nuestro ejército.

ABU ABDULA AL HASAN BEN MAHMUD,
emir del ejército de Ansar al Sunna

Ansar al Sunna no era el único grupo que, inicialmente, se desvinculaba de las acciones suicidas de Al Qaeda y de ataques contra civiles. En sus orígenes, la insurgencia era moderada y tolerante hacia sus «hermanos» chiíes, una circunstancia que cambiaría radicalmente en pocos meses a fuerza de atentados y masacres que enfrentaron a ambas comunidades. En noviembre de 2003, cuatro grupos armados reunidos en el Grupo de Resistencia Islámica de Irak se desmarcaban de las llamadas «operaciones de martirio». «No tenemos ninguna responsabilidad en los atentados contra civiles. Nuestras acciones de guerra santa solo se dirigen contra los americanos y sus aliados.»

A finales de 2003, las noticias sobre ataques contra convoyes extranjeros se sucedían de forma trepidante en el Irak suní, materializándose en columnas de humo y vehículos calcinados a pie de carretera. Los controles eran tan exhaustivos que el tráfico se convirtió en una pesadilla para los bagdadíes, que renunciaban a la puntualidad víctimas de la paranoia de los soldados. Cuando se circulaba por carretera, salvando grandes distancias, los conductores entraban en un estado histérico ante la proximidad de un convoy militar, acelerando para adelantarlo incluso exponiéndose al disparo de los nerviosos tiradores que oteaban el perímetro: tal era el pánico a un ataque de la insurgencia contra las columnas de vehículos militares. Pero al tiempo que aumentaban los ataque con explosivos improvisados (IED) también se incrementaban los ataques suicidas y contra «colaboracionistas» chiíes, desde jueces a policías recién licenciados, en lo que ya perfilaba el enfrentamiento sectario que meses más tarde desgarraría Irak.

A Abu Yendel al Shamari le costaba confiar en los muyahidin extranjeros atraídos por la guerra santa, pero a medida que avanzaba el conflicto sus reticencias se resquebrajaban. Apreciaba el inédito gesto de ayuda que

implica cruzar medio mundo para ayudar a un pueblo en su lucha contra la ocupación, pero no comprendía sus métodos, incluso desde su posición como máximo responsable del Ejército Islámico de Irak, que en abril de 2004, cuando tuve la ocasión de entrevistarle, contaba con un millar de combatientes en todo el país. «Esperamos que los americanos se vayan del país antes de llegar al punto de tener que inmolarnos, porque el valor de un muyahid equivale al de muchos de ellos», decía este clérigo rubicundo y afable, de penetrantes ojos castaños y constitución de gigante. «No queremos dañar a nuestros hijos y hermanas con acciones suicidas. Por eso no hay colaboración con Al Qaeda», proseguía, en referencia a la organización liderada por Abu Musab al Zarqawi, que se había consolidado mediante métodos brutales con enorme número de daños colaterales; precisamente ahí radicaba el dilema de Abu Yendel. «No necesitamos dañar civiles para combatir la ocupación —repetía—. No hay relación, ni la habrá en el futuro, con Al Qaeda. Quizá podamos aprender de sus métodos, pero nosotros decidimos los objetivos.»

El indiscriminado rastro de sangre que dejaban las huestes de Zarqawi con sus acciones todavía generaba un dilema moral entre determinados grupos guerrilleros en la primavera de 2004, como demostraban las palabras de Abu Yendel, licenciado en Literatura e imam de una mezquita. Viendo su aspecto mundano, cabello canoso, poblada barba y mirada paternal, nadie habría dicho que Abu Yendel consumía sus horas preparando ataques contra las tropas de ocupación recostado sobre un detallado mapa castrense, tal como me recibió en su cuartel general de Bagdad. Su radio de acción giraba en torno al norte de la ciudad, aunque el cerco militar a Faluya le había hecho desplegar fuerzas en esa localidad suní. De nuevo, se trataba de un encuentro pavimentado en los ruegos de amigos comunes que le pedían vencer su resistencia a los extranjeros para acoger a una periodista: desde que comenzó la conversación, dejó claro de forma cortés que solo hablaba para contrarrestar «la propaganda estadounidense según la cual terrorismo es todo aquello que no convenga a Washington, mientras que sus crímenes y los sionistas son tolerados», y derribar algunos conceptos extendidos en Occidente. Y por una circunstancia excepcional: la orden de retirada de las tropas españolas de Irak dictada por el recién elegido presidente José Luis Rodríguez Zapatero. «El nuevo presidente español empieza a liberarse del yugo americano. Zapatero es un hombre valiente, porque un paso así solo lo puede dar alguien valiente, y eso confirma que el mundo islámico seguirá

teniendo buenas relaciones con el Gobierno de España. Además, acaba de salvar las vidas de mil trescientos soldados españoles», dijo ufano.

La historia del Estado Islámico de Irak, rememorada por el clérigo poeta, recordaba poderosamente a la de Ansar al Sunna, con pequeños matices. «Todos los miembros de nuestra organización son exmilitares, la mayoría suníes aunque también chiíes, pero ninguno perteneció al Baaz. El Baaz no compartía los principios del islam, pero eso no implica que vayamos a tolerar que la cultura americana se implante en Irak», explicaba Abu Yendel mientras atendía, de tanto en tanto, las palabras de sus hombres musitadas en su oreja e impartía órdenes cortas y sencillas. Se expresaba de forma culta, con tono sosegado pero de firmeza castrense, haciendo honor a su pasado militar. Su rostro estaba afeitado y su indumentaria, *dishdasha* blanca inmaculada y *kefiya* roja y blanca, hacía fácil imaginarle conmoviendo a sus fieles durante las oraciones de los viernes. «Nuestros objetivos son dos: expulsar a los ocupantes y formar un ejército que contribuya a la reconstrucción del país, no con aquellos que vinieron en los tanques sino con hombres de nuestro pueblo.»

Abu Yendel, con diez años de experiencia militar y dos guerras a sus espaldas, admitía que los objetivos de sus hombres estaban cambiando. Si en un principio solo atacaban a uniformados extranjeros y a los iraquíes que trabajaban para ellos, a medida que Irak comenzó a poblarse de empresarios y de los miniejércitos de mercenarios que los protegían la agrupación cambió de política. «Cualquiera que esté en las filas del enemigo es nuestro objetivo. Militares, agentes de inteligencia, empresarios y mercenarios», explicaba. Sin embargo, se pronunciaba contra la práctica del secuestro, que se extendía como la pólvora por todo el país. «No tocamos a civiles o a los extranjeros que vienen a ofrecer ayuda humanitaria —me dijo esbozando una sonrisa—. Puedes estar tranquila.»

Abu Yendel estaba acompañado de tres de sus lugartenientes, ocupados en las comunicaciones por radio, armados y dispuestos a atender la más mínima necesidad de su jefe. Destilaba carisma, pensaba cada una de sus respuestas con atención y no dejaba nada al azar. Arrojado, se le podía calificar de temerario e incluso de suicida. Esa fue la conclusión que saqué cuando, tras más de tres horas de conversación y muchos vasos de té, le expliqué que necesitaba una fotografía de él y sus hombres para ilustrar mi artículo. Me esperaba la tradicional negativa argumentada por motivos de seguridad y la consiguiente charla para convencerle de lo contrario cuando aceptó sin dudarlo.

—Haga cuantas quiera —dijo.

—¿Así? ¿A cara descubierta? Es como garantizar vuestra detención —le dije.

Sus hombres se aproximaron a él y entre cuchicheos le convencieron de que se tapase la cara para la sesión fotográfica, aunque accedió a regañadientes.

—No me gusta esconderme. Estoy orgulloso de mi decisión de combatir y de mis hombres, no tengo por qué ocultarme —rebatía.

Terminé preguntándole por sus sentimientos hacia los ocupantes.

—¿Qué os mueve? ¿El odio?

Miró al suelo y tardó unos segundos en pronunciarse:

—Estados Unidos tiene una historia criminal. Bush es el mayor enemigo que hemos tenido en la historia: ha declarado una cruzada y pretende actuar por mandato divino para corregir un error de Dios. Una persona así es capaz de cualquier cosa. ¿Odio? Esa palabra no es suficiente para expresar lo que siento por los soldados americanos —replicó sin el menor signo de agresividad—. Pero ya le aviso: Irak será su cementerio.

15

El Irak de los coches bomba



Bagdad, 2004, 2005 y 2006

En su delirio, Zahra Ali Rahman se aplicaba con esmero en recoger con un trozo de plástico los diminutos pedazos de carne humana. Los agarraba uno a uno. Pingajos achicharrados irreconocibles.

Hacía meses que asistíamos a escenas espeluznantes en la capital iraquí, pero aquella imagen me revolvió el estómago.

Conseguí recomponerme y acercarme a la señora. Zahra tenía cincuenta y tres años pero su rostro, cruzado por las arrugas, parecía el de una anciana. Caminaba encorvada, arrastrando su triste historia por el lugar del atentado, sin dejarse confundir por la maraña de gritos, lloros y carreras que se sucedían tras el atentado.

Solo se detuvo al oír mi voz y me explicó que no era la primera vez que se dedicaba a recuperar los restos de las víctimas. De pronto, era el único objetivo que le movía en la vida. Se lo asignó a sí misma cuando su hijo Yasim, de veintiocho años, «desapareció» el 11 de abril de 2003. «Ahora todas las víctimas son como mis hijos. Cada vez que oigo una explosión voy al sitio que se ha producido. No los puedo dejar esparcidos por el suelo. Eso es pecado en el islam», me contó.

Miré el reloj y eran las once y media de la mañana. El coche bomba había estallado una hora antes. La explosión había sacudido la principal comisaría capitalina, en las inmediaciones de la calle Haifa, que se había ganado una triste fama como reducto de las huestes de Al Qaeda. Como ocurriría mil veces en el futuro, la detonación arrasó las instalaciones oficiales y mató a decenas de jóvenes que hacían fila para enrolarse en las fuerzas de seguridad. También segó la vida de los viandantes que se arremolinaban en las decenas de estantes y pequeños negocios instalados a su alrededor.

El estallido asoló la calle Zawra Club. El mismo lugar que minutos antes se encontraba repleto de jóvenes que jugaban al billar en bares como Al Nur o apuraban un té, se llenó de charcos de sangre y cuerpos destrozados esparcidos por el pavimento. «En ese mismo instante un oficial estaba leyendo los nombres de las personas que podían acceder al recinto. Por eso se apelotonaron en la entrada. Ha sido una masacre», me aclaró Ali Badri, un policía de veintiséis años. Era difícil mantener una conversación en medio del caos, del ulular de las sirenas de las ambulancias y el humo de los incendios.

Me encontré sentado en una acera con Hasan, el propietario de una de las tiendas devastadas. Apenas podía expresarse. Las lágrimas le entrecortaban la voz. «Se oyó una enorme explosión y vi pasar trozos de cuerpos volando. ¿Esta es la democracia que nos prometieron los americanos?»

Irak se iba a convertir en una auténtica universidad para aprender a descifrar los detalles que definían cualquier atentado. Bastaba con apercibirse del socavón que había dejado el atentado para comprender que se trataba de un vehículo atestado de explosivos. Los vestigios del coche o camión —esta vez había sido un automóvil— siempre quedaban reducidos a fragmentos metálicos y un motor ennegrecido, a diferencia del resto de los autos del entorno, cuya carcasa podía reconocerse pese a ser chatarra achicharrada.

Con los suicidas a pie era más sencillo. Las explosiones eran menos poderosas, solían despedazar a sus autores pero mantenía casi siempre entero su cráneo, que aparecía por los alrededores. En este caso debía ser un kamikaze, ya que la oquedad que había dejado en el asfalto se encontraba en medio de la calle. El coche estaba circulando.

Jornada tras jornada, los iraquíes aprendían a convivir con el horror. Ese 14 de septiembre de 2004, Zahra no era la única que retiraba desechos de carne humana de la calle. Un grupo de niños, en lugar de estar jugando al fútbol, se dedicaban a apilar piltrafa en cajas blancas de corcho. «Son las que usamos para los tomates», me contó uno. Miré y pude contar desde dedos a un ojo y muchos más restos irreconocibles. Alguien más encontró un pie cercenado y lo colocó en uno de los cajones. «Hay una cabeza sobre ese árbol», clamó otro de los chiquillos.

Irak se había transmutado en un ingente manicomio donde todos asistíamos a secuencias propias de una película *gore* sin poder asimilar la catástrofe que se avecinaba. Los mismos iraquíes eran incapaces de comprender lo que ocurría, y volcaban su indignación contra las tropas de Estados Unidos. Cuando apareció el ministro de Interior, Falah al Naqib, los presentes le abuchearon y lo convirtieron en blanco de su ira. Su guardia personal tuvo que hacer grandes esfuerzos para que la muchedumbre no se abalanzara sobre él. «¡Esto es obra de los americanos! ¡Desde que han llegado no cesan de explotar bombas! ¡Son el demonio!», le bramó un chaval. Otros supervivientes no cesaban de insultar al primer ministro, Iyad Alawi. «¡Alawi es un hijo de puta!», gritó un camionero al abandonar la zona. Muchos simplemente lloraban desconsolados o, como una mujer que parecía fuera de sí, se golpeaban el pecho entre gritos perturbados. En realidad todo era pura impotencia.

Esa misma tarde nos llegó el comunicado habitual del grupo que dirigía el jordano Abu Musab al Zarqawi. «Gracias a Dios, un león de nuestras brigadas que buscan el martirio consiguió atacar un centro de voluntarios para la policía de los renegados», se leía en el texto. El ataque contra la comisaría de

la calle Haifa dejó al menos cuarenta y siete muertos y muchas más docenas de heridos, unas cifras que ya ni siquiera asombraban a una población que para esas fechas había sufrido sucesos de este tipo mucho más trágicos.

Los iraquíes empezaron a intuir el espanto que se avecinaba a los pocos meses de la invasión. En agosto de 2003 los atentados contra la embajada de Jordania, la sede de Naciones Unidas en el hotel Canal y el brutal asesinato del líder chií Sadam Mohamed Baqr al Hakim en Nayaf, dejaron decenas de muertos y se convirtieron en el sangriento epílogo de toda una nueva era en Irak.

Aunque aparente ser una ironía Zarqawi, el excombatiente de Afganistán que estaba llamado a dejar una truculenta impronta en la historia de Oriente Próximo, solo adquirió rango de estrella mediática gracias a la publicidad que le otorgó Washington por medio del tristemente célebre discurso que ofreció Colin Powell ante las Naciones Unidas en febrero de 2003, en el que le identificó como la supuesta conexión entre Sadam Husein y Al Qaeda. Era falso, pero la anarquía en la que derivó la ocupación se convirtió en una certeza y Zarqawi obtuvo así el contexto que requería para enarbolar la bandera del terror. Muy pronto conseguiría que miles de voluntarios se engancharan a ese delirio. «La chispa se encendió aquí en Irak y su calor continuará aumentando con el permiso de Alá hasta quemar al ejército de los cruzados», afirmó en noviembre de 2014 un encapuchado mientras exhibía la cabeza decapitada de una de sus víctimas. Era la misma frase que habría pronunciado Zarqawi en Irak y que se erigió en *leitmotiv* de generaciones de fanáticos. El embozado se hacía conocer como John el Yihadista, y su víctima era el rehén estadounidense Peter Kassig, con el que había coincidido como cautivo de los radicales.**[46]** La semilla del diablo se había transmutado en un plantío infinito de demencia.

Los iraquíes no podían prever que aquella organización inicial que se llamó Tawhid wal Yihad («Monoteísmo y Guerra Santa») y se presentó en la nación árabe en 2004 augurando «llamas ardientes para los enemigos de Dios» derivaría en el Estado Islámico, pero sí se percataron muy pronto de que la «liberación» que preconizaban los norteamericanos no era más que humo, el mismo que veían ascender día a día con cada explosión que sacudía sus ciudades. A partir de agosto, los atentados se multiplicaron tanto como la cantidad de explosivos que usaban los insurgentes o el número de aspirantes a suicidas que llegaban hasta el país, que muy pronto superó el centenar cada mes.

Con el paso del tiempo, el estruendo de los estallidos se tornó en un elemento cotidiano en la capital. Los periodistas instalados en el hotel Mansour comenzamos a desarrollar un preocupante hábito: nada más oír el estampido me asomaba a los balcones y ventanas del edificio para intentar visualizar la columna de humo que solía señalar la localización del suceso. Después llamaba a Jalil y partíamos a toda velocidad hacia ese lugar.

Los insurgentes habían comprendido la necesidad no solo de matar, sino de conseguir que sus víctimas ocuparan un lugar prominente en los informativos internacionales y por ello insistían en golpear el centro de Bagdad. La emblemática plaza Tahrir y calles del entorno como Saadoun se erigieron en objetivo repetido de sus ataques. La calle Saadoun podría ser el equivalente a la Gran Vía de Madrid, una travesía que une la plaza Firdus —al lado de los hoteles Sheraton y Palestina— y Tahrir.

El 4 de octubre de 2004, el rugido sordo se oyó a media mañana. De inmediato pude ver como se alzaba la humareda entre los edificios del área de Saadoun. Jalil y Flayeh me esperaban en la recepción del hotel y en quince minutos nos encontramos acompañando a Ayad Ahmed a través de un nuevo recorrido por el espanto más absoluto. Propietario de un pequeño puesto de té ambulante, Ahmed me contó que se encontraba a menos de cincuenta metros del lugar donde estaba aparcado el coche bomba. Parte del armazón metálico del vehículo permanecía colgando de manera inverosímil del toldo de su pequeño establecimiento. Dos automóviles seguían ardiendo a pocos metros. «Todo voló por los aires y los americanos empezaron a disparar como locos. Fue cuando salí corriendo hacia la callejuela para esconderme», relataba. Al adentrarse por el callejón, el horror le hizo regresar a Saadoun. Primero se topó con un zapato. Después con un riñón. A medio metro habían caído los intestinos. Los despojos dejaron un claro reguero de sangre sobre una de las paredes. El cuerpo debió volar literalmente desde la calle, impactar contra el tabique y caer en medio de la calleja. Parecía ser el cadáver de un hombre. Cercenado por la cintura. «Este era uno de los mejores lugares para tener un negocio, la calle más importante de Bagdad, y mire. ¡Rodeado de trozos de cuerpos humanos!», se quejó conmocionado el iraquí de cuarenta y cuatro años.

La calle Saadoun estaba colmada de agencias de turismo, compañías aéreas, restaurantes y hoteles como el Bagdad, Sheraton o Palestina. Los dos últimos eran la sede de un gran número de medios de comunicación. El primero acogía a decenas de los múltiples buscadores de fortuna, exmercenarios y contratistas que habían recalado en Irak tras la invasión.

«Todos los días discutíamos sobre la posibilidad de que esto pasara. Cada vez que veíamos salir a los americanos [del hotel Bagdad] nos escondíamos, y si alguien encontraba un coche extraño llamábamos a la policía. Esto es una locura. Solo nos queda encomendarnos a Dios», alegó el iraquí.

El atentado parecía estar dirigido también contra un todoterreno. Los vecinos del área decían que en él viajaban «extranjeros». La nacionalidad del único cuerpo que continuaba dentro del jeep ya no tenía importancia. Era un simple amasijo de carne ennegrecida que el fuego seguía consumiendo. Husein Judayar, un chaval de trece años, era otro de los testigos que había presenciado el brutal episodio. «Eran cuatro americanos. Tres están muertos y a otro se lo llevaron herido.»

Después, siguiendo la dinámica que ya semejaba ser norma en una nación sumergida en el total desvarío, Husein se ofreció a enseñarnos los múltiples trozos humanos que habían quedado repartidos por una de las arterias viales más emblemáticas de Bagdad. «Mire, aquí hay un pie y allí, encima del coche, hay un trozo», dijo antes de que nos fuéramos.

Llegaría el día en el que ni siquiera tendría que salir a la terraza para conocer donde se había producido la explosión. Ocurrió el 25 de octubre de 2009, cuando el enésimo suicida decidió hacer estallar su coche frente a la sede del Gobierno provincial de Bagdad, ubicada justo frente al hotel Mansour. Como ocurre en todos los conflictos, la fortuna nos había dirigido esa mañana hacia Nayaf haciéndonos transitar por delante del lugar exacto del atentado media hora antes de que ocurriera. Al conocer la noticia, volvimos hacia Bagdad y nos encontramos con ambos edificios devastados. Mi habitación era una mezcla de cristales rotos y pedazos de techo alfombrando el suelo. La puerta había sido arrancada de cuajo por la onda expansiva. El resto del habitáculo presentaba la misma imagen de ruina.

Uno de los guardias, Mohamed Abed, me contó que había visto «una bola de fuego» antes de correr a refugiarse al interior del edificio. Se salvaron porque el hotel disponía de una extensa zona de aparcamiento frente al edificio y estaba protegido por gruesos muros de cemento. «Al volver a salir nos encontramos con un espectáculo terrible. La calle estaba llena de coches ardiendo, de cadáveres rotos en pedazos», añadió el iraquí al que me encontré enterrando despojos humanos en los jardines de lo que antaño había sido un hotel de lujo bajo la marca de la firma española Meliá. El militante y su carga dejaron un ingente agujero en la travesía que se anegó por una fuga de agua. La acumulación de líquido se había teñido de rojo al mezclarse con la sangre de las víctimas.

Abed me narró uno de los episodios más insólitos de una realidad que hacía años que superaba a cualquier guion cinematográfico. Según él, la explosión había servido para liberar a un iraquí que estaba secuestrado en el maletero de uno de los coches afectados por la metralla. Los dos autores del rapto habían muerto alcanzados por las esquirlas.

Esa noche cientos de clientes del Mansour abandonaron el alojamiento acarreando maletas en medio de las ruinas. Uno de ellos, Fawzi Saidi, no paraba de menear la cabeza cuando habló conmigo. «Esto es una locura. Irak es una locura.» Yo terminé durmiendo en la cama de la única dependencia que encontré habitable. Podía elegir. El Mansour se quedó vació en cuestión de horas. Fue la última noche que pasé en lo que había sido mi domicilio en Irak.

Los atentados promovidos por Zarqawi no solo dejaban socavones físicos. Desde un primer instante, el radical apostó por desgarrar también el tejido social iraquí y minar la relación que mantenían suníes y chiíes desde hacía décadas, y que no había conseguido quebrar ni la guerra contra el supuesto paladín de esta minoría musulmana: Irán. Anticipándose al estilo apocalíptico de sus herederos del Estado Islámico, Zarqawi decidió priorizar el conflicto sectario en vez de focalizar sus arremetidas contra las tropas de ocupación, como hacían otros muchos grupos de la resistencia. Tras repetidas peroratas incendiarias como la que difundió en enero de 2005, donde calificaba al principal referente espiritual de los chiíes, el gran ayatola Ali al Sistani, de «Satán», su tono mesiánico alcanzó el clímax en septiembre de ese año, al declarar la «guerra total» contra los chiíes pero también contra todo aquellos suníes que no aceptaran su liderazgo. «Cualquier grupo religioso que quiera encontrarse a salvo de los golpes de los guerrilleros tiene que rechazar al Gobierno de Al Jaafari.[47] Si no, sufrirá el mismo destino de los cruzados», se le oyó decir en una grabación difundida por las televisiones árabes. «Solo hay dos campos, el de la verdad y sus seguidores, y el de la falsedad y los chiíes. Tenéis que elegir en qué trinchera queréis estar», añadió. Pero a lo largo de 2003 y 2004, la mayoría de los iraquíes —incluidos muchos miembros de la resistencia suní— se negaban todavía a asumir esas diferencias.

Una jornada de enero de 2004 viajamos hasta Baaquba, donde la jornada anterior otro ataque había matado a varios feligreses chiíes que participaban en el sagrado rezo de los viernes. Situada en la provincia de Diyala, a unos cincuenta kilómetros al norte de Bagdad, Baaquba era un ejemplo de la mezcolanza que persistía en muchas regiones del país entre miembros de las

dos principales ramas del islam. Por eso todos los presentes, hasta deudos como Ali Arzuk Naser, que recibía el pésame en la tienda fúnebre donde rendía memoria a su hermano Taha Arzuk Naser —un carpintero de treinta y ocho años—, refutaban cualquier distinción de credos. «¿Suníes contra chiíes? ¿Aquí, en Baaquba? ¡Nunca! Mi esposa es suní», me dijo mientras le entrevistaba. A continuación señaló a otro de los iraquíes sentados a su costado. «Este señor, que es mi primo, es suní. Aquí nunca hicimos diferencias. Nos casamos entre nosotros. Quien hizo esto no puede ser musulmán. Son terroristas que luchan contra el islam», opinó. No lejos de allí, en la antigua municipalidad, donde antes se encontraba el sempiterno retrato de Sadam, alguien había colgado un cartel donde se leía: «No a las disputas religiosas. Ni suníes ni chiíes. Un islam».

La población iraquí comprendía que la guerra sectaria iba a multiplicar la catástrofe que sufría el país, pero no podían evitar acercarse cada vez más al abismo. Con cada explosión se agudizaba la grieta entre comunidades, entre vecinos y amigos, que de pronto empezaban a sopesar con desconfianza la filiación sectaria de la misma persona a la que llevaban tratando durante años. Los suicidas atacaban de forma persistente mercados, templos y cualquier aglomeración popular en enclaves de mayoría chií. Las explosiones se incorporaron al desarrollo habitual de las concentraciones masivas del Ashura, comenzando con la devastadora masacre que dejó casi dos centenares de cadáveres durante esa cita en 2004. Al año siguiente, los extremistas volvieron a reincidir atacando la misma conmemoración con toda una oleada de hombres bomba. Hasta ocho contaron las autoridades.

Nos acercamos a las inmediaciones del santuario de Kadhimiya, en el mismo Bagdad, donde se encuentra la tumba del séptimo imam chií, Musal al Kadhem, y el lugar elegido por uno de los kamikazes para inmolarse dentro de un autobús. No había conseguido llegar hasta la aglomeración que reunía a cientos de miles de personas, pero consiguió matar a una veintena. Cuando llegamos, el minibús amarillo permanecía despanzurrado en la calle y los presentes estaban enfrascados en intentar averiguar la identidad de una cabeza cortada que continuaba en el asfalto. «¡Es de un chico del barrio! ¡El resto del cuerpo está junto al autobús!», le increpaba un vecino a un policía enzarzados en una discusión absurda.

Pese a los ataques, los feligreses seguían afluyendo a Kadhimiya propulsados por una fe irreductible. «Incluso si nos cortan las piernas y los brazos, nos arrastraremos hacia ti, imam Husein», había escrito en una pancarta que colgaba junto al muro donde Abdel Ruda Abdel Razir se

mantenía impertérrito cociendo arroz en una enorme caldera comunal para alimentar a los peregrinos. «Esos wahabíes no entienden que con Sadam Husein nos mataban por decenas de miles y aquí seguimos. No nos dan miedo», aseveró.

Al escuchar la radio me percaté de que aquel no era el único incidente similar de la jornada, y decidí acudir al Hospital Yarmouk, uno de los principales hospitales. La estampa con la que nos encontramos en la morgue del complejo era tan macabra como la que veníamos de visualizar en Kadhimiya. Aquí los cuerpos estaban apilados en camillas que chorreaban sangre, alineados en el suelo o envueltos en mantas cuando solo eran fragmentos. Decenas de personas removían los cadáveres intentando averiguar el paradero de sus familiares. Un tumulto que iba acompañado de los alaridos de quienes sí habían descubierto el triste destino de aquel al que buscaban. Uno de los que chillaban era Samir Salem. Su hermana y sus sobrinos se abrazaban a su lado al cuerpo inerte de su cuñado. «¡Nos quieren dividir! ¡Mantengamos la unidad!», clamaba.

Por los pasillos del hospital se sucedían las carreras de doctores acarreando víctimas, que habían desbordado las salas de primeros auxilios. Sumidos en la psicosis, los policías disparaban al aire en la entrada del recinto para hacer reducir la velocidad de los coches por temor a otra arremetida de un extremista. «¡Vigilad a la gente! ¡Puede haber otro suicida dentro del hospital», vociferaba un chaval en la morgue. Junto a él una señora aullaba sin sentido al cielo y repetía: «¿Husein, por qué nos pasa esto?».

Ese día hasta el Partido Islámico, la principal formación suní del país, condenó lo sucedido. «Dudamos que quienes han hecho esto pertenezcan al islam. La respuesta ante estos crímenes […] contra nuestros inocentes hermanos chiíes […] debe ser más unidad». Al caer la noche encendí la televisión y escuché a un alto cargo del partido chií Al Dawa, Walid al Hilly, expresándose en términos similares. «Están matando a hombres, mujeres y niños desarmados. Esas acciones terroristas no nos intimidarán. Hemos elegido la hermandad con suníes, cristianos, kurdos y otras sectas.»

Tendría que pasar menos de una década para que volviera a oír las mismas promesas en Siria, aunque entonces ya era consciente de que esas convicciones estaban abocadas a ser barridas por el odio sectario.

Yasir Abraham disfrutaba mientras me mostraba el vídeo que recogía los últimos seis meses de los Halcones de Irak. «Es nuestro apodo, nuestro código cuando nos llaman los americanos», dijo al referirse al identificativo de su unidad. La grabación comenzaba con un recorrido por el espanto más

absoluto. Eran imágenes del atentado contra la embajada turca de Bagdad en octubre de 2003. Un primer plano de dos piernas unidas a un pingajo humano cercenado por la mitad. Vehículos reventados por la metralla. Más cadáveres destrozados, alineados junto a los escombros. La cinta seguía recopilando escenas de otras muchas explosiones, incluida una que mostraba cajas de cartón repletas de despojos que antaño fueron personas. «El padre estaba construyendo una bomba y algo falló. Mató a toda la familia, incluido a ese niño», explicó el capitán de la policía iraquí.

Los autores de esta particular producción visual habían decidido amenizarla con música del cantante egipcio Omar Jayrat. Después la pantalla pasaba a negro y sobre la oscuridad se leía una leyenda en árabe: «La tragedia continuará». A continuación otro mensaje: «Los Halcones vuelan de nuevo». Era entonces cuando la filmación transitaba del horror al desvarío y mostraba fotografías de Yasir y sus compañeros en plena acción. El teniente Kamal Zamal mostrando su instrumental para desarticular bombas: un simple abrecartas. Hamid Assam forzando la tapa de un cilindro repleto de explosivos con una llave mecánica. Hasta se podía oír el tic-tac del reloj que debía fijar el momento de la deflagración. «Tenía de todo… TNT, balas de ametralladora antiaérea… ¡Y quedaban cinco minutos para que estallara!», precisó el teniente coronel Faisal Akram. «¡Todo es real, en directo», añadió Yasir entusiasmado. En otro instante se podía ver a Saleh Mehdi, cuando todavía tenía brazo, recuperando minas antitanque entre un montón de basura. «Las agarramos así, sin más, como si fueran pasteles», se oía decir al oficial iraquí. Había dos instantes en la cinta que confirmaban el carácter casi suicida de estos agentes: cuando aparecían desactivando una bomba formada por un proyectil de artillería envuelto en cemento a golpe de martillo y destornillador; y cuando uno de ellos se abalanzaba sobre una ambulancia que resultó albergar en su interior dos toneladas de TNT, rompía una ventana, abría la puerta trasera y comenzaba a cortar cables como un poseso con sus alicates «paseando» —expresión de Yasir— por encima de la pila de explosivos.

Eran las diez y media de la mañana y me encontraba en el cuartel general de la Unidad de Desactivación de Explosivos iraquí (conocidos por las siglas EOD). Si el vídeo-propaganda preparado por el capitán Yasir me parecía ya un reclamo irracional, la conversación que mantenía con el teniente coronel Akram y sus subordinados comenzaba a ser una experiencia capaz de quebrantar los nervios más templados.

Mi encuentro con el oficial fue interrumpido de forma súbita por Kamal. Venía del barrio suní de Ghazaliya portando un artefacto que ni se había preocupado de desmontar. «Teniente coronel, ¿dónde pongo esta mina? ¿Se la dejo aquí, sobre la mesa? La hemos encontrado a las nueve de la mañana en un descampado», afirmó mientras depositaba el explosivo antitanque sobre el escritorio de Akram. Hasta el veterano oficial respondió con un respingo. «¡Quieres llevarte esto de aquí!», le gritó. Kamal le miró extrañado. Recogió la mina pero nada más traspasar el marco de la puerta se detuvo y comenzó a hurgar en la bomba con un destornillador. Tras inspirar una profunda bocanada de aire y menear la cabeza, Akram intentó continuar. «Mire, todo blanco, se me está poniendo el pelo blanco», admitió antes de seguir.

Las instalaciones de los Halcones —dos minúsculos despachos donde la electricidad solo acudía a intervalos— eran un reflejo de su particular idiosincrasia y del estado de anarquía que regía en Irak. El suelo estaba regado de cohetes, minas, granadas de mano y hasta un obús de artillería. Los agentes acumulaban los explosivos que descubrían en un habitáculo adyacente a la espera de que cada cierto tiempo las tropas estadounidenses acudieran para desalojar los peligrosos artilugios.

«Hemos llenado diez veces la habitación y diez veces la han vaciado los americanos. A veces tardan un poco y estamos días repletos de explosivos que podrían volar medio barrio», reconoció Akram. Al percatarse de cómo miraba hacia la munición esparcida por su despacho, Akram —que hasta entonces semejaba ser el más templado del equipo— se levantó de su silla, se aproximó al obús de artillería y comenzó a atizarle con unos alicates. Clin, clin, clin. «Parece que está en buen estado. ¡Venga, vamos a sacar todo esto de aquí y llevarlo a la habitación!», gritó a su camarilla.

Las vicisitudes de los EOD constituían una inmersión en la lucha inviable del nuevo Estado iraquí contra el azote de los coches bomba, los suicidas y los artefactos improvisados. Los treinta agentes que integraban la unidad —de los cuales solo once eran especialistas en el desmantelamiento de explosivos — cobraban al mes trescientos mil dinares (menos de doscientos euros) por inutilizar bombas recurriendo a parafernalia tan precaria como los «sagrados alicates», según la expresión que usaba Yasir con sorna, destornilladores o sus propias manos.

La EOD se había creado a inicios de los años noventa, pero durante la dictadura su actividad fue casi inexistente. «Teníamos como mucho una alerta cada cuatro años. Nos pagaban un plus de peligrosidad que equivalía al 80 por ciento del sueldo», recordaba Akram, de cincuenta y tres años. Una de las

primeras medidas de las nuevas autoridades fue suprimir esa cantidad extra. Todo cambió con la invasión liderada por los estadounidenses. De la guerra abierta durante los días de la invasión se pasó a lo que los agentes calificaban como el «enemigo invisible». «Durante mayo y junio [de 2003] casi no hubo explosiones. Comenzaron a adquirir intensidad a partir de julio y agosto», precisó el oficial iraquí. Fue en esa fecha cuando iraquíes y norteamericanos descubrieron la familiaridad de los insurgentes con los IED, que empezaron a hacer estragos entre las tropas foráneas. La irrupción de estos artilugios en la refriega cambió por completo la dinámica de los Halcones. «Pasamos a recibir entre quince y treinta alertas diarias», estimó el teniente coronel. Los agentes descubrieron la dilatada imaginación de la que hacían gala los grupos armados. Los IED comenzaron a aparecer ocultos en cadáveres de perros, neumáticos al borde de la carretera, botes de Coca-Cola o de leche, bolsas plásticas, farolas o mezclados con los desperdicios de los basureros.

Akram sacó de un cajón unos discos que contenían un recorrido documental por las técnicas usadas por la guerrilla. El sistema más común consistía en formar una cadena de obuses de artillería o granadas unidas con cinta adhesiva o cables. La explosión se activaba con un detonador y un reloj como los usados para programar las lavadoras o bien recurrían al control remoto. Pero había métodos más originales. «Están fabricando bordillos de aceras repletos de explosivos y con ellos reemplazan los reales. O colocan una granada de mano cebada [preparada para estallar] en la parte de debajo de una bombona de gas. O recurren a burros que tiran de carromatos repletos de cohetes», me explicó Yasir Abraham al tiempo que señalaba a la imagen de un pollino portando un cajón cargado con varios misiles.

Incluso entre los Halcones, que se jactaban de su fe en el destino, muy pocos se atrevían a desactivar un artefacto especialmente letal formado por dos cajas de metal, una encima de la otra. «La de arriba la rellenan de gasolina y le hacen un pequeño orificio en el fondo para que gotee. Abajo colocan una granada de mano aprisionada por goma espuma compacta que se diluye con la acción del combustible. Al final la granada queda flotando en la gasolina y ello provoca que se le afloje la anilla hasta tal punto que con solo tocar la caja estalla. Hay que tener un pulso increíble», mencionó Kamal Zamal.

Las oficinas de los EOD estaban situadas en una comisaría de Bagdad rodeada de muros de cemento y alambradas. En la entrada, alguien había estampado un diagrama con los coches bomba susceptibles de ser utilizados en la contienda. Desde un sedán compacto capaz de acarrear 227 kilos de

explosivos y con un «rango letal» de 30 metros hasta un camión articulado, con posibilidad de llevar 27.273 kilos. La onda expansiva mataría a todo lo que se encontrara a 183 metros a la redonda, refería el documento.

Nuestro diálogo volvió a quedar paralizado cuando los agentes le comunicaron a Akram que no disponían de gasolina para los vehículos de la unidad. «Siempre falta de todo. Uno se imagina a los expertos antiexplosivos como esos americanos que van con cascos enormes, que utilizan robots… Ya ve, nosotros con alicates», resaltó el oficial, señalando a la preciada herramienta que todos los Halcones portaban en una cartuchera colgada del cinturón como si fuera su arma. «Nos encomendamos al cielo y a la habilidad que tenemos con las manos. Tengo siete hijos y siempre me dicen que tengo que abandonar este trabajo, que el riesgo no merece la pena. En otros países, a especialistas como nosotros nos consideran héroes, pero aquí cobramos lo mismo que un policía de tráfico.»

El historial de los Halcones incluía cientos de acciones rayanas en la demencia, como la desactivación a mano de la ambulancia repleta de TNT, la del coche bomba cargado de dinamita que se empotró contra una comisaría pero no estalló —en las fotos se observa cómo los agentes retiran a puñados barras explosivas— o la del vehículo cuyo chófer fue abatido antes de que estallara y en su interior se descubrieron tres gigantescas minas marinas.

El comportamiento irreflexivo de los agentes iraquíes contrastaba con el despliegue de logística de sus homólogos del ejército de Estados Unidos. Estos habían constituido una fuerza especial de unos trecientos hombres, que actuaban equipados con robots articulados a distancia, escudos protectores, vestimentas de material especial, cascos con pantalla… En el vídeo de Yasir aparecía uno de esos Robocops junto a un mensaje en árabe que decía: «Pero nosotros tenemos convicción».

El capitán y sus acólitos bromeaban sobre el comportamiento de los militares estadounidenses. Les acusaban de generar todo un «espectáculo» por la simple presencia de una lata de Coca-Cola sospechosa. «Nosotros sabemos cómo piensan los iraquíes. Por ejemplo, en el caso de la ambulancia sabíamos que habrían conectado cables a las puertas. Si las abres estalla todo. Así que primero rompimos las ventanas y los cortamos», comentó Yasir.

El día de mi visita era la primera jornada en la que Saleh Mehdi retornaba a las oficinas del EOD. El agente de veintitrés años todavía tenía el brazo izquierdo vendado y cojeaba por las heridas. El chaval se enroló en los Halcones tras la caída de la dictadura. «Necesitaban gente con coraje y a mí me gustó la oportunidad. Es como ser doctor, puedes salvar muchas vidas.» El

muchacho no parecía abrumado por su particular tragedia. Incluso fantaseaba con la posibilidad de conseguir un «brazo articulado» y continuar trabajando con los EOD. Pese al considerable número de bajas que atesoraba ya la policía iraquí —trecientos muertos y más de doscientos ochenta heridos entre el 9 de abril y el 10 de enero, según estadísticas del Ministerio de Interior reveladas por el diario *Al Adala*—, los Halcones tan solo habían sufrido un incidente grave en los últimos nueve meses. «Es el destino», repitió Yasir.

Un hado que se quebró para Saleh el 25 de diciembre de 2003. Ese día fue una jornada especialmente agitada para los EOD en Bagdad. Saleh salió de la oficina a las nueve y media de la mañana. En menos de diez minutos había desactivado una primera bomba colocada dentro de un saco de cemento junto a un colegio. Sin respiro marchó hacia la delegación diplomática turca y allí desmanteló otro artefacto oculto entre los rastrojos. Pero entonces recibió el tercer aviso. «Me dijeron que eran dos proyectiles de ciento veinte milímetros con una antena dentro de una bolsa.» Saleh llegó a la carrera y vio a la gente congregada en torno al explosivo. «Tuve el sentimiento de que iba a explotar.» Recuerda que gritaba «¡Apartaos, apartaos!» con el brazo en alto cuando oyó la detonación. Un pedazo de metralla enorme le cercenó literalmente la extremidad. Otro le pasó rozando la sien. «No sentí nada. Solo miré hacia el brazo y no lo vi. Me salía sangre a chorros del pecho, pero yo estaba preocupado por mi compañero, que cayó herido al suelo. Lo ayudé con una mano a incorporarse y lo lleve al hospital. Entré andando, pero entonces me desmayé.»

Hacía dos semanas que Saleh había conseguido unos alicates nuevos, algo que evoca con cierta nostalgia. «Unos Leatherman. Me los regaló una señora cuando vio cómo desactivaba bombas con los viejos.» El joven afirmó que en una ocasión ayudó a desmantelar un lanzacohetes casero con un cortaúñas. «Eran veinticuatro cohetes apuntando al Ministerio de Petróleo y no había alicates para todos los policías. Así que tuve que recurrir al cortaúñas.» En ocasiones, el salario que cobraban era tan magro —en su caso no excedía los ciento treinta y cinco euros al mes— que tenían que pedir prestado para pagar el transporte hasta la comisaría. «¿Héroes? No sé si somos héroes o simplemente estamos locos. Debemos de ser las únicas personas que pedimos dinero prestado para venir a encontrarnos con la muerte», se lamentó.

Siguiendo un hábito que había repetido ya decenas de veces, cuando oí la primera detonación miré el reloj. Eran las 17.24. De inmediato un enorme hongo de humo se elevó desde el espacio ocupado por los hoteles Palestina y Sheraton. «¡Es el Palestina, es el Palestina!», comenzaron a gritar como

posesos mis compañeros de la agencia France Press. Cuando sonó el segundo estruendo salí a la terraza y desde allí me conecté mediante el teléfono satélite con el periódico para informarles de lo que estaba ocurriendo.

Fue en ese instante cuando vi el flash de luz. Fue una milésima de segundo seguida de otro descomunal estallido que estremeció el hotel Mansour pese a encontrarse a más de medio kilómetro de distancia.

La triple acción se había producido minutos antes del *iftar*.[48] Quizá por ello, la concurrida calle Saadoun y la plaza Firdus se encontraban casi vacías, lo que evitó una carnicería. A mí me supuso tener que salir a la carrera y a pie en medio del atardecer, dado que Jalil ya se había marchado a su domicilio.

Los periodistas y residentes del Palestina se vieron agraciados por el destino. Las cámaras de la agencia AP habían grabado el asalto en directo: la explosión del primer vehículo, que abrió una brecha entre los muros protectores; la del segundo, que reventó en la plaza Firdus por causas desconocidas; y la incursión del camión cementero, que no pudo avanzar hasta el hotel al quedarse atascado entre los escombros provocados por el vehículo precedente.

Ali Mehdi, un empleado de AP de veintiún años, me explicó que lo habían visto todo por la ventana. «Nos preguntábamos: "¿Dónde están los francotiradores estadounidenses? ¿No ven que el camión está intentando entrar?"», refirió al tiempo que evacuaba a uno de sus compañeros, herido en la cabeza. El chaval avanzaba con dificultad. Tenía la camiseta empapada en sangre. Se le había empotrado un cristal en la cabeza.

Los daños del Palestina eran ingentes. La recepción estaba asolada y la fachada del edificio de diecinueve plantas taladrada por la metralla. Los pasillos del edificio estaban cubiertos de cristales, lámparas fluorescentes y pedazos del techo. Como los guardias de seguridad y los militares norteamericanos no cesaban de disparar al aire en plena noche, pensé que lo más prudente era regresar al Mansour.

A la mañana siguiente volví al Palestina junto a Yaroub y Jalil. Se trataba de un triple ataque suicida y quería resolver una duda que me asaltaba desde hacía semanas. Irak asistía a una avalancha inédita de hombres bomba. Había sido testigo de la suerte de sus víctimas, aniquiladas por su demencia. Pero ¿qué ocurría con los despojos de los cientos de militantes que se inmolaban? Era una pregunta que solo se podría entender en el contexto de una guerra bestial y casi grosera, como la que se libraba en este país árabe.

Yo no era el único que me planteaba esas cuestiones. Esa mañana me topé con Ahmed Iktab frente al hotel Sheraton. Llevaba horas identificando los

restos del conductor del camión. «Mire, aquí está el pie», me dijo. No muy lejos estaba el otro y al lado de pedazo de carne quemada se podían ver los restos de una cuerda. «Se atan los pies al acelerador para poder seguir hasta el final», informó un policía que nos acompañaba. Iktab había seguido el reguero de desechos hasta adentrarse en el jardín del establecimiento hotelero. Allí descubrió un trozo de pierna y tres dedos amputados. «El islam dice que hay que enterrar los cadáveres, incluso si son terroristas», opinó. No lo había hecho porque admitió que temía la reacción de la gente.

Yaroub me explicó que tenía un contacto con un sepulturero de Ciudad Sadr, dedicado a recolectar las decenas de cadáveres anónimos que se apilaban en la principal morgue de Bagdad, y por extensión los restos de los suicidas. Se llamaba Jamal al Sudani, y nos recibió en su humilde residencia del gran arrabal chií capitalino. Tenía treinta y nueve años, unas hechuras generosas y un discurso con una argumentación impecable. «Los americanos dicen que trajeron la democracia. Yo sé donde está la democracia. La enterramos cada semana.» Al Sudani entendía el trágico simbolismo que había adquirido su trabajo. Un desempeño tan estremecedor que pese a su edad ya le obligaba a consumir pastilla tras pastilla para aplacar una incipiente dolencia cardiaca. «Sí, es duro, pero es una cuestión religiosa. El Profeta nos dijo que hay que respetar a los muertos. Cuando contemplo los trozos del cadáver de un terrorista no siento nada. Es como si viera a un perro muerto en la calle. Hay que enterrarlos para evitar las enfermedades. Por supuesto, no rezo ante ellos, no merecen mis cuidados», añadió.

El enterrador pertenecía a las milicias del clérigo Muqtada al Sadr y llevaba más de quince años en contacto con la muerte. Natural de Amara, en el sur del país, se asentó en Bagdad décadas atrás y se acostumbró a bregar con los fallecidos cuando decidió ayudar a sus vecinos a enterrar a sus allegados. Más tarde —todavía en la era de Sadam Husein—, decidió ofrecer sus servicios a las familias sin recursos y recorrer los hospitales para recuperar los cuerpos que nadie reclamaba.

Había reunido a casi una decena de voluntarios que trasladaban los restos hasta Nayaf. Su asidua relación con los cementerios lo puso en contacto con el responsable municipal de esos recintos en Bagdad, quien le confesó un secreto espeluznante: carecía de presupuesto para dar sepultura a los reos que eran ejecutados en la prisión de Abu Ghraib, y los pocos empleados que podía usar lo hacían sin ningún miramiento. «Hacían huecos de un metro, tan pequeños que al día siguiente los perros excavaban y se comían los restos», recordó. Durante la dictadura Abu Ghraib era un nombre maldito, así que Al

Sudani, receloso, se negó a acudir a la penitenciaría, pero aceptó inhumar los cadáveres no identificados que enviaban las fuerzas de seguridad a la morgue central de Bagdad.

El iraquí hablaba sentado en el sillón de su vivienda. Se pronunciaba de forma pausada, con un tono monocorde, que contrastaba con el espanto que me estaba relatando. «Encontramos cuerpos en condiciones indescriptibles. Troceados, sin brazos ni piernas. No aparecía la cabeza, a lo mejor para que nadie pudiera reconocerlos. Debían de cortarlos con algo muy afilado. Quizá una sierra mecánica. También nos entregaban a chicas jóvenes asesinadas por los servicios secretos. Las violaban y después les disparaban en la cabeza.»

En los últimos años de la dictadura, Jamal terminó por convertirse en un personaje sospechoso para los esbirros del régimen, que no comprendían por qué dedicaba tanto tiempo a un empeño tan turbador. Lo llegaron a interrogar, y algunos de sus amigos fueron torturados para que revelaran una información que no tenían. Al final, el máximo responsable del servicio secreto de Nayaf le prohibió el acceso al camposanto. Pese a la directriz oficial, el sepulturero continuó con su actividad, aunque de forma clandestina. Pasaron a enterrar los cuerpos por las noches y cuando oían acercarse a un coche «todo el mundo se escondía dentro de las tumbas». Así siguieron durante 2002 y hasta que cayó la dictadura.

La historia de Jamal no era única. Nos explicó que ante la «avalancha» —esa fue la palabra que usó— de muertos que registraba Irak ya habían constituido tres equipos de voluntarios que se repartían las jornadas. Él mismo nos puso en contacto con Hatam al Aabi, otro jeque encargado del mismo menester, que nos ofreció viajar con él hasta Nayaf un día más tarde junto a los restos que recogería en el depósito de cadáveres capitalino.

Nos citamos muy temprano en ese emplazamiento, que ya asociaba a tragedia, ya que solía visitarlo tras cada atentado. A las siete en punto, los veinte chavales que ayudaban a Hatam ya estaban amontonando cuerpos en el camión. Se cubrían el rostro con pañuelos impregnados de colonia, pero ni eso podía evitar el olor insoportable a carne podrida. Los muertos llevaban casi un mes en ese almacén. Yo entré un segundo y tuve que salir apremiado por una arcada.

Al Aabi iba contando. «Hoy son veintinueve. No hay suicidas. Todavía no han traído a los del Palestina.» Muchos eran víctimas de las explosiones. Quedaban restos en un estado deplorable. Algunos achicharrados, otros desmembrados. «¡No hay más Dios que Alá», repetían los chicos cada vez que cargaban un despojo en el vehículo. La siniestra recolecta concluyó

cuando los responsables del edificio les entregaron dos bolsas que contenían pedazos de carne y huesos. Todo revuelto. «Con Sadam también te daban esas bolsas con trozos, pero cada una correspondía a un cuerpo. Ahora todo va mezclado, los suicidas con las víctimas. En ocasiones los restos están congelados y nos entregan piernas y brazos en bloques de hielo», me había referido Jamal en su casa.

Tanto Jamal como Al Aabi —que también realizaba la misma labor durante los años de Sadam— pensaron que podían abandonar este quehacer al concluir aquel atribulado periodo. «Éramos felices. Ya no tendríamos más cadáveres anónimos. ¡Qué error! Con Sadam enterrábamos entre treinta y cuarenta personas al mes. Ahora no bajan de doscientos cincuenta», estimó Jamal. El cálculo del iraquí no andaba errado. Días antes había consultado las cifras que recabó el Centro de Defensa y Seguridad Internacional Rand Corp en el mismo depósito de cadáveres de Bagdad. En 2002 —todavía bajo la férula del dictador— contabilizaron mil ochocientas muertes violentas, que pasaron a seis mil en 2003 y a ocho mil al año siguiente.

Ninguno de los singulares enterradores tenía que temer ahora el acoso de las fuerzas de seguridad de Sadam. En el nuevo Irak la amenaza se había trocado, y cualquier chií que pretendiera desplazarse al sur debía atravesar lo que ya se llamaba en esas fechas la «carretera de la muerte». Era la ruta que pasaba por Latifiya, un bastión de los insurgentes.

Mientras hacíamos nuestro trayecto, Jalil me obligó a bajar la cabeza y esconderme junto al sillón trasero. Corría el rumor de que los grupos armados usaban oteadores para identificar a posibles pasajeros foráneos a los que atacar o raptar. Esta había sido la localización donde fue secuestrado y decapitado el periodista italiano Elzo Baldoni en agosto de 2004, el mismo mes y zona en la que fueron raptados los informadores franceses Georges Malbrunot y Christian Chesnot.

No tuvimos ningún contratiempo, pero mientras circulábamos por esa carretera pude ver el resultado de las incontables emboscadas que solían organizar los grupos armados en la región. La calzada estaba jalonada por los restos de vehículos calcinados arrumbados en los laterales, desde jeeps a camiones de combustible. A ellos no les había acompañado la suerte.

Al llegar a Nayaf, el grupo de Al Aabi se dirigió directo a la sección de «anónimos» de Wadi al Salam. Allí ya les esperaban otro grupo de obreros que habían excavado quince tumbas en un enorme descampado. La mayoría de los cuerpos estaban putrefactos, así que no pudieron ser lavados, siguiendo el rito musulmán. Los ayudantes de Al Aabi se limitaron a restregarles arena

supliendo así la limpieza con agua. Después los comenzaron a envolver en las sábanas mortuorias que habían traído desde Bagdad. Los colocaban por parejas en cada sepultura, que identificaban con una baldosa amarilla donde se leía el número que le asignaban, la fecha de esa jornada y siempre la misma palabra: «Desconocido».

Jamal me había dicho que todos los cadáveres eran fotografiados en la morgue y que allí se les otorgaba un número, el mismo que colocaban en la lápida. «Así algunas familias han conseguido identificar a los suyos», precisó Al Aabi.

Al concluir el último agujero de la serie de tumbas me acerqué a hablar con el peón que extraía la tierra. Mundar Suadi, de treinta y cinco años. «¿Sabe usted cuál es la única diferencia entre Sadam y la democracia de Bush?», me preguntó pronunciando con cuidado la palabra «democracia». «Que ahora sabemos donde enterramos a nuestros muertos —se respondió a sí mismo—. Es solo una cuestión de organización.»

16

Faluya, la Gernika de Irak



Faluya, abril de 2004

«¡Otro cadáver, otro cadáver!» El utilitario blanco, sucio, renqueante y herrumbroso entró a toda velocidad en el antiguo Club Deportivo de Faluya, rebautizado como «cementerio de los Mártires», mientras su conductor sacaba la cabeza por la ventana. Gritaba alterado, con los ojos desorbitados y el sudor bañándole la cara, con la perturbación de la guerra pintada en el rostro mientras salía del automóvil y de dos zancadas tiraba de la manija del maletero. Un corro de curiosos rodeó rápidamente el coche del que, una vez abierto, emergió una vaharada a putrefacción que se confundió con el ambiente.

A nadie pareció molestarle. Al fin y al cabo, toda Faluya olía a muerte, pero el hedor era especialmente insoportable en el campo de fútbol salpicado por tumbas frescas donde un grupo de hombres se afanaba en horadar la tierra a la espera de los siguientes despojos. Un crío, de apenas catorce años, sostuvo de un extremo la manta que envolvía los restos de un adulto en avanzado estado de descomposición, mientras el jeque Samir Arawi, huesudo, barbudo y completamente calvo a cargo del improvisado cementerio, aferraba el otro extremo y comenzó a dar zancadas irregulares hasta las tumbas abiertas.

«Lo encontré entre las ruinas, debe llevar muerto unos quince días», balbuceó el conductor mientras les seguía, entre curioso y nervioso. Se trataba del cadáver número 283 que era enterrado en el campo de fútbol, según los datos de Hamid Abu Majid, convertido en sepulturero circunstancial. Había que sumar los cuerpos no rescatados y los que fueron sepultados en otros lugares: pregunté a Arawi de cuántas víctimas hablábamos en total y gritó un número mientras deslizaba los despojos en la anónima tumba: ochocientos.

Era pronto para hablar de cifras. Hacía solo unas horas que habían callado las bombas y se alejaron los cazas que durante veinte días sometieron metódica, perversa e inmoralmente a la ciudad de Faluya, cincuenta kilómetros al oeste de Bagdad, a un asedio casi medieval acompañado de una inmisericorde lluvia de fuego. La antigua ciudad de las mezquitas fue convertida, en el imaginario popular suní, en la ciudad de los muertos, granjeándose su acceso al infame listado de ciudades mártir que suma un nombre en cada guerra. Pero el cerco de Faluya tenía una peculiaridad: el momento en el que se producía, justo cuando la insurgencia suní atribuía su debilidad a la falta de unidad y a la ausencia de liderazgo.

Faluya representaba la cruzada estadounidense sobre la comunidad suní. Era la Gernika de Irak. Edificios aplanados por las bombas; montañas de

escombros tan empinadas que resultaba difícil escalar por ellas para atravesar las calles; ambulancias agujereadas y calcinadas, abandonadas en medio de carreteras desiertas; cadáveres aún por recoger, hinchados, deformados y putrefactos; mezquitas agujereadas que vomitaban enseres inofensivos e inertes… Faluya podía haber salido airosa del primer embiste de Washington, pero el precio implicaba albergar, en jardines, parques, huertos y aceras, centenares de muertos, muchos aún sepultados entre ruinas.

El despertar de la ciudad tras veinte días de ofensiva olía a pólvora, a polvo y a putrefacción. Con aspecto ausente y fantasmagórico, casi todos envueltos en *kefiyas*, los combatientes despuntaban en cada cruce, en cada esquina, sosteniendo sus ametralladoras, fusiles y lanzagranadas. Algunos se encaraban con los extranjeros —solo vi a otro periodista occidental aquel día — que se aventuran por las calles hasta que vencían las reticencias; algunos incluso se atrevían a acompañar al inesperado huésped, recorriendo junto a él la ciudad y evaluando los daños con una mirada cargada de agotamiento y rencor.

Era fácil comprender que no habían abandonado sus posiciones militares hasta ese mismo día y que desconocían el estado en que había quedado la ciudad. Abu Abdula y Mohamed Abu Nurdin se definían como oteadores de los insurgentes: encargados de dar la voz de alarma ante incursiones terrestres y de advertir cambios de ruta. «Muchas casas eran atacadas por los tanques. Solo en una de ellas hubo veinticinco muertos, cerca de la mezquita de Sayed Jeder. Aún no hemos podido sacar los cadáveres», confesaban con aire impotente.

Más allá, un expolicía del régimen reconvertido en combatiente de treinta y ocho años, delgado y fibroso, paseaba un holgado uniforme militar —demasiado grande para él— con los brazos en jarra. «Todo lo que podía ser destruido, ha sido destruido», reflexionaba Ibrahim Abu Wisam, padre de cuatro hijos. Su incredulidad parecía infinita ante la dantesca visión de destrucción a poca distancia del puente de la infamia. «¿Ve aquello? —me preguntó dirigiendo la cabeza hacia unos edificios derruidos por las explosiones—. Era el antiguo zoco. Tres bombas lanzadas por un B-52 lo han convertido en escombros.»

A pocos metros, el puente de hierro verde donde el 31 de marzo fueron colgados los cadáveres desmembrados y calcinados de dos mercenarios estadounidenses estaba intacto. «Los americanos tomaron posiciones al otro lado del Éufrates, dejando incomunicado el Hospital General, que quedó de su lado. Era imposible trasladar heridos porque disparaban a todo aquel que

pisara el puente —explicaba Ibrahim—. Por aquel incidente bombardearon una ciudad entera sin una sola posición militar. Nos convirtieron a todos en combatientes. Las mujeres combatían cocinando para nosotros, los niños arrastraban carromatos con heridos y cadáveres. Ojalá este sea el principio de la guerra santa.»

Unos metros más allá, Rifaa al Jubier evaluaba desolado los daños en su negocio tras tres semanas de experiencias traumáticas. «El hospital está del otro lado del puente —contaba lastimero este comerciante de treinta y cinco años—. Nosotros no sabemos de primeros auxilios, y desde los primeros días la ciudad está llena de heridos y de cadáveres. No sabíamos cómo tratarlos y los americanos no nos ayudaban. Mi tía resultó herida: al final la senté en una carretilla y la empujé por todo el puente, trescientos metros de distancia, rezando por que no me dispararan los francotiradores. Solo cuando llegué al otro lado el coche de un vecino me recogió y me dejó en el hospital.» El cerco no solo había dejado el único corredor hasta la principal clínica fuera del alcance de los civiles: había ocurrido lo mismo con el cementerio.

En el barrio de Golan no quedaba piedra sobre piedra. El ácido olor a descomposición humana emanaba de las montañas de cascotes, haciendo el aire irrespirable. «Aún no hemos podido recuperar los cuerpos porque hay francotiradores americanos apostados que siguen disparando», mencionó Abu Nurdin, de treinta y dos años, mientras se cubría en uno de los escasos muros que todavía quedaban en pie. El silbido de una bala confirmó sus palabras. Avanzado el barrio se encontraba el cementerio de la ciudad, la única zona que lograron tomar los estadounidenses y donde aún mantenían posiciones, haciendo impracticable enterrar las víctimas. «El camposanto se convirtió en su tumba», dijo Abu Nurdin antes de correr agachado entre las ruinas para ponerse a salvo.

Golan fue el barrio más golpeado desde el inicio de la ofensiva estadounidense, bombardeado a diario por la aviación y la artillería pesada. De él solo quedaban piedras, restos de enseres y coches calcinados. «Cerca de la mezquita de Sayed Jader hay muchos cadáveres entre las ruinas», prosiguió Abu Nurdin esquivando con destreza morteros sin detonar y restos de armas. El minarete de Sayed Jader fue alcanzado por un helicóptero artillado; la entrada a la mezquita por una bomba. «Ellos nunca hubieran aceptado que le ocurriese lo mismo a una de sus iglesias», decía a regañadientes Abu Nurdin, mientras guiaba a la periodista hasta tres charcos de sangre seca. Eran los lugares donde fueron ajusticiados, según los muyahidin, tres combatientes heridos que se habían refugiado en la mezquita, una vez que los marines

registraron el lugar. «¿No hay una ley que impide matar a heridos? —se preguntó con curiosidad Abu Nurdin antes de relatar un episodio que, según él, sucedió cerca de la mezquita—. Uno de los combatientes, Abu Baqr, cayó herido y fue rodeado por los marines. Lo remataron en la cabeza con munición explosiva. Lo despedazó. Dejaron sus miembros ahí para que los devoraran los animales.»

Los vecinos denunciaban robos en sus casas a manos de los soldados extranjeros. Uno de ellos, Jasim Mohamed al Jalabi, dijo que habían asaltado su joyería llevándose entre siete y ocho kilos de oro. También defendían que el número de bajas invasoras era muy superior a las admitidas: hablaban de varios helicópteros derribados. Habría sido difícil de creer si no hubiera sido por el almuerzo con el que me obsequiaron los combatientes.

Abu Nurdin parecía agotado por veinte días de combates, pero también satisfecho con la pírrica victoria de los insurgentes y orgulloso de asumir la labor de guía para una occidental. En cada posición, los combatientes que la custodiaban sospechaban de la periodista y en cada posición el joven asumía una suerte de padrinazgo que nos franqueaba el paso. Comprendí que Abu Nurdin y su familia eran mucho más que oteadores cuando insistió, horas después de encontrarnos, en invitarme a comer a su domicilio, una casa cuyos muros habían sido horadados para poder acceder desde el edificio contiguo evitando la calle principal.

Al llegar a casa, Abu Nurdin lanzó un grito y abrazó a una mujer oronda, llorosa y velada a la que volteó en el aire como si fuera una pluma. Entendí que esa era su madre antes de que se produjeran las presentaciones. Saadia lloraba de la emoción, después de un mes sin tener noticias de sus ocho hijos. «Pasé la guerra refugiada en la escuela de una aldea cercana, viendo los bombardeos. Fue una tormenta de fuego. Pensé que les iba a perder», confesó mirando incrédula a su hijo y palpándole el cuerpo, como si buscara pedazos perdidos. En aquel momento apareció Adnan, un obeso joven de veintiocho años, y la mujer volvió a emitir gritos de alegría mientras le abrazaba. «Mi Adnan, la luz de mis ojos —gemía—. Pasé mucho miedo, pero estoy muy orgullosa de que nuestros hijos limpien la imagen del pueblo iraquí.»

El hogar se convirtió en una fiesta. Las mujeres de la familia acababan de regresar de sus refugios con los sacos de tela que las convirtieron en desplazadas cargadas de comida. Los jóvenes salivaban mientras ellas cocinaban en la sala más fresca de la casa, con las paredes agujereadas por la metralla: ellos atendían mientras tanto a un trajín de primos, hermanos y vecinos que entraba y salía sin cesar, ya fuera en busca de munición o de agua

fresca. «Faluya no tiene riquezas ni petróleo, aquí solo hay familias. Nosotros no queríamos la guerra, pero los americanos sí», refirió Saadia mientras distribuía en el suelo platos de verduras frescas, huevos revueltos y pan caliente en la sala donde charlaba con Adnan y su hermano Mohamed, una suerte de salón reconvertido en caótico almacén.

Hablábamos de la defensa de la ciudad, de los combatientes y de las armas de las que disponían. En un momento dado, mi mirada reparó en el elemento más inquietante de aquel caos: un misil tierra aire Strela, un Sam-7 de fabricación rusa, cubierto delicadamente con un vestido de mujer de color rosa palo. Adnan observó mi reacción con la mirada cargada de desconfianza. «Con estos hemos derribado trece helicópteros. Estados Unidos solo admite haber perdido siete, pero le aseguro que fueron casi el doble», balbuceaba con la boca llena de comida mientras sus compañeros engullían y asentían. «¿Tenéis munición suficiente para aguantar otra embestida?», pregunté de forma automática, señalando con la cabeza el misil. Algo me dijo que era la pregunta equivocada. «¿Por qué te interesa? ¿No será que trabajas para los americanos? No hemos visto más periodistas hoy en Faluya». Expliqué que había logrado entrar por casualidad, porque aún no se había levantado el cerco al tránsito civil, pero no me creyó. Afortunadamente, su hermano mayor sí. «Déjala, Adnan. Es nuestra invitada —dijo antes de dirigirse a mí—. ¿Sabe por qué hemos ganado? Porque nosotros, la resistencia, deseábamos tanto el martirio como ellos deseaban mantenerse con vida», dijo antes de palmearse las rodillas y levantarse del suelo, invitándome a acompañarlo al exterior.

Nos dirigimos a otro extremo del barrio de Golan, particularmente destruido. Allí Abu Mahmud, un obrero de veinticinco años transformado en muyahid, salió de su ensimismamiento ante la visión de la extranjera. «Mire cómo ha quedado todo. Nos han obligado a combatir en todo Faluya. Pero le digo una cosa: solo si reducen la ciudad a polvo podrán tomar las calles.» Pasamos por una de las muchas mezquitas, con el minarete hecho pedazos. «Ayer, el general Jasem vino a negociar a esta mezquita. Al menos le conocemos, es un iraquí como nosotros. Nos prometió que los americanos se marcharían si aceptábamos el cese del fuego y yo le contesté que sí aprovechaban para volver a atacarnos, le haría pedazos con mis propias manos —me contó Mohamed—. ¿Sabes qué me contestó? “Si no cumplo mi promesa, espero que cumplas con tu palabra”.»

«Esto no es una guerra contra Sadam, es una cruzada contra el islam —rugía en el exterior de la mezquita un vecino, que evaluaba los daños—. El ejército americano usa tácticas terroristas. ¿Desde cuándo los combates se

libran dentro de las ciudades, con mujeres, niños y ancianos como escudos humanos?»

En otro punto del mismo barrio, Alaa Husein Ali yacía con la mirada extraviada. Su hijo, de corta edad, permanecía abrazado a su pierna izquierda desde hacía rato, pero Alaa parecían no haberse percatado y caminaba arrastrando al pequeño. Dio varias vueltas en torno a su pequeño jardín, transformado en la tumba de sus hermanos Baha y Adnan, de veinticinco y veintiún años, y de su amigo Bilal Saba Husein, también de veintiún. «Encontré los cadáveres tras uno de los primeros bombardeos, el día 6, pero no pude llevarlos al cementerio porque era demasiado peligroso —recordó en estado de shock—. Esperé una pausa en los ataques. El día después, a las cuatro de la madrugada, los arrastré hasta el jardín para sepultarlos.» En el barrio, los vecinos empleaban el cese del fuego estadounidense para exhumar los cuerpos enterrados en casas particulares y buscar los cadáveres aún sepultados entre las ruinas para llevarlos a los cementerios. A pocos metros del jardín de Alaa, una docena de palomas muertas rodeaban una tumba abierta. «Ahí había cuatro cadáveres, tres adultos y un niño de catorce años —precisó Jalil, otro vecino—. Los sacamos esta mañana para enterrarlos en el campo de fútbol. Pensábamos que ninguno saldría vivo de esto, es imposible imaginar la cantidad de bombas que lanzaron —añadió—. Los francotiradores se instalaron en los minaretes y nos disparaban desde allí. Mujeres, niños, ancianos, todo lo que se movía era abatido si sobrevivía a las bombas. Pero Dios nos ayudó a echarlos. Nuestros muertos, nuestras casas, nuestro dinero, todo fue un sacrificio por Dios a cambio de la victoria.»

El cerco estadounidense a Faluya se prestaba fácilmente a confundir ficción y realidad. Desde que once mil soldados norteamericanos fueran desplegados a principios de abril para rodear la ciudad, que se había distinguido por la ferocidad de sus habitantes en lo que a la resistencia contra la ocupación se refiere, resultaba imposible adentrarse en la villa, y la ausencia de información tangible alimentaba todo tipo de rumorología, desde el uso de armas prohibidas hasta la presencia en la ciudad de Abu Musab al Zarqawi, ambos hechos que terminarían confirmándose. Con la electricidad y el agua cortadas y la prohibición de convoyes humanitarios, la vida resultaba insostenible para los civiles que no habían podido o querido huir en los corredores iniciales: se estimaba que entre sesenta mil y cien mil personas seguían allí, bajo las toneladas de munición que se abatían sobre ella.

Todos los accesos eran controlados ahora por las tropas ocupantes, incluso los menos obvios, como el río y los terrenos cultivables que lindaban con

algunos barrios, eran vigilados y bombardeados ante cualquier atisbo de presencia humana para evitar la entrada de más combatientes que reforzaran las posiciones rebeldes. Era un hecho que la batalla de Faluya había atraído a muyahidin extranjeros, resistencia suní e incluso grupúsculos de insurgencia chií en uno de los escasos frentes que unieron a todas las facciones iraquíes. Ni las explosiones de artillería y aviación que levantaban gigantescas columnas de humo y polvo ni los helicópteros artillados Apache disuadían a los alzados, que cada día intentaban acceder al interior de la ciudad para combatir a las tropas extranjeras.

Eso no impedía, sin embargo, que los periodistas intentásemos entrar empleando trucos burdos que parecían audaces en el momento, o arriesgándonos tanto como los combatientes. Todo justificaba poder ver qué estaba ocurriendo en el interior de la población donde trescientos mil civiles padecían un feroz asalto militar desde hacía tres semanas y cuyo final parecía más que lejano. La opción más lógica, tomar la Autopista 10 que comunica Bagdad con Siria y Jordania y da acceso a Faluya, era una pérdida de tiempo. Varios puestos de control estadounidenses formados por carros de combate impedían el paso a varios kilómetros de Abu Ghraib, antes de que se divisara de lejos la ciudad suní, pero al menos la carretera era en sí un aperitivo de lo que ocurría en el interior.

Los ataques de los insurgentes de Abu Ghraib y de las aldeas colindantes, así como del propio Bagdad, habían convertido el asfalto en zona de riesgo. Cada día, camiones de mercancías recién reventados con lanzagranadas yacían atravesados generando enormes columnas de humo negro. Los esqueletos carbonizados de los utilitarios, a menudo alcanzados por el fuego cruzado que se producía entre los combatientes y las tropas norteamericanas o los mercenarios que les apoyaban, permanecían en los arcenes con rastros de sangre seca. Eran los únicos signos de vida y muerte en una ruta fantasma, en la que solo se aventuraban convoyes con ayuda de emergencia —alimentos, medicinas, mantas— que nunca fueron autorizados a traspasar las entradas de Faluya.

Recorrer esa travesía esquivando los vehículos en llamas se convirtió en una especialidad de Jalil, quien por aquel entonces comenzaba a perder su sentido del humor a medida que los impactos de bala esquivaban el coche de forma milagrosa.

Abu Yendel accedió a que les acompañásemos en su propia incursión a Faluya. Yaroub venía como traductor. Nos citaron muy temprano en Adhamiyah: allí esperaban el mismo líder del Ejército Islámico de Irak,

ataviado con *dishdasha* blanca, y dos de sus combatientes, nativos de la ciudad cercada y conocedores de los resquicios de entrada, que pretendían sumarse a la resistencia. El incierto trayecto comenzó minutos después, en un desvencijado vehículo con el maletero e interior cargado de armas: fusiles de asalto amontonados que me presionaban las piernas. «Son para la resistencia», explicaron sin dar detalles, con los rostros tensos y más concentrados en la ruta que en la compañía. Con el objetivo de entablar confianza les pregunté cómo era la situación en Faluya. Me preocupaba especialmente la carencia de comida tras tres semanas de cerco. «No es problema. Han perdido el apetito», dijo un rebelde con semblante adusto, desatando carcajadas en el resto.

El incidente que había justificado la peor ofensiva militar en Irak desde la caída de Bagdad había sido el linchamiento de los cadáveres de cuatro mercenarios estadounidenses tras una emboscada que recordaba a la que acabó con las vidas de los siete agentes españoles. Circulaban en dos vistosos todoterrenos GMC por la carretera de Faluya cuando fueron atacados con granadas y armas automáticas. Los coches quedaron envueltos en llamas, y sus ocupantes murieron. Cuando los combatientes se alejaron, ante el temor de que las tropas acudieran, los paisanos tomaron la calle y se cebaron en los vehículos desahogando la ira acumulada desde que, en abril de 2003, los marines mataran a diecisiete manifestantes pacíficos que protestaban contra la toma de una escuela, convertida en base militar. Aquel fue el primero de muchos incidentes en Faluya y cada muerte tenía un efecto retroceso, como se pudo comprobar aquel siniestro 31 de marzo. Primero fueron adolescentes y jóvenes quienes lanzaron piedras y adoquines contra los coches ardiendo, después se sumaron adultos, muchos con palas y barras de hierro: alguien logró sacar un cadáver semicalcinado y lo arrastró por el asfalto, pisándole la cabeza y animando a la turba, para entonces ebria de impunidad y odio, a golpear los cadáveres hasta despedazarlos. Dos de los cuerpos ennegrecidos serían colgados del puente para escarnio de los ocupantes. Uno de ellos estaba decapitado. La escena recordaba a los sucesos de Mogadiscio.**[49]**

Pregunté a Abu Yendel acerca del ensañamiento con los cadáveres. «No es justificable desde el punto de vista islámico. El islam prohíbe la profanación —calibró, mesándose la barba—. Pero no creo que sea el motivo de esta ofensiva. Los americanos buscaban una excusa para lanzar una campaña de bombardeos que ya se ha cobrado seiscientos muertos, entre ellos ciento cincuenta niños. Eso implica ciento cincuenta víctimas por cada uno de aquellos mercenarios linchados. ¿Le parece justo?» Suspiré pensando en

posibles respuestas cuando Abu Yendel volvió a hablar. «Faluya nos está uniendo. Es una ciudad de mezquitas, un símbolo para el islam, así que no es extraño que los musulmanes acudamos a defenderla. Según mis cálculos hay unos doscientos cincuenta grupos defendiendo la ciudad, unidades de entre siete y quince combatientes. Los americanos solo podrán entrar si los muyahidin lo permiten. Solo en las dos primeras semanas ha habido al menos setenta soldados muertos. Se están empantanando y no saben cómo salir.»

A medida que nos alejábamos de Bagdad rumbo al oeste, los insurgentes comenzaron a desglosar sus preocupaciones. Acercarse demasiado a los puestos de control implicaba el riesgo de un registro y una detención inmediata que frustrase el viaje. Aventurarse por la ruta secundaria que une Faluya y Samarra para intentar entrar por el norte de la ciudad nos exponía al fuego de los francotiradores estadounidenses. Y luego estaba el problema que generaba el miedo y la desconfianza de la propia población. Los muyahidin, me dijeron, ya no solo recelaban de los extranjeros y los soldados, sino también de los iraquíes que intentaban romper el cerco ante el temor de que sean espías. «Desconfían hasta de sus padres», dijo uno de ellos con una mueca de desagrado.

La mejor forma de acercarse era tomar las carreteras secundarias que comunicaban Abu Ghraib con Faluya atravesando huertas y acequias y desafiando las miradas desconfiadas de los vecinos. Abu Yendel estudiaba con parsimonia cada una de las alternativas. A menudo hacía parar el coche y bajaba a entablar conversación con residentes, en busca de pistas por donde colarnos. La primera parada se produjo en Jan Dari, una aldea sin asfaltar donde el ganado pastaba ajeno a los disparos que resonaban en los alrededores. Una tela de saco con la palabra Faluya manuscrita, tensada y clavada en dos estacas, anunciaba la proximidad a la gran villa suní, aunque las explosiones que hacían retumbar el suelo hacían accesoria la señal. Observé a Abu Yendel desde el interior del coche conversar, asentir y otear el horizonte: cuando regresó y se sentó en el asiento del copiloto, explicó que los vecinos aseguraban que las seis carreteras estaban cortadas y que hasta el más recóndito acceso estaba custodiado por los estadounidenses. «Dicen que los americanos aprovecharon las treguas para estudiar los mapas y localizar los «puntos negros» por los que entraban los refuerzos y han logrado cerrar el círculo», dijo desolado. Afirmaban que cada una de las posiciones americanas contaba con diez vehículos de combate: el apoyo aéreo en forma de aviones AC-130 rugía sobre nuestras cabezas a medida que se aproximaba a la ciudad.

Decidimos seguir la ruta que atravesaba otras aldeas circundantes. De Jan Dari a Zaidan, de allí a Zoba, a Niemya, Saglwya, Jaldriya… Aquellos treinta kilómetros se convirtieron en cuatro horas de carreteras terciarias desiertas, a veces impracticables. Paramos de nuevo en Waziriya, un puñado de casas en apariencia abandonadas a solo tres kilómetros del centro de Faluya, donde la carretera avanzaba desprotegida de vegetación concediendo una privilegiada vista de la ciudad, convertida entonces en un espectáculo dantesco: la urbe yacía enterrada en columnas de humo mientras varios helicópteros Cobra lanzaban misiles ante nuestros ojos. El destello de los proyectiles centelleaba antes de rozar el suelo, generando bolas de fuego que se sucedían, en diferentes puntos de la ciudad, en un retorcido espectáculo de destrucción. Las posiciones artilleras eran visibles en los accesos, desde donde expulsaban cargas que desaparecían antes de reaparecer en forma de explosión.

Un anciano salió de la nada, urgiéndonos a parar. Jadeando, con los ojos desorbitados, explicó que la única vía de llegada era a nado, por el río Éufrates, y que los francotiradores estadounidenses estaban apostados en el otro lado de la orilla. «Por favor, márchense. Están buscando combatientes en los alrededores, pueden llegar en cualquier momento», farfulló antes de que un helicóptero se acercara y lanzase una ráfaga que cayó a unos doscientos metros de nuestra posición.

El sabor a miedo, metálico y viscoso, me llenó la boca. Con un solo gesto, Abu Yendel dio la orden de regresar a Bagdad. Dimos media vuelta a toda velocidad y nos cruzamos con un convoy de la Media Luna Roja que parecía huir del área de forma alocada. Nadie habló en el interior del coche hasta que no llegamos a la capital.

El mismo día en que se decretó el final de las hostilidades regresé a Faluya, esta vez por la carretera principal. Iniciamos la marcha en el coche de Jalil bien temprano, sabiendo que encontraríamos numerosos puestos militares. En el último, una decena de blindados cerraba el acceso a la ciudad y un importante número de tiradores estaba en posición de combate, impidiendo el paso. «Aún no se ha firmado el fin de las hostilidades», argumentó un oficial estadounidense cuando le solicité permiso para cruzar, esgrimiendo mi credencial de prensa. «El Centcom dice lo contrario», le contesté. «A mí aún no me han dado la orden de abrir las rutas.» Regresé a nuestro vehículo, un viejo Mustang crema con las letras «TV» trazadas con cinta aislante. Apoyada en el capó del coche, decidí consumir el tiempo observando las primeras columnas de civiles que pretendían regresar a sus hogares entre las nubes de polvo que generaban sus propios pasos a medida que se aproximaban a la

entrada de la ciudad. Pies arrastrando traumas, agravios, miedo e incertidumbre que provocaban un suave ronroneo en aquel remoto punto de la carretera.

Súbitamente, el ruido de motores aproximándose me sacó del ensimismamiento. Varias camionetas iraquíes con uniformados sentados en las cajas traseras se aproximaron al puesto de control sin que los estadounidenses se inmutaran. De uno de los coches, con los cristales tintados, salió una figura cuya imagen me dio un vuelco al corazón. El general iraquí Yasim Mohamed Saleh, exresponsable del ejército de Sadam Husein, sacó su pesado cuerpo ataviado con el uniforme verde oliva del régimen del coche y miró a su alrededor con prepotencia castrense, mientras se acomodaba la boina roja de la Guardia Republicana, institución que había dirigido en el pasado, en el cráneo. Saleh ni siquiera se había molestado en afeitarse el bigote tan característico de Sadam, copiado por todos sus hombres leales, mientras observaba altivo y ufano cómo los oficiales estadounidenses acudían a saludarle en actitud casi servil. Tuve tentaciones de frotarme los ojos; en lugar de eso tomé la cámara, hice un gesto a Yaroub y sin desviar la mirada de aquel general baazista que destacaba como un neón en medio de las tropas invasoras me aproximé a él, atónita.

«General», le abordé demasiado conmocionada por la visión de sus insignias militares y la ristra de condecoraciones baazistas que colgaban de la pechera. «Disculpe, pero ¿qué hacen aquí?» Saleh se volvió hacia mí, encantado con la expectación que generaba su presencia, y sonrió abiertamente. «Ya ve, me han llamado para pedirme ayuda. Y tengo que decirle que es lo mejor que podían hacer. No iban a conseguir nada en mi ciudad mediante la fuerza, conozco bien a los habitantes de Faluya porque yo nací aquí —explicó—. Hemos decidido asistir al ejército americano para que esto acabe cuanto antes. Mis hombres supervisarán la seguridad dentro de la ciudad, confirmarán la retirada de las tropas extranjeras y darán protección a los comercios y domicilios situados en la línea de fuego.» Con un gesto señaló a los uniformados que le acompañaban, que solo podían ser considerados su milicia privada, pero que habían sido bautizados pomposamente como el Ejército de Protección de Faluya (EPF), una nueva invención del Centcom para salvar ante la comunidad internacional. Le pregunté si pretendía desarmar a los rebeldes. «No es mi misión quitarle las armas a nadie», respondió.

La escena resultaba irreal. Un año atrás Saleh era considerado una ansiada pieza de caza militar: ahora, los marines solo esperaban una palabra suya para

escoltarle con todos los honores aunque siguiera luciendo, casi a modo de provocación, el escudo iraquí prohibido por los ocupantes: el águila dorada con las alas desplegadas. Resultaba extraño ver al que fuera exresponsable de la 38 División de Infantería de Sadam pavoneándose entre los uniformes color caqui estadounidenses con la ropa militar que caracterizó a la dictadura y que trató de ser abolida con la disolución del ejército iraquí.

El general baazista se disculpó cuando los oficiales le pidieron que le acompañaran para hablar con sus mandos y me quedé charlando con sus hombres, los sargentos Ahmad Saleh y Mahmud Abdel Ali: como el resto, se inscribían en el denominado Cuerpo de Defensa Civil Iraquí, el embrión de fuerzas armadas que había instalado la CPA. Ambos hombres eran oriundos de Faluya y estaban consternados por la ofensiva. «No es la primera vez que nos llaman para ayudarles, pero no queríamos combatir. No vamos a combatir contra otros iraquíes, contra otros musulmanes, porque son nuestros hermanos», recalcó Abdel Ali aferrado a su arma, un fusil de asalto. El sargento Ahmad Saleh miraba con altivez los carros de combate mientras arrancó lo que parecía un monólogo. «Dos mil muertos y heridos. Dos mil. Eso son quinientos iraquíes por cada uno de aquellos mercenarios —musitó antes de mirarme a los ojos—. ¿Vuestra sangre occidental vale más que la nuestra? Piense que los iraquíes estamos haciendo lo mismo que nos hacen a nosotros. Los americanos pisotearon el cadáver de mi primo después de abatirlo. ¿Qué tiene que ver eso con liberarnos de la dictadura?» Les pregunté qué harían en caso de recibir órdenes de desarmar a los milicianos de Faluya. «Eso no va a suceder. No recogeremos las armas. Es más, si pudiera, yo mismo me uniría a ellos para combatir contra los americanos», replicó el sargento Saleh.

Recordé las palabras de Abu Yendel sobre el empantanamiento al que se exponía el ejército invasor en Faluya. El hecho de que el Centcom hubiera recurrido al general Saleh, vinculado a la represión de la comunidad chií en Amara, en 1991 y a los crímenes cometidos por el régimen contra la población kurda, para poner fin a una ofensiva que era incapaz de ganar sin protagonizar una masacre hablaba a gritos de la desesperación de los invasores. Cuatro años después, un asesor de la vicepresidencia iraquí me contaría que los estadounidenses habían sopesado la posibilidad de reducir Faluya a cenizas mediante «bombardeos en alfombra»[50] para poner fin a la insurrección: solo la férrea oposición de los escasos iraquíes suníes del Ejecutivo, que amenazaban con romper con los invasores, evitó semejante solución militar.

Ojeroso y exhausto, Rifaat Miad parecía cargar con un enorme peso tras el escritorio del Hospital General de Faluya. El director general de Salud de Faluya estaba acompañado por el doctor Omar Said, responsable del Hospital Nacional, pero entre ambos hombres eran incapaces de dar respuestas concretas. «Lo cierto es que solo estamos registrando cadáveres. Como no había acceso al hospital, la gente acudió a clínicas privadas. Desde el primer día de la ofensiva, el ejército americano rodeó el hospital y solo se permitió entrar a los empleados —aclaró Said antes de proceder a escrutar diferentes folios—. Aquí solo hemos recibido 495 heridos y 241 muertos, pero creemos que en total hablamos de mil muertos y 3.000 heridos —prosiguió—. Han llegado cadáveres de víctimas de bombas de racimo. Se ha usado armamento prohibido en zonas civiles y eso nos deja una herencia terrible en términos sanitarios. Esas bombas de fragmentación implican centenares o miles de minas al alcance de los niños», continuó desolado.

Otros dos doctores del centro, Jasem Mohamed y Saleh Husein al Isab, accedieron de buen grado a hablar. «El primer día los americanos nos impidieron acercarnos al hospital. Solo nos dejaron entrar el segundo día de ofensiva, pero nuestra presencia sobraba porque no dejaban aproximarse a nadie. No podíamos ni imaginar que impidieran el paso a los heridos. Así que decidimos llevarnos el equipamiento al otro lado del puente, a la ciudad, a trabajar en clínicas privadas. Hasta los despachos de los dentistas fueron habilitados —se atropellaba Al Isab, conmocionado—. Tardamos tres horas en cruzar el puente con las bombas de oxígeno y algunas cajas de anestesia, por miedo a que nos dispararan.» Los médicos se instalaron en Al Jumuriya. «Cuando llegamos, ya se había extendido la voz de que estábamos acudiendo y allí nos esperaba una decena de heridos. No teníamos agua ni para lavarnos las manos. No había electricidad, buscamos un generador para poder operar en la oscuridad. Aquella primera noche tuvimos que practicar nueve amputaciones.»

Desde las mezquitas los imames anunciaron la apertura de la clínica, que pasó a sustituir al imponente edificio del Hospital General, tan vacío y aséptico que parecía fuera de contexto. «Una de las noches llegaron ochenta heridos, muchos de ellos por bombas de racimo. Aquellos a los que pudimos atender la primera hora se salvaron, pero el resto se nos fue. Habían perdido demasiada sangre —apuntó el doctor Jasem—. Tuvimos cuarenta muertos aquel día. Un tercio de ellos eran niños y el más pequeño no había nacido aún —prosiguió de forma robótica—. La metralla abrió el vientre a su madre, embarazada de seis meses. Lo mató en el acto; ella se salvó.»

El relato de los médicos era estremecedor, incluso para los directores que escuchaban atónitos. «Los primeros días éramos solo tres doctores —siguió Al Isab—. Pasábamos el día cubiertos de sangre. Decidimos abrir un segundo centro porque no había espacio físico. Pero carecíamos de equipamiento. Cada vez que había que cortar hueso teníamos un problema, porque la sierra se había quedado en el hospital. Tuvimos que amputar a cuchillo. Ejercíamos de enfermeros, de médicos, de limpiadores, no dormíamos ni comíamos, solo trabajábamos. No podíamos contabilizar la tragedia, solo había tiempo para intervenir. Entonces hubo una tregua de pocas horas, y de golpe llegaron diez médicos voluntarios de Bagdad, de Samarra, de Mosul y Basora y de diferentes ONG que llevaban días intentando saltar el cerco. Instalamos diez centros de atención primaria en toda la ciudad. Tratamos de abrir el hospital privado de Faluya, pero los americanos pusieron un tanque en la puerta para evitar que entrasen los heridos. Así que siempre estábamos atestados. En cada centro había entre sesenta y setenta heridos y solo teníamos seis o siete camas: había heridos hasta en el baño.»

El doctor Al Isab trató un día de acercarse a su casa, en el barrio de Nazal. «Era el tercer día de la ofensiva, acababan de llegar refuerzos y acudí a ver a mi familia. Un misil destrozó la casa de mi vecino ante mis ojos. Decidí sacar a mi familia de Faluya.» Perdieron dos de las ambulancias de la ciudad, una incinerada en un bombardeo y una segunda ametrallada. «Los conductores eran héroes, llegaban adonde el resto no podía llegar. Pero no siempre lo lograban. Muchas veces no podían alcanzar a los heridos por la intensidad del fuego. Eso no lo esperábamos. Podíamos imaginar que nos bombardearan, que nos mataran, pero no que no nos permitieran asistir a nuestros heridos porque eso va en contra de las leyes internacionales —decía negando con la cabeza—. Parece que solo entienden la ley de la selva.»

La ausencia de un legítimo liderazgo confirmaba a los clérigos como líderes naturales de la victimizada comunidad suní. El Consejo de Ulemas, máxima institución religiosa, no solo coordinaba la asistencia humanitaria a Faluya y las negociaciones con la CPA: también comenzó a intervenir en la gestión de los primeros secuestros de extranjeros que terminarían marcando tendencia y extendiéndose a muchos grupos armados. Su máximo responsable, Hareth al Dari, elevó el tono de su llamamiento a defender Faluya: convocó una huelga general seguida entonces por chiíes y suníes en protesta por la ofensiva militar.

Me recibió en la mezquita de Umm al Qura,[51] el histriónico templo con minaretes en forma de Kalashnikov situado en el barrio suní de Al Adel,

donde hacía malabarismos para condenar a los ocupantes al tiempo que mediaba en la liberación de rehenes extranjeros. El clérigo, cuyo abuelo jugó un papel en la revolución de 1920 contra los ingleses, miraba con altivez e impaciencia a la periodista desde su silla dorada, ataviado con la impoluta *dishdasha* blanca con la que siempre le vi, a lo largo de los años, y con la cabeza envuelta en una túnica negra y dorada. No le gustaba la prensa ni tampoco tratar con mujeres occidentales a juzgar por su desdén. «Estamos negociando la entrega de los autores del linchamiento a cambio del final de las hostilidades y de la devolución del control de la ciudad a la policía iraquí —explicó con desinterés—. Pero un alto el fuego en Faluya no significa un alto el fuego en todo el país —añadió enderezando su dedo índice—. La relación con los americanos fue mala desde el principio, pero el cerco de Faluya nos demuestra la violencia enloquecida de Bremer, Bush y su camarilla. Ese país está en manos de mentirosos. Bremer es un simple replicante de Bush.»

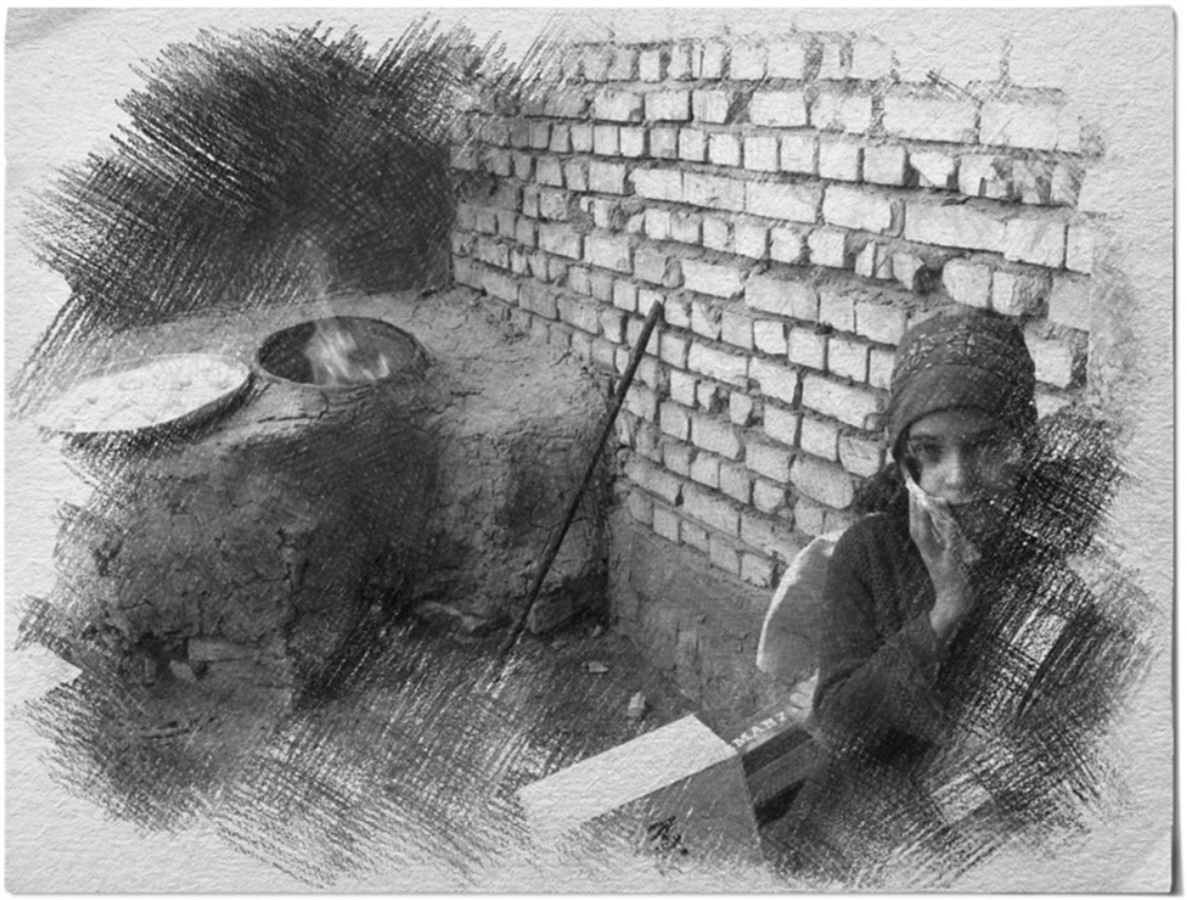
El primer cerco de Faluya fue solo un primer asalto. La insurgencia se hizo fuerte en su interior, y parte del mérito fue secuestrado por los combatientes extranjeros de Tawhid wal Yihad, la organización que mejor supo sacar rédito a la victoria: el simple gesto de sus voluntarios de combatir a muerte por la ciudad le ganó simpatías entre una población descreída de las promesas de ayuda y abandonada por el mundo. En octubre, Abu Musab al Zarqawi prestó *bayaa* («juramento de lealtad») a Bin Laden, cambiando el nombre de su organización a Al Qaeda en la Tierra de los Dos Ríos,[52] más conocida como Al Qaeda en Irak. Estados Unidos no admitió la derrota y regresó a la ciudad a sangre y fuego a finales de año: para entonces se estimaba que el 70 por ciento de las fuerzas de Saleh se habían pasado a la insurgencia.[53] En noviembre, dos semanas de asalto militar derivaron en una quinta parte de Faluya reducida a cenizas y miles de muertos. Zarqawi escapó y Osama bin Laden aprovechó para capitalizar el nuevo martirio de la ciudad afirmando que Estados Unidos había decretado «una guerra total contra el islam», mientras que los yihadistas «habían escrito una nueva página de gloria en la historia de los creyentes».

El abismo que separaba a los iraquíes y a los árabes de los invasores occidentales no paraba de crecer. «Faluya sufrió mucho con Sadam Husein», argumentaba Majid Mehdi, de cuarenta y ocho años, comerciante de Faluya que terminó huyendo con su familia a pie, ondeando una bandera blanca, en uno de los altos el fuego que salpicaron la ofensiva. «Puedo darle los nombres de todos los que fueron ejecutados por él: tengo diez amigos desaparecidos

por la dictadura. La gente de Faluya no necesitamos a Sadam porque éramos comerciantes; esta es una ciudad rica, y él no nos dio nada. No se trata de que queramos a Sadam, sino de que odiamos a Estados Unidos. Todo el sufrimiento del régimen lo ha empequeñecido Estados Unidos. Esta es la batalla del islam contra América».

17

La psicosis de los secuestros



Después recordé que el BMW negro se había estacionado a nuestra vera justo cuando habíamos concluido las entrevistas con los desplazados de Faluya. Dentro había dos enigmáticos individuos. Uno de ellos, con un profuso bigote, me lanzó una incisiva mirada que no me pasó desapercibida.

En aquellas fechas, enero de 2005, ya tenía el hábito de mirar hacia atrás cada vez que me montaba en el coche de Jalil. Por eso me inquietó el hecho de ver que el vehículo arrancaba y nos seguía hasta la salida de uno de los complejos de la Universidad de Bagdad. Pensé que era una mera coincidencia, pero al abandonar el recinto lectivo, Jalil torció de improviso hacia la derecha. Me di cuenta de que ese automóvil hacía lo mismo y, antes de que pudiera avisar, nos rebasó acelerando y se cruzó en medio de la ruta. «¡Cuidado, cuidado!», grité.

Era tarde. Otro BMW nos embistió por detrás. Tan solo la fortuna que nos acompañaba esa jornada nos permitió evadir la emboscada. La arremetida nos empujó hacia adelante y la maestría de Jalil al volante —que ejecutó un giro imposible— nos permitió superar el bloqueo y dirigirnos hacia otra callejuela lateral. «¡Acelera, acelera!», clamé. Basil, mi traductor —que viajaba como copiloto— también instó a Jalil. «¡Yala, yala, yala!» («¡Vamos, vamos, vamos!»).

Una vez más, la suerte fue nuestra aliada. Pese a que nuestro automóvil circulaba renqueante y con una puerta destrozada, a pocas decenas de metros se encontraba la residencia del embajador de Suiza, protegida por barricadas y toda una panoplia de guardias armados. Decidimos aparcar a su costado y pedir protección. «Hola, soy periodista español. Nos acaban de intentar secuestrar. ¿Podemos refugiarnos aquí?» No sé si era el frío o el shock bajo el que nos encontrábamos, pero me di cuenta de que me temblaban las manos cuando comencé a apurar el café que nos trajeron.

Los dos BMW habían desistido en la persecución en cuanto se percataron de la presencia de los guardaespaldas de la delegación diplomática, pero la osadía de los instigadores del incidente no había concluido. A los cinco minutos se presentó un jeep con dos curiosos personajes que pretendían ser miembros del servicio de protección de un jeque tribal de Faluya. Se dirigieron a Basil. «¿Ustedes son los periodistas? Nos hemos enterado de que han intentado secuestrarles. El jeque Al Duleimi quiere invitarles a su casa. Con nosotros estarán seguros», le contó mientras exhibía un supuesto carnet oficial. Me pareció casi cómica la desfachatez del sujeto, que ni siquiera se había planteado explicar cómo sabía tanto sobre nosotros sin habernos visto

nunca con anterioridad. «Dale las gracias, pero dile que preferimos permanecer aquí», le respondí a Basil.

Al retornar al hotel Mansour, nuestro particular refugio, comprendí el monumental error que había cometido. Los compañeros de la agencia AFP me explicaron que la enviada especial de *Libération*, Florence Aubenas, y su traductor, Husein Hanun al Saadi, habían desaparecido el 5 de enero en esa misma localización, también tras contar que pensaba realizar un reportaje sobre los huidos de Faluya acogidos en la mezquita universitaria. Las sospechas se tornaron en certezas a las pocas jornadas de nuestro sobresalto, el 4 de febrero, cuando la periodista italiana Giuliana Sgrena fue raptada en dicho lugar. «Está claro que hay alguien infiltrado entre los desplazados. Avisan a los secuestradores cuando los periodistas van a entrevistarles», opinó Basil al conocer el último incidente.

A principios de 2005, los secuestros y asesinatos de extranjeros habían generado ya una auténtica psicosis que aumentaría de forma paralela a la expansión de este fenómeno hasta provocar una auténtica desbandada entre periodistas y miembros de ONG en Bagdad. Irak se enfrentaba al azote de esta terrible práctica desde hacía casi dos años, pero para Occidente solo se convirtió en una evidencia en mayo del 2004, cuando millones de personas asistieron entre atónitos y horrorizados a la emisión de un vídeo que cambió la percepción de Irak y enterró definitivamente los vaticinios oficiales sobre un mejor futuro.

Nicholas Berg se definía a sí mismo como un inventor y aventurero, un espíritu que le llevó a intentar establecer una compañía de reparación de antenas de comunicación en Irak. La policía local lo consideró tal desvarío que solo encontró una explicación: debía de ser un espía. Lo arrestaron el 24 de marzo y lo encerraron en una prisión de Mosul. Su familia consiguió que lo pusieran en libertad pero no que desistiera de continuar a su libre albedrío. Cuatro días después de salir del centro de detención volvió a desaparecer.

El 8 de mayo las fuerzas de seguridad iraquíes encontraron un cadáver decapitado colgado de un puente. Los restos de Berg habían reaparecido, pero el resto del mundo no lo supo hasta días más tarde, cuando la organización de Abu Musab al Zarqawi difundió las pruebas de su ejecución. Pese a ser casi iletrado, el líder de lo que todavía se llamaba Monoteísmo y Guerra Santa había comprendido la importancia del simbolismo en Occidente. Debió de ser él quien eligió la vestimenta con la que debía presentarse Berg ante las cámaras: el tristemente célebre uniforme naranja usado por los presos islamistas del penal de Guantánamo. El joven apareció sin sus gafas, sentado

sobre una manta, atado de manos y pies. Zarqawi también comprendió que podía amplificar el terror de sus imágenes presentándose frente a su audiencia mundial encapuchado junto a cuatro de sus acólitos. «¡Nación del islam, grandes noticias! ¡Los signos del amanecer han comenzado y el viento de la victoria está soplando!», comenzó por declamar el extremista ante la cámara mientras repetía el texto que tenía escrito en un folio. Sus últimas palabras incidían en las atribuladas jornadas que se avecinaban para el país y en especial para el ejército de Estados Unidos, y por ello se dirigió directamente a George W. Bush. «Se acercan días duros para ti. No verás otra cosa que cuerpo tras cuerpo y féretro tras féretro de aquellos masacrados de esta manera.»

Fueron cinco minutos y treinta y siete segundos de imágenes que culminaron con una brutalidad extraordinaria. Al concluir, el encapuchado sacó un largo cuchillo, agarró a Berg por el pelo y comenzó a degollarlo. La víctima lanzó un chillido escalofriante y pataleó en vano.

Los insurgentes habían secuestrado y asesinado a extranjeros como el guardia de seguridad italiano Fabrizio Quattrocchi, pero las imágenes de Berg se convirtieron en un elemento de la iconografía más truculenta del Irak de esos años gracias a la capacidad de difusión de internet y de emisoras como Al Jazeera. Los raptos de no iraquíes se multiplicaron de forma exponencial y con ellos el miedo que generaban. Un mes más tarde la organización de Zarqawi decapitó a un contratista surcoreano, al que también presentó portando el mismo atuendo naranja. En agosto fue asesinado el periodista italiano Enzo Baldoni y su conductor.

Nadie estaba a salvo. Los miembros de las ONG y los periodistas se sumaron a los objetivos de los alzados. La turbación propiciada por los raptos alcanzó su clímax en septiembre de 2004, tras la desaparición de tres empleados occidentales —dos estadounidenses y un inglés— que trabajaban para una empresa vinculada con las fuerzas de ocupación. Desde el exterior, la residencia de dos pisos que ocupaban no presentaba señal alguna de que acogiera a extranjeros, aunque todo el barrio de Mansour —uno de los más elitistas de Bagdad— parecía saber quiénes eran sus ocupantes. «Llegaron hace ocho meses. Estaban un par de días y se iban. Solo tenían dos guardias armados como protección pese a que habían recibido amenazas», me explicó Abu Saif Samarrai, un vecino de ese enclave, cuando me acerqué al lugar al conocer la noticia.

Sus nombres estaban llamados a sumarse al negro historial del conflicto. Eugene Armstrong, Jack Hensley y el inglés Ken Bigley aparecieron el 18 de

septiembre en otra cinta bajo la tutela de un personaje embozado que les apuntaba con un fusil M-16. Los rehenes —con los ojos vendados— fueron obligados a repetir su nombre para después oír su sentencia. Los extremistas fijaban un ultimátum de 48 horas para que las tropas lideradas por Estados Unidos liberaran a todas las mujeres iraquíes presas en las cárceles de Abu Ghraib y Umm Qasr.

El jordano siempre fue fiel a su palabra. Él mismo se encargó de ajusticiar a Armstrong. Jack Hensley sufrió la misma suerte un día más tarde. Bigley permanecería vivo durante otras dos semanas. Las imágenes de las decapitaciones sucesivas saturaron las televisiones del horror que alentaba el líder de Monoteísmo y Guerra Santa. Irak parecía ahora un mercado del *gore* más atroz. Se podían adquirir discos con las grabaciones de los asesinatos en cualquier mercado local.

Los escasos extranjeros que permanecieron en el país se atrincheraron detrás de muros y milicias. El preocupante fenómeno nos obligó a reducir de forma radical los desplazamientos. El territorio de Irak fue menguando a nuestros ojos. Amplias regiones suníes como Anbar, Salahadin o Ninive, y casi todos los barrios de Bagdad donde esa comunidad es mayoría se tornaron en zonas prohibidas por motivos de seguridad. Cada vez que salíamos del hotel instaba a Jalil a cambiar de ruta y le pedía que girara de forma imprevista en las avenidas para cerciorarnos de que nadie nos seguía. También decidí limitar las entrevistas a poco más media hora, el tiempo que estimaba que podía ser necesario para que alguien cercano a nuestro interlocutor comenzara a sopesar el beneficio que le supondría retener a un corresponsal foráneo. Hablar con alguien en plena calle se tornó una insensatez inaceptable. «¡No digas que vas con un periodista extranjero! ¡Di que vas tú solo y después aparecemos los dos, sin avisar!», le repetía siempre a Basil o Flayeh cuando les solicitaba que pidieran una entrevista.

La llamada «crisis de los rehenes» nos obligó a cambiar de forma radical nuestra forma de trabajar. Nos forzó incluso a modificar nuestra indumentaria. Yo pasé a vestir sandalias, camisas y pantalones comprados en Irak, al tiempo que me dejaba crecer una profusa barba y me despojaba de mis gafas. Intentábamos ser «invisibles» en un entorno donde parecía que se había levantado la veda sobre los civiles extranjeros. Meses más tarde, tras acudir a la carrera al escenario de un atentado en pleno centro de Bagdad, me encontré con el fotógrafo Joao da Silva, del *New York Times*, con el que había compartido varias aventuras en África. Hacía más de un año que no nos cruzábamos. Ambos habíamos acudido en solitario a la céntrica calle

capitalina, sumida en pleno desbarajuste tras la explosión. Los dos nos «escondíamos» tras unas enormes barbas. Nos miramos y con un simple gesto de cejas dejamos claro que cualquier saludo efusivo y en inglés estaba fuera de lugar. No cruzamos ni una palabra y seguimos trabajando. La paranoia se había apoderado de nuestro desempeño.

Muchas veces me veía obligado a enviar a Jalil para reconocer el área de Bagdad adonde pensaba desplazarme y así confirmar que no estaba controlada por grupos armados. Una jornada, el propio Jalil me relató que en su barrio de Ghazaliya, los insurgentes habían comenzado a rellena r con explosivos los cadáveres que dejaban tirados en las calles usándolos como trampa para los soldados estadounidenses que se acercaban a investigar. «Es un gran tema, Jalil, pero en Ghazaliya hay mucha presencia de Al Qaeda. Haz una cosa. Mañana tomas fotos de uno de esos cadáveres y miras a ver cómo está el entorno. Ven después a recogerme y vamos a hablar con tus vecinos, ¿de acuerdo?», le respondí. Fue otro error de cálculo frente a una situación imposible de manejar con baremos lógicos. A la mañana siguiente Jalil no apareció. Ni en los días subsiguientes. Su teléfono no respondía. Cuando por fin conseguimos contactar con él, fue lacónico. «Voy al hotel», le dijo a Basil. Cuando apareció tenía un enorme hematoma en el rostro. Había sido secuestrado por los militantes de Al Qaeda. «Cuando me acerqué al cadáver y saqué fotos, dos automóviles arrancaron desde una esquina cercana y se acercaron a toda velocidad. Me metí en el coche y salí corriendo pero me siguieron disparando.» Jalil hablaba mientras apuraba un cigarrillo tras otro sentado en mi habitación. «¡Esa gente está loca! ¡Dicen que fumar está prohibido en el islam!», gritó antes de seguir con su relato. Su huida concluyó cuando una de sus ruedas pinchó al pasar por un enorme socavón. Jalil fue retenido por el grupo de militantes y conducido a una de sus guaridas en Ghazaliya. Allí le golpearon y le interrogaron. Les explicó que solo era el conductor de un periodista extranjero. «¡Querían saber dónde estabas! Les dije que ya te habías marchado», refirió. Su precaria situación solo se solventó gracias a la intervención del imam de la mezquita de su barrio. Los vecinos habían sido testigos del incidente y le informaron de lo ocurrido. «El imam vino a la casa y les dijo que yo era una persona de confianza. Además les advirtió que si me pasaba algo, él mismo vendría con el resto de los vecinos y los mataría a todos.» El religioso hablaba el mismo idioma que los radicales y estos aceptaron liberar a Jalil previo pago de tres mil dólares como «castigo» por trabajar para un «infiel extranjero».

La presión psicológica se tornó en uno de los elementos más difíciles de afrontar en el país. Pocos días antes del rapto de Armstrong, Hensley y Bigley, se produjo el de Simona Pari y Simona Torreta, dos miembros de una ONG,[54] lo que llevó al Gobierno español a requerir a los periodistas que estábamos en Bagdad que abandonáramos el país de inmediato. «Me ha llamado el propio [Miguel Ángel] Moratinos.[55] Dice que es muy peligroso», me dijo el entonces director de *El Mundo*, Pedro J. Ramírez, por teléfono. Solo conseguí convencerle de la necesidad de permanecer en Irak tras una larga argumentación, la misma que me llevaría a ocultar meses después el intento de secuestro que había sufrido.

Irak era un caos absoluto, y la posibilidad de ser raptado era algo más que una hipótesis, pero los propios iraquíes llevaban meses sufriendo en silencio este azote y muy pocos tenían la opción de marcharse al exilio. Me había reunido meses atrás con varios supervivientes de estos sucesos, que se habían cebado primero sobre las clases adineradas, para expandirse más tarde como una plaga que afectó a toda la sociedad.

El doctor Hadi al Jalil exhibía un desconcertante humor negro cuando rememoraba en su domicilio cómo los secuestradores le habían obligado a introducirse en el maletero del vehículo, esposado y con una venda en los ojos. «Pensé: bueno, ha llegado la muerte. He dado muchos cursos sobre muerte cerebral y tengo una relación especial con ella. Es como un rostro que me sonríe. Durante los veinticinco minutos que duró el viaje, encerrado, casi asfixiado, comencé a repasar mi vida. Llegué a la conclusión de que había dejado alguna semilla y que estaba satisfecho. No era un mal final», aclaró con total aplomo. Responsable del departamento de Neurocirugía de la Universidad de Medicina de Bagdad, Al Jalil era uno de los facultativos más reputados no solo de Irak sino del mundo árabe. En 1997, la Unión Árabe de Médicos lo nominó como el mejor profesional del año. «Como soy popular, quizá pensaron que tenía mucho dinero», añadió. Lo secuestraron el 28 de abril de 2004. Recordaba incluso la hora, las siete de la tarde, cuando salía de su clínica privada en la capital. «Un coche se cruzó delante del mío. Se bajaron tres personas, dos de ellas armadas con pistolas. Dispararon varios tiros al aire y al suelo. Yo iba con otros tres amigos, pero solo se dirigieron a mí. Me dijeron que eran policías, y tenían carnés que lo demostraban. Todo fue muy profesional», recordó el experto con cierta chanza. «La verdad es que recibí un trato de cinco estrellas. Un colchón en el suelo, la cocinera era excelente… Incluso me pedían perdón cada vez que me tenían que vendar los ojos cuando llegaba el jefe.» La retención de Al Jalil duró cuatro días y acabó

cuando su familia accedió a pagar veintiséis mil dólares. «Al principio pedían medio millón», acotó. Los secuestradores lo habían recluido en una habitación de una casa bagdadí. Cuando sus allegados rechazaron pagar la suma exigida en primera instancia, el grupo entró en el cuarto y agarró al doctor. «Tenía los ojos vendados y me sujetaron el dedo gordo. Querían cortármelo y enviárselo a mi familia.» Con una increíble sangre fría, el doctor les replicó: «Ese dedo es el único que puede realizar un determinado tipo de operación [quirúrgica] en Irak.» Una argumentación que les desconcertó y les hizo desistir de su amenaza. Tras recibir la recompensa, lo agasajaron con una comida con carne —hasta ese instante solo le daban arroz y sopa— y lo dejaron en una calle con diez mil dinares, unos cinco euros, «para un taxi», relató.

El caso de Al Jalil era tan solo uno más de las decenas de raptos de doctores que contabilizaba ya el país en diciembre de 2005. La Asociación Médica Iraquí afirmaba que solo ese año más de cuarenta habían sido víctimas de ese delito. Mahmud Ali al Jaf, uno de los dirigentes de esa agrupación, había indicado en agosto que al menos un millar de profesionales del ramo altamente cualificados habían sido extorsionados o habían recibido amenazas de muerte. Muchos habían huido ya del país. «El número de los que se han marchado probablemente es superior a los que se fueron durante el régimen de Sadam. Irak está perdiendo a sus mejores profesionales», opinó Ali al Ajaf. Pese a su pragmatismo, Al Jalil también me confesó que tenía previsto iniciar «unas vacaciones de dos meses» por Estados Unidos y Canadá. «Pienso volver, pero la familia necesita un reposo», aseveró antes de despedirse.

Los secuestradores comprendieron muy pronto que una de las maneras más fáciles y rápidas de obtener un rescate era capturar al hijo de su objetivo real. El rapto de menores se convirtió en tal fenómeno que en enero de 2005 decenas de familias afectadas por estas acciones desafiaron al pavor que generaba acudir a cualquier concentración y se manifestaron frente a la Zona Verde. «Es una cuestión que está fuera de control. Teníamos que denunciarlo», indicó Sabti Yumaa, vicepresidenta de la ONG Sociedad Caritativa para Salvar a los Niños de Irak, una de las agrupaciones que había organizado la convocatoria. A la cita acudieron madres como Muna Hasan, cuyo pequeño de cinco años fue raptado cuando abandonaba un cumpleaños en la casa de un amigo. Todavía no lo había recuperado. «Me piden una gran cantidad de dinero que no puedo pagar», declaró. O féminas como Salua Shibini, cuyo vástago de seis años fue ejecutado precisamente porque fueron

incapaces de responder a las demandas económicas de los captores. «¡Quiero justicia! Mataron a mi hijo y vengo aquí para mostrar mi indignación. El Gobierno no hace nada para proteger a los niños», apuntó. Desposeída de cualquier miedo a causa de la tragedia, Salua llegó a describir el brutal final de su chiquillo. No solo lo asesinaron. Los criminales le cortaron las manos y se las enviaron a la familia.

Gracias a la persistencia de mis traductores, conseguimos acceder a otros muchos iraquíes que no habían podido eludir esta «epidemia». Los relatos de sus hijos eran escalofriantes. Sentado en un sillón de su vivienda, el pequeño Rafi simulaba disparar con un arma imaginaria con los dedos para ilustrar su narración. «Me dispararon con una pistola. Hacía clic, clic. Pero no tenía balas.» Su padre, Naser Jalil Bah, intentó restar dramatismo a la escena sugiriendo que podía haber sido un revolver de juguete, lo que provocó la indignación del niño. «¡No! ¡Era de verdad! Pero no tuve miedo», precisó elevando la voz. Su madre, Anita, terció en la conversación. «¿Cómo se puede hacer algo así con un pequeño de seis años?» Rafi hablaba como si recordase un mal sueño. Serio, sin vacilar y con una entereza inusual para su corta edad. «Eran sucios, mamá. Tenían las uñas sucias. Eran siete hombres y eran malos… Me daban pastillas [algún tipo de somnífero]. Por las noches hacían un círculo y me ponían en medio […] y se reían de mí.» Los captores recurrieron a la peor de las presiones psicológicas y al tercer día de cautiverio lo pusieron al teléfono para que hablara con Naser. Le pegaron y él comenzó a llorar. Rafi gritó: «¡Papá, tengo hambre, no me dan comida, dales el dinero!», rememora Naser con la voz entrecortada.

Los lamentos de Ali fueron incluso más estremecedores. El grupo que lo capturó consiguió el teléfono de su padre, Abdul Satar Hamad, en Emiratos Árabes Unidos, donde se encontraba trabajando en ese instante. El menor, de dieciséis años, fue secuestrado la mañana del 9 de julio de 2003, a la salida del colegio. Por la noche estaba hablando con Hamad. «El primer día me dijo: "¡Papa, sálvame, quieren matarme!".» La segunda ocasión nunca se le olvidará al economista iraquí. «Alí estaba aterrorizado. Me gritó: "¡Papá, sálvame, quieren arrancarme los ojos y los riñones y venderlos!". Era una forma de presionarme. Pero ¿qué puedes hacer cuando oyes a tu hijo decir eso?»

El despacho de Moayad Saleh, el jefe de la Unidad Anti-Secuestros de la nueva policía iraquí, estaba desbordado por legajos de confesiones arrancadas a los secuestradores de niños. «En la época de Sadam nunca vimos nada igual; algún caso de divorcio en el que el padre escapaba con los niños», me

confesó el oficial, con veintitrés años de servicio en las fuerzas de seguridad, cuando me acerqué a visitar su oficina en el barrio de Adhamiyah. Nada más comenzar a hablar, Saleh me entregó uno de los documentos. Para él constituía el mejor ejemplo del grado de «degeneración» —esa fue la palabra que usó— que se había apoderado de la población. «Organizan el secuestro de su propia familia. ¡Es increíble!», indicó, pasándole el papel a mi traductor. El relato estaba firmado por un tal Malik Hashem Abas, un desempleado de veintitrés años, arrestado el 30 de noviembre de 2004 después de participar en el rapto del niño Husein Mashen. El detenido refería cómo uno de sus amigos le había propuesto «secuestrar a su propio primo, Husein Mashen». «Me dijo que su familia tenía mucho dinero. A las ocho de la mañana fuimos a buscar a otros seis amigos y nos dirigimos hacia su casa en dos vehículos, un minibús y un Opel. Encontramos a Husein en la calle, y uno de nosotros lo agarró de la mano y lo metió en el coche. Lo retuvimos en la casa de un miembro del grupo durante dos días. Se originó una pelea en el grupo porque había gente que quería devolver al niño, pero Ali Asel (miembro de la cuadrilla) nos dijo que si intentábamos hacerlo nos mataría a todos. Durante esos días intentamos negociar con la familia, pero al final nos arrestaron. Me arrepiento de lo que hice y es la primera vez que lo hago. Nunca había sido detenido. Firmado: Malik Hashem Abas. Bagdad. 30 de noviembre de 2004.»

El oficial de la nueva policía meneó la cabeza. Frente a una calamidad de tal calado, las capacidades de su unidad eran tan exiguas como los medios que le habían asignado. Disponía de doscientos sesenta hombres y veinticinco investigadores para todo el país. Moayad recalcó que era una pelea imposible. «Estamos hablando de cientos de grupos organizados solo en Bagdad. Actúan en células de entre ocho y quince personas. Muchos se venden entre ellos a las víctimas», dijo. Las cifras de raptos de menores que manejaba no resultaban fiables. Él mismo lo admitía. «La mayor parte de la gente no denuncia los secuestros por miedo.»

La única manera de conseguir alguna estimación sobre el número de víctimas era acercarme al Ministerio de Interior a hablar con su portavoz, Sabah Jadam, el oficial que solía aprobar nuestras peticiones para entrevistar a miembros de las fuerzas de seguridad. Era otro de los iraquíes que habían decidido enfrentar la catástrofe con una ácida ironía. «¿Qué tal? ¿Todavía no le han secuestrado?», fue su saludo al verme de nuevo. Jadam reconoció que los raptos de niños podían ser «centenares» y los de los adultos «millares». «Es algo que comenzó nada más caer la dictadura», apuntó. Para las fuerzas de seguridad, los secuestros eran tan solo un reflejo de un país dominado por

unos índices de criminalidad desconocidos en el pasado. La delincuencia se había extendido a todos los ámbitos. Las bandas podían llegar a robar bancos como el que habían asaltado días antes en Ramadi, llevándose diez millones de euros, o incluso sustraer las tapas de las alcantarillas y revenderlas en el mercado negro a setenta y cinco dólares por unidad. «Sadam liberó a más de cien mil delincuentes antes de la invasión. Esa gente hace cualquier cosa para ganar dinero y ahora los secuestros son una manera fácil de obtener dólares», añadió Sabah. El departamento de Interior estimaba que cada jornada «desaparecían» entre diez y treinta personas, aunque esos guarismos seguían siendo una simple aproximación ante la falta de medios y descoordinación que sufrían los uniformados.

El comercio con los retenidos se había propagado a todo el país. En septiembre de 2004 las fuerzas estadounidenses destacadas en el norte habían denunciado que en Kirkuk actuaba una camarilla que ya había raptado entre treinta y cuarenta menores de las comunidades kurda y turcomana. En la comisaría del barrio de Yarmouk, el comandante Omar Kaltham me dijo que solo en dos meses había registrado veinte casos de niños secuestrados, incluida una acción «masiva» —en sus propias palabras— en el suburbio de Dora, donde una decena de chiquillos fueron capturados cuando abandonaban la fiesta de cumpleaños de un amigo. «A cada familia le han pedido unos cien mil dólares», apuntó.

Para una nación devastada por la guerra y los saqueos y con la economía destruida, la criminalidad era una de las pocas industrias capaces de generar «empleo» y jugosas remuneraciones. La vida humana había adquirido un precio al alza en este comercio disparatado. Jadam lo admitía abiertamente. «Se paga desde mil a cien mil dólares en el caso de los iraquíes. Los niños salen más baratos porque las familias pagan antes. El precio de los extranjeros —varios centenares fueron raptados en este periodo— se incrementa si los secuestradores ven que hacen mucho ruido. Las campañas de publicidad internacional a favor de los cautivos en realidad aumentan el precio del rescate», relató.

Otro de los padres que habían tenido que afrontar este suceso, Restam Husein, un comerciante de cuarenta años, me contó que cuando su vástago fue raptado en febrero de 2004 decidió acudir a la policía. Los agentes no solo reconocieron su incapacidad para actuar, sino que le explicaron que ese mismo día ya habían recibido seis denuncias de secuestros de menores, entre los que se contaba un bebé. Restam asumió que tenía que negociar con los delincuentes y consiguió rebajar el precio inicial que le pedían: ciento

cincuenta mil dólares. El niño de nueve años fue liberado a las dos semanas. Cuando relató su odisea, les explicó que había sido encerrado en una casa junto a otros diez pequeños en su misma situación. «¡Los agarran en rebaños! ¡Parece que ahora tenemos que pagar una tasa por la vida de nuestros hijos!», gritó el iraquí.

El secuestro de Ali supuso un vuelco en la vida de Abdul Satar Hamad. De manera apresurada abandonó su trabajo en Emiratos y regresó a Bagdad. «Me pidieron un millón de dólares.» Abdul Satar se expresaba en un perfecto portugués aprendido durante su estancia en Brasil, donde ejerció como director del Banco Iraquí-Brasileño. «Alguien les debió decir a esta gente que yo fui director de un banco y pensaron que soy millonario.» Día tras día y durante meses, Abdul Satar se mantuvo en contacto con los captores. Hablaban de religión, de cultura. El padre intentaba crear un lazo de complicidad, pero las diferencias sobre el rescate eran abismales. El iraquí les ofreció pagar veinte mil dólares. «Lo último que me dijeron fue: de acuerdo, aceptamos. Llamaremos más adelante.» Desde entonces, hacía más de un año, los criminales no volvieron a comunicarse. Ni la más mínima noticia. Abrumado por lo ocurrido, Abdul Satar se transmutó en investigador privado. Cada vez que la policía detenía a un delincuente en su barrio, él acudía a la comisaría para asistir al interrogatorio. Su esposa interrumpió el diálogo llorando. «Estamos tan cansados», señaló. Pensé que era el momento de retirarme. Abdul Satar me miró con los ojos aguados. Seguía negándose a aceptar un posible desenlace fatal. «Si lo hubieran matado, habría aparecido el cadáver», aseveró antes de despedirse.

18

El inicio de la guerra civil



Bagdad, mayo-octubre de 2005

Antes de la guerra, Kisra wa Atash era una enorme extensión situada en los límites de Bagdad repleta de naves industriales. Su fisonomía se trocó con los bombardeos de los estadounidenses y siguió degenerando con los subsiguientes saqueos, que dejaron la zona reducida a escombros. A partir de esa fecha, se tornó en un inmenso vertedero para suburbios tan populosos como el de Ciudad Sadr.

Los Haidar residían allí desde 1974. Procedían de Kut, en el sur chií, y durante años se habían ganado la vida almacenando y vendiendo chatarra. Cuando llegamos hasta su chabola esa mañana, encontramos a Yaser Haidar quejándose del terrible olor que procedía de los cadáveres de dos caballos que alguien había dejado arrumbados en las cercanías de su precario domicilio, un simple chamizo en medio de la inmundicia. Nada inusual para un escenario donde media docena de camiones desembarcaban kilos y kilos de podredumbre.

Yaser era en esos días algo más que un experto en reciclar restos de metal. Su experiencia me iba a servir para confirmar los rumores que llevaba semanas escuchando en Bagdad: el país se dirigía de forma acelerada hacia la guerra sectaria. Sentado en una cama instalada en medio del basurero, Yaser comenzó a relatarme su historia. Decía que la dinámica era siempre la misma. Ocurría de madrugada. Primero se oía el ruido de un vehículo que se aproximaba, toda una rareza ya que en la capital regía el toque de queda. Si el automóvil se detenía, Yaser comprendía que se avecinaban «problemas». A los pocos segundos sonaban los disparos. «Por las mañanas encontramos los cadáveres tirados entre la basura. Los cubrimos y llamamos a la policía. Se ha convertido en una rutina terrible. Desde el inicio de la invasión he encontrado cincuenta muertos», relató el iraquí de cincuenta y cuatro años apurando un cigarrillo tras otro. Los dos primeros fallecidos que encontró eran dos exdirigentes locales del Baaz. «Después hallamos al director de un banco y una chica a la que acusaban de ser prostituta. Pero el resto son desconocidos.» Según su evaluación, el número de cuerpos había aumentado en esa primavera de 2005. Ahora, además, solían aparecer con las manos atadas en la espalda, los ojos vendados y el consabido disparo en la cabeza. «No sabemos qué pasa», indicó Ahmed Haidar, el hijo de Yaser.

Sus sospechas se acrecentaron el 6 de mayo. Recordaban perfectamente esa madrugada. Eran las cuatro y media y Yaser se despertó con los ladridos de los perros. Al abandonar su chamizo se percató de la presencia en las cercanías de un coche y una excavadora. El sexto sentido del iraquí le dijo

que debía esconderse porque «eran peligrosos». «Eran dos personas vestidas de negro. Al instante apareció un vehículo blindado de esos que usan en los bancos para llevar el dinero y comenzaron a sacar personas.» Yaser decidió regresar a su habitáculo y avisar a las fuerzas de seguridad. Mientras lo hacía, oyó una sucesión de disparos. «Uno tras otro», dijo. A continuación percibió el ruido de la excavadora. La policía llegó a las seis y media, cuando ya era de día y todo había concluido. Se limitaron a constatar que la zanja recubierta de tierra no era otra cosa que la fosa común donde habían concluido los catorce cuerpos. «Algún grupo está intentando crear problemas entre suníes y chiíes», añadió Ahmed al tiempo que se despedía para sacar a pasear a las ovejas.

Días antes había acudido a la morgue central de Bagdad para hablar con los deudos de las catorce víctimas. Al llegar nos encontramos con decenas de miembros del influyente clan Duleimi —una de las mayores tribus suníes del país— que se arremolinaban frente al complejo en medio de una creciente tensión. Un joven chillaba en pleno ataque de histeria. «¡Ha comenzado la guerra civil! ¡Los chiíes han matado a nuestra familia! ¡Es la guerra entre suníes y chiíes!», gritaba entre sollozos. En su desvarío, quebrado por el dolor, comenzó a lanzar ladrillos contra los agentes que vigilaban el depósito de cadáveres hasta que sus familiares consiguieron tumbarle sobre la acera. «¿Es que todos los suníes somos terroristas?», clamaba a su lado otro de los familiares de los asesinados.

Un primo de uno de los Duleimi ajusticiados me contó que todos los fallecidos eran «simples campesinos» procedentes de la aldea sureña de Madain que habían sido «secuestrados» en el principal mercado de Bagdad —ubicado en Ciudad Sadr— por un grupo de desconocidos. «Eran quince, pero uno escapó. Fue él quien nos contó todo. El más joven tenía veinticuatro años y el mayor cuarenta y cinco.»

El simple rumor de que los parientes de los difuntos se disponían a asaltar el edificio generó un amplio despliegue de policías en los tejados de las casas colindantes. Uno de ellos, Mohamed Jalil, de veinticinco años, reconoció que compartía la lúgubre predicción del chaval que les insultaba. «Tengo miedo, cada día nos acercamos más a la guerra civil», me dijo. El uniformado admitió que los catorce cuerpos habían aparecido con las manos atadas a la espalda y un disparo en la cabeza. Todos ellos tenían marcas de torturas. Brazos, piernas rotas… «Les debieron azotar con cables», añadió Jalil.

Madain, una villa mixta de siete mil suníes y chiíes situada a treinta kilómetros al sur de la capital, había sido el escenario de un confuso incidente a mediados de abril en el que las autoridades denunciaron el rapto de decenas

de chiíes. Días más tarde, las fuerzas de seguridad encontraron un número similar de cadáveres flotando en el río Tigris, no lejos de la población. Nunca se pudo confirmar oficialmente si ambos sucesos estaban relacionados, pero para la mayoría de los chiíes pasó a ser una convicción que se trataba de un nuevo asalto sectario de los radicales suníes.

El trágico episodio de Kisra wa Atash me hizo comprender que la dinámica de ataques incesantes contra la población chií comenzaba a generar la respuesta organizada de los grupos paramilitares que se habían creado en el seno de esa confesión pese a los múltiples llamamientos que llevaba meses realizando su máximo líder espiritual, Ali al Sistani, para evitar precisamente que el país se sumiera en la guerra civil que ya anticipaba la CIA en septiembre de 2014.[56]

La mayoría de historiadores vincula su inicio con el atentado contra la mezquita de Samarra en febrero de 2006, pero el azote del odio sectario ya era la norma en la primavera de 2005. El entonces vicepresidente del Parlamento, Husein Sharistani, había advertido que la sangrienta refriega entre iraquíes sería un hecho «cuando los chiíes de a pie» comenzaran «a devolver los golpes». Y eso es lo que estaban haciendo. Las fisuras que se venían gestando desde el inicio de la invasión al socaire de la política aplicada por las tropas de ocupación, agravadas por la sucesión de atentados promovidos por Zarqawi, se transformaron en una brecha insalvable con los primeros comicios democráticos del 30 de enero, un ejercicio de política confesional que llevó a los votantes a agruparse siguiendo directrices religiosas, étnicas o tribales, subvirtiendo el mismo concepto del pluralismo.

La nación árabe afrontó esa crucial cita bajo dos perspectivas radicalmente opuestas: a los chiíes les dominaba la euforia de poder acudir a las urnas con la convicción de que los candidatos de su fe iban a consolidar su primacía en el nuevo Irak, mientras que los suníes las veían como parte de un proyecto estadounidense destinado a marginarles, lo que les instó a boicotear la cita. «El objetivo de estas elecciones es apuntalar las fuerzas extranjeras en Irak y mantener el país bajo el yugo de la ocupación. Tendrían que haber sido pospuestas», precisó la influyente Asociación de Ulemas Suníes Musulmanes, por boca de su portavoz Mohamed al Qubaysi. Era la misma opinión que compartían el millar de desplazados de la ciudad suní de Faluya que habían terminado acogidos en la mezquita de la Universidad de los Dos Ríos, en el barrio de Al Jadriya de Bagdad. Allí, bajo la enorme cúpula azul del templo, se agrupaban varias decenas de tiendas de campaña. Los pequeños jugaban en medio del barrizal generado por las lluvias y las inmundicias que se

acumulaban en una charca infecta. El «espíritu electoral» que mantenía esa precaria comunidad era tan explícito como la pancarta que habían colocado junto a los habitáculos de tela: «Aquí no hacemos elecciones hasta que no regresemos a Faluya y no retornaremos hasta que los americanos no nos pidan excusas y paguen una indemnización». Un conocido activista social de Faluya, Maki al Nazal, resumía el resquemor de sus vecinos de forma más contundente: «No tenemos tiempo para pensar en elecciones. Solo pensamos en cómo vengarnos», me dijo.

Volví a Ciudad Sadr para reencontrarme con los insurgentes con los que había compartido jornadas de combate el otoño anterior. Tan solo meses antes la calle Safara del sector 27 de ese ingente arrabal chií era apodada «Vietnam» y sus accesos se encontraban repletos de bombas ocultas en el asfalto.

Los acólitos de Muqtada al Sadr había firmado un alto el fuego en octubre, y después se beneficiaron del ambicioso programa de renovación del arrabal que iniciaron los estadounidenses y que supuso el desembolso de decenas de millones de dólares y empleo para más de dieciocho mil residentes locales. Como el resto, Muslim al Jamrani, el mismo militante del Ejército del Mehdi al que vi pelear emboscado en esas callejuelas con un RPG, había abandonado la parafernalia bélica y exhibía un inusual entusiasmo «democrático». «Es cierto que solo hemos oído promesas y que seguimos sin agua, sin electricidad, sin gasolina… Pero espero que las elecciones contribuyan a mejorar la situación», opinó.

Ciudad Sadr estaba colmada de pancartas electorales, aunque la imagen predominante era el cirio que había elegido como símbolo la Alianza de la Unidad Iraquí (AUI), que apadrinaba el gran ayatola Ali al Sistani. Un grupo de chavales se encontraba colocando uno de sus carteles en las paredes de la mezquita de Husein, la misma que fue cuartel general del Ejército del Mehdi durante su revuelta contra las fuerzas estadounidenses. El pasquín incluía una imagen de un tanque de las tropas de Sadam Husein frente a la mezquita de Nayaf durante la represión que siguió a la guerra del Golfo. «Si no quieres que esto se repita, tienes que votar», proclamaba el texto. «Durante treinta años estuvimos oprimidos. Ahora vamos a recuperar nuestros derechos», observó Fatahlah al Sheik, exresponsable de medios de Muqtada, reconvertido en candidato electoral.

Para cualquier observador independiente era obvio que lejos de resolver la crisis iraquí, las elecciones estaban destinadas a fraccionar aún más el país. Un sondeo realizado por el instituto americano Zogby International adelantó

que un 76 por ciento de los suníes declaraba sin ambages que «no irá a votar», frente al 80 por ciento de los chiíes que decían que sí lo harían. Como reconocería después Robert Ford, un arabista clave en la transición iraquí que llegaría a ser embajador de Estados Unidos en Bagdad, las votaciones se celebraron para respetar «el calendario fijado» por la administración de George W. Bush pese a las advertencias que él mismo y su equipo enviaron a Washington. «Les dijimos: chiíes y kurdos votarán, pero los suníes no lo harán. Conseguiremos un gobierno muy desequilibrado de chiíes y kurdos, sin suníes. Eso empeorará el problema», había alertado el diplomático.[57] Zarqawi vinculó los sufragios a su ideario sectario en un mensaje que difundió días antes de la cita. El jordano anunció un baño de sangre durante las elecciones, al tiempo que acusaba a los chiíes de intentar «esparcir su fe diabólica mediante el dinero y el miedo».

La aprensión hacia un país que se hundía en el caos era ya el único elemento común de todos los iraquíes sin distinción de credo. Bagdad empezaba a encerrarse en enclaves protegidos por los muros de cemento que pronto serían su imagen más representativa. El aislamiento se reforzó con el cierre del aeropuerto y de las fronteras y con el estricto toque de queda que se implantó en Bagdad y otras muchas ciudades del país en vísperas de la convocatoria del 30 de enero. En los días previos, la capital se vio dominada por una sucesión de refriegas armadas, explosiones de cohetes y morteros y atentados suicidas, en medio de una ofensiva general de la insurgencia que dejó decenas de muertos.

Una de esas mañanas, cuando me encontraba desayunando en el hotel Mansour, se desató un violento tiroteo en el aparcamiento del edificio. Las ráfagas de ametralladoras hicieron correr hacia el perímetro defensivo a los numerosos guardias armados contratados por el recinto.

—¿Quién dispara? ¿Quién dispara? —pregunté a gritos.

—¡No sé! ¡Cubríos, cubríos! —chillaban los milicianos del hotel.

Durante un largo rato, el hotel, los adyacentes estudios cinematográficos Rashid, la televisión local y el cercano puente de Sinak —controlado por los soldados estadounidenses— se tornaron una batalla campal. «¡Han sido los tipos de la calle Haifa, se han infiltrado hasta aquí y han herido a un policía!», relató Omar Samarrai, un guardia del Mansour encaramado en la azotea. «¡Qué todo el mundo tenga listas sus armas!», ordenaba a través de su radio.

Omar decía que era el segundo asalto que repelían, en cuestión de horas, de los militantes de la calle Haifa, un bolsón urbano situado a menos de un kilómetro del epicentro del poder de Irak —la Zona Verde— y justo al

costado del hotel Mansour, que era desde hace meses un reducto de los seguidores de Zarqawi. «Quieren atacar la televisión y el hotel», apostilló Omar. Agachado entre dos coches y en mitad de la balacera, Zaid Auaf, recepcionista de cuarenta y ocho años, recapacitaba sobre su declaración anterior, en la que me había expresado su intención de acudir a las urnas.

«Quizá no sea una buena decisión», apuntó con una sonrisa nerviosa.

Zarqawi cumplió su promesa y el día 30 la capital se vio sacudida una vez más por una oleada de nueve suicidas y el bombardeo de un número incontable de cohetes. Tuvimos que cubrir las votaciones montados en bicicleta, ya que las autoridades habían prohibido el tráfico rodado —salvo para vehículos del ejército o la policía— y cuando comenzamos a desplazarnos por el céntrico barrio de Karada descubrí a un gentío interminable que acudía a pie hacia los centros de votación.

La historia de Irak la estaban escribiendo personas como Nabija Abderrasul, una anciana de ochenta y cuatro años que, incapaz de caminar, obligó a su hijo Jalil Shaker a transportarla en brazos hasta el colegio electoral bagdadí de Saadoun. Al regreso, agotado, el funcionario retirado de cincuenta y cinco años alquiló una carretilla de madera con la que acarreaban pescado para trasladar a su madre. Me los encontré cuando volvían de votar y la fémina casi no pudo reprimir las lágrimas al relatarme lo que sentía. «He votado en nombre de mis hijos… De Ismail, de Mohamed y de Sabah. Los sacrifiqué por Irak. Quiero que el sol nos alumbre porque llevamos cuarenta años sumidos en la penumbra. Le doy gracias a Dios por haberme permitido vivir hasta hoy.» Sus tres vástagos, activistas del partido chií Al Dawa, desaparecieron en las prisiones de la dictadura entre 1982 y 1996. «He votado por Al Dawa [incluido en la Alianza de la Unidad Iraquí, AUI] porque así lo habrían querido ellos.»

En ese mismo instante volvieron a retumbar las explosiones en la lejanía. Una deflagración tras otra. Nabija no se achantó. Como millones de chiíes, la señora decía que estaban «acostumbrados a sufrir», y aunque admitía tener «miedo» nunca se planteó quedarse en casa. «Tenía que votar. Mis tres hijos estaban mirándome desde el paraíso.»

Tras depositar el voto, las aglomeraciones se transformaron en festejos populares en los barrios de mayoría chií, como Karada. «¡Todos los que van a votar son chiíes y Zarqawi está enfadado!», cantaba un chiquillo en la calle Yasir Arafat, de ese mismo distrito, al tiempo que decenas de hombres bailaban. Otros agitaban las banderas rojas y verdes que usa esa confesión en sus festejos religiosos. «¡Hoy Sadam ha comprendido que está acabado!»,

exclamó otro de los presentes. Al día siguiente retorné a Ciudad Sadr. Todos los centros de votación que visité coincidían en que los índices de participación habían sido masivos: entre el 80 y el 90 por ciento. En uno de ellos, Saafa al Nuri me contó cómo defendieron las urnas a tiros cuando la escuela fue atacada por un grupo armado y cómo después habían dormido en torno a ellas, tras pasar horas contando votos bajo la única iluminación de velas y linternas. «Acordamos dormir alrededor de las urnas para protegerlas. No teníamos nada. Alguien encontró cartones y los tendimos en el suelo de las salas. Amontonamos las urnas en una esquina y nos tendimos rodeándolas», refirió Saafa.

Al salir del centro nos topamos con cientos de personas que celebraban la previsible victoria chií y desfilaban por la calle portando banderas verdes, ejemplares del Corán, flores y retratos de Sistani. Lejos de felicitarse por los resultados de sus candidatos, los participantes alababan la figura del máximo clérigo chií, dejando constancia de la enorme influencia que había tenido en el proceso electoral aunque nunca fuera candidato. «Todos hemos votado por Sistani», incidió Ahmed Falah. «Voté porque Sistani dijo que abstenerse era pecado y que iría al infierno», apuntó otro de sus amigos, Saleh Jaber. Los resultados finales confirmaron el triunfo personal de Sistani y de la opción electoral que había promovido, la AUI, que se repartió el poder con los kurdos. Un miembro de esta última minoría, Yalal Talabani, accedió a la presidencia del país mientras que la jefatura del gobierno recayó en Ibrahim al Jaafari.

Había entrevistado a este último días antes de los sufragios, en su residencia situada en la Zona Verde, protegida por tanques Bradley del ejército de Estados Unidos. Militante del partido islamista Al Dawa desde 1965, Al Jaafari era un personaje de modales cuidados, incondicional de los trajes de corte europeo y con un exquisito inglés, que aprendió durante su largo exilio en Inglaterra. Doctor de profesión, el entonces vicepresidente del país había huido de Irak en 1980 ante la represión que promovió Sadam contra Al Dawa en aquellas fechas. Primero se refugió en Irán, pero Al Jaafari se integraba en el ala más nacionalista de su organización, opuesta a los miembros que defendían tesis similares a las del ayatola Jomeini.

Cuando hablé con él mi primera pregunta fue muy directa. Quería saber si la paciencia de los chiíes ante los repetidos atentados promovidos por Zarqawi se estaba agotando. Me respondió con la misma frase que oiría años más tarde en Siria. «No caeremos en la trampa de la guerra civil. El objetivo de este tipo de crímenes es crear una *fitna* [escisión]. Pero no lo conseguirán»,

replicó. El discurso de Al Jaafari estaba tan alejado de la realidad como él mismo, atrincherado en una «fortaleza» de la que no pudo salir ni para protagonizar un solo acto de campaña. «¿Cómo va a hacer campaña? Ahí fuera [de la Zona Verde] es el caos», admitía su principal asesor, Adnan Ali al Jadimi.

La llegada de Al Jaafari a la jefatura del llamado Gobierno de Transición Iraquí el 7 abril coincidió precisamente con un rebrote de la violencia sectaria y la acción de los escuadrones de la muerte chiíes, que replicaban a su manera a los atentados de los militantes de Zarqawi.

Días antes de mi recorrido por Kisra wa Atash me había reunido con el presidente de la Casa de los Suníes, Adnan al Duleimi, uno de sus dirigentes más significados. Al llegar a su oficina me topé con una de las habituales pancartas negras que en esos días anunciaban el deceso de alguna de las víctimas de una refriega soterrada que muy pocos querían admitir todavía. «Abd al Mumin Abd al Jabar, hermano del jeque Abd as Satar al Jabar. Asesinado el 20 de abril. La última víctima de la guerra sucia», se leía sobre el pedazo de tela. Adnan al Duleimi era concluyente. «Es muy duro reconocer que la guerra civil ha comenzado», me dijo sentado en su despacho. Los asesores de esta entidad que decía representar a once mil mezquitas suníes del país me entregaron una larga lista de estadísticas sobre las agresiones que dijeron que estaban sufriendo los clérigos de su misma fe. «Han asesinado a cincuenta y nueve desde abril de 2003 y treinta durante 2005. También han arrestado a trescientos. No se limita solo a los religiosos. En Madain están quemando casas de suníes y en Basora arrestando a gente solo por ser suní. Es pura limpieza étnica», añadió Al Duleimi. La psicosis generada por el caso de Madain en abril había intensificado las acciones de las fuerzas de seguridad —dominadas ahora por los chiíes— contra los imames suníes.

Los asaltos contra templos de esa confesión se estaban multiplicando. La mezquita de Umar al Mujtar, en el barrio de Yarmouk, todavía presentaba signos del pandemónium que provocaron los agentes cuando acudieron a detener a su responsable, el imam Abdel Karim Abdul Razaq. La librería estaba repleta de sillas tiradas por el suelo, de ropa esparcida y la caja fuerte aparecía reventada. «Se llevaron todo el dinero», me contó uno de los empleados del edificio, Abdel Halek Abdel Latif. «Cuando llegaron, comenzaron a disparar al aire. Nos insultaban y decían: "¡Os hemos aguantado demasiado!" Eran todos chiíes y además de policías había miembros de las brigadas Badr.»[58] La suerte de Abdel Karim, un religioso que había vuelto de España tras someterse a una operación cardiaca gracias a

los buenos oficios de la ONG del padre Ángel, se desconocía. «Comenzaron a golpearlo delante de todos. Lo acusaron de asesinar a gente. Está enfermo y se desmayó. Es una ofensiva contra las mezquitas suníes», apostilló Abdel Halek.

En otro de los inmuebles religiosos, el imam Husein Ghazi al Samarrai me relató su detención. Le habían apresado el 28 de abril en su casa de Bagdad y según su relato terminó en una celda de la Zona Verde, hacinado junto a setenta y cuatro suníes, incluidos otros dos clérigos. «Era un agujero de la muerte. Nada más entrar querías vomitar. Había gente con la piel repleta de úlceras, con los brazos hinchados después de haber estado colgados de ellos.» Tras una semana de detención le pusieron en libertad sin ningún tipo de argumentación. «Te arrestan y te liberan sin explicación», sostuvo.

Durante aquella primera mitad de 2005, los desplazamientos hasta el depósito de cadáveres se tornaron en una costumbre cada vez más frecuente. Un día conseguí permiso para hablar con sus responsables y adentrarme en las instalaciones, que personificaban ya el aciago destino al que se enfrentaba la nación árabe. El doctor Qais Hasan, un facultativo de cuarenta años, me confirmó que las muertes violentas se habían disparado desde la formación del nuevo Gobierno de Al Jaafari. Qais recurría a un lenguaje tan cáustico como la propia situación de su país, y aseguraba que el museo del recinto era quizá uno de los pocos enclaves iraquíes que se había «beneficiado» de la invasión foránea y el ulterior caos hasta el punto de renovarse por completo.

Fue saqueado, como el resto, tras la intervención, pero en cuestión de semanas pudo reemplazar su espantosa colección de fotografías de crímenes. Ahora, las instantáneas colgadas de las paredes mostraban a víctimas cuya vida había sido finiquitada de todas las maneras posibles: estranguladas, tiroteadas, apuñaladas, quemadas y decapitadas. «Todas las fotos son nuevas. Con los cuerpos que recibimos tenemos mucho donde elegir», ironizó. El doctor me señaló una de las fotos. «Era un chaval de menos de treinta años. ¿Ve las marcas en la espalda? Golpes, signos de tortura. Lo degollaron mientras estaba vivo. Es un estilo que se utiliza en los crímenes de inspiración política o confesional. Se trata de meter miedo.»

Las decapitaciones constituían otro hecho casi inédito en la reciente historia de la nación árabe. Según Qais, durante la era de Sadam no llegaban a recibir más de un caso de este tipo a lo largo del año. «Ahora recibimos entre cinco y diez decapitados al mes», apostilló. «Se han disparado en los últimos tres meses», le secundó su compañero, el doctor Abdel Razaq al Obeidi. Según las estadísticas de la morgue, la sangría local había descendido en

marzo para repuntar a partir de abril. «Las cifras se triplicaron ese mes. Están encontrando cadáveres en los ríos, en los basureros, en las calles… Pasa algo raro», opinó Qais.

Los dos forenses me ofrecieron recorrer las salas donde recibían los cuerpos y les realizaban la consabida autopsia. Pronto comprendí que debería haber rechazado tal ofrecimiento. Aquello era una inmersión en el horror. Los empleados intentaban limpiar los charcos de sangre con mangueras frente a los cadáveres instalados sobre camillas, al tiempo que se enfrascaban en una conversación difícil de asumir. «El viernes recibimos cuarenta y cinco cadáveres. Este país es un caos —dijo Amar Zuher, de treinta y cinco años—. Los tipos que degüellan tienen que ser fuertes porque es difícil separar las vértebras con un cuchillo. A lo mejor antes eran carniceros», continuó explicando. Al Obeidi intercedió puntualizando que la aparición de restos sin cabeza había complicado aún más las labores de identificación de los finados. «A veces nos llega un día la cabeza y otro el cuerpo, y al final no sabemos qué pertenece a quién. En una ocasión nos enviaron a alguien decapitado que encontraron en Bagdad y el cráneo apareció en Kut.»

En medio de esta charla desquiciada, otro de los cirujanos se acercó con una camilla portando un cadáver y provocó una carcajada general cuando aseveró: «¡Fíjese, muerte natural, algo raro en estos días!».

En una vetusta grabación colgada en internet se podían apreciar las imágenes en color sepia de aquel 8 de julio de 1982. Los habitantes de Dujail corrían y chillaban al paso del vehículo que transportaba a Sadam Husein. Los miembros del Partido Baaz les habían ordenado alinearse a lo largo de las calles. «Sabíamos que venía alguien importante. Los helicópteros llevaban toda la mañana volando por encima del pueblo», recordaba Jaafar Abu Mustafa. Este iraquí apuntó que esa mañana hacía mucho calor. El dictador iba montado en un Mercedes blanco. Las mujeres le recibieron ululando. En las mismas instantáneas se ve que se colocan en línea para besarle la mano y la mejilla. Cientos le aclamaron frente a la sede del Baaz. Irak llevaba ya dieciocho meses luchando contra Irán, y en su discurso el autócrata aludió a ese conflicto. «No os voy a preguntar por la moral que tenéis en la guerra. Todo el mundo sabe lo valiente que es el pueblo de Dujail», se oye decir al dirigente iraquí frente al entusiasmo de los congregados. Jaafar Abu Mustafa tenía solo diez años. Su primo Latif Hasan, veinticinco. «Yo soy uno de los niños que corren junto al Mercedes. Me acuerdo perfectamente. Gritábamos y lo tocábamos», evocó el iraquí.

Como la mayoría de las residencias de esta pequeña villa al norte de Bagdad, el domicilio de Latif Hasan estaba adornado con la fotografía de alguna de las víctimas que dejó la redada que ordenó el déspota. En este caso se trataba de un retrato del primo de Latif, Jasem Mohamed al Taif. «Formaba parte del comando que atacó a Sadam. Huyó a Bagdad pero fue capturado en Kadhimiya. Nunca supimos qué pasó con él», me explicó Latif.

La cinta grabada por uno de los camarógrafos que acompañaba al séquito oficial también recogió los momentos ulteriores a la emboscada fallida. Se ve cómo Sadam se dirige de nuevo al gentío, que arrecia en sus loas quizá adivinando ya las terribles consecuencias que iba a tener lo acaecido. «Estos pocos disparos no asustarán al pueblo de Irak y tampoco a Sadam. Los encontraremos. Distinguimos entre un pequeño grupo de traidores y el pueblo de Dujail», les dice el jefe de Estado. En el vídeo se le observa también deteniendo su coche y cuestionando a un grupo de muchachos. «¿Adónde vais?», les inquiere. «Estamos ayunando [era el mes de ramadán] y volvíamos a casa», le responden. El dictador se permite una ironía. «Si, ya, ahora todo el mundo ayuna. Hasta Jomeini [el líder iraní] está ayunando», afirma. Otro residente del lugar suplica que no le detengan. «Señor, soy miembro del Ejército Popular [la milicia del Baaz]», clama desesperado. Sadam se muestra inflexible y se le oye ordenar: «Apartadlos e interrogadlos».

Hasta julio de 2004, Dujail no pasaba de ser un nombre más en el desolador historial que había dejado la era de Sadam. Pero el día 17, el Tribunal Especial que juzgaba sus crímenes lo inculpó por primera vez, acusándolo de la ejecución de ciento cuarenta y tres habitantes de esa ciudad. El juicio contra Sadam —capturado en diciembre de 2003— se iba a convertir en un elemento más de discordia sectaria, en especial tras su ejecución en diciembre de 2006.

Decidí viajar a Dujail con Jalil y Yaroub en octubre de 2005, cuando comenzó el proceso. La desangelada ciudad de setenta mil habitantes se había convertido en un bolsón chií en una provincia de mayoría suní como era Salahadin, donde la insurgencia no cesaba de expandir sus acciones. La única vía de acceso desde Bagdad, la Autopista 1, había sido apodada por el ejército estadounidense como la «ruta trampa» por el incontable número de ataques con explosivos que sufrían sus convoyes militares.

Nada más pasar el enorme complejo militar de Taji, una de las principales bases de Estados Unidos al norte de la capital, comencé a percibir la sucesión de socavones que se podían apreciar a ambos lados de la carretera. Conté casi una veintena. Los huecos donde los milicianos habían colocado sus IED

estaban rodeados de tierra ennegrecida, chatarra calcinada y las carcasas de varios camiones de combustible. Ese tramo estaba vigilado por varios tanques norteamericanos aparcados a lo largo del camino.

Nuestro recorrido quedó interrumpido antes de llegar a Dujail. Los Buffalos del ejército estadounidense —un curioso vehículo blindado con un brazo mecánico extensible— removían la tierra buscando un objeto sospechoso. Resultó ser una falsa alarma. Sin embargo, al regresar de Dujail, nos topamos con un ataque real contra un Humvee que había sido alcanzado por otra bomba artesanal. Coincidiendo con nuestro paso, un helicóptero se encontraba evacuando a un uniformado herido.

La calle de entrada a Dujail estaba protegida por casamatas y militares. No escondían su filiación religiosa, y habían colocado retratos del imam Husein, una de las figuras más reverenciadas de los chiíes.

En Dujail, la memoria de lo que llaman Al Kazira[59] seguía tan viva como lo estaba para Latif o Jaafar. Todos los residentes con los que hablé repetían los detalles de la represión que siguió al atentado. Pese a las palabras de Sadam, la dictadura no hizo distinciones. Dujail se convirtió en un nombre maldito, como la Halabja kurda o las ciudades chiíes que fueron arrasadas tras la sublevación de 1991. No se trató solo de bombardeos, de ejecuciones masivas o de años de cárcel y torturas inhumanas. El escarmiento fue ejemplar. El entonces vicepresidente Taha Yasin Ramadan se encargó de liderar toda una flotilla de excavadoras que arrasaron casas, huertos y palmeras. Los vecinos del pueblo me llevaron a ver las enormes áreas que todavía se mantenían yermas. «Asolaron cinco mil hectáreas», me dijo uno. «Esto era un vergel de palmeras y naranjos. Mire lo que es ahora. Un desierto», aseveró Saadi Kadem Jaafar. Su particular clan sufrió una escabechina similar a la de la vegetación circundante. Cuando me reuní con él en su domicilio comenzó a dar nombres de familiares cuya vida fue arrancada de cuajo por los sicarios del régimen. Entre los treinta y seis miembros de su saga que desaparecieron o murieron tras el suceso de julio figuraban cuatro de sus hermanos. Sus fotos decoraban uno de los muros de la humilde vivienda.

Para los habitantes de Dujail y de toda la comunidad chií, la presencia de Sadam ante un tribunal era un tributo a las víctimas y al sufrimiento que causó a su comunidad.

Las entrevistas con los supervivientes de Dujail eran interminables. Todos querían relatar lo sucedido detalle a detalle. Saadi decía que la represión comenzó de inmediato. El 9 de julio la aviación y la Guardia Republicana bombardearon la ciudad. «Muchos murieron. Cerca de mil quinientas

personas fueron detenidas.» Los finados se pudieron considerar como afortunados. Para los arrestados comenzó un largo periplo por los gulags de la dictadura.

Los vecinos de Dujail me dejaron leer el testimonio que había escrito uno de los reos: Firas Mahmud Yacub, que en esos días trabajaba como doctor en un hospital de Bagdad. «Era muy pequeño [once años] para entender por qué nos trataban así. Pero sí supe el significado de estar muerto de miedo. El sonido de los pasos que se detenían frente a la puerta [de la celda] era suficiente para que nos quedáramos congelados.» En su turbador relato, Yacub narraba que los carceleros les arrancaban uñas y dientes, los torturaban con corriente eléctrica, o recurrían a hojas de afeitar para cortar y separar la piel del cuerpo. «Dejaron a mi tía colgada del techo, desnuda frente a sus hermanos, para forzarles a hablar. ¿Saben cuánto dolor sufrimos? ¿Pueden imaginarlo? No lo creo.» Otro de los que sobrevivieron a tan terrible cautiverio, Kadem Jaafar Habib, de setenta y ocho años, me contó que tras pasar por Abu Ghraib terminó dos años en otra cárcel aún más terrible en la frontera con Arabia Saudí: Nugrati Salman. La denominaban «el Alcatraz del desierto». Los reos que intentaron huir atravesando la vasta extensión de dunas que la rodeaban solo consiguieron morir de forma atroz, consumidos por la sed y el calor asfixiante.

Antes de marcharnos del lugar, los vecinos de la población nos acompañaron hasta el pequeño memorial que habían construido en lo que antes fue una oficina del Baaz. Era un simple montaje de casi doscientas fotografías con los rostros de las víctimas de Sadam. Eran imágenes donde algunos jóvenes se mostraban en bodas familiares, otros adultos aparecían vestidos con la *dishdasha* tradicional y los más pequeños se exhibían sonriendo sin imaginar el triste final que les esperaba. Abdul Husein puntualizó que entre los desaparecidos había hasta un recién nacido que le fue arrebatado a su madre. Saadi Kadem Jaafar se despidió con una petición. «Sadam inspira miedo incluso en la cárcel, por eso nos gustaría que lo ahorcaran. Así podríamos descansar en paz.»

Chiíes y suníes divergían hasta en la forma en la que debía ser ajusticiado el dictador. El propio Sadam exigió que se le fusilara y no terminar en la horca «como un criminal». Para los suníes, el tono desafiante de Husein en su comparecencia ante los jueces se erigió en motivo de orgullo sectario y los numerosos altercados que se sucedieron durante la causa —incluido el asesinato de tres de los abogados de la defensa— en una prueba de que toda ella no era más que una «venganza», como expresaron muchos de sus líderes.

La misma jornada en la que comenzó la vista, el 19 de octubre de 2005, las dos comunidades religiosas asistieron a su comparecencia aferradas al particular veredicto que cada una había dictado ya por anticipado, inspirado más por su adscripción tribal y religiosa que por las posibles pruebas que fueran a oír. Asistí al inicio en compañía de decenas de chiíes que se arremolinaban en torno a las televisiones en la céntrica calle Karada, donde todos los comercios emitían el espectáculo. Había corrillos y lugares donde los propietarios colocaron sillas, como si fuera un cine. Así pudieron oír el primer desplante de Sadam al juez, al que lejos de responder le cuestionó: «¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí? No respondo ante esto que llaman tribunal. Mantengo mis derechos constitucionales como presidente de Irak. ¿Ha sido usted juez con anterioridad?», le espetó el exautócrata como si fuera él quien dirigiera la sesión. Sadam vestía un elegante traje oscuro y una camisa blanca. No usaba corbata pero sí portaba un Corán.

Antes de que se iniciara la retransmisión en directo, la televisión nacional había realizado un apresurado sondeo telefónico en el que todos los consultados coincidieron en la pena que debía aplicarse al reo: la muerte. «No solo hay que condenarlo y ejecutarlo. Hay que colgarlo en medio de la calle como hizo con decenas de iraquíes», señaló uno de los entrevistados.

Al regresar al hotel pude ver imágenes de Tikrit, en cuyas inmediaciones nació Sadam. Cientos de suníes —muchos de ellos armados— habían salido también a las calles pero coreando mensajes en favor del prisionero. «¡Con nuestra sangre y nuestra alma, nos sacrificaremos por ti, Sadam!», gritaban. Desde Amán, su hija Raghad Husein dijo sentirse «orgullosa» de su progenitor. «Es el padre más valiente. Un hombre que nunca se rendirá», añadió.

El ajusticiamiento de Sadam acabó por exacerbar la total ruptura entre las dos sectas después de que una grabación realizada por uno de los presentes mostrara al reo desafiando a los verdugos que gritaban proclamas en favor de Muqtada al Sadr. «Muqtada… ¿Muqtada?», se oía decir a Sadam con ironía al tiempo que se le veía esbozar una sonrisa sarcástica. «¡Qué se vaya al infierno!», gritaba otra voz, mientras que uno más intentaba imponer algo de orden en la caótica escena.

Sadam fue enterrado en Auya, la pequeña aldea a trece kilómetros de Tikrit, donde había nacido. Sus simpatizantes le construyeron un enorme mausoleo que durante años fue objeto de peregrinación para los suníes y un reflejo del deceso también alegórico del concepto unitario de país. Auya fue durante años un destino prohibido al estar en un territorio que controlaba el

Estado Islámico, pero en agosto de 2010, cuando los radicales ya se habían replegado, pude desplazarme hasta esa población y visitar la tumba de Husein. Las pintadas que alababan la figura del extinto personaje eran una constante en las paredes de la aldea, pese al esfuerzo de las autoridades por emborronarlas con pintura negra. «¡Tu sangre, Sadam Husein, es sagrada!», decía una de ellas. «Bendito sea tu cumpleaños, mi señor», rezaba otra que debía datar del 28 de abril, la fecha en la que se recordaba el nacimiento del autócrata. Casi una docena de vehículos se alineaban frente al mausoleo «del presidente», la denominación que le otorgaban los custodios del lugar. Hacía un año que el Gobierno del primer ministro Nuri al Maliki había prohibido las peregrinaciones al panteón de Husein, pero comprendí que las órdenes de Bagdad tenían una escasa influencia en este territorio suní. Un escritor local, Idris Ismael, se ofreció a servirme de guía y dijo que solían recibir una media de cincuenta visitantes por jornada. «A veces llegan autobuses con cien o trescientas personas. Y en las fechas señaladas, su cumpleaños o el día de su muerte, pueden llegar a ser miles», especificó.

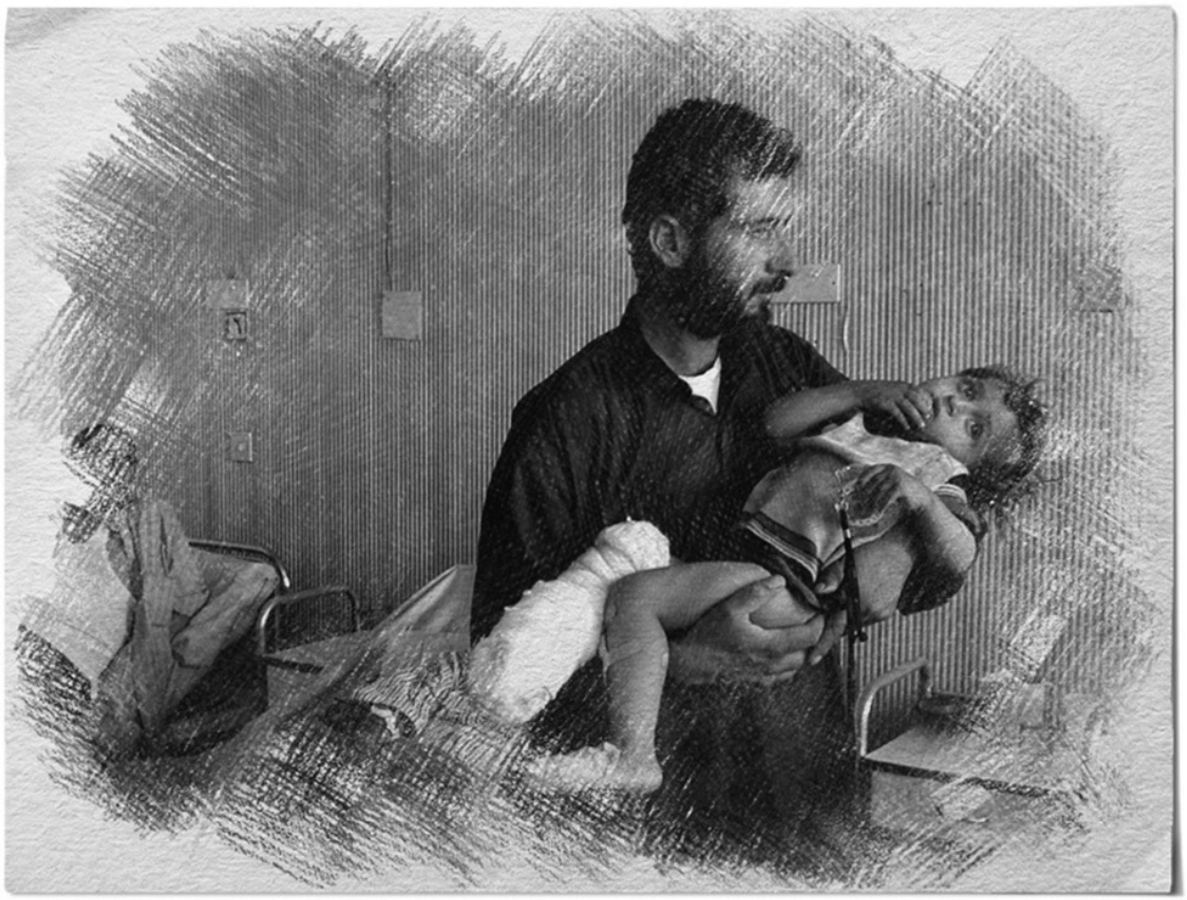
La sepultura del antaño jefe de Estado se encontraba en el centro de una enorme sala circular en el mismo edificio que había sido una sala de recepciones construida en 1988. Estaba rodeada de flores de plástico y cubierta por una bandera de Irak. A su alrededor se multiplicaba la parafernalia que recordaba su persona y las fotos, tapices, pancartas y tallas de madera repletos de panegíricos en su honor. «Para el caballero, el héroe de la victoria y la paz, el mariscal Sadam Husein», decía una de las inscripciones. Según me explicó Ismael, habían añadido dos pequeñas habitaciones para exhibir una cama y un remedo de despacho que supuestamente utilizó el que fuera máximo dirigente iraquí. En otra vitrina se podía divisar una colección de *akal*, los cordones circulares de lana teñida de negro que usan los jeques tribales para sujetarse el pañuelo o tocado con el que se cubren la cabeza. Uno de los guardianes nos contó que se trataba de una «tradición árabe». «Cuando un jeque le entrega su *akal* a alguien significa que mantienen con él un compromiso inamovible.» Al lado habían colocado un panel con fotos del difunto. Sadam montando un caballo blanco. Sadam realizando la peregrinación a La Meca. Jugando con sus hijos. Acariciando un pequeño león en el zoo de Bagdad. Desfilando junto a sus tropas.

Ismael nos guió hasta un pequeño jardín ubicado junto al edificio principal. Allí se encontraban siete tumbas donde reposaban los hijos de Sadam —Uday y Qusay— y otros exjerarcas del régimen como Barzan Ibrahim al Tikrit, su hermanastro; Awad Hamed al Bander, el antiguo

presidente del Tribunal Revolucionario; o quien ejerciera como vicepresidente, Taha Yasin Ramadan. Idris indicó que aquello cumplía con la última petición de Sadam. «Dejó dicho en su testamento que quería que todos sus colaboradores fueran enterrados aquí —aseguró—. Son nuestros mártires.»

19

Un país devorado por sus demonios



Bagdad, marzo de 2006

Mustafa rehuía hablar. Respondía con evasivas cada pregunta, con amables silencios, cada frase terminada en puntos suspensivos. Ni siquiera los lazos de sangre conseguían desatarle la lengua, atenazada por un terror casi atávico. Yaroub, esforzándose en tono terapéutico, trataba de empatizar con su cuñado animándole a desgranar el relato que le había tocado el alma cuando lo escuchó, semanas atrás, esta vez para la periodista extranjera. Le prometía anonimato, le juraba que nadie sabría de dónde venía la denuncia, y Mustafa terminó accediendo a regañadientes, como si la simple evocación de lo visto le hiciera daño.

«Al principio, los cadáveres llegaban de dos en dos, flotando por la tubería de cuatro metros de diámetro que reconduce las aguas residuales hasta nuestra estación. Tenían las manos atadas y signos de tortura. —Su voz era dubitativa y temblorosa—. Luego empezaron a llegar de tres en tres, y más tarde de cuatro en cuatro —proseguía con lentitud, arrastrando las palabras—. Pregunté a mis compañeros desde cuándo ocurría, y me contaron que los muertos empezaron a salir de la cañería en septiembre. En noviembre, había tantos que la compañía instaló filtros. Pero cada día aparecían más, a veces enteros y a veces desmembrados.»

El ingeniero, de 26 años, estaba traumatizado por el espectáculo contemplado en su turno de trabajo en la planta potabilizadora de Rustimiya Norte, en el distrito bagdadí de Rusafa. Mustafa al Nuaimi llevaba días sin acudir a su puesto: no había excusado su ausencia —algo irrelevante en un país donde las comunicaciones apenas funcionaban y los coches bomba hacían saltar horarios, calles y vidas por los aires— y juraba que no volvería a trabajar allí ni aunque le duplicaran el sueldo. Prefería olvidarse de su titulación de ingeniero y trabajar como taxista, el mismo destino que corría la mayor parte de una población forzada al desempleo por la guerra y la destrucción del sector industrial, antes que seguir asistiendo al nauseabundo espectáculo que contemplaba a diario desde que el 20 de noviembre fuera contratado como miembro del equipo de mantenimiento de la central.

En aquel entonces, en Bagdad existían tres plantas potabilizadoras de agua. Como me explicaría días después en su despacho el director de Bagdad TV, Rustimiya Norte ni siquiera era la más grande de las tres, y todas llevaban varios meses inundadas de cadáveres. «Hemos recibido muchas denuncias, hay muchos testigos. Pero no podemos enviar cámaras ni contar algo así en directo. Lo mejor que nos podría pasar es que nos cerrasen el canal; lo peor, que nos mataran», explicaba abatido el periodista, mientras

rogaba que no desvelara su identidad. El miedo, ese viejo fantasma que creían enterrado tras la caída de la dictadura, devoraba de nuevo el tejido social iraquí con la voracidad de un cáncer terminal.

En marzo de 2006, Bagdad ya no era ni una sombra de la ciudad que fue. El trayecto en avión hasta la capital iraquí se había transformado en una experiencia sórdida: los únicos pasajeros de Iraqi Airways eran profesionales iraquíes que regresaban a visitar a sus familiares y mercenarios occidentales, atiborrados de anabolizantes y miedo. Muchos de ellos subían al avión en evidente estado de embriaguez, con mirada turbia y aliento a combustible. Hubieran producido pena si no fuera por la falta de modales. En una de las filas, una joven iraquí velada, de unos veinticinco años, respiraba con un pañuelo que empapaba en perfume con toda la discreción de la que era capaz mientras en el asiento contiguo uno de aquellos soldados de fortuna, con el rostro congestionado, luchaba por contener un vómito que terminó expulsando a presión: la joven se incorporó de un salto, pero no pudo evitar que su *abaya* quedara impregnada del fétido deshecho con olor a alcohol y a terror. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Le ofrecí sentarse en mi asiento y saqué un paquete de toallas húmedas para adecentar su ropa. «Los odio. No sabes cómo los odio», farfullaba mientras intentaba calmarla. Cuando llegamos al Aeropuerto Internacional de Bagdad, tras una violenta maniobra que se transformó en un clásico entre los pilotos que osaban volar a la capital iraquí —un giro en espiral destinado a esquivar los ataques de los grupos armados desde Abu Ghraib—, volvió a sorprenderme un complejo tomado y gestionado por mercenarios ayudados por perros que aterrorizaban a los pasajeros árabes. En su situación, yo también los odiaría.

Jalil me recogió en la zona de pasajeros tres horas después de mi llegada: era el tiempo requerido para pasar todos los controles de seguridad que examinaban hasta el más minúsculo recoveco de los equipajes en busca de explosivos y cada una de las páginas del pasaporte en busca de eventuales falsificaciones. Recorrimos a toda velocidad la autopista que llevaba a Bagdad sorteando algunas carcasas de automóviles en llamas, objeto de ataques recientes, y varios camiones aparentemente abandonados. «Lo más probable es que hayan secuestrado al conductor y saqueado el interior», explicó Jalil.

Una vez en la ciudad, me costó reconocer Bagdad. Los atentados se habían comido paredes y pavimento a bocados, los muros anti coches bomba sellaban herméticamente sectores completos, inmuebles o complejos de edificios, transformando la bella ciudad en un laberinto de hormigón, insulso

y tenebroso, salpicado por islas amuralladas de edificios y paneles publicitarios que hablaban del peligro de los suicidas o de la tolerancia entre sectas.

La mayoría de las calles estaban desiertas, muchas listas para ser cerradas con alambre de espino: la población minimizaba al máximo las incursiones al exterior —aunque no podía evitarlo, para trabajar y aprovisionarse— y era raro ver personas en la calle. Los negocios solían estar cerrados y protegidos por barricadas de sacos terreros. Pero lo más inquietante eran los puestos de control gestionados por encapuchados, dependientes de las fuerzas de seguridad, que daban el alto a los coches. La capital, como el país, estaba en manos de las milicias que habían tomado el control bendecidas por los partidos políticos que las financiaban. Tras la destrucción de la mezquita de Samarra, las milicias ejercían su poder abiertamente, a plena luz del día, movidas por una combinación de miedo y venganza.

Los partes del Gobierno iraquí mantenían la ficción de normalidad. El Ministerio de Salud, dependiente del Consejo Supremo de la Revolución Islámica[60] y del partido de Muqtada al Sadr, había ordenado a los responsables de las morgues que pusieran fin al recuento de víctimas de ejecuciones. Y nadie osaba investigar, porque en el nuevo Irak la curiosidad costaba vidas como la de los civiles que taponan la tubería de Rustumiya.

Mustafa había contabilizado, entre noviembre y diciembre, setenta cuerpos por mes; en enero, la cifra se disparó a noventa, pero lo peor estaba por llegar. En febrero de 2006, el mes del fatídico atentado contra la mezquita de Samarra, sagrada para los chiíes, se recogieron en un solo día dieciocho cuerpos humanos. «Los cadáveres que llegan tienen que haber sido arrojados a las fosas que conectan con la tubería principal en los barrios de alrededor, donde funcionan potentes bombas de succión que despedazan los cuerpos», proseguía el ingeniero. Se trataba de las fosas de Muthana, Nuevo Bagdad o Siete de Nisan, barrios mixtos donde antes convivían suníes y chiíes, uno de los escenarios favoritos de los escuadrones de la muerte que operaban cuando el toque de queda dejaba las calles desiertas.

Un funcionario del Ministerio de Interior había confesado a la prensa que existían instrucciones de contabilizar solo a los fallecidos por coches bomba y ataques de la insurgencia. Sus declaraciones extrañaron poco en Bagdad, dado que el director de la principal morgue, Faik Bakir, había huido semanas antes del país tras ser amenazado de muerte: el motivo fue contradecir los anuncios del Gobierno y revelar que, mucho antes de la oleada de violencia sectaria

desencadenada por la voladura de Al Askari,[61] la violencia entre sectas se cobraba unas setecientas vidas al mes.

Samarra disparó las cifras, no el conflicto. La voladura de la mezquita fue una operación tan exquisitamente llevada a cabo que suscitó todo tipo de rumores sobre su verdadera autoría, atribuida oficialmente a Al Qaeda. Ocurrió el 22 de febrero, cuando un grupo de encapuchados ataviados con uniformes de la policía iraquí asaltó el templo y perforó los pilares colocando cuidadosamente cinco poderosas cargas explosivas en puntos concretos. Los guardias fueron maniatados y encapuchados y serían liberados antes de la detonación: nadie murió durante una operación que duró tres horas. No se trataba de dañar el símbolo —una mezquita sagrada chií custodiada desde hacía siglos por una ciudad suní— sino de demolerlo por completo y usarlo como espita para disparar el odio sectario.

Entonces, algunos informes de inteligencia manejados por cancillerías europeas señalaron que la responsabilidad de un grupo iraquí, o incluso de Al Qaeda, era improbable. Demasiada organización y demasiada eficacia para no provocar ni una sola víctima, cuando todos los ataques extremistas trataban de diezmar a la secta contraria con un gran número de muertos: la violencia extrema era la marca de Zarqawi. Tres años más tarde tuve ocasión de visitar de forma clandestina la ciudad y dialogar con los custodios. «Esa bomba no fue puesta por manos iraquíes. Dadas las características del atentado, solo un Gobierno tiene poder para provocar una explosión de esas características», aseveraba entonces el presidente del consejo municipal, Omar Mohamed Hasan.

El relato del jeque Jatar al Samarrai, imam de la Gran Mezquita, situada al lado del templo de Al Askari, me dejó perpleja. «La tarde anterior al ataque, cuando salí del templo, me sorprendió ver que los estadounidenses y la policía iraquí rodeaban las mezquitas, porque nunca se atrevían a entrar en Samarra. Declararon toque de queda, así que tuve que andar para encontrar un taxi que me trajera a casa», rememoraba en la conversación que mantuvimos en su casa. «Antes de aquel atentado, Al Qaeda se paseaba a sus anchas por Samarra sin hacer nada a la mezquita y los americanos nunca venían a detenerlos», continúa. De ahí que cuando oyó la explosión que acabó con la grandeza de Al Askari, se convenciera de que había algo raro tras el ataque. «Enseguida comprendí que el propósito era enfrentar a la comunidad chií con la suní». Uno de los doctores del hospital de Samarra me confirmó la presencia de tropas la víspera a la explosión. «La policía iraquí y las tropas estadounidenses, que por entonces no se adentraban nunca en la ciudad,

habían cercado el día anterior la mezquita —confiaba, amparado en el anonimato, mientras movía la cabeza de un lado a otro—. Ningún grupo insurgente tiene expertos en explosivos de ese calibre.»

Fuera quien fuese el autor del atentado, sabía muy bien sus consecuencias. Samarra consagró el descenso de Irak a los infiernos. La orgía de sangre que siguió al atentado contra Al Askari se cobró mil vidas; 180 mezquitas suníes fueron destruidas en represalias. Por si había alguna duda sobre el destino de Irak, tres semanas después, una nueva oleada de explosiones contra Ciudad Sadr confirmó el conflicto fratricida: seis coches bomba detonaron al mismo tiempo en el feudo de Muqtada al Sadr, matando a casi sesenta personas y precipitando las venganzas en forma de milicias enmascaradas apostadas en las entradas de los barrios, bombardeos entre distritos suníes y chiíes y coches cargados de explosivos. El Ejecutivo confirmó quinientos muertos en los seis días sucesivos; desde la morgue hablaron de mil cuatrocientos. El Ministerio de Salud terminó admitiendo que un millar de personas habían sido asesinadas en la semana anterior, pero las visitas a las morgues de Bagdad y las conversaciones, siempre angustiadas, con sus trabajadores arrojaban una cifra más cercana a las tres mil. La destrucción de Al Askari había cumplido su función: el odio sectario había cambiado el curso de la invasión de Irak. El enemigo ya no era el ocupante, sino el contrario.

Osama Nayeh, de treinta años que pesaban como treinta décadas, encadenaba un cigarrillo tras otro con su orondo cuerpo apoyado en el sofá con notable incomodidad. Manchas oscuras y verrugas salpicaban su rostro moreno. Sus ojos turbios no enfocaban ni siquiera cuando sus hijos, aún pequeños, reclamaban su atención salvo que un timbre o tono de llamada le sobrecogiera de puro miedo. Vivía como desplazado después de que una noche de principios de marzo, avanzado el toque de queda, «centenares de miembros del Ejército de Mehdi salieran de Ciudad Sadr y entraran en mi barrio, Ur [mixto, pero de mayoría chií]. Pusieron *checkpoints* y comenzaron a arrestar gente», explicaba Osama, quien decidió esconderse con los suyos en el sótano para evitar engrosar la cifra de desaparecidos. Osama no vio qué ocurrió después pero, a la mañana siguiente, en una torreta eléctrica aparecieron colgados cuatro cadáveres con signos de tortura y sendos disparos en la cabeza. Cerca de ellos habían escrito: «Estos son los traidores». Poco después, los restos de quince hombres estrangulados aparecían en el barrio suní de Jadra, al oeste de Bagdad, donde días antes habían hallado los cuerpos de dieciocho suníes ejecutados en el interior de un minibús. Solo aquella

jornada se hallaron unos ochenta muertos de ambas sectas, según fuentes oficiales.

Los cadáveres salían como hongos de cada rincón de la ciudad. Otro ingeniero nos contó cómo, a principios de 2006, empleados de la compañía de electricidad acudieron a instalar torretas en Ciudad Sadr para mejorar el suministro: cada vez que comenzaban a excavar encontraban cadáveres, viéndose obligados a cambiar el emplazamiento.

Acudí a una de las principales morgues de Bagdad el 16 de marzo. Aquella mañana, en la radio, habíamos oído un comunicado del Gobierno en el que se informaba del hallazgo de cincuenta y dos cadáveres, víctimas de los escuadrones de la muerte. Situada en Bab Muadem, cerca del Ministerio de Salud, los accesos a la morgue estaban controlados por el Ejército del Mehdi, pero eso no impedía que una multitud silenciosa se aproximara al lugar, tan vencida por el dolor que parecía ajena al miedo. El depósito de cadáveres era el único lugar de Bagdad que parecía unir a suníes y chiíes, aunque luego supe que solo las familias chiíes se atrevían a ir al completo: las suníes solían enviar a las mujeres, temerosas de que los varones fueran detenidos y secuestrados. El edificio se había convertido en lugar de peregrinación de los familiares de desaparecidos: muchos no sabían si sus familiares habían sido ejecutados, pero en el contexto iraquí la mayor parte de las respuestas se encontraban en la morgue.

Aparcamos lejos del puesto de control y caminamos hacia la puerta principal. Un nauseabundo olor a muerte llegaba hasta el atestado aparcamiento, donde centenares de familiares lloraban en grupos de cuatro o cinco personas. El patio contenía a cientos de familiares que conformaban una concentración fúnebre y desesperada. Muchos esperaban confirmar lo peor, para otros lo peor era no poder confirmar la presencia de los cadáveres.

Algunas familias se presentaban con ataúdes de madera rellenos de algodón: unos los trasladaban a mano, en dolorosa peregrinación, tras bajarlos del portaequipajes de un taxi, y otros lo llevaban en sus propios vehículos, habitualmente en el interior de un maletero abierto que suplía al coche fúnebre. En el patio de la morgue, dos docenas de cajas colocadas en fila india buscaban dueño mientras el dolor, contenido o incontenible, se visibilizaba en muecas desgarradas, sollozos y cuchicheos.

Los responsables, desbordados, no permitían la entrada para identificar los cadáveres y la multitud comenzaba a perder las formas. «¿Han dado nombres? ¿Han dicho de qué barrios vienen las víctimas?», preguntaba una mujer en la treintena, con los ojos hundidos y la faz cadavérica. Me encogí de

hombros para no responder: temía que se corriese la voz de la presencia de una extranjera. Un par de metros más allá, una puerta metálica separaba a los desesperados vivos de los muertos. Los policías que custodiaban el portón hacían fuerza para evitar que la avalancha humana se abriera paso y Yaroub se acercó a ellos. «Hemos recibido ciento cincuenta cuerpos esta noche, hasta que no sean examinados no podemos dejarles entrar», grita uno de los agentes sudando copiosamente. Lo repitió en dos ocasiones: ciento cincuenta cadáveres, casi tres veces más de lo admitido por el Gobierno. No pude evitar echar cuentas sumando el resto de depósitos de Bagdad. Yaroub se acercó a uno de los guardias y le cuchicheó mi verdadera identidad. El hombre me miró sorprendido: hacía casi dos años que apenas se veían periodistas extranjeros en Bagdad por miedo a los secuestros. Le remitió con gestos a un despacho donde nos recibiría un encargado, más asustado por el encuentro que por la tensión del exterior. Allí nos explicó que solo podían tomar fotos de los cadáveres y asignarles un número para que las familias las contemplaran y pudieran reclamar los cuerpos: no podían hacer frente a aquella marea humana que cada día se congregaba en sus puertas. Las fotos terminaban en un tablón de anuncios, y las que no eran identificadas terminaban siendo grabadas en un disco compacto.

Cada día, con la llegada del ocaso, los varones de los barrios suníes aprovechaban la débil luz para cerrar las calles con troncos de palmera antes de tomar las armas y emprender una tensa espera. «Cuando cae la noche nos apostamos en las azoteas con los fusiles de asalto. Cada casa está protegida por un hombre. Los vecinos nos comunicamos con los móviles, y si alguno detecta movimiento nos preparamos para disparar», explicaba con voz monocorde Abu Amar, un joven educado y bien vestido, en el barrio de Adhamiyah.

Había pasado la noche en vela escudriñando la oscuridad en busca de los vehículos con hombres armados —ataviados con uniformes oficiales o vestidos de negro— que cada noche irrumpían en los barrios en busca de suníes. A veces eran ejecutados ante sus familiares, en ocasiones maniatados y encapuchados antes de desaparecer en manos de los escuadrones de la muerte. Sus cadáveres solían ser hallados en basureros, además de las cañerías. «Antes de que toquen a mi familia, los vuelo por los aires», amenazaba Abu Hamza mientras esgrimía una granada de mano en el bastión suní de Haid al Adel.

Los combates barrio por barrio que Sadam había prometido a los invasores tenían lugar en Irak con tres años de retraso y un objetivo muy

diferente. Los barrios suníes combatían contra los chiíes, los chiíes contra los suníes, y los pocos vecindarios mixtos que quedaban se iban unificando en el contexto de limpieza étnica que se consumaba. Una de las primeras voces políticas que pronunció lo innombrable fue el ex primer ministro y líder de la Lista Nacional Iraquí, Iyad Alawi. «Desgraciadamente, estamos en guerra civil. Cada día estamos perdiendo cincuenta o sesenta personas en el país, si no más. Si esto no es una guerra civil, entonces solo Dios sabe qué es.» Sus palabras, pronunciadas en la BBC, resultaban inquietamente premonitorias. «Puede que no estemos en el punto de no retorno, pero nos estamos aproximando. Y no solo Irak va a entrar en colapso. El sectarismo va a extenderse por toda la región y ni siquiera Europa y Estados Unidos estarán a salvo», predijo.[62]

Solía alojarme en el hotel Al Andalus, un pequeño local regentado por una familia cristiana a la que conocía desde tiempos de la invasión que ofrecía modestos apartamentos a un precio razonable: el hostal se situaba en el interior del perímetro de seguridad de los hoteles Palestina y Sheraton, donde se seguían celebrando ruedas de prensa, lo cual tenía ventajas e inconvenientes: por un lado, el lugar era objetivo frecuente de ataques, pero también contaba con medidas que minimizaban el impacto de estos, sobre todo desde los ataques de Zarqawi.

Al Andalus también me ofrecía una suerte de protección humana desinteresada imposible de hallar en cualquier otro sitio. El director regentaba personalmente el hostal donde tenía empleados a familiares y personas de confianza, consagrados a la protección de sus inquilinos como si fueran de la casa. Los dos guardias de seguridad armados con Kalashnikov no disuadían a nadie en el Bagdad de la guerra civil, pero sí realizaban una labor de vigilancia de los accesos que permitía dar la voz de alerta si alguien espiaba a los clientes. Su celo era tal que en una ocasión llamaron a Jalil asustados porque alguien les había comunicado que yo había sido vista en plena calle en Karada, caminando por la acera. Había bajado del coche para comprar cacahuetes.

No existía protección posible en Bagdad, pero sí había ciertos hábitos que permitían pasar desapercibida: desde finales de 2004, vestía exclusivamente con *abaya* y *hiyab* iraquíes, usaba zapatos y bolso iraquí —Yaroub y Jalil solían recibirme con una bolsa de ropa de sus mujeres, nueva pese a mis rabietas: prefería ropa vieja y gastada— y había renunciado a salir del hotel con el teléfono satélite, con tarjetas de identidad occidentales e incluso con gafas de sol para evitar despertar sospechas en los omnipresentes puestos de

control, donde los efectos personales eran examinados. Cualquier cosa delataba la presencia de la occidental —«incluso tus andares, andas como una occidental», me lanzó un día Yaroub rompiendo todos mis esquemas—, pero la principal baza era el factor sorpresa: nadie esperaba a una periodista extranjera y, además, siempre iba acompañada de dos guardianes. El papel secundario de la mujer en la cultura árabe solía desviar la atención hacia ellos, cosa que, pese a irritarme hasta el extremo, me beneficiaba. Al igual que Javier, acordábamos las entrevistas como si las fueran a realizar mis dos colaboradores: cuando acudíamos, me presentaban como la esposa de uno de ellos y la prima del otro: solo desvelaba mi identidad delante del entrevistado una vez que estábamos solos, con la certeza de que cuantas menos personas supieran de mi presencia más complicado sería organizar un eventual secuestro. En los casos de los clérigos, la sorpresa era la mejor baza para hacerles hablar; les costaba dar crédito a la presencia del periodista en persona. Los políticos solían enfadarse por el alto riesgo y los iraquíes de a pie agradecían con regalos y hospitalidad que alguien se preocupase por ellos hasta el punto de viajar a Bagdad para conocer de primera mano lo que estaba pasando.

Jalil terminaría asignándome el carnet de identidad de una prima lejana suya con cierto parecido donde se me identificaba como kurda: eso explicaba además que no hablase árabe, lo cual me permitía permanecer en silencio y poder renunciar a mi antigua estratagema de hacerme pasar por muda. Pero nada nos hacía inmunes a los controles de carretera ni a los puestos de control, regulares o irregulares. Los tres recordábamos bien cómo a finales de 2004, una noche, viajando desde Diwaniya hasta Bagdad, habíamos evitado por segundos un ataque tan rústico como eficaz: encapuchados situados a ambos lados de la carretera colocaban obstáculos a la espera de que el coche frenara y así asaltar a sus ocupantes. Jalil frenó inicialmente, lo suficiente para que pudiéramos ver aproximarse a los encapuchados con fusiles de asalto, pero aceleró en una radical maniobra tras la cual el coche mantuvo la dirección de puro milagro. Cuando ocurrió iba tumbada, intentando dormir, en los asientos traseros, por lo cual no entendí bien la situación. «Suerte que no te han visto. Si no, nos hubieran disparado hasta hacernos parar y estaríamos secuestrados a estas alturas», reflexionó segundos después Jalil. «Ella estaría secuestrada y nosotros muertos», añadió Yaroub, lacónico. Fue nuestro último viaje de noche.

Un día, Jalil llegó especialmente abatido al Al Andalus. Tenía los ojos hinchados y se frotaba las mejillas sin cesar. Nos explicó que su primo y

cuñado y su sobrino habían sido secuestrados por milicias chiíes en una zona del barrio suní de Dora llamada Abu Desher, habitada por chiíes, tres días atrás; la víspera habían desaparecido en manos del mismo grupo otros dos sobrinos que fueron a implorar por información. «Como no sabíamos nada de ellos, mis sobrinos Muthana y Omar fueron al mismo puesto de control con su padre en la calle 60, frente a la husainía de Al Sadr, una antigua sede del Baaz. Les dijeron que no tenían información pero insistieron en que los dos jóvenes debían ser interrogados antes de marcharse. Y su padre, Ali Husein, no pudo hacer nada. Les dejó el coche confiando en que volverían pronto, pero no habían regresado. Abu Ali volvió esta mañana y le dijeron que no conocían a Muthana y Omar, que nunca habían estado allí. Y el coche ya no estaba.»

Jalil propuso que acudiésemos a la mezquita de Kadhimiya para hablar con Hazem al Arayi, uno de los portavoces de Muqtada al Sadr a quien habíamos dado voz en el pasado, amparados por la cobertura periodística. La excusa de la entrevista funcionó, y Al Arayi nos recibió en un encuentro marcado por el victimismo. «La limpieza étnica contra los suníes es una reacción de los ignorantes chiíes en respuesta al ataque contra Samarra, pero es una práctica rechazada por el movimiento de Muqtada al Sadr. Por supuesto que los que matan son chiíes, pero no han recibido instrucciones de un clérigo para hacerlo. Y no se trata de nuestros hombres. Nos acusan sin pruebas. Las órdenes de Al Sadr son proteger las vidas de los iraquíes, suníes y chiíes, y las mezquitas de ambas partes», rebatía el portavoz de Muqtada en Bagdad. Al Arayi recordaba que los chiíes también eran objeto de ejecuciones sumarias y víctimas principales de los coches bomba, y cifraba en mil quinientos el número de familias obligadas a abandonar sus barrios por los suníes, en una campaña de limpieza étnica que aplicaban ambos bandos. «Creo que han muerto más chiíes que suníes, porque cada vez que se asesina a un clérigo suní la respuesta es un coche bomba contra los chiíes —estimaba —. Cientos de chiíes han sido ejecutados y decenas han desaparecido. Si ni los americanos ni el Gobierno nos protegen, tendremos que hacerlo nosotros mismos», retaba con una sonrisa burlona en la cara, más significativa que todas sus palabras.

Cuando acabamos la entrevista, le explicamos la situación de los familiares de Jalil: este intervino pausado y humilde, implorando ayuda para recuperarlos con vida. Al Arayi experimentó una transformación súbita y sorprendente: su mirada se endureció, su mueca se transformó en cínico sarcasmo. «¿Por qué me cuentan eso? ¿Acaso creen que los nuestros tienen

algo que ver?» Al conocer el lugar donde habían desaparecido, frente a un templo controlado por su movimiento, accedió con desdén a tomar nota de sus identidades y preguntar por su suerte. «¿Podrá hacer algo?», pregunté. «*Inshallah* ["Si Alá lo desea"]», respondió sin mirarme a la cara, mientras revisaba el papel con ojos desconfiados y lo doblaba antes de guardárselo en un bolsillo. Jalil, con el rostro rojo de ira, contuvo las lágrimas mientras nos alejábamos del templo. «Miente. Son unos mentirosos y unos asesinos. No van a hacer nada por ellos.»

Los cadáveres aparecieron dos días después en la morgue del hospital de Yarmouk: el responsable explicó a la familia que los habían recogido en una cañería de aguas residuales en el barrio de Abu Desher. El cuerpo de Omar, de veintinueve años, estaba destrozado por las torturas. «Odian especialmente el nombre de Omar», susurraba Jalil conmocionado, buscando una explicación que parecía pueril pero terminó siendo escalofriantemente sólida: llamarse Omar[63] en Irak fue considerado, en aquellos años, una condena a muerte.

Jamal Ali había salido en libertad tras pasar un año y dieciocho días en cinco prisiones diferentes. Fue condenado a quince años por colaboración con grupo armado; después absuelto por falta de pruebas. En el penal de Adhamiyah, en Bagdad, lo encerraron veinte días en una celda de dos por dos metros: otro preso pasó en la misma «caja» ocho meses, según su relato. «A la corte nos llevaban con los ojos tapados, sin decirnos adónde íbamos. Allí nos quitaban la venda y nos obligaban a dejar nuestra huella en un papel: más tarde sabíamos que era nuestra confesión.» Según Jamal, «muchos agentes pedían dinero a cambio de no torturar».

Irak regresaba al horror vivido durante la dictadura de la mano de otros represores. «Los ministerios de Interior y Defensa son en realidad ministerios del terror», denunciaba Ahmed Abdula, jefe de los servicios informativos de Bagdad TV, dependiente del Partido Islámico, la principal formación suní. Pocos dudaban del papel que jugaba Irán —único país del mundo, junto con Irak, gobernado por chiíes— en los acontecimientos del país vecino. «Desde la ocupación hay fuerzas externas que empujan al pueblo a la guerra civil. La gente lo sabe y trata de contenerse para evitar un baño de sangre, pero hay muchos interesados en que Irak caiga en el abismo. Especialmente Irán: tememos que existe una infiltración iraní en nuestro Gobierno destinado a generar confusión en Irak para distraer la atención sobre el dossier nuclear de Teherán», estimaba Mudhafar al Ani, analista y portavoz del Frente para el Acuerdo Nacional, la coalición suní, en su despacho de Bagdad.

El portavoz suní llegó tarde a la entrevista, celebrada en la acorazada sede del Partido Islámico en el barrio de Yarmouk. Tuvo que cambiar su ruta de urgencia porque le avisaron de que iban a atentar contra él. «No sé si esa era la intención, pero derrocaron al régimen de Sadam para imponer otro proiraní. En lugar de hablar de arabización, instigaron la división por sectas. La inseguridad hizo que la gente buscara protección en las redes sociales básicas: la familia, la tribu, la secta, la etnia… Esa ha sido la estrategia de Estados Unidos: dividir a chiíes y suníes, evitar un frente contra la ocupación.»

La convicción extendida entre la comunidad suní de que Washington había entregado el poder a los chiíes, formados y respaldados por Irán, provocó que los primeros dieran la espalda al proceso político, pero su ausencia en el juego del poder implicaba que nadie luchase por sus intereses. El abandono se observaba en los miles de presos suníes, mujeres y menores incluidos, que languidecían en prisión sin que nadie se interesara por su suerte, torturados, violados y desaparecidos, pero también en el cambio de objetivos de los grupos armados en contra de los invasores, que ahora apuntaban sus armas a los vecinos chiíes para defender a una población que se consideraba huérfana de fuerzas de seguridad que los protegiera.

Me encontré con el comandante para el sector sur de Bagdad de las brigadas de la Revolución del 20. El grupo insurgente fue fundado tres meses después de la caída de Bagdad «con el objetivo de echar a los ocupantes, devolver la estabilidad a Irak y evitar la división del país», explicó Abu Mohamed al Baghdadi, responsable de un millar de hombres desplegados en los barrios de Jihad, Umal, Tamim, Maarifa, Yazira y el siempre conflictivo Dora. Admitía que ya era tarde para parar la sangría. «La guerra civil empezó hace tres años, cuando iraquíes que decían actuar en nombre de la nueva autoridad empezaron a arrestar, torturar y matar a otros iraquíes», pero no parecía contento con la realidad del país. «En una guerra civil no hay vencedores, solo vencidos —decía lamentándose—. Una guerra civil nos aparta de nuestra misión, por eso hacemos lo posible por evitar el enfrentamiento. Una guerra civil sirve a otros países, especialmente a Irán, que quiere desviar la atención internacional contra su régimen. Nosotros no queremos combatir a los iraquíes, sino a los ocupantes.» Su discurso contrastaba con los acontecimientos en las calles. «Los que asesinan iraquíes van vestidos de policías, llegan después del toque de queda, salen de bases militares y tras sus crímenes regresan a las bases. Las milicias controlan los ministerios.»

Al Baghdadi desvinculaba a su grupo de cualquier ataque de perfil sectario. Las brigadas de la Revolución del 20 serían uno de los raros movimientos que no participó en atentados contra la comunidad chií: concentró sus fuerzas en las tropas extranjeras y parecía seguir al liderazgo suní marcado por el Consejo de Ulemas. El comandante se desvinculaba de los coches bomba y del uso de suicidas pese a que organizaciones como el Ejército Islámico en Irak, Ansar al Sunna o el Ejército de los Muyahidin —con el cual colaboraba estrechamente— ya se habían sumado, a aquellas alturas del conflicto, a la «moda» de las explosiones indiscriminadas impuesta por la facción de Al Qaeda en Irak. Pero los justificaba. «Estamos en desacuerdo con muchas acciones de Al Qaeda, aunque no nos enfrentamos con ellos porque la mayoría de sus miembros son iraquíes y no podemos desencadenar un conflicto entre nosotros.» No tardaría en arrepentirse: en marzo de 2007, el líder de las Brigadas, Hareth Dhahir Jamis al Dari, sobrino del responsable del Consejo de Ulemas, sería asesinado en una emboscada de Monoteísmo y Guerra Santa, para aquel entonces transmutada en el Estado Islámico de Irak.

La nutrida presencia de extranjeros en las filas de la insurgencia suní era uno de los mitos creados por Estados Unidos a la hora de referirse a su enemigo iraquí. En febrero, un informe de International Crisis Group (ICG) desmontaba la imagen creada por Washington de los resistentes suníes, descritos como «baazistas, sadamistas, fascistas o yihadistas», empeñados en «reimponer el *statu quo* anterior o establecer una teocracia al estilo talibán». El ICG desmentía que las guerrillas fueran erráticas: las describía como bien organizadas, capaces de reaccionar rápidamente a los acontecimientos políticos, cada vez más unificadas en torno a la ideología islamista suní, progresivamente fortalecidas y optimistas sobre la victoria. El informe del ICG resaltaba, además, que solo un millar de los quince mil insurgentes estimados no eran originarios de Irak, y desmontaba la acusación de que son sadamistas, baazistas o «yihadistas». «Describir a la insurgencia como baazista es hacer un favor al Baaz que no se merece», incidía Abu Mohamed al Baghdadi.

Los suníes encontraron en los grupos armados a su nueva «policía» y en un puñado de vecinos y clérigos la red social que les negaba el nuevo Irak, de donde habían huido las ONG extranjeras perseguidas por la violencia y acosadas por los secuestros. El día en que Asma conoció la muerte de su cuñado, un miembro de la insurgencia suní, corrió a casa de su hermana para acompañarla en su duelo. «Fueron momentos duros, en los que entendí que

mi hermana perdía muchas más cosas que a un cabeza de familia encargado de llevar un sueldo a casa», explicaba. Pasados los primeros cuatro meses de dolor y confidencias, Asma se sintió obligada a hacer algo más por las familias de aquellos combatientes —catalogados de terroristas por el Gobierno, lo que despoja a los suyos de ayudas— arrestados o muertos. «Así surgió la idea de crear una ONG, porque la caridad es más moral que económica, y porque según la tradición islámica el dinero de los ricos es suficiente para alimentar a todos los pobres», continuaba la joven, ataviada con sobretodo y velo de color ocre.

Asma se negaba a revelar su apellido o el nombre de su organización por temor a ser arrestada. Acudió a verme al hotel acompañada de Ahmed, responsable de otra ONG fundada en 2003 en el barrio de Adhamiyah y con las mismas prioridades. Ahmed era un estricto musulmán en la cuarentena que andaba con paso renqueante y que acudió a la cita con una carpeta llena de documentos que daban fe de hasta el último detalle de su actividad. Comprendí que ambos temían que denunciase la localización de sus centros, exponiéndolos a un asalto de las autoridades, y por eso habían optado por acercarse al Al Andalus. Para las autoridades de Bagdad, su actividad era ilegal.

Asma me explicó que la ONG, una de tantas del barrio suní de Amiriya, en Bagdad, fue fundada en 2005 con la ayuda de otras 11 vecinas para ayudar a los huérfanos. Solo en un año, 565 críos habían sido registrados en su centro y 265 apadrinados por iraquíes que garantizaban una aportación mensual de 35.000 dinares (casi 20 euros) para su manutención. De ellos, más de un centenar eran hijos de *shahid* (mártires, como se define a los combatientes muertos a manos de las fuerzas enemigas), la prioridad de la ONG.

«La cifra va en aumento, sobre todo después de las torturas con taladros eléctricos que inflige la policía a los sospechosos de pertenecer a la resistencia», explicaba con normalidad. Una decena larga de cadáveres taladrados habían sido hallados días atrás en el barrio. «A las familias no se les permite enterrar sus cadáveres, y al ser catalogados oficialmente como terroristas nadie les paga una pensión ni paga la educación o manutención de sus hijos.» «Los suníes respetamos el papel que juegan los mártires», la interrumpió Ahmed. Su organización fue creada por 12 profesionales de diferentes ámbitos (banqueros, informáticos, ingenieros, médicos) «unidos por la hermandad islámica» y en sus primeros tres años habían recabado fondos para abrir una clínica en Faluya, repartía bolsas de alimentos en Ramadán y habían conseguido mecenas para 1.505 huérfanos. De la ONG de

Ahmed, solo seguían seis de los fundadores: dos habían sido secuestrados, uno fue detenido, otro asesinado por un escuadrón de la muerte y los dos últimos escaparon de Irak.

Les pregunté si también asistían a huérfanos de los suicidas que atentaban contra chiíes, enardeciendo el odio sectario. «No preguntamos en qué grupo militaba la víctima. Es una cuestión de honor. Asumimos la responsabilidad de las familias independientemente de con quién actuaran, incluso si se trata de Al Qaeda», respondió Ahmed en tono ofendido. Al oír sus palabras, Asma se revolvió en su asiento. «Mi grupo no trabaja con ellos. Son demasiado radicales. Estamos en contra de los coches bomba y de los ataques suicidas que matan civiles.» Sin embargo, Asma admitía que su ONG sí discriminaba a los chiíes. «En los primeros meses no hacíamos distinciones, pero en las husainías no se acepta ayudar a familias suníes, y nosotros hemos empezado a hacer lo mismo», se justificaba titubeante. Le pregunté si el conflicto civil era reversible y sacudió levemente la cabeza. «Es algo irremediable, que empezó hace tiempo», afirmó la joven, perdiendo sus ojos en la ajada moqueta azul del hotel mientras Ahmed tomaba la palabra. «Fue la estrategia de Estados Unidos desde el principio. Durante décadas vivimos unidos, los matrimonios eran mixtos, y tras la invasión primó la máxima de “divide y vencerás”. Ya han conseguido dividirnos.»

20

La batalla de Bagdad



Bagdad, julio de 2006

El interior de la mezquita de Baratha parecía una especie de macabro mausoleo. Los responsables del emblemático templo habían colocado carteles con letras negras de las que parecía chorrear sangre en los que se leía: «Primera explosión» y «Segunda explosión». Frente a la puerta habían dispuesto un memorial de flores en torno a la silla de ruedas que usaba una de las víctimas y otra pancarta que decía: «Los estudiantes iraquíes simpatizan con las víctimas de Baratha y exigen el castigo para los terroristas».

Baratha es un recinto religioso pero parecía un fortín. Para entrar había que superar un enorme muro de cemento, alambre de espino y ser cacheados por decenas de hombres armados. Miré hacia el tejado y vi varias ametralladoras pesadas. Antes de acceder al interior del edificio me obligaron a improvisar un zapateado para confirmar que ni siquiera el calzado contenía rastro de explosivos.

En un costado del patio central había decenas de fotografías de los fallecidos el 7 de abril. Había retratos de niños y mujeres, y en el centro aparecía la imagen del jeque Rahim Mashqua. Nuestro acompañante, Abu Yafar, señaló al techo. Todavía se percibían las marcas negras de la deflagración. Después me mostró una bandeja con unas gafas rotas y un turbante reducido a jirones. «Eran del jeque. El suicida pensó que era Jalaledin Saghir y se abrazó a él», me explicó el miliciano de veinticinco años. Abu Yafar comenzó a referir lo acaecido con el aplomo de quien ha sido testigo del horror tantas veces que ya se le antoja una rutina. «Fueron tres suicidas. La mujer se voló en la entrada. Aprovechando el desconcierto, un somalí y un sudanés se colaron en la mezquita. Mataron a ciento veinticinco personas», refirió el chaval, uno de los responsables de la seguridad.

Nuestro paseo continuó hasta las inmediaciones del púlpito desde el cual Saghir lideraba las prédicas de los viernes. En el segundo intento de los extremistas, el kamikaze logró sentarse a escasos metros esperando la aparición de quien, además de diputado, era uno de los líderes más destacados del Consejo Supremo de la Revolución Islámica de Irak (CSRII). «Superó los controles porque llevaba los explosivos escondidos en las sandalias. Las abrió en el baño y se los colocó en los brazos. Eran setecientos cincuenta gramos de C-4 con decenas de bolas de plástico macizo como metralla. Gracias a Dios descubrimos los zapatos rotos y le identificamos. Estaba sentado entre los fieles que esperaban el inicio del rezo. Explotó cuando nos acercamos.»

Pistola al cinto, Abu Yafar me enseñó una repugnante fotografía de la cabeza cercenada del suicida, que recogieron con una canastilla metálica. Ese

segundo atentado dejó seis víctimas mortales, incluido el desquiciado activista. «Se llamaba Abu Yusef y era un emir de Al Qaeda. Cada día inventan cosas nuevas. Sabemos que están confeccionando bombas que ocultan en los turbantes o en pechos falsos que colocan a las mujeres», añadió el también miembro del CSRII.

Cuando conseguí subir al despacho de Saghir —tras un concienzudo cacheo—, el propio clérigo me aclaró que Baratha era considerada por los chiíes como «el quinto lugar más sagrado del islam». En aquel verano de 2006, Saghir ya se había especializado en eludir la muerte. Me dijo que habían intentado acabar con su vida en veintitrés ocasiones. Los ataques con suicidas de abril y junio tan solo formaban parte de ese aciago récord. «Hay una mano negra que quiere crear la *fitna*. Los suníes tienen que hacer más. Tienen que condenar estos ataques terroristas y decir que esa gente no son musulmanes», comentó rodeado de media docena de guardaespaldas.

Acudí a Baratha atraído no solo por el significado histórico del edificio o la controvertida personalidad de Saghir —al que muchos suníes acusaban de ser uno de los líderes de los escuadrones de la muerte que proliferaban en Bagdad—, sino porque la mezquita había quedado emplazada por los avatares del conflicto en una de las líneas de los frentes sectarios que delimitaban la capital, como pasó en Beirut en la guerra civil.

Baratha marcaba el inicio de Kadhimiya, un barrio de mayoría chií. Al otro lado del Tigris se ubicaba Adhamiyah, un suburbio suní, y a pocos cientos de metros se encontraba la calle Haifa, un entramado de recovecos y ajadas viviendas que albergaba decenas de seguidores de Al Qaeda desde hacía meses.

Al pasar con el coche, pude divisar tres vehículos calcinados en la intersección que marcaba la separación entre Haifa y Baratha. Eran los remanentes de los violentos combates que enfrentaron a milicianos chiíes y suníes el 23 de junio.

La recomposición étnica de Bagdad se había acelerado tras el atentado contra la mezquita de Samarra hasta el punto de que analistas, diplomáticos y medios de comunicación opinaban que la capital podía quedar dividida entre el noreste de mayoría chií y el suroeste de mayoría suní. Ni el regreso de los suníes al juego político —participaron en las elecciones de diciembre de 2005 — ni el reemplazo de Al Jaafari por Nuri al Maliki como jefe del Gobierno o la muerte de Zarqawi en junio habían frenado el paroxismo que sufría el país.

El extremista jordano, quien se llegó a apodar «jeque de los matarifes» por su afinidad con las decapitaciones y el *gore* más explícito, había dejado su

impronta: en octubre de 2006 sus herederos anunciaron la creación del Estado Islámico de Irak con Abu Omar al Baghdadi como emir. En el vídeo que difundió Al Jazeera, un encapuchado anunció que esa nueva entidad se extendía por las provincias de Anbar, Salahadin, Diyala, Ninive, Kirkuk y parte de Babilonia y Waset, donde los radicales controlaban desde hace meses amplias regiones que escapaban al control de Bagdad. «Buenas noticias para los musulmanes de todas partes», explicaba al portavoz del «Ministerio de Información», que explicaba que ese Estado pretendía «proteger» a los suníes «porque el Gobierno debe entenderse como una religión y como un acto piadoso que te llevará más cerca de Alá». Después volvía a amenazar a los chiíes anticipando «violentas y severas represalias» y una batalla a muerte por Bagdad, que decía «fue construida por nuestros ancestros y nunca dejará de estar en nuestras manos salvo [que paséis] sobre nuestros cadáveres y cráneos».

La pugna por la capital era ahora el epicentro de una guerra civil cuya existencia seguían negando las autoridades locales y las fuerzas de ocupación, aferradas al cúmulo de declaraciones sin sentido con el que habían justificado la invasión. «Esto ya es Beirut. Se ha registrado un desplazamiento de población, suníes que se marchan a barrios de su confesión y chiíes que hacen lo mismo, que ha redefinido la composición social de la capital. Aquí el río Tigris podría ser la demarcación como ocurrió en Beirut con la "línea verde", que partía la ciudad», me explicó Ignacio Rupérez, testigo esencial de la debacle que se abatió sobre la urbe en su condición de embajador español en Bagdad. La delegación diplomática se encontraba situada en el barrio de Mansour, un área de mayoría suní que se transmutó en escenario de múltiples encontronazos armados y objetivo de obuses, coches bomba y patrullas de matarifes.

La opinión de Rupérez no me sorprendió. Coincidía con el reciente editorial que había leído en el periódico *Al Mashriq*, que alertaba contra «los sueños de gente enferma que quieren dibujar de nuevo el mapa de la ciudad en base a zonas sectarias». También era la imagen que me había comenzado a formar desde hacía meses, especialmente tras visitar a los campos de desplazados chiíes que se empezaron a crear en Nayaf el año anterior.

Desde la misma caída del régimen, el centro de entrenamiento de Infantería de esta última ciudad sureña era un centro de acogida para toda una plétora de desfavorecidos que se establecieron en sus ruinas, creado un barrio miseria de chabolas, basura y aguas fétidas. En mi última visita me encontré a gente como Abdala Alish Shnaw o Setaar Kadem, que no habían recalado allí

forzados por la miseria sino empujados por el odio sectario. Formaban parte de las cerca de ciento cincuenta familias chiíes procedentes de lugares como Latifiya, Mahmudiya, Abu Ghraib o Tal Afar que habían huido de esas áreas de mayoría suní ante el acoso de los insurgentes de la secta contraria.

Abdala me llevó hasta la choza de ladrillos que se había construido. Había residido con sus hermanos en Latifiya desde 1979. «Antes de la invasión a nadie le importaba si eras suní o chií. Mi hermana está casada con un suní», recalcó antes de seguir con su narración. La guerra lo cambió todo. Los chiíes comenzaron a ser señalados en Latifiya y, como recordaba Setaar Kadem, comenzaron a «oír cuchicheos» en los mercados «donde decían que éramos unos traidores, que habíamos traído a los americanos».

Para Abdala el momento de abandonar su hogar llegó cuando su hermano mayor, Abdelhur —un taxista instalado en la cercana población de Mahmudiya— fue secuestrado. «Dijeron que eran guerrilleros. Yo creo que eran imbéciles», me dijo con una cierta ironía macabra. Cuatro días más tarde un pastor le alertó sobre la presencia de siete cadáveres tirados en un descampado a escasos kilómetros de su domicilio. «Todos eran chiíes. Estaban con las manos atadas y los ojos vendados. Varios cuerpos tenían heridas muy profundas. Los habían rajado con un cuchillo. A mi hermano le pegaron un tiro.» Tras el lúgubre hallazgo, Abdala reunió a sus tres hermanos y la familia del difunto —cincuenta y una personas en total—, alquiló cuatro camiones, recogieron todos sus enseres y se trasladaron a Nayaf buscando la protección de la secta.

A Setaar Kadem no le dejaron ni elegir. Le dieron veinticuatro horas para irse. Una mañana, estando en su vivienda, apareció un vehículo con cinco personas que se apearon y, tras saludarle de forma educada, le entregaron un papel en el que le conminaban a abandonar la zona por el simple hecho de ser chií. El comunicado estaba firmado por lo que entonces seguía siendo Monoteísmo y Guerra Santa. «Le entregaron la hoja a otras diez familias chiíes. No tardamos ni diez horas en marcharnos. Tuvimos que dejar parte de los muebles. Salimos a la carrera. Una familia se retrasó dos días y secuestraron a uno de los niños hasta que se fueron. Esa gente no bromea. Ya habían asesinado a varios chiíes. Ese papel era como una sentencia de muerte.»

Lo que había comenzado como goteo se transformó en torrente en verano de 2006. Un portavoz del Ministerio de Interior, Satar Nawruz, consideraba que desde el ataque de Samarra cerca de cuatro mil familias —unas veintitrés mil personas— habían tenido que cambiar su lugar de residencia en Bagdad

debido a la confrontación étnica. Una cifra mínima para las que manejaría el Ministerio de Inmigración en noviembre del 2006, cuando estimó que cuatrocientas sesenta mil personas habían huido de sus casas bajo el acoso sectario. El Alto Comisionado para los Refugiados añadió que el número aumentaba a un ritmo de cincuenta mil personas al mes.

Muy pronto los campos de desplazados como el de Nayaf se multiplicarían por todo el país, incluida la propia Bagdad. Días más tarde me acerqué a hablar con Zia Pecio, un profesor de inglés de cincuenta y cinco años, miembro de la minoría cristiana, que vivía en Dora, un suburbio mixto situado al sur de Bagdad y que pronto se convertiría en una zona controlada por el Estado Islámico. Zia me confirmó que la mayoría de sus compañeros de fe habían huido ya del enclave bajo el hostigamiento de una insurgencia cada vez más pujante.

Era toda una ironía, porque el suburbio fue fundado por los obreros cristianos que atrajo la refinería establecida en esa zona. Durante décadas Dora fue un ejemplo de la mezcla de confesiones —los cristianos llegaron a representar un 25 por ciento de su población, según Zia— y curiosamente uno de los arrabales donde los precios de las viviendas se dispararon tras el derrocamiento de la dictadura. Me lo explicaba Mahmud al Samarrai, un suní de cincuenta y nueve años casado con una kurda chií, que trabajaba allí como agente inmobiliario. «Tras la invasión los precios se multiplicaron por tres o cuatro.» Esa tendencia al alza se frenó a partir de la primavera de 2005 y rápidamente se revirtió cuando comenzó el éxodo. «La gente se iba y nadie quería alquilar ni comprar. Desde hace meses vemos llegar al barrio camiones de mudanzas vacíos y se van repletos de muebles», agregó Mahmud.

La migración de los cristianos fue la primera, alentada por el miedo que desató el atentado de agosto de 2004 contra la iglesia de San Pedro y San Pablo de ese arrabal, donde hubo doce muertos. Poco a poco las relaciones de vecindad y amistad establecidas durante generaciones se disgregaron bajo el efecto devastador del miedo. «Se han marchado ya doscientas setenta familias [cristianas]. Solo queda un 35 por ciento de la comunidad cristiana original. Muy pronto no quedará ni un solo. La violencia aquí es terrible», especificó Pecio.

El veneno sectario no respetaba confines. Estaba devorando al país con una celeridad inédita. Comprendí que era algo irreversible cuando nuestros amigos traductores nos pidieron que estableciéramos equipos divididos por su confesión religiosa según el destino que fuéramos a visitar. Jalil, Yaroub y Basil debían constituir el equipo suní, mientras que Flayeh tendría que

agenciarse un nuevo chófer para completar la pareja chií. Era consciente de que aquella sugerencia era contribuir a la dinámica confesional, pero no había otra elección. Un apellido equivocado en la zona incorrecta suponía sentencia de muerte. Fue Jalil quien me explicó que los iraquíes estaban falsificando carnés de identidad con dos nombres diferentes que pudieran enmascarar su adscripción sectaria. «Todo el mundo sabe que alguien que se llama Omar será siempre suní y que Ali será siempre un chií», adujo Jalil.

Días más tarde me llevó al enésimo funeral —una actividad recurrente en nuestras coberturas— y allí me encontré con Mustafa Othman. Eran las exequias de su propio hermano. Al tiempo que apuraba un cigarrillo, Mustafa, de cuarenta y seis años, se encontraba enfrascado en una discusión con varios de los presentes sobre ese mismo asunto. Alguien le indicó que su apelativo —Othman fue el tercer califa del islam y un referente para la comunidad suní — constituía un «problema», y Mustafa sacó su tarjeta de identidad y le respondió con sorna contenida. «En realidad tengo cuatro problemas. Aquí dice que soy de la tribu Zaubai [un conocido clan al que pertenecía Hareth al Dhari, uno de los mentores espirituales de la guerrilla nacionalista suní], que mi hijo se llama Omar, que nací en Abu Ghraib [un bastión de los insurgentes] y que soy suní. Tengo que cambiar todo.»

Eso es lo que había hecho antes de que asesinaran a su hermano. Consiguió una cédula en blanco y con su propio ordenador se atribuyó una nueva identidad: ahora también se llamaba Mustafa Alwan, un patronímico «neutral» que nadie podía adjudicar a ninguna de las dos comunidades. Después hizo lo mismo con su hijo Omar, que pasó a llamarse Ali Abas Kadum al Jayafi para las ocasiones en las que frecuentara territorios poblados por chiíes. «Compré las tarjetas en blanco con el sello oficial en un mercado de Ciudad Sadr. Me costaron quince mil dinares [siete euros] cada una. Encargué treinta porque hay muchos amigos y familiares que me han pedido que les haga una. De hecho ya se me han acabado.»

Al acercarme a las oficinas del registro oficial de Adhamiyah y la vecina Kadhimiya me cercioré de que esa práctica había promovido una floreciente industria en la mejor tradición de los negocios irregulares que suelen proliferar en cada guerra. Frente a las instalaciones donde los iraquíes podían modificar su identificación se habían instalado toda una cohorte de escribanos que no solo ayudaban a rellenar los documentos requeridos sino que ejercían como expertos a la hora de elegir el nombre «apropiado». Sentado frente a un pupitre roído sobre el que descansaba una gran pila de papeles, Abas Jalaf, uno de los amanuenses de Adhamiyah, me describió las múltiples variantes

que los iraquíes intentaban eludir. «Los suníes se cambian nombres como Omar, Abu Baqr y Othman. Los chiíes esconden Abdul Husein o Abdul Zahara. Y lo mismo pasa con las mujeres. Todo el mundo sabe que Aisha es típico de suníes y Zahra o Fatima de chiíes.»

Los preferidos, según él, eran los nombres «neutros» como Mohamed o Abdula, que usaban ambos grupos. Abu Ali al Maliki se había personado en las oficinas de Kadhimiya para modificar el documento de identidad de sus hijos Ali, Hasan y Fatima. «No quiero que mueran solo por un nombre», me contó Al Maliki, de cincuenta y dos años, que vivía en Dora.

La disputa en torno a las denominaciones personales ponía de relieve la regresión social que afectaba al país, que podía medirse no solo en cuestión de décadas sino quizá de siglos, ya que retrotraían a su población al cisma que sacudió los primeros tiempos del islam. La particular connotación que los chiíes otorgaban al patronímico Omar se basaba en responsabilizar a quien fue el segundo califa del islam del aborto y la subsiguiente muerte de Fatima, la hija de Mahoma. «Los suníes ofenden a los chiíes cuando llaman a sus hijos con este nombre. Pero no es razón para matar a nadie», opinó Mohamed al Kaabi, un estudiante chií del Colegio de *Sharia* de Bagdad que se encontraba en Kadhimiya.

Más tarde, en la Oficina de Derechos Humanos del Partido Islámico suní, Yahia Gazi me confirmó la proliferación de asesinatos de integrantes de su confesión llamados Omar. «Entre los ochocientos suníes asesinados desde el atentado de Samarra hay al menos ochenta Omar.»

Los beneficios del ya popular carnet de identidad falso no eran hipotéticos. Días antes, la prensa local había informado sobre un suceso ocurrido en una fábrica de Hitine, en Taji, al norte de Bagdad. Varios chiíes dijeron haber evitado ser secuestrados cuando un grupo armado irrumpió en la factoría y comenzó a exigir a sus empleados que se identificaran. «Nos dijeron que nos pusiéramos en línea. Entonces pidieron a los suníes que salieran de esa fila. Me pidieron que probara que era suní y les mostré mi carnet de identidad falso y otros tres hicieron lo mismo», afirmó un joven.

Los iraquíes no solo se escondían bajo identidades ficticias sino que se atrincheraban en sus propias comunidades sectarias asumiendo las nuevas fronteras que se definían en la capital. El puente que unía Kadhimiya con Adhamiyah quedó cortado con barreras de cemento. En otros enclaves, el propio pavor ejercía de obstáculo impenetrable. Los residentes de la Ghazaliya suní habían aprendido que la mezquita de Al Hamsa era ahora la

línea divisoria con el suburbio vecino de Shoala, donde los chiíes eran mayoría.

Este era el barrio donde residía Jalil, y eso me permitió adentrarme por sus calles. Avanzamos por la calle Basora, que comunica ambos suburbios, y me di cuenta de que los escasísimos vehículos que circulaban por la zona daban media vuelta antes de llegar a ese templo. Parecía un barrio fantasma donde la mayoría de los negocios se encontraban clausurados. En otro de los accesos, el puente de Hai al Adel, permanecían los restos de varios vehículos de policía calcinados. El asfalto estaba repleto de los socavones que dejaban los artefactos utilizados por la insurgencia. Cada entrada del arrabal estaba vigilada por sendos torreones ocupados por el ejército iraquí. «En Al Hamsa hay una auténtica frontera. Casi todos los días hay un control del Ejército del Mehdi. Si descubren que eres de Ghazaliya te secuestran. Conozco más de 20 transportistas y propietarios de tiendas de verdura de Ghazaliya que han sido asesinados en Shoala», nos dijo uno de los vecinos de Jalil, Gasan Abdulatif. Este iraquí llevaba 16 años trabajando como repartidor de alimentos con su camioneta entre el mercado al por mayor de Shoala y los comercios de Ghazaliya, pero hacía un mes que había abandonado tal negocio. «El mercado de Shoala sigue siendo más barato. Un kilo de tomates cuesta ahora en Ghazaliya 650 dinares [0,37 euros]. En Shoala solo 350 dinares [0,15 euros], pero te puede costar la vida. Los campesinos de Abu Ghraib [suní] dejaron de ir allí a vender sus cosechas después de que varios fueran asesinados.»

Cada mañana, los habitantes de Bagdad recogían las decenas de cadáveres que aparecían en las calles. Lo que dejó de retirarse fue la basura, que se apilaba formando pequeños montículos en las esquinas y arcenes de las avenidas. Los basureros enfrentaban la amenaza de los explosivos que la guerrilla ocultaba entre las inmundicias y los señalamientos de estos grupos armados, que les acusaban de colaborar con las fuerzas de seguridad precisamente por limpiar las calles. El ayuntamiento de la capital estimó en mayo que más de 300 habían sido asesinados en medio año. Solo en una fatídica jornada, el 3 de abril, 7 recolectores municipales fueron abatidos en Dora y los cuerpos permanecieron durante horas tirados no lejos de su vehículo.

Al pasar un día por las oficinas administrativas del distrito de Mansour encontré varias banderolas negras dedicadas a la memoria de cuatro de esos empleados. «El ayuntamiento de Mansour expresa su simpatía hacia los mártires Husein Halaf, Murtada Halaf, Wisan Fadel y Husein Ali. Murieron mientras cumplían su obligación. Somos de Dios y a Dios volvemos», se leía

en una de las pancartas. Me detuve y pregunté a los funcionarios. El cuarteto —incluidos los dos hermanos Halaf— quedó destrozado cuando cargaban basura. «La recogían con una pala y una bomba estalló bajo sus pies. Dejó los cadáveres mutilados. El quinto compañero todavía está en el hospital en un estado muy grave», comentó Mohamed Obeid, responsable del departamento de recogida de basuras de Mansour. El grupo tan solo pretendía aquel 11 de mayo adecentar una céntrica calle del suburbio y no se dieron cuenta de que el explosivo se encontraba oculto debajo de las hojas de palmera. «Ahora vivimos con la muerte a diario. No sabes si vas a recoger un montón de basura y ahí acaba tu vida», intervino Ahmed Abas, otro basurero de Mansour.

Obeid y el secretario del Sindicato de Basureros de Mansour, Mohamed Ishniese, me confirmaron que, de los ocho distritos que cubría su equipo de 45 recolectores, al menos en cuatro se había suspendido la recogida de basuras. «En Amiriya, Jadra, Hai al Adel y Hai al Yamia es demasiado peligroso. La guerrilla nos lo ha prohibido», dijo Ishniese. Los funcionarios municipales aducían que desde principios de año habían comenzado a circular por el arrabal volantes firmados por la Brigada Omar, grupo extremista vinculado a Al Qaeda, en los que se «prohibía acercarse a la basura». En Adhamiyah, un suburbio donde las milicias suníes eran especialmente activas, un insurgente de 25 años me admitió que la guerrilla había «advertido a los basureros». «No son nuestro objetivo pero trabajan para ayuntamientos controlados por los americanos. Desde la invasión recibieron la consigna de limpiar solo las calles importantes por las que pasan las tropas invasoras o la policía, y de avisarles si encontraban alguna bomba», relató el miembro del Ejército de los Muyahidin. Al hablar con él descubrí otro factor que reforzaba mi convicción de que el cáncer confesional había propagado ya sus metástasis por toda la nación árabe. El chaval reconocía que el creciente encono de los milicianos suníes contra los basureros se basaba también en su adscripción sectaria. «Casi todos proceden de Ciudad Sadr», insistió.

La población capitalina tuvo que habituarse a convivir con despojos humanos, cochambre y la aprehensión de que sus nombres aparecieran señalados en los innumerables panfletos que aparecían cada mañana en las calles de la urbe identificando a las futuras víctimas de los radicales de ambos bandos. El último que había leído incluía el nombre de 461 intelectuales amenazados de muerte.

En la Oficina de Derechos Humanos del Partido Islámico me mostraron decenas de pasquines similares. No eran meras disquisiciones filosóficas sino

amenazas tan concretas y específicas como la octavilla que me dejaron leer, dirigida a los que llamaba «habitantes honestos de Hai al Amel», otro barrio mixto de la capital. «Hay grupos de *takfiris*[64] y sadamistas que se han infiltrado en el barrio. Son perros que buscan la venganza. Hemos tenido paciencia durante tres años pero ahora los vamos a echar. Los mataremos uno a uno. No queremos que las calles sean bloqueadas. Quien corte una calle será considerado como uno de ellos», decía el panfleto, que además incluía el nombre de 51 suníes a los que se habían marcado como «objetivo». Como resultado, la mayoría de las residencias antes ocupadas por suníes en Hai al Adel se vaciaron de manera apresurada a partir de abril.

En un desesperado intento por reconducir la anarquía, el Gobierno de Nuri al Maliki desplegó en la villa a 50.000 militares locales y estadounidenses, que establecieron cientos de controles provocando un monumental atasco vial que se convirtió en la norma diaria. Solo se podía circular a toda velocidad ante la proximidad del toque de queda, que los propios iraquíes hacían efectivo poco después de las tres de la tarde, aunque oficialmente no rigiera hasta dos horas después. Entonces, cuando comenzaba a declinar la luz del día, Bagdad se transformaba en un escenario de calles desiertas y repiqueteo de disparos y explosiones.

El ejército había estacionado vehículos blindados y de transporte de tropas en las principales calles de la ciudad. «Los terroristas no pueden hacer frente a tal poder», se jactó el general iraquí, Jalil Jalaf. Al Maliki le secundó. «El plan permitirá a los iraquíes vivir en paz en Bagdad», aseveró. Craso error. La batalla de Bagdad había entrado en su apogeo con reiterados atentados, bombardeos entre barrios de confesiones opuestas y una multiplicación de las incursiones de los temidos escuadrones de la muerte. El propio inspector general del Ministerio de Salud, Adil Abdul Muhsin, admitió a finales de junio que la morgue capitalina no tenía ya espacio para más cadáveres. «Los refrigeradores están repletos. Allí hay más de 100 cuerpos. En lo que va de año, ya han recibido 8.000 cadáveres cuando en todo el 2005 fueron 10.150.»

Los ataques con morteros y cohetes Katyusha entre uno y otro sector de la capital recordaban los años en los que musulmanes y cristianos intercambiaban salvas de artillería en la capital libanesa. Un domingo, justo después de un atentado en Ciudad Sadr, más de una decena de proyectiles impactaron en torno a la mezquita de Abu Hanifa, en el arrabal suní de Adhamiyah. Nada más oír la noticia me dirigí hacia el lugar. Al llegar pude hablar con uno de los religiosos del enclave, un joven imam de veintinueve años llamado Yaser Ali Husein. «Podías oír los silbidos de los proyectiles y

después el estruendo. Toda la mezquita se estremecía. Gracias a Dios ninguno de los misiles impactó en el templo», narró Yaser. El también llamado templo del imán Al Adham («el más grande») era quizá el recinto religioso suní más venerado por esta comunidad. Millones de musulmanes se declaran seguidores de la escuela de pensamiento que inició Abu Hanifa en el siglo VIII, cuya sepultura se encuentra en el interior del edificio.

Al igual que Baratha, Abu Hanifa atesoraba un largo historial de ataques. Su imam, Mueyid al Adhami, abandonó el país después de que un grupo de desconocidos ejecutara a su hijo tras la explosión de Samarra. El 29 de mayo un coche bomba mató a veinte personas cerca de la entrada del edificio.

Los responsables de la mezquita habían constituido su propia milicia, integrada por chavales del barrio. Chicos como Husam Hamid, un universitario de veintitrés años que ejercía como vigilante, Kalashnikov en mano, en su tiempo libre. «Bombardean este lugar para hacer daño a los suníes. El pueblo iraquí debería despertar. Deberíamos rehabilitar el país y no andar quemando mezquitas [suníes] y husainías [chiíes] o matándonos entre nosotros.»

Los paralelismos con otros muchos conflictos civiles y en concreto con el que sacudió Líbano el en el siglo pasado no paraban de aumentar. Bajo la espiral de violencia que sacudía la capital en julio, un domingo llegaron noticias de un asalto masivo de las milicias y uniformados chiíes en el barrio de Jihad, uno de los arrabales mixtos de la urbe.

Logré contactar con el doctor Dafer Sobhi, uno de los residentes de ese enclave, por teléfono. Aseguraba que la noche del sábado habían oído una enorme explosión que había alcanzado la husainía de Fatima al Zahara. Pero eso no le inquietó. «Pasa cada día», dijo a través de la línea. Lo que le alertó fue el hecho de que al salir por la mañana para comprar el desayuno descubrió que todas las tiendas estaban cerradas. «Yihad parecía un barrio fantasma. No había nadie en el exterior. Me encontré con un vecino y me explicó que había grupos armados circulando por las calles, matando a suníes. Me encerré en casa y ahora mismo estamos planeando una ruta de escape con otros vecinos. Durante toda la mañana no han cesado los tiroteos», me contó el iraquí de treinta y seis años.

Ese día no me atreví a ir a Yihad, pero las noticias eran cada vez más alarmantes. Otros vecinos y hasta un portavoz del Ministerio de Interior nos explicaron que los paramilitares chiíes habían colocado controles en torno al edificio religioso y se dedicaba a interceptar a cuantas personas transitaban por la zona. «Están matando a la gente según su tarjeta de identidad», precisó

el jeque suní Abdelsamad al Obeidi. Hasta el imam de Fatima al Zahara reconoció que se trataba de pura revancha. «El atentado contra la husainía fue la gota que colmó el vaso. Durante meses los chiíes en este barrio han sido expulsados y asesinados. Eran tribus del sur que querían venganza. Forma parte de la tradición», indicó.

La televisión local emitía imágenes de chavales embozados armados con RPG y ametralladoras pesadas que cortaban el paso a suburbios con alambradas y ruedas ardiendo. Según otro residente, Firas al Chomari, su propio hermano, su cuñada y su sobrino fueron interceptados por «hombres enmascarados que les pidieron que mostraran sus tarjetas de identidad. Al ver que eran de Kerbala [una ciudad chií] les dejaron continuar». Sin embargo, el coche en el que viajaban era conducido por un taxista de apellido Duleimi, una de las principales tribus suníes del oeste del país. El conductor solo fue liberado después de una paliza y gracias a los ruegos de Al Chomari. «Mi hermano vio cerca de nuestra casa el cadáver de un vecino suní y en un descampado otros quince cuerpos», añadió Firas.

Dafer Sobhi también incidió en que los ejecutores dejaban tirados por las calles los cuerpos de sus víctimas. «Cerca de la parada de minibuses ametrallaron a cuatro personas. Las llevaban con las manos atadas en una camioneta. Una quedó agonizando sobre el asfalto, pero nadie se pudo acercar». Al concluir la jornada, las fuerzas de seguridad informaron que la sangrienta acometida había costado la vida a cuarenta y dos personas.

Me acordé de lo recurrente que es la historia y de aquel episodio del 6 de diciembre de 1975, que los libaneses apodaron el «sábado negro», una jornada que confirmó cómo se generalizaba la guerra civil en esa nación árabe. Aquel día, las milicias cristianas también se dedicaron a colocar puntos de vigilancia en las carreteras y a detener coches para identificar a sus pasajeros. Les pedían el carnet de identidad y si eran musulmanes eran ejecutados en el acto. Irak ya podría recordar en el futuro su propio domingo negro.

21

Pescando cadáveres en el Tigris



Bagdad, enero de 2007

La aparición de los primeros cadáveres no sorprendió a Adnan Nuri. El pescador de setenta años recordaba que antes de la invasión, en 2003, también solía encontrar algún cuerpo flotando en el río. Sin embargo, Nuri comprendió que ambas situaciones no guardaban ningún parecido cuando encontró una cabeza emergiendo de una cloaca. «Ahí estaba. Envuelta en una tela. Era un hombre de treinta años. No tenía disparos. No hacía falta», aseguró cuando nos acercábamos al desagüe donde se produjo el hallazgo. El iraquí intentó que su barca permaneciera cuanto más tiempo posible debajo de uno de los puentes que cruzan el río. «Es para evitar las balas que caen del cielo», me indicó.

Nuri rememoraba con añoranza los tiempos dorados del Tigris, un caudal de agua con más de seis mil años de historia que inmortalizó en verso el gran poeta Mohamed al Jawahiri, un río repleto de los tradicionales botes redondos (*quffa*) o de barcazas llenas de turistas, donde abundaba la pesca. «Hoy solo pescamos cadáveres. El río es un basurero para los asesinos. Es un ejemplo de la tragedia que sufrimos», reflexionó el iraquí.

Ese paralelismo histórico entre el significado grandioso que había concitado el cauce fluvial y su actual situación era precisamente lo que me había movido a embarcarme con Nuri y pasar parte de la jornada en su bote de pesca. El veterano iraquí aprovechó el paseo para ilustrarme sobre los cientos de años que permanecían anclados en los márgenes del río. Me señaló el palacio abasí del siglo XII que se encontraba ubicado junto al puente 17 de julio o el famoso colegio Mustausariya, de la misma época, aunque nuestra conversación regresó muy pronto a la terrorífica realidad que tenía que afrontar el iraquí. «En verano, los cuerpos salían a la superficie en menos de veinticuatro horas. Se hinchaban por el calor. Pero en invierno tardan más. Cuatro o cinco días. Empezaron a aparecer hace un año. A veces los vemos pasar con la corriente y llamamos a la policía. Otras veces se enganchan en nuestras redes, mientras pescamos. Hay de todo: hombres, mujeres. Algunos decapitados. Siempre los encontramos con las manos y las piernas atadas, y disparos. Lo peor es cuando los tiran al río con ladrillos atados a los pies. Entonces se quedan sumergidos, hinchados y flotando entre las aguas, y los muerden los peces.»

Aquello me pareció todo un compendio detallado del horror que imperaba en Bagdad a principios de 2007, cuando la fobia sectaria alcanzaba su clímax y la brutalidad que aplicaban las milicias suníes y chiíes se superaba cada

jornada. El Tigris era ahora un vertedero que servía como testimonio de la sangría.

Los integrantes de la policía fluvial habían identificado incluso el punto del caudal donde se acumulaban más despojos humanos en la capital, como decía Haidar al Mayahi, un agente de veintidós años con el que me entrevisté. «Debajo del puente colgante. Clavaron unos hierros en el lecho del río y allí se quedan atrapados cuando vienen flotando», señaló. Haidar argumentó que el número de cuerpos rescatados en Bagdad era menor si se comparaba con los que solían encontrar en Suwayra, una población sita a unos treinta kilómetros al sur de la principal población del país. Hacía catorce años que las autoridades iraquíes instalaron allí unas redes metálicas para intentar limpiar el río de plantas y desperdicios. Ahora también recolectaban restos humanos. En los primeros once meses de 2006 habían encontrado trescientos sesenta y seis cuerpos en ese mismo lugar, según las estadísticas que manejaba el Ministerio de Salud.

Como Adnar Nuri, la unidad de Haidar se habían acostumbrado también a certificar el espanto en que se había sumido el río. «Yo he sacado ya cincuenta cuerpos», puntualizó Husain Ali, un buzo que llevaba treinta y cinco años en ese mismo grupo policial. Los uniformados me habían permitido patrullar el río en una de sus lanchas rápidas, protegidas por una ametralladora pesada. El Tigris también era una zona de combate, y no eran raras las ocasiones en las que estas embarcaciones oficiales habían sido atacadas por los insurgentes escondidos en barrios suníes como Adhamiyah.

La guerrilla de esa confesión y los seguidores del Estado Islámico continuaban protagonizando espectaculares atentados y ejecuciones, pero esas actuaciones bestiales habían encontrado una réplica todavía más feroz a manos de los escuadrones de la muerte chiíes, amparados en muchos casos por las fuerzas de seguridad, donde eran mayoría.

La nueva policía que había constituido el ejército de ocupación se llenó de personajes de dudosa catadura cuando no notables criminales, una realidad que me admitió abiertamente el ministro de Interior, Yawad al Bolani. Ingeniero de cuarenta y seis años, este chií cuya familia procedía de Diwaniya, trabajó en la fuerza aérea iraquí hasta que abandonó el estamento militar en 1999. Tras la invasión estadounidense formó parte del Consejo de Gobierno interino en 2004 y fue elegido diputado en 2005, como miembro de la Alianza de la Unidad Iraquí, partido que gobernaba el país. La entrevista que mantuvimos en su despacho de la Zona Verde fue tan esclarecedora por lo que pude escuchar de su boca como por lo que me contaron sus escoltas. Al

salir del recinto tuvieron que llamar a un coche de policía para que nos acompañara de regreso a nuestro hotel, ya que se aproximaba la hora del toque de queda. Cuando se acercaba el vehículo de los agentes, uno de los guardaespaldas de Bolani fue franco con mi traductor, Flayeh. «Es mejor que el extranjero no hable, yo no me fiaría de estos policías.»

Bolani también había sido especialmente sincero. Me describió un departamento sumido en el caos del que habían expulsado a siete mil setecientos uniformados, entre los que figuraban «falsificadores, estafadores, ladrones y criminales», según sus propias palabras. Además, admitió que había heredado el polémico sistema implantado por el antiguo administrador estadounidense Paul Bremer, que permitió crear a cada ministerio su propia «fuerza policial», que no eran otra cosa que milicias sectarias con decenas de miles de integrantes que participaban en la confrontación entre comunidades y que no obedecían sus órdenes. «¿Me está diciendo que hay ciento cincuenta mil policías que en realidad son milicianos, a los que se acusa de ser los principales promotores de las razias sectarias, que no están controlados por el estado? ¡Eso es gravísimo!», aduje sorprendido. «Sí, es gravísimo y es peligrosísimo. Estoy de acuerdo. El primer ministro nos ha encargado recuperar el control de estos elementos», respondió asumiendo la total impotencia de un Estado que parecía existir solo sobre el papel.

Los propios mandos norteamericanos reconocieron en diciembre del 2006 al *New York Times* que los paramilitares chiíes habían expulsado a los suníes de al menos diez barrios capitalinos que hasta esa fecha eran mixtos, reforzando el dominio político que ejercían sobre una ciudad en cuyo ayuntamiento solo uno de los cincuenta y un concejales era de la secta contraria. «No es descartable que Bagdad se convierta en una ciudad predominantemente chií, si es que no lo es ya», me confirmó el embajador español Ignacio Rupérez en una de mis habituales visitas a su residencia diplomática.

Si Zarqawi y sus herederos pensaban que su afición por las decapitaciones constituía el apogeo de la barbarie, pronto entendieron que la maldad puede ser tan ingeniosa como infinita al ver que las milicias chiíes generalizaron la tortura y ejecución con taladros eléctricos. Solían dejar los cuerpos agujereados en mitad del asfalto para que sirvieran como aviso. Había oído el rumor, pero me lo confirmaron varios vendedores de estos artilugios en el mercado de Sinaq, en el centro de la capital. Abu Zeid, de cincuenta y cinco años, regentaba su comercio desde 1982. Consiguió sobrevivir a la dictadura de Sadam Husein y por eso ni siquiera se mostraba sorprendido cuando

conoció la terrible aplicación que recibían ahora las populares taladradoras Black & Decker. «Espero que al menos esa gente no me las esté comprando a mí —observó—. Es repugnante, aunque lógico. Sadam nos enseñó a ser crueles.»

Sometidos a la presión del escenario anárquico, los iraquíes se olvidaron de décadas de convivencia para cobijarse al amparo de la secta, alentando sus miedos con el mensaje dogmático que se había convertido en norma en las emisoras de cada confesión. Bastaba con ver cadenas como Al Forat, el órgano de difusión del chií Consejo Supremo de la Revolución Islámica de Irak, o Zawraa, una cadena que oficiaba como el principal portavoz de la guerrilla suní, para entender cómo los medios alimentaban la ruptura.

La animadversión confesional encontró su expresión más irracional en el furor que se desató en la ciudad en torno a los tonos de los teléfonos móviles, que afirman la filiación comunitaria del portador. Propietario de un pequeño negocio dedicado a la venta de móviles instalado en Shaab,[65] Abu Haidar Ali Ismail, de treinta años, me aclaró que la popularidad de esas canciones se disparó durante 2006. «Es cosa de jóvenes, que se intercambian las melodías, las descargan de internet o las copian de los CD que compran», comentó el joven, que disponía en su negocio de toda una retahíla de tonos, cada cual más extremista. Según él, los más populares entre los chiíes eran los que relataban las proezas de Muqtada al Sadr —los llamaban «tonos Muqtada»—, los que aludían al reverenciado imam Husein y, sobre todo, las composiciones en contra de los *takfiri* de Riad al Wadi, un poeta que residía en Ciudad Sadr.

Ali Ismail hizo sonar el teléfono y me dejó escuchar una de las incendiarias creaciones de este último, dedicada a los habitantes del barrio de Fadil, un reducto de la guerrilla suní. «Ahora los de Fadil se creen hombres y no saben que son hijos de trileros, son los hijos de la tía Mediha y la tía Fausia [conocidos sobrenombres de prostitutas iraquíes]. Fadil es conocido porque allí el honor está prohibido. Todas son putas», decía el estribillo. «Los suníes prefieren canciones de Saba al Jenabi», añadió Ali Ismail, que también disponía en su móvil de tonos del artista aludido. «Los cielos están llenos de los disparos del Barnau[66] y el mortero empieza a bombardear en Faluya y Amiriya. Siempre matamos al enemigo, especialmente a los *rafidain*», se oía en la música.

La conflagración fratricida limitó al extremo nuestras posibilidades de desplazamiento. Barrios como Ghazaliya, Adhamiyah y otros muchos suburbios suníes quedaron fueran de nuestro alcance. El avance del Estado Islámico les había llevado a controlar numerosos suburbios de la propia

capital, que ahora eran territorios en los que ni el ejército iraquí ni las tropas estadounidenses se atrevían a entrar. Uno de esos enclaves era Dora. Los radicales llevaban años intentando imponer su dominio sobre ese extenso arrabal capitalino, que había visitado en muchas ocasiones con anterioridad y que se erigió en uno de los adalides del desquiciado credo de Al Qaeda.

Recordé que en uno de aquellos desplazamientos estuvimos conversando con varias peluqueras del área, que apenas conseguían comprender por qué se habían convertido en objetivo de los radicales. Una de ellas, Nadia Obeidi, me mostró el pasquín que le habían enviado. Era un folio escrito en un ordenador y firmado por la Brigada de la Resistencia de los Guerrilleros de Dora, que lo introdujeron enrollado por debajo de la puerta. La chica de 37 años guardaba la octavilla en la cartera. El mensaje comenzaba con una cita del Corán: «En el nombre de Dios, el clemente, el misericordioso… No uséis maquillaje como en la época de la ignorancia. Azora 33. El Partido». A continuación arremetía contra las peluqueras, cuya profesión calificaba de «corrupta y que trae la corrupción a la nación musulmana. Alá insulta a las mujeres que hacen tatuajes y a quienes se los dejan hacer. Insulta a las peluqueras y a las mujeres que se dejan arreglar el pelo. Por ello os avisamos, tenéis que abandonar ese trabajo de vicio».

La advertencia recurría a un lenguaje estremecedor: «Si no renuncias ha llegado el tiempo del castigo y de la espada. Dios es testigo de que os hemos prevenido».

La barbería de Saadiq Abdel Husein se encontraba muy cerca del negocio de Nadia, y fue ella misma quien me sugirió que me acercara a hablar con sus familiares. Su padre, Safa Abdel Husein, de cuarenta y nueve años, nos recibió en su domicilio. El local donde tenía su negocio Saadiq permanecía clausurado y con un cartel donde habían escrito: «Se alquila». Safa me explicó que Saadiq, al ver al pistolero con el rostro cubierto con una *kefiya*, pensó incluso que se trataba de una broma. Le gritó: «Si vienes para divertirte muéstranos la cara para saber quién eres». No se trataba de una burla. El personaje lanzó una ráfaga que alcanzó al joven en el vientre. Una bala le destrozó los intestinos y le salió por la espalda. Los disparos mataron en el lugar a un compañero de Saadiq y dejaron también herido a un cliente, Imad Hamad, que falleció semanas más tarde.

Los grupos radicales habían dictado un riguroso código de conducta para los salones de este suburbio siguiendo la interpretación más estricta del islam. La transgresión estaba penada con la muerte. «No se puede afeitar la barba, ni cortar el pelo al estilo marine, ni dejar la perilla y sobre todo, no se puede

hacer la *hifafa*.[67] También están prohibidas las patillas o el pelo largo, dar masajes en la cara a los hombres y limpiarles el rostro con crema», me contó Mohamed Samir, de treinta y dos años, el marido de Nadia, que también era barbero. Uno de sus amigos, Ali Husein, otro peluquero de veinticinco años, intervino en la charla y apuntó que ni siquiera podían «colocar fotos con los cortes de pelo más al uso». El resultado, según Nadia, era que «cerca del 75 por ciento de las peluquerías y barberías de Dora» cerraron sus puertas antes de que se cumplieran tres años de la invasión. «Ir a la peluquería se ha convertido en algo peligroso», precisó Nadia.

Arropados por la fuerza que otorga el miedo, la insurgencia había conseguido multiplicar la aparición de «carteles de renuncia pública», visibles en muchos muros de Dora, pasquines en los que policías o funcionarios anunciaban su dimisión. «Yo, Ihab Hamed, teniente de la policía, juro delante de Dios que renuncio a mi empleo y que nunca trabajaré en los puestos que la guerrilla ha prohibido. Que Dios les proteja», decía una de esas confesiones adosadas a una pared. Con el paso del tiempo, el Estado Islámico se asentó en la mayor parte de Dora. Tan solo uno de los catorce sectores que componían ese enorme arrabal, Abu Desher, permanecía leal al Gobierno de Bagdad a principios de 2007, y solo en base a la encendida defensa que habían realizado las milicias del Ejército del Mehdi para frenar los ataques de los radicales suníes contra lo que constituía el único bolsón chií ubicado en el lugar.

Tras convencer a Flayeh, decidimos acercarnos a Abu Desher, todo un complejo y arriesgado periplo, ya que no nos podíamos dirigir a nuestro destino por la ruta más directa sino por la que nos permitía evitar los barrios suníes. A primera vista, Abu Desher me trajo a la memoria los barrios del sur de Beirut. Las calles también estaban jalonadas de retratos de mártires y figuras religiosas, solo que aquí los rostros no eran los de Hasan Nasrala o el imam Jomeini sino los del clérigo Muqtada al Sadr, acompañado de las imágenes de los caídos. Los muertos se contaban por decenas. Sus fotos se sucedían estampadas en pancartas fúnebres de color negro que adornaban la mediana de la calle principal.

Frente a la oficina del movimiento de Al Sadr, sus seguidores habían habilitado un pequeño cementerio con cerca de cincuenta lápidas blancas. Algunas no tenían ni nombre. «Son gente que murió destrozada sin que supiéramos siquiera quiénes eran. Las otras son de niños. Este barrio es la línea del frente en la batalla contra Al Qaeda. Estamos sufriendo mucho», me contó Abu Yafar, uno de los responsables de la facción sadrista que, tras la

sorpresa que le produjo ver a un informador extranjero en ese lugar, se avino a escoltarnos.

Las tropas estadounidenses y el ejército iraquí habían rodeado el resto del suburbio con muros de cemento, controles y alambradas para intentar contener la expansión de los salafistas sin poder evitar que la enconada batalla por el control del arrabal se hubiera cobrado la vida de más de doscientos soldados de Estados Unidos en los primeros ocho meses de 2007. Calles de Abu Desher como la Jamaa Arrahman mostraban claramente los destrozos causados por los morteros y cohetes lanzados por los militantes —muchos afganos, decía Yasin— desde los territorios que controlaban. «La media es de siete cohetes diarios», estimó Abu Yafar. La misma cúpula de la mezquita de Kadhimiya, que servía como sede de los sadristas, había recibido un impacto directo de uno de esos Katyusha. A los misiles se unía la amenaza de suicidas y coches bomba. El último había explotado en la principal calle del suburbio y en medio de una boda. Murieron decenas.

Los residentes de Abu Desher me relataron que los fundamentalistas habían dictado toda una panoplia de normas a cada cual más extrema. Llegaron a arrancar las cruces de dos de las siete iglesias locales —la minoría cristiana de Dora había dejado de existir hacía meses— y a decapitar varias estatuas que adornaban esos templos. «Han prohibido los teléfonos móviles, y si te ven fumando te cortan los dos dedos [con los que se agarra el cigarrillo]. Es puro terror», aseveró Yasin Oeda Ali, de sesenta y cinco años. Nos encontramos con él en uno de los extremos de Abu Desher. La conversación tuvo lugar mientras los militantes sadristas apuntaban con sus armas hacia la explanada que nos rodeaba, que marcaba el espacio donde comenzaban los territorios del Estado Islámico. Mientras hablábamos resonaban los disparos y se produjo una explosión no muy lejana que incrementó el desasosiego de nuestra escolta.

Yasin se había sumado al número incontable de desplazados que proliferaban por Bagdad. Según cifras de la Media Luna Roja iraquí, un millón de personas se habían visto obligadas a abandonar sus hogares y buscar reacomodo en barrios de su propia confesión. El caso de Yasin y todo su grupo constituía toda una singularidad en Abu Desher, ya que tanto él como la veintena de personas que le acompañaron en su huida eran suníes.

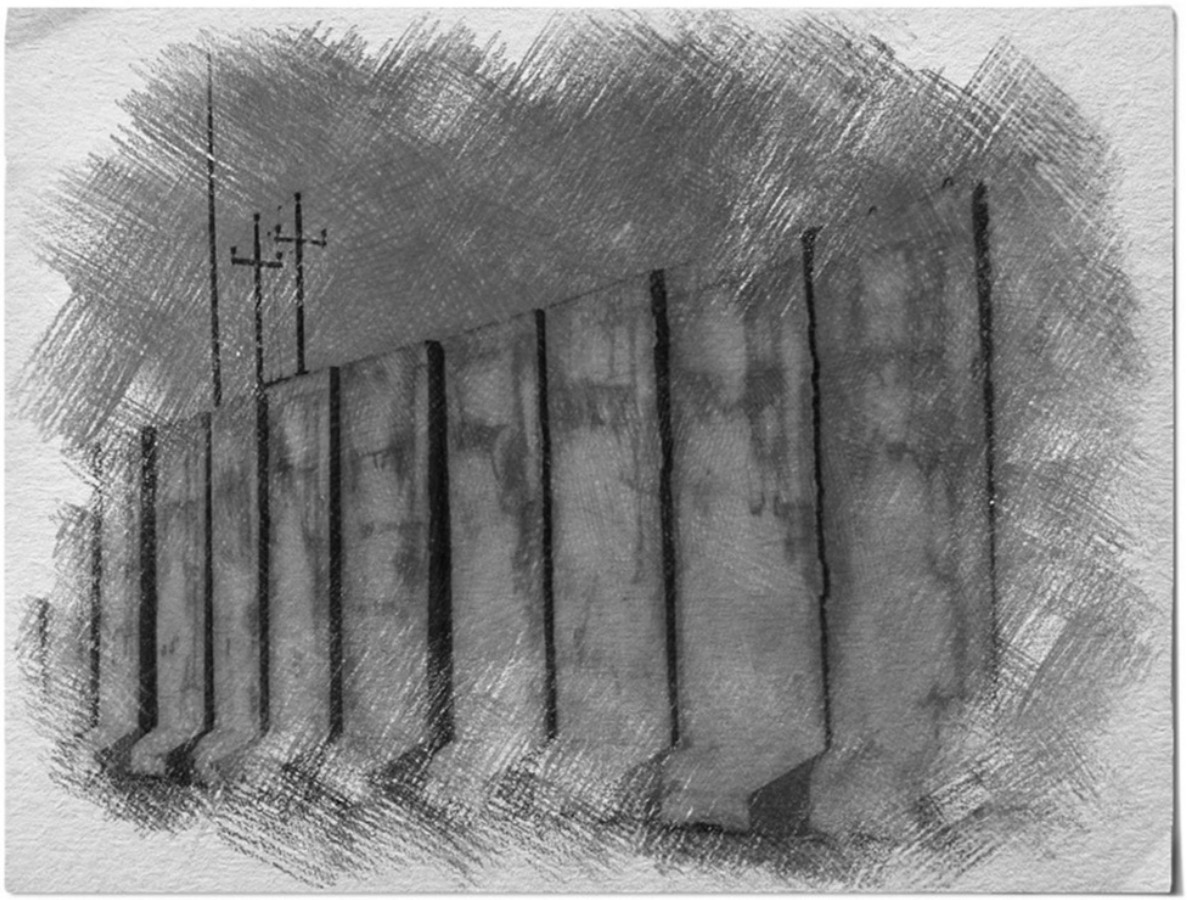
Los fanáticos del Estado Islámico habían comenzado a asesinar ya a sus propios correligionarios. Pocos días antes, cientos de activistas del Estado Islámico habían irrumpido en la aldea de Hor Rejab —el villorrio de Dora donde residía Yasin y su tribu— ametrallando a sus habitantes. «Nos habían

advertido hacía un mes. O bien nos sometíamos a su Estado Islámico o nos mataban. Pero ¿cómo voy yo a matar a un hermano musulmán? ¿Qué tiene que ver un cigarrillo con la religión?», me preguntó Yasin, acomodado junto a un muro del edificio abandonado que usaban como refugio. Según el iraquí, el asalto concluyó con la decapitación de veinticinco vecinos. «Ahora no cortan por el cuello sino por la boca. Los cadáveres todavía están allí sin que nadie pueda recogerlos», le secundó otro de los suníes desplazados. Los supervivientes, cerca de seiscientas sesenta personas, huyeron a pie hasta Abu Desher. «Al Qaeda y los americanos son los que han promovido el odio sectario. Antes [de 2003] ni teníamos Al Qaeda ni sabíamos quién era suní o chií», opinó Abu Yafar, jefe de las milicias locales.

Los chavales de Abu Yafar nos acompañaron después hasta las inmediaciones de Al Saydiya, otro distrito de Dora bajo la férula del Estado Islámico. Sus límites estaban establecidos por un muro que lo separaba de otro barrio chií, Al Bayaa. Tras la pared de cemento se encontraban los denominados «edificios blancos», decenas de bloques de apartamentos vacíos, como las calles de las inmediaciones. Muchos edificios presentaban signos de metralla y disparos. Parecía un entorno fantasmagórico en el que solo permanecimos unos minutos. Tan solo pude ver algunos perros que correteaban rebuscando entre pilas de basura y varios tanques americanos que vigilaban los accesos. «Hay que moverse deprisa. Suelen disparar con francotiradores desde esa mezquita», me alertó nuestro guía. «Esta zona fue “conquistada” por el Ejército del Mehdi. Los suníes huyeron, pero más adentro es territorio de Al Qaeda», añadió el chaval urgiéndome a continuar nuestra carrera.

22

Muros para sellar la división sectaria



Bagdad, septiembre de 2007

El aparcamiento donde trabaja Abdel Karim Yasin se encontraba ubicado cerca de la imponente muralla que ya se extendía varios cientos de metros. Los estadounidenses comenzaron a instalar los bloques de cemento de casi cuatro metros de altura y cinco toneladas de peso a principios de septiembre, siguiendo la línea marcada por el canal artificial que siempre ejerció como divisoria entre los barrios de Shoala y Ghazaliya. «Suelen venir por la noche. Parece que les da vergüenza hacerlo a plena luz del día», aseguró Hamdala Arrikabi, portavoz del movimiento del clérigo Muqtada al Sadr en Shoala, al que acababa de entrevistar en su oficina.

Fueron los miembros del Ejército del Mehdi, que ahora decían ser una «asociación cultural» —esas fueron las palabras que usó Arrikabi—, los que me acompañaron hasta la imponente muralla para evitar cualquier contratiempo. Tanto Shoala como Ghazaliya seguían siendo arrabales propicios al secuestro o los ataques de la insurgencia. «Hablan de democracia y quieren meternos en una gran cárcel. En esta zona la violencia sectaria ha descendido mucho. Las calles se llenan por la noche. ¿Por qué lo construyen ahora?», se preguntaba Yasin mientras observaba el muro. El iraquí de cuarenta y cinco años era uno de los participantes en la manifestación que había organizado la facción sadrista para exigir que se detuviera el alzamiento de la barrera. Todavía se observaban las pintadas que dejaron los convocados. «El muro es terrorismo americano», rezaba una. «No a la división», decía otra. Arrikabi incidía en la misma idea. Para él, ese muro solo servía para «profundizar las divisiones sectarias». «Los americanos solo buscan quebrar la unidad del pueblo iraquí.»

Me había enterado de la protesta en Shoala al regresar a Bagdad, aunque sabía que no era una novedad. En abril y mayo, los seguidores de Sadr en enclaves chiíes como Ciudad Sadr o Kadhimiya se sumaron también a los habitantes de Adhamiyah para reclamar que se interrumpiera la construcción de la pared de cemento que rodea este último arrabal suní. Una petición que resultó inútil, porque la construcción de la muralla de casi cinco kilómetros había concluido hacía meses. Cuando pasé por sus proximidades pude leer otra de las inscripciones garabateadas sobre el cemento, esta vez en inglés: «Construido por Chuck Norris».

Las tropas de ocupación estadounidenses parecían empeñadas en ratificar y sellar con cemento las enormes brechas que se habían generado en Bagdad desde el inicio de la guerra civil. La idea de las «comunidades cercadas» —así las definió uno de los jefes militares de Estados Unidos en la capital, el

general John Campbell— había comenzado a implementarse en abril precisamente en los citados barrios suníes de Ghazaliya y Adhamiyah, y pretendía extenderse a una decena de suburbios. Los norteamericanos tan solo recuperaban un proyecto que ya habían utilizado con escaso éxito en Vietnam y que después se reprodujo en la ciudad de Belfast, donde muros similares mantuvieron separados durante décadas a protestantes y católicos a partir de 1969.

La decisión había generado una enorme polémica entre los iraquíes y hasta el primer ministro, Nuri al Maliki, llegó a exigir que se interrumpiera el alzamiento de estos obstáculos, orden que ignoraron los estadounidenses.

La llegada de bloques de cemento a la capital iraquí era algo tan masivo que en esos días leí un artículo de AFP en el que un empresario iraquí de la construcción argumentaba que los militares de Estados Unidos recibían un millar de ellos cada día en el aeropuerto de Bagdad. El mismo iraquí insistía en que este era un negocio mayúsculo, dado que cada una de las enormes losas verticales costaba unos seiscientos dólares. Hice un cálculo mental rápido y llegué a la conclusión de que los más de cinco kilómetros que tenía el muro de Shoala podían superar un coste de un millón y medio de dólares.

Decidí recorrer la ciudad junto a Jalil para comprender cómo había progresado el proyecto estadounidense y me di cuenta de que los muros aislaban barrios enteros, envolvían mercados, se extendían a lo largo de las autopistas de salida de Bagdad, habían hecho desaparecer literalmente tramos de calles ocultos ahora tras las paredes e impedían el acceso de vehículos a otras muchas, como la emblemática calle de los libreros, Mutanabi, arrasada por un terrible atentado en marzo.

Los militares estadounidenses habían creado un anillo de cemento en torno a los bloques de apartamentos de la calle Haifa, que antaño era un baluarte de la guerrilla suní, dejando solo una entrada vigilada por policías armados.

Lo más irónico es que, en casos como Shoala, el muro llegaba demasiado tarde para evitar la erradicación de los perdedores, que en este caso no eran otros que cientos de suníes que se vieron desplazados de las zonas de Ghazaliya que colindaban con Shoala. Sus viviendas habían sido ocupadas por chiíes, y por eso mismo algunos, como Abdel Karim Yasin, se quejaban de que todo el plan «no tenía ningún sentido». «Dicen que quieren separar a suníes y chiíes pero aquí están aislando a chiíes de chiíes.»

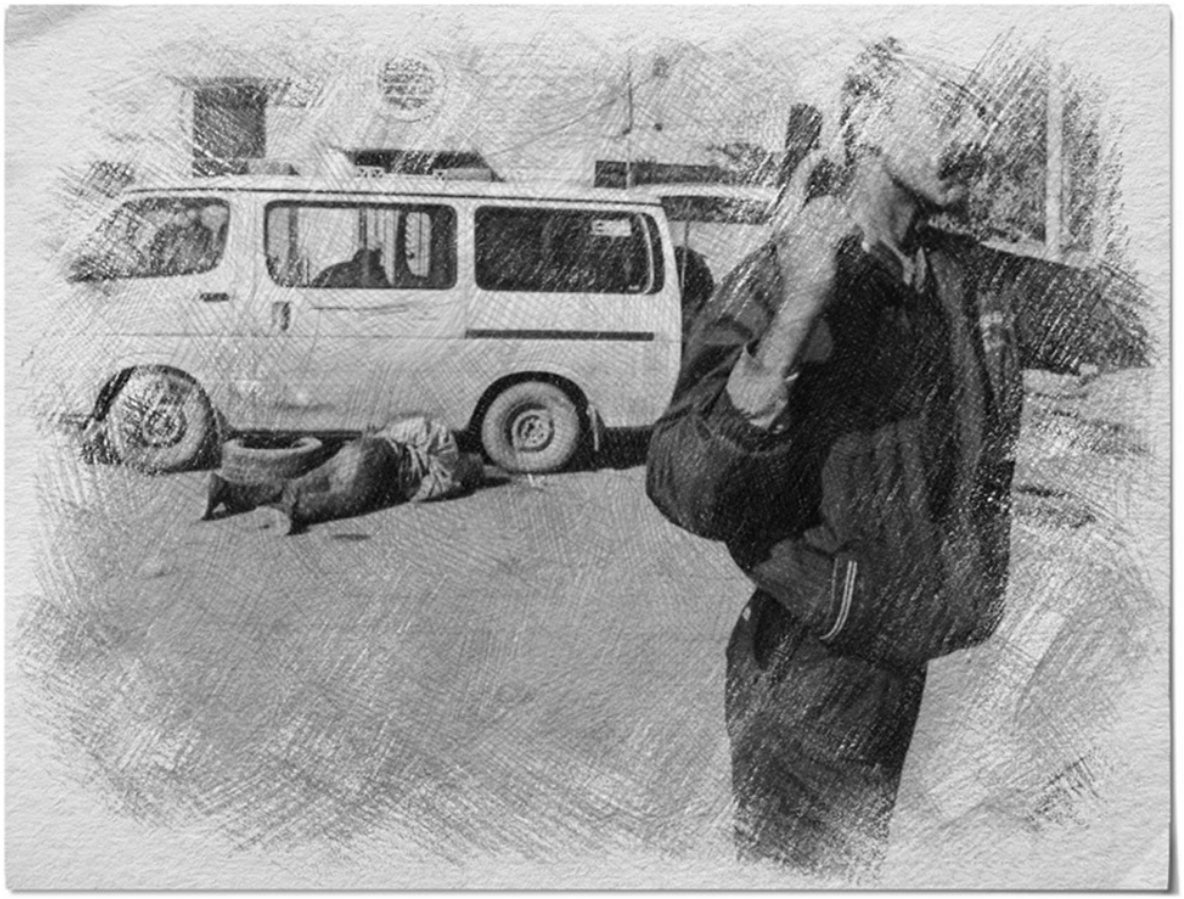
La aparición de la barrera había propiciado una súbita bajada en los precios de las viviendas situadas en la demarcación de Ghazaliya, que antes

eran adquiridas por los chiíes de Shoala. Como me argumentó Abu Amad, dueño de un estacionamiento ubicado al costado de la muralla, ningún chií consideraba una buena inversión quedarse separado tras una pared de cemento en un enclave como Ghazaliya. «Si antes te daban 150 millones de dinares [85.000 euros] por una casa, ahora no te ofrecen ni 75 millones», aseveró.

Cuando concluí la visita a Shoala pasé con Jalil a Ghazaliya y allí estuve conversando con varios de sus vecinos. Allí las opiniones eran divergentes. Algunos pensaban que podía suponer un freno a las incursiones de los escuadrones de la muerte chiíes. Otros, como el excoronel Shuja Shaker al Obaedy, de 50 años, seguían aferrados al ideario nacionalista con el que estudiaron y achacaban a los estadounidenses la sensibilidad sectaria. «No se puede vivir en una ciudad reducida a cajones, partida en guetos. Toda esta idea de quién es suní y chií vino con los americanos y desaparecerá cuando los echemos de aquí. Sí, es un muro muy alto, pero también cayó el Muro de Berlín», farfulló mientras apuraba un vaso de té.

23

Marcados para morir



Bagdad, octubre de 2007

Amar Tuma solo aceptó acudir a la cita si tenía lugar en una «casa segura» del barrio de Shaab. El joven policía se negó a ser fotografiado y solo me permitió una breve visita al estudio que regentaba en el arrabal de Zaiyuna. El recinto no excedía los cuarenta y cinco metros cuadrados. Estaba ubicado en una galería comercial y carecía de cualquier signo que permitiese adivinar su función. Incluso dentro, el diminuto espacio se encontraba dividido en dos estancias y la primera, la de acceso, parecía ser un simple despacho. «Solo cuando conocemos a la persona la dejamos pasar al otro lado, donde puede elegir el diseño», me aclaró Tuma.

El improvisado artista tenía colgado de los muros hasta sesenta dibujos con figuras de leones, tigres, calaveras o hasta féminas de amplias curvas. Los motivos religiosos —figuras como la del imam Ali— estaban ocultos en un cajón. «Usted no imagina lo peligroso que es esto. Cuando el Ejército del Mehdi nos echó de Ciudad Sadr tuvimos que firmar un papel en el que aceptábamos que, si nos volvían a encontrar, nos matarían. Firmamos nuestra propia sentencia.»

Si tener que recurrir a un encuentro casi clandestino con el que quizá era uno de los últimos grabadores de tatuajes de la capital era un reflejo del régimen de angustia por el que se regía la vida de los iraquíes, la última moda que se había generalizado entre los residentes locales refutaba también las últimas declaraciones de George W. Bush, que en su publicitado discurso del 14 de septiembre aseveró que las «condiciones en Irak comenzaban a mejorar».

Pese a la carestía de expertos en ese arte, los tatuajes habían adquirido una cierta popularidad que no se inspiraba en motivos estéticos, sino en una realidad brutal: la necesidad de ser identificados a la hora de la muerte. Ahmed Mohamed, por ejemplo, decidió tatuarse una expresión puramente chií, «Ya Ali» («Por Ali»), en 2006, después de asistir a la carnicería que provocó un coche bomba en el mercado de Yamila, ubicado en Ciudad Sadr. «Estaba descargando mercancía cuando explotó. Fue terrible. Nunca olvidaré la imagen de los cadáveres despedazados. Las familias reconocieron a los que tenían tatuajes, pero el resto terminaron olvidados en el depósito de cadáveres. No quiero morir sin que nadie se entere», me contó este conductor de camiones de treinta y siete años.

El espeluznante hábito no era producto de la mera psicosis, sino de cinco años de guerra atroz tras los cuales ni siquiera se sabía con certeza el número de víctimas. Días atrás, Ahmed Duaibel, un portavoz del gobernador de

Nayaf, había declarado a un periódico kurdo que al menos cuarenta mil cadáveres sin identificar habían sido sepultados en el vasto cementerio que se había habilitado a tal efecto en dicha ciudad sureña. «En Europa resulta difícil entender lo que pasa en Irak, pero esto es el horror. Vivimos a diario con la muerte y nuestro único consuelo es saber que nuestra familia podrá enterrarnos», añadió Mohamed.

Pese a que la interpretación más conservadora del islam considera que los tatuajes son contrarios a la religión musulmana, en Irak ya existía una larga tradición en torno a esta costumbre, especialmente entre los grupos tribales. Hasta Sadam Husein exhibía uno en su brazo derecho. Tras la invasión liderada por Estados Unidos, surgieron en Bagdad varios comercios especializados en tatuajes, en lo que parecía una moda que imitaba la influencia del país norteamericano. Sin embargo, muy pronto se extendió el extremismo religioso y los artistas dedicados a estos menesteres fueron catalogados como impíos y, por tanto, susceptibles de ser asesinados. La mayoría huyeron del país o abandonaron esta actividad. Amar Tuma permaneció, obstinado, y por ello terminó siendo capturado por las huestes de Muqtada al Sadr. «El Ejército del Mehdi hizo una batida en Ciudad Sadr. No nos mataron, pero nos dieron una buena paliza», rememoraba el iraquí de veinticinco años. Tuma había aprendido el oficio en el Líbano, donde residió durante tres años. Al regresar a Irak, en 2004, se enroló en las fuerzas de élite de la policía. «El primer tatuaje se lo hice a un compañero en noviembre de ese año, por motivos estéticos», afirmó. La situación en Irak no había alcanzado el paroxismo que se registró a partir de 2005. Fue entonces cuando otro de sus colegas, Jaled Abdul Jabar, murió destrozado por un coche bomba en Ramadi. «Me acuerdo perfectamente. Era marzo de 2005. Jaled tenía tatuado en el pecho el dibujo de una chica preciosa. Se lo habían hecho con un punzón y neumático quemado. En esa explosión murieron once personas. Jaled quedó sin cabeza ni piernas, pero lo reconocimos por el tatuaje», recordó Tuma.

A partir de entonces otros agentes comenzaron a requerir sus servicios. El pasatiempo se convirtió en negocio y pronto abrió la tienda de Ciudad Sadr. «Debo de haber hecho mil tatuajes. Todavía hay gente que los pide porque los consideran bonitos. Por ejemplo, los levantadores de pesas. Pero la mayoría de las personas se los hace para no morir de forma anónima. A diecisiete de mis compañeros [policías] que se los hicieron los han matado ya.»

Como parte de una historia que ha demostrado ser cíclica, esta costumbre ya se había propagado entre los soldados iraquíes que sirvieron en la

desgarradora contienda con Irán que dejó entre 375.000 y un millón de desaparecidos. Fue Flayeh, que había servido durante aquella contienda, quien me aleccionó sobre ese hábito del pasado. «Durante las ofensivas y bombardeos de la artillería iraní morían miles. Y muchos quedaron en tierra de nadie. Había dos posibilidades: o llevabas una placa de metal al cuello con tu nombre, o te grababas el nombre y la ciudad de origen.»

Tuma me explicó que tenía hasta 650 diseños entre los que podían elegir sus clientes, aunque algunos simplemente pedían inscribir su nombre y el teléfono de sus allegados. «El precio habitual es de 20 dólares. Si quieren un dibujo muy complicado, puede llegar hasta 120 dólares. Viene gente hasta de Diwaniya o Basora, porque somos los únicos del país.» Había otros, como Qaisar Tariq al Esawi, que elegían frases codificadas que solo sus personas más queridas pudieran interpretar. «Mi edad es la misma que la del olivo», se grabó este iraquí de 36 años en el hombro izquierdo. «Solo mis familiares y amigos más cercanos conocen el árbol que plantó mi padre cuando nací», me dijo.

Sin embargo, en Irak ni siquiera los tatuajes eran una seña de identidad definitiva. El clan Saihud podía dar testimonio de ello. A mediados de 2005, seis miembros de la familia fueron secuestrados en la carretera que conduce a Nayaf cuando transportaban el cadáver del jerarca del grupo. Al día siguiente, la policía descubrió los seis cuerpos en el mismo lugar. Uno de ellos, Walid Jayun, de treinta años, tenía un tatuaje de la espada del iman Ali en su brazo derecho.

Los radicales se lo amputaron.

24

Bailando en el infierno



Cuando llegamos a las tres de la tarde, decenas de jóvenes bailaban entre las mesas del salón al son del rapero estadounidense Usher Raymond. Haydar, el DJ, alternaba música occidental con los ritmos de las cantantes libanesas Nancy Ajram o Haifa Wahbe, mujeres tan voluptuosas como populares entre los adolescentes árabes.

La última moda entre las chicas pijas de Bagdad parecía ser la bota de tacón alto y los pantalones ajustados. Algunas se atrevían incluso con las faldas por encima de la rodilla. En el club Alwiya, las *abayas* o el simple *hiyab* no parecían tener mucho predicamento. Bastante menos, por supuesto, que la afición que mostraban los más veteranos por las botellas de Ballantine's o las latas de Heineken.

Había acudido al club Alwiya junto a Yaser Ghazi que, además de ser mi traductor en esa jornada, era también socio de ese reputado complejo, frecuentado solo por la élite local, al menos por la que seguía residiendo en Irak. «¡Esto no es nada, para fiestas las que hacíamos antes! Teníamos hasta pandillas: los "Bad Boys", las "Downtown Girls". Elegíamos a la más guapa y podías verla bailar con minifalda y top que dejaban al descubierto el vientre», recordaba con melancolía Yaser, que pese a sus veintiocho años hablaba como si tuviera cincuenta, un hábito en un país donde un día parecía una década.

La fiesta del Alwiya me parecía una imagen casi surrealista en una ciudad en la que me había habituado a ver coches bomba, suicidas y escuadrones de la muerte. Pese al notable grado de embriaguez que presentaban muchos de los presentes, el Alwiya o su homólogo, el Club de Caza de Bagdad, se me antojó como uno de los últimos oasis de cordura que se podían encontrar en una metrópoli desgarrada por la guerra civil.

Aunque por fuera su aspecto pudiera confundirse con el de un pequeño baluarte militar protegido por muros, alambradas y torres de vigilancia controladas por su propia milicia, en el interior me encontré con decenas de personas que lo mismo disfrutaban de la pista de baile que de la barbacoa que habían instalado en el jardín exterior. Al igual que Yaser, todos los iraquíes con los que hablé recurrían a la nostalgia. La misma nostalgia que compartía días más tarde el director del Club de Caza, Adnan Said, cuando fui a conocerle.

La entrada al establecimiento estaba adornada con un Papá Noel y un explícito «Happy New Year», legado de las últimas fiestas navideñas. «Es muy triste. Bagdad tenía decenas de clubes de este tipo. Fue una tradición que

heredamos de los ingleses. Casi todos cerraron», opinó. Los clubes de Bagdad habían sido durante décadas un referente de la vida social desde que en 1924 la mítica Gertrude Bell —el equivalente femenino a Lawrence de Arabia— promovió precisamente la creación del Alwiya. La llegada del Partido Baaz al poder dio lugar a la aparición de nuevos recintos como el Club de Caza, establecido en 1969 por quien entonces ejercía como número dos del régimen —Sadam Husein— o más tarde, en 1998, el Club Ecuestre, el preferido de Uday Husein.

Pese a los desmanes de la dictadura, los miembros más antiguos del Alwiya añoraban aquellos años en los que no se ahorraba en champán y los socios se contaban por decenas de millares. El director del Alwiya, Shamel Ami, todavía evocaba aquel último festejo de Año Nuevo, en 2002, en el que más de un millar de amigos se reunieron en sus instalaciones hasta que despuntó el alba. «Íbamos vestidos de Papá Noel, con trompetas y guirnaldas. Nunca pensamos que iba a ser el último Año Nuevo normal», dijo con cierta amargura. A partir de esa fecha, tanto el Alwiya como el Club de Caza tuvieron que modificar sus hábitos. Ahora las fiestas se celebraban a partir del mediodía y no duraban más allá de las cinco de la tarde, cuando entraba en vigor el toque de queda. «A esa hora se hace de noche y la gente se recluye en sus casas», incidió Shamel Ami.

El Alwiya estaba ubicado en pleno centro de Bagdad, al costado de la Plaza Firdus. Al tiempo que el caos se extendía por el país, los visitantes del club se vieron obligados a convivir con los cohetes que atacaban los adyacentes hoteles Sheraton y Palestina, residencia de mercenarios y empresarios extranjeros. El 24 de octubre de 2005, dos vehículos explotaron entre los dos hoteles, matando a diecisiete personas. «La onda expansiva rompió los cristales y arrancó las puertas», precisó Mohamed Faruk, de treinta años, responsable de la sección juvenil del Alwiya.

La violencia se había convertido en un elemento habitual en las proximidades del Club de Caza, en el otrora lujoso barrio de Mansour. Desde hacía meses el suburbio era escenario de continuas refriegas armadas. La invasión y la guerra suscitaron también un cambio radical en la clientela. Los antiguos socios, miembros en su mayoría del sector más adinerado del país y en gran parte allegados al antiguo régimen, huyeron al extranjero. «Digamos que el 70 por ciento de los socios son nuevos», admitió Adnan Said.

A pocos metros del Club de Caza se podía ver la entrada de lo que fue el Club Al Mansour, reconvertido en sede del Partido Fadhila, una de las formaciones chiíes más radicales. Los esfuerzos que realizaba Adnan para

convencerme de la «enorme seguridad» que ofrecía el complejo —un espacio de cuarenta y cinco mil metros cuadrados con cinco restaurantes, piscina, dos jacuzzis, gimnasio y seis pistas de tenis— perdieron cierta consistencia cuando oímos varias detonaciones no muy lejanas y pudimos advertir la columna de humo que se levantaba a causa de lo que después supe que había sido el estallido de dos coches bomba. Pero dentro, ignorando la carnicería que se acababa de registrar, personajes como Abdul Jabar Hasan disfrutaban de un plácido almuerzo. «Vengo tres veces a la semana a nadar. Es lo único que nos queda. Este es el último lugar de Irak donde la gente no se pelea por la política», me dijo el ingeniero de sesenta y cuatro años, miembro del club desde 1986.

El esfuerzo de los iraquíes por mantener un mínimo de normalidad en medio del horror me recordó a aquella discoteca de Sarajevo escondida en los soportales del centro de la ciudad que solo podíamos abandonar cuando amainaban los bombardeos, o las historias de las fiestas que organizaban los cristianos libaneses pese a la terrible conflagración civil.

El esparcimiento pasó a ser una rareza en la capital y no recuperaría cierto brío hasta finales de 2008, con la reducción de la violencia sectaria y los atentados. Precisamente en octubre de ese año, la actuación inaugural de Dog Faced Corpse —que reunió a cerca de doscientos cincuenta seguidores del rock duro— fue publicitada como una especie de resurrección de una ciudad que pretendía dejar atrás los años más negros y recuperar su esplendoroso pasado. Bagdad había sido durante décadas una de las capitales árabes más reputadas por su tradición nocturna y su talante permisivo. Durante la monarquía y después bajo la égida de Sadam, la urbe fue conocida por la proliferación de los llamados clubes «malha», frecuentados por juerguistas, devotos del alcohol y de la música folclórica.

El concierto de Dog Faced Corpse fue una simbólica cita tras años de ostracismo obligado a causa de la contienda fratricida. «Salir a la calle con una guitarra a la espalda o con nuestras melenas era una sentencia de muerte», me relató Latef al Rawy, el batería y fundador del grupo de heavy metal. Latef y sus compañeros se pasaron años ensayando en sus propios domicilios bajo el pavor que les inspiraba que alguien llegara a oírles, una contradicción insalvable para cualquier músico.

La realidad iraquí fue la que les llevó a elegir su estilo y su nombre. Dog Faced Corpse no era el típico desplante de un muchacho inspirado por el heavy metal sino un suceso real. «Encontraron un cadáver decapitado al que le habían colocado la cabeza de un perro. Imagino que el tipo había sido

secuestrado por las milicias. Lo quise usar desde que me enteré de la historia». «Imagina que tu país está como Irak. ¿Qué cantarías? ¿Como los Backstreet Boys? ¡No! Tocamos death metal porque es el estilo adecuado para la situación.»

A los pocos días pude presenciar en el Teatro Nacional de Bagdad un concierto del colectivo de raperos DZK (unas siglas que responden en inglés a «Peligro, Zona de Asesinos»). Uno de ellos, Ahmed Faruq, le dedicó una canción a su padre, desaparecido desde hacía cuatro años. Una tragedia que habían sufrido miles de iraquíes. «Desde ese día, me siento herido, la pena se convirtió en mi identidad. ¿Cómo puedo encontrar la paz?», cantó el chaval con la voz entrecortada por la emoción. Tras concluir la pequeña intervención me acerqué a hablar con ellos y su compañero Hicham Saba mantuvo el mismo razonamiento que Latef. «Hablamos de secuestros, de jóvenes asesinados o del conflicto entre sectas.»

Esa misma jornada decidí aventurarme por primera vez en muchos años en uno de los clubes nocturnos que habían reabierto sus puertas en la calle Abu Nawas, a orillas del Tigris. Eran las once de la noche y el bar Jyam estaba abarrotado. Era una escena impensable en 2006. Media docena de chicas se contoneaban bajo la melodía del cantante. «¡Guapa, no puedo soportar tu ausencia! ¡Morena, te quiero mucho! ¡Tienes que estar muy cerca de mí!» Una de las mujeres, la más sugerente, vestía una minifalda y una diminuta camiseta negra. Una vestimenta lo suficientemente reveladora como para fomentar los gestos rumbosos de un vejestorio que no cesaba de introducirle fajos de billetes entre los senos. La chica respondía con un meneo de trasero que suscitaba el jaleo de los presentes.

El propietario del Jyam, Saud Jalaf Suleiman, admitía que el tímido repunte de Abu Nawas estaba «muy lejos del esplendor de antes, de la era dorada. En Bagdad llegamos a contar con más de trescientos bares y ahora no somos ni una veintena. Pero reconforta ver cómo la gente se anima otra vez a divertirse. Estos últimos años vivíamos como en una cárcel, encerrados todo el día en casa». Antes de entrar había paseado por la misma avenida y pude ver cómo los clubes nocturnos se habían multiplicado. Todos estaban decorados con bombillas multicolores y enormes retratos de los cantantes que acogían. En su día, esta ruta que recorre el Tigris recibió el apodo de «la calle de los borrachos».

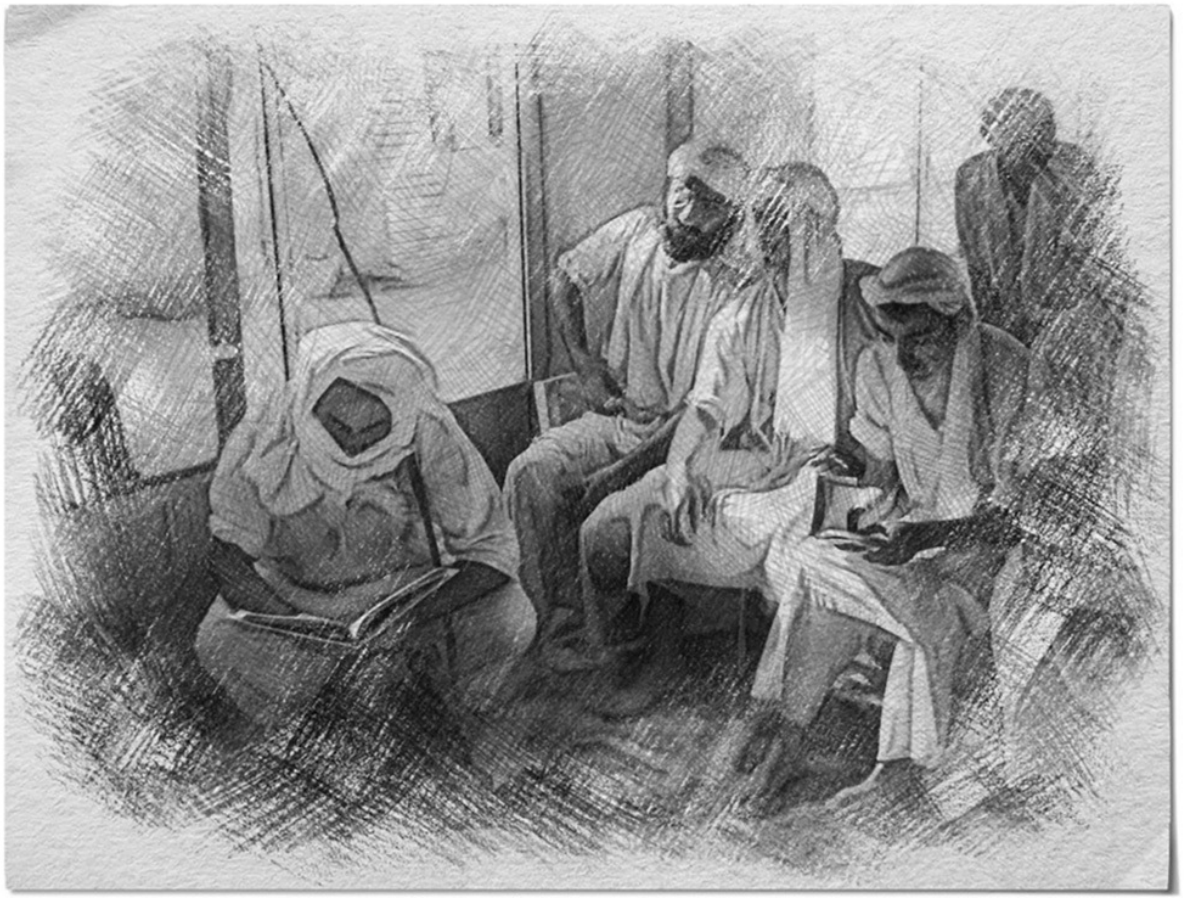
Suleiman era un veterano del negocio. Trabajaba en este sector desde 1980. «Me gustan los borrachos, no mienten», apuntó. Antes de entrar en el Jyam, los clientes tenían que depositar sus pistolas —en Bagdad era raro que

alguien no fuera armado— en la entrada. Suleiman reconocía que sus diez camareros podían ejercer también como guardianes del recinto gracias al «pequeño arsenal» que guardaba junto a las botellas de whisky «para casos de necesidad». Esos «casos» se multiplicaban para personajes como Suleiman, que desde 2003 había perdido a doce miembros de su familia por su asociación con la venta de alcohol. Sin dejar de fumar, Suleiman se mostró desafiante pese a todo. «Estamos hartos. Si vienen aquí nos defenderemos a tiros. Esos fanáticos quieren que Irak sea como Irán, pero no les dejaremos.» La reaparición de locales nocturnos en Abu Nawas estuvo acompañado en esos meses de relativa calma por la inauguración de discotecas como la Guitarra, a cuya fiesta de apertura fui invitado por su dueño, Haidar Abas Kadem. Al llegar me topé con una asombrosa acumulación de vehículos de alta cilindrada en las calles adyacentes y casi un centenar de personas en el interior. Uno de ellos era Abdala Ahmed, que había retornado desde Dubái hacía ocho meses. Me confesó que era un trasnochador «profesional» y que como todos ellos echaba de menos los años de Sadam. «Parece mentira, pero con Sadam uno podía salir de fiesta hasta por la mañana. Después llegaron los americanos y empezaron a volar los clubes», declaró aferrado a un generoso lingotazo de alcohol.

Haidar había vivido en el exilio como Suleiman o Abdala durante los últimos años y no retornó hasta 2007. Sentado en su mesa, saturada de botellas, el iraquí me resumió su singular filosofía para mitigar la división sectaria. «Estos bares están jugando un gran papel a favor de la unidad de Irak. Aquí todos nos emborrachamos juntos: suníes, chiíes, cristianos. No preguntamos por la religión sino por la marca de whisky que te gusta.»

25

El éxodo de las minorías



El vídeo rivalizaba en brutalidad con el que recogía la lapidación de Dua Jalil Asuad. Habían alineado a todos los yazidíes contra un muro, tumbados boca abajo en el suelo. Entonces se veía que los pistoleros comenzaban a acribillarlos con sus ametralladoras. De izquierda a derecha. De manera sistemática.

«¡Allahu akbar! Allahu akbar!», gritaban los encapuchados al tiempo que los cuerpos se estremecían con el impacto de las ráfagas. De fondo se oía música islámica. Tras un aluvión de balazos, la grabación mostraba a uno de los milicianos acercándose a la carrera hasta la hilera de cuerpos inermes y rematando a la única víctima que todavía se movía.

El nombre de Basim Rashid debería haber figurado en la lista de fallecidos. «Vi la muerte con los ojos. Es un milagro», decía. Cuando le encontré en su humilde residencia de Bashika se desplazaba con dificultad, apoyándose en una muleta. La bala le atravesó la pierna a la altura de la rodilla. Le hirió y al mismo tiempo le salvó la vida, porque le hizo caer al suelo en medio del tiroteo. «Me quedé inmóvil, como si estuviera muerto», adujo. Con la cabeza hundida en la tierra pudo oír a su amigo Hamud Haji gemir de dolor, y después otra ráfaga. Ya no se quejó más. «Mientras nos mataban decían que éramos infieles, blasfemos. Gritaban que esa era su venganza por la muerte de Dua.»

Los milagros siempre son contados y el hermano de Basim, Yuma, no pudo compartir la suerte del iraquí. Fue una de las veinticuatro víctimas mortales de la matanza de ese 22 de abril. El Estado Islámico reivindicó la masacre en venganza por el asesinato de Dua Jalil Asuad, una muchacha yazidí ajusticiada por su familia días antes en la misma población de Bashika por mantener una relación amorosa con un musulmán. Su ejecución también había sido inmortalizada con un teléfono. Eran treinta minutos de crueldad indescriptible, donde la agonía de la muchacha de diecisiete años machacada por las piedras semejaba resumir la descomposición del complejo mosaico de sectas y comunidades que habían poblado desde hacía siglos la provincia de Ninive, la más variopinta del país. La sangrienta contestación de los extremistas desató la huida de más de dos mil yazidíes de Mosul —la capital de Ninive—, acelerando el éxodo de las minorías iraquíes, incapaces de confrontar la guerra civil que les había dejado atrapados entre suníes, chiíes y kurdos.

Antes de viajar a Ninive me había leído el último informe del Grupo Internacional de los Derechos de las Minorías, que en un prolijo análisis sobre

la devastadora crisis a la que se enfrentaban estos colectivos religiosos y étnicos advertía que «algunas de estas comunidades» que han estado presentes en Irak durante miles de años «afrontan el riesgo de desaparecer para siempre de su tierra ancestral». La investigación aseguraba que las minorías estaban sufriendo «un nivel de violencia y terror horripilante» que había provocado tal migración que, sin ser ni el 10 por ciento del total de la población del país, representaban el 30 por ciento de los refugiados en el extranjero. El Ministerio de Desplazados secundaba esta tesis y decía que, a cuatro años de la invasión, el 50 por ciento de los miembros de estas congregaciones ya había abandonado la nación.

Comunidades como la judía —de la que solo quedaban quince personas en Bagdad en septiembre de 2006— o los mandeos,[68] reducidos a 5.000 de los 35.000 que vivían en Irak en 2003, se enfrentaban a un ocaso definitivo. «La guerra en Irak ha sido una gran catástrofe para nuestra gente. Está en peligro la propia existencia de nuestra comunidad», reconocía Satar Jabar Helu, el líder de los mandeos con el que me había encontrado en su refugio de Erbil antes de viajar a Ninive. La persecución que sufrían en poblaciones como Bagdad —que había sido uno de sus reductos— les había llevado a huir en masa, muchos de ellos hacia el Kurdistán norteño. De las 1.600 familias que había en la capital solo quedaban 150, me dijo Satar Jabar.

Allí se había asentado también el jeque Jabar al Hileu, uno de los seis clérigos mandeos que permanecían en Irak. Antes de la guerra eran veintinueve. «Han matado a centenares en Bagdad. En Faluya obligaron a treinta y cinco familias a convertirse al islam después de amenazar con exterminarlas. Tenemos que practicar nuestras ceremonias [normalmente se celebran en ríos] casi de manera clandestina. Solo nos queda encomendar nuestra suerte a Dios», opinó el religioso.

El Grupo de Derechos Humanos Mandeo (GDHM) alertó en 2004 sobre las exacciones que estaban sufriendo los miembros de este credo y en especial sobre los numerosos casos de mujeres violadas. Quizá el caso más estremecedor que documentaron fue el de Shayma, una mandea de veintitrés años raptada en Bagdad en mayo de 2004. Los radicales la violaron repetidamente y la torturaron durante ocho días. «Mientras abusaban de mí gritaban: “¡Eres una infiel! ¡Todo lo que tienes, incluida tu vida, nos pertenece!”», explicó la chica a GDHM.

Conocidos por su habilidad con la orfebrería, muchos de los joyeros mandeos originales de Bagdad habían trasladado enseres y negocios a Erbil, donde ahora vivían más de trescientos seguidores de esta fe. La familia Saadi

se instaló en la ciudad kurda en julio de 2006. Raam, de veinticinco años, y su hermano Saam, de veintitrés, regentaban la pequeña joyería que habían abierto cerca del centro de la población, donde los encontré enfrascados en su negocio. «Trajimos las máquinas y hasta los empleados, que también son mandeos. En Irak hemos asistido a cuatro años de destrucción mientras que aquí [en el Kurdistán] se dedican a construir», comentó el muchacho mientras terminaba de dar forma a un brazalete dorado.

La relativa calma de la que disfrutaban los desplazados que habitaban en el Kurdistán desaparecía al recorrer la planicie de Ninive. El territorio era un rompecabezas de aldeas de una y otra confesión donde la autoridad de Bagdad era casi ilusoria y el poder de las milicias confesionales la única referencia.

Bashika se encontraba a quince kilómetros de Mosul. Era una de las líneas de frente de la guerra sectaria que libraban kurdos, árabes, cristianos y yazidíes en esa inmensa explanada. Parecía una ciudad casi abandonada donde los escasos viandantes apresuraban el paso al oír el sonido de nuestro automóvil. Muchas calles estaban bloqueadas con enormes barricadas de arena o bloques de cemento para evitar los coches bomba. En el cementerio yazidí, identificado por cuatro de los monumentos cónicos tradicionales de este culto, todavía se divisaban las banderolas negras que recordaban la matanza del 22 de abril.

Para encontrar a Basim Rashid tuvimos que recabar la asistencia de los paramilitares locales, que defendían la municipalidad del acoso de los radicales. Protegidos por toda una cohorte de hombres armados con Kalashnikov, llegamos hasta el barracón que ocupaba en un edificio destartalado, donde se reponía de sus heridas. Nos contó que eran un grupo de treinta y seis personas que volvían a Bashika desde la fábrica textil de Mosul, donde trabajaban, en una pequeña furgoneta. «Llevaba quince años trabajando allí». Eran poco más de las dos de la tarde y al atravesar el barrio de Nur, un conocido reducto de la guerrilla suní, el vehículo fue interceptado por dos automóviles. «Los pistoleros subieron y nos pidieron los documentos de identidad. Les preguntamos qué querían y dijeron que buscaban yazidíes. Nos llevaron a una mezquita cercana y allí separaron a los cristianos y musulmanes. A nosotros nos metieron de tres en tres en el maletero de varios Opel. Nos llevaron hasta un muro, nos obligaron a alinearnos y comenzaron a disparar», me relató el iraquí. Diez minutos después, cuando Rashid vio que los pistoleros se habían marchado, intentó levantarse y se percató de que decenas de vecinos miraban la escabechina sin hacer nada. «Me puse a llorar

para intentar que me ayudaran. Al final unos viejecitos me llevaron a su casa y después llegaron las ambulancias.» Su padre, que permanecía sentado a su lado escuchando su narración, no pudo soportar la recreación de aquella tragedia y rompió a llorar de forma desconsolada.

Tras el turbador suceso, los radicales repartieron panfletos por Ninive en los que amenazaban con nuevos ataques contra los yazidíes. Desde esa fecha la más absoluta psicosis se había instalado en las aldeas de esta religión, que se vieron obligadas a desplegar a sus propios guardias armados para defenderse de la amenaza.

Cerca de medio millón de yazidíes vivían todavía en Irak, repartidos entre una amplia franja territorial del Kurdistán —entre Erbil y Dohuk— y en el norte de Ninive. En las inmediaciones de Dohuk se encuentra Lalesh, el equivalente de La Meca o el Vaticano para esta confesión. Cuando llegamos allí nos topamos con un despliegue de soldados kurdos, barreras y puestos de ametralladoras que protegían la entrada al santuario. Lalesh fue el retiro espiritual del jeque sufí Adi bin Musafir, quien en el siglo XII se encargó de sistematizar el credo yazidí, un compendio de influencias de todo tipo de religiones.

El acceso al complejo exigía pasar a través de diminutos pórticos que obligan al visitante a bajar la cabeza, como ocurre también en la iglesia cristiana de la Natividad de Belén. Dentro me encontré con un templo coronado por tres cúpulas cónicas al que accedí a través del llamado portal de Sehij Adi, adornado con la figura tallada en piedra de la serpiente Deu. Es también el símbolo del ángel Hazacel en la tierra, que según la mitología yazidí acabó con el infierno mediante sus lágrimas de arrepentimiento cuando fue enviado allí por Dios como castigo por su soberbia.

Los seguidores de esta confesión se indignan cuando cristianos o musulmanes —que defienden que Hazacel no es otro que Lucifer— les apodan «adoradores del diablo». «En el cielo hay siete ángeles y el Rey Taus [otra denominación de Hazacel] es uno de ellos. Nosotros creemos en Dios y creemos que perdonó a Taus y le ordenó proteger al mundo», me explicó Baba sheij Jurto Haji Ismail, un émulo para los yazidíes del Papa. El clérigo vestía de blanco y portaba unas enormes barbas y bigotes, ya que, según la tradición local, los religiosos no pueden afeitarse en vida.

Los guardias de Lalesh me indicaron que debía evitar pisar el escalón construido en cada una de las puertas del recinto sagrado. Era otra costumbre de los yazidíes, que no andan sobre ellos sino que se arrodillan para besarlos. El oscuro habitáculo estaba repleto de columnas cubiertas con telas.

Siguiendo sus convicciones, los devotos que llegaban hasta dicho lugar —tienen que peregrinar hasta allí al menos una vez en la vida— hacían nudos en estos paños para expresar un deseo o dejar atrapadas dentro del lazo sus «preocupaciones». El epicentro espiritual del templo no era otro que la tumba de Adi bin Musafir. Los escasos visitantes con los que me crucé lo circundaban en tres ocasiones como signo de respeto. Al lado del sepulcro descubrí varias dependencias con enormes tinajas de aceite centenario.

Nuestro acompañante, Barjaz Shamo, el principal «sirviente» del santuario —así se identificaba— me ilustró sobre la importancia básica que tenía el aceite para los yazidíes. «Todos los días encendemos trescientas mechas impregnadas de este combustible y gastamos a diario quince litros. Por eso tenemos grandes extensiones de olivos en las montañas sagradas de alrededor.» Shamo reconoció que los peregrinos que acudían al santuario en esos días eran una rareza. «Los yazidíes están aterrorizados», dijo. El terror no había comenzado con el fusilamiento del día 22, sino que se remontaba a la invasión. La Liga de Intelectuales Yazidí cifraba en al menos doscientos quince el número de seguidores asesinados desde 2003. «Es una auténtica limpieza étnica, y no solo en Mosul, sino en Bagdad o en el sur, bajo la acción de las milicias chiíes», opinó Mahmud Heci, ministro de Asuntos Yazidíes del Gobierno regional kurdo, con el que había charlado en Erbil.

Me topé con Jaled Ali Ismail no lejos de Lalesh, en la pequeña aldea de Baadre, donde nos detuvimos a comer. Jaled había huido de Mosul el último 23 de abril. Ese día encontró en su domicilio un panfleto firmado por el «Ministerio de Información» del Estado Islámico de Irak, donde se vanagloriaban de la matanza de yazidíes. Guardaba el papel en su cartera y aceptó mostrármelo. «Es parte de nuestra venganza. Juramos no dejar de verter su sangre pecadora», se leía en el texto.

Esa misma jornada, el empresario de cincuenta y cuatro años comenzó a recibir llamadas. «Éramos los últimos yazidíes de Mosul. El resto habían huido. Entonces comenzaron a telefonear los terroristas. Me dijeron: "¿Todavía estás aquí? Eres un infiel y vas a morir"» Sabía que no eran bravatas, así que alquiló una camioneta. En un gesto casi inaudito, los radicales enviaron a dos milicianos que, a rostro descubierto, acudieron a la casa de la familia Ismail para intentar convencerles de que se convirtieran al islam. «Fue a la vez aterrador y divertido. Por supuesto, estaban armados. Les dije que era un honor que el islam me esperara, pero que era mejor escapar. Me pidieron que si me lo pensaba volviera a discutirlo con ellos. ¡Imagínate!»

Nuestro viaje por los territorios yazidíes concluyó en Dohuk, en la residencia del príncipe Tajsin Said Ali Bak, que también se encontraba recluido en su mansión, protegido por una guardia pretoriana de milicianos de su propia fe. Sus acólitos aseguraban que ya en 1992 sufrió un atentado en Mosul en el que murió uno de sus guardaespaldas. La protección se había reforzado tras el suceso de Bashika ante el simbolismo que encarna el mir —ese es su título— de setenta y cuatro años, que ejerce como líder de esta confesión en todo el mundo.

Si Baba Sheij Jurto Haji Ismail era el máximo referente religioso de la comunidad, Tajsin ejercía como su jefe político. La vivienda del dirigente yazidí estaba adornada con una reproducción de pavos reales, figura que veneran al considerar que encarna al ángel Hazacel.

Tajsin condenó la lapidación de Dua pero puntualizó que se trataba de un crimen de honor, pues se acusó a la víctima de la lapidación de adulterio, y no una reacción a su conversión al islam. «Desgraciadamente sucede muy a menudo en las sociedades tribales. Pero se ha utilizado esta muerte con motivos políticos. Los musulmanes fanáticos desvirtuaron nuestra fe, que predica el respeto a todas las religiones», refirió sentado en un enorme sillón.

Pese a todas las precauciones, el acoso contra los yazidíes alcanzó su clímax con el devastador atentado que sufrieron los pueblos de Qahtaniya y Jazira, en la región de Sinyar, poco después de nuestro viaje al norte de Irak. El 14 de agosto de 2007 cuatro vehículos cargados con unos dos mil kilos de explosivos explotaron en las dos aldeas matando a cientos de personas en lo que se consideró el ataque más mortífero de la historia reciente tras el acaecido en septiembre de 2001 en Nueva York.

Me comuniqué por teléfono con Mahmud Heci, aprovechando el excelente castellano que hablaba, legado de su estancia en España. Acababa de volver de los hospitales de Dohuk donde atendían a los supervivientes y su análisis no pudo ser más pesimista. Me describió un escenario pavoroso de barrios enteros asolados y trozos de cuerpos esparcidos a cientos de metros del estallido. «Esos locos de Al Qaeda quieren exterminar a los yazidíes. Desgraciadamente, no creo que sean los últimos atentados», apostilló a través de la línea.

La predicción de Heci resultó acertada. Los asaltos contra la plétora de minorías de Ninive se tornaron en un suceso reiterado, incluso cuando la violencia registró un receso en otras regiones del país. La acción de camiones bomba como los que habían asolado el área de Sinyar volvió a reproducirse en 2009 en esa misma región y en enclaves como Taza Jurmatu o Shirajan,

habitados por turcomanos de filiación chií; Jazna, donde los chabaquíes eran mayoría; o Wardak, un reducto de la fe yarsaní.

Aunque ya habían pasado dos meses desde la explosión, resultaba imposible ignorar las huellas de los destrozos causados por el ataque en Jazna cuando la visité en noviembre de ese año. Decenas de viviendas del poblado de cinco mil habitantes permanecían reducidas a escombros o seriamente dañadas por la onda expansiva que acabó con la vida de más de una treintena de personas.

Los chabaquíes de Jazna habían constituido su propia milicia que custodiaba las rutas de ingreso. Vivían parapetados tras un número incontable de muros y puertas de metal que construyeron para dificultar el acceso a sus barrios. «Tenemos que protegernos. No se trata solo de los atentados. Más de tres mil seiscientos chabaquíes han tenido que huir de Mosul a causa de las amenazas», argumentó Baqar Elias, uno de los paramilitares que hacía guardia en un control y que había perdido a tres familiares en el suceso. Cuando el vehículo cargado de explosivos reventó en la aldea, la esposa de Jafar Tayar se encontraba horneando pan para el desayuno. Dos de sus hijos, Jaber y Fatma, dormían en el tejado intentando eludir el calor sofocante del verano iraquí. Eran las cinco de la mañana de ese 11 de agosto y Jazna tan solo comenzaba a desperezarse.

Los dos camiones bomba estallaron casi de forma simultánea. Jafar oyó el primer estruendo, pero no tuvo tiempo de reaccionar. La siguiente explosión derribó su residencia. Los escombros aplastaron a su mujer y a los dos jóvenes. Me lo contaba sentado en una silla de ruedas —también resultó herido— sobre el solar que antes ocupaba su casa. «Los terroristas nos quieren echar de Irak», agregó.

Como el resto del país, la Ninive que fue un caleidoscopio de creencias donde convivían cristianos, chabaquíes, yazidíes, mandeos o yarsaníes, junto a kurdos, turcomanos y árabes, se había transmutado en un rompecabezas de diminutos baluartes sectarios. «Esto es el salvaje oeste», apuntó días más tarde Fuad Slewa, un cristiano de Qaraqosh.

Siguiendo esa dinámica, los cristianos de Qaraqosh habían construido un sofisticado sistema de trincheras y muros de arena que obligaban a los conductores a aproximarse a la población por una de las cuatro rutas que permanecían abiertas, todas ellas custodiadas por hombres armados y torretas equipadas con ametralladoras.

Ubicada poco más de treinta kilómetros de Mosul, Qaraqosh era la «capital» cristiana de Irak. Desde 2003, y al socaire del éxodo de integrantes

de esta fe procedentes de Mosul, Bagdad o Basora, la ciudad había crecido hasta los cincuenta mil habitantes, convirtiéndose en la única urbe iraquí en la que los seguidores de Jesucristo eran mayoría. La rareza eran las mezquitas o el velo —no pude encontrar ni un solo templo musulmán— frente a la preponderancia de las iglesias (conté nueve) y los comercios dedicados a la venta de alcohol aunque, eso sí, muchos de ellos adornados con retratos de la Virgen María.

El director de la televisión local, Nemrud Sargan, se ofreció como anfitrión y nos invitó a pasar la noche en las instalaciones, defendidas también por una guardia pretoriana. Eran jornadas en las que la presencia de periodistas extranjeros circulando por esa región constituía un hecho atípico y en cuestión de minutos teníamos en esa misma oficina al responsable de la primera milicia cristiana que se constituía en Irak: se apodaban a sí mismos la «Guardia de las Iglesias».

Antes de que comenzara la guerra, Saba Rafu ejercía como carpintero pero, como me relató, con el conflicto «desapareció el Estado y ese espacio lo ocupó la Iglesia». El mando supremo de los paramilitares estaba en manos del clero. «Llevamos siglos en este lugar pero ahora somos una especie en vías de extinción —se permitió ironizar Saba—. Pero yo seré el último en irse del país», añadió desafiante.

El miliciano me permitió acompañar a una de las patrullas para recorrer la población. Saba decía tener a sus órdenes a cerca de un millar de hombres que patrullaban vestidos de civil pero sin abandonar nunca sus Kalashnikovs. Formaban parte de la misma agrupación, que custodiaba otros pueblos cristianos cercanos como Batala o Tel Qef. «En total deben de ser más de tres mil hombres armados», calculó Nemrud. «El Gobierno nos ignora, así que nos toca defendernos a nosotros», le secundó Fuad Slewa, el primer combatiente que habíamos conocido al llegar a Qaraqosh.

La urbe no era ajena a la oleada de agresiones con bombas, comunes en Ninive. Los lugareños contabilizaron hasta cinco ataques desde 2003, el último en julio de 2009: dos coches bomba mataron a nueve habitantes.

El sentimiento de sentirse hostigados se reforzaba con cada oleada de desplazados. Los más recientes, llegados en octubre, procedían esta vez de Kirkuk, azuzados por el pavor que propició el secuestro de dos cristianos y el asesinato de uno de ellos. «Antes de 2003 había veinte mil cristianos en Kirkuk. No quedan ni diez mil y el número sigue bajando. Solo entre abril y septiembre [de 2009] hemos contabilizado siete asesinatos y cuatro secuestros», me informó Imad Yuhana Yago, un dirigente del Movimiento

Asirio Democrático, uno de los partidos políticos constituidos para representar a esta comunidad.

Qaraqosh fue asimismo la dirección hacia la escaparon cerca de doce mil cristianos de Mosul el año anterior tras sufrir una campaña de asesinatos y atentados contra sus centros de culto. Nishrin Aziz y su marido, Talie Mati, formaban parte de ese flujo humano. La insurgencia ya había asesinado a su hijo, agente de policía, en 2004. «No podíamos vivir allí. Me tenía que disfrazar de jeque para salir a la calle y Nishrin tenía que cubrirse con el velo», refirió Mati agarrado al retrato del joven fallecido.

Los radicales no eran el único desafío con el que tenían que lidiar los cristianos, que esas fechas corrían el riesgo de verse atrapados en la pugna que mantenían las autoridades de Bagdad y Erbil por el control de una amplia franja de Ninive, que los kurdos pretendían incorporar al Kurdistán como si fuera una «región cristiana» federada. El signo más claro de esa rivalidad era la bandera que ondeaban las poblaciones de Ninive: los que optaban por ser leales a Bagdad exhibían la enseña iraquí y los otros la kurda.

Nisam Qarumi, el alcalde de Qaraqosh, admitió que era una «preocupación añadida». «Lo que nos faltaba es que nuestro territorio se convirtiera en un campo de batalla entre kurdos y árabes.» El despacho del abogado de cincuenta y un años era otro búnker encerrado detrás de muros y sacos terreros. Para un hombre de ley como él, la misma existencia de la Guardia de las Iglesias constituía una afrenta a sus principios. No escondía su desesperanza. «Vivimos como una tribu bajo asedio, escondida detrás de muros y protegidos por guardias privados. No estoy de acuerdo. Solo debería existir una policía y un ejército, pero Irak es el caos.»

La aprehensión de los cerca de 1.400.000 millones de cristianos que habitaban Irak al inicio de la invasión se había acrecentado conforme se multiplicaban los atentados contra las iglesias. Los que disponían de capital suficiente y contactos en el exterior pasaron a engrosar las filas de los exiliados. Otros muchos se trasladaron a las poblaciones cristianas de Ninive o a la ciudad kurda de Erbil, y en especial al suburbio de Ankawa, donde comenzaron a llegar miles de ellos ya desde 2004.

Ankawa era la sede principal del mejor aliado kurdo en su empeño por extender su área de influencia más allá del Kurdistán. Se llamaba Sarkis Aghajan Mamando y sus asesores me contaron que gozaba de tal predicamento entre los cristianos que cuando se referían a él lo hacían como si iniciaran una plegaria. «Es nuestro Señor Padre de An Kawa», me dijo uno de sus ayudantes.

Cuando conocí a Sarkis en 2007, además de ser uno de los líderes cristianos más significados de Irak, ocupaba el influyente cargo de ministro de Finanzas del Gobierno kurdo. Sus esfuerzos para favorecer a sus correligionarios hacían que el cacique se hubiera convertido en receptor de incontables reconocimientos y medallas de los jefes espirituales de las iglesias integradas en ese credo, incluido el papa Benedicto XVI, que en agosto de 2006 le nombró Caballero Comendador de la Orden de San Gregorio el Grande. Su lujosa residencia era un reflejo del ideario de un político anclado en el recuerdo de la gloria del reino asirio, que existió en esta región norteña del Irak actual antes de la aparición del cristianismo. Los muros estaban adornados con figuras de la mitología de aquella era, incluida una que recuperaba el recuerdo de Ishtar, la diosa de la fertilidad y del sexo. Otro cuadro representaba «la caída de nuestro imperio» —fueron las palabras que usó el propio Aghajan— e incluía «lágrimas de sangre».

Bajo estas premisas, no me resultó extraño oír cómo el político se recreaba en su proyecto de una autonomía de mayoría cristiana en la región de Ninive. Tenía ya hasta un nombre para esa hipotética entidad —Asiria— y un mapa que extendió sobre la mesa donde se podían apreciar los territorios «reclamados» por esta confesión, ubicados en las zonas contiguas a la ciudad de Mosul. «Hace veinticinco años contábamos con 1.400.000 cristianos en Irak. Hoy no somos más de medio millón [muchas organizaciones rebajaban esa cifra a decenas de miles]. Ahora nos hacen pagar la *jizya*,**[69]** nos obligan a renegar de nuestra fe o nos matan. Es una gran tragedia. Una persecución sin tregua», mencionó para justificar su plan.

La mansión de Aghajan no se encontraba muy lejos de la nueva sede del Colegio Babel de Bagdad —el único centro de teología cristiana existente en el país— o del seminario Saint Peter, algunas de las instituciones de esta religión que también habían buscado refugio en el Kurdistán. «De Mosul ya se ha marchado el 50 por ciento de los cristianos. Por eso tenemos que resistir en nuestra tierra histórica. De lo contrario, en quince o veinte años en Irak ya no habrá cristianos. Esta vez no nos moveremos. Hemos decidido luchar. Es nuestra última trinchera», continuó perorando el dirigente cristiano. Sus palabras no eran mera retórica. Sarkis admitía que con la ayuda del Partido Democrático Kurdo, al que pertenecía, había establecido «grupos de autodefensa» que ya excedían los cinco mil hombres. «Se dedican a impedir que vuelen nuestras iglesias y ciudades.»

Irónicamente, el flujo incesante de asirios y caldeos hacia el norte de Irak suponía un movimiento migratorio que revertía el que se produjo durante las

redadas que lanzó el régimen de Sadam Husein desde finales de los años setenta en esa zona, que asolaron decenas de aldeas cristianas. Sarkis era el principal mentor de la reconstrucción de las villas que quedaron abandonadas durante la era dictatorial. «En los últimos tres años hemos rehabilitado cien poblados, de los cuales cuarenta habían sido arrasados hasta los cimientos.»

El principal obstáculo para esa quimérica «región» no procedía solo de la anarquía que azotaba a Irak, sino en la misma división que existía entre las facciones políticas que representaban a los cristianos y la desconfianza que suscitaba tal iniciativa entre algunos de sus líderes religiosos. Para el padre Sabri al Maqdasi, sacerdote de la iglesia de Saint Joseph de Ankawa, el hipotético plan «destrozaría nuestra misión de construir puentes y relaciones con otras religiones». El mismo arzobispo caldeo de Kirkuk, Luis Sako, se oponía a crear un «gueto cristiano». «No podemos vivir aislados», defendía.

26

Aurora y ocaso del «despertar» suní



Bagdad, diciembre de 2007

La luz mortecina de la mañana, mezclada con el polvo anaranjado del desierto y la polución, empañaba la visión que nos ofrecía la autopista que rodeaba el barrio de Dora. Algunas palmeras muertas, quebradas y ennegrecidas por las explosiones, se doblaban sobre sí mismas vencidas por la locura de los hombres. Sobre el asfalto, cráteres nuevos y viejos y manchas negruzcas delataban las batallas libradas horas, días, semanas, meses o años atrás, en recuerdo de los caídos, combatientes o civiles, en la absurda guerra civil que se libraba a ambos lados de la carretera. Cada silencio pesaba el doble en aquel eterno paseo con el coche de Jalil, adelante y atrás, donde solo nos entretenía la vista a través del cristal: un horizonte terco e insidioso, quebrado por los helicópteros militares, enrarecido por la mugre de las ventanas y empeñado en acosarnos con sus teatrales aires de tragedia.

«Yo creía que luchaban por Irak, y en realidad luchan contra los iraquíes.»

Mohamed arrastraba las palabras con una mezcla de decepción y lamento, antes de resoplar hacia arriba con la comisura del labio, moviendo el único mechón de pelo azabache que se escapaba de su gorra deportiva. Alto, espigado y con el ceño fruncido, el joven hablaba mirando al horizonte a través de la ventanilla como si dialogase consigo mismo. En otras circunstancias, sería como observar a un adolescente enfadado por un mundo incomprensible donde le cuesta encontrar lugar, pero no era el caso. El mundo de Mohamed, de dieciocho años, era simple. Todo se reducía a matar o morir, y él quería estar del lado de los vivos.

La condición para celebrar la entrevista con el excombatiente del Estado Islámico, ahora a sueldo de los estadounidenses para combatir al Estado Islámico, era encontrarnos en el coche de su tío, Jalil. Confiaba en que el movimiento, a través de la autopista que conducía de Dora a Muradiya, hiciera más difícil que nadie se apercibiera del encuentro, pero seguía observando el exterior con desconfianza, a la espera de un signo que delatase una emboscada. «Si se enteran, vendrán a por mí», dijo en algún momento. «Irán a por ti de todas formas», contestó Jalil, sereno, a su sobrino, consciente de la sutil línea que separa la supervivencia de la muerte en Irak.

Mohamed empezó a matar con dieciséis años. Antes era un chico tan normal —o tan anormal— como cualquier adolescente iraquí: criado durante el embargo, cuando la invasión desestabilizó su país él cambió las aulas compartidas con cristianos, chiíes y kurdos por la educación sectaria que le proporcionó la realidad en las calles de Dora, la conflictiva zona donde siempre había vivido. Era cuestión de tiempo que Mohamed, espigado, rostro

adolescente y mirada esquiva cargada de traumas, empuñase un arma. Y en enero de 2005, un crimen, una de las tantas muertes recolectadas por la guerra, le enfrentó a su destino.

Eran días duros, en los que cada atentado contra chiíes era respondido con oleadas de secuestros y ejecuciones de suníes y en los que los combates en algunos barrios mixtos obligaban a los vecinos a vivir atrincherados. Un tío de Mohamed desapareció en las calles de Dora, barrio mixto, tras un coche bomba contra una barriada chií. Omar, el hermano mayor del muchacho, y su primo Muthana fueron a buscarlo. «Les detuvieron en aquel *checkpoint* cuando salían del hospital», relataba el joven suní señalando a una de las pocas entradas a Dora, completamente amurallada. «Eran miembros del Ejército del Mehdi», continuó antes de escupir a través de la ventanilla. «Dos días después, sus cadáveres aparecieron en el vertedero. Habían sido torturados. Ese mismo día decidí combatir contra todos los que matan a inocentes y contra los americanos por haber destruido Irak.»

Mohamed no lo admitía, pero Jalil aseguraba que el chico actuó por venganza. El joven se enroló junto a diez amigos en la célula del Ejército Islámico de Irak que operaba en Dora, el grupo armado suní más radical pero también el más valorado entre la población entonces por su lucha contra las fuerzas ocupantes e iraquíes y el Ejército del Mehdi. «Nosotros no matábamos civiles, solo hombres armados», alegó el joven, perdiendo de nuevo la mirada a través de la ventanilla, como si tratase de justificarse a sí mismo. Con solo dieciocho años, Mohamed admitía haber matado a varios americanos con bombas lapa y a otros tantos chiíes —ya fueran policías o milicianos—, pero negó que su cuadrilla de amigos atentase contra civiles ni siquiera cuando militaron en las filas del Estado Islámico. La peculiar interpretación del islam impuesta por los wahabíes en los barrios controlados por los grupos afines, amputando a los fumadores o atacando a quienes lucían cortes de pelo «poco islámicos», terminó afectando personalmente al adolescente y a sus compañeros: el padre de uno de los amigos de Mohamed fue ejecutado por negarse a trabajar para ellos. Mohamed pasó de militar en el Estado Islámico a considerarse víctima del mismo. «Llegó un momento en que nos encontramos en un camino sin salida: no podíamos vencer ni a Al Qaeda ni al Ejército del Mehdi. Por eso decidimos integrarnos en el Sahwat hasta acabar con Al Qaeda.»

Sahwat, «el despertar», la criatura más retorcida y efectiva de Washington para debilitar a Al Qaeda en la antigua Mesopotamia, representada por el Estado Islámico de Irak, devolvía poco a poco la vida a las zonas suníes. La

componían jóvenes que habían combatido en las filas del Estado Islámico para terminar alejándose del movimiento, ahuyentados por el terror impuesto sobre la población civil, y reclutados en una inteligente maniobra urdida por el ejército estadounidense, según la cual solo otros suníes podían expulsar con éxito a los seguidores del Estado Islámico atrincherados en sus regiones sin provocar nuevas tensiones sectarias que agravasen la guerra civil.

Washington pagaba a cada uno de estos defensores de los barrios un sueldo de entre ciento cincuenta y quinientos dólares para contrarrestar el salario que entregaba el Estado Islámico, y también repartía armas y munición. El proyecto a largo plazo era integrar al Sahwat suní en las fuerzas de seguridad controladas por los chiíes, pero la decisión dependía del Gobierno chií de Bagdad, que terminaría abandonando a su suerte a los defensores suníes devolviéndoles de nuevo a los brazos de un Estado Islámico reforzado tras declarar el califato en 2014.

Aquel invierno, el éxito del Sahwat había devuelto cierta vida al centro de la capital. Paseé con el coche por la céntrica calle Abu Nawas, a orillas del Tigris y frente a los antiguos palacios de Sadam que ahora albergaban al Gobierno iraquí y sus socios occidentales en lo que nos pareció un recorrido milagroso: la calle había estado cerrada al tráfico cinco largos años. El paseo había servido al principio de estacionamiento para carros de combate, y dos años después como aparcamiento para los extranjeros —militares, mercenarios o periodistas— que residían en los vecinos hoteles internacionales. La decisión del ayuntamiento de Bagdad de reabrirla al público aquel invierno chocaba, sin embargo, con la presencia de francotiradores, apostados en los edificios vecinos, para garantizar la seguridad.

Acudí a la sede del gobierno municipal para entrevistar al alcalde, Sabir al Isawi, en su suntuoso despacho: una burbuja en medio de un contexto demencial de muros antibomba y carcasas de vehículos calcinados. Isawi no parecía ajeno a lo que ocurría fuera del palacete donde gobernaba, aunque su mano apenas tenía poder más allá de sus muros. «Mil empleados han sido asesinados desde 2003», explicaba el alcalde antes de reparar en el tono dramático de sus palabras. «Pero ahora las cosas están mucho mejor», dijo con ademán convincente. «Antes teníamos cada día un empleado muerto y ahora solo uno por semana», señaló, a modo de ejemplo. «Antes recogíamos setenta cadáveres al día, y ahora apenas se encuentran seis o siete cuerpos», prosiguió el alcalde, ajeno a la gravedad de sus palabras. «Yo mismo sufrí tres atentados, en uno de ellos perdí a seis guardaespaldas.»

Oí que la labor del Sahwat había impulsado a algunos vecinos desplazados por la guerra a regresar a sus hogares y quise comprobarlo en Amiriya, uno de aquellos barrios suníes afectados por la campaña de limpieza étnica emprendida por el Estado Islámico. Los muros de tres metros de alto erigidos el año anterior por los estadounidenses rodeaban por completo el barrio. Un solo canal de entrada y salida eternizaba el acceso a la barriada para prevenir coches bomba.

El capitán estadounidense Eric Cosper, miembro del Primer Batallón del Quinto Regimiento de Caballería, me saludó con la mano: dirigía una patrulla que supervisaba la seguridad en el barrio, ahora en manos del Sahwat: era una forma de normalizar la presencia de milicianos suníes y de dar confianza a una población que no las tenía todas consigo viendo cómo los antiguos combatientes del Estado Islámico pasaban de villanos a héroes a ojos de Washington. «Solo se puede hablar de un éxito de esta iniciativa —me dijo sin paliativos, mientras su mirada repasaba a los combatientes, identificados con camisetas azules donde se veía una bandera iraquí—. Antes mis hombres recogían seis o siete cadáveres de estas calles cada día.» Algunos residentes indicaban, sin embargo, que los estadounidenses, objetivo de los ataques del Estado Islámico, no osaban aventurarse a menudo en el barrio dado el alto número de artefactos explosivos colocados al paso de los blindados. «Meses atrás, el control del Estado Islámico era total en las calles de Amiriya», me explicó Abu Ibrahim, uno de los miembros del Sahwat, cejijunto y con poblado bigote moreno. «Quienes no estaban de acuerdo con ellos morían. Nos pretendían obligar a todos los suníes a matar a los chiíes —proseguía el expolicía baazista—. Mi mujer y mi madre son chiíes. ¿Se suponía que debía matarlas?»

Todo cambió en mayo de 2007, cuando un exoficial del ejército de Sadam, Abu Abed al Obeidi, cansado del secuestro psicológico de la población, desafió al emir local de los extremistas y ganó la jugada. «El Estado Islámico hacía cosas inaceptables, la vida ya no era vida aquí, así que decidimos organizarnos», prosigue Abu Ibrahim, número dos de Abu Abed, ufano, bien afeitado y envuelto en un abrigo de paño que apenas disimula su abultada tripa. «Llevábamos tres años sufriendo sus abusos. Cuando vimos que los ejércitos iraquí y americano no podían con ellos nos organizamos», prosiguió.

El primer encontronazo tuvo lugar en la mezquita de Al Tikriti cuando Abu Abed y Haji Saba, líder del Estado Islámico en Amiriya y ministro de Defensa del Estado Islámico, se enfrentaron a tiros. Saba fue más rápido pero

su arma se atascó: Abu Abed descargó su pistola sobre su enemigo. Fue el inicio de una batalla que duró varias semanas, en la que se emplearon incluso lanzagranadas. Finalmente, y gracias a la ayuda estadounidense, los 300 fundamentalistas quedaron reducidos a tres personas. Así se forjó la leyenda de Abu Abed. El líder suní pasó a dirigir los Fursan al Rafidain, los Caballeros del País de los Dos Ríos,[70] la rama del Sahwat en Amiriya: una fuerza de 540 hombres con uniformes nuevos, insignias con la bandera de Irak y walkie-talkies que conducían una docena de automóviles relucientes. Los soldados iraquíes, 340 hombres en el barrio, patrullaban con los Humvees cedidos por Estados Unidos. Y las tropas norteamericanas, 333 militares, se paseaban a sus anchas por primera vez desde que invadiesen Irak.

«El barrio ha cambiado un poco, ¿eh?», presumía Cosper autocomplaciente ante Abu Ibrahim y varios oficiales del ejército iraquí. Pensé que todo Irak estaba cambiando muy rápidamente, y en lo difícil que resultaba predecir si el cambio sería a mejor. «La cooperación es completa. Nadie se mueve sin que el resto lo sepamos», continuó el estadounidense.

Los traumas transitaban cada rincón de Bagdad aferrados a sus habitantes. Se veían reflejados en cráteres y muros como la mole de hormigón que dividía a la chií Kadhimiya de la suní Adhamiyah. A medida que conducíamos en paralelo a aquella gigantesca pared artificial buscando la única entrada en el Opel color crema de Jalil, recordaba cómo años atrás un trayecto de cinco minutos a través de un puente separaba ambos distritos hermanos. Adhamiyah tenía una situación particularmente complicada, dado que el enclave suní estaba encajado en Rusafa, el sector chií de la capital.

Cuando llegamos al acceso principal, el Sahwat nos dio el alto y, tras examinar el coche, mi bolso e intercambiar unas palabras con Jalil, nos abrieron paso. La presencia de milicianos resultaba abrumadora: en el kilómetro que separa el único *checkpoint* de entrada de la mezquita de Abu Hanifa pude contar cinco puestos de estos jóvenes, muchos adolescentes, con pistolas y fusiles relucientes. Las calles estaban plagadas de hombres armados, algunos con radios de onda corta y otros con chalecos antibalas, que revisaban la documentación de los viandantes y registraban coches dando así a entender que seguía habiendo rivales en el barrio.

Ojos recelosos nos observaban desde el puesto de control, desde las casas y desde los pocos negocios que mantenían abiertas sus puertas. Cada desconocido activaba alarmas visibles e invisibles. Nos acercamos a la oficina del responsable del Sahwat: el área estaba acordonada porque una hora antes una bomba colocada frente a la oficina había matado a dos de sus integrantes

y había causado heridas a diez personas. Aún eran visibles los charcos de sangre junto a un vehículo humeante.

El responsable de barrio del Sahwat, Saber Mashladani, nos recibió satisfecho de tener de vuelta a la prensa extranjera en esas calles y se ofreció a acompañarnos para mostrarnos cómo sus hombres —aseguraba liderar una fuerza de mil seiscientos combatientes— habían «estabilizado» Adhamiyah. Caminábamos por la calle cuando Mashladani saludó a un hombre y un crío de siete años, al que llevaba de la mano. «Hola, Safa —gritó al niño—. ¿Dónde vais?», preguntó en tono zalamero. Era obvio que conocía a la familia del pequeño. «Al parque, a ver a papá», gritó el niño con una sonrisa que dejaba ver numerosos huecos en su dentadura. Su tío no sonreía, solo le acariciaba el pelo con expresión sombría. Mashladani chasqueó la lengua pero no habló hasta que se alejaron unos metros. «El parque lo convertimos en cementerio en el verano de 2006», me contó, señalando con la mano un gigantesco camposanto que años atrás no estaba allí. El parque de Al Hawra, situado entre la mezquita de Abu Hanifa y el puente de Adhamiyah, solo conservaba el nombre original. El césped que solía cubrir el terreno y la cancha de baloncesto donde los jóvenes del barrio jugaban partidos cuando disminuía el calor al atardecer habían desaparecido bajo las tumbas. «Ahora lo llamamos el cementerio de los mártires. El padre de ese crío lleva allí enterrado un año.»

Adhamiyah siempre fue considerado un bastión de la insurgencia suní. Hasta 2006 no tenía cementerio propio, más allá de un viejo camposanto en desuso por sobrepoblación. Antes del conflicto civil los cadáveres eran enterrados en otros barrios de Bagdad, pero cuando el odio sectario se instaló en el país, salir para sepultar a los muertos era una garantía de más víctimas. De ahí que los líderes locales optasen por cavar las sepulturas en el parque. Me permitieron perderme entre las tumbas para tomar fotografías. Resultaba sobrecogedora la extensión de aquel cementerio. «La mayor parte de los muertos son varones y fallecieron entre agosto y septiembre de 2006, los peores meses del conflicto», proseguía Mashladani. Con su bigote sadamista y sus gafas ahumadas, ataviado con traje oscuro de chaqueta y camisa azul, su aspecto recordaba al típico burócrata baazista que años atrás atormentaba a sus congéneres en busca de una «mordida».

En 2006, el Estado Islámico de Irak se estableció en el barrio con la bendición de las milicias, superadas por las acciones de los grupos chiíes que les atacaban desde todos los flancos y de los escuadrones de la muerte que penetraban en el barrio tras cada ataque coche bomba contra zonas chiíes,

secuestrando y ejecutando suníes. Aquel verano, los muertos que hoy reposan en el parque de Al Hawra se contaban por docenas cada día. Los niveles de violencia eran tan delirantes que los estadounidenses erigieron el muro de hormigón de cinco kilómetros de diámetro: fue bautizada como la Gran Muralla de Adhamiyah por sus creadores pero, a juicio de sus habitantes, supuso el final de una fase del conflicto y el principio de otra. Los seguidores de Zarqawi, unos doscientos, se habían integrado en el barrio, reclutando a jóvenes locales y aliándose con los principales grupos armados, que veían en el Estado Islámico una ayuda inestimable para defenderse. Hasta que cambiaron las tornas.

«Cuando la situación con los chiíes se calmó empezaron a matar a los suníes. Hubo días que encontramos treinta y cinco cadáveres en las calles. Robaban coches a punta de pistola, secuestraban, amenazaban, tenían a la población aterrorizada. Ni siquiera podíamos llevar a los niños al colegio por miedo a que desaparecieran», proseguía Mashladani mientras nos acompañaba a la mezquita de Abu Hanifa, donde nos recibiría el jeque Abdel Qadr al Duleimi. El 26 de septiembre, cinco hombres armados acudieron a buscar al jeque Al Duleimi a la mezquita de Abu Hanifa. Se enfrentaron con él y le dispararon: la bala le rozó el cuello y le traspasó el lóbulo derecho en lo que fue una aparatosa aunque leve herida, pero uno de sus hombres fue ejecutado de un tiro en la nuca y otros cuatro resultaron heridos.

«Pensaron que atacándome podrían actuar con más impunidad, pero ocurrió lo contrario.» El incidente llevó a varios cabecillas locales a estudiar una estrategia defensiva en secreto, que se pondría en práctica el 10 de noviembre y resultaría en la creación de un grupo armado destinado a expulsar al Estado Islámico. «Las mezquitas nos apoyaron tranquilizando a los vecinos. El mensaje de los clérigos fue que la gente no debía asustarse, que estábamos ahí para ayudarles.» Según Al Duleimi y Mashdalani, en cuestión de dos horas ciento cincuenta hombres se habían sumado a ellos. «Algunos venían desarmados —recordaba con entusiasmo Jaled al Aadami, uno de los participantes en la operación—. Acorralamos a la gente de Al Qaeda en Irak en un rincón del barrio, y tres días después desaparecieron. Ahora no se oye ni un solo tiro, pero nos llegan rumores de ejecuciones sumarias en el lugar en el que se instalaron», proseguía el joven, con barba recortada y el cráneo cubierta por una gorra nueva a estrenar con la bandera iraquí.

«La verdadera resistencia repudiaba al Estado Islámico», mascullaba Mashladani mientras nos alejábamos. Sonaba a frase hecha, a tópico

recurrente, como aquella otra frase oída hasta la saciedad en 2006 que excluía la posibilidad de un conflicto civil porque «la *fitna* está prohibida», cuando chiíes y suníes llevaban meses masacrándose.

Cuando llegábamos de nuevo a su sede, después de despedirnos, varios civiles acudieron alertados por la presencia de prensa extranjera. Una mujer vestida de negro de pies a cabeza me abordó nerviosa. «¿Es verdad que usted es periodista?, inquirió con prisas, como si tuviera un mensaje que dar. «No crea nada de lo que le están contando, son una panda de asesinos y mentirosos», dijo enderezando el índice, mientras los milicianos se movían nerviosos a nuestro alrededor. «Son los mismos terroristas que antes se hacían llamar Al Qaeda, o Estado Islámico, y ahora pretenden ser nuestros salvadores», denunció otra joven a punto de entrar con su madre en la mezquita, señalando a los combatientes, cada vez más turbados. Alguien entró en la oficina para advertir a Mashladani de la situación.

«Cada día aparecen nuevos cadáveres, aprovechan que son fuertes para ajustar cuentas con sus enemigos. Son los mismos criminales de antes con otro nombre», añadió la joven antes de que se aproximase otra mujer. «Mi hermano desapareció en su puesto de control hace una semana. Que le digan dónde está —intervino, demacrada y llorosa—. Díganmelo a mí, que llevo una semana preguntándoles. Por favor. ¿Sigue vivo?», continuó, dirigiéndose a los intimidados milicianos. El jefe del Sahwat salió del edificio gritando a las mujeres y se generó un rifirrafe dialéctico que Jalil aprovechó para poner en marcha el coche y animarme a entrar. Nos marchamos observando de lejos la disputa, que parecía estar siendo ganada por las aguerridas féminas, capaces con sus voces de abochornar a los uniformados. No albergué ninguna duda de quién llevaba la razón. Ellas eran quienes mejor podían identificar a los criminales del barrio.

Bagdad, mayo de 2009

En el vídeo proyectado en el móvil del general podía verse un coche negro, reluciente, que atravesaba a toda velocidad la autopista de Dora. De pronto, otro vehículo le alcanzaba en dirección contraria para, acto seguido, saltar por los aires. La enorme llamarada devoraba el primer auto, que quedaba oculto por la enorme columna de humo. «Pero sus cinco ocupantes sobrevivimos», puntualizó con tono académico Mustafa Kamal Hamad Shebib, general del ejército sadamista y el hombre que acabó con el Estado Islámico en Dora.

Shebib, orondo y con el clásico bigote que recordaba a Sadam Husein, había aceptado de buen grado recibir a la periodista extranjera en su

fortificada residencia de Arab Yibur, una lujosa villa situada en los accesos a Dora con un perímetro de seguridad compuesto por un muro de varios metros de alto, garitas con hombres armados en el acceso y un jardín de considerables dimensiones que aún se conservaba verde, con varias calvas indefinidas aparente producto de explosiones. El general, vestido con *dishdasha*, sacó cuatro sillas de plástico al jardín y nos invitó a Flayeh y a mí a sentarnos: en la silla que quedó libre, dejó su móvil y dos pistolas. Al cinto llevaba otra arma enfundada en un cinturón con munición.

«Pues sí, casi me matan aquel día, el 31 de julio de 2008 —reconoció ufano, dejando el móvil en su sitio—. El vídeo fue captado por la cámara fija de una base americana vecina, me lo pasaron ellos. Pero no es el único intento de asesinato que he padecido. Justo ahí cayó un mortero hace unas semanas», dijo señalando unos metros más allá, donde un agujero terroso delataba el impacto del proyectil.

Los suníes alzados en armas —estadounidenses, para más *inri*— contra sus antiguos correligionarios del Estado Islámico se habían convertido en el blanco de los radicales. Tachados de traidores, infiltrados e infieles, los fundamentalistas lanzaron una metódica y precisa campaña para matarlos que no tenía prisa ni conocía pausa. Un año después de que el general Shebib liderase esa rebelión en Dora, los radicales seguían manteniéndolo en su punto de mira, como recordaba la grabación que acababa de ver. Y a él le resultaba indiferente ser objetivo de sus bombas. «Tengo demasiados años de combate a mis espaldas para temer una explosión —contestó con una sonrisa cuando le pregunté si tenía miedo a morir—. Lo principal es que no me arrepiento de nada.» Su voz sonaba calma y sus ojos corroboraban la firmeza de sus convicciones. Nacido en Dora en 1952, el general Shebib se había graduado en la academia militar con veinticuatro años, cuatro antes del inicio de la guerra contra Irán. «Combatí los ocho años de conflicto, al principio en varias unidades militares y después como jefe de compañía.» Su valor en el combate le hizo ganar condecoraciones y una promoción a comandante que tras su actuación en la invasión de Kuwait —donde peleó durante un mes— pasó a ser general.

«Estaba convencido de que el régimen nos llevaba por el camino correcto, por eso apoyaba a Sadam», explicaba Shebib en su jardín mientras la luz del atardecer enrojecía el ambiente. Como el resto de oficiales, el general no luchó por el dictador: fue desmovilizado por el decreto Bremer, pero eso no impidió que su nombre apareciese en las listas negras de enemigos a batir elaboradas por grupos chiíes. «Los generales fuimos objetivo de los chiíes.

No podía hacer frente a la ocupación pese a que tenía experiencia en combate, pero sí podía combatir por otros medios», aseveró, insinuando un papel de estratega en la resistencia armada contra los ocupantes.

Cuando los fieles a Al Qaeda del Estado Islámico conquistaron Dora, Shebib les dejó hacer convencido, como muchos suníes, de que eran los únicos capaces de acabar con la invasión y con las fuerzas de seguridad chiíes, implicadas en la guerra sectaria. Hasta que cambiaron las cosas. «Entrar en Dora se convirtió en un suicidio no solo para los chiíes, sino también para los suníes. Nadie estaba a salvo. Cualquiera que disentía o que no cooperaba con esos radicales era asesinado. Esto era un cementerio, e imagine lo que supone entrar en un cementerio insepulto a las dos de la tarde», recordó dándose leves toques en la nariz. «Créame cuando le digo que los americanos se orinaban encima cuando eran destinados aquí», añadió. «Al principio mataban a los ocupantes, pero terminaron asesinando a nuestros hijos. El Estado Islámico empezó a matar a los hijos del barrio y nos rebelamos. Como jefe tribal y general tengo una responsabilidad, así que empecé a luchar contra ellos sin consultarle a Washington o Bagdad. El Gobierno no tenía ni presencia ni poder en Dora.»

Su condición de líder tribal —el clan de los Bayaa lo consideraba su líder en Dora, una zona de novecientos mil habitantes— le entregó la fidelidad de un ejército formado por civiles y le concedió el respaldo de la población, habilitándolo como digno interlocutor del Gobierno de Bagdad y los ocupantes estadounidenses. Así fue como el orgulloso general baazista se convirtió en aliado de Estados Unidos en un drástico e imprevisible giro que al mismo Shebib le costó digerir. «No había otra solución —musitó tras pensar sus palabras—. El Estado Islámico ocupaba cada rincón de esta tierra. El 8 de octubre de 2006 libramos nuestra primera batalla. Me alcé en armas con sesenta hombres, y poco a poco esa cifra aumentó hasta llegar a tres mil. En tres meses acabamos con ellos: matamos a trescientos, la mayoría iraquíes pero también extranjeros. Algunos, no más de diez, se sumaron a mis filas —admitía sin complejos, confirmando que antiguos militantes del Estado Islámico trabajaban para el Sahwat, de ahora noventa mil hombres en todo Irak—. ¿Acaso no hay miembros de las milicias chiíes en el ejército iraquí? —se interrogaba—. Ni ángeles ni demonios», dijo en tono críptico.

Le pedí al general que me acompañase a ver su barrio, pero se excusó amparado en gestiones pendientes. Me asignó a un par de hombres para que, a modo de escolta, me abrieran camino con su vehículo identificado como Sahwat por la enorme barriada, donde ya se veían signos de reconstrucción y

vida en las calles. Los vecinos que salían a abastecerse antes del atardecer, conscientes del espejismo, miraban con recelo a los individuos que me vigilaban desde el coche. Me acerqué a uno de ellos. «El Sahwat no es bueno. Al principio, todos eran miembros de Al Qaeda que cambiaron de uniforme», recitó el hombre, que se identificó como Qais al Obeidi, un gerente de cincuenta y cinco años. «Ahora, en mi opinión, la mitad son gente del barrio que quiere proteger a la comunidad, y la otra mitad criminales en busca de una salida digna. Si integran a la primera parte en las fuerzas de seguridad, todo irá bien. Si no lo hacen, volverán sus armas contra el Gobierno. No se pueden hacer promesas en falso.»

El ocaso llegaría solo meses después. Cuando le tocó a Bagdad pagar los sueldos de los Sahwat, los salarios dejaron de llegar a sus destinatarios. Los uniformes prometidos nunca aparecieron, y la normalización de la situación de los defensores suníes como funcionarios del Estado, parte de unas fuerzas de seguridad marcadas por su sectarismo, nunca se produjo. El Gobierno de Bagdad faltó a su promesa de incorporar a los suníes a sus fuerzas armadas provocando deserciones en masa y dejando de nuevo desprotegidos a los barrios suníes, defendidos por un puñado de maltrechos hombres bajo el punto de mira del Estado Islámico: aún peor, desató una oleada de detenciones contra los líderes suníes destinada a desactivar cualquier indicio de resistencia armada suní.

Ese fue el destino del general Shebib. Fuerzas de élite del Ministerio de Interior le arrestaron meses después de la entrevista tras dos intentos abortados por una intervención de Estados Unidos. Había sido acusado por un clan rival de la muerte de cinco miembros del Estado Islámico en octubre de 2007; el general, sin embargo, no creía que la denuncia se materializase. «Es lógico que las familias de los milicianos afines a Al Qaeda se sirvieran del sistema legal para querellarse. Solo confío en que la lógica se imponga en los tribunales.»

A Abu Abed, el líder del Sahwat en Amiriya, la orden de arresto le llegó cuando se recuperaba de un atentado del Estado Islámico en un hospital jordano. Se le acusaba de asesinar a un prominente líder del Estado Islámico. El Gobierno de Bagdad sabía emplear todos los recovecos del sistema para deshacerse de los potenciales líderes suníes. Abu Abed nunca regresó a Bagdad, pero antes de desaparecer en el exilio hizo unas declaraciones a *Los Angeles Times* que sonaban a profecía. «El Estado Islámico volverá y el Gobierno y el ejército iraquí serán incapaces de vencerlo. Los suníes han

perdido la fe en el Gobierno por cómo trata a quien se levantó contra el Estado Islámico.»

27

Viaje por el antiguo califato de Irak



Anbar, julio de 2009

El jeque Imad al Saed esbozó una sonrisa sarcástica cuando evocó la escena. Él mismo había intervenido para reconvenir a uno de sus milicianos cuando descubrió que estaba abofeteando al chiquillo. «¿Por qué le pegas? ¡No ves que es solo un niño!», le espetó.

El chaval no debía de tener más de doce años. Vendía perfumes en la puerta de la residencia del líder local. «Me explicó que habían matado a su padre y a su hermano en Bagdad. Que tenía que mantener a tres hermanas y a la madre. Le di algo de dinero y se marchó», recordó Imad.

El chico siguió frecuentando las inmediaciones de la vivienda durante varios días. El 1 de septiembre de 2008, primer día de Ramadán, Imad le dio veinticinco mil dinares, unos veinte euros. «Le dije: "Vete y cómprale algo a tu familia".» Pero el muchacho no pensaba en sus allegados. El padre del jeque Imad, Yasem Hamid al Mashadani, vio como el chiquillo se abalanzaba corriendo hacia su hijo. «Quería agarrarse a él, pero se tropezó, cayó al suelo y explotó —adujo—. Eso salvó a mi hijo.»

Imad se desplazaba con dificultad, asido a una muleta que reemplazaba la extremidad que perdió en aquella jornada. Nos había recibido en las oficinas de la milicia tribal que controlaba Tarmiya y que ahora era el poder fáctico en esa localidad. Tras apurar otro sorbo de té, el iraquí continuó con su relato. «No sé cómo me levanté. Me pitaban los oídos. En el suelo había una mano, carne humana quemada y un gran charco de sangre. No sentía dolor pero sí una cierta humedad en la pierna. La miré y la tenía al revés. El pie apuntaba hacia la rodilla y mi *dishdasha* blanca estaba roja. Se me había metido en la carne. Perdí el conocimiento y no desperté hasta dos meses y medio más tarde.»

Para ese entonces, todos sabían que el menor de edad era en realidad un miembro de la unidad más desquiciada del Estado Islámico: los llamados Pájaros del Paraíso. Unos comandos integrados por niños bomba cautivados con disparatados argumentos religiosos. «Su cuerpo quedó en varios trozos. Los tiramos en algún huerto», dijo Yasem Hamid.

Lo ocurrido con Imad tan solo era reflejo del espanto en el que se sumió la ciudad iraquí de Tarmiya —unos cuarenta kilómetros al norte de Bagdad— durante los casi tres años en los que formó parte del Califato Islámico declarado por el Estado Islámico. Solo pude reconstruir la historia de ese brutal proyecto que se extendió por las provincias de Anbar, Salahadin, Diyala, Ninive y el suroeste de Bagdad en el verano de 2009, cuando el viaje

a enclaves como Tarmiya, Haditha, Ramadi o Mosul no implicaba ya un periplo sin retorno.

Durante el apogeo de la brutal guerra civil que sacudió al país entre 2005 y 2008, el espacio geográfico de Irak se había reducido ante nuestros ojos. El riesgo inasumible de secuestros y atentados nos había confinado a ciertos suburbios de Bagdad, restringiendo nuestros viajes a desplazamientos tan furtivos como fugaces por enclaves mixtos como Diyala o Kirkuk, el sur chií del país y el Kurdistán.

Con cerca de ciento cincuenta mil habitantes repartidos por los innumerables palmerales, naranjos y granjas alineadas a orillas del Tigris, Tarmiya se había convertido desde 2003 en un bastión de la insurgencia que utilizaba la ciudad como plataforma para atacar la estratégica ruta que unía Bagdad con el norte del país. Conforme viajábamos desde Bagdad pensé que, para cualquier visitante sin memoria, aquel paisaje de huertos infinitos se le podía antojar como una plácida estampa bucólica. Fue Flayeh quien me recordó que aquello no era sino una fantasía al señalarme las pintadas en los muros de las viviendas. «¡Muerte a los espías!», decía uno de los mensajes. «Viva el Estado Islámico», añadía otro.

Los tanques, vehículos blindados y las casamatas también eran una constante a lo largo de una carretera que había sido impracticable hasta bien avanzado el año 2008. Como me explicó Imad, nadie en sus cabales osaba circular por aquí. El horror imperaba en Tarmiya y los incautos que lo intentaban simplemente morían. «Todo el que pasaba por la carretera era detenido. Daba lo mismo si eras suní, chií o cristiano. Los ejecutaban en la plaza pública. La llamábamos “la plaza de los degollados”. Allí mataban a dos o tres personas a diario», rememoró el iraquí.

Esa misma plazoleta estaba ahora vigilada por un carro acorazado. Frente a él paseaba una de las múltiples patrullas de milicianos suníes que recorrían el villorrio ametralladora en mano. Los paramilitares mantenían varios controles en las carreteras de acceso a Tarmiya. Habían escrito sobre la pared de una de sus casamatas un resumen de su credo: «Primero servimos a Alá, después a la patria y después al pueblo».

La aprehensión local hacia los remanentes del Estado Islámico seguía vigente, pero todos coincidían en la profunda transformación que había experimentado la vida cotidiana. Hamis Ibrahim, uno de los vecinos de Tarmiya que se acercó a conversar con nosotros al vernos en compañía de Imad, nos acompañó hasta varios restaurantes y comercios, que estaban repletos de clientes. «Con el Estado Islámico la gente se iba a casa a las dos

de la tarde», mencionó. Su hijo de veinte años había sido una de las víctimas de los radicales. «Tuvo suerte. Lo mataron con una bomba. A otros los cortaron a pedazos o los agujerearon con taladros», agregó.

La égida del Estado Islámico en Tarimya ocurrió, como en otros muchos parajes, con la connivencia de la población local, como ellos mismos admitían. En su mayoría suníes, los residentes de esta región agrícola se unieron a la resistencia contra las fuerzas de ocupación al poco tiempo de la invasión. El mismo cacique tribal, Yasem Hamid, de sesenta años, fue encarcelado por los estadounidenses durante casi un año acusado de colaborar con los grupos armados. Inmersos en esa dinámica, los vecinos de Tarmiya acogieron con «alegría», según decía Yasem, a los extremistas en 2005. «Pensamos que venían a luchar contra los americanos.» Sentado a su lado, su hijo Imad secundó las excusas de su progenitor con el mismo tono dubitativo. «Todos estábamos con la resistencia, pero nos engañaron. Nos hablaron de yihad y lo que querían era exterminar al pueblo iraquí.» Tras un breve silencio, Yasem recuperó la palabra. «Fue un gran error», sentenció el jeque.

Los militantes de lo que entonces era todavía Al Qaeda en la antigua Mesopotamia extendieron su control sobre la zona a lo largo de 2005 y confirmaron su primacía al año siguiente de una manera expeditiva: un camión cargado con explosivos voló la comisaría. Murieron catorce personas. Donde antes se erguía el lugar solo quedaba algún muro y cascotes. El devastador ataque provocó una huida general de los agentes que sobrevivieron al atentado, las autoridades locales y el ejército. Hasta Imad y su hermano Iyad al Saed se refugiaron en Siria durante meses.

La era del Califato había comenzado. Con ella se instauraron nuevas reglas. Primero expulsaron a las trescientas cincuenta familias chiíes que vivían en la zona. «Mataron a muchos para que entendieran el mensaje», apuntó Imad. Después se dispusieron a adoctrinar a la población local. Se paseaban en coche ocultos con sus capuchas y elegían a sus «víctimas». «Si consideraban que una mujer iba vestida de forma poco islámica, la embadurnaban con aceite de coche o con aerosoles [de colores]. Si fumabas, te cortaban un dedo. Grababan las ejecuciones en vídeos y los distribuían para atemorizar.» Su padre estimó que ejecutaron a cerca de setecientas personas, entre ellos a dos de sus hijos. Al Qaeda lo controlaba todo. Ellos eran la policía, el Gobierno y los responsables del hospital. Se apropiaron hasta de la gasolinera, y eran quienes distribuían el combustible en el mercado negro. Instalaron bases de entrenamiento en los cañaverales y excavaron refugios.

Iyad al Saed me mostró fotografías que había sacado con su teléfono de esa red de reductos bajo tierra dotados de habitaciones y cocinas. También se podían ver las ingentes cantidades de armamento que manejaban los islamistas: desde misiles TOW antitanque a cientos de minas antipersona, cohetes de todos los calibres y hasta barriles de materiales químicos que nunca pudieron usar.

Finalmente, la población local se rebeló. El 16 de septiembre de 2007, cincuenta y siete miembros del clan Mashadani liderados por el propio Yasem anunciaron la formación de una fuerza paramilitar dirigida a «liberar» la región. El dirigente local tuvo que recurrir a sus ahorros para adquirir las armas que usaron sus acólitos al inicio de la revuelta. Otros muchos se les unieron después, cuando ya mantenía una feroz pelea con los radicales por el control de la zona y recibían asistencia del ejército estadounidense. Durante meses, Tarmiya fue un escenario bélico que los radicales atacaban con morteros, coches bomba y suicidas desde sus bases ocultas entre los palmerales. Los subalternos de Imad sufrieron casi veinte bajas, otra treintena resultaron heridos y decenas perdieron su domicilio. Los extremistas solían volarlos con dinamita. Yasem decía que casi cien miembros del Estado Islámico murieron y otros setenta fueron arrestados.

Arrinconados en la inmensa campiña que rodea Tarmiya, fue entonces cuando los fundamentalistas recurrieron a una demencia final. Los Mashadani aseveran que Tarmiya fue el primer lugar en el que el Estado Islámico empleó a los niños suicidas. «El atentado contra Imad fue el cuarto que organizaban con niños. Es un recurso desesperado que nos confirmó que habían perdido la guerra», consideró Yasem. La táctica se extendió a otras regiones del país a lo largo de 2008. En abril de 2009, las fuerzas de seguridad detuvieron cerca de Kirkuk a cuatro menores, acusados de ser miembros de esos grupos. Los paramilitares de Tarmiya acabaron con la vida de Abu Ghazwan, uno de los emires del Estado Islámico más perseguidos de la zona, a finales de 2008. En su poder encontraron un manual sobre el reclutamiento y entrenamiento de estos pequeños. Imad comprendió que Abu Ghazwan era uno de los mentores de aquel proyecto mesiánico. Había sido el principal jefe del Estado Islámico en el norte de Bagdad, extendiendo su férula desde Tarmiya a Taji. «Me cobré mi venganza», masculló Imad.

La visita a Tarmiya fue solo la primera etapa de un trayecto que me llevaría a adentrarme por la provincia de Anbar y viajar después al norte del país, hasta Mosul, para comprobar la debacle que habían sufrido los salafistas del Estado Islámico a manos de sus antiguos correligionarios, años después de

la aparición del movimiento de Zarqawi. El desplazamiento hasta Haditha contaba con la ventaja de que era la ciudad natal de Basil que, aunque había abandonado las tareas de traductor, aceptó acompañarme una última vez.

La ruta también discurría junto a un cauce fluvial, el río Éufrates, y estaba protegida por decenas de posiciones militares. Esos acantonamientos erigidos en base a muros de cemento y barreras de tierra formaban parte del paisaje iraquí desde 2003. En Abu Ghraib nos encontramos con uno de ellos defendido por tanques y hasta un pequeño cañón.

Dejamos atrás Faluya y Ramadi, a las que pensábamos retornar en el regreso a Bagdad. Al pasar por la primera, puede ver la sucesión de edificios desvencijados testimonio de los numerosos episodios de violencia sufridos en la ciudad. No obstante, había signos que ilustraban el cambio de era que experimentaba toda la provincia, y el más concluyente era la flamante presencia de la nueva sede del restaurante Haji Husein, que volvía a ser el símbolo de Faluya, como lo fue hasta su destrucción en 2004.

La carretera que conducía a Haditha también había sido rehabilitada y asfaltada recientemente. «Antes estaba repleta de socavones que dejaron las explosiones», sostuvo Basil, que se conocía casi al detalle el origen de cada uno de los restos de vehículos que seguían arrumbados en los andenes. «Ese era un coche de gente de Al Qaeda. Algo falló y explotó con ellos dentro», me dijo al paso por el pueblo de Jan al Bagdadi. Las decenas de carcasas de metal herrumbroso eran el recuerdo de una época en la que conducir por esta senda semejaba ser otro desatino.

Los ataques contra las tropas estadounidenses habían comenzado en Haditha en mayo del 2003, a las pocas semanas de la caída del régimen. El autoproclamado alcalde de la ciudad, Mohamed Nayil, fue asesinado en julio. Poco a poco, la villa quedó aislada del resto del país. Los activistas quemaron el tren que la unía con Ramadi y obligaron a clausurar la refinería. La ciudad de noventa mil habitantes se convirtió en un miniestado talibán que adquirió un especial significado bajo el liderazgo de Abu Omar al Baghdadi, que había sucedido a Zarqawi en 2006. Todos los habitantes de Haditha sostenían que Abu Omar era en realidad Hamed al Zawi, un exmiembro de la policía local que se había significado por su fanatismo. «Decían que era un estado islámico pero lo dirigía gente ignorante, que no tiene ni idea de lo que es el islam», opinó Ahmed Abdala, propietario de un comercio de dulces.

Basil nos condujo hasta la aldea de Barwana, aneja a Haditha, donde se encontraba un antiguo compañero suyo de correrías. Mohamed Abed Omar era el jefe de la policía local, pero durante casi dos años fue uno más de los

personajes que tuvieron que huir de ese poblado bajo la amenaza de muerte de los radicales. Lo encontramos en el retén, a la entrada del villorrio. Se abrazó a Basil con la efusividad que unía a dos supervivientes de una hecatombe.

El primer día que Mohamed regresó a Barwana, en 2007, descubrió ocho cabezas humanas tiradas en las calles. «Solían ejecutar a la gente coincidiendo con el rezo del magreb [en torno a las seis de la tarde]. Los degollaban y exhibían la cabeza agarrándola por las orejas», nos explicó el uniformado. Omar huyó de Barwana tras la ofensiva que lanzó Al Qaeda en noviembre de 2004, cuando capturó a docenas de agentes y los ejecutó en público. A partir de entonces los radicales dominaron tanto la aldea como Haditha y su extensión, Haqlaniya. «Ya habían matado al comandante de la policía. Pero en una sola jornada acabaron con todas las fuerzas de Haditha, Haqlaniya y Barwana. Solo en Haqlaniya asesinaron a veinticinco agentes», relató Omar sentado a orillas del río.

No todos pudieron huir. Ahmed Abdala, el dueño de la dulcería, de cuarenta y seis años, afrontó un periodo en el que los radicales dictaron toda suerte de prohibiciones, a cada cual más absurda. Las hacían aplicar por medio de los tribunales islámicos que establecieron. «No podíamos vestir pantalones vaqueros, ni llevar patillas. El reloj tenía que ir en la mano derecha. Varias veces agarraban paquetes de cigarrillos y los quemaban en público. Los negocios se llenaron de *niqabs*[71] y exigían que le quitasen la cabeza a los maniquíes que mostraban los atuendos.»

Imitando la filosofía que llevó a los talibanes a destruir a los budas de Bamiyan[72], los miembros de Al Qaeda devastaron las tumbas de santones locales como las del jeque Ali, el jeque Hadid o Naj Meddi, que llevaban allí cientos de años, anticipándose a la destrucción del legado histórico sirio e iraquí que protagonizarían cerca de una década más tarde, bajo el nombre Estado Islámico de Irak y Levante. Del mausoleo del primero solo quedaba un precario muro. Cuando las milicias tribales recuperaron el dominio de la zona y se acercaron a las ruinas descubrieron varias cabezas entre los escombros. El segundo panteón perdió la cúpula en la explosión. En su «campaña de purificación» —así lo llamaban, según Omar— llegaron a volar hasta uno de los arcos triunfales con los que Sadam Husein solía marcar el inicio de las metrópolis.

La turbación en la que vivían los locales se acrecentó cuando los soldados estadounidenses comenzaron a lanzar ofensivas contra los islamistas a partir de 2005. «Era una vida de locos. Nos encerrábamos en casa a las cuatro y nos pasábamos toda la noche oyendo disparos y explosiones. Por la mañana nos

asomábamos. Era muy común encontrar cadáveres. Si veíamos un tanque o a uno de los encapuchados de Al Qaeda, volvíamos a casa», evocó Abdala.

A las barbaridades de los islamistas se sumaron las de los propios estadounidenses. El 15 de noviembre de 2005 los uniformados asesinaron a veinticuatro civiles iraquíes —mujeres y niños incluidos— en una de las masacres más publicitadas de la guerra. Incapaces de doblegar a los insurgentes, las tropas de Washington cercaron la localidad con un muro de arena que todavía persiste a la entrada de la misma y volaron dos de los puentes que unían Haditha con Barwana.

Para Ahmed Abdala aquello no era otra cosa que una ciudad muerta. «Casi no llegaba comida. Todo estaba paralizado. Solo en mi barrio mataron a veinticinco personas. Los dos lados: Al Qaeda y los norteamericanos. A un compañero de mi hijo que salía de casa le atravesó la cabeza un francotirador americano. A mi amigo Mohamed Arrabui lo detuvo Al Qaeda y lo asesinaron por ser exmiembro del ejército. Así era. Atrapados entre dos infiernos.»

El baño de sangre acabó como en el resto de las regiones suníes: la población se alzó en armas contra los extremistas. Mohamed Abed Omar fue uno de los primeros. Junto a varias decenas de miembros de su familia y con el apoyo de los estadounidenses consiguió acabar con ese flagelo tras combatirlo durante meses. En abril de 2007, los simpatizantes del oficial —muchos de ellos agentes de policía que regresaron para luchar contra Al Qaeda— desfilaron de forma triunfal por Barwana, Haditha y Haqlaniya para declarar su victoria.

La victoria de los grupos locales en Haditha fue una consecuencia del alzamiento general de las tribus suníes de Anbar que lideró el clan Abu Risha en Ramadi desde finales de 2006. El iniciador de aquel movimiento, Abdul Satar Abu Risha, había sido asesinado en septiembre de 2007, pero su hermano Ahmed Abu Risha había ocupado su lugar y ahora ejercía como el auténtico hombre fuerte de Ramadi. Su retrato y el de su antecesor eran los únicos que se podían ver a la entrada de la población.

Nunca hubiéramos podido equivocarnos de vivienda, ya que la residencia de Abu Risha era inconfundible. Una auténtica fortaleza defendida con torreones, casamatas y vehículos con ametralladoras pesadas. Ondeaba la bandera iraquí y la enseña amarilla que simbolizaba el poder de las milicias del Sahwat. Cuando llegamos, Ahmed Abu Risha se encontraba reunido con decenas de visitantes en el *diwan*, el típico salón iraquí. Todos permanecían sentados disfrutando de un té y dátiles a la espera de su turno. El *diwan* era un

lugar inmejorable para reencontrarse con la historia más reciente de Irak y sus costumbres más arraigadas. «Mira, ese es el general Mahar Abdul Rashid al Tikrit —me dijo Basil, que como excoronel conocía perfectamente quién era quién entre los antiguos miembros del ejército de Sadam—. Fue uno de los mejores generales de Sadam durante la guerra con Irán», puntualizó.

Mahar se encontraba allí para solicitar la mediación de Ahmed Abu Risha con los soldados estadounidenses, que habían detenido a uno de sus hijos. «Lo arrestaron por leer el Corán. Todo esto es cosa de los iraníes. Ahora son ellos los que controlan el país», me dijo el propio Mahar en un breve intercambio de palabras. Alardeaba de las veintiséis medallas que le había otorgado Sadam por su desempeño en la confrontación bélica con Irán y en especial por su participación en la crucial batalla de Fao.

Junto al exmilitar, en la amplia sala se daban cita decenas de jeques tribales que también habían acudido en «peregrinación» hasta el domicilio del líder suní para transmitirle todo tipo de peticiones: desde demandas de puestos de trabajo hasta recomendaciones sobre posibles novias para sus hijos. Ahmed atendía a sus invitados arropado por los usos establecidos durante generaciones. Las introducciones eran interminables, lo mismo que los gestos de deferencia y las alusiones a tal o cual tribu. En mi caso fue más simple, solo era un periodista español al que decidió conceder unos minutos antes de asignarnos a uno de sus asesores.

Pese a que Abu Risha había sido uno de los personajes claves a la hora de frenar la expansión del sectarismo abanderado por el Estado Islámico, también él defendía, como Mahar, que la «principal amenaza» para el país era Irán y no los remanentes del extremismo suní. «Esos están derrotados. La división sectaria ha terminado», me lanzó, sin ser capaz de adivinar el futuro.

Tras la entrevista, Basil se reencontró con otro antiguo militar, Aziz Tarmuz, excoronel que ahora era asistente del jeque Abu Risha y que se avino a acompañarnos por Ramadi. Primero nos hizo pasar por el museo instalado en la residencia del clan lleno de fotos de los dos jefes del Sahwat, Abdul Satar y Ahmed, acompañados de líderes locales y hasta de George W. Bush y Barack Obama. En una pintura, el jeque asesinado Abdul Satar, aparecía encaramado a un caballo blanco, enarbolando una espada y un escudo. «Estoy obligado a irme incluso si no quiero. Dejo mi foto con amor y mis excusas», se lee sobre una de las instantáneas.

Este mismo domicilio había sido el epicentro de la sublevación suní que doblegó a Al Qaeda. Desde aquí dirigió Abdul Satar la formación de las primeras milicias tribales opuestas a los radicales. Cientos de yihadistas, bajo

el mando de Zarqawi —entonces líder de Al Qaeda en Irak—, se habían instalado en Ramadi en 2005, desafiando la presencia de un amplio contingente de fuerzas norteamericanas. En octubre del 2006 desfilaron por las calles enarbolando sus tradicionales banderas negras y todo tipo de armamento. Aquellas imágenes representaron el clímax del fracaso estadounidense en Irak. La urbe de trescientos mil habitantes se encontraba bajo la férula del jordano, que la nombró «capital» del califato. Fueron años de desventura para los locales, instalados, como en Haditha, entre los dislates de los insurgentes y las devastadoras e inútiles ofensivas de los estadounidenses.

El centro de la población no se había recuperado de aquellas jornadas de horror. Aziz nos enseñó la ciudad, donde se sucedían los edificios derruidos o marcados por la metralla. Hasta la cúpula de la Gran Mezquita seguía plagada de balazos.

La inicial connivencia con los extremistas también había supuesto un precio enorme para los suníes de Ramadi. Aziz perdió a trece miembros de su familia, incluidos su padre, su hermano y dos tíos: todos asesinados por Al Qaeda. «Zarqawi impuso el terror. Solo en Ramadi murieron más de ocho mil quinientas personas», comentó mientras circulaba por la villa.

Los radicales se entrenaban durante el día, a la vista de todos. Prohibieron usar corbatas y trajes, la música, el maquillaje para las mujeres. Cerraron la Universidad, que era mixta. Las decapitaciones eran tan comunes que había un mercado callejero, el de Jaray, donde se repartían DVD con las ejecuciones «como antes se vendían películas de Rambo». Aziz contaba que un número indeterminado de personas fue secuestrado y desapareció. «Varios han aparecido después en las tumbas comunes que encontramos en el lago Tartar», dijo.

Este lago, de casi dos mil quinientos kilómetros cuadrados y ubicado no lejos de Ramadi, antes de la guerra solía ser un retiro frecuentado por familias y pescadores. «Durante la época de Al Qaeda era un cementerio», apuntó el iraquí. No estaba exagerando. Desde 2007 se habían descubierto más de una docena de fosas con casi trescientas víctimas, muchas sin cabeza.

El exmilitar nos invitó a comer cordero en una de las bases de los paramilitares suníes instalada en un arrabal de Ramadi que denominaba Kandahar,[73] en honor a las cruentas batallas que habían librado con los integrantes del Estado Islámico.

Aziz admitía que durante todo 2003 y principios de 2004, el apoyo de la población a la resistencia contra los estadounidenses era una actitud común.

«Teníamos que demostrarles que no somos un pueblo que se deja oprimir.» Con el paso del tiempo los combatientes locales empezaron a recibir «refuerzos» de voluntarios de Jordania y Siria. «El agua se mezcló con la arena y todo se contaminó —añadió Aziz con el estilo poético que suelen usar algunos árabes—. El Estado Islámico no era un proyecto, era una pesadilla», concluyó el excoronel.

Tras una breve parada en Bagdad, reanudamos nuestro periplo días más tarde en dirección a Mosul. Las carreteras de Irak parecían un recopilatorio de la adversidad, y la que conducía hasta Mosul no era ninguna excepción. Conforme nos acercábamos, comenzaron a aparecer los despojos de coches y camionetas quemados o ametrallados por la insurgencia. En la intersección que comunicaba con Gayara, a menos de sesenta kilómetros de la ciudad, nos encontramos con las carcasas de tres camiones cisterna que transportaban petróleo. Durante años decenas de ellos fueron asaltados y destruidos por la guerrilla.

Jalil tuvo que reducir la velocidad a la entrada de la urbe, justo a unos metros de la ingente base militar que ocupan todavía los norteamericanos, al toparse con un enorme socavón provocado por una explosión que debía haberse producido recientemente.

En Mosul no se compartía la confianza que transmitían los habitantes de Tarmiya, Haditha o Ramadi. Para las autoridades iraquíes y las fuerzas invasoras, esta población de 1.700.000 habitantes seguía siendo la más peligrosa de todo el país.

Los remanentes del Estado Islámico derrotados en Anbar, Salahadin y Bagdad se habían replegado hacia la provincia de Ninive. Al adentrarnos por el barrio de Yarmouk descubrimos una sucesión de edificios devastados por la metralla que recordaba a Faluya. La mayoría eran edificios abandonados donde se atrincheraban los militares iraquíes tras sacos terreros y alambre de espino. El suburbio no se había recobrado de la terrible confrontación que se registró aquí en noviembre de 2004, cuando la insurgencia capturó dos terceras partes de Mosul. Los uniformados no eran capaces ni siquiera de erradicar las pintadas con loas a Al Qaeda y Ansar al Sunna que pude ver garabateadas sobre las paredes.

Durante aquella sublevación, nueve de las treinta y tres comisarías de policía fueron capturadas por los insurgentes y miles de agentes desertaron, algunos de ellos pasándose con armas y bagajes a las filas de los alzados. Desde entonces, los milicianos de Al Qaeda habían resistido las repetidas ofensivas que lanzaron las fuerzas iraquíes y Estados Unidos, la última de las

cuales reunió en mayo a veinticinco mil uniformados locales y cuatro mil americanos.

Nuestro destino final era el despacho del gobernador de la provincia de Ninive, Athil Nayafi. A sus cincuenta y un años, ingeniero de profesión y miembro de una de las familias más adineradas de la ciudad conocida por su cuadra de caballos purasangre —favoritos en otros tiempos de Uday Husein —, Athil era el nuevo caudillo de Mosul tras recuperar la confianza del electorado suní e imponerse en las elecciones provinciales de enero, cuando la alianza de partidos árabes acabó con la égida que mantenían los kurdos desde 2005.

Nayafi ocupaba uno de los pisos del mismo edificio que había sido incendiado por los radicales suníes, todavía en plena rehabilitación. El dirigente local se encontraba enfrascado en aquellos días en una particular pugna con las fuerzas kurdas que le hacía considerar la violencia extremista como un elemento secundario. Político avezado, Nayafi manejaba estadísticas que según él indicaban una clara disminución de las acciones de los alzados. «En lo que va de año hemos registrado un 25 por ciento menos de víctimas mortales que en 2008 y solo un 5 por ciento de las que teníamos en 2007. Le pongo un ejemplo: en diciembre de 2008 contabilizamos mil quinientos incidentes armados o violentos, y en mayo solo fueron quinientos», me dijo.

La población local no parecía tan optimista. Todos los iraquíes con los que hablé coincidían en que los muertos todavía se contaban por decenas y que los radicales seguían disponiendo de suficientes suicidas como para mantener la dinámica del terror. En enero de 2008, los milicianos habían volado media manzana de viviendas matando a decenas e hiriendo a cientos. Al día siguiente, cuando el jefe de la policía de Mosul se acercó a observar lo ocurrido, fue asesinado por un suicida.

Basil había contactado con un excapitán del ejército iraquí, Adnan Mohamed, con el que nos reunimos en su domicilio. Nos desaconsejó frecuentar un café local. Adnan aceptaba que la situación había «mejorado» en cierta manera en el último año. Antes, decía, los militantes del Estado Islámico caminaban a plena luz del día por las calles de la urbe, pero él mismo había desechado la posibilidad de reintegrarse al ejército. Los radicales habían dictado una fetua amenazando de muerte a quien lo hiciera y su confianza en el futuro que anticipaban personajes como Al Nayafi había quedado mermada tras años de sangría. «Ejecutan a quien desobedece. Ahora usan comandos con pistolas y silenciadores. Llegan por la espalda y te vuelan la cabeza.»

28

El nuevo Irak, un país bajo trauma



Bagdad, diciembre de 2007

«Los únicos que se atrevían a transitar las calles eran los perros.» Los ladridos que surgían desde la avenida parecían haber sacado de su viaje mental a Jalil mientras servía el té, caliente y espumoso, que ponía fin al almuerzo preparado por su esposa, embarazada de ocho meses, en su casa de Ghazaliya. Tras recogerme en el aeropuerto de Bagdad, Jalil me había invitado a comer con su familia: por fin resultaba seguro pisar su barrio, liberado de las huestes del Estado Islámico de Irak tras un régimen de tres años.

El distrito era ahora un lugar fantasmagórico con vecinos recelosos encerrados en sus casas, pero lo más impactante fue contemplar a la esposa e hijos de Jalil como aquellos seres inermes que miraban sin sonreír, de tez mortecina y miradas perdidas y despojadas de emociones. Apenas pude reconocer a Omar en el crío ausente que nos abrió asustado el portón, mirando ambos lados de la calle en busca de sus propios fantasmas, antes de volver a cerrar la puerta metálica con premura. Ni siquiera murmuró un saludo. «Estamos preocupados porque no está bien», dijo Jalil, al borde de las lágrimas, cuando le pregunté con discreción durante el té. Omar, entonces diez años, estaba sentado en un extremo de la habitación, con su pelo negro ensortijado y el labio inferior colgando, absorto en la televisión. «Ha visto demasiadas cosas. Cosas que nadie debería ver», proseguía su padre conteniendo el tono, tratando de impregnar normalidad a la anormalidad más aterradora. «Un día regresé a casa con el coche y lo encontré en estado de shock. Me costó hacerle hablar, pero al final me contó que por la tarde, había oído a los perros ladrar mucho. Así que se asomó por el portón. En el vertedero que hay al inicio de la calle había una jauría disputándose algo. Pensó que les habían dejado comida. Los animales se separaron por las calles, cada uno con su pedazo en la boca. Uno de los perros se acercó a mi casa y se lo quedó mirando, a través del ventanuco. Llevaba una mano en la mandíbula.» Me tapé la boca con la mano, de forma inconsciente, sobrecogida por sus palabras, y Jalil hizo un gesto con la cabeza, como si le quitara hierro a la situación. «No es solo Omar. Esta es la nueva vida de los iraquíes. La violencia nos está devorando.»

La invasión, la guerra civil, el califato islámico… Irak se había convertido en un infierno. Quienes no habían participado en el éxodo, rumbo a Siria y Jordania —todo aquel que no podía permitírselo y algunos testarudos iraquíes como Jalil, que se negaba a abandonar su país alegando no tener adónde ir— vivían traumatizados, en permanente estado de shock y expuestos a una continua violación de las normas morales más básicas. Gente normal

transformada en seres monstruosos, esquivos, capaces de cualquier cosa por su supervivencia. Animales convertidos en devoradores de cadáveres. «Empezamos a temer que los perros, ahora que se habían habituado a la carne humana, atacasen a los niños más pequeños —me explicaba Saif Abu Ali, residente en Ghazaliya—. Así que formamos cuadrillas de vecinos y, armados con nuestros Kalashnikov, salíamos a matarlos.»

La degeneración del tejido social era tan profunda que los esquemas más elementales de maldad y bondad se habían ahogado en la sangre derramada por el odio sectario. Los más desafortunados eran víctimas de secuestros, torturas o explosiones o se veían expuestos a combates armados; los más afortunados habían sido testigos de violaciones, atentados suicidas o ejecuciones sumarias: todos tenían parientes que habían sucumbido a la violencia.

Cuando el psicólogo Ahmed al Hakim se acercó a un grupo de críos mendigos en el barrio chií de Kadhimiya no pudo dar crédito a la conversación que mantenían. «Uno contaba orgulloso cómo había arrancado con los dientes un dedo a un cadáver para robarle el anillo. Otros dos le interrumpieron para recordar cómo después de uno de los atentados suicidas que afectaron al barrio todos se abalanzaron sobre las víctimas para robarles carteras, anillos y todo objeto de valor», recordaba estremecido el doctor en su despacho de Al Askan, una clínica privada donde el psiquiatra recibía cada día a entre ocho y diez críos, muchos de ellos psicológicamente arruinados.

Lo localicé tras leer un informe que había elaborado uno de sus colegas, Haidar al Maliki, sobre el síndrome de estrés postraumático entre la población infantil iraquí, según el cual el 70 por ciento de los niños de entre cinco y quince años estaban traumatizados. El propio Al Maliki me recibió en el hospital de Kadhimiya, donde trabajaba: me presenté en calidad de paciente, acompañada de Jalil, para no levantar sospechas entre el personal y los encargados de la seguridad del centro. Cuando le expliqué el motivo de la visita, Al Maliki se despojó de su coraza profesional y liberó ante mis ojos a un ser tan necesitado de ayuda como sus pacientes.

«Periodista», murmuró. Se quitó las gafas, se frotó los ojos, y arrancó a hablar. «Discúlpeme, pero esto supone una pausa para mí en el drama habitual —explicó mientras se volvía a acomodar las lentes sobre el puente de la nariz—. Yo mismo necesito ayuda psiquiátrica para superar estos años de violencia. Aquí pasamos los días enfrentándonos a lo peor del ser humano —prosiguió el doctor mientras se levantaba y se dirigía a un archivador de donde sacó algunos informes—. El caso más difícil que tengo actualmente es

una niña de nueve años secuestrada hace cuatro meses, cuando salía de la escuela. Estuvo cautiva quince días junto a otras niñas: una de las rehenes fue violada delante de ella y otra fue asesinada. Ahora, la pequeña ha desarrollado enuresis[74] y no puede dormir.» Otro de sus pacientes era Ali, un chico de Abu Ghraib de doce años. «Un grupo de criminales irrumpió en su casa hace un año. Lo violaron en la cocina delante de sus padres.»

Una generación completa estaba trastornada por la violencia. «El 28 por ciento de los casos estudiados han sido víctimas de secuestros —explicaba el doctor Al Maliki, especializado en psiquiatría infantil y uno de los escasos profesionales que no habían huido aún de Irak—. Un porcentaje ligeramente menor ha resultado herido o ha asistido a una explosión, y el resto ha quedado expuesto a otros episodios de violencia como tiroteos o ejecuciones», proseguía en macabro recuento. Los estudios realizados mostraban cuatro consecuencias principales: aislamiento social, hiperactividad que degeneraba en agresión, antisociabilidad y depresión.

En el caso de los niños abandonados o huérfanos, la situación era de total desamparo. Hasta la caída de la dictadura los familiares lejanos de los chicos se hacían cargo de ellos, como dictaba la tradición, pero la inestabilidad y el desempleo llevaban a muchos parientes a abandonarlos. Aunque las ONG no se atreven a dar cifras, el Gobierno iraquí hablaba de la vertiginosa cifra de cinco millones de huérfanos. Ante la carencia de centros especializados —según datos del Ministerio de Asuntos Sociales, en 2007 solo había dieciocho en todo Irak— muchos terminaban en las calles, organizándose en bandas para protegerse. «Crean grupos especialmente violentos dedicados al robo, y luego se enfrentan a la hora de repartirse el botín», proseguía Al Hakim.

La necesidad de centros especializados para la salud mental era perentoria. Dos años antes había visitado al psiquiatra Amir Amash, responsable del Ibn Rushed, localizado en el céntrico barrio de Yarmouk. El hospital estaba tomado por las milicias del Sadr, los pasillos tapizados con retratos de Muqtada y de su padre, y para acceder a la consulta había que pasar varios controles de seguridad de milicianos: comprendí que incluso ir al psiquiatra estaba fuera del alcance de buena parte de la población, y que en el caso de ser accesible, resultaba una experiencia aterradora que añadir a los traumas de los pacientes.

Amash era rehén de una situación que le consumía. Por un sentido casi religioso del deber se negaba a abandonar su consulta, si bien comprendía que las circunstancias del hospital eran contraproducentes, pero era consciente de que si tiraba la toalla, sus pacientes quedarían huérfanos. «En cualquier otro

país, hay atentados aislados que requieren de una ayuda profesional puntual a las víctimas. Aquí el estrés es continuado: guerra, coches bomba, secuestros, toque de queda, explosiones, inflación, paro… Un cóctel que ha aumentado el número de dolencias mentales hasta el abismo», relataba el psiquiatra.

Meses después de la estampida del puente de Al Aaimah, que conecta Adhamiyah con Kadhimiya,[75] el Ministerio de Salud movilizó a un grupo de psiquiatras para atender a los supervivientes, dando así lugar al primer estudio sobre salud mental que se emprendía en el país desde la invasión: más del 90 por ciento de los atendidos fueron diagnosticados con desórdenes mentales. En diciembre de 2007, psiquiatras de la Universidad de Mustansirya realizaban su propio estudio con mil encuestados: ochocientos noventa de ellos habían presenciado un acto violento.

«Se puede decir que toda la población iraquí está bajo un trauma psicológico», apuntaba por su parte Ali Abdul Razak, uno de los médicos del Hospital Psiquiátrico al Rashid, situado en el barrio chií de Ciudad Sadr. «Los pacientes diagnosticados son solo la punta del iceberg. No considero esta situación síndrome postraumático sino continuamente traumático, porque el trauma que tenemos prosigue en el tiempo», añadió Razak.

Todo lo que rodeaba Irak estaba dominado por la anormalidad más superlativa y tenaz. Incluso los viajes a Bagdad se habían convertido en un trayecto azaroso rodeado de imponderables. Entonces basados en Beirut, descubrimos que una compañía libanesa creada meses atrás, llamada La alfombra voladora, realizaba el trayecto directo hasta Bagdad. Un buen amigo libanés me había contado entre risas los orígenes de la empresa: según su versión, narrada como si fuera un chiste, fueron tres amigos libaneses, uno de ellos piloto, los que idearon el proyecto. Al principio fue una apuesta —«¿a que no hay valor para volar a Bagdad?»— ganada por el piloto tras hacer aterrizar un aparato vacío en las pistas iraquíes. Una vez probado que podían hacerlo, se constituyeron en empresa de «taxis aéreos» dispuestos a llevar todo lo que se les pedía a la capital iraquí, sorteando los ataques con mortero que solían sacudir el aeropuerto internacional mediante azarosas maniobras. Dado que solo la aerolínea iraquí se atrevía a sobrevolar su propio país, La alfombra voladora no tardó en ampliar sus vuelos a otros puntos del mapa iraquí llevando pasajeros.

Con cuatro avionetas y tres Boeing alquilados crearon un logotipo, abrieron una página web plagada de referencias a *Las mil y una noches* y extendieron sus rutas a Jartum, Alejandría o Dubái. También ofrecían cursos de pilotaje (por trescientos cincuenta dólares se podía pilotar un avión, por

cuatro mil quinientos garantizan la licencia). Todo ello desde una oficina situada junto a la farmacia Mazen de Beirut, dado que uno de los socios era el farmacéutico. El despacho donde se vendían los billetes, rellenados a mano, era una vivienda particular repleta de gruesas carpetas y ruedas de repuesto de los trenes de aterrizaje.

El escenario auguraba que no habría lugar para el aburrimiento en el viaje, sobre todo tras leer el lema de la compañía: «La aventura de volar». No tardé en descubrir que había que tomárselo al pie de la letra, ya que el trayecto fue cancelado horas después de su hora de salida. Los mismos cuarenta pasajeros iraquíes y la periodista española nos volvimos a encontrar en el aeropuerto de Beirut tres días después, citados por teléfono la noche antes por La alfombra voladora. Esta vez, el retraso de nueve horas enervó a los pasajeros. Ibrahim, un suni recién casado deseoso de ver a su hijo de cuatro meses, se desesperaba. «Si llegamos de noche nos arriesgamos a morir en la carretera del aeropuerto», decía frotándose las manos húmedas de sudor. El doctor Al Ayad, un economista chií, sopesaba sus opciones. «Yo no puedo seguir pagando más hoteles, prefiero que nos vayamos hoy sea como sea.» «Podemos dormir en la terminal en Bagdad y esperar a que amanezca», terciaba Asma, una señora en la cincuentena que pasaba todo el tiempo que podía lejos de Bagdad. La compañía no se hacía cargo de estancias ni devolvía el importe del billete aunque cancelase sus vuelos; tampoco le preocupaba que la diferencia entre llegar de día o llegar de noche a Bagdad podía suponer, sin ánimo de exagerar, la muerte.

La alfombra voladora se antojaba un buen ejemplo de cómo el mundo trataba a las víctimas de la violencia en Irak. Se había pasado de compadecerlas a ignorarlas, de ignorarlas a perderles el respeto y de asistirlas a saquearlas con las maniobras más burdas posibles. Los iraquíes se han convertido en los nuevos palestinos, una comunidad repudiada, abusada y negada. Ahora eran un pueblo dividido con una patria virtual que sus propios habitantes amaban tanto como temían. En Siria y Jordania, los únicos países que acogían refugiados (más de dos millones), se habían rescindido los visados, en el Líbano eran deportados o encarcelados por no tener permiso de residencia. Europa no los quería y Estados Unidos no concedía asilo ni siquiera a quienes se jugaban la vida trabajando como traductores para sus tropas. Occidente los condenó a tener un Estado fallido y ahora los desdeñaba.

En las nueve horas de retraso, nadie ofreció ni un vaso de agua a los viajeros. Una vez en el avión, esperamos hora y media a que amainara la

lluvia porque el piloto se negaba a despegar hasta que no cesara la tormenta. En ese tiempo, el capitán —que propuso llevarnos a Erbil en lugar de a Bagdad (a cuatrocientos kilómetros de distancia)— estuvo a punto de llegar a las manos con un pasajero que solicitó salir a fumar un cigarrillo. Despegó a las ocho para aterrizar, con la tradicional pirueta en el aire, una hora después en Bagdad, en plena noche.

«Alhamdulillah as salamah» («Gracias a Dios, llegamos sanos y salvos»), se felicitaban chiíes y suníes, kurdos y cristianos. La mayoría decidimos pernoctar en el aeropuerto para evitar ser víctimas de las habituales emboscadas, una idea en la que habían coincidido muchos más viajeros de otros vuelos a juzgar por el estado de las cuatro enormes salas del Aeropuerto Internacional de Bagdad: costaba encontrar un hueco en el suelo donde tumbarse. Todas las butacas estaban ocupadas por hombres y mujeres, niños y ancianos. Olía a humanidad y a comida basura. Los baños emitían un tufo que inundaba buena parte de la terminal: no podían dar abasto ante la avalancha de personas necesitadas de un retrete. Una hora más tarde, los agentes de Global Security, la compañía de mercenarios a cargo del aeropuerto, se fueron a sus dormitorios dejando la terminal internacional convertida en una suerte de pabellón de acogida para víctimas del desastre. En el nuevo Irak todos —incluso los mercenarios— temían por sus vidas, especialmente cuando caía la oscuridad. A otros viajeros les pudo su deseo de reencontrarse con los suyos y partieron en taxis de fortuna nada más tocar tierra. Localicé un hueco en un rincón cerca de otras mujeres y coloqué la pequeña mochila contra la pared para que me sirviera de almohada y despertarme en el caso de que alguien intentara tocar mis cosas, pero nada ocurrió. Allí no había agresores. Todos éramos víctimas, hermanadas por el miedo.

Las mujeres eran la espina dorsal de un país que se quedaba sin hombres, muertos, proscritos, huidos o en prisión. Ellas trabajaban, criaban, alimentaban y velaban. Y a cambio, no cesaban de perder derechos en un absurdo retroceso social y cultural que los clérigos en el poder, chiíes y suníes, avalaban y aplaudían con igual entusiasmo.

Conocí a Saali, una modesta estudiante de Ingeniería de veinticinco años ataviada con *hiyab* y sobretodo oscuro, en el campus de la Universidad de Bagdad. La joven insistió en recibirme en su casa del barrio de Zeiyuna para enseñarme su otra cara, aquella que no podía mostrar en público, y hablar con libertad: vaqueros, camiseta, un suave maquillaje y una melena cobriza que ansiaba esparcirse. Tenía una mueca amarga en forma de sonrisa pero su mirada no tenía el brillo que suele acompañar a los veinte años. «Ya no me

puedo maquillar, ni ir con vaqueros o salir sin velo. Antes jamás lo había usado. Pero varios chicos me amenazaron», explicaba en referencia a un grupo de estudiantes fanáticos que se habían hecho fuertes en el campus. No solo redujeron su libertad a la hora de vestir: Saali terminó demasiado asustada para salir y, salvo las horas lectivas, pasaba los días encerrada. «Antes podía organizar mi tiempo, mi mente estaba siempre trabajando en algo. Ahora me siento ama de casa.» La joven había estado dos años trabajando como aprendiz en una empresa «donde la mayoría éramos mujeres y casi ninguna iba velada. La ocupación lo cambió todo. Primero nos relegó al paro, y luego a nuestras casas».

La presencia de milicias religiosas en todo el país se había ensañado con las mujeres, el blanco fácil de los fundamentalistas. Desarmadas, debilitadas y susceptibles a todo tipo de terror, las féminas carecían de mecanismos para hacer frente a las intimidación de los fanáticos. «Si pide fotos a las mujeres iraquíes de más edad, comprobará que eran mucho más liberales y modernas que sus hijas y nietas», explicaba Hanaa Edwar, directora de la ONG Al Amal, con sede en el barrio de Wahdeh. Muchos entrevistados me mostraron a lo largo de aquellos años las fotos de sus madres en los años cincuenta y sesenta, y efectivamente ninguna se cubría la cabeza como hacía la propia Hanaa, lo bastante audaz para exhibir su pelo corto y canoso sin someterse a las nuevas normas de los religiosos.

Hanaa era un ejemplo de lo que habían sido las mujeres en Irak: profesionales, tenaces y valerosas. Sus gafas ahumadas y cuadradas escudaban unos ojos decididos e inquietos que rebuscaban en una mesa cubierta de carpetas y papeles. «Antes teníamos una sociedad abierta y multicultural y era habitual enviar a las hijas a estudiar a otros países del golfo o a Europa. Ahora es difícil convencer a una familia de que haga algo así», continuaba con frustración en su oficina, un oscuro cuarto que en aquel momento carecía de corriente eléctrica, como buena parte de Bagdad. Hanaa era una transgresora y sufría por haber perdido derechos. Apuntaba a ciertos avances simbolizados por la cuota femenina del Parlamento, que permitía a setenta y tres mujeres representar a las iraquíes en una cámara de doscientos setenta y cinco diputados, pero no le parecía suficiente. «Ahora tenemos voz, algo que antes no teníamos, pero también el reto de ocupar esos puestos con personas bien formadas y capacitadas para desafiar la dominación masculina. Necesitamos influir en las decisiones políticas y exigimos que los hombres velen por los derechos de las mujeres como por los de cualquier ser humano.»

Los religiosos no compartían su preocupación. Uno de los retrocesos más alarmantes era la legalización de la *muta'a* o matrimonio de placer, una práctica abolida durante la dictadura de Sadam Husein considerada por las organizaciones cívicas una forma de prostitución legalizada: gracias a la *muta'a*, los chiíes podían «casarse temporalmente» con mujeres a las que pagaban pero con quienes no contraen responsabilidades. Eso se sumaba a la revocación del Código de Familia de 1959, el que fuera el más progresista de todo Oriente Próximo, que garantizaba a las mujeres iraquíes igualdad y plenos derechos a la hora de separarse o divorciarse. «Veníamos de un sistema laico y nos metieron en uno religioso. Los clérigos y sus milicias están felices en el poder, porque es una ocasión única para ellos. Se infiltran en la sociedad y cambian la educación», lamentaba Hanaa, antes de pasar revista a un país en su peor momento para la situación de la mujer.

Unos meses atrás, en las calles de Basora, habían aparecido unas pintadas escalofriantes: «No se puede usar ropa inmodesta. Las transgresoras seréis castigadas. Dios es testigo de que os hemos avisado». Ninguna mujer se lo tomó a la ligera. Con cuarenta y cinco féminas asesinadas en tres meses, las palabras de los fundamentalistas tuvieron un efecto fulminante en la ciudad sureña, veinte años atrás una urbe liberal en la que pocas usaban velo y sí llevaban maquillaje. «En Basora, cada dos o tres días aparece el cadáver de una mujer», revelaba Hanaa, algo que me confirmó por teléfono el jefe de la policía de Basora, el general Jalil Jalaf, quien habló sin ambages de «terrorismo machista». «Basora se enfrenta a un nuevo tipo de terror que deja a diez mujeres muertas cada mes, algunas de ellas localizadas en vertederos con agujeros de bala y otras encontradas decapitadas o mutiladas —aseveró Jalaf al otro lado de la línea—. Los criminales son bandas organizadas que trabajan bajo cobertura religiosa pretendiendo seguir instrucciones del islam, pero no tienen nada que ver con la religión. Tratan de imponer un estilo de vida en el que está prohibido que las mujeres vistan ropa europea o usen maquillaje y deben llevar velo», añadió.

Muchos cadáveres aparecían con ropas provocativas, colocadas expresamente por los asesinos para justificar la barbarie, o con notas en las que se podía leer «prostituta» o «crimen de honor». «Temo que los autores son jóvenes movidos por deseos de venganza, aunque disfracen sus crímenes de actos religiosos», me comentó por teléfono la activista Giuliana Yusef, residente en Basora. «A la policía no le interesan los ataques contra mujeres, no presta protección ni investiga estos hechos. De ahí que temamos que la

cifra de asesinadas por desconocidos o familiares sea muy superior aunque sus familiares no lo denuncien.»

En el Kurdistán, los «crímenes de honor» siempre habían sido comunes, proseguía Hanaa, quien dedicó muchos años a trabajar en la región kurda. «Incluso si disminuyese la violencia, el norte no sería más seguro para las mujeres porque el sistema social es tribal y las tribus siguen sustituyendo a los tribunales —aclaraba enarbolando documentos—. Muchas tribus tienen incluso autoridad para elegir los maridos de las mujeres. Hasta que no se prohíba ese sistema, su situación no mejorará». Solo en 2007, el Ministerio de Derechos Humanos en la región autónoma norteña había registrado seiscientos casos de mujeres «quemadas, golpeadas, disparadas, estranguladas, lanzadas desde lo alto de edificios, envenenadas, atropelladas, ahogadas, decapitadas u obligadas a suicidarse este año», superando las 553 muertes de 2006.

Saali, con sus vaqueros gastados y su colorida camiseta escondida en la intimidad de su casa, apuntó con el dedo a su prima, una adolescente pegada a un monitor de televisión con aspecto desenfadado antes de volver a hablar. «Acaba de regresar de Siria, donde se refugió con su familia. No quiere cubrirse el pelo, así que no la dejamos salir de casa. Ahora las mujeres tenemos miedo de que nos violen», me dijo con tono lúgubre. Asentí pensando que no deberían haberle permitido volver a Bagdad, ni siquiera de visita. «Nuestro país se ha convertido en una selva. Ya no reconozco Irak, es como si lo hubiera repoblado otra gente que no tiene principios ni moral. Si esta era la liberación, preferiría seguir viviendo oprimida», reflexionó la joven con la mirada perdida en la ventana, donde solo se podían atisbar sombras masculinas recorriendo la calle.

A sus setenta y cinco años, Munzir Hafez había visto pasar ante sus ojos revoluciones, golpes de Estado, dictaduras, sanciones y guerras y nada de todo ello le impidió seguir arrancando notas a su viola. «Da lo mismo lo que ocurra ahí fuera: yo, tres veces por semana, ensayo con la orquesta», porfiaba el veterano músico con tono machacón desde su estudio de la calle Abu Nawas, una enorme habitación donde guardaba dos pianos, una viola, un violonchelo y varios cuadros a medio terminar, producto de otra de las aficiones del inquieto artista.

A Munzir ya no le afectaba que los criminales arremetiesen contra la cultura —«por tres veces destruyeron, quemaron y saquearon la Escuela de Música de Bagdad y por tres veces la volvimos a levantar»— o que los estadounidenses cortasen las calles de forma imprevista con sus *checkpoints*

retrasando a los músicos que acudían al ensayo. Su opción vital, ser su maestro, implicaba dar ejemplo constante más allá de las vicisitudes de la vida mundana. Y el testarudo anciano presumía de lograr sus objetivos pese a las múltiples guerras. «No recuerdo que nunca hayamos cancelado una actuación. Ya que no podemos ayudar a nuestra sociedad a salir de la guerra, al menos le ofrecemos buena música.»

La Orquesta Nacional Iraquí era uno de aquellos casos dignos de estudio empeñados en dar normalidad a un país sumido en la más plena de las anormalidades. Seguía tocando en público aunque, para evitar coches bomba, no podían anunciar con antelación sus actuaciones. «No nos podemos arriesgar, así que contactamos personalmente, por teléfono o por correo electrónico con los aficionados para invitarlos», me explicó desde la Escuela de Música el director de la orquesta, el violonchelista Karim Wosfi, un tipo orondo y de tupido cabello azabache, con la pasión propia de los devotos y un empecinamiento fuera de todo orden.

Graduado en la Universidad de Indiana (Estados Unidos), Wosfi regresó a Irak en 2002 para encabezar una orquesta nacional que no podía compararse con ninguna otra. «La década de embargo tuvo consecuencias negativas pero también positivas en mis músicos», manifestó Karim. «Teníamos problemas hasta para conservar los instrumentos y no podíamos invitar a colegas extranjeros salvo contadas excepciones, pero por otro lado los miembros de la orquesta eran capaces de trabajar en situaciones extremas, solos o en grupo. Eso mejoró las capacidades de la orquesta».

Munzir había entrado a formar parte de la agrupación musical en 1960, cuando estaba recién formada: pronto surgieron aficionados a la música clásica que no dejaron de asistir a los conciertos incluso durante la guerra contra Irán o la guerra del Golfo. «La sala estaba siempre llena», recordaba el anciano desde su estudio, tras el almuerzo y los consabidos tés, mientras rebuscaba fotos ajadas de aquella época: las espectadoras iban maquilladas, escotadas y lucían tupé. «Había seguridad, orden, paz. Gracias a todo eso, había cultura», proseguía el músico, razonando en voz alta.

Después llegaron los bárbaros. Tras los bombardeos de 2003, los saqueos, secuestros y coches bomba pusieron tan en entredicho a la orquesta como al país mismo. «Nuestra escuela sinfónica fue quemada, y los instrumentos robados, tres veces. Cuando nos reunimos de nuevo la mitad de los miembros de la orquesta habían huido del país. Solo quedábamos cinco de los músicos originales.»

Las bajas fueron reemplazadas por alumnos de la Escuela de Música y Bellas Artes, fuente de la orquesta, espacio de sus ensayos y lugar donde sus músicos forman a las nuevas generaciones, y el trabajo se reanudó con variaciones. Los músicos trataron de recuperar varias salas de conciertos, pero su situación geográfica y los ataques complicaban la labor. «En 2005 teníamos unos noventa músicos, pero en 2006 dimitieron veintinueve. A cambio se ha promovido a muchos jóvenes. Ahora tenemos sesenta y seis miembros», continuaba el director, que mantenía abierta la escuela a diario.

Había visitado aquella escuela en mayo de 2004: situada en plena calle Damasco, el complejo de edificios rodeado por un muro, alambre de espino y sacos terreros suponía uno de aquellos desafíos a la lógica que sorprendían al visitante con su oasis de paz en plena guerra. La directora de la Escuela de Ballet, Nayiha Nayef, me contó que el día de la reapertura tuvieron que cancelar la recepción porque un coche bomba estalló en su misma calle. Días después, una manifestación de policías en paro derivó en altercados que terminaron extendiéndose a la escuela en forma de saqueo e incendio. Volvieron a reconstruirla para que los doscientos cincuenta alumnos, de entre seis y dieciocho años, regresaran a las aulas cuando las circunstancias lo permitieran: la proximidad de una base estadounidense convirtió el área en escenario de ataques con mortero y los puestos de control militares aislaban a menudo el acceso. Pero persistieron con la tenacidad de quien es ajeno al peligro. Fuad Salem, un violinista de setenta y dos años formado en París, profesor de la Escuela de Música durante cuatro décadas y miembro de la orquesta, movía la mano en el aire desdeñando mis preguntas sobre la seguridad. «Yo me preocupo de los niños y de las notas que pueden arrancar a los instrumentos, no de las noticias, así que no me pregunte por guerras. Mi único mundo es la música», murmuraba molesto mientras se alejaba por el pasillo de la escuela.

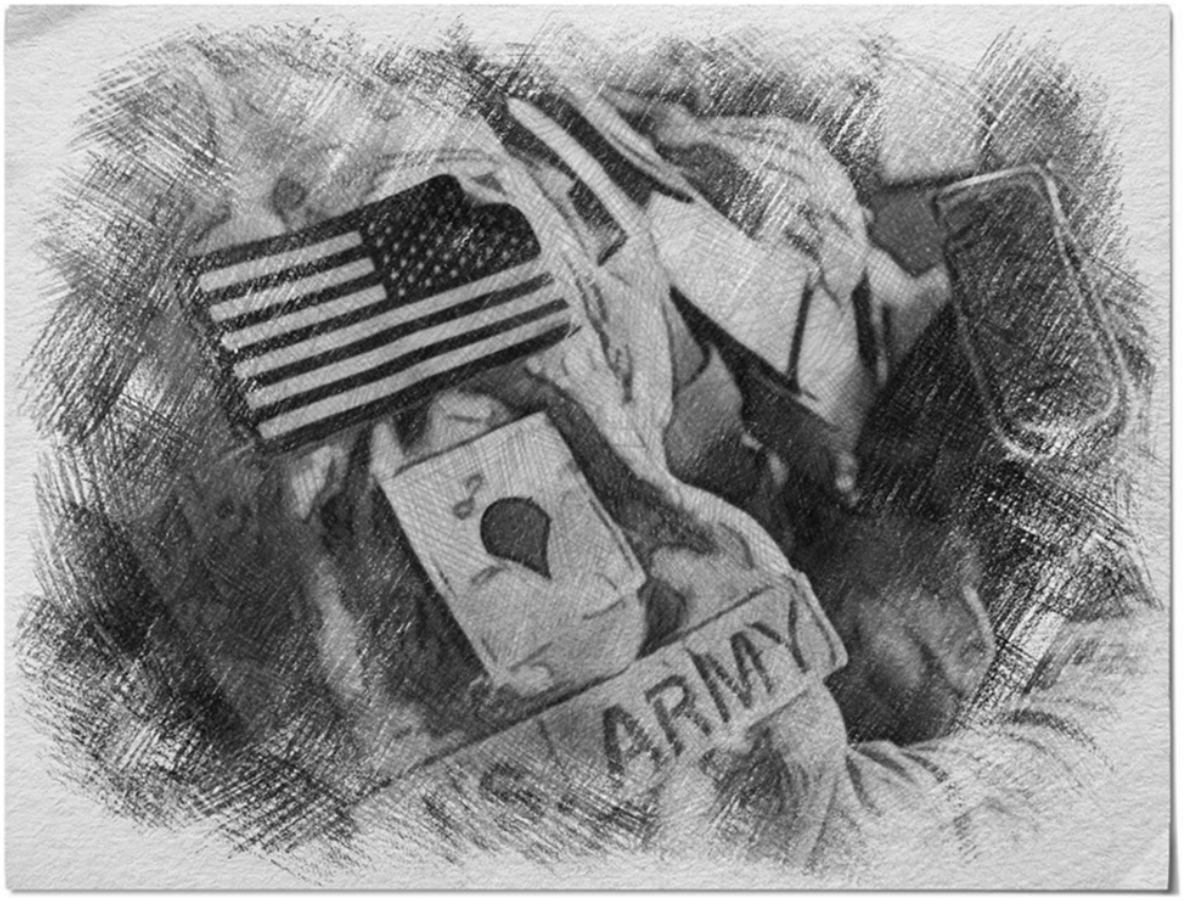
El domicilio de Salem fue atacado el mismo día de la caída de Bagdad: la metralla le rasgó, sin mayores consecuencias, la misma mano con la que arranca notas al violín. Su caso era común entre los componentes de la orquesta, como me confió Karim Wosfi. «Uno de nuestros violinistas murió en un atentado con coche bomba. Ayer mismo, dos músicos me llamaron para contarme que habían perdido a sendos primos en otros ataques. Casi se disculpaban por no poder venir a ensayar», afirmaba el director, orgulloso del valor de sus músicos. «El principal reto es cómo afectan la tensión y la violencia a la concentración. Es imposible tocar relajados si en el camino al

concierto se presencia un tiroteo o una explosión, o si se conoce la muerte de un compañero poco antes de subir al escenario.»

En mi cabeza rondaba una sola pregunta que no me atrevía a formular. ¿Hasta cuándo? ¿Qué tiene que pasar para que la orquesta cese de tocar? Wosfi se adelantó con su respuesta, adoptando una mueca aguerrida en su rechoncha cara. «Nunca he cancelado ni cancelaré. Se ensaya tres veces por semana y se toca en concierto al menos una vez por mes. No tenemos derecho a abandonar, incluso en las peores circunstancias. Debemos ser parte de la mejora de Irak.»

29

Irak a ojos de sus ocupantes



Base de Ali Salem, Kuwait;
bases estadounidenses en Bagdad/Mosul/Kirkuk/Baaquba/Tikrit;
febrero-marzo de 2010

Cubierta por una espesa capa de polvo arenoso, la base Speicher parecía hundirse bajo el peso del deslumbrante sol que se abatía despiadado sobre Tikrit, en medio de un desierto inhóspito y turbador. El calor era casi tan asfixiante como el emplazamiento, un laberinto demarcado por varios perímetros conformados por muros de cemento en forma de «T» y trazado con los barracones metálicos, dotados de aire acondicionado, que servían de vivienda a los soldados: dos uniformados por unidad. Palés de mercancías, estructuras de madera, vehículos de guerra y pestilentes contenedores llenos de botellas llenas de orín terminaban de componer el bodegón. Solo el murmullo sordo de los generadores rompía el silencio.

Intentaba matar uno de aquellos interminables tiempos muertos que precedían a la participación en alguna patrulla —excusa para poder salir del tedioso cuartel y atisbar Irak, al menos desde la distancia conceptual e insalvable que implicaba ir a bordo de un carro de combate— y decidí instalarme en la oficina de relaciones públicas. Logré encontrar la vía hasta aquella sala acondicionada donde la temperatura era respirable y la conexión a internet solía funcionar. Saludé a los soldados estadounidenses presentes, que devolvieron el gesto con indiferencia, y tomé asiento frente a un ordenador al que le costaba arrancar mientras mis ojos se perdían, ociosos, en los tablones de corcho de las paredes.

Una imagen me apretó el estómago con la saña de la exclusiva. En la fotografía, perfectamente nítida, podía verse a Izzat Ibrahim al Duri vestido con *dishdasha* grisácea, el cráneo envuelto en una *kefiya* roja y blanca, sus cejas pelirrojas enarcadas sobre aquellos minúsculos ojos risueños y su bigote anaranjado teñido de *henna*. El líder de los Naqshabandi, único grupo armado baazista que podía considerarse legado de Sadam Husein y aliado del Estado Islámico de Irak, regalaba una sonrisa bravucona y orgullosa al fotógrafo. El «rey de tréboles» de la peculiar «baraja»**[76]** de los invasores viajaba en la caja trasera de una furgoneta descubierta, junto con otros dos hombres y varios uniformados iraquíes en lo que parecía una detención, pero no iba esposado y ni tenía expresión de miedo: más bien era una curiosa mueca triunfal. Tenía más arrugas de las que le recordaba en su tez pálida y pecosa, pero dado que la última vez que vi al vicepresidente iraquí fue en 2002 no era extraño.

Busqué con la mirada al oficial al mando para preguntarle por la imagen: se acercó solícito para, acto seguido, echarse a reír.

—Ah, sí, se parece a aquel baazista, ¿verdad? Por eso la tenemos colgada… —dijo con la actitud condescendiente de quien debe sacar a un alumno de su error.

—Quizá se parece demasiado… —respondí dudosa—. ¿Quién la tomó? ¿Cuándo? ¿Tenéis a ese tipo detenido?

—No, no —se apresuró a contestar, complacido de saber que tenía un público esperando su historia—. Lo arrestaron las fuerzas iraquíes en un *checkpoint*, delante de los nuestros. Se lo llevaron para identificarlo y resultó que era un lugareño que se parecía mucho. ¿No has visto que viste como un ganadero? —dijo señalando a la túnica como prueba irrefutable del fraude.

No podría contabilizar la cantidad de milicianos con *dishdasha* y lanzagranadas que había conocido en Irak.

—Bueno, lo normal es que no vaya vistiendo con el uniforme del Baaz. Al Duri era el vicepresidente de Irak, es una de las pocas personas de la famosa baraja que os queda por encontrar y es el responsable de uno de los grupos armados que operan en esta zona. ¿Qué ocurrió con los detenidos?

Otro uniformado se acercó intrigado por la conversación, mirando fijamente una foto en la que no parecía haber reparado antes.

—La verdad es que el parecido físico es asombroso —comentó extrañado.

Un tercer uniformado se levantó perezoso para satisfacer su curiosidad, sumándose al corrillo. A aquellas alturas, el oficial comenzaba a sentirse incómodo.

—Se los llevaron los iraquíes, y cuando les volvimos a preguntar nos dijeron que los otros dos sí eran insurgentes, miembros de los Naqshabandi, pero que con él se habían equivocado, que no era el verdadero al Duri y que lo habían soltado. No teníamos motivos para no creerles —dijo, encogiéndose de hombros.

—¿Pero hubo pruebas de ADN? —pregunté, forzando la situación.

Los estadounidenses se miraron como si estuviese hablando en otro idioma.

—No lo sé, no tenemos competencias para eso —dijo arrancando la foto del tablero y dirigiéndose a uno de sus cajones—. La seguridad está ahora en manos de las fuerzas iraquíes, solo estamos aquí para asesorarles —zanjó la conversación mientras me daba la espalda.

No había manera de confirmar si Izzat Ibrahim al Duri, mano derecha de Sadam Husein y líder de los Naqshabandi, era la misma persona que miraba con esa mezcla de altivez y desprecio al fotógrafo —probablemente militar— desde aquella flamante furgoneta, pero la ingenuidad de aquellos soldados

respecto a la eficacia de las fuerzas iraquíes era remarcable, sobre todo en una región suní como Salahadin, cerca de Tikrit, ciudad de origen de Sadam, donde la presencia de antiguos baazistas estaba tan arraigada como los mismos granos de arena del desierto que hacían crujir sus calles. Parafraseando al oficial, no tenía motivos para no creerles más que la experiencia que llevaba viviendo junto a las filas del ejército estadounidense desde hacía tres semanas en Irak, en la que había tenido la oportunidad de conocer el nivel del ejército y la policía iraquí que estaba a punto de tomar bajo su control la seguridad del país. Y daba miedo, tanto como la aparente falta de conocimiento de aquellos uniformados, que agotaban sus días ejerciendo de burócratas en una sala acondicionada de la que apenas salían, acerca de lo que ocurría más allá de los muros de la base Speicher, en ese país que desconocían pese a llevar siete años invadiéndolo.

A la mañana siguiente, una sorda explosión me despertó sobre las cinco de la mañana cuando dormía en mi barracón, una habitación metálica donde solo había espacio para un catre, un pupitre y una silla. Las horas de sueño eran preciadas en medio de una disciplina militar que a menudo me obligaba a viajar de noche en incómodos blindados donde resultaba difícil echar una cabezada o en helicópteros de combate infiltrados por las gélidas temperaturas, y decidí no salir de la cama por un mortero y seguir durmiendo. Otras dos explosiones se acercaron lo bastante para desvelarme: esta vez me vestí y salí del barracón. Se oyeron claramente disparos de salida: una sucesión de detonaciones inequívocamente realizadas desde la base que respondían al fuego inicial. Miré a mi alrededor: no había movimiento ni habían saltado las alarmas. Me acerqué a otros barracones, de donde algunos soldados salían perezosos en dirección a las letrinas. Algunos hacían *footing*. Otras dos explosiones retumbaron en las proximidades y nadie se inmutó; los disparos de salida fueron en esta ocasión más numerosos. Tras la segunda salva, se hizo el silencio.

Decidí ducharme y acudir al comedor, donde varios oficiales del departamento de prensa me invitaron con señas a compartir mesa. Les pregunté por las explosiones.

—¿Explosiones? No ha pasado nada esta mañana —se extrañó el oficial, un joven cuya actual misión era el primer desplazamiento que realizaba en su vida.

—Pero es cierto que oí algo raro de madrugada —se quejó uno de sus subordinados, suscitando un vago e indiferente asentimiento entre los presentes.

Les dije que sonaban a morteros de entrada y de salida.

—Preguntaré, claro. Luego te informo —zanjó el oficial.

Horas después acudió a mi encuentro borracho de euforia.

—¡Tenías razón! Era un ataque de la insurgencia, y los nuestros respondieron hasta que acabaron con ellos. ¡Es increíble! ¡Un ataque de morteros, chicos! ¡Hemos estado bajo fuego de mortero!

Por su entusiasmo comprendí que era la primera vez que era consciente de que la base Speicher era un objetivo frecuente de la insurgencia.

Fue sorprendentemente fácil recibir la aprobación al itinerario que solicité a Washington cuando pedí sumarme a sus tropas en las plazas más peligrosas por la actividad del Estado Islámico de Irak y de su aliado local, los Naqshabandi de Al Duri: Mosul, Kirkuk, Tikrit y Baaquba. El punto de salida fue la base Ali Salem, en Kuwait, un mastodóntico acuartelamiento aéreo puesto a disposición del ejército estadounidense y sus aliados desde donde se desplazaba al personal destinado a Irak o Afganistán. Decenas y decenas de tiendas de campaña con catres acogían temporalmente a soldados que comenzaban una nueva misión, frescos y de buen ánimo, y a quienes regresaban a sus hogares, con rostro apagado y cansado y cierta ansiedad pintada en la cara. El catre se asignaba nada más llegar, de forma aleatoria: compartí carpa con muchas uniformadas que, recién terminada su misión, dormían durante doce horas seguidas, inmóviles. Otras pasaban largos ratos tumbadas mirando fotos de niños y bebés, escuchando música, mirando al vacío con expresión indiscernible. Apenas dialogaban entre ellas. Cada una cargaba con su propio trauma, relacionado o no con la guerra, y a nadie parecía molestarle la soledad.

Los uniformados parecían ajenos a aquella base gestionada por contratistas, civiles que firmaban un sustancioso contrato con el ejército a cambio de acometer tareas burocráticas, encargarse de proyectos de reconstrucción o labores manuales. La palabra «contratista» también incluía a los mercenarios: veteranos enrolados en compañías privadas de seguridad, considerablemente mejor pagados que los uniformados y carentes de respeto por cuestiones morales o éticas y por las normas más básicas de la guerra. La disparidad de salarios no dejaba indiferente a los soldados. Varios me confesaron que su plan era alistarse en empresas privadas cuando agotasen sus turnos. No se quejaban de los sueldos —«aquí gano tres mil dólares al mes, en Estados Unidos, seiscientos. ¿Cómo vamos a decir no a un reemplazo en Irak?», me explicó una joven soldado de origen asiático cuyo marido también estaba destinado en Irak mientras la hija de ambos, de diez meses, se

criaba con los abuelos—, sino de la desproporcionada diferencia con respecto a los mercenarios.[77]

Antonio no era ninguno de ellos. Original de Puerto Rico, el joven de piel aceitunada y expresión risueña se encargaba del mostrador de gestión de visados de Ali Salem. En su vida no había tocado un arma ni tenía intención de hacerlo: lo suyo era el papeleo y la burocracia, como lo era para el resto de sus compañeros de mostrador: una docena de estadounidenses de diferentes orígenes que confesaban cobrar cifras impensables por trabajar lejos de su país. «Con lo que me pagan, estoy dispuesto a pasar aquí un par de años más. Eso me va a resolver la vida —decía Antonio enarcando las cejas—. He conseguido alquilar un piso en la ciudad de Kuwait. Duermo allí cada día, tengo una vida más allá de este desierto. Y estoy encantado», proseguía tras sus pequeñas gafas redondas mientras se deslizaba entre ordenadores e impresoras.

Unos metros más allá, en otra enorme carpa, una docena de contratistas se ocupaban del congestionado tráfico aéreo de la base. Redactaban listas de pasajeros, se encargaban de comunicar las cancelaciones, de cambiar los horarios, recordar medidas de seguridad y garantizar que cada viajero fuera en el vuelo correspondiente. En otro habitáculo, cuatro contratistas distribuían los catres en las tiendas de campaña a los soldados recién llegados a Kuwait. En la cantina, decenas de asiáticos (decían ser de Filipinas y Sri Lanka) preparaban y servían toneladas de comida para después limpiar bandejas, platos y cubiertos, adecentar las mesas y fregar el suelo.

La situación era la misma en las bases estadounidenses en Irak. Todas las labores que podían ser delegadas dependían de un «paraejército» de trabajadores atraídos por sueldos desorbitados, cuando eran occidentales, y simplemente dignos en el caso de los asiáticos. El vaciado de letrinas, la recogida de botellas con orines o misiones peligrosas como el levantamiento de muros antibombas o reparaciones en las carreteras interiores en las bases recaían en manos de contratistas de países con pocos recursos.

En los cuarteles, el perímetro —la zona más susceptible a ataques— no solía estar custodiado por estadounidenses: cuando aterricé en la base Prosperity, en Bagdad, los encargados eran ugandeses o peruanos —la mayoría, veteranos del ejército que encontraban una forma más lucrativa de sacar partido a su experiencia— mientras que en el norte del país la práctica totalidad eran ugandeses. Sus condiciones de vida eran incomparablemente más duras que los uniformados: vivían en las pequeñas garitas donde trabajan y mantenían sus posiciones fueran cuales fueran las circunstancias. Años

atrás, civiles de terceros países eran también contratados para conducir los camiones de suministros destinados a las bases aliadas, lo que los obligaba a atravesar todo un país levantado en armas contra la ocupación a bordo de un símbolo occidental sin más protección que su propia suerte. Muchos perecieron en ataques, y otros muchos fueron secuestrados y ejecutados.

En Ali Salem, todos parecíamos encontrarnos incómodos en un entorno temporal al que no nos queríamos habituar. Algunos uniformados me tomaban por contratista, un error del que no solía sacarles salvo que me preguntaran directamente por mi actividad. Implicaba ventajas, como una conversación más sincera con personas que presumían de sus visitas a Irak para obtener millonarios contratos de seguridad, a menudo vendiendo humo, **[78]** en una muestra de corrupción moral que atenazaba la garganta.

Una tormenta de arena demoró cuarenta y ocho horas mi salida a Bagdad, lo que permitió que me familiarizara con la base y sus restaurantes privados, las salas de recreo que amenizaban las esperas, gimnasios o las dependencias de televisión revestidas con pantallas de plasma donde se emitía lucha libre con una fijación casi obsesiva. El mercadillo semanal organizado por comerciantes kuwaitíes resultaba incomprensible. Una decena de puestos exhibían *saris* indios, marroquinería, cruces cristianas y efigies de la Virgen María talladas en madera o mármol e incluso alfombras tejidas con la representación de Jesucristo o *La última cena*, de Leonardo da Vinci. Los soldados deambulaban entre las baratijas en busca de presuntos recuerdos indiferentes al *made in China*.

Para comprar productos especializados ya estaban los PX, tiendas donde adquirir desde bebidas energéticas —se consumían como el agua— o tarros de proteína en polvo hasta ordenadores y videocámaras, pasando por todo tipo de parafernalia militar: cualquier cosa que hiciera el tiempo más llevadero a los soldados. Funcionaban con su propia moneda —una forma de no manejar efectivo—, una suerte de fichas de cartón plastificado con motivos militares válidos en los PX de todo el mundo. Subway, Popeye’s, Pizza Hut, Burger King e incluso Starbucks amenizaban la vida a los consumidores, como lo hacían las salas de recreo que, en ocasiones, incluían sala de cine: en la base Prosperity, situada frente al antiguo Palacio de la Guardia Republicana en Bagdad, había incluso máquina de palomitas en el acceso al anfiteatro, antiguamente propiedad de los acólitos de la dictadura. Los más afortunados disponían incluso de piscina, los menos, como los cuatrocientos ocupantes de la base McHenry, habitaban un cuartel levantado de la nada en un pantanal gélido durante el invierno que convertía las misiones en algo miserable.

Las bases tenían sus contradicciones, como la prohibición de fumar salvo en dependencias autorizadas, una estricta higiene a la hora de lavarse las manos que eternizaba el acceso a comedores —una forma de minimizar infecciones— o la normativa de tráfico que impedía circular a más de quince kilómetros por hora para prevenir accidentes, pero estaban meticulosamente diseñadas para hacer la vida más fácil a sus soldados. Paseando por aquellas mastodónticas instalaciones era imposible evitar pensar en el agravio comparativo con la realidad que se vivían unos metros más allá del último perímetro de seguridad, en el mundo real. Frente a la corriente eléctrica continua, el aire acondicionado, la escrupulosa higiene, los magníficos hospitales de campaña y comedores militares donde los domingos se servía marisco y langosta y cada día se podía elegir entre decenas de menús diferentes, desde comida sana hasta *fast food* pasando por comida italiana o mexicana o una selección de postres absurda (una caseta de Baskin-Robbins se encargaba de los helados), estaba el verdadero Irak. Allí, los cortes de electricidad se prolongaban veinte horas al día, el transporte público no funcionaba, el sistema sanitario se desmoronaba desgastado por el número de heridos y la ausencia de ONG, el paro superaba el 80 por ciento y los niños habían abandonado las escuelas para trabajar en la calle. El sistema de cupones de comida de la dictadura había sido sucedido por el mercado negro, la inflación y la escasez. En el segundo país con más petróleo del mundo, sus ciudadanos hacían colas de cinco horas para repostar siempre que pudieran pagar seiscientos dinares (treinta y cinco céntimos) por el mismo litro que hace tres años costaba veinte dinares. La invasión había disparado la corrupción —Transparency International consideraba a Irak el tercer país más corrupto del mundo gracias a la malversación de las inversiones estadounidenses— y las infraestructuras, dañadas durante la invasión, apenas habían comenzado a ser reparadas.

En los acantonamientos se ignoraba esa realidad. Los militares actuaban como si los iraquíes fueran parte del *atrezzo*, como si fueran extras de la película que cada uno de ellos protagonizaba, heroicos y sacrificados, a la espera de la salva de aplausos que les esperaba cuando regresaran a casa. Se relacionaban con ellos sin aprecio o empatía. Como si ya estuvieran muertos.

Cuando llegué a Maraz procedente de Bagdad, la cuarta base militar que pisaba en apenas cuatro días, no me cupo ninguna duda de que no era bienvenida. El trato frío y arrogante del comandante Stephen Holt, responsable de relaciones públicas del cuartel, situado cerca de Mosul, se deslizaba de cada una de sus palabras contrastando con una permanente

sonrisa que enmarcaba una perfecta hilera de dientes pequeños y blanqueados, y con la que cada una de sus negativas resultaban doblemente hipócritas. De corta estatura y constitución rotunda, Holt se pavoneaba entre sus subordinados acompañado de las visitas. El buen trato que habíamos mantenido en el breve intercambio de correos electrónicos que precedió a mi visita se había evaporado en la conversación inicial: desconocía por qué hasta que entré en su oficina, un abarrotado barracón donde varias mesas repletas de papeles compartían espacio con soldados desbordados, botes de proteína, bebidas energéticas y material de papelería. Un cartel me llamó la atención en el tablón de anuncios, donde las famosas cartas de naipes y los mapas militares tapaban la base de corcho. El anuncio versaba sobre cómo distinguir a periodistas afines de periodistas críticos con una sola clave, destacada en verde, amarillo o rojo, y decía algo así: «¿Se refiere a lo sucedido en 2003 con la palabra "intervención"? Probablemente sea afín, puedes relajarte porque está dispuesto a empatizar. ¿Emplea la palabra "sucesos"? Muy posiblemente sea una persona sin un juicio formado sobre lo ocurrido: dale tu punto de vista. ¿Habla de la "invasión" de Irak? Es tu enemigo, trátale como tal».

Eso explicaba que Holt, ojos azules y pelo rubio cortado al cepillo, estuviese minando metódicamente todos mis intentos por salir de la base para visitar el Irak real o por entrevistar a los iraquíes kurdos y árabes que participaban en las patrullas conjuntas, pese a mis ruegos. Su actitud era tan despótica que terminé quejándome a su superior, el teniente coronel Michael Jason, responsable de operaciones en la provincia de Ninive, quien autorizó sin ningún entusiasmo una visita a los barracones de las Fuerzas de Seguridad Combinadas, un experimento militar de Estados Unidos para evitar una nueva guerra en el norte de Irak y vigilar zonas objeto frecuente de los ataques suicidas lanzados por el Estado Islámico de Irak.

Era uno de los dilemas de los uniformados. La iniciativa de permitir a periodistas adscribirse a sus filas proporcionaba al ejército estadounidense una publicidad gratuita, una forma sencilla y eficaz de lavar la imagen de la invasión y un mecanismo de propaganda con el que justificar sus decisiones. Al menos, cuando los informadores sucumbían a la atractiva oferta de Washington sin cuestionarse el mensaje: desplazamientos internos, alojamiento, actividad de campo y acceso controlado al personal estadounidense, capaz de llenar de historias heroicas las páginas de los periódicos. Solo había un enorme, inconmensurable «pero»: toda la información a la que se accedía tenía como objetivo confirmar, letra por letra, las consignas de Washington. Si el periodista empotrado carecía de espíritu

crítico, desconocía qué ocurría fuera de las bases o no se cuestionaba la visión idílica que se le proporcionaba, su visión de Irak no tendría nada que ver con el propio Irak. Si ya había trabajado en la antigua Mesopotamia y conocía sus resortes internos, la información colateral que podía extraer de la experiencia resultaba única y no tenía por qué resultar positiva para Estados Unidos, sino más bien al contrario.

Las unidades conjuntas eran las encargadas de la seguridad en dieciséis lugares reivindicados por los kurdos como «territorios históricos», pese a encontrarse en provincias árabes fuera de la Región Autónoma del Kurdistán y ser habitadas por población multiétnica: cualquier iniciativa que implicase un trabajo conjunto entre diferentes fuerzas iraquíes, especialmente kurdas y árabes, me parecía lo bastante noticioso como para insistir en verlo.

Con las órdenes de Jason recién impartidas, Holt organizó esa misma tarde un convoy en dirección a la base de las Fuerzas Combinadas en Mosul, un complejo de barracones de madera donde convivían cincuenta oficiales del ejército, la policía iraquí y los peshmerga (combatientes kurdos). El coronel estadounidense Max Dietrich salió airado de su barracón al detectar la presencia de una civil en la base: tras intercambiar unas palabras subidas de tono con un cariacontecido Holt, que elevaba sus manos teatralizando su condición de víctima, y visiblemente molesto, accedió a autorizar la visita siempre que pudiera darme consignas previas, según las cuales sus fuerzas se comportaban «como una familia que convive, trabaja, come y duerme junta» y solo podía hablarse de un éxito de la iniciativa.

Dietrich se transformó en una molesta sombra que disuadía a más de un uniformado iraquí de pronunciarse con libertad. Comencé a deambular por los barracones en busca del personal, y lo primero que me sorprendió fue que los tres estamentos convivían por separado en el pequeño acuartelamiento. Habitaban dependencias lo suficientemente distantes para no cruzarse entre ellos y solo se relacionaban con sus compañeros de filas. No había camaradería, solo recelo e indiferencia.

Los responsables de las tres fuerzas tenían despachos —minúsculos y espartanos cubículos con mesa y sillas— idénticos y contiguos, lo cual hacía aún más pueril el hecho de que se empeñaran en recibirme por separado. Dietrich, con expresión taciturna y mueca de reprobación, se apostaba a mi espalda vigilando los términos de la conversación y no dudaba en intervenir reprochando comentarios, matizando declaraciones o incluso impidiendo a sus contrapartes iraquíes pronunciarse «en pos de la seguridad». El teniente coronel Hasam Fais, responsable de la policía en la Fuerza Combinada de

Mosul, estaba en cambio encantado con la inesperada visita en tan remoto paraje. «Me alegro de que venga a vernos, porque esta unidad es digna de contemplarse —se felicitó, ufano, mientras me animaba a sentarme—. Aquí trabajamos cristianos, chiíes, suníes y yazidíes como un solo equipo. Sin nosotros, no se podrían evitar los ataques de Al Qaeda», presumía.

Le pregunté por la experiencia en Talkeif, semanas atrás, cuando el gobernador de Ninive, árabe y enfrentado con los kurdos, estuvo a punto de ser linchado: el incidente se cobró detenciones entre las filas kurdas e implicó la congelación temporal de la participación kurda en las Fuerzas Combinadas. Fais agitó el aire con una mano. «Eso son problemas menores. Por el momento trabajamos bien juntos, aunque todo dependerá, por supuesto, de los resultados de las elecciones.» Salí del cubículo para entrar en la puerta contigua, donde una repetición del escenario me esperaba, esta vez con otro individuo sentado delante de la mesa: el comandante Ayad. Tras las consabidas presentaciones y fórmulas de cortesía, arrancó una breve conversación en la que se destilaba desconfianza hacia las partes. «No tenemos ningún problema con que los kurdos tengan su propia región, pero dentro de un solo Irak», resumió Ayad con toda una declaración de intenciones. Cuando salí para entrar, en solo dos zancadas, en el despacho del responsable peshmerga, el coronel Mohamed Baqr al Yusef, ya me sentía inmersa en una absurda comedia. Volví a presentarme, a explicar el motivo de mi visita, a recitar las cortesías de rigor y a formular las mismas preguntas. Yusef resultó ser el más honesto para exasperación de Dietrich, cuyo rostro adquiría una tonalidad púrpura a medida que avanzaban las entrevistas. «Digamos que la Fuerza Combinada funciona por ahora, pero todo depende de nuestros políticos. Si nos dan la orden, nos retiraremos», dijo sin ambages. El estadounidense entornó los ojos.

Era un flagrante encontronazo entre propaganda y realidad. La «bonita familia» que describía Dietrich tenía tanta basura bajo la alfombra como cualquier otra, pero en Irak las diferencias eran más susceptibles de ser resueltas con las armas que con el diálogo. Días después, un grupo de peshmergas tiroteaba el vehículo de un miembro del Consejo Provincial de Ninive, Qusay Abas, hiriéndolo de gravedad junto a dos familiares: el atentado se produjo a pocos metros de uno de los puestos de control conjuntos.

Recordé las declaraciones de un alto oficial del ejército iraquí en Mosul a quien había entrevistado días atrás en la base Maraz, el coronel Ali, principal asistente del general de la brigada iraquí que operaba en la región, un tipo

esquivo, laborioso y encorvado por la responsabilidad de un cargo que se le antojaba una labor titánica. Impuso como condición que no fuera acompañada por estadounidenses, no citar su apellido ni tomarle fotografías, pero a cambio me ofreció una honestidad aplastante. «Nuestra relación con los kurdos depende de que no rompan la unidad de Irak, pero no confiamos en ellos. No tenemos relación alguna con los peshmerga, salvo a través de la mediación estadounidense», me dijo durante el encuentro celebrado en su despacho de la base Maraz, una sórdida dependencia decorada con mapas captados por satélite y una pizarra blanca con los coordenadas y turnos, mobiliario en mal estado y un monitor que parpadeaba imágenes borrosas. Ali, de extrema delgadez y ojos hundidos, parecía ajeno al escenario. Sus ojos oscuros brillaban con una furia indefinible, dirigida más a un contexto que a un hecho o un individuo en concreto. «Es muy simple: los árabes queremos un Irak unido y los kurdos no. Creen que su Kurdistán estará seguro mientras Irak esté inseguro, pero las tornas cambiarán. Los kurdos siempre crean problemas a los árabes. Si se ponen en nuestra contra, les atacaremos.»

El coronel Ali había vivido la peor cara de la guerra civil. Fue secuestrado y torturado por el Estado Islámico de Irak, y solo se libró de su ejecución tras pagar una fuerte suma de dinero y jugar a la mentira de ser suní, una arriesgada fabulación que le salvó la vida. Juraba que volvería a Baaquba, su ciudad natal y escenario de aquellos hechos, para detener a sus captores, pero a él le daban tanto miedo los fanáticos suníes como los chiíes. «El Ejército del Mehdi y las Brigadas Badr son organizaciones terroristas apoyadas por Irán —me explicó sin parpadear mientras servía agua caliente en dos tazas de té, cuando le pregunté por la infiltración de milicianos religiosos—. Siguen presentes en las fuerzas de seguridad iraquíes, y lo seguirán estando mientras sigan recibiendo financiación iraní.» No era el único en compartir esa opinión. «Harán falta diez o veinte años para acabar con la infiltración de milicias en las fuerzas de seguridad», me explicaría días después en Tikrit, capital de la provincia de Salahadin, Abdula Ejbarah. General en tiempos de Sadam, Ejbarah era entonces miembro del Consejo Provincial y, como el resto de la institución, se oponía tanto a la invasión estadounidense y sus consecuencias como al asalto chií a las fuerzas de seguridad de Irak.

La infiltración de milicias en la policía y el ejército era otro de los extremos que los mandos norteamericanos relativizaban para justificar su salida de Irak. La consigna era «vender» en la prensa un país capacitado para defenderse de las amenazas internas y externas, y en ese sentido se definían muchas de las «actividades» organizadas para el periodista «empotrado».

Solo que la realidad, empecinada pese a los esfuerzos de maquillaje, insistía en mostrar otra cara muy diferente a la que era preparada cuidadosamente por los oficiales.

Los uniformados rebotaban anclados en sus asientos metálicos impávidos, como si fueran ajenos al pesado equipo militar y el armamento que cargaba su musculatura. El oteador permanecía de pie, con su arma reglamentaria golpeando insistentemente sus botas y mis propias extremidades inferiores. En el interior del Stryker[79] nadie parecía sufrir por las altas temperaturas que se registraban pese a los goterones de sudor que terminaban goteando del mentón. Tampoco les afectaban los baches del trazado que nos hacía rebotar contra el techo metálico, sacudiéndonos con violencia pese a los amarres y desplazando violentamente el armamento que reposaba a nuestros pies de un extremo al otro de la nave.

Algunos mascaban tabaco, muchos escuchaban rap o metal con los auriculares conectados al móvil: todos llevaban gafas de piloto con lentes anaranjadas con las que se protegían del polvo. Incluso a máximo volumen, el ruido ambiente del blindado amortiguaba la música hasta convertirla en un murmullo —en los helicópteros resultaba casi imperceptible— pero eso no les disuadía de hacer más llevaderos los desplazamientos. Mis intentos de iniciar una conversación se frustraban por el ruido ambiente. De pronto, el convoy aceleró la marcha, giró violentamente un par de veces y frenó en seco: la voz del capitán Joshua Brandon, al mando de la Segunda Compañía de la Brigada de Combate Stryker, se impuso dando instrucciones que todos parecían conocer de memoria. La parte trasera se abrió y los uniformados tomaron posiciones de combate: uno de ellos me sostuvo el brazo, impidiéndome bajar, hasta que se volvió a escuchar a Brandon. Me instó a saltar con él al exterior y, mediante señas, me animó a correr agachada hasta el interior de un edificio contiguo. El recinto estaba amurallado, pero eso no parecía infundir confianza a los estadounidenses: tampoco que el lugar fuera la principal sede de la policía de Baaquba, el mismo organismo que, decían, estaba totalmente capacitado para garantizar la seguridad de la ciudad.

Brandon, un corpulento oficial de porte sereno y tono amistoso, destilaba respeto por sus contrapartes. Su humildad y su tacto agradaba a los oficiales iraquíes, y eso le había ganado un visible aprecio entre sus interlocutores. Me guió rápidamente a un despacho, tras atravesar una sala donde varios oficiales iraquíes jugaban al *Call of Duty* en sus respectivos ordenadores. Detrás de la puerta, nos esperaba el coronel Salman Abdulrahman Qader, responsable del Primer Batallón de la 18 División del ejército iraquí, un individuo enjuto y

con bigote azabache que confesaba no salir nunca de su comisaría por miedo a un ataque. «Se puede decir que el ejército iraquí tiene el control del 90 por ciento de Baaquba. Hacemos registros casa por casa, y hemos aprehendido arsenales de armas, depósitos de explosivos… Pero sí: todas las milicias están presentes en Baaquba, y especialmente en Buhriz. Que no le quepa duda: aquí la situación es diferente del resto de Irak. Este es el sitio más peligroso de todo el país», afirmaba Qader con pasmosa naturalidad ante la mirada resignada de Brandon.

Puede que Baaquba, capital de la provincia suní de Diyala, no fuera el mejor ejemplo de Irak: estadounidenses y británicos coincidían en que era el foco de resistencia más activo del país. El abandono de sus calles, desiertas y cubiertas por basura, recordaba al Irak de años atrás, cuando la guerra civil paralizó los servicios básicos convirtiendo el país en un camposanto. El nauseabundo olor a putrefacción delataba la presencia de animales muertos. Los miembros de la Brigada de Combate Stryker accedieron a aventurarse al exterior: con pequeñas cámaras rastreaban cada montículo de basura y de tierra en busca de IED: a las tres de la tarde, una horda de escolares tomó las calles para desvanecerse minutos después y devolver la quietud al cementerio donde residían.

Pusimos rumbo a Buhriz, una localidad especialmente conflictiva situada a solo diez kilómetros, popularmente conocida como «la capital de las milicias». Según Brandon, solo su unidad de combate visitaba aún aquel enclave, abandonado, inhóspito y violento. Les pedí transitar por las calles: los escasos signos de vida del mercado eran varios comerciantes, malencarados y desconfiados, que nos seguían con miradas colmadas de recelo. Los puestos eran desoladores, mal abastecidos, con vegetales y fruta en terrible estado. «Todo esto, en Estados Unidos, estaría en el contenedor del supermercado», me comentó un uniformado mientras miraba sorprendido a su alrededor. En el puesto que ejercía de carnicería, una nube de moscas se arremolinaba sobre una pieza de cordero que exhalaba un dudoso olor, para disgusto de los soldados. Algunos niños vendían gasolina en botellas de refresco.

Intenté seguir los pasos a una mujer con *abaya* que arrastraba a un niño de unos seis años de la mano. Animada por la presencia de una mujer extranjera, apenas me susurró unas palabras. «Dicen que ya no hay milicias, pero seguimos teniendo miedo —contaba sin aflojar la marcha. Los soldados comenzaron a seguirme con cierta turbación—. Por el día hay policía, por la noche nadie sale a las calles. ¿Qué les va a impedir regresar y hacerse fuertes?

¿Los agentes? Ellos son su principal objetivo», continuó aquella mujer, cada vez más inquieta por los uniformes que nos rodeaban, antes de disculparse con la mirada y desaparecer bajo la túnica por un callejón miserable.

Buhriz no había logrado por aquel entonces librarse de la presencia del Estado Islámico de Irak ni del resto de grupos armados. La constelación de milicias que operaban en este terreno de edificios desfigurados por la metralla era tan grande que parecía imposible que todos conviviesen en el mismo espacio con setenta y dos mil personas atrapadas por el miedo. En Baaquba, seiscientos mil residentes lo desafiaban cada mañana para ganarse la vida pese a la amenaza que representaban los milicianos.

El teniente coronel Amer Ahmed Diwasalem nos recibió en un sórdido despacho decorado con un mural gigante de una selva tropical, atrincherado en una base policial bien protegida a las afueras de Buhriz. Contaba que el inmueble era antes la «alcaldía» de Al Qaeda, en los años negros en los que los fundamentalistas crearon su estado islámico en la región. «El alcalde era un mufti extremista», se rió con desgana. Me miró con gesto de eterno cansancio, pero parecía querer agradar a Brandon: ante la insistencia de la periodista Diwasalem suspiró, se colocó las gafas y sacó un cuaderno que repasó con un solícito dedo. «A ver, a ver… En mi territorio operan las brigadas de la Revolución del 20, el Ejército de los Muyahidin, el Ejército de los Murabatin, el Ejército de los Rashidin, Hamas al Iraq, Al Qasl al Hadel, Ansar al Sunna, Ansar al Islam… —recitó con la tenacidad de un escolar—. Esos son los que están asociados de alguna forma con Al Qaeda, y luego están los Naqshabandi.» Brandon desvió la mirada, incómodo ante la realidad. Su país basaba su calendario de retirada en que las fuerzas iraquíes estaban listas para controlar el país, pero nadie coincidía con esa opinión.

La notable presencia de milicias, en especial fieles a Al Qaeda, no eran problemas accesorios, pero el verdadero caballo de Troya eran las fuerzas de seguridad. «No les pagan como a un ejército occidental. Muchos no saber leer ni escribir. No tienen entrenamiento ni equipamiento adecuado», me confesó un teniente general estadounidense *off the record*. Era un argumento que también defendían muchos mandos iraquíes. «Las ISF[80] no estamos preparadas. Nos falta soporte aéreo, y a Al Qaeda lo único que le disuaden son los aviones», me explicó el coronel Qader en Baaquba. En Tikrit, el general Isa Abed Mahmud, a cargo de la policía provincial, me había transmitido días antes su preocupación por el calendario estadounidense. «No somos lo bastante fuertes para controlar la situación, nuestra fuerza depende de los americanos. En cuanto se vayan tendremos problemas. Las milicias

siguen en el seno de las ISF. Mientras no haya un Gobierno fuerte, estamos perdidos.»

La falta de preparación era flagrante: uno de los antiguos palacios de Sadam de Tikrit había sido convertido en la sede de las RDU, fuerzas especiales de la policía, y uno de sus mandos me invitó a visitarlo. En uno de sus lujosos salones, ahora en decrépito estado, una veintena de hombres dormitaba al mediodía en ropa interior tumbados en sus catres. Solo tres permanecían despiertos frente a un monitor que emitía telenovelas árabes. Ninguno se incorporó a la llegada de su superior, la visitante y sus acompañantes estadounidenses. Pregunté a uno de ellos a qué unidad pertenecían. «Somos las fuerzas especiales. Nuestra misión es hacer la guerra», respondió sin desviar la mirada de la pantalla, derrengado en un sillón, antes de inhalar una bocanada de humo al narguile que tenía entre las manos.

Un coronel estadounidense que me acompañaba terminó describiéndome, en un arranque de sinceridad y desolación, a los mandos a los que me había presentado en los siguientes términos. «Este es el equivalente al tonto del pueblo.» «Aquel trabaja para una facción política.» «Ese acaba de salir de prisión tras dos meses de cárcel por recibir sobornos.» Se hizo un pesado silencio. «Aquí no hay ángeles», añadió mientras ambos caminábamos, acompañados de una traductora, atravesando los otrora magníficos jardines que un día fueron cuidados por un ejército de personas y que ahora se presentaban yermos.

En el antiguo palacio presidencial de Sadam Husein de Tikrit nos esperaba el teniente coronel Jaled, responsable de los antidisturbios de la policía. Calvo, grueso, con el típico bigote que caracteriza a los militares y espías árabes y mirada bovina, para Jaled la principal preocupación que oscurecía su vida no era Al Qaeda, el grupo que mató a su hermano pocos meses atrás, sino su matrimonio. «Verá: no soporto a mi mujer. Incluso he ido a ver al jeque para pedirle que emita una fetua que me permita matarla para poner fin a mi sufrimiento, pero no accede. Y cada noche tengo que ver su gorda y fea cara al regresar a casa.» Lo contaba entre risas, como si todo fuera un elaborado y sesudo chiste con el que desatar carcajadas entre la audiencia. Impávido, el estadounidense que le servía de interlocutor apuraba un cigarro para encenderse otro. No encontraba una respuesta para las tribulaciones del teniente coronel, heredero del cargo que ocupaba —por méritos, aparentemente— su hermano hasta ser asesinado: sencillamente, no tenía palabras. Sí las tuvo a la salida de la estancia cuando, alarmada, le interrogué

sobre la capacidad profesional del hombre que buscaba justificaciones para matar a su esposa. «Hemos buscado lo mejor entre lo peor para crear el nuevo ejército iraquí. Parece que no hemos acertado», confesó cariacontecido. Jaled irrumpió de nuevo, asomando su rubicunda cara por la puerta. «Esperen que alguien les escolte al exterior», dijo. El encargado de hacerlo era un niño de no más de quince años embutido en un uniforme militar con boina a juego. «Es mi sobrino», dijo ufano el teniente coronel.

Un día después fui invitada a un encuentro periódico de seguridad en Tikrit, en el que las fuerzas locales compartían información y accedían al asesoramiento estadounidense, quienes a su vez tenían oportunidad de constatar la evolución de su contraparte árabe. No habían pasado ni treinta minutos desde el inicio de la reunión y el cráneo pelado del teniente Joshua Jeffrers, responsable estadounidense de inteligencia para la provincia de Salahadin, ya estaba perlado por gotas de sudor. Ante él, catorce altos oficiales iraquíes, los máximos responsables de la seguridad de la provincia, desgranaban sus últimos logros militares.

—Y también encontramos un coche bomba con dos ocupantes dentro, señor.

—¿Dónde están los detenidos? —preguntaba Jeffrers.

—Un juez los liberó, señor —contestó imperturbable su contraparte.

—¿Que han liberado a los cuatro ocupantes de un coche cargado de explosivos? Pero ¿por qué? ¿Por qué no se me ha informado de eso? ¿Y qué ocurrió con el coche?

El rostro congestionado de Jeffrers parecía a punto de estallar.

—Lo detonamos, señor —adujo uno de los iraquíes, como si dijese una obviedad.

Para entonces, Jeffrers había adquirido una tonalidad púrpura y su boca temblaba de pura ira.

—¿Que lo han detonado? ¿Por qué lo han detonado? ¿Me lo puede explicar alguien?

Los iraquíes se miraron entre ellos con una mezcla de indiferencia y hastío.

—Para evitar víctimas, señor —aseveró uno.

—¿Y cómo piensan buscar huellas? ¿Cómo van a encontrar pruebas que les lleven a quienes prepararon los explosivos? ¿No recuerdan nada de lo que hemos aprendido en las reuniones anteriores? —estalló por fin.

Al fondo de la sala, sentado a mi lado, el capitán de la Segunda Brigada de Artillería de Fort Riley, Texas, Robert «Bubba» Cain, se revolvía en el

sillón desde el que observaba el encuentro junto con varios de sus oficiales, mirando con recelo mis notas. Hacía un esfuerzo notable de contención que sus hombres le agradecían con gestos de apaciguamiento. «Si no hubieras estado aquí, habría saltado de la silla a gritos —confesaría el capitán al término de la reunión—. En cada reunión pasa lo mismo: hay que volver a repasar lo aprendido y convencerles de que deben colaborar entre ellos, que no se trata de ganar puntos de forma personal sino de proteger a la comunidad. Pero no lo conseguimos. Hay que tener en cuenta, de todas formas, que estos oficiales son lo mejor dentro de lo peor. Todos están salpicados por algo sucio.»

Era muy joven, de tez clara, y parecía destinada a ser bailarina: espigada, delicada y a la vez capaz de someterse a los mayores suplicios en pos de una incomprensible terquedad. De su melena rubia, recogida en la nuca, se escapaban rizos dorados. Sus ojos azules estaban al borde de las lágrimas y su delgadez extrema hacía temer que se desmoronase vencida por el pesado chaleco antibalas, la mochila militar con sus pertenencias que cargaba a su espalda, el reluciente M-16 que sostenía entre sus temblorosas manos y el casco, que parecía demasiado grande para su pequeño cráneo y que se empeñaba en ladearse, dificultando la visión de su ojo derecho y agravando un poco más la situación por la que estaba pasando.

Me sorprendí mirándola, apesadumbrada por su debilidad e intrigada por los motivos que habrían llevado hasta Irak a aquel ser indefenso y aterrorizado, mientras las dos esperábamos el helicóptero militar que debía trasladarnos desde la base Prosperity, en Bagdad. Por motivos de seguridad yo desconocía cuál era siguiente destino. Nos habían comunicado que la nave aterrizaría en cualquier momento y que, en cuanto tocase tierra, deberíamos abordarla sin dilación para volver a despegar, así que ninguna de las dos nos atrevíamos a desembarazarnos del equipaje y del equipo de seguridad que acarreábamos; yo, sin embargo, me senté en un bordillo, con la esperanza de tener equilibrio para volver a levantarme, para acometer la espera. Si algo tenía claro era que la mayor parte del tiempo transcurría en un eterno retraso hasta encontrar espacio en el impredecible transporte militar.

La joven soldado me miró, casi envidiosa. Le hice un ademán con la cabeza a modo de saludo, al que respondió cohibida.

—¿Es tu primera misión? —le pregunté sonriendo.

Ella asintió, con la cara demudada.

—¿Para ti también? No vas de uniforme. ¿Eres contratista? —me preguntó con voz ahogada.

Le expliqué que era periodista y que era la primera vez que trabajaba adscrita a sus tropas, y soltó un chasquido de fastidio para volver a escrutar el aire en busca del helicóptero que ya se retrasaba una hora, molesta por tratar con un ser que solo podía ocasionarle problemas en el contexto militar.

—¿Sabes al menos a dónde vamos? —dijo, evitando mi mirada.

Mi negativa pareció agudizar su sensación de orfandad.

Los minutos se nos escapaban sin posibilidad de matar el tiempo, sin conversación posible ni química que compartir, mientras el polvo iraquí se aposentaba en nuestras pertenencias y en los pilones amontonados en la pista de aterrizaje. Súbitamente, el sonido de las hélices rompiendo el aire llenó el ambiente y nos colmó los oídos. En pocos segundos, los soldados del interior del vehículo nos animaban con gestos a entrar y anclarnos a los asientos. Estaba anocheciendo en Bagdad. El helicóptero retomó el vuelo, con los tiradores apostados en las dos puertas, soportando con estoicismo la gélida corriente de aire que nos arrancaba lágrimas a ambas pasajeras. Tanteé mi mochila en busca de una bufanda y un pañuelo: me enrollé el segundo en la cara y le ofrecí la primera a la joven, sentada a mi lado. Me miró con humildad, haciendo un mohín, al recogerlo: nunca supe si de frío o de gratitud. El oficial que compartía la cabina con nosotras nos miró extrañado: deduje que no era muy común ayudar a los primerizos.

Recordé a aquella uniformada varias veces a lo largo del viaje porque parecía encarnar al soldado medio enviado por Estados Unidos para invadir Irak: inexperto, quebrado por el miedo, sin conocimientos geográficos, religiosos o culturales que le permitieran comprender la historia que se aprestaba a vivir pero, por encima de todo, sin ningún deseo de aprender. Su principal motivación era la económica, los beneficios que le reportaría su misión al regreso a casa. Salvo notables excepciones, sobre todo entre los mandos, la mayoría de los uniformados carecían de cultura general. Me disponía a participar en una patrulla en Mosul cuando los soldados que me acompañaban a bordo del blindado que me habían asignado, divertidos por la presencia de la extranjera, me abordaron. «¿Para quién trabajas? ¿Barras y estrellas?», me interrogó uno. «No, no… Soy española», respondí. «¿Española? ¿De qué país?», inquirió un segundo soldado.

En el transcurso de aquellas semanas tuve ocasión de escuchar las preguntas más inverosímiles, algunas cargadas de ingenuidad —«¿Sabes lo que es un jeque?», o «¿Sabes qué significa *inshallah*?»— y otras colmadas de ignorancia con un toque de malicia. En la base Maraz, cerca de Mosul, una oficial estadounidense aprovechó la hora de la comida para adoctrinarme: un

alegato a favor de la invasión donde todos los tópicos que creía desterrados, desde la alianza de Sadam con Bin Laden hasta el peligro de su (inexistente) arsenal de armas prohibidas pasando por la responsabilidad de Bagdad en el ataque contra las Torres Gemelas, cobraban un vigor inusitado. Escuché educada, sin responder, ante la imposibilidad de mantener un diálogo razonable, algo que ella interpretó como un asentimiento. «¿Por qué los musulmanes quieren matar a todos los occidentales? ¿Está escrito en el Corán?», me preguntó con sincera curiosidad. «¿De dónde has sacado que nos quieren matar?», pregunté. «Eso es lo que todo el mundo dice», argumentó extrañada.

El «nosotros contra ellos» empañaba cada conversación acerca del Irak real. Los soldados percibían a la población iraquí como un conjunto de extremistas, potenciales terroristas a la espera de la más remota posibilidad de asesinar occidentales. Era inútil humanizar a la población o explicar las diferencias entre radicales y musulmanes, de milicianos y civiles, porque no deseaban escucharlo. Sin embargo, sorprendía que ellos se escudaran en su religión como lo podrían hacer sus enemigos del Estado Islámico de Irak.

El hombre más conocido de la base Maraz no era Jason, sino el capellán Luis Anda. Todos los soldados saludaban con respeto a un clérigo baptista que no solo se encargaba del oficio religioso: también actuaba de psicólogo y en cierta forma de monitor de tiempo libre, organizando actividades para la tropa cada domingo: fue él quien me acompañó al monasterio de San Elías[81], un templo cristiano del siglo VI protegido por el perímetro de la base y convertido en una atracción turística para los soldados de su cuartel.

En cada acuartelamiento, el capellán era una figura venerada por los soldados. En el barracón que funcionaba como templo siempre había actividad y uniformados errantes a la espera de poder compartir algunos minutos con el clérigo; las biblias eran comunes en manos de muchos soldados. En la base Speicher, durante mi estancia llegó un contenedor con cajas de cartón recibidas con alborozo por los soldados: las enviaba la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días y contenían chucherías, libros mormones y artículos de higiene. Las sesiones informativas que precedían a cualquier salida de la base, donde se dictaban las normas de comportamiento y se explicaba la misión, solían incluir consignas cristianas. En uno de los blindados que me trasladaba en Kirkuk, dos fusiles de asalto llamaron mi atención: en sendas culatas podían leerse versículos de la Biblia, grabados de fábrica: me recordaron poderosamente a los informes elaborados por el

exsecretario de Estado Donald Rumsfeld para su presidente, George W. Bush, quien se apoyaba en citas bíblicas para justificar la invasión militar de Irak.

Cruces doradas en el pecho y tatuajes religiosos delimitaban aún más aquel invisible «nosotros contra ellos» que tanto ampliaba la brecha entre invasores e invadidos. Solo encontré cierta empatía por los iraquíes en algunos mandos como el teniente coronel Jason, responsable de operaciones en la base Maraz: «Si yo hubiera nacido iraquí, me habría enrolado en la insurgencia», me confesó tras una larga conversación. Le pregunté por el cúmulo de errores que habían acompañado la gestión del Irak ocupado y por sus consecuencias, por el legado que le dejaba su país a Irak, y Jason miró al suelo consternado. «La historia juzgará a quienes tomaron decisiones en 2003», auguró cuando por fin me devolvió una mirada cargada de culpa.

30

La Siria de Bashar, retaguardia de la insurgencia iraquí



Damasco, 2007-2009

A medida que el bebé emitía enternecedores gorjeos, encantado de la atención que se le profesaba en la diminuta y oscura estancia, los ojos de Ahmed se empañaban de lágrimas de pura emoción. Su rostro picado de viruela, definido con el bigote baazista que le daba cierto aire de villano cinematográfico, ya no presentaba el pesar y el rencor que le acompañaban en nuestro primer encuentro, años atrás en Bagdad, cuando le entrevisté junto a otros combatientes de Ansar al Sunna y juraba combatir hasta la muerte contra los invasores. El hombre que tenía delante era otro Ahmed, con sus ojos oscuros y profundos iluminados por la presencia del crío. Se volvió hacia su esposa, Zahara, que sonreía embobada a la criatura mientras acariciaba su propio vientre embarazado de cinco meses, y susurró con amor en su oído palabras que fueron correspondidas con una mirada llena de promesas y complicidad.

Me resultó extraño observar aquel corpachón interactuando con mi hijo en su refugio de Damasco, como si fuera un tío lejano al que era complicado encontrar, por fin entusiasmado con algo que no fuera el final de la invasión. Cuatro años después de comenzar su propia guerra contra Estados Unidos, Ahmed tenía otra determinación muy distinta y tan absorbente como la anterior: ser padre. «Pasé un año en prisión, en el penal de Al Muthana, acusado de terrorismo. Y cuando por fin me excarcelaron, no encontraba sentido a mi vida —me relató cuando dejamos al niño con las mujeres en la habitación contigua para repasar lo acontecido en los años que habían transcurrido desde nuestro último encuentro—. Me torturaron hasta dejarme secuelas físicas. No podía concebir hijos y la idea me atormentaba. Llevamos doce años casados, y de pronto comprendí que solo un hijo daría sentido a mi vida —prosiguió enarcando las cejas y sonriendo travieso, buscando a su esposa de reojo—. Así que vendimos los muebles y las joyas y decidimos venir a Damasco. El tratamiento nos costó cuatro mil euros, y es la mejor inversión que nunca pudimos haber imaginado», remataba con la mirada absorta en el vientre de Zahara.

Ahmed era uno de tantos cientos de miles de iraquíes que, en 2007, se refugiaban en Siria de la guerra y uno de los cientos que buscaba vida en una de las quince clínicas de fertilidad del país, huyendo de la inseguridad y del maltrecho sector sanitario de Irak, cuyos profesionales habían huido en las diferentes etapas del conflicto en busca de un futuro que les garantizase su mera supervivencia. Había pasado por el Centro Oriental, una de las clínicas de fecundidad más prestigiosas, donde el doctor Ahmed Furani, uno de sus

responsables, me había ilustrado con datos: desde la fundación del hospital, habían facilitado el nacimiento de tres mil bebés: de ellos, unos ochocientos eran iraquíes, y la cifra iba en aumento gracias al boca a boca.

El doctor Furani explicaba que, en el caso de los iraquíes, la esterilidad masculina era muy superior a la de los sirios a causa «del estrés, el uso de pesticidas y las armas químicas o de uranio empleadas en las sucesivas guerras». En Damasco residía el milagro de la vida, y cada vez más combatientes atravesaban la frontera en busca de la concepción. A Omar le había conocido en Bagdad, años atrás, semanas después de ser excarcelado de Abu Ghraib acusado de terrorismo. Terminó siendo puesto en libertad para reencontrarse con su esposa Hoda, con la que había compartido quince años de matrimonio sin hijos. El día a día de la invasión, los coches bomba y la violencia sectaria oscurecían sus vidas condenándolas a una atroz desesperanza hasta que, un día, la hermana de Hoda regresó de un viaje a Damasco con la noticia que les cambió las vidas: un inesperado embarazo facilitado por una clínica especializada que les devolvió la esperanza. «Este ha sido mi sueño todo este tiempo —me confesó en el apartamento alquilado en el barrio damasceno de Qudsiya, donde se hacinaban decenas de miles de refugiados iraquíes—. La resistencia está ahora en un segundo plano en mi vida. Lo que más deseo en el mundo es ver el rostro de mi hijo.»

El fenómeno y el calvario en sí que tenían que superar los iraquíes, atravesando el país en guerra para buscar vida en Damasco, me parecía tan fascinante como el número de combatientes que acudían con sus esposas a estos centros, hartos de la perspectiva de una vida en conflicto perpetuo de la que nadie ganaba más que la muerte. El tráfico de milicianos no pasaba desapercibido al visitante en un país donde las fronteras estaban estrictamente controladas por el régimen. Si tenían esa facilidad de movimientos era porque el Gobierno sirio lo permitía, y las razones humanitarias nunca son una prioridad en las dictaduras.

Las calles de Damasco estaban llenas de rostros iraquíes en aquel verano. Los refugiados rehacían sus vidas con la dificultad de la penuria económica tras huir de años de violencia extrema en su Irak natal con la connivencia del régimen sirio, que presumía de generosidad acogiendo a casi dos millones de personas, una cifra que dejaba al país con las costuras a punto de reventar y que no distinguía entre civiles y combatientes. En las estaciones de autobús era posible observar el tráfico de yihadistas que ponían rumbo a Irak, provenientes de todo el mundo, desde Arabia Saudí hasta Yemen, Túnez o Libia, bajo la omnipresente mirada de los agentes de la Mujabarat que

paseaban, con ademán distraído y un control absoluto de la situación, por cada calle y cada esquina de la capital.

Parecía imposible que nada se escapase al control del régimen. A finales de marzo de 2008, durante la celebración de la Cumbre de la Liga Árabe, el centro de Damasco fue literalmente tomado por personal civil de seguridad que, con trajes recién estrenados e idénticos entre ellos, oscuros y desfasados, observaban ceñudos cada movimiento que tenía lugar en las calles. Su presencia era tan masiva que podían cortar el tráfico de avenidas enteras en pocos minutos cada vez que un convoy oficial de las delegaciones participantes se aprestaba a atravesar la capital. En el hotel Omeyad, donde las autoridades me habían asignado la estancia —como ocurría en el Irak de Sadam, el hospedaje era decidido por el régimen, probablemente para facilitar la vigilancia de sus huéspedes— en la habitación encontré un ramo de rosas enviadas por el ministro de Información sirio, Mohsen Bilal, dispuestas en un jarrón de mi cuarto antes incluso de que me registrara en el hotel. Curiosamente, siempre me asignaron la misma habitación a lo largo de los años.

Conocía a Bilal, que me citaba en el ministerio, desde que fue embajador sirio en Madrid: cirujano alauí y destacado baazista formado en Italia, conservaba en su larga sesentena los aires de gigoló que sin duda tuvo en su juventud, durante la cual estuvo comprometido con Bushra al Asad, hermana mayor del presidente Bashar, antes de que esta decidiera anular la unión para casarse con Assef Shawkat.[82]

El régimen hablaba con soltura por la boca del ministro, de melena canosa, rasgos cincelados y dientes blanqueados, que gustaba de la compañía de los reporteros extranjeros a los que permitía el acceso al país para incidir en el carácter cosmopolita del que tanto presumía. Cuando llegué a su despacho, una lujosa y gigantesca estancia presidida por retratos de Bashar al Asad y fotografías del propio Bilal con dirigentes de la izquierda internacional, el ministro salió al paso de las acusaciones de Estados Unidos según las cuales Siria facilitaba el tránsito de los yihadistas internacionales rumbo a Irak. «No, no, no… —repetía negando con la cabeza con su habitual tono paternalista—. Los terroristas que se infiltran por nuestras fronteras son una mínima parte —decía aproximando sus dedos índice y pulgar, como si cogiera una mosca en el aire, para incidir en la veracidad de sus palabras—. Lo que Siria está haciendo es acoger a casi dos millones de hermanos, que no refugiados, que se quedan con nosotros de forma provisional por su seguridad —insistió, entonando el mensaje oficial que enviaba al mundo el régimen de

Damasco—. Es nuestra obligación como árabes. Pero su presencia nos hace reforzar nuestra oposición a la política de George W. Bush: ellos hacen la guerra, nosotros pagamos las consecuencias y luego se nos acusa de terrorismo y nos amenazan», añadía el ministro enturbiando su expresión.

Nunca habría admitido la doble y perversa política que aplicaba Siria hacia Irak, donde alentaba la resistencia contra la invasión incluso cuando esta fomentaba el extremismo islámico. Siria se había unido a los radicales en el interés común de expulsar a los ocupantes. Los flirteos de Damasco con grupos armados databan de 2003 y se habían sofisticado con el paso de los años. Como explicó el jefe de la inteligencia siria Ali Mamluk en una conversación con el secretario del Departamento de Estado para el contraterrorismo norteamericano, Daniel Benjamin, «en principio, nosotros no matamos ni atacamos [a los yihadistas] inmediatamente. Al contrario, los integramos entre nosotros y solo en el momento que consideramos oportuno realizamos nuestra jugada».[83]

La estrategia desconcertaba incluso a los islamistas, como le ocurrió a Abu Ibrahim, número dos de Mohamed al Ghasi, «Abu Qaqaa», líder de Ghurabaa al Sham y protegido por el régimen sirio pese a la virulencia de su discurso. El propio Abu Ibrahim estaba descolocado por la permisividad de las autoridades sirias hacia la abierta radicalización del grupo, que promovía la *sharia* públicamente, defendía los atentados suicidas y facilitaba el paso de yihadistas destinados a integrarse en las filas del Estado Islámico de Irak. «Pregunté al jeque por qué [el régimen] no nos arrestaba. Me contestó que eso ocurre porque no decimos nada contra el Gobierno, porque nos concentramos en el enemigo común, Estados Unidos e Israel, y que las barbas y las divisas militares están en el mismo bando», declaró Abu Ibrahim al periodista iraquí Ghaith Abdel Ahad en el año 2005, entrevistado en Alepo.[84]

El caso de Ghurabaa al Sham era paradigmático: con solo un millar de hombres, organizaba festivales populares donde se reclamaba el asesinato de judíos y *takfiris* con la asistencia de oficiales del régimen, y llegó a imponer algunos aspectos de la *sharia* en algunos barrios de Alepo gracias a sus patrullas nocturnas sin que las autoridades lo consideraran una amenaza para la liberal sociedad de la principal ciudad comercial de Siria. Permitiendo sus actividades y la de otros grupúsculos similares, la dictadura de Bashar ayudaba a transferir al país vecino yihadistas internacionales, consagrándose así ante los árabes como defensor de la legítima resistencia iraquí contra los ocupantes pero amparando la radicalización religiosa: el gran mufti de Damasco, el jeque Ahmad Kaftaru, llegó a emitir una fetua llamando a todos

los musulmanes a luchar contra los infieles de la forma que fuera, incluyendo los atentados suicidas, con el visto bueno de las autoridades. El régimen fue acusado por Washington de reclutar voluntarios para Irak, como lo fue su ala libanesa: comprobé el tránsito de combatientes de Hizbulá en Irak al entrevistarme en hospitales con heridos libaneses que habían acudido a ayudar a sus hermanos con el salvoconducto sirio.

Los cerca de seiscientos kilómetros de frontera entre Siria e Irak, históricamente una zona de contrabandistas, eran la entrada idónea para los candidatos al martirio llegados desde todo el mundo, sobre todo tras la disolución de las fuerzas armadas iraquíes, que incluían a treinta y cinco mil guardias fronterizos. Pero la presión estadounidense, que veía cómo esa linde era responsable de la creciente presencia de suicidas atacando a sus tropas en Irak, no tardó en tener respuesta. Bashar al Asad, experto en dobles juegos, ofreció su «cooperación antiterrorista» a Estados Unidos y, en 2005, comenzaron los arrestos de destacados salafistas. El propio Abu Ibrahim sufrió ese destino para ser liberado poco después con un mensaje: «El tráfico de combatientes debe cesar». No lo hizo, pero se convirtió en una maquinaria clandestina igualmente permitida por las astutas autoridades sirias,[85] como confesaron algunos líderes de Estado Islámico detenidos, como el saudí Mohamed Hasan al Shamari, emir en Diyala: detalló cómo había llegado a Irak tras ser recibido por miembros del Estado Islámico en Siria y ser entrenado en un campamento militar de los extremistas bien conocido por la inteligencia de Damasco.[86] En 2007, la inteligencia norteamericana estimaba que entre el 85 y el 90 por ciento de los yihadistas en Irak habían accedido desde Siria, como sucedía con el 90 por ciento de los suicidas.[87] A cambio de su «ayuda» contra el tráfico de «terroristas», Siria obtuvo réditos: fueron extraditados a territorio sirio individuos tan destacados de Al Qaeda como Mustafa Setmarian Nasar, «Abu Musab al Suri», arrestado en Queta (Pakistán) y desaparecido desde entonces.[88]

El auge y caída del Estado Islámico de Irak, en 2007 y 2008, implicó sin embargo un efecto retroceso indeseable para el régimen de Bashar al Asad. Yihadistas bien formados y radicalizados, que consideraban apóstatas a los alauíes que controlaban Damasco, estaban siendo expulsados por los Sahwat iraquíes y solo tenían una salida posible: Siria. Muchos fueron detenidos y más tarde excarcelados, otros fueron enviados a lo que Siria siempre ha considerado una provincia malcriada y rebelde: el Líbano, y muy en concreto a sus campos de refugiados como Ain al Hilweh y Nahr al Bared, donde podían radicalizar a muchos más suníes desesperados. La exportación de

elementos potencialmente desestabilizadores fue sabiamente administrada para ejercer daño a los enemigos del régimen.

«Una extraña relación se estableció entre los generales sirios, los yihadistas internacionales y los oficiales iraquíes que habían sido leales a Sadam, una aventura conjunta entre enemigos mortales que se encontraron repetidamente al oeste de Damasco. Al principio, el objetivo primordial era hacer un infierno de las vidas de los estadounidenses en Irak», escribía el periodista alemán Christoph Reuter, uno de los más reconocidos expertos en Siria. En un galardonado artículo publicado en *Der Spiegel*, Reuter desgranaba los documentos privados pertenecientes a Samir Abd Mohamed al Jlifawi, más conocido como Haji Baqr, el estratega del Estado Islámico de Irak, a los que había accedido después de que el fuera asesinado por rebeldes sirios. Antiguo coronel de la fuerza aérea iraquí, Haji Baqr dejó, emparedado en su vivienda, un legado esclarecedor, el esquema de cómo debía ser la sociedad regida por el Estado Islámico, pero también las pruebas de una década de contactos con los servicios de espionaje de Bashar al Asad.

«La alianza tenía cierta lógica cuando ambos, islamistas y baazistas sirios, compartían el interés común de luchar contra los «cruzados» pero cambió de sentido cuando el régimen de Damasco tornó sus armas contra sus propios suníes, extendiendo el vasto territorio donde se libraba la yihad hasta su propia tierra. La represión de Asad consagró Bilad al Sham, la Gran Siria, como la promesa divina del resurgir del verdadero estado islámico,[89] atrayendo a nuevos yihadistas de todo el mundo», proseguía el artículo. «Diez años después, Bashar al Asad tenía un motivo diferente para insuflar nuevos aires a la alianza: convertirse a sí mismo en el mejor de los villanos —escribía Reuter—. El terror islamista, cuanto más horrible mejor, era demasiado importante para dejárselo a los terroristas. La relación del régimen con el Estado Islámico está marcada —como lo fue en la década anterior— por un pragmatismo absoluto: ambas partes se usan mutuamente asumiendo que terminarán haciéndose con un poder mayor, capaz de derrotar al discreto colaborador de ayer».[90]

En Siria cabían radicales y moderados, cualquiera que se opusiera a la política estadounidense en la región, en una estrategia arriesgada que el ministro Bilal consideraba una prueba más de la magnanimidad del régimen damasceno. «Estados Unidos invadió Irak para quedarse con su petróleo, garantizar la protección a Israel y asegurar su posición geoestratégica. Ya hemos visto lo que trae la democracia en Palestina, Irak o el Líbano: solo sangre, crímenes, violencia y divisiones. Ocurrió incluso en Gaza —

desarrollaba en aquella calurosa jornada en su despacho, con su perpetua e inquietante sonrisa colgada de los labios—. Estados Unidos trabaja siguiendo la máxima «divide y vencerás», y esto no vamos a permitir que ocurra en Siria —proseguía mientras me ofrecía chocolatinas—. En Siria tenemos siete mil años de historia basada en la convivencia pacífica, en la hermandad entre todos, en la coexistencia religiosa, étnica y la unidad nacional. La fuerza de Siria reside en esa unidad, y vencemos la presión externa mediante esa unidad. Por eso hemos creado una seguridad nacional absoluta.»

Llegó con su inmaculada camisola blanca y cubierto por un manto negro con ribetes dorados, con el aire de superioridad que recordaba de nuestro último encuentro en Bagdad. El jeque Muthana Hareth al Dari, responsable de la Asociación de Clérigos Musulmanes y, por aquel entonces, portavoz del Frente por la Yihad y el Cambio[91], nos había hecho esperar en una lujosa estancia situada en pleno centro de Damasco mientras su coche oficial accedía al lugar. Al Dari, el referente religioso más importante del Irak suní y exprofesor de Ley Islámica, residía en Damasco protegido por el régimen desde que se exiliase, en 2006, impelido por la violencia sectaria que se apoderó de Irak. Como él, los líderes de Ansar al Sunna o las brigadas de la Revolución del 20 tenían acceso libre al país vecino, como ocurría con los Naqshabandi de Izzat Ibrahim al Duri, privilegiados por sus correligionarios baazistas sirios en un entente inconcebible antes de la caída de Sadam, cuando Damasco y Bagdad se observaban con profundo recelo.

Desde su refugio, Hareth al Dari mantenía el mismo discurso belicoso contra la ocupación que le recordaba en 2004, aunque en 2008 matizaba la virulencia anteriormente empleada contra el Gobierno iraquí, ahora que Washington comenzaba a proyectar una retirada militar. «Si los soldados de Estados Unidos realmente se van y el Gobierno de Bagdad opta por la reconciliación, la resistencia aceptaría la paz, porque su principal motivación es la liberación del país», decía en un discurso que parecía recitar de memoria.

El régimen alauí de Bashar no solo acogía suníes, sino también a chiíes, como el gran ayatola Ahmad al Hasani al Baghdadi, uno de los *marya*[92] iraquíes establecido en Damasco desde que las autoridades de Bagdad asaltaran su domicilio en Nayaf y arrestaran a uno de sus hijos. «Vine de visita a Siria en septiembre y, estando aquí, mis amigos iraquíes me alertaron de que existía un plan para asesinarme. Era un plan apadrinado por las fuerzas Badr.[93] El ataque contra mi casa fue una confirmación de esas advertencias.

Los americanos y las fuerzas iraquíes se presentaron allí con tanques y helicópteros. Arrestaron a Mohamed [su hijo] y a dos de sus huéspedes, hiriendo a uno de ellos», explicó a Javier en diciembre, en el pequeño apartamento de la capital siria donde residía desde entonces.

A sus sesenta y tres años, se definía como el «único ayatola iraquí que se opone a la ocupación estadounidense, porque Muqtada al Sadr también lo hace, pero no tiene categoría de *marya*», y conservaba una dialéctica incendiaria que recordaba a los discursos de Jomeini, aunque eso no le impedía criticar a Teherán con el mismo vigor que condenaba a la ocupación y al Gobierno central de Bagdad, acusado de colaboracionista. «Con Irán tenemos una relación ambivalente porque a veces apoyan los intereses americanos y otras veces están al lado de la resistencia como en el caso de Hizbulá o Hamas. Por ejemplo, en Irak dan generosas contribuciones a quienes se suman al plan político norteamericano, liderado por criminales y ladrones que llegaron a este país montados en tanques. No se puede sostener semejante postura porque te contamina. Irán tiene que comprender que Irak es un país independiente».

Para Baghdadi, el odio sectario que contaminaba Irak era responsabilidad exclusiva de Estados Unidos. «Los americanos y en especial Bremer fueron los que introdujeron la *fitna* en Irak. Destruyeron los cimientos de la nación y dividieron el poder político entre las sectas. El objetivo siempre fue crear pequeños cantones, no solo en Irak, sino en toda la región para beneficiar a Israel». «Pero los coches bomba de Al Qaeda también contribuyeron de forma primordial a azuzar la guerra sectaria, ¿no?», le preguntó Javier, arriesgándose a incrementar la suspicacia del clérigo, que ya le había acusado de ser un potencial espía. «En Irak no existían ni coches bomba ni cinturones explosivos antes de que llegaron los americanos. Ellos y los traidores de países vecinos como Jordania o Arabia Saudí fueron los que importaron esta práctica para acusar a la resistencia. Es cierto que en Al Qaeda hay gente mala, como en todos los movimientos, pero también tienen secciones que solo pelean contra los invasores», replicó el religioso con un vigor inusitado.

Más allá de los agentes en conflicto en Irak, centenares de miles de iraquíes ajenos a la lucha armada luchaban por sobrevivir en el exilio en medio de una comunidad que les recibía cada vez con menor entusiasmo. El precio de la acogida afectaba al grueso de la sociedad: el régimen estimaba estar invirtiendo mil millones de dólares más al año para proveer de electricidad a los recién llegados y mil seiscientos millones más solo para el sector médico.

En la madrugada del 12 de agosto, Damasco se apagó por un entonces inédito corte del suministro eléctrico que sumió en la oscuridad a una ciudad cuyos habitantes no pudieron evitar buscar culpables entre sus vecinos forzosos, el millón y medio de iraquíes. Aquel apagón fue la prueba de que, tras ver aumentada su población en más de un 8 por ciento, Siria estaba al límite de su capacidad. La situación era tan grave que el régimen, el único que permitía hasta entonces la libre entrada de los iraquíes que huían del conflicto, comenzó a exigir visados complicando el exilio.

Para aquel entonces, los precios se habían triplicado, los taxistas sirios cobraban el doble del importe a los iraquíes nada más detectar su acento, la escasa disponibilidad de viviendas había disparado los alquileres hasta un 300 por ciento y las redes de tráfico de personas florecían para dar salida a los ciudadanos más privilegiados, que vendían todas sus pertenencias en Irak para buscar refugio en Europa. Tenían que corromperse para obtener pasaportes falsos, a menudo europeos, y los numerosos e inciertos desplazamientos llegaban a costar diez mil dólares por persona. A los refugiados no se les permitía oficialmente tener un empleo pero, dado que necesitaban un salario con el que alimentarse, se creó una red de trabajadores ilegales que cobraban importes miserables, desplazando a los sirios de tareas manuales como la construcción.

«Cuando los refugiados comenzaron a llegar, los sirios estaban felices de ayudarles. Ahora están enfadados porque la comida y la vivienda son mucho más caras y no hay trabajo, dado que los iraquíes son contratados por menos dinero.» Las palabras de Amar Qurabi, analista de la Organización Nacional para los Derechos Humanos, encontraban amplio eco en las calles. «Claro que estamos molestos —admitía Mohamed Farusi, funcionario de treinta y cinco años—. Antes, con mi salario, podía dar una vida decente a mis tres hijos; ahora muchas cosas cotidianas se han convertido en lujos. Los precios han subido entre el 30 y el 40 por ciento, y los sueldos de los funcionarios son los mismos.»

El exilio, solo al alcance de aquellos que podían vender sus pertenencias en Irak para permitirse un humilde acomodo en Siria, igualaba a los desventurados, en su mayoría traumatizados por la invasión y la guerra sectaria y por el dramático descenso en su nivel de vida. Tras su secuestro a manos de milicias chiíes, Yaroub y su familia se refugiaron allí, como hicieron sus hermanos. La casa del mayor, Ghanem al Samarrai, en Bagdad había sido la envidia del barrio. Más de trescientos metros cuadrados distribuidos en dos plantas, habitaciones tapizadas con alfombras, un jardín

con árboles… Fue la inversión de toda una vida, un hogar cuyo mero recuerdo hacía que su esposa, Lamia, rompiese a llorar entre las cuatro paredes cubiertas de moho y humedad donde ahora transcurrían sus vidas. «Nunca habíamos pasado por dificultades hasta ahora», asumió Ghanem, encogido por su súbita pobreza, mirando con profundo pesar el cubículo de veinte metros sin ventilación que podría ser un trastero y que la pareja compartía con su hija, que padecía serios problemas de salud. «Eso hace esta guerra aún más difícil.» Ghanem, director retirado de la compañía de tabaco iraquí, y Lamia, funcionaria jubilada, nunca pudieron imaginar que el conflicto convertiría su casa en botín de guerra y se quedarían en la miseria. La vivienda les había costado setenta y cinco mil euros y estaba situada en el distrito de Amel, escenario de enfrentamientos entre chiíes y suníes. Los primeros se impusieron y la limpieza étnica obligó a familias suníes como la suya a abandonar sus casas. «Fue en enero de 2006. Los seguidores de Muqtada al Sadr habían abierto una husainía muy cerca de casa, donde antes había una mezquita suní. Aquello nos convenció de que nos debíamos ir», recordaba Ghanem desde la única habitación de su nuevo hogar, por el que pagaba ciento diez euros al mes.

Taha Alwan no disfrutaba de muchos más lujos. El intérprete de cincuenta y cinco años, uno de los actores más conocidos de Irak, con trescientos programas de televisión, cuarenta piezas teatrales y treinta comedias a sus espaldas, se había exiliado a Damasco vencido por la violencia y por las pérdidas familiares que lo atormentaban, convirtiendo sus días en un calvario. «No lo entiendo. El mismo día. Es algo que no consigo asumir», decía meneando la cabeza, con los ojos aguados y doblado por la impotencia, recordando la tragedia en la que se había convertido su propia vida. A su alrededor, se sentaba media docena de actores que en su día fueron los rostros más populares de la escena iraquí y que ahora eran compañeros de infortunio. «Huí en mayo de 2006 tras recibir amenazas. El 27 de septiembre de 2007, mi hijo mayor Wisam fue secuestrado y asesinado por desconocidos. No pude ni siquiera ir a su entierro.» Exactamente un año después, su hijo Husam, de veintiún años, se dirigía a su nuevo puesto de trabajo en el refugio sirio cuando, mientras esperaba el autobús, un coche bomba con doscientos kilogramos de explosivos estalló cercenándole la vida. «Husam estaba a siete metros del vehículo. Lo destrozó. No pudimos llevar el cadáver a Irak porque estaba reducido a pedazos. Lo enterramos aquí, en el cementerio de extranjeros», dijo Taha, con la voz quebrada por el dolor.

Resultaba fácil hablar con los exiliados iraquíes en las calles de Qudsiya, y también con los sirios que les acogían, acerca de la tragedia en el país vecino, siempre que fuera por separado. Los iraquíes rehuían a los sirios como los sirios evitaban a sus huéspedes, temerosos los unos de ser asociados con los otros y buscarse problemas con las autoridades. Además, cada pregunta sobre el régimen sirio, por inocente que pareciese, era acogida con una súbita expresión de alerta y desconfianza y respondida con un mutismo absoluto. Mis amigos iraquíes me aconsejaron, en la confianza de sus casas, que no me interesase por la política interna siria porque no iba a recibir respuestas y me arriesgaba a buscarles problemas, a ellos y a mí misma. «Aquí la situación es como el Irak con Sadam Husein. Si alguien habla del régimen, se arriesga a desaparecer. Hay ojos en todos los sitios», me confió Yaroub mientras caminábamos por Qudsiya.

Cocineros, tenderos e incluso marchantes de antigüedades iraquíes habían replicado sus antiguos negocios en las calles del barrio damasceno, donde banderas iraquíes y algunos retratos de Sadam empapelaban las calles, siempre vigiladas por ojos curiosos que seguían los pasos de los escasos occidentales que se aventuraban por los empinados rincones de aquella colina. Cuando los refugiados comenzaron a llegar en masa, Qudsiya se convirtió en el lugar de acogida ideal: entonces era una barriada emergente, algo alejada del bullicio y no excesivamente cara, con las escuelas poco frecuentadas y las infraestructuras básicas para garantizar cierta calidad de vida. Además, la proximidad de una base y de un complejo de viviendas de la Guardia Republicana siria[94] permitía al régimen controlar a la comunidad.

Apodado «el pequeño Bagdad», Qudsiya era un microcosmos del Irak más inesperado, donde exiliados de toda una vida convivían con baazistas recién huidos, civiles con militares, chiíes con suníes, todos unidos por la orfandad de la patria impuesta por la invasión y la limpieza étnica. El historiador y politólogo Jaled al Nurachi, de cincuenta y nueve años, antiguo fundador del partido Wifaq (Acuerdo Nacional Iraquí) de Iyad al Alawi, me recibió en su exilio damasceno, una luminosa casa con los muros apuntalados por estanterías repletas de libros. Exiliado desde la llegada del Baaz al poder, me contó que abandonó el movimiento opositor de Alawi en los años noventa, dos años después de la fundación, «harto de las conspiraciones americanas contra Irak y del negocio que se movía en torno a la oposición a Sadam Husein en el exilio. Tardé dos años en descubrir que Alawi era un mentiroso compulsivo. En una entrevista confesó que había colaborado con dieciséis

servicios de inteligencia diferentes. No tenía principios, solo intereses», bufaba con el desprecio reservado para quien se conoce bien.

Nurachi tampoco tenía palabras amables para el partido de Sadam: «El Baaz desangró al país en una guerra contra Irán de la que no sacó réditos, empobreció a nuestra nación, condenó al hambre a sus gentes mientras sus líderes construían palacios valorados en millones de dólares. Dice el Corán que cada nación que surge hace buena a la anterior, pero en Irak, cada Gobierno nuevo hace bueno al anterior», farfullaba el historiador con cierto tono académico impregnado de resentimiento. Pero su bilis la reservaba para los invasores. «Desde el momento en el que pisaron Irak, buscaban un nuevo Oriente Próximo y el camino más corto era la *fitna.* Irak quedó preparado para la división territorial, como está preparado Siria: los alauíes en la costa, los suníes en Alepo y los kurdos en el norte», murmuraba con el pesimismo y el rencor de quien se considera víctima de una conspiración.

Supe que entre los muchos militantes de grupos armados que encontraron refugio en Damasco, huyendo de la persecución del nuevo Gobierno iraquí aliado con Estados Unidos, se encontraba Abu Yendel, responsable de las brigadas de la Revolución del 20, con quien había viajado a Faluya en 2004. Nos recibió en su casa, setenta deteriorados metros cuadrados en Qudsiya, donde vivía con su esposa y cuatro hijos, con la hospitalidad de un viejo amigo. Abu Yendel, vestido con una impoluta *dishdasha* blanca, se deshizo en amabilidad, sirvió té y galletas y repasó con calma sus vivencias de los últimos años: dos y medio encarcelado en Camp Bucca y cinco meses en Abu Ghraib. «Cada seis meses me entero de que han emitido una nueva acusación contra mí. Al principio era atacar tropas americanas, luego participar en operaciones terroristas, finalmente liderar un grupo terrorista. Pero no había pruebas en mi contra, y después de tres años entre rejas me liberaron», detallaba bajo el sol damasceno mientras departíamos en la terraza de la casa, sentados en desvencijadas sillas de plástico. Abu Yendel mantenía su mirada cristalina, aquellos ojos claros que parecían reír siempre, pero en ocasiones se quedaba mudo, como si sus pensamientos lo secuestraran para llevarlo a años luz de nosotros. «Me siento en Siria como en una prisión —dijo confesando el motivo de su zozobra—. Hace unas semanas, arrestaron en la frontera a mi número dos. Ya no puedo moverme de Siria, no es seguro», dijo, refiriéndose a las medidas adoptadas por Damasco para contentar a Estados Unidos y así rebatir las acusaciones de colaboración con bandas armadas, que incluía el arresto y entrega a las autoridades de Bagdad de algunos buscados.

Abu Yendel sentía una especial inquina hacia el Estado Islámico de Irak, algo que no nos sorprendió. «Entre 2003 y 2005, el único objetivo de la guerrilla era Estados Unidos, pero Al Qaeda nos desvió del verdadero objetivo —se lamentaba—. Cuando Al Qaeda puso a los chiíes en su punto de mira y estos se integraron en las fuerzas de seguridad para combatir a la guerrilla, todo cambió. El daño que ha hecho Al Qaeda a la guerrilla es mucho más grande del que hizo Estados Unidos», se quejó apretándose los labios. Abu Yendel nos contó cómo uno de sus hombres terminó enrolándose en Al Qaeda para regresar al grupo cuatro meses después, arrepentido. «Nos dijo que los líderes de Al Qaeda eran críos sin perspectiva y cargados de odio. ¿Sabes qué alimentó sus filas? Las detenciones masivas de suníes, los castigos colectivos, las enormes cantidades de dinero que manejaban, la ideología *takfiri* con la que disfrazaban sus ayudas a los civiles. En muchas ocasiones nos contactaba gente de Al Qaeda para pedirnos que dejásemos de atacar a los invasores y nos sumásemos a los ataques contra chiíes, sobre todo después del ataque de Samarra. Y cuando nos negamos, nos convertimos en sus enemigos», proseguía frustrado por una empecinada realidad que parecía reírse de los intentos de la resistencia por centrar su lucha en la invasión militar. «¿Sabes lo más irónico? Al Qaeda aplica la misma doctrina que Bush: o estás con nosotros, o estás contra nosotros —concluyó Abu Yendel—. En el fondo, no son tan diferentes.»

31

El gran sueño del Kurdistán



Ashti Mohamed Sabar me contó que todavía se estremecía cuando visitaba esta habitación. Era la que los carceleros dedicaban a las torturas. Los responsables de la Casa Roja habían instalado aquí una escultura del artista Kameran Omar Said. Recreaba en escayola la figura de un peshmerga colgado de un gancho por las muñecas, con los brazos detrás de la espalda. Una práctica que en pocos minutos provocaba que a la víctima se le dislocaran los hombros. En la reproducción artística la víctima vestía *sharwal*[95] y su camisa estaba entreabierta. De las orejas le colgaban sendas pinzas eléctricas conectadas por un cable a un pequeño generador instalado sobre una mesa. «Es una imitación benévola de lo que ocurrió aquí. Cuando te aplicaban electricidad no enganchaban las pinzas a las orejas sino a los testículos, a la punta del pene o a los pezones», apuntó Ashti.

Ella misma fue una de las inquilinas de la turbadora estancia. También la suspendieron de la misma tubería instalada junto al techo. «Me golpearon en los pies con barras y cables. Cuando se cansó el primero vino un segundo, y así sucesivamente».

El recurso de la *falaqa* —así se llama esta técnica de castigo físico— o de las descargas de electricidad era muy común. Ni tan siquiera figuraban entre los métodos más rebuscados. «Para los hombres era especialmente humillante el uso de botellas. Las colocaban en el suelo, los desnudaban y les ponían a alguien sobre los hombros para forzarles a introducírselas por el ano. Las mujeres más bonitas y jóvenes eran reservadas como esclavas sexuales», añadió la profesora de cuarenta y un años, que pasó siete meses aquí por militar en el Partido Comunista.

La Casa Roja era un compendio de horrores. En una de sus galerías se divisaba la soga de la prisión de Abu Ghraib, que los responsables habían incorporado a la espeluznante colección del complejo. «Esta soga mató a mucha gente», aclaró el guía Mula Rebas, que en ese mismo instante aleccionaba a un grupo de estudiantes que recorría el recinto. Los chavales se habían adentrado por una galería repleta de fotografías de la época. Retratos de soldados iraquíes haciendo la «V» de victoria con los dedos junto a los cadáveres de sus víctimas, de calaveras, de fosas comunes, de kurdos huyendo durante la represión de 1991.

Hasta ese mismo año, Amna Suraka —así se la conoce en Suleimaniya— fue uno de los destinos más tétricos de todo Irak. Era el cuartel general de la inteligencia del régimen de Sadam en la zona norte del país. «La gente tenía miedo de pasar cerca», recordó Lockman Ali, otro de los expresos de la Casa

Roja, que recibió ese apodo por el color de sus muros. Lockman Ali fue capturado por su pertenencia a una célula armada comunista. Todavía mostraba cicatrices de la tortura en tobillos y manos. «Un día el director del centro, Abdulkader Abu Jalil, vino a preguntar qué tal me encontraba. Pensé que sufría un arranque de compasión. Le dije que tenía unas grandes heridas en los tobillos. "Enséñamelas", me pidió. Cuando lo hice sacó una porra eléctrica que llevaba escondida en un periódico y me pegó allí mismo», me dijo.

Los responsables de la Casa Roja habían intentado preservar el lugar casi como fue capturado durante la revuelta de 1991. Quizá por el terrible legado que ocultaba, esta fue una de las escasas posiciones donde las fuerzas leales al dictador opusieron una feroz resistencia. Los peshmergas tardaron dos días en capturar el enclave.

La mayoría de los edificios estaban cribados de agujeros de metralla y balazos. En uno de los patios se encontraban alineados los tanques y ametralladoras que los guerrilleros kurdos arrebataron a las fuerzas de Bagdad. El suelo de las mazmorras permanecía cubierto con mantas y los pequeños recipientes de plástico donde los carceleros depositaban el alimento de los reos. «Dos piezas de pan al día», precisó Ashti. Algunas de las celdas habían sido decoradas con estatuas de prisioneros como Pura Gula, una conocida activista que fue asesinada. El paseo concluía en un corredor formado por 182.000 espejos, uno por cada víctima de Anfal. La única luz que lo alumbraba procedía de 5.000 diminutas bombillas instaladas en el techo. Una por cada muerto de Halabja.

La Casa Roja se había convertido en el primer museo de la tortura inaugurado en el Irak de la era postSadam y también en un testimonio demoledor contra el exdictador en una región —Kurdistán— que había sufrido con especial énfasis los embates de su brutalidad. Se trataba, como insistió Sarwar Abdula, uno de los guardianes de la Casa Roja, de que el museo sirviera para que «la comunidad internacional comprendiera el sufrimiento» que tuvieron que afrontar los kurdos.

Cuando viajé hasta Suleimaniya a finales de 2005, Irak asistía ensimismado al inicio del juicio en Bagdad contra el autócrata, que en el Kurdistán había recuperado la peor memoria de las últimas décadas. Los continuos aplazamientos del proceso y los desplantes de Sadam estaban provocando un creciente desasosiego entre la población local, que «en muchos casos es ya indignación», me reconoció días más tarde Arian Rauf Azis, director de la oficina de derechos humanos del Kurdistán en el área de

Germian. «Las víctimas no entienden de legalidad internacional. Ellos quieren que lo ejecuten ya», añadió. Ashti Mohamed admitía que ella misma se veía desgarrada por un «impulso» que le salía «del estómago» y que le pedía el ajusticiamiento inmediato del exdictador y el deseo más sopesado de que incluso un «asesino de su talla tenga un juicio justo. Eso demuestra la diferencia entre su dictadura y la democracia que queremos construir».

La presencia de Husein en el banquillo de los acusados permitió resucitar el recuerdo de las ingentes tropelías que cometieron sus acólitos en la región kurda: un catálogo de atrocidades casi interminable entre las que destacaban episodios como la masacre en 1979 de 10.000 kurdos chiíes (los denominados faïlis) y la expulsión de 750.000 hacia Irán, la ofensiva de Anfal de 1988, el bombardeo con gases químicos de Halabja ese mismo año, o el asesinato masivo de 8.000 miembros del clan Barzani en 1983.

Tras mi periplo por la Casa Roja, mis acompañantes kurdos me instaron a desplazarme hasta Rizgary, un destino ubicado a unos 110 kilómetros al sur de Suleimaniya. La zona fue una de las regiones más devastadas por la operación Anfal. La acometida se desarrolló en diversas etapas —al menos ocho— entre febrero y septiembre de 1988, y en ella participaron cerca de 200.000 soldados iraquíes. Cuando concluyó, habían muerto en torno a 180.000 kurdos y desaparecido miles de villorrios —los kurdos claman que fueron 4.500—, como Bikana.

Casi diecisiete años después de que fuera establecida, la «villa comunal» de Smud que los kurdos habían rebautizado como Rizgary seguía siendo poco más que una aglomeración inmensa de chabolas. La población creada por la dictadura para agrupar a supervivientes de Anfal acogía a cuarenta mil personas. No había instrumentos de tortura como en la Casa Roja, pero las imágenes que describían las víctimas eran tan escalofriantes como los recuerdos de los que moraron en la prisión de Suleimaniya. Muchos de sus inquilinos eran personajes tan solitarios como Yamina Suleiman. Vivían simplemente solos porque todos sus familiares fueron asesinados. La anciana, que ni tan siquiera sabía su edad exacta, vivía en Binaka, una de las doscientas ocho aldeas que fueron arrasadas en el área de Garmian. Yamina estaba casi ciega, pero retenía escenas y nombres que no podía olvidar. Eran los mismos que repetían una y otra vez los residentes de Rizgary: el castillo de Qoratoo —adonde les trasladaron en masa durante los primeros días—; Topzawa, el campo militar donde separaron a las familias; y especialmente Nugra Salman, el fatídico lugar de confinamiento en el desierto próximo a Arabia Saudí donde fallecieron miles de kurdos.

Sentada en su chamizo, Yamina comenzó a evocar un relato que había repetido miles de veces. «En Bikana vivíamos unas cien familias. Los soldados llegaron muy temprano. Debían ser las seis de la mañana. Fue terrible. Los niños gritando, las casas ardiendo…» En aquella «catástrofe» —así la definió— Yamina perdió a su marido, a sus dos hijos, a su nuera y a sus cinco nietos. «Nos separaron en Topzawa y nunca más supe qué pasó con ellos.» De los siete meses que pasó recluida, Yamina permaneció tres en Nugra Salman. «Fue un infierno. El calor era sofocante y no nos daban casi ni comida ni agua. Cada día morían cinco o seis personas. De hambre, de sed. Y dejaban que los perros se alimentaran con los muertos. Me acuerdo perfectamente. Aquel perro negro enorme comiéndose el cuerpo. Le dije a uno de los guardias: "¡Sois musulmanes! ¿Cómo podéis dejar que los perros se coman los cadáveres?".»

Rashid Aziz tuvo algo más de suerte. Consiguió huir de los militares porque había salido del caserío donde habitaba (Alian) para dar de comer a los animales. «Desde la montaña vi como unos cuatro mil soldados rodeaban el poblado. Se llevaron a todos, unas veinticinco familias. Mi mujer y mis cuatro hijos. Después destruyeron las casas con excavadoras.» La única que regresó de Nugra Salman fue su esposa. Al hablar de ella, Rashid no podía evitar las lágrimas. «Sufrió tanto que se volvió loca. Murió siete meses después.»

Bajo esta evocación, tanto Yamina como Rashid o el resto de los residentes de Rizgary con los que hablé coincidían en que la única sentencia posible para Husein era «la muerte». Mantenían diferencias, eso sí, en la forma de aplicarla. Yamina pedía que lo «enterraran en la tierra, con medio cuerpo fuera, y dejarlo así hasta que muriese». Otros abogaban por sepultarlo vivo. «Que lo cuelguen», opinó Rashid. «Para cerrar las heridas en el Kurdistán hay que castigar al culpable y además explicar a las víctimas qué pasó con sus familias. Es un gran problema porque no sabemos dónde están los cadáveres. Siguen desaparecidos», refirió Arian Rauf Azis, el encargado oficial de velar por los derechos humanos en Germian.

De hecho, el primer funeral masivo de víctimas kurdas de la era Sadam no se pudo celebrar hasta el 17 de octubre de 2005, dos días antes de que comenzara su juicio. El jefe de estado iraquí, el kurdo Yalal Talabani, y el líder del Kurdistán, Masud Barzani, presidieron una emotiva ceremonia en homenaje a las víctimas de la persecución que el régimen lanzó contra los miembros del clan Barzani en 1983. «Solo se han podido recuperar esos

cuerpos y porque estaban todos enterrados en la misma fosa común en Samawa [sur de Irak]. Los encontraron el pasado mes de abril», indicó Azis.

La Casa Roja y los relatos de las víctimas de Anfal eran elementos necesarios para comprender no solo la existencia de Kurdistán como una entidad autónoma casi al margen de Irak —lo era *de facto* desde la insurrección de 1991— sino para anticipar la posición de fuerza que adoptaría Erbil frente a Bagdad en los años subsiguientes, en especial en torno a la disputa por el control de la emblemática ciudad de Kirkuk. La pugna por esta localidad se agudizó nada más caer el régimen ante el retorno de miles de desplazados kurdos y turcomanos que decían haber sido víctimas de la limpieza étnica política promovida por Sadam, que se estima afectó a entre doscientos y trescientos mil miembros de estas dos comunidades en Kirkuk y sus alrededores.

Durante una de mis primeras visitas a la urbe en enero de 2004, dirigentes kurdos locales como Kamal Kirkuki o Jalal Jawhar, de la Unión Patriótica del Kurdistán (UPK), me explicaron abiertamente que eran partidarios de una regresión efectiva de la política de arabización implementada por la dictadura, aunque eso supusiera un nuevo desplazamiento de civiles, en este caso de árabes suníes. «Estamos contra la presencia de cualquier persona que viniera traída por Sadam. Se tienen que ir. Queremos que sea de manera legal, pero se tienen que ir», puntualizó Jawhar. Para esas fechas, las fuerzas kurdas que controlaban la ciudad de hecho habían promovido la creación de decenas de enclaves de desplazados de su etnia en lugares tan atípicos como el principal estadio de fútbol de la ciudad —donde se habían instalado hasta 2.000 kurdos —, una base militar local o la antigua sede del servicio secreto.

El maquiavélico legado de Sadam era todavía más fácil de percibir en la aldea de Bashir, a las afueras de Kirkuk. Allí nos topamos con un campo de desplazados constituido por cientos de tiendas de campaña donde malvivían 1.750 turcomanos. Las vivencias de Salah al Bashiri y Walid Mohamed Saleh —el primero turcomano y el segundo kurdo— guardaban enorme parecido. Ambos fueron expulsados de sus casas por la dictadura. Los dos recordaban perfectamente aquella jornada. Un día tan similar para ambas familias que si se hubiera plasmado en una fotografía mostraría la misma imagen: enseres apilados en una carreta tirada por un tractor. «Ya habían ejecutado a 120 personas, así que todos sabíamos hasta dónde podían llegar. El 9 de febrero de 1986, la gente del Baaz llegó a Bashir y nos dijo que teníamos que marcharnos. A las nueve de la mañana empezaron a mover a la gente. Estaba lloviendo. Cuando nos sacaron a todos llegaron las excavadoras y destrozaron

todo. Solo quedó en pie la oficina del Baaz y la comisaría», refirió Al Bashiri. El relato de Salah no difería mucho. «Nos hicieron recoger los pocos muebles que cabían en el tractor y nos echaron. Era invierno y cuando llegamos a Suleimaniya la nieve nos llegaba hasta debajo de la rodilla. Durante tres días estuvimos viviendo en medio del campo hasta que el Gobierno kurdo [sic] nos dio unas tiendas de campaña.» Lo más descorazonador es que al acercarme al antiguo domicilio de Al Bashiri y dialogar con quien entonces lo ocupaba, Faisal Atiya, me dijo que él también había sido desplazado por la fuerza de la aldea donde residía. «El Gobierno dijo que había encontrado petróleo allí y nos mandaron aquí.»

Salah, Walid y Faisal eran rehenes de la atribulada historia iraquí y del valor estratégico que tenía la región de Kirkuk para todos los nuevos protagonistas de la nación árabe, ya que se estima que alberga el 40 por ciento de las reservas de petróleo del país.

El azar o la mala suerte me permitió ser testigo muy pronto del potencial desestabilizador de esta metrópoli, cuando se me ocurrió pasar el día de Fin de Año de 2003 en esa localidad para asistir una manifestación convocada por turcomanos y tribus árabes chiíes aliadas del clérigo Muqtada al Sadr. Miles de personas se habían reunido para protestar por la incesante llegada de kurdos a la población. Me encontré a primera hora de la mañana con Yadid Agha, uno de los organizadores turcomanos de la protesta, que resumió así sus demandas: «Estamos en contra de la separación del Kurdistán [de Irak]. Lucharemos para que eso no ocurra. Primero de manera pacífica, pero después como sea. Si los kurdos quieren marcharse, entonces nosotros también pediremos la independencia de las zonas turcomanas en el Kurdistán».

Yadid pertenecía al Frente Turcomano de Irak, una formación establecida en la década de los noventa para defender —con el apoyo evidente de Ankara — los intereses de una comunidad que se estableció en esta región a partir del siglo XVI y que también tuvo que afrontar los desmanes del régimen baazista.

El cacique local turcomano sabía perfectamente que «pacifismo» era un vocablo totalmente ajeno a la realidad iraquí y, para recordárselo, los manifestantes tan solo tuvieron que aproximarse a la sede de la Unión Patriótica del Kurdistán.[96] Eran poco más del mediodía y la multitud coreaba gritos como «¡Árabes y turcomanos unidos!», o «¡No al federalismo!». Los miles de seguidores del Frente Turcomano Iraquí agitaban sus banderas azules inspiradas en la enseña de Turquía. La algarabía enmudeció de repente, al tiempo que se oían los primeros disparos. Al principio parecían tiros

aislados, pero en cuestión de segundos se convirtieron en ráfagas. «¡Al suelo, al suelo, están disparando!», acertó a gritar mi traductor mientras la turba se dispersaba entre carreras alocadas. Durante más de un minuto, tumbado sobre el asfalto, pude oír el característico silbido de las balas que pasan a baja altura. Cuando concluyó la balacera me levanté como el resto y me acerqué hasta los que habían tenido menos suerte. El tiroteo había acabado con la vida de cinco manifestantes y herido a más de treinta. Los dos bandos se achacaban mutuamente la responsabilidad del suceso. En la sede de la UPK, Jalal Jawhar afirmó que los turcomanos «dispararon primero». El jefe de la policía, Salem Taieb Tahar, negó tal extremo. «Los turcomanos les provocaron, pero fueron los hombres del UPK quienes no dudaron en abrir fuego sobre la multitud.»

La inesperada aparición en el lugar del coronel de Estados Unidos William Mayville, responsable de la 173 Brigada Aerotransportada, hizo que me aislara de un entorno dominado por la confusión, el ulular de las ambulancias y los chillidos. El oficial surgió de una calle lateral secundado por un blindado y protegido por toda una cohorte de soldados que no cesaban de esgrimir amenazadores toda suerte de ametralladoras. «¡Ah, la prensa! ¿Qué tal estamos? Bueno, ya ven, esto es Kirkuk —dijo—. Aquí hay muchos Kalashnikovs y por eso cuando se dispara la tensión también lo hacen los fusiles, pero no es el inicio de la guerra civil», añadió.

El estadounidense era un personaje especialmente pintoresco y nada parco en palabras, lo cual era ideal para ahondar en la compleja situación a la que se enfrentaba la disputada villa. «Aquí todo el mundo se ve como víctima. Es la confluencia de todos los desafíos que usted pueda encontrar en Irak —opinó — Tenemos unos 850.000 habitantes y todas las comunidades dicen que son mayoría. Mi estimación es que hay 40 por ciento de kurdos, 35 por ciento de árabes, 20 por ciento de turcomanos y 5 por ciento de asirios y caldeos cristianos. Pero nunca conseguirá que ninguno de ellos esté de acuerdo con esas cifras porque el último censo data de 1957», añadió.

Arropados por el rédito moral que les otorgaba la represión que habían tenido que afrontar y la casi desaparición del estado central en el caos que se extendió por el resto de Irak tras la caída de la dictadura, los kurdos se reafirmaron en su determinación de actuar de forma independiente a Bagdad, reforzar su control sobre los recursos petroleros que reclamaban, incluidos los yacimientos de Kirkuk, e incluso extender su influencia hacia zonas geográficas de provincias limítrofes como Ninive, Salahadin, Diyala o la citada Kirkuk.

Así, en noviembre de 2005, el Gobierno de Kurdistán apadrinado por el Partido Democrático del Kurdistán de Masud Barzani —Yalal Talabani prefirió reservarse el título nominal de presidente de Irak— inauguró con toda la pompa necesaria la primera prospección petrolífera en Zakho[97] de la era postSadam, que otorgaron directamente a la firma noruega DNO sin consultar a Bagdad. «Ha llegado la hora de que, en vez de sufrir, el pueblo del Kurdistán se beneficie de la riqueza de su país. No aceptaremos que el Gobierno central controle nuestros recursos», señaló en esa jornada Nechirvan Barzani, primer ministro del Ejecutivo kurdo.

Al mismo tiempo, y de forma paralela a la expansión del odio sectario y la acción de los milicianos de Al Qaeda y sus sucesores del Estado Islámico de Irak, el Kurdistán se erigió en una especie de oasis al margen de la catástrofe que arrasaba el resto del territorio iraquí. Decenas de miles de árabes —todo un guiño a la historia— buscaron refugio en sus confines. A partir de 2005, bastaba con pasear por la llamada calle de los Doctores de Erbil, «capital» de la autonomía kurda, para descubrir todo un aluvión de recién llegados procedentes del resto del país.

Al cardiólogo Abdul Satar le conocí en mayo de 2007. Se había negado a abandonar Bagdad, su ciudad natal, pese a que fue secuestrado en 2004 durante cinco días y solo recobró la libertad tras desembolsar ciento diez mil dólares. Pero al cabo de unas pocas semanas los mismos responsables de su rapto le amenazaron con repetir la experiencia con su hijo. El médico se negaba a utilizar la terminología sectaria que dominaba en ese instante la escena política iraquí, pero reconocía que lo retuvo un grupo del barrio de Shaab, un suburbio de mayoría chií. «Están intentado acabar con la élite, con la gente educada», me relató en su despacho de Erbil.

Abdul Satar había trabajado en 1971 en la región kurda y un antiguo amigo le instó a volver al mismo lugar en septiembre de 2004. Fue uno de los primeros en instalarse en la calle de los Doctores. En diciembre de 2006, un portavoz oficial kurdo, Rezan Sayda, dijo que ya eran seiscientos los médicos «árabes» acogidos en el Kurdistán y que otros trescientos veinte se habían apuntado a una «lista de espera» para conseguir un trabajo. El Alto Comisionado de la ONU para los Refugiados estimó dos meses más tarde que cerca de ochenta y cinco mil iraquíes no kurdos habían huido al Kurdistán. «No se trata solo de desplazados. El pasado verano, solo a Shaklawa [conocida ciudad vacacional] acudieron 1.200.000 millones de árabes. Los kurdos damos ejemplo. Cualquier pueblo que haya sufrido lo que nosotros a manos de los árabes al menos los recibiría a escupitajos y no hemos registrado

ni un incidente de tensión sectaria», apuntó Ferda Turan, uno de los principales asesores del primer ministro kurdo, Nechirvan Barzani.

Eso era cierto, pero tan solo en parte. El acceso de los iraquíes no kurdos al Kurdistán estaba estrictamente regulado y la mayoría de ellos necesitaba tener un «garante» kurdo para poder traspasar los férreos controles militares que separaban ese territorio del resto de la nación árabe. Lo pude comprobar siempre que viajé a Erbil o Suleimaniya junto a Jalil y Basil, que tenían que someterse a largos interrogatorios en esas «aduanas» *de facto* mientras que a mí me bastaba con presentar mi credencial de periodista y mi pasaporte. «Ningún país impone restricciones a sus ciudadanos para que se instalen donde quieran, pero queremos preservar la seguridad de la región y luchar contra la infiltración de los terroristas», me explicó en una ocasión el comandante de Hirche Jaled Aswahi, del Departamento de Residentes de Erbil.

Sin embargo, la estabilidad de la región mantenía también un estrecho vínculo con el complejo entramado de relaciones internas de las formaciones kurdas, que además de la tradicional rivalidad entre los acólitos de Talabani y los de Barzani no podía olvidar la influencia entre muchos sectores de la sociedad local del Partido de los Trabajadores del Kurdistán (PKK) de Abdula Ocalan, especialmente activo en la vecina Turquía y llamado a desempeñar un papel de liderazgo crucial en el futuro conflicto de Siria. El PKK y toda la cohorte de agrupaciones formadas en su entorno dominaban una amplia franja de territorio en los límites más escarpados del Kurdistán —las llamadas montañas de Qandil—, ajena al control de las fuerzas de los peshmergas, donde tenían instalado su cuartel general.

Los enfrentamientos entre las milicias del PKK y el ejército turco en octubre de 2007, y la captura de ocho militares de Ankara por parte de los insurgentes estuvo a punto de provocar una invasión del Kurdistán por parte de las tropas de Turquía. Las incursiones de los guerrilleros leales a Ocalan —que permanecía encarcelado en Turquía desde 1999— había provocado también severos bombardeos de la artillería iraní en el extremo oriental del Kurdistán pocos meses antes.

Mi primer desplazamiento a las montañas de Qandil me llevó a visitar las instalaciones del Partido de la Vida Libre (Pjak), una de las «franquicias» del PKK cuyo objetivo era pelear contra el ejército iraní. En esa región de las montañas de Qandil, el territorio bajo la autoridad de Erbil concluía junto a una pequeña fortificación vigilada por los peshmergas a las afueras de la aldea de Yarab.

Los proyectiles iraníes habían dejado un largo espacio calcinado en las colinas del valle de Shewe Hasow. Allí, agrupados en torno a los árboles que crecen al costado de un riachuelo, vivían decenas de familias como la de Haled Brahim Husein, de veintisiete años, que habían huido al intensificarse la confrontación. El Gobierno regional kurdo estimaba que el éxodo había afectado a casi tres mil personas de veinte poblados limítrofes con la linde iraní. «Las explosiones comenzaron a las siete de la mañana y no pararon de caer hasta las once. Ya habían bombardeado el año pasado, pero nunca de esta manera. Agarramos lo que pudimos y salimos corriendo. Llevamos aquí desde el 16 de agosto. Dormimos sobre plásticos y nos lavamos en el río», me contó Brahim. A su alrededor, las mujeres intentaban cocinar en precarias fogatas, hacer la colada colgando la ropa de las ramas y organizar a los rebaños de cabras que pudieron acarrear en su apresurada huida.

Aquella fue una breve parada. Recorriendo un enrevesado camino transitable solo con todoterrenos conseguimos llegar a la primera base del Pjak, un precario campamento rodeado por los signos de los incendios provocados por los cohetes iraníes. Los uniformados guardaban ganado y cultivaban un huerto que les abastecía, aunque disponían también de televisión vía satélite. Cerca del reducto se encontraba el cementerio en el que el grupo armado había sepultado a más de medio centenar de sus militantes. Las tumbas eran un reflejo de la ideología de esa agrupación. Exhibían un mapa del Gran Kurdistán, que abarca territorios no solo de Irak o Irán, sino también de Turquía y Siria. Dentro del recinto se divisaba una pequeña sala decorada con fotos de los fallecidos y del máximo referente del movimiento, Abdula Ocalan. «Todos creemos en una confederación kurda», me aclaró Emir Karim, uno de los nueve componentes del comité que dirigía el Pjak, cuando le pregunté por sus vínculos con Ocalan. La guerrilla del PKK también mantenía un segundo baluarte en las montañas de Matina, en la provincia occidental de Duhok, al que pude acceder durante la crisis de los rehenes de octubre.

Los vecinos de la región la llamaban «la zona roja». Herencia de un atípico pacto con las autoridades kurdas durante la década de los noventa, los turcos mantenían cientos de soldados atrincherados en varias bases cercanas y eran ellos los que habían instado a los lugareños a evitar las estribaciones de Matina. «No podemos seguir. Nos podrían disparar», advirtió George al Qas, un residente local que se ofreció a guiarnos hasta el río que, según él, marcaba el inicio del espacio por donde deambulaba el PKK. Continuamos caminando en solitario junto al cauce de agua siguiendo las evidentes señales que habían

dejado los insurgentes. Sobre uno de los peñascos dibujaron sus siglas con pintura roja.

No fue necesario avanzar mucho. Suresh, un combatiente kurdo, apareció de improviso por el estrecho sendero seguido de casi una decena de guerrilleros. A sus treinta y cinco años no parecía especialmente preocupado por las amenazas que propagaba el ejército turco. «En 1991 luché contra Sadam, en 1992 contra los turcos y los peshmergas y a partir de 2001, otra vez contra los turcos. Llevo dieciséis años luchando en las montañas y ya ve, aquí sigo», me contó resumiendo su agitada biografía. Suresh era el jefe local del PKK y reconoció que la artillería turca estaba bombardeando «todas las noches», pero también indicó que los proyectiles se estrellaban contra las laderas. «Cuando empiezan, nosotros nos metemos en el refugio», contó. Sus huestes controlaban todos los accesos a las escarpadas alturas de Matina, un terreno repleto de grutas y donde los vecinos decían que el PKK disponía de una extensa red de refugios subterráneos. «A ustedes, por ejemplo, los teníamos controlados desde mucho antes que llegaran. Los vieron nuestros vigías y se dieron cuenta de que eran periodistas. Aquí estamos muy bien. Tenemos de todo, comida, televisión vía satélite y hasta una base con internet para comunicarnos con la familia», admitió el jefe kurdo mientras recorría la trocha.

En la primera década del siglo XXI, el PKK distaba mucho de ser aquella fuerza tan formidable que luchó contra Ankara entre 1984 y 1999 con el apoyo del régimen sirio, cuando disponía de un repleto arsenal que incluía desde cohetes antitanque hasta misiles tierra-aire. Sin embargo, su persistencia y su histórico reclamo de un territorio administrado por su propia etnia continuaban tan arraigados en la mentalidad del pueblo kurdo como su propia presencia en Qandil o Matina.

Años más tarde, en 2010, conseguí entrevistar al sustituto de Ocalan, Murat Karayilan, que había asumido la jefatura del PKK cuando fue arrestado el fundador de esa formación. Llevaba treinta y cuatro años combatiendo y decía que no pensaban entregar las armas hasta conseguir una «autonomía como la que tiene Cataluña». «Hemos estudiado la constitución de España y el sistema de autonomías. Ese es el modelo que buscamos. Un país donde los gobiernos locales viven en armonía con el central, donde tienen su propia fuerza de policía y su parlamento», me dijo.

Karayilan apareció frente a una mesa colocada por sus subalternos bajo una higuera en los mismos montes de Qandil. Para llegar a esa posición, los guerrilleros nos hicieron deambular por un interminable territorio de valles

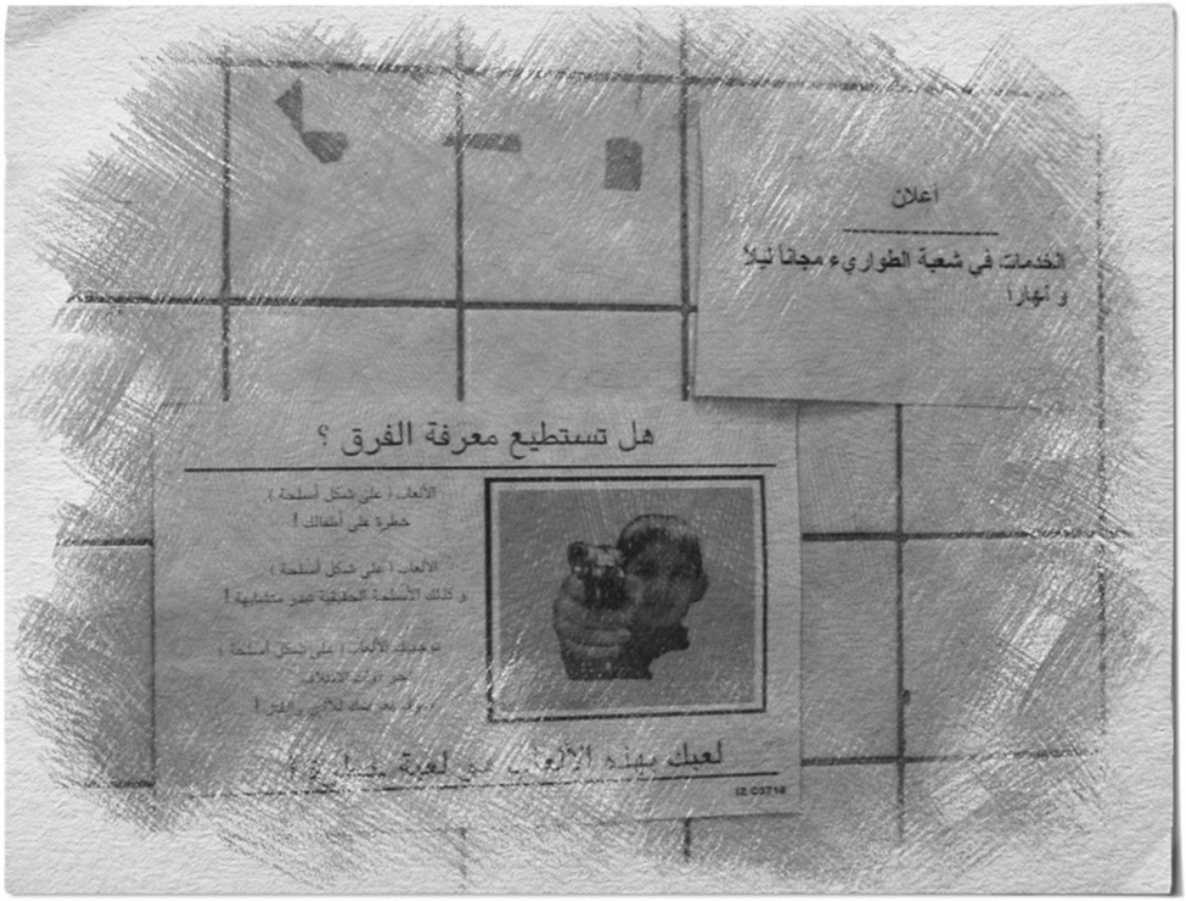
salpicados con casas de adobe y colinas marcadas por las banderas rojas de su partido o gigantescos dibujos del rostro de «Apo» (el apodo de Ocalan) pintados sobre la tierra de las laderas. Venía secundado por otra de las más conocidas dirigentes del PKK, la «camarada» Sozdar Avesta, y por toda una cohorte de las combatientes femeninas del movimiento, las llamadas Yja-Star, que dirigía la propia Avesta. Todas ellas se declaraban ateas, decían no consumir alcohol y proclamaban que entre sus principios se contaba el ascetismo. «No somos monjas, pero sí existe un cierto paralelismo. También sacrificamos nuestra vida por la sociedad. No estamos contra la familia, pero nuestra meta está más allá de las relaciones clásicas de pareja. Queremos liberar al Kurdistán y también a la mujer», indicó Doza Welat, otra joven comandante de la cuadrilla. Pero la aureola revolucionaria bajo la que se escudaban tenía también un lado más truculento. De los quince atentados suicidas atribuidos al PKK hasta ese instante, once habían sido ejecutados por estas chicas. De hecho, tanto Estados Unidos como la Unión Europea incluía al grupo en su listado de «organizaciones terroristas».

Antes de despedirnos, los alzados nos invitaron a visitar otro de sus cementerios. Este incluía doscientas catorce tumbas de combatientes de todos los territorios del Gran Kurdistán. Había fallecidos nacidos en Turquía, como Limut Ozkam; en Irán, como Osman Osmani; y hasta gente como Tamar Aliyev, que venía de Kazajistán. Allí me encontré a un militante kurdo nacido en Siria que me habló de la facción afín al PKK que actuaba en ese país y de la que nunca había oído hablar.

—¿Pero también estáis peleando en Siria? —le pregunté.

—Nuestro objetivo es defender los derechos del pueblo kurdo allí donde se encuentre. Para nosotros las fronteras coloniales no tienen significado —me respondió.

Epílogo



Yaroub no regresó a Irak desde 2006, cuando el horror en el que se había sumido el país lo llevó a exiliarse. Había sido liberado, meses antes, del centro de detención chií de Bagdad donde fue encerrado y torturado, pero aguantó a la espera de la liberación de su hermano gemelo, Jamal, y de su cuñado. Había perdido su casa y su barrio en la limpieza étnica, extrañaba su Bagdad y el país le resultaba un desconocido. Refugiado con su familia en una casa en Adhamiyah, en octubre de 2006 su esposa recibió una extraña llamada. Una grabación repetía «Si no os marcháis, encontraréis a los varones en la morgue».

Aquella presión terminó doblegando su obstinación. Se llevó a Basima y a sus cuatro hijos a una Siria que no les quería pero les aceptaba, pero allí la mera subsistencia deglutía sus ahorros sin permitirles trabajar. Vivieron en Qudsiya, «el pequeño Bagdad», donde los vecinos los arropaban con la fraternidad de los supervivientes, alquilando diminutos apartamentos donde apenas cabían (sus hijos Akram e Isra entraban en la adolescencia mientras que Mohamed y Omaima lo hacían en la prepubertad) y recurriendo a todo tipo de argucias para subsistir con honestidad y dignidad. Allí recaló su hermano Jamal, que se empleó como pintor a cambio de una miseria de salario.

Nuestra estrecha amistad nos llevó muchas veces a Damasco a verlos —celebramos el primer cumpleaños de nuestro hijo en su apartamento sirio, junto a otros amigos iraquíes, en uno de los raros momentos de felicidad en el exilio— y Yaroub nunca perdía su sonrisa ni su humildad, pero tampoco sus principios. Solicitó refugio político al Alto Comisionado de Naciones Unidas para los Refugiados, que enseguida reparó en su dominio de idiomas. Un año después, le informaron de que Estados Unidos se ofrecía a darle refugio en lo que pretendía ser un gesto humanitario: la oferta equivalía a una patada en el estómago. «No solo lo rechacé: argumenté por qué me negaba. Estados Unidos era el único culpable de la destrucción de mi país y ¿ahora querían que me instalara allí? Nunca.»

Prefirió la miseria del exilio sirio hasta que surgió otra oportunidad. A mediados de 2008, la ONU le ofreció una alternativa: Noruega. «No sabíamos nada del país, solo que está en Europa, es muy frío y hay osos. Y recordábamos los Acuerdos de Oslo.[98] Pero aceptamos.» La siguiente charla que mantuvimos fue en diciembre de 2008, cuando acababan de llegar a la fría ciudad de Haugesund: les habían asignado un cómodo apartamento con espacio más que suficiente para los seis miembros de su familia, y le buscaron una segunda casa a Jamal en el mismo barrio. Todos fueron matriculados en una escuela de noruego y, una vez controlaron el idioma, les terminarían buscando trabajos remunerados en los campos que ellos elegían para integrarlos en una sociedad de la que ya son plenos miembros.

Siempre confiamos en que la experiencia en Noruega hubiese mejorado, aunque fuera un ápice, la imagen que debían tener de Occidente. Allí nació su hija Nur al tiempo que lo hacía nuestra propia hija Nur en Beirut, y allí se volcaron en sus empleos con la entrega de verdaderos profesionales, pero Yaroub nunca dejó mentalmente Irak ni Oriente Próximo. Él y su familia

seguían detalladamente cada noticia que salía de la región, cada nuevo episodio de violencia, con la desolación propia de quien no tiene esperanza.

Volvimos a trabajar juntos en Turquía, el Líbano o la Siria en guerra. Sus contactos y sus vivencias lo convirtieron en un verdadero experto en la complicada telaraña de grupos armados e intereses que controlan su región natal. Su empatía natural lo llevó a mantenerse en contacto no solo con sus amigos y familiares —verdadera legión— sino también con muchas de las personas que habíamos entrevistado, de quienes me ofrecía de vez en cuando pistas en nuestras frecuentes charlas a través de los años.

Jalil, sin embargo, nunca abandonó Irak. Con toda su familia en el país, sentía el deber de permanecer allí porque, más allá de sus fronteras, se sentía huérfano. Tampoco podría haberse permitido un exilio: salvo cuando trabajaba con extranjeros, sus exiguas ganancias como conductor no le permitían más lujos que alimentar con dignidad a sus hijos.

Flayeh también se quedó en Bagdad, pero en una situación distinta: el versátil hispanista chií tenía cierta mano con los negocios y don de gentes. A eso hay que sumar que su confesión religiosa, ahora en el poder, le abría puertas cerradas para la comunidad suní. Hubiera querido visitar España, pero en 2005, tras su injusta detención por «colaboración necesaria» con el asesinato de los agentes del CNI, el Ministerio de Interior dictó una orden prohibiéndole pisar los quince países europeos del espacio Schengen durante un plazo de diez años. Aquel dictamen era el más grave de los insultos y la peor de las torturas, confesó varias veces, porque era el recordatorio constante de una acusación falsa que lo dejaba marcado como el vulgar asesino de un hombre, Alberto Martínez, que fue su amigo durante años.

Pero si alguien representa la complejidad del caos surgido de la invasión de Irak y extendido por todo Oriente Próximo es Abu Yendel, el licenciado en Literatura de la Universidad de Mustansirya que me ayudó a entrar en Faluya y me guió en los entresijos de la resistencia armada suní. Su conversión de poeta a insurgente comenzó tras la caída de Bagdad. «Contacté con veteranos del ejército y profesionales dispuestos a contribuir a la defensa de Irak, aunque la mayoría de mis hombres eran fieles de mi mezquita», me relataría con los años, en referencia al templo suní de Abu Ghraib, donde oficiaba la oración desde una década antes de la caída de la dictadura. «En los templos se distribuían panfletos llamando a la resistencia, y muchos vecinos no tardaron en acudir a mí para saber qué podían hacer por el país.» Su carisma y diez años de experiencia militar en el ejército de Sadam —algo común en su generación, obligada a librar las guerras de la dictadura— hizo el resto.

Abu Yendel tomó las armas por puro orgullo patrio y terminó liderando ataques contra convoyes estadounidenses en plena calle Haifa y en las conflictivas Madain o Abu Ghraib, y colaboró con acciones armadas en Latifiya, Mahmudiya y las autopistas del sur de Bagdad. La guerrilla urbana era su táctica preferida —«No son necesarios muchos medios para causar enormes daños», argumentaba— y las columnas blindadas de las tropas ocupantes su principal objetivo. A medida que involucionaba Irak y se multiplicaban sus enemigos, Abu Yendel decidió fundir un manojo de organizaciones armadas en el Ejército de los Muyahidin, alianza con la cual combatió entre 2004 y 2005. Su identidad ya había llamado la atención del ejército norteamericano, que tras varios intentos de detención en su propia casa —de los que escapó mintiendo sobre su verdadera identidad— logró capturarlo el 5 de julio de 2005.

Así empezó su periplo por las escuelas del odio y también su aproximación a la radicalización religiosa de los presos. Al trato humillante de los invasores —violaciones, aislamiento, hacinamiento, torturas y vejaciones: en la prisión de Amiriya solían divertirse con los presos obligándolos a vestir lencería femenina, recordaba Abu Yendel— se sumaba el ambiente desesperado de prisiones congestionadas, donde el discurso de los más radicales calaba rápido entre almas desesperadas ávidas de esperanza. «En Camp Bucca, al principio debatíamos con la gente de Al Qaeda. Pero ellos no dialogaban, amenazaban a quienes pensaban de forma distinta. Incluso llegaron a matar a presos que los cuestionaban. Asesinaron a un compañero mío; a mí me amenazaron de muerte, pero no se atrevieron a hacerme nada porque era un líder religioso y solía dirigir la oración.»

Abu Yendel fue liberado el 23 de julio de 2008 en un país destrozado por la guerra civil. «Pensé en quedarme en Irak, pero el Gobierno lanzó una operación contra todos los exconvictos de cárceles estadounidenses. La Guardia Nacional vino en cuatro ocasiones a mi casa, buscándome. El 20 de diciembre crucé la frontera para refugiarme en Siria.» Así fue como quedó atrapado en las múltiples derivaciones de la invasión de Irak. La ocupación, una rabiosa patada a la caja de Pandora confesional que ha desatado los odios entre musulmanes, solo acababa de comenzar a destrozar la región.

El destino quiso que el poeta fuera testigo obligado de la expansión del odio. «Fue muy duro psicológicamente ver cómo se repetía la historia en Siria —explicaba por teléfono desde su refugio en un suburbio de Damasco, donde ahora regenta un pequeño negocio—. Avisamos a nuestros vecinos del riesgo

de la división religiosa, les pedimos que no cometiesen el error de permitir que la sociedad se escindiera, pero no escucharon…»

Como le ocurre a la mayoría de los suníes, engullidos por el odio sectario, Abu Yendel considera que Irán —ganador absoluto de la invasión de Irak— es parte activa de la ecuación enemiga, al nivel de Estados Unidos o Israel. Entre los chiíes existe la convicción de que Arabia Saudí, Turquía y Catar son los verdaderos demonios regionales. «Hay noches que no puedo dormir pensando en ello. Estoy convencido de que es Teherán quien está detrás del ISIS. En su última publicación, llaman a sus fieles a atacar Arabia Saudí y Turquía, pero nunca piden ataques en Irán, la principal potencia chií del mundo. ¿Por qué atacan en todo el mundo salvo en Irán? ¿Cómo pueden tener tanto control, tanta capacidad de atacar en Afganistán e Irak pero no en Irán, que está en medio? No logro entenderlo…»[99] Pero al mismo tiempo, no exime de responsabilidades a Estados Unidos. «La invasión fue un plan minuciosamente construido para destruir la *umma* [«comunidad musulmana] con el objetivo de controlar las riquezas del mundo islámico y empujar a los árabes a un combate interno que protegiese a Israel. El ejército iraquí había sido el más poderoso de la región y logró ser destruido. Por eso enviaron a Negroponte,[100] conocido por sus guerras sucias en América Latina.»

Siempre nos sorprendió que, a diferencia de otros suníes, Abu Yendel no se dejara deslumbrar por las cinematográficas acciones armadas de Monoteísmo y Guerra Santa, el grupo de Abu Musab al Zarqawi que derivó en Al Qaeda en Mesopotamia para después consolidarse como Estado Islámico de Irak, origen del ISIS. «Fue muy negativo para los suníes —reflexionaba—, porque eran demasiado radicales. Era imposible colaborar con ellos porque no lo permitían. Su estrategia siempre fue imponerse sobre otros grupos armados, no cooperar con ellos.»

Resultaba difícil de comprender la resurrección del Estado Islámico de Irak en un momento en el que la organización fundada por Zarqawi parecía casi extinta en ese país, pero Abu Yendel intuía los motivos. «Cuando el Gobierno usó a los Sahwat, no solo luchó contra el Estado Islámico, sino también contra cualquier grupo de insurgencia suní. Eso solo dejó dos salidas a los combatientes suníes: o el Estado Islámico, o el final de la lucha armada —continuaba—. Hoy en día, en Irak, solo el Estado Islámico tiene fuentes de financiación. Sabemos cómo controla su territorio en zonas suníes, mediante la extorsión, las amenazas y el crimen. Lo triste es que también sabemos cómo llegaron a tomar las ciudades suníes: porque las fuerzas de seguridad chiíes abandonaron sus cuarteles y posiciones antes de que llegasen los

radicales. No están dispuestos a morir por defender a los suníes, y de esa forma colaboran en el odio confesional.»

Antes de colgar, le interrogamos por la reconciliación entre suníes y chiíes, conscientes de que semejante argumento en Siria debe ser casi incomprensible. Sorprendentemente, el clérigo-poeta-combatiente sí veía una luz. «A lo largo de la historia, son muchos los enemigos que han terminado aliados. El conflicto sectario acabará cuando aparezca una generación sabia, racional y educada que desee vivir en paz —reflexiona—. Nada está lo bastante lejos ni es del todo imposible.»

Bibliografía

AJAMI, Fouad, *The Vanished Imam. Musa al Sadr and the Shia of Lebanon*, Nueva York, Cornell University Press, 1997.

ALAWI, Ali, The Occupation of Iraq. Winning the War, Loosing the Peace, New Haven, Yale University Press, 2008.

BENNIS, Phyllis y Michel Moushabeck, eds., *Beyond the Storm. A Gulf Crisis Reader*, Massachusetts, Olive Branch Press, 1991.

BERNARD, Rougier, *Qu'est-ce que le salafisme?*, París, Presses Universitaires de France, 2008.

BREMER III, Paul, *My Year in Iraq. The Struggle to Build a Future of Hope*, Nueva York, Simon and Schuster, 2006.

CHEHAB, Zaki, *Iraq Ablaze. Inside the Insurgency*, Londres, I. B. Tauris, 2006.

CHESNOT, Christian y Georges Malbrunot, *L'Irak de Saddam Hussein. Portrait total*, París, Éditions n.º 1, 2003.

COCKBURN, Patrick, *Muqtada. Muqtada al Sadr, the Shia Revival, and the Struggle for Iraq*, Nueva York, Scribner, 2008.

— *The Occupation. War and Resistance in Iraq*, Nueva York, Verso Books, 2006.

ELBARADEI, Mohamed, The Age of Deception. Nuclear Diplomacy in Treacherous Times, *Londres, Picador, 2012.*

FAROUX-SUGLETT, Marion y Peter Suglett, *Iraq since 1958. From Revolution to Dictatorship*, Londres, I. B. Tauris, 2003.

FILKINS, Dexter, *The Forever War*, Londres, Vintage Books, 2009.

HASHIM, Ahmed S., *Insurgency and Counter-Insurgency in Iraq*, Nueva York, Cornell University Press, 2006.

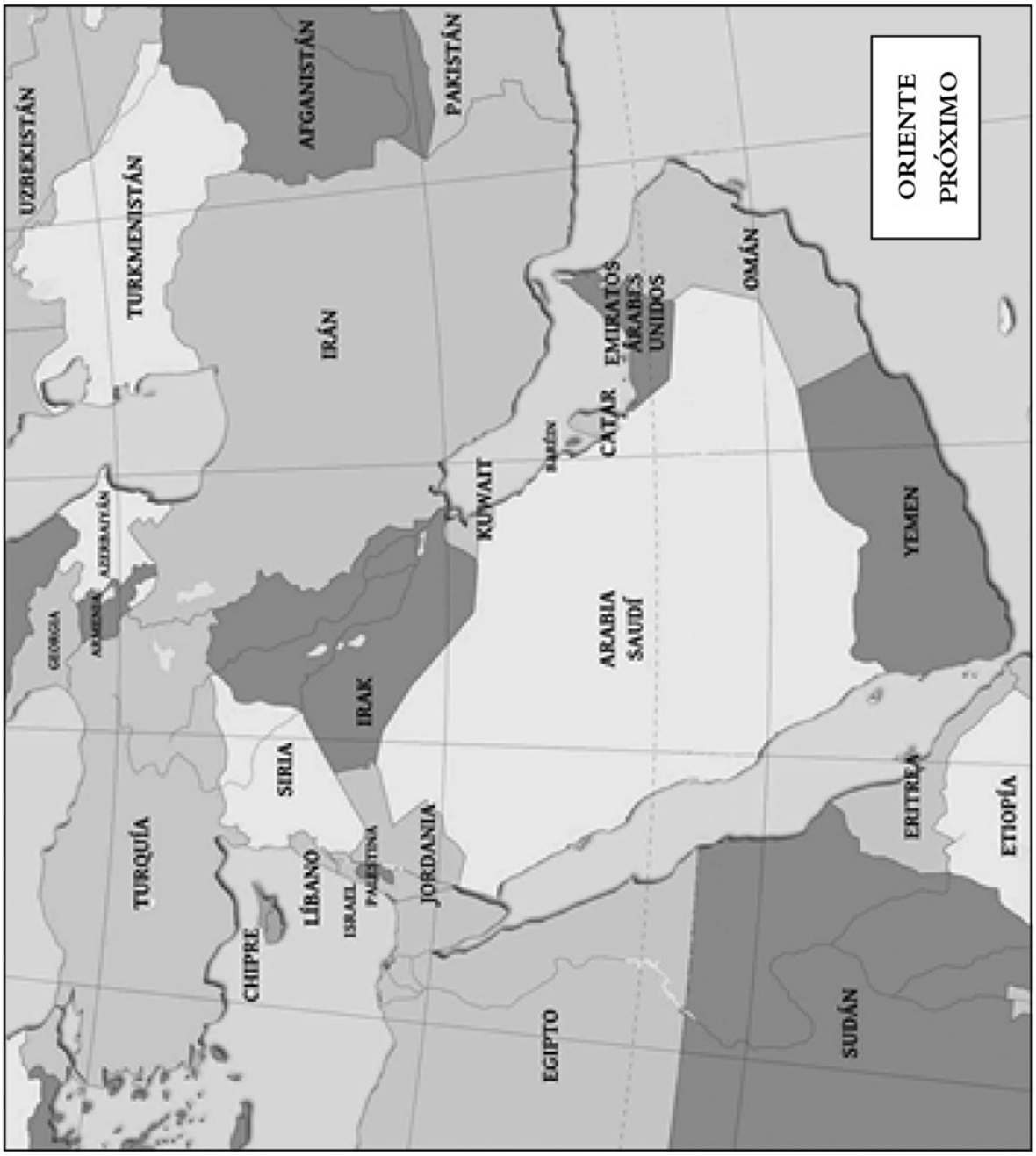
LEE ANDERSON, Jon, *La caída de Bagdad*, Barcelona, Anagrama, 2006.

LUKITZ, Liora, *Iraq. The Search for National Identity*, London, Frank Cass, 1995.

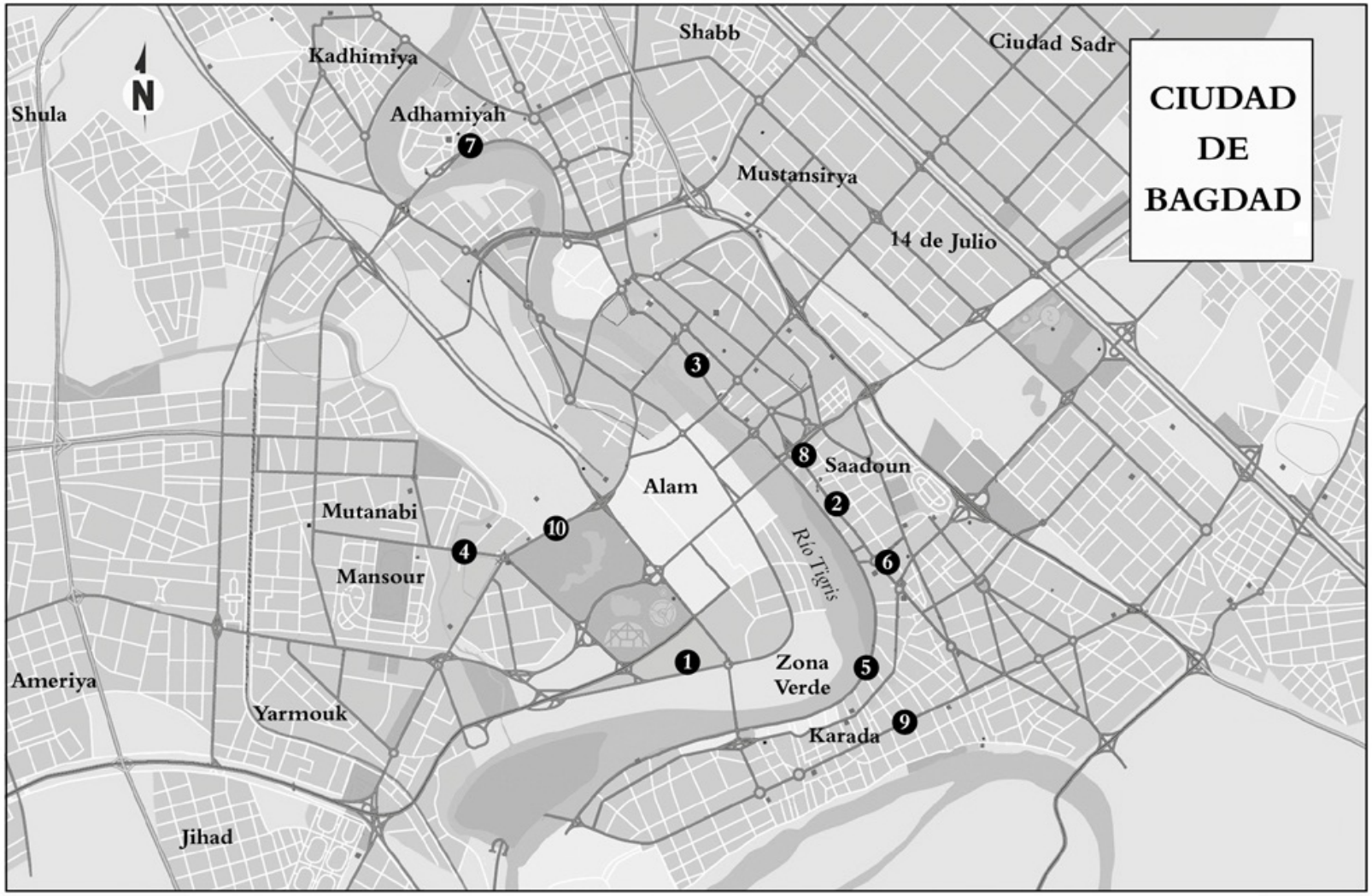
MAJID, Saman Abdul, Les années Saddam. Révélations exclusives, *París, Fayard, 2003.*

MANSOUR, Ahmed, *Inside Fallujah. The Unembedded Story*, Massachusetts, Olive Branch Press, 2009.
MARTORELL, Manuel, *Kurdistán. Viaje al país prohibido*, Madrid, Foca Editorial, 2005.
NAKASH, Yitzhak, *The Shi'is of Iraq*, New Jersey, Princeton University Press, 2003.
PAX, Salam, *The Baghdad Blog*, Londres, Atlantic Books, 2003.
ROSTON, Aram, The Man Who Pushed America to War. The Extraordinary Life, Adventures and Obsessions of Ahmad Chalabi, *Nueva York, Nation Books, 2008.*
SAAD-GHORAYEB, Amal, *Hizbullah. Politics and Religion*, Londres, Pluto Press, 2002.
SHADID, Anthony, Night Draws Near. Iraq's People in the Shadow of America's War*, Londres, Picador, 2006.*
STEELE, Jonathan, *Defeat. Why They Lost Iraq*, Londres, I. B. Tauris, 2008.
YAHIA, Latif, *The Devil's Double. The True Story of the Man Forced to Be the Double of Saddam Hussein's Eldest Son*, Londres, Arrow Books, 2003.
YILDIZ, Kerim, *The Kurds in Iraq. The Past, Present and Future*, Londres, Pluto Press, 2004.

Mapas


ORIENTE PRÓXIMO
UZBEKISTÁN
TURKMENISTÁN
AFGANISTÁN
PAKISTÁN
IRÁN
OMÁN
EMIRATOS ÁRABES UNIDOS
CATAR
KUWAIT
ARABIA SAUDÍ
YEMEN
GEORGIA
ARMENIA
AZERBAIYÁN
IRAK
SIRIA
TURQUÍA
CHIPRE
LÍBANO
ISRAEL
PALESTINA
JORDANIA
EGIPTO
ERITREA
ETIOPÍA
SUDÁN


TURQUÍA
DAHUK
Dahuk
ERBIL
IRÁN
Mosul
Erbil
NINIVE
Kirkuk
Suleimaniya
SIRIA
SULEIMANIYA
KIRKUK
SALAHADIN
Tikrit
DIYALA
ANBAR
Baaquba
Ramadi
Faluya
Bagdad
BAGDAD
WASET
JORDANIA
Kerbala
BABILONIA
Kut
KERBALA
Hillah
MESENA
QADISIYA
Nayaf
Diwaniya
Amara
DI
CAR
NAYAF
Samawa
Nasiriya
Basora
MUTHANA
BASORA
KUWAIT
Kuwait
ARABIA
SAUDÍ
IRAK
Frontera nacional
Frontera de la gobernación
Capital nacional
Capital de la gobernación
Autopista
Carretera
0 50 100 kilómetros
0 50 100 millas



1) Calle Haifa; 2) Calle Saadoun; 3) Calle Rashid; 4) Calle Mansour; 5) Calle Abu Nawas; 6) Hotel Palestina y Hotel Sheraton; 7) La Corniche; 8) Plaza Tahrir; 9) Calle Karada; 10) Calle Damasco.



JAVIER ESPINOSA ROBLES (1964) es actualmente el corresponsal en Asia para el periódico *El Mundo*. Su dilatada carrera comenzó con la primera guerra del Golfo, en 1990. Desde entonces ha cubierto más de una quincena de conflictos bélicos en cuatro continentes, desde el que dividió la antigua Yugoslavia, hasta la guerra civil de Sri Lanka, pasando por la guerrilla colombiana o la intervención estadounidense en Haití, las múltiples contiendas que se han sucedido en Oriente Próximo durante los últimos doce años y hechos tan brutales como el genocidio de Ruanda o la confrontación fratricida de Sierra Leona, donde fue secuestrado por la guerrilla local. En 2013 volvió a ser raptado en Siria y pasó seis meses en manos del Estado Islámico.

Espinosa ha recibido numerosos galardones, entre los que se cuentan tres veces el Premio France Ouest para Corresponsales de Guerra, el Premio Internacional Rey de España de Periodismo, Cirilo Rodríguez de Corresponsales, Manuel Leguineche, Miguel Gil Moreno, Premio Libertad de Expresión, Premio Bayeux de Corresponsales de Guerra, Premio José Couso, ANIGP-TV, Premio Club Internacional de Prensa, Manuel Vázquez Montalbán y el Premio Internacional Reporteros de *El Mundo*. La organización británica Action on Armed Violence le ha reconocido como uno

de los cien periodistas que cubren zonas de conflicto más influyentes del planeta.



MÓNICA GARCÍA PRIETO (1974) es periodista y desde 1996 ha cubierto conflictos armados en el Cáucaso, los Balcanes, Oriente Próximo y Asia Central. Inició su carrera como corresponsal freelance en Italia y Rusia en 1996 para radio y televisión, y en el año 2000 se incorporó a la redacción de *El Mundo*. Tras los atentados del 11-S se centró en Oriente Próximo y Asia Central, regiones en las que trabajó durante doce años: fue corresponsal en Jerusalén entre 2005 y 2007, y en Beirut entre 2007 y 2014. A lo largo de su carrera ha seguido el desarrollo de una decena de enfrentamientos armados, entre ellos la guerra de Chechenia, el conflicto en Macedonia, las invasiones de Afganistán e Irak, la crisis palestino-israelí, la guerra de Líbano o el conflicto sirio, al que dedicó sus últimos cuatro años como corresponsal en Oriente Próximo. En 2015 se instaló en Bangkok y desde allí colabora con medios como *El Mundo*, *Periodismo Humano* o *Cuarto Poder*.

Su trabajo ha sido reconocido con el Premio Internacional de Periodismo Dario D'Angelo, José María Porquet de Periodismo Digital, Premio José Couso y Premio Internacional de Periodismo Julio Anguita Parrado. Ha sido finalista del Premio Internacional de Periodismo Kurt Schork y del Cirilo Rodríguez de Corresponsales.

Notas

[1] Político exiliado iraquí conocido por sus escándalos de corrupción, fue uno de los principales instigadores de la invasión estadounidense de Irak mediante la fabricación de pruebas falsas sobre la existencia de armas prohibidas, y regresó al país con aires triunfalistas tras la caída de Bagdad. Fue ministro de Petróleo y vice primer ministro. <<

[2] La guerra entre Irán e Irak estalló tras la llegada de los ayatolás al poder, entre 1980 y 1988. Estados Unidos apoyó activamente al régimen suní de Sadam Husein contra los chiíes persas en un conflicto que se cobró un millón de vidas. <<

[3] Fue el origen de la primera guerra del Golfo, en 1991. <<

[4] Los chiíes eran la comunidad musulmana mayoritaria en Irak y en Irán. <<

[5] Entre ellos figuraba el doctor Mahmud al Mashadani, quien sería nombrado jefe del Parlamento iraquí en 2006 tras sobrevivir a dos décadas de prisión, de las que escapó gracias a la Ley de Amnistía de Sadam. De la liberación también se beneficiaron Sadun al Qadi, quien terminaría siendo mufti del grupo armado Ansar al Islam y posteriormente responsable de Ansar al Sunna, o Mohamed al Yiburi, número dos del citado grupo salafista. <<

[6] Más tarde se demostró que fueron tomadas por el satélite comercial de la agencia privada Space Imaging. <<

[7] Horas después de que venciese el ultimátum dado por el Gobierno estadounidense junto a sus socios, Tony Blair, José María Aznar y José Manuel Durão Barroso, en la Cumbre de las Azores. <<

[8] Una de las normas del derecho internacional humanitario consuetudinario. <<

[9] El edificio donde se nos obligó a trabajar fue uno de los objetivos de los bombardeos: terminó parcialmente destruido. <<

[10] En recuerdo de Ali Hasan al Mayid, apodado Ali el Químico, primo de Sadam Husein y responsable del gaseamiento de población kurda en Halabja en 1988. <<

[11] Desde entonces, y pese a los millones de dólares invertidos en Irak, el suministro eléctrico de la capital nunca se ha restaurado a los niveles que ofrecía la dictadura. <<

[12] El Pentágono confirmó que la explosión que había destruido el carro, dañado durante los combates, fue producto de uno de sus bombardeos con la intención de que no cayese en manos enemigas. <<

[13] Las autoridades cifraban su número en seis mil voluntarios. <<

[*] Si bien este libro está escrito a cuatro manos y se basa en las experiencias de los autores, no siempre coincidimos juntos en las historias que se relatan. Por eso variamos entre la primera persona del singular y del plural. (*N. de los AA.*) <<

[14] CPA, gobierno provisional establecido por Estados Unidos y Reino Unido tras la invasión de Irak. <<

[15] Abdulaziz al Hakim y, tras su fallecimiento en Irán, su hijo Ammar al Hakim fueron los líderes de la Asamblea Suprema Islámica de Irak (ASII), formación islamista chií próxima a Teherán. Su brazo armado, las Brigadas Badr, entrenadas por los Guardianes de la Revolución iraníes, fueron acusadas de innumerables crímenes y exacciones durante la guerra civil iraquí y gestionaban sus propios centros de detención y torturas. <<

[16] Zona geográfica situada al norte de Bagdad, de mayoría suní, en forma de triángulo cuyos vértices son Bagdad, Tikrit y Ramadi. <<

[17] Aquila al Hashimi fue una de las tres mujeres que formó parte del Consejo de Gobierno Iraquí. Había sido asesinada cinco días atrás en una emboscada, en Bagdad. <<

[18] Citado por el periodista Christophe Reuter en el premiado artículo del *Der Spiegel* «Islamic State Files Show Structure of Islamist Terror Group». <<

[19] Inteligencia militar de Irak durante la dictadura de Sadam. <<

[20] Los altos cargos, incluido Sadam Husein, fueron internados en Camp Cropper, cerca del aeropuerto. <<

[21] Uno de los principales teóricos del salafismo y el wahabismo, la corriente más radical del islam suní. <<

[22] Javier Espinosa y Mónica G. Prieto, *Siria, el país de las almas rotas*, Barcelona, Debate, 2016. <<

[23] Ibrahim Ibn Awad al Badri al Samarrai, alias Abu Baqr al Baghdadi, nacido en 1971 en Samarra, fue detenido en Faluya en febrero de 2004 acusado de militar en Jaish Ahl al Sunna al Jamaa. Las tropas estadounidenses que gestionaban Camp Bucca «nunca supieron a quién tenían», explicaba el periodista y analista iraquí Hisham al Hashimi. <<

[24] Martin Chulov, «ISIS: The Inside Story», *The Guardian*, 11 de diciembre de 2014. <<

[25] Abu Musab al Zarqawi, líder de Tawhid wal Yihad, ingresó en la prisión jordana de máxima seguridad de Swaqa, en 1994, como miembro de la organización yihadista Beit al Imam y fue yihadista en Afganistán. En poco tiempo, el jordano logró imponer su peculiar versión del salafismo entre sus adláteres más religiosos, a los que manipulaba mediante la razón o la fuerza. Allí componía fatuas que terminaban en internet y que llamarían la atención de Osama bin Laden, con quien se entrevistaría en 1999 en tierras afganas tras ser excarcelado, en marzo de aquel mismo año, cuando el nuevo monarca Abdula II decretó una amnistía para tres mil presos que no tenían delitos de sangre en el reino, como el mismo Zarqawi. Tras comenzar su paticular yihad del terror en Irak, en 2005 Zarqawi exportaría las acciones de su Estado Islámico de Irak a su país natal con explosiones de suicidas en los hoteles Grand Hyatt, Radisson SAS y el Days Inn: sesenta personas murieron en una de las peores oleadas de terrorismo que sufría el reino hachemí. <<

[26] Martin Chulov, *op. cit.* <<

[27] De origen sirio, fue uno de los miles de voluntarios árabes que viajaron a Irak. <<

[28] Entre quinientos y mil según Hakim al Zamili, miembro del Comité de Seguridad y Defensa del Parlamento iraquí, citado por el portal online Al Monitor. <<

[29] Es la principal institución de enseñanza chií en Irak. <<

[30] Localidad vecina de Nayaf. <<

[31] Equivalente en el chiísmo al Vaticano para los cristianos. <<

[32] Blindado Medio sobre Ruedas, vehículo blindado ligero del ejército español. <<

[33] Sayed Abdul Majid al Joei. <<

[34] Compuesta por mil trescientos militares españoles y mil doscientos de Honduras, El Salvador, Nicaragua y República Dominicana, desplegados en las provincias de Qadisiya y Nayaf, la brigada Plus Ultra solo tuvo dos bajas españolas en toda la misión: el comandante de la Guardia Civil Gonzalo Pérez García y el sargento Luis Puga Gandar. A ellos se suman ocho agentes del CNI y el capitán de navío Manuel Martín-Oar, ayudante del embajador español, muerto en el atentado contra la ONU de agosto de 2003 en Bagdad. <<

[35] El testimonio del comandante Núñez, entonces jefe de la policía iraquí, basado en los datos de los hospitales, arrojaba la cifra de doscientos cincuenta muertos. *Y al final, la guerra: la aventura de las tropas españolas en Irak*, libro de Lorenzo Silva y Luis Miguel Francisco. <<

[36] Capital de la provincia de Qadisiya, Diwaniya albergaba el grueso de las tropas españolas. <<

[37] Los archivos de Wikileaks dieron cuenta de al menos cincuenta ataques en la zona de Diwaniya y en las proximidades de las bases españolas y al menos cuarenta y cinco ataques de morteros directos contra la base de Nayaf. <<

[38] Hawya era también el nombre de la publicación religiosa del movimiento sadrista. <<

[39] Considerado un político marioneta de Estados Unidos, Al Alawi fue primer ministro de Irak entre 2004 y 2005. <<

[40] Hispanoparlante, trabajó con varios periodistas, incluidos los autores de este libro, antes y después de su detención a manos de tropas españolas. Todos denunciamos la injusticia de su detención. Su causa fue defendida por el periodista Gervasio Sánchez en una serie de entrevistas en la prensa española. <<

[41] Término despectivo aplicado por los suníes a los chiíes, traducido como «los que rechazan». <<

[42] Artefactos Explosivos Improvisados, en sus siglas en inglés. Fueron una de las principales causas de bajas estadounidenses durante la invasión. <<

[43] La guerra entre Irak e Irán, entre 1980 y 1988, dejó un millón de muertos. La guerra del Golfo movilizó a todos los varones en edad militar en 1991. <<

[44] Bautizó la primera guerra del Golfo como la «Madre de todas las batallas». <<

[45] Mando Central de las tropas de Estados Unidos. <<

[46] Javier Espinosa y Mónica G. Prieto, *op. cit.* <<

[47] Ibrahim al Jaafari fue primer ministro de Irak entre 2005 y 2006. <<

[48] Comida con la que los musulmanes ponen fin al ayuno diario que mantienen durante el mes de Ramadán. <<

[49] En 1993, una turba de somalíes despedazaron los restos de al menos dos soldados estadounidenses tras abatir el helicóptero Black Hawk en el que volaban. Los despojos fueron exhibidos a modo de trofeo. <<

[50] Bombardeo de saturación con gran cantidad de bombas de caída libre, a menudo combinadas con bombas incendiarias. <<

[51] «La Madre de Todas las Ciudades», originalmente bautizada como «Madre de Todas las Batallas» por Sadam Husein, pretendía conmemorar la «victoria» iraquí en la primera guerra del Golfo, 1991. Cada uno de sus minaretes medía cuarenta y tres metros de largo, en recuerdo de los cuarenta y tres días que duraron las hostilidades. <<

[52] Nombre que recibía históricamente Irak en referencia al Tigris y el Éufrates. <<

[53] *ISIS. Inside the Army of Terror*, Michael Weiss y Hasan Hasan, Nueva York, Simon and Schuster, 2016. <<

[54] Las dos fueron liberadas el 28 de septiembre. <<

[55] Entonces, ministro de Asuntos Exteriores. <<

[56] Así lo predijo el entonces director de la CIA, George J. Tenet, ante un comité de inteligencia del Senado en 2004. <<

[57] Cita incluida en Joby Warrick, *Black Flags. The Rise of ISIS*, Nueva York, Knof Doubleday, 2015. <<

[58] Brazo armado del Consejo Supremo para la Revolución Islámica de Irak (CSRII), poderosa facción política de Abul Aziz al Hakim, hijo del ayatola asesinado por Sadam Mohamed Baqr al Hakim. <<

[59] «El desastre», en árabe. <<

[60] El Consejo Supremo para la Revolución Islámica de Irak era entonces núcleo de la coalición chií en el Ejecutivo y responsable de las Brigadas Badr, milicia formada en Irán de quince mil hombres a la que los suníes acusaban de crímenes de guerra. <<

[61] La mezquita que alberga las tumbas del décimo y undécimo imame chiíes, Ali al Naqi y Hasan al Askari, figuras sagradas en el islam chií. <<

[62] «Iraq is in civil war, says former PM», BBC News, 19 de marzo de 2016. <<

[63] Nombre del segundo Califa, sucesor del profeta Mahoma: según los chiíes, Omar conspiraba contra Ali, yerno del profeta y figura sagrada del chiísmo. <<

[64] Denominación que se da a los extremistas suníes. <<

[65] Suburbio chií al este de Bagdad. <<

[66] Antiguo fusil. <<

[67] Técnica que consiste en eliminar el vello de la mejilla con un fino cordel. <<

[68] Los mandeos son un culto milenario que sigue las enseñanzas de san Juan Bautista, pero que no admite como profetas ni a Jesús ni a Mahoma. <<

[69] Impuesto que aplican los radicales islamistas a los cristianos, emulando la época del profeta Mahoma. <<

[70] La denominación del «país de los dos ríos» se refiere a Irak, por el Tigris y el Éufrates. <<

[71] El pañuelo con el que se cubren las mujeres que solo deja ver los ojos. <<

[72] Localidad situada en el centro-este de Afganistán. <<

[73] Durante años, feudo talibán en Afganistán. <<

[74] La enuresis es la emisión involuntaria de orina en una etapa del crecimiento en la cual el control de esfínteres ya se ha logrado. <<

[75] Un millar de personas murieron el 31 de agosto de 2005 ahogadas y aplastadas a causa de la estampida que siguió al rumor de que se habían infiltrado suicidas en una peregrinación chií. <<

[76] El ejército estadounidense creó una baraja de naipes con los rostros y nombres de los personajes más buscados del régimen iraquí con el objetivo de repartirlas entre las tropas y facilitar los arrestos. <<

[77] «En 2007, los guardias de seguridad privados empleados por compañías como Blackwater o Dyncorp ganaban 1.222 dólares al día; lo que supone 445.000 dólares al año. En contraste, un sargento del ejército ganaba entre 140 y 190 dólares al día, entre 51.100 y 69.350 al año.» (Joseph E. Stiglitz y Linda J. Bilmes, *La guerra de los tres billones de dólares*, Madrid, Taurus, 2008.) <<

[78] Uno de ellos, James McCormick, fue condenado por vender seis mil detectores falsos de explosivos a las fuerzas de seguridad iraquíes entre 2008 y 2010, por los que obtuvo cerca de 69,79 millones de euros. <<

[79] Transporte blindado de combate. <<

[80] Fuerzas de Seguridad Iraquíes. <<

[81] De 1.400 años de antigüedad, terminaría siendo destruido por el Estado Islámico en 2016. <<

[82] Fue vicerresponsable de las fuerzas armadas sirias y jefe de la temida inteligencia militar hasta su muerte, en 2012, en un atentado de la oposición armada. <<

[83] El contenido del cable secreto, elaborado tras la entrevista mantenida en 2010, fue desvelado por Wikileaks. <<

[84] «Outside Iraq but Deep in the Fight», *The Washington Post*, 8 de junio de 2005. <<

[85] En su libro *The Syrian Jihad* (Oxford, Oxford University Press, 2015), el experto Charles R. Lister cita los Informes Sinjar que documentaron, en un año, la entrada de setecientos yihadistas extranjeros por uno solo de los cruces fronterizos de la iraquí Sinjar. De ellos, el 41 por ciento era saudí y el 19 por ciento era libio. Solo un 8 por ciento de los combatientes eran sirios. <<

[86] Ibid. <<

[87] Ibid. <<

[88] Muchos consideran que es él quien está detrás de Johbat al Nusra, rama de Al Qaeda en Siria, tras haber sido puesto en libertad, si bien sus familiares directos aseguran no tener noticias suyas desde que fuera entregado a Damasco. <<

[89] Los salafistas siguen los pasos de Salahadin al Ayubi, comandante del siglo XII que derrotó a los cruzados en Jerusalén. Consideran que la futura liberación de Jerusalén requiere una previa «purificación» de su zona de influencia, y que tienen la obligación religiosa de hacerlo, lo que implica liberar a la Gran Siria de los «apóstatas»: es decir, expulsar o eliminar a todos los chiíes y cristianos. <<

[90] «The Terror Strategist: Secret Files Reveal the Structure of Islamic State», *Der Spiegel*, 18 de marzo de 2015. <<

[91] Una de las principales coaliciones insurgentes suníes, que incluían a grupos como las brigadas de la Revolución del 20. <<

[92] Fuente de emulación, principal autoridad religiosa del islam chií duodecimano. <<

[93] Brazo armado del grupo chií Consejo Islámico de Iraq, que dirige Abdelaziz Al Hakim. <<

[94] Cuerpo de élite del régimen, dirigido por Maher al Asad, hermano del presidente. <<

[95] El tradicional pantalón bombacho del Kurdistán. <<

[96] La Unión Patriótica del Kurdistán (UPK), principal formación del este del Kurdistán, fue fundada por Yalal Talabani en 1975 y dirigida por él. <<

[97] Región situada a pocos kilómetros de la frontera con Turquía. <<

[98] Firmados entre israelíes y palestinos en 1993, pretendían poner las bases para un acuerdo de paz permanente. <<

[99] Jundallah, organización presuntamente vinculada a Al Qaeda, ha protagonizado atentados en Irán que se habrían cobrado la vida de cuatrocientos soldados iraníes, según el grupo radical suní. <<

[100] John Negroponte, embajador estadounidense para Irak entre 2004 y 2005, fue el responsable de las «guerras sucias» que Estados Unidos libró en Honduras y Nicaragua en la década de los ochenta del siglo pasado. <<


Mónica G. Prieto
Javier Espinosa
La semilla del odio
De la invasión de Irak al surgimiento del ISIS
Lectulandia